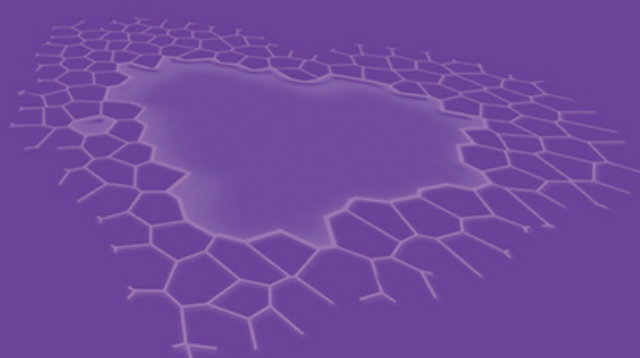
Mari Luz Esteban

Crítica del pensamiento amoroso

Temas contemporáneos



Este libro está inspirado en algunos interrogantes:

¿Cómo hacer una teoría del amor que no contribuya a consolidar el Pensamiento Amoroso característico de nuestra cultura, que implica una forma de entender el amor que influye directamente en las prácticas de la gente y estructura unas relaciones desiguales de género, clase y etnia, y un modo concreto y heterosexual de entender el deseo, la identidad y, en definitiva, el sujeto?

¿Cómo hacer una antropología del amor que no refuerce la heterosexualidad como norma e instrumento de desigualdad entre mujeres y hombres?

¿Cómo escribir una etnografía que no produzca Mujeres (y Hombres) sin quererlo?

Mari Luz Esteban

Crítica del pensamiento amoroso

ePub r1.3
Primo 22.01.2017

Título original: *Crítica del pensamiento amoroso*
Mari Luz Esteban, 2011

Editor digital: Primo
ePub base r1.2

Nudos

Nanas para morir

En junio de 2001 murió nuestra madre y la neblina se apoderó de mi vida por mucho tiempo.

Una complicación cardiaca tras una operación de cáncer de colon de buen pronóstico se la llevó en pocos días. Su estado se agravó de repente cuando ya estaba a punto de pasar a planta y tuvieron que inducirle un coma artificial. No volvió a despertar. Sus tres hijas acudíamos todos los días a visitarla al hospital esperando recibir unas noticias positivas que nunca llegarían. Entrábamos por turno al *box* de cuidados intensivos donde estaba conectada a todo tipo de tubos, cables y máquinas, y permanecíamos unos minutos a su lado. A medida que pasaban los días estaba más hinchada.

Al otro lado de la cama había un gran ventanal. Era casi verano y algunas mañanas entraba un sol radiante, pero ese brillo no conseguía disminuir la sensación de orfandad absoluta que sentía. Muy al contrario, hacía más nítido el desenlace trágico que presentía.

El primer día en la sala de espera alguien comentó que en esos tipos de coma la persona no percibe ningún estímulo del exterior, pero a mí se me hacía extraño estar allí quieta, mirándola, sin decir nada. Una tarde, creo que fue el segundo o tercer día, comencé a cantarle, muy bajito para que no me oyeran las enfermeras. Y continué haciéndolo hasta que murió. Llegaba, acariciaba

suavemente sus brazos y su cara cada vez más deformada, le susurraba una por una todas las canciones que le cantaba a mi hijo por las noches para que se durmiera, y me iba desconsolada.

¿Qué es ser madre/padre?

Al poco de nacer mi hijo una amiga que vino a visitarnos me preguntó nada más llegar, a bocajarro, si él era la persona que más quería en el mundo, y yo, cogida por sorpresa, farfullé alguna incoherencia a modo de respuesta.

Aunque me había parecido una pregunta fuera de lugar, durante unos cuantos días le di vueltas a mi reacción. Si no había dicho tajantemente que sí sería que no, que no era la persona que más quería en el mundo. Y me quedó un regusto amargo, una cierta sensación de culpabilidad.

Es una anécdota que me ha dado mucho de sí en seminarios y conferencias, y a la que recurro siempre que alguien trata el tema de los vínculos emocionales entre madres y criaturas sin reparar en la perversión de nuestra cultura, que no solo defiende que la unión debe ser rápida, inmediata, sino que si eres madre no es posible que defiendas ciertas ideas; o al revés, que si no lo eres no estás capacitada para hablar de maternidad. Y que personifica a la criatura cuando no es más que un embrión.

Ser amada por tus padres/madres es un requisito indispensable para andar bien por la vida. Eso pensamos en Occidente. Pero todos conocemos personas, que no presentan más síntomas o malestares que la media, cuya experiencia no ha sido esa. O que no fueron queridos por sus padres pero sí por otros parientes, maestros/as, padrinos/madrinas, amigos/as… a lo largo de su vida.

La guerra de los Rose[1]

Tras dos décadas de feliz matrimonio una pareja se separa. En poco tiempo se desencadena una lucha feroz entre ellos por quedarse con la casa que, finalmente, acaba totalmente en ruinas.

Cuando me separé del padre de mi hijo bastantes personas hicieron alusión a esta película y me di cuenta de que era una de las metáforas sociales del divorcio en nuestra cultura, por lo menos para una generación. Lucha, drama, locura, sinsentido…

Yo estaba convencida, como así ha sido, de que aunque la negociación sobre cómo organizar la crianza compartida de nuestro hijo sería complicada, siempre prevalecería el entendimiento, el respeto mutuo, el no causar voluntariamente daño a la otra persona, y el derecho que ambos teníamos a ocuparnos y disfrutar de él. Y que encontraríamos el modo de hacerlo. Pero la presión para estar alerta se mantuvo durante bastantes meses, hasta que la gente que había vaticinado todo tipo de desgracias se convenció de que *estaba siendo* posible.

Durante ese tiempo hice todo un inventario de casos de parejas conocidas (o conocidas de conocidos) que se habían separado y habían puesto en práctica fórmulas distintas pero negociadas y razonables para el cuidado de sus criaturas.

Sabemos muy poco del amor después del amor. De la amistad después de la amistad. Y, sin embargo, existe.

Empacho romántico

En verano de 2006 hice un viaje en autobús por el norte de Nicaragua. En muchas carreteras el estado del asfalto obligaba a los vehículos a ir muy lentos, lo que se convirtió en una buenísima oportunidad de mirar a la gente y al paisaje y de sumergirme en mis propias ensoñaciones.

La música de la radio sonaba siempre a todo volumen y en más de una semana que duró nuestra gira no me percaté de ninguna canción que no hablara de amor. Hombres que se dolían de no ser correspondidos, hombres que decían vivir presos de su pasión, hombres que pedían perdón y declaraban que nunca volverían a

engañar a sus amadas, hombres… Había menos mujeres entre los cantantes.

Amor y desamor.

Estupor.

Elígeme

Es el título de un concurso de televisión de esos de formar parejas que han proliferando en los últimos tiempos[2]. Un hombre joven se presenta delante de un montón de mujeres. A lo largo de distintos ejercicios ellas lo van eligiendo o descartando y al final él se decide por una. Ambos ganan una cita de dos días con todos los gastos pagados; una cita que es filmada y emitida de forma resumida en un programa posterior.

Hay cuando escribo este libro otro programa de amor y autopromoción de formato similar, *Mujeres, Hombres y Viceversa*[3]. Todo artificio y teatralidad. Nunca lo he conseguido ver completo. Sufro de vergüenza ajena.

Mercados modernos de mujeres (y de hombres).

El matrimonio como miseria autoinfligida

Pero, en los programas sobre relaciones, la estrella sigue siendo *Escenas de Matrimonio*, una teleserie de ficción de más de dos años, que retrata a parejas de diferentes edades en sus casas[4]. El argumento, que se ha ido suavizando con el tiempo, consiste básicamente en menospreciar al otro, que aguanta el envite, se crece, y responde.

Amor. Humor. Procacidad.

Pero luego te enamoras

Dijo de pronto una chica que rondaba los treinta con un deje amargo de impotencia.

Era un seminario organizado por un grupo de mujeres jóvenes y transcurría en un *gaztetxe*[5] de un barrio bilbaíno. Había comenzado su intervención explicando que su madre era feminista y que ella había tenido una educación en la que había asumido que era igual a los hombres.

Supe que esa supuesta contradicción era algo en lo que era necesario indagar.

Una feminista que leía novelas de amor

Ana Távora contaba una anécdota en una de sus conferencias[6]. Una feminista que hacía terapia con ella había comenzado un día su sesión un tanto alterada afirmando que tenía que confesarle algo que llevaba mucho tiempo queriéndole decir.

Para dormirse leía, noche tras noche, novelas de amor. Era algo que la ayudaba a relajarse pero que al mismo tiempo le producía vergüenza.

¿Es el amor heterosexual?

Javier Sáez se lo preguntaba en su blog a raíz de unas jornadas sobre feminismo porno-punk que se celebraron en Donostia en junio de 2008[7].

La preocupación de Sáez se derivaba del hecho de que durante todas las sesiones, subrayaba, se había hablado muchísimo de sexualidad pero se había exaltado excesivamente la pareja.

Me pregunto (…) si la retórica del amor no es sino otro discurso y

otra práctica más que hemos adoptado desde el régimen heterosexual. En todo caso, es un discurso totalmente inofensivo y domesticado, algo que no molesta en absoluto al sistema patriarcal y homófobo. Por el contrario, los bollos, las maricas e incluso los trans *son mucho mejor digeridos y aceptados cuando tienen pareja (…) y sobre todo cuando proclaman «su amor» (…) Como decía Foucault, lo que molesta al poder no son las relaciones homosexuales, sino la amistad (…) Es decir, la posibilidad de crear redes de amigos, apoyos, afectos, solidaridades, difíciles de localizar, que escapan al control social y que van más allá del modelo binario individualista o liberal: «pareja-amor-matrimonio*[8]*»*

Un discurso y una práctica críticos de la sexualidad no implican necesariamente un discurso y una práctica críticos del amor.

¿Y a la inversa?

Viva la tristeza

Pasaba un par de días en Madrid con una amiga y callejeando encontramos una crepería coqueta y confortable en la que cenamos. Casi al llegar a los postres reparamos en la música que estaba sonando, una música profundamente melancólica que correspondía, nos dijo la camarera, a un cd producido en 2002 por Pedro Almodóvar[9]. Un recopilatorio de las canciones que más le habían inspirado mientras estaba escribiendo el guión de la película *Hable con ella*. Lo compré nada más llegar a Bilbao y durante unas cuantas semanas me sometí a una cura intensiva y voluntaria de tristeza, algo que ya había practicado previamente.

Durante varios días escuché de forma obsesiva la versión desgarradora y única de Jimmy Scott de la canción *Nothing Compares*, de Prince, que yo conocía en la voz de Sinéad O'Connor, pero que ahora apenas reconocía[10].

Toda una invitación a penetrar en los límites del dolor y la pérdida y no salir hasta quedar indemne.

Esto tienes que contarlo

Escuché al otro lado del teléfono.

Se celebraba el cumpleaños de una de la cuadrilla de la que me llamaba y esta había decidido, sin consultar previamente con la anfitriona, llevar a una amiga suya que se había presentado de improviso en su casa para pasar el fin de semana. Otra de las invitadas la había reprendido por no haberlo consultado antes. Mi amiga estaba indignada porque, argumentaba, si se hubiera tratado de una novia o un simple ligue, a nadie le hubiera parecido mal que apareciera acompañada.

¿Por qué tienen que dejar claro que son heterosexuales?

Una activista lesbiana de un grupo de Asturias lanzó esta pregunta desde el público durante el debate de unas jornadas sobre sexualidad que tuvieron lugar en Oviedo[11]. Le preocupaba comprobar que muchas feministas que tienen relaciones heterosexuales tienden, tanto en público como en privado, a *dejar clara* su preferencia sexual.

Ella proponía precisamente lo contrario, no especificar con quién se tienen relaciones o, mejor aún, dar a entender, sea así o no, que tus prácticas son lesbianas.

Algunas ideas para una antropología del amor

Así se llama el esbozo de una aproximación teórica que publiqué en 2007 en la revista de antropología social *Ankulegi*.

Como siempre, había pasado previamente el borrador a unas cuantas personas. Una de ellas me devolvió el texto repleto de notas y referencias manuscritas. Sentados frente a un té me hizo un

montón de comentarios y sugerencias que yo escribía aplicadamente en una hoja aparte y me animó a conformarme con hacer etnografía, dada la dificultad (¿lo inadecuado?) de una teoría antropológica sobre el amor.

Ya en ese momento fui consciente de que esa escena, o variantes de la misma, se repetirían posteriormente, como así ha sucedido. Independientemente de lo acertado o no de mi propuesta.

Conservo esos folios con sus pulcras anotaciones en los márgenes como un símbolo de mis capacidades y de mis debilidades. Por la importancia crucial que en mi vida y en mi trabajo han tenido y tienen algunos *referentes polémicos*[12].

¿Una existencia anodina?

En noviembre de 2005 participé en un congreso sobre emociones en Almonacid del Marquesado, provincia de Cuenca, que organizaron Luisa Abad González y Juan Antonio Flores Martos, profesores de antropología de la Universidad de Castilla La Mancha[13]. Fue un congreso muy singular. Nos alojaron en casas de particulares y en el único hostal que había en el pueblo, y un grupo de mujeres cocinaron para nosotros. Hubo muy buen ambiente y a lo largo de tres días escuchamos intervenciones variopintas y visitamos una exposición sobre postales de amor antiguas.

La última mañana, en el debate que siguió a mi conferencia, una estudiante de antropología alabó lo positivo de mi discurso pero se mostró muy crítica y reticente frente a una tarea de deconstrucción del amor que podía abocarnos, subrayó con pesar, a una existencia gris, sin alicientes.

Tres años después, mientras se disgregaba el público que había acudido a una conferencia sobre el amor que me invitó a dar el Grupo de Hombres de Vitoria-Gasteiz[14], una mujer de mi generación con una larga trayectoria militante y profesional en la lucha por la igualdad, que había permanecido callada durante todo el debate, me interpeló sobre el trabajo político. Entendía mi punto de vista pero pensaba que un discurso tajantemente crítico del amor

nunca llegaría, por ejemplo, a la gente joven porque, decía, es justo cuando están viviendo sus primeros enamoramientos. El amor es como las drogas, subrayaba, te permite acceder a los límites de la existencia.

Su experiencia había sido esa. Cuando muy joven se había acercado por primera vez a una asamblea feminista, escuchó una intervención sobre los peligros del amor en unos términos que a ella le produjeron una impresión absolutamente negativa. Lo que le retrajo de participar en el movimiento hasta tiempo después. *Yo estaba viviendo aquello*, me repitió varias veces.

Caballeros y damas

En muchas películas de aventuras, ciencia ficción incluida, la protagonista femenina suele pasar gran parte de su tiempo en palacio, esperando a que regrese su amado de sus múltiples peripecias.

Una dama no es nadie sin su caballero.

Es difícil hacer entender a un caballero que no es preciso que te deje pasar antes que él al atravesar una puerta. O que no es necesario que te acompañe a casa cuando no quiere nada de ti.

Que *ser* es un acto que, en su dimensión más absoluta, no puede estar mediado por ningún tipo de permiso, acompañamiento, protección.

Hijas y amantes

Dos hombres que ya están en la cincuentena. Uno de ellos le interroga al otro sobre su nueva novia, una chica que no llega a los veinticinco, de la que presume y dice estar muy enamorado. El otro responde que le parece mal, que tiene la edad de su hija y que preferiría que su hija anduviera con alguien de su edad.

Susan Sontag escribió que no está mal ser bella, que el problema es la obligación de serlo[15].

Creo que se podría decir lo mismo de la juventud.

Jaulas de oro

Sigo de cerca la historia de una mujer divorciada hace pocos años y con un hijo dependiente que vive con su padre. No tiene empleo porque la espléndida pensión vitalicia de su marido *se lo permite* y mantiene su casa impoluta. Se aburre mortalmente pero se resiste a apuntarse a actividades que le proponen sus amigas, *porque solo acuden mujeres*. Mientras tanto espera a un nuevo príncipe azul.

Leí una vez que las madres de familia de urbanizaciones de clase alta pasan una parte sustancial de su tiempo organizando las fiestas de cumpleaños de las personas de alrededor. Llevan un registro minucioso de qué regalos se van haciendo y a quién, porque algunos los reutilizan en posteriores ocasiones. Hay que ser muy cuidadosa para no quedar al descubierto.

Alguien me cuenta que en su entorno hay un número alto de parejas jóvenes, heterosexuales, recién casadas o en régimen de convivencia, sin hijos/as. Ambos tienen un empleo que les posibilita un cierto nivel de vida. *Permiten* que el otro, la otra, haga planes propios o salga de vez en cuando con sus amigos. A eso se le llama *dar correa*. A lo contrario, *quitarla*.

Cuestión de amor propio[16]

Cuando me planteé qué tipo de personas incluir en el estudio, tenía claro que quería hablar también con algunas que no tuvieran pareja o no la hubieran tenido en mucho tiempo. No me fue difícil localizar a una mujer que me parecía que podía cumplir esas condiciones y le propuse hacer la entrevista sin darle ninguna razón

concreta. Rápidamente me contestó que sí y quedamos para un día y una hora. Al día siguiente recibí un mensaje electrónico suyo en el que me explicaba que ella no era la indicada para un estudio como el mío porque sabía muy poco del amor. No tuve más remedio que ser franca con ella, y aceptó. Después resultó que, efectivamente, no había tenido apenas experiencias, aunque sabía perfectamente lo que es estar enamorada y disfrutar sexualmente con alguien. Y era perfecta y fríamente consciente también de lo que piensan los demás de ti cuando es pública esa faceta *carencial* de tu vida. Admitía sin ningún problema que no le había dedicado mucho tiempo al amor sexual, e incluso hablaba serenamente de algunos rasgos físicos que podían haber influido negativamente en su vida afectivo-sexual.

Ahora estaba aprendiendo, repetía, a amarse a sí misma.

¿Puede ser el amor un elemento de subversión?

Cuando imparto cursos suelo dejar esta pregunta en el aire al poco de comenzar. Al final de la sesión vuelvo a la pregunta y argumento que no. Que no, al menos en este contexto de *Pensamiento Amoroso* en el que vivimos. Pero siempre se abre un debate interesante.

Hace unos días, revisando un trabajo de Dolores Juliano[17], me di cuenta de que las Madres de la Plaza de Mayo argentinas son un buen contra-ejemplo.

Stop making sense

Rezaba el tema de un mensaje en la bandeja de entrada de mi correo electrónico.

Alguien que me gustaba mucho por aquel entonces me lo escribía, después de una vorágine de mensajes míos donde yo insistía una y otra vez en analizar sus actitudes y sus palabras hacia

mí… *Estaba más atenta a lo que quería que pasara que a lo que estaba pasando*[18].

Aquí estoy, años después, preguntándome sobre los riesgos de buscarle sentido al amor.

Celebrar el amor

Me encuentro con dos amigos. Constato en alto que uno de ellos, al que no he visto en cierto tiempo, tiene muy buen aspecto. Está enamorado. El amor sienta muy bien, eso también tienes que decirlo en tu libro, me reprocha cariñosamente el otro.

Prometo escribirlo.

Un lunes cualquiera de invierno

Absortos en nuestros quehaceres cotidianos nos golpea la noticia de la muerte de Mikel Laboa, una de las figuras más vanguardistas y entrañables de la canción y de la cultura vasca en general[19]. Un artista clave en la educación emocional de más de una generación, que supo como nadie hacer germinar en los rincones más recónditos de nuestro organismo la posibilidad y el deseo del arraigo, pero materializar también una forma universal de percibir el mundo, inevitablemente enraizada, en un lugar, en un paisaje, en un momento concreto de la historia.

Su muerte nos deja huérfanos y sus canciones se escuchan una y otra vez. Por unos días todos somos Laboa.

Los informativos nos devuelven su imagen en el escenario, vestido de azul marino o negro, como siempre, refugiado en su guitarra, como siempre, apoyado el pie en una silla de esas de madera plegables. Íntimo. Vulnerable. Un rostro tímido que no esconde que ha vivido. Una voz rasgada y dulce, primitiva, en la que caben todos los colores del verde, que luego se tiñen de ocre, y

después se diluyen en niebla, de la que volverá a brotar el verde, un día. Una voz engendrada en un tiempo en el que no había lenguaje, que habla de hoy y de mañana, de raíces pero también de futuros infinitos. Una voz que no le tiene miedo al perdón ni al azar[20], donde la fragilidad es la fuerza y la melancolía y el deseo no son estériles. Un Hombre parco en palabras, como solo lo son aquellos capaces de envolver con un gesto leve de su mano el mundo, y abarcarlo.

Esa tarde entrevistan en la radio a Joxan Artze, poeta y autor de la letra de *Txoria txori*, que Laboa convirtió en un himno.

Hegoak ebaki banizkion neria izango zen, ez zuen alde egingo (bis)
Baina honela ez zen gehiago txoria izango (bis)
Eta nik txoria nuen maite (bis)[21].

Le preguntan a Artze cómo había pasado el día.

Esan ezin dena esan nahi… soilik maitasunak gainditzen du heriotza…[22]

Y se hace el silencio.

¿Qué es el amor?
Mira hacia la montaña cuando sale el sol,
busca en el arco iris un nuevo color,
no te conformes nunca con ser un pensador.

¿Qué es el amor?
Pregúntale al jilguero, al río y a la flor.
Él no tiene senderos, pero es andador,
no necesita puertas, es camino.

… Y es que el amor,
como todo lo que es bello, no tiene explicación,
es refugio y morada de algún soñador
que jugando a poeta quiso ser un cantor.

Y es que al final
tendrás en tu inventario lo que llegues a amar,
después no tendrás tiempo de volver a empezar,
ahora es el momento, inténtalo encontrar.

¿Qué es el amor?
Una ventana abierta a la ilusión
es volar hacia el cielo con el corazón
sin miedo a la caída[23].

Etnografía emocional: un tiempo dentro y fuera del tiempo

Soy antropóloga y como buena hija de mi cultura tengo perfectamente encarnada en mí la ficción romántica. Una antropóloga romántica que se propuso hace unos años estudiar junto a dos amigas[24] el amor, en general, y de manera específica ese tipo de amor que produce desequilibrios vertiginosos entre imaginarios, ficciones y realidades: el amor *romántico, pasional, sexual, de pareja*… Una apuesta que tiene que ver con otras apuestas teóricas y políticas, pero también con búsquedas vitales y paradojas existenciales.

En la sociedad occidental de los últimos siglos se ha ido fraguando una forma absolutamente dominante de concebir lo humano y de representar los vínculos entre las personas, que denominaré *Pensamiento Amoroso*: un conjunto articulado de símbolos, nociones y teorías en torno al amor, que permea todos los espacios sociales, también los institucionales, e influye directamente en las prácticas de la gente, estructurando unas relaciones desiguales de género, clase y etnia, y un modo concreto y heterosexual de entender el deseo, la identidad y, en definitiva, el sujeto. Un *pensamiento* absolutamente hipertrofiado cuya revisión y transformación es, a mi modo de ver, condición *sine qua non* para un mundo que pueda sustentarse en tramas fértiles de reconocimientos, reciprocidades y redistribuciones simbólicas y materiales.

Este libro es un experimento, un experimento etnográfico que

corresponde a una trayectoria profesional, la mía, que se ha ido decantando en la última década por un análisis que intenta dar toda la relevancia a la reflexividad como condición de la práctica, a lo corporal/emocional como lenguaje de lo social, a lo individual como representante de lo colectivo, y a lo híbrido como condición de un mundo que puede ser des-generizado y transformado[25].

Es también un ejercicio inspirado en la antropología *contra la cultura* de autoras como Lila Abu-Lughod[26], en sus dos sentidos: en el de no tomar la cultura como un todo coherente, homogéneo, atemporal, ahistórico; pero también en el de velar porque nuestros estudios no sirvan, sin quererlo, para alimentar estereotipos e imaginarios que contribuyan a perpetuar la subordinación que sufren ciertos sectores sociales. De un modo similar, mi deseo es contribuir a una antropología *contra* el amor. Un amor entendido como lo más genuino, lo más sublime, lo absoluto, lo trascendente, *la solución* frente a esa supuesta carencia que el ser humano tendría por el mero hecho de serlo… una lectura absolutamente cultural y occidental que hace del amor la *base natural* de esta organización social, familiar, de parentesco, que no solo no es la única posible sino que no es ni mucho menos la más justa. Pero, en segundo lugar, me gustaría también que mi escritura del amor no tendiera, pretendiendo precisamente lo contrario, a fomentar las desigualdades de género, a hacer perdurar la idea de esa *autenticidad* amorosa femenina que, de un modo absolutamente perverso, fija a las mujeres en una posición secundaria, inferior.

Un ensayo inspirado asimismo en el estudio de las emociones de antropólogas como Michelle Rosaldo y Catherine Lutz[27], que reclaman una comprensión del mundo consciente de la interacción emocional con el objeto de estudio, con el otro, en la que las emociones son mucho más que meros sentimientos. Un ensayo crítico con visiones disciplinares etnocéntricas y androcéntricas, que tiene en cuenta las relaciones entre investigador/a y sujetos estudiados, la dimensión «auto»[28], *y pretende reflejar la vida como vivida*[29]. *Una etnografía que atiende a las particularidades de los individuos y de sus vidas cotidianas y a las disputas y discusiones que son una constante en la forma en que las personas negocian la vida social, y que continuamente pone en cuestión las generalizaciones sobre patrones culturales, reconociendo su existencia pero demostrando*

simultáneamente que no pueden explicar las experiencias reales de manera satisfactoria[30].

Un intento de escritura visceral e intransitiva que intenta revelar y expresar la vida secreta de la carne, sin considerar problemática la dualidad belleza/dolor; y que rechaza toda distancia entre el autor, los sujetos a quienes se refiere el texto y el lector.[31]

Todo ello con un propósito, el de mostrar que el abordaje de las emociones, en general, y del amor en particular, enriquece el estudio de las conexiones entre las identidades, las narrativas, las posiciones sociales y económicas, y las experiencias; potencia la reflexión en torno a las relaciones de género, clase, etnia, poder, edad y sexualidad; y nos permite aproximarnos de otra manera a la complejidad de los significados y las acciones individuales y colectivas. Siempre desde miradas específicas y no inocentes que tengan en cuenta los nexos entre lo local y lo global, lo personal y lo político[32].

Esta etnografía *contra el amor* tiene una gran deuda con las conversaciones mantenidas con amigas[33] y compañeras de feminismo durante estos últimos años. Y se nutre también de los análisis feministas que ya desde el siglo XIX rechazaron *la visión de que el amor romántico es un vehículo de libertad y satisfacción, y retrata a este más bien como el camino hacia la servidumbre (…) En el pensamiento feminista existe una larga tradición que identifica una relación directa entre la práctica del amor y la reproducción del poder patriarcal.*[34] Aunque habrá que esperar a autoras como Margaret Mead, en los años treinta del siglo pasado, Simone de Beauvoir, en los cincuenta, Kate Millet y Shulamith Firestone, en los sesenta, o más recientemente Anna Jonásdottir, Luce Irigaray, Wendy Lanforfd, bell hooks, Clara Coria o Marcela Lagarde, entre otras, que no se dejaron/no se han dejado obnubilar (o sí) por los romances vividos, y que aportan una crítica firme, rotunda, a ese *amor* que hace dignas de reconocimiento a las mujeres solo cuando aman abnegada y acríticamente.

Con la perspectiva feminista aparece por primera vez en la historia de la humanidad el amor como algo que no es irremediable ni funciona como una avalancha que te arrastra y te arrasa la vida. Por primera vez aparece el amor como una experiencia en la que se puede intervenir, decidir, elegir, optar, características todas que tienen que ver con la

libertad. Cuando es así, el amor se convierte en una experiencia en la que se puede negociar[35].

Amar es mirar, escribió Marina Tsvetáieva[36]. *Amar es ver*, añadió Marguerite Duras[37]. Pero ¿qué clase de mirada necesita el estudio del amor?

En este libro reivindico una manera subversiva, bizarra, de abordar el amor, en el doble sentido de este término: raro, extraño, extravagante y, al mismo tiempo, valiente, gallardo. Una manera de ver[38] *el amor, que quiere ir más allá del propio amor y descubrir los límites autoimpuestos; donde ver es una técnica pero es también una auténtica metafísica, un conjunto de creencias a través de las cuales los antropólogos abordan el Mundo. Estas, también, constituyen una visión en el sentido metafórico; es decir, son interpretaciones del mundo que encuentran su expresión a través de la sustancia y la forma del propio trabajo antropológico*[39].

La etnografía, la investigación pueden (deben) servir para ser más conscientes de nosotras mismas, como humanas y como investigadoras, pero también para tomar distancia, no solo de nosotras[40], sino de eso que llamamos nuestra cultura. Pero todo eso no es posible sin un ejercicio de extrañamiento, sin *desestabilizar la mirada*, sin convertimos en forasteras, en videntes[41].

Soy plenamente consciente cuando escribo estas líneas de que no saldré indemne de este viaje, en el que pretendo explorar y al mismo tiempo reflejar un proceso que ha durado al menos cinco años, y en el que se ha ido tejiendo y transformando un marco teórico-conceptual y una manera de observar, pero al mismo tiempo se ha ido afectando y reconstruyendo íntimamente una experiencia vital. Escribe Piedad Bonnet, poeta colombiana, que lo que hace un poeta es *dejarse tocar por el mundo y transformar eso en palabras*, sin ser un sentimental[42]. No se me ocurriría otra definición mejor del oficio de antropóloga. Más aún si el estudio tiene a las emociones como caldo de cultivo y centro de mira.

En este periplo, la antropóloga se ha dejado *tocar* por personas involucradas directa o indirectamente en la investigación. Principalmente, por todas las personas entrevistadas[43], pero muy especialmente también por Rosa Medina Doménech, amiga y compañera de investigación. Y a un nivel distinto pero igualmente fundamental, por colegas, estudiantes, amigas, familiares y

conocidas que han jugado, a veces sin saberlo, un rol significativo. A todas esas personas la antropóloga les ha subrogado —unas veces—, usurpado —otras—, ideas, opiniones, perspectivas, que nunca podrán ser suficientemente reconocidas. La etnografía como *saqueo*[44].

Las entrevistas no fueron entrevistas en el sentido más ortodoxo del término, aunque había preguntas y respuestas. Fueron sobre todo reflexiones, indagaciones, y todas juntas una larga, larguísima conversación: horas y horas de interrogantes, debates y discursos improvisados o más o menos pre-elaborados, en espacios y tiempos múltiples. Y siempre surgían otras preguntas, muchas de las cuales se quedaron colgando en el aire, entrelazadas con las emociones, las risas, las quejas, los silencios, los vértigos… Una tormenta de búsquedas, sensaciones, sosiegos y desasosiegos, que se multiplicaban y retroalimentaban después en otros tiempos y contextos, con canciones de amor, desamor y melancolía, más silencios y conversaciones informales, fragmentadas, inagotables, observaciones y análisis en sitios absolutamente variopintos (reuniones y eventos sociales y científicos, programas o noticias en medios de comunicación…), y lecturas, muchas y variadas lecturas (ensayos, estudios empíricos, novelas de amor, libros de poesía, materiales divulgativos…). Un conjunto de cronotopos[45] emocionales, sonoros, orales, textuales, que han conformado realidades que a veces solo llegaba a intuir, pero que no por ello han sido menos significativas. Una etnografía itinerante, multisituada[46], una etnografía siempre activada. Realidades en *el entre*, ahí donde Margaret Trawick[47] apunta que está la cultura. *Lo más importante ahora no es lo que somos o lo que son los demás, sino lo que pasa entre nosotros —lo que los demás nos presentan*, y *cómo lo recibimos, y lo que presentamos nosotros, y cómo eso es recibido por los demás, y lo que resulta de todo esto, de manera continua, lo que se va formando, los remolinos, las formas de las olas*[48].

La etnografía supone un antes y un después, un paréntesis, un tiempo dentro del tiempo vital y profesional. Un tiempo consecutivo y circular a la vez[49]. Un tiempo fuera del tiempo. Una aventura que convertirá a la antropóloga en otra; su mirada, su pensamiento, su configuración emocional, su barómetro amoroso… serán, son ya, otros.

Hay una tensión en mi trabajo como antropóloga, una tensión que por el momento al menos he dejado de aspirar a resolver: la tensión entre, por un lado, intentar comprender (e incluso explicar, definir, teorizar) la vida, la cultura, un objeto cualquiera de estudio… como un todo coherente, ordenado u ordenable, y echar mano de la ciencia como una manera de perseguir esa coherencia, de contribuir a ese conocimiento racional, consistente. Un empeño que, de acuerdo una vez más con Trawick, no es más que un sueño, pero un sueño que ha conformado nuestra disciplina y, añadiría, gran parte de la ciencia occidental. Y por otro lado, el reconocimiento de que no existe tal empresa. De que es imposible ese todo coherente, de que no es posible la Utopía, no al menos de forma integral. De que no es posible el Yo. De que no es posible el amor. *Solo el viaje es real*[50]. Una perspectiva que, más que la competencia, reclama para sí el descentramiento, la polifonía, la imperfección, la ambigüedad, el mero devenir, la performance, el continuo juego entre texto y contexto… como características básicas de eso que llamamos el ser humano, y que por tanto, requiere de una antropología hecha a su medida, que no por ello deje de ser rigurosa y desplegar una metodología. Tensión, al final, entre una cosmovisión moderna y occidental, y otra postmoderna y postcolonial de la vida, que configura muchos de los fenómenos actuales, también el amor.

Un eje crucial de análisis para entender la buena literatura de ficción de las últimas décadas es la tensión entre *mostrar* y *explicar*[51]. *Algo que probablemente podría ser aplicado también a la antropología. ¿Mostrar y relatar, o explicar y teorizar el amor? Si ponemos el énfasis en la explicación, en la teoría, corremos el riesgo de ahogar el aliento, el flujo vital que el amor engendra. Si solo lo mostramos, ¿cómo estar seguras de que quedan claras las injusticias cometidas en su nombre?*

Estas tensiones que estoy citando están estrechamente articuladas con otra: la de racionalizar y evaluar el amor, o la de simplemente experimentarlo —cantarlo, decirlo, fantasearlo— y al mismo tiempo relatarlo. Razón amorosa versus performance amoroso. A diferencia de una rosa cuyo aspecto y olor son reconocidos en cualquier lugar, el amor es una actitud, una emoción que no habla por sí misma sino que requiere inferencia e interpretación…[52] *Pero sabemos desde que*

Gertrude Stein lo escribió que una rosa es una rosa es una rosa es una rosa[53].

Cuando comencé a imaginar este texto di por supuesto que era deseable *resolver* de algún modo estas tensiones y que solo había que encontrar cómo. Al cabo de un tiempo me convencí de la inutilidad de este afán y renuncié a ello, y he intentado inspirarme en relatos de ficción (novelas, cuentos, poemas) para encontrar *cómo decir el amor*, y he decidido superponer contenidos, estilos y fragmentos de textos absolutamente dispares[54]. Resolver, o mejor, canalizar la tensión entre teoría y práctica, forma y contenido, no me ha resultado, claro está, nada fácil. La forma pretende ser el contenido, pero es sobre todo *resultado de un proceso*[55], un proceso lento y laborioso donde he ido pensando y ensayando diferentes posibilidades para organizar sus contenidos. Un proceso que se inició bastante antes de empezar a escribir. Una novela de John Coetzee, *Diario de un mal año*[56], me sirvió de estímulo, aunque la forma final de mi libro no se parezca nada a la del suyo.

El resultado es una etnografía con estilos, textos y contenidos muy diversos; una etnografía, de algún modo, coral, aunque la autora final sea yo; desde la que se quiere reflejar la influencia de la experiencia emocional conjunta de informantes/acompañantes y antropóloga —en momentos y contextos muy diversos— sobre los textos; pero también el eco, la retroalimentación producida por las palabras. Palabras que finalmente aparecen unas detrás de las otras pero que pueden ser leídas a gusto del público de maneras distintas, permutadas, y que han sido escritas y re-escritas también bajo fórmulas y órdenes muy diversos.

Una etnografía situada geográficamente en el País Vasco, dado además que la práctica totalidad de las personas entrevistadas se han socializado y/o han permanecido una gran parte de su vida aquí; por lo que, de alguna manera, este libro es también, siempre de forma parcial, una antropología vasca del amor. Sin embargo, la mayoría de los fenómenos y procesos analizados o citados a lo largo del libro, así como el ámbito organizativo e ideológico al que pertenecen las informantes, presentan engarces y desarrollos comunes con los de la sociedad española.

Los contenidos del libro están distribuidos en tres partes (y distintos capítulos), que van precedidas por dos textos: un

preámbulo denominado *Nudos*, y este apartado introductorio que estamos leyendo, *Etnografía emocional: un tiempo dentro y fuera del tiempo*, en el que se sitúa el estudio y se introduce el tipo de aproximación que he pretendido hacer.

Posteriormente viene la primera parte, titulada en su conjunto *Esbozo de una teoría a partir del amor*, donde, en primer lugar, se expone y delimita lo que denomino el *Pensamiento Amoroso*; posteriormente hay un segundo capítulo, *Ficciones, identidades y contra-identidades*, que, como su propio título indica, indaga en las relaciones entre ficción romántica e identidad (en general, *y femenina*, en particular); y un tercero, *Redefinir el amor. Ir más allá del amor*, donde he revisado algunas teorías feministas en torno al amor y he perfilado una propuesta teórica y político-estratégica, a modo de contribución a un debate que aunque con precedentes muy significativos, podríamos decir que no ha hecho más que comenzar.

A continuación viene la segunda parte, titulada *Cuando la etnografía supera a la teoría*, que consta de un capítulo denominado *Voces discordantes: el amor como motor; conocimiento y posibilidad de cambio*, en el que he presentado los testimonios de las informantes, a modo de relatos recortados, manipulados y comentados a partir de las entrevistas transcritas; con un apartado final, *Síntesis de contenidos: aportaciones, diferencias y contradicciones*, en el que se resumen y destacan los principales contenidos de las entrevistas. Esta segunda parte es la fundamental, no solo porque ha inspirado el resto sino porque, como se apunta en su título, sus contenidos y aportaciones sobrepasan con creces la teorización sobre el amor efectuada hasta entonces, mostrando que son los casos, en toda su diversidad, riqueza y singularidad, los únicos que *pueden resolver* la teoría.

La tercera parte de libro, a modo de epílogo, está constituida por: un apartado que he llamado *Postscriptum. Antropología, melancolía y compromiso corporal de la etnografía*, donde llevo a cabo algunas reflexiones sobre el proceso de investigación, la etnografía y la interacción corporal/emocional de la antropología, tomando como base este estudio en torno al amor; y un texto final, *Mirar*.

Por último, se incluyen los *agradecimientos* y la *bibliografía*.

Las informantes, pero sobre todo yo, quedamos así *expuestas*, a la crítica y al juicio de lectoras más o menos complacientes,

entrenadas, rigurosas o prejuiciosas. Con un plus. De la misma manera que *una mujer que habla sobre el amor es ya sospechosa*[57], la antropología crítica del amor es de algún modo también sospechosa, como ha quedado bien patente en la disciplina, por ejemplo, en el debate en torno al libro *La muerte sin llanto* de Nancy Scheper-Hughes[58], que se atreve entre otras tareas a profanar ese vínculo sagrado entre madre e hijo de algunas tradiciones, como la judeo-cristiana. Una sospecha que no es mi intención neutralizar sino precisamente agudizar y rentabilizar al máximo, procurando una escritura del amor desde la sospecha, la incomodidad, el disconfort… que junto con la blasfemia y la ironía[59] son condiciones óptimas para la subversión.

Creo que hay una contradicción fundamental entre distintas formas de entender el amor que todavía no he citado, no al menos explícitamente, la más difícil de afrontar: por un lado, tendríamos ese amor que es por definición un mecanismo cultural poderosísimo de construcción de subordinaciones y sometimientos, de género pero también de clase, de etnia…; pero por otro, el amor sería un fenómeno complejo que involucra directamente el cuerpo, articula pensamiento, emoción y acción[60], e invita a la reciprocidad pero al mismo tiempo puede llegar (acaso) a superarla[61]; el amor, por tanto, como una forma de interacción entre los humanos, una forma de inmanencia[62] que a veces se prolonga en el tiempo, una expansión voluptuosa que incita al placer y la comunicación. Un amor, por tanto, que no responde a ninguna falta o carencia y que se beneficiaría de la revisión y la crítica de toda una tradición occidental, la platónica, y de la reivindicación de otras, como la epicúrea[63].

Desde como yo lo veo, hay algunas condiciones para una epistemología y una política críticas del amor; algunas son: relatarlo, descomponerlo y desvelarlo, performativizarlo y profanarlo, despojarlo de identidades genéricas alienadas y alienantes, re-escribirlo, subvertirlo… Todo ello como parte intrínseca de la misma tarea[64].

Y a ello me dispongo, con vuestra ayuda.

¿Para qué casarse?

Solo una europea podría hacer una pregunta tan estúpida.

Ya sé, en vuestro país dos personas viven juntas unos años y algunas, cuando quieren procrear, se casan. A tu pareja le tiene sin cuidado con cuántos hombres hayas estado antes. Yo soy de un lugar en el que, si has vivido varios años con una persona, casi nunca tienes una segunda oportunidad. Dicho más claramente: un asiático no me cogería ni con pinzas.

Con veinticinco años, tú ya has vivido con tres hombres y dormido con otros ocho. «Poco más o menos», dices sin pudor.

Mis cinco primeros alemanes eran todos casados. Hans-Dieter es el sexto, está divorciado y solo tiene cuarenta y dos años.

¿Tú has visto mi habitación? No me refiero a la que tengo en su casa sino al cuartucho al que desde hace años he de volver de vez en cuando. No hay agua corriente en todo el edificio, o sea que o por la noche utilizas el aseo que está dos casas más allá o por la mañana vacías el orinal. Para lavarme, he de ir a buscar un cubo de agua fría y llenar la palangana. Aquí te hielas. No hay calefacción. Suelo de cemento. De cortina, una sábana vieja. Todos los recuerdos de mis amigos alemanes son tres figuritas de Maguncia y unas cuantas fotos. Lilly, por lo menos, tiene un equipo de música que le regaló su amigo de la Siemens.

Desde que he visto las bañeras de los hoteles y de las casas de los extranjeros, sé cuál es el objetivo de mi vida. Tú te has criado con esas cosas: puedes ducharte todos los días, en invierno con agua caliente y en verano con agua fría. Cuando mi rubio amigo sale de casa, yo me aprovecho: sales de baño alemanas de color verde y azul ultramar, jabón francés, loción corporal americana. Mientras yo me relajo

en la bañera, mi ropa interior y mi blusa de seda también están en remojo, en un cubo, con Persil alemán.

Dentro de seis meses, Hans-Dieter tendrá que regresar a Bremen. «¡Sencillamente, vente conmigo!», me dice bromeando. Pero yo nunca conseguiré el visado, a no ser que nos casemos.

¡Y tú hablas de amor! De nosotras dos, una ama a un hombre y la otra, una bañera. En China, los matrimonios siempre han sido uniones de conveniencia. En mi caso, él obtiene sexo exótico y yo, la bañera: es un trato equitativo. Pero tú planteas las cosas a tu pareja de modo muy distinto: tú obtienes todo el sexo que deseas… y además, te limpia la bañera[65].

PRIMERA PARTE
ESBOZO DE UNA TEORÍA A PARTIR DEL AMOR

Ese Pensamiento Amoroso que nos convierte en *mujeres (y hombres)*

Vivimos en una sociedad donde el amor romántico o apasionado se ha convertido en la base predominante de la vida doméstica y social y donde las relaciones de pareja son dotadas de una gama de significados sin precedentes respecto a nuestros deseos de identidad personal, realización emocional, satisfacción sexual y seguridad existencial[66] *(…)*

Realmente, apenas se ha explorado ni teorizado el amor como una experiencia emocional irresistible. Los diferentes autores o tienden a recaer en el romanticismo y asumen que el amor es esencialmente misterioso y inexplicable, o por lo contrario, lo representan como algo que se puede medir, negociar y que es fácilmente compatible con los principios de la justicia social[67].

En 1984 Gayle Rubin escribió: *Ha llegado el momento de pensar sobre el sexo*[68].

Veinte años después, todo parece indicar que ha llegado el momento de pensar sobre el amor, en el amor entregado y recibido libremente[69].

Pero para pensar sobre el amor hay que seguir afrontando *el pánico que sentimos cada vez que algo amenaza al amor, [lo que] es una buena pista para comprender su importancia política.* [70]

El amor ha adquirido en Occidente, en los dos últimos siglos pero sobre todo en el siglo XX, un gran valor simbólico y cultural y

se ha convertido en uno de los motores principales de la acción individual y colectiva[71]. El amor influye no solo en la socialización y generización de las personas, que quedan así *convertidas* en *mujeres* y *hombres*, diferentes y desiguales, sino en la organización general de la vida cotidiana. El amor inspira leyes (pensemos, por ejemplo, en todo lo relativo a la infancia, la familia o la atención a la dependencia) y afecta a la vida política e institucional en su conjunto. Políticos, religiosos, feministas, activistas de ideologías contrapuestas, aluden en sus discursos a la importancia de edificar una sociedad sobre la base de los afectos. Los medios de comunicación se hacen eco de estudios científicos que dicen haber encontrado el origen genético del adulterio, la infidelidad, los celos, el enamoramiento… Y todo ello va día a día barnizándose, alimentándose de una ficción romántica (cine, televisión, publicidad, literatura, música) absolutamente hipertrofiada, que no solo enaltece las supuestas virtudes de la vida en pareja sino que intenta minusvalorar, subordinar cualquier otra alternativa.

Todo por amor.

Un amor que se presenta como radicalmente desinteresado en un mundo infectado de conflictos y desigualdades, y gobernado por los intereses económicos de grupos muy minoritarios.

Hoy más que nunca podemos decir que el amor es cultural.

Hoy más que nunca podemos decir que el amor es político.

Una teoría radical del amor[72], arraigada en el feminismo e inspirada en referencias amplias, debe identificar, describir, explicar y denunciar las injusticias que se cometen en su nombre; debe desenmascarar el papel que una determinada cultura amorosa cumple en la perpetuación de un orden social absolutamente jerarquizado. Para ello es preciso revisar críticamente los supuestos, los conceptos, las retóricas, los argumentos utilizados, y proponer otros que nos permitan imaginar y formular las relaciones humanas de maneras alternativas y/o identificar y sostener aquellas que ya están en marcha.

Todo esto que está seriamente obstaculizado por el *Pensamiento Amoroso* en el que vivimos.

Pero antes de continuar quiero subrayar que es probable que muchas de las reflexiones que voy a hacer en torno al amor podrían ser aplicadas hoy día en nuestra sociedad de la misma manera a

nociones como la libertad y la justicia, en la medida en que en nombre de la libertad y la justicia se están cometiendo igualmente toda clase de atropellos.

De lo que solía tener normalmente ganas Malte era de mí. En ese sentido no se andaba con romanticismos, no empezaba confesándome su afecto, como Kohlmorgen, ni interpretaba una compleja tragedia rica en texto y emociones extremas, como el hombre de abajo; desde la primera noche fue siempre al grano, lo cual era de agradecer. El sexo tampoco despertaba en mí emociones románticas. Lo que me hacía valorarlo tanto era que no había otra forma de estar tan cerca de otra persona o, al menos, yo no la había encontrado. Esa sensación de tener a alguien cerca me duraba mucho tiempo y me reconfortaba por dentro hasta que se extinguía y había que renovarla.

Sin importarle dónde estábamos o qué anduviéramos haciendo, Malte se me echaba encima cuando le entraban ganas de mí, me besaba ávido, a veces en medio de una frase, me cogía de la mano y me arrastraba tras de sí hacia el dormitorio. Allí me depositaba directamente en la cama, nos desnudaba a ambos, me colocaba en la posición que más le apetecía y empezaba. La otra posibilidad era que yo cogiera las riendas. Entonces le cogía la mano, lo llevaba a rastras y todo transcurría exactamente igual, pero con los papeles cambiados.

Una vez habíamos acabado (lo cual solía ser bastante rápido) nos poníamos a pensar inmediatamente en qué era lo siguiente que deseábamos hacer[73].

El amor como categoría cultural, de género, de clase, de

etnia

La verdad es que demasiadas personas en nuestra cultura no saben lo que es el amor. Y este no saber es como un terrible secreto, una carencia que tenemos que ocultar (…) Es especialmente preocupante que tantos libros publicados recientemente sobre el amor sigan insistiendo en que las definiciones del amor son innecesarias y carecen de sentido. O peor todavía, los autores sugieren que el amor debería significar algo diferente para los hombres y para las mujeres; que los sexos deberían respetar y adaptarse a nuestra incapacidad de comunicación puesto que no compartimos el mismo lenguaje. Este tipo de literatura es popular puesto que no requiere un cambio en las formas establecidas de pensamiento sobre los roles de género, la cultura o el amor. En vez de compartir estrategias que nos ayudarían a ser más amorosos, nos incita a adaptarnos a las circunstancias en las que el amor está ausente. [74]

El estudio del amor, como un *complejo modelo de pensamiento, emoción y acción*[75], nos conduce a diferenciar dos niveles de la realidad que se suelen entremezclar y cuyo solapamiento tiene consecuencias adversas, por el riesgo de etnocentrismo y generalización: el amor como un potencial humano universal, por una parte, y la construcción cultural que en un contexto geográfico, histórico y social determinado se hace del amor o, más en general, de las emociones, por otra.

El amor como capacidad universal sería una forma de interacción y vinculación que comporta la idealización y erotización del otro, y el deseo de intimidad y de durabilidad de la relación. Una interacción que, como cualquier acción social e individual, involucra al cuerpo, ya que se compone de sensaciones, percepciones, expresiones, movimientos, gestos, actitudes, sentimientos, miradas, que articulan tiempos pasados y presentes y hablan de futuro. Desde aquí se puede mantener que la interacción amorosa está encarnada y que, por tanto también, es des-encarnable y re-encarnable: las sensaciones, las percepciones, se repiten pero se van modificando, de manera voluntaria o involuntaria, de forma que unas determinadas combinaciones pueden dar paso a otras. Una

forma de vinculación, la amorosa, que, como digo, adquiere configuraciones concretas y diversas según los contextos geográficos, históricos, culturales.

Esta definición está basada en la que aporta William Jankowiak cuando describe el *amor pasional* como un tipo de amor perfectamente distinguible del resto, respecto al que no existe acuerdo sobre cómo nombrarlo (amor pasional, pasión amorosa, infatuación…)[76], pero que deber ser visto como una experiencia universal[77].

Pero yo estoy aplicando esta definición (idealización, erotización, intimidad, durabilidad) al amor en su globalidad aunque admito los distintos riesgos de mi propuesta, incluido el etnocentrismo. Al margen de la dificultad de definir nociones tan abstractas y culturalmente determinadas como, por ejemplo, la intimidad, tenemos entre las cuatro características citadas por Jankowiak una que a simple vista parecería no ser generalizable a cualquier forma de atracción o afecto, el erotismo, que suele asociarse por lo general al *amor sexual* o *de pareja*. Pero yo lo estoy incluyendo conscientemente en el amor como genérico.

Lo singular de cada tipo de amor y de cada marco histórico o geográfico concreto no serían tanto los elementos que constituyen las diferentes modalidades y clasificaciones (erotismo, durabilidad… sí o no), sino las formas que adquieren estos elementos, su combinación y jerarquización, el acento que un grupo humano pone en algunos o en todos ellos; es decir, no tanto su composición como su organización y regulación concretas. Todo lo cual condicionaría el aprendizaje y la vivencia de los distintos tipos de amor. Desde esta idea podríamos defender que la erotización[78] está presente, al menos en potencia, en cualquier vínculo afectivo, relaciones paterno-materno/filiales o de amistad incluidas, y que por tanto el incesto o cualquier otro tipo de sanción cultural al respecto no hace más que regular la interacción en una dirección determinada, lo que en algunos casos implica la no o la des-erotización. Con todas las transgresiones, adaptaciones y versiones posibles, claro está.

Un concepto habitual cuando hablamos de amor es el de *amor romántico o romanticismo*, pero es este un término que sería conveniente reservar, en mi opinión, para la particular tradición

amorosa, social y científica desarrollada en Europa y Norteamérica en los últimos siglos[79]. Un tipo de ideología cultural, el romanticismo, que aunque ha adoptado formas diferentes dependiendo de ámbitos científicos y artísticos, y contextos sociales y culturales, tiende aquí y ahora a enfatizar el amor por delante de otras facetas humanas y subrayar el amor-pasión frente al resto; que incita a la búsqueda de la trascendencia, incluso de la felicidad, a través del amor, y se convierte así en la modernidad en un sustituto de la religión; que vincula la pasión a la tragedia y la muerte, y otorga el máximo valor a cualquier proceso amoroso que implique superar dificultades; que idealiza la relación e hipertrofia la parafernalia amorosa. Una configuración emocional e identitaria, la romántica, que jerarquiza las distintas interacciones amorosas y donde, como veremos enseguida, el amor *sexual* o *de pareja* queda absolutamente encumbrado[80] y entra en tensión con otros tipos de amores (como el materno-filial), lo que posibilita a su vez la consolidación de un determinado orden social, desigual.

Pero una dificultad relativa a la definición y clasificación de las diferentes formas de amor, o más en general, de las emociones, identificada sobre todo por historiadores y antropólogos, tiene que ver con su traducción terminológica y cultural. Como han señalado autores como Catherine Lutz y Georges White[81], o Peter Burke[82], ¿cómo diferenciar la emoción misma de la actitud consciente hacia ella, la emoción en sí de su representación oral o escrita? ¿Cómo estar seguros de que un término en cualquier idioma está representando lo que en otro idioma denominamos miedo, cólera, amor, deseo? Más aún, ¿qué sistema de representación o perspectiva teórica es la más adecuada para analizar las emociones o el amor, y qué implicaciones tiene adoptar una u otra perspectiva?

Catherine Lutz y Lila Abu-Lughod, en su introducción al libro *Language and the Politics of Emotions*[83], ofrecen una clasificación de las diferentes aproximaciones científicas a las emociones, diferenciando lo que consideran las cuatro grandes estrategias analíticas seguidas hasta el momento: esencialización, relativización, historización y contextualización.

La esencialización, característica sobre todo de la mirada psicológica y psiquiátrica, desde la que se defendería la

universalidad de las emociones (en formas, significados, procesos), lleva a un estudio de las emociones entendidas como estados biopsicológicos, que deja en un plano absolutamente secundario el carácter social y lingüístico de las mismas. Las otras tres estrategias, la relativización, la historización y la contextualización, por el contrario, se centran en la dimensión socio-cultural. Los autores que han optado por el relativismo, como Michelle Rosaldo[84], han subrayado en su trabajo la fragilidad de las categorías culturales en torno a las emociones y la relación entre dichas categorías y sistemas ideológicos o relacionales diferentes. La historización de las emociones, de la mano de autores de la relevancia de Norbert Elias[85] o Michel Foucault[86], sitúa los discursos y las subjetividades en contextos sociales e históricos particulares y atendería a sus cambios. Por último, la contextualización no insiste tanto en la reconstrucción del marco histórico general del problema sino en analizar meticulosamente la riqueza de las situaciones específicas.

El hecho de que bastantes de los autores que se han ocupado de las relaciones entre emoción, lenguaje y estructura social, representaciones y prácticas, socialización y poder, hayan sido mujeres y feministas no es casualidad y ha influido en la priorización del estudio de las relaciones entre género y emociones en distintos sistemas sociales *y, en lo que respecta a las sociedades europeas y norteamericanas, en las consecuencias que una determinada especialización emocional conlleva en el menor estatus de las mujeres*[87]. *… Las cualidades que definen la emoción definen también a las mujeres. Por esta razón, cualquier discurso sobre la emoción es también, al menos implícitamente, un discurso sobre el género*[88].

Lutz muestra, en su trabajo empírico con mujeres y hombres norteamericanos, cómo los mismos discursos cotidianos establecen conexiones implícitas o explícitas entre las mujeres, la subordinación, la rebelión y las emociones. Las emociones son consideradas desórdenes corporales, y las mujeres (y menos frecuentemente los hombres) hacen alusión continua en sus conversaciones al control (o a la falta de control) y a la gestión de las emociones; lo que ella denomina la *retórica del control*. Aunque las emociones sean reconocidas como debilidad y fortaleza a la vez, este modelo cultural que enfatiza la necesidad de su regulación se

convierte en un control social general, una manera de negociar el ejercicio del poder, que se focaliza sobre todo en los sectores subordinados. *La construcción cultural de la emoción de las mujeres puede ser por tanto vista no como una represión o supresión de la emoción en los hombres (como muchos juristas, terapeutas y otros expertos argumentan), sino como la creación de la emoción en las mujeres. Porque la emoción es construida como relativamente caótica, irracional y antisocial, su existencia reivindica autoridad y legitima la necesidad de control,*[89] Discursos científicos de todo tipo se hacen eco y reproducen estas ideas[90].

Para las mujeres feministas que he entrevistado (todas ellas autónomas e independientes económicamente y con una dosis importante de rebeldía en sus vidas), como para muchas otras mujeres que no se definen como tal, el amor es algo fundamental, central, independientemente de que haya sido para ellas, en momentos concretos o todo a lo largo de su biografía, causa de satisfacción y plenitud o de sufrimiento, o de todo a la vez[91]. La tendencia general, aquí y ahora, es poner el amor de pareja por delante de las relaciones materno-filiales, de amistad, vecindad, etc. Y cuando digo *poner por delante*, me refiero a la preeminencia que el amor romántico, sexual o de pareja tiene en positivo o negativo y, a nivel general, en los discursos y las experiencias, lo que provoca incluso que la biografía de cada cual se tienda a estructurar en base a los cambios sentimentales.

Voy a denominar *Pensamiento Amoroso* a una determinada ideología cultural, una forma particular de entender y practicar el amor que surge en la modernidad y va transformándose y reforzándose hasta nuestros días. Una configuración simbólica y práctica que influye directamente en la producción de símbolos, representaciones, normas y leyes, y orienta la conformación de las identidades sociales y genéricas, los procesos de socialización y las acciones individuales, sociales e institucionales. En este modelo emocional hegemónico y concreto, dominante en Occidente hoy día, se produce una construcción y una expresión cultural de las emociones que tiende a enfatizar el amor por delante, no solo de otras emociones, sino también de otras facetas humanas (solidaridad, justicia, libertad…), y que se convierte en una forma dominante de representar lo humano que se aplica de distintas

maneras a mujeres y hombres.

Este *Pensamiento Amoroso* es así el caldo de cultivo, la matriz, en la que se constituye en la Era Moderna un orden social desigual. De género, clase, etnia, sexualidad… Un orden, asimismo, heterosexual, que implica no solo privilegiar una forma de deseo frente a otras posibles, sino una forma de entender las relaciones entre lo masculino y lo femenino absolutamente dicotómica y complementarista. *La forma de relación socio-sexual que domina actualmente es una en la que el poder del amor de las mujeres, entregado libremente, es explotado por los hombres*[92]. *Pero que supone también una representación y una organización concreta del parentesco, de la familia y del matrimonio, construcciones todas que van a la vez.*

Para esta denominación de *Pensamiento Amoroso* me estoy inspirando en el término *El pensamiento heterosexual*, utilizado por Monique Wittig para dar título a uno de sus más conocidos ensayos[93], en el que entiende la heterosexualidad como un hecho social total (utilizando un término antropológico), previo a la categoría de sexo, que no sería más que un producto de la sociedad heterosexual[94].

La relación heterosexual queda definida para Wittig como *la relación obligatoria social entre el «hombre» y la «mujer»*[95], y el pensamiento heterosexual sería un saber, un principio evidente, un dato anterior a toda ciencia, algo ineluctable, que puede entregarse *a una interpretación totalizadora a la vez de la historia, de la realidad social, de la cultura, del lenguaje y de todos los fenómenos subjetivos*[96]. Un pensamiento que, al igual que el *Amoroso*, se resiste en mi opinión al análisis. El concepto de heterosexualidad iría, por tanto, mucho más allá de unas meras prácticas sexuales: *Los discursos que nos oprimen muy en particular a las lesbianas, mujeres y a los hombres homosexuales dan por sentado que lo que funda la sociedad, cualquier sociedad, es la* heterosexualidad[97]. Y en un símil con la teoría marxista (donde se propone la dictadura del proletariado como condición para la revolución), reivindica la figura de la lesbiana, en cuanto que desertora de la clase de las mujeres[98].

Y al fin y al cabo, el amor romántico, al margen de que haya sido motivo de recreaciones artísticas o literarias homosexuales, está estrechamente ligado a la ideología heterosexual estudiada por

autoras como Wittig.

De una forma general se podría decir que las sociedades norteamericanas y europeas de los siglos XX y XXI constituyen un *régimen emocional* concreto que produce (o más bien, pretende producir, en términos butlerianos[99]) *Mujeres* y *Hombres* como tipos de personas opuestas, complementarias, jerarquizadas, a través de la repetición de actos y discursos que son siempre encarnados, incorporados y reproducidos.

Esto no significa, frente a lo que las teorías científicas mayoritarias sobre el amor predican, que sean la biología, las hormonas o las sustancias químicas en general, quienes gobiernen y hagan evolucionar los sentimientos y el deseo; o que estos no puedan ser modificados. Sino que, sin negar la base fisiológica de las emociones, son unas determinadas coordenadas culturales en las que se produce y se consolida este *Pensamiento Amoroso* las que *sentimentalizan* a las mujeres, que son vistas como incompletas, particulares, dependientes; mientras que los hombres son percibidos como completos, universales, independientes, al margen de que tengan o no detrás a alguien/es (normalmente mujeres) que abastezcan sus necesidades físicas o emocionales. Y luego esto se explica aludiendo a una supuesta biología y fisiología diferencial, de modo que el amor se convierte (directa o indirectamente) en el centro de eso que suele llamarse, dependiendo de las disciplinas, identidad o subjetividad *femenina*.

El ideal —autoasumido y heteroimpuesto— para las mujeres es, en palabras de Adrienne Rich, la «adicción al "Amor" (en la carrera de una mujer se traduce en la idea de abnegación), amor a través del sacrificio como forma redentora».[100] *Esta «sobredosis de amor» femenino es apropiada por los varones, en un entorno que lo favorece y lo aprueba socialmente, conduciendo a un déficit de igualdad que nos coloca en una situación de inferioridad. La pendiente de la inferioridad a la discriminación y de ahí al abuso queda así prefigurada*[101].

Hablamos aquí de ideal amoroso en el sentido de un esquema cultural que es internalizado por las personas, lo que en términos psicoanalíticos significaría que no es que forzosamente se atendrán al mismo en sus conductas *sino que experimentarán conflictos* y *desconciertos si no lo hacen*[102].

Pero es un régimen emocional que compromete directamente al

cuerpo. La centralidad de lo afectivo, y específicamente de lo romántico, es fomentada en las mujeres desde muy pequeñas mediante un *trabajo corporal* intenso que, basándonos en Loïc Wacquant[103], podemos definir como una manipulación intensiva del organismo que organiza en una determinada dirección la capacidad sensorial y cognitiva, y resalta unos órganos, unas habilidades sobre otras, siempre en estrecha interacción con el entorno. Es decir, se trataría de un trabajo totalmente físico, práctico, que provoca un sentido, una conciencia concreta de sí misma/o y del mundo que te rodea; un mundo que es conformado a su vez, siguiendo a Robert Connel[104] a partir de dicha modelación física y emocional.

Se trata de un proceso absolutamente ritualizado a lo largo de toda la vida, aunque con momentos de mayor o menor intensidad. Así tenemos los juegos en solitario o en grupo (de fantasía, lectura, muñecas, maquillaje y cuidado de la imagen, disfraces, juegos electrónicos…), sobre todo en la infancia y juventud, además de todo tipo de prácticas de interacción social y anticipación (conversaciones, bailes, fiestas, citas, sms…). Rituales sociales, en definitiva, donde se enfatiza la heterosexualidad y donde (sobre todo las mujeres) aprenden lenguajes, técnicas y actitudes que tienen que ver con la presentación de una misma y con la educación de los sentidos, el movimiento y la ocupación del espacio, la comunicación. Todo ello aderezado con dosis importantes de artificio. La parafernalia y la ritualización amorosa es todo lo contrario a la naturalidad. Una performatividad amorosa que se alimenta además de las referencias infinitas recibidas en la familia, la escuela, los espacios de recreo, la publicidad, el cine, la literatura, la música, la televisión.

La heterosexualidad obligatoria moldea a los cuerpos por medio de la suposición de que un cuerpo «debe» orientarse hacia algunos objetos y no hacia otros, objetos que se fijan como ideales a través de la fantasía de la diferencia[105].

La mujer, la más orgullosa, está obligada a presentarse dulce y pasiva; maniobras, prudencia, astucia, sonrisas, encanto, docilidad son sus mejores armas. Me viene a la mente una joven a cuya puerta llamé un día de improviso; la había dejado dos horas antes mal maquillada, vestida con despreocupación, con ojos tristes; ahora lo esperaba a él;

cuando me vio recuperó su cara de todos los días, pero durante un instante tuve tiempo de verla, preparada para él, tensa entre el miedo y la hipocresía; estaba peinada con cuidado, un maquillaje insólito animaba sus mejillas y sus labios, una blusa de encaje de una blancura deslumbrante la disfrazaba. Ropa de fiesta, armas de combate. Los masajistas, los esteticistas conocen la trágica seriedad que ponen sus clientas en cuidados que parecen fútiles; hay que intentar para el amante nuevas seducciones, hay que convertirse en la mujer que desea ver y poseer[106].

Esta *cultura emocional moderna*[107] en la que vivimos bebe de tradiciones filosóficas y literarias antiguas, que pueden remontarse hasta el tiempo de los griegos, pero se desarrolla al compás de la sociedad de consumo, las nuevas tecnologías de la información y el surgimiento de un nuevo lenguaje (emocional y psicológico) en torno a la vida humana[108]. Cultura de consumo y sociedad industrial que, a través de un proceso de saturación romántica, reformulan el yo, entendido como *la constelación de experiencias y expectativas que una persona reconoce como integrante de su identidad, que dan significado a su vida y que moldean sus relaciones con su sociedad* y *su cultura*[109], mediante la provisión de historias, imágenes e ideales que favorecen la introspección (una determinada forma de introspección) y permiten al individuo entender-se a través de las emociones que va identificando[110].

Hay, de todas formas (por ejemplo entre las mujeres que yo he entrevistado), quienes dicen haber permanecido de jovencitas ajenas a toda esta tecnología ritual de lo amoroso y haber estado enfrascadas en otros intereses, otros sueños, otros proyectos (aventuras, estudios, militancias…). Solas o en compañía. Y hay también, cómo no, performativización y ritualización *lesbiana*, o por utilizar un término actual, *queer*[111], es decir, a contracorriente.

Los relatos recopilados, como comprobaremos en el capítulo correspondiente, son en conjunto una buena muestra de la influencia de los mandatos culturales en las personas, pero también de diferencias y matices en unos itinerarios que se presentan como individuales y que están al mismo tiempo lejanos y próximos entre sí, puesto que se trata de personas que comparten o han compartido intereses, referencias, quehaceres. Diferencias que tienen que ver con contextos familiares, sociales, económicos y culturales, pero

también con idiosincrasias individuales o colectivas. Lo cual nos habla de la necesidad de poner en relación lo global y lo local de la experiencia, y profundizar en las particularidades que una determinada cultura amorosa hegemónica adquiere en circunstancias muy concretas.

En las conversaciones con las informantes se apreciaba a menudo una brecha entre el amor vivido y el amor idealizado, una colisión, podríamos decir, *entre la cultura emocional y las experiencias emocionales*[112], entre el deseo de seguir los ideales culturales, y los sentimientos y pasiones ambivalentes que experimentan o han experimentado; tensión que singulariza asimismo esto que llamamos *las sociedades occidentales* y, más en concreto, las vivencias de las mujeres en ellas.

Pero todos estos contrastes y contradicciones no suponen ninguna traba para que se haya cimentado y generalizado un imaginario colectivo del amor como algo sublime, lo más genuino del ser humano, el motor por excelencia. Una idea también del amor como refugio, como si el amor —eso que llamamos intimidad amorosa— nos permitiera *ser nosotros mismos* más que cualquier otro ámbito de la vida. Una representación que tiene y no tiene que ver con la praxis pero que de hecho dirige la acción, y que provoca que la interacción amorosa (no me refiero solo a la pareja) se convierta en un objetivo supremo en la vida de mucha gente.

En esta misma línea, otro aspecto recurrente en las entrevistas ha sido la referencia continua a la oposición entre el amor y la razón, el amor como lo contrario a la razón, algo que por definición escaparía al control humano y que nos obligaría a *perder los papeles*. El amor se convierte así en un ámbito definidor de la *esencia* humana *precisamente* (y una vez más, paradójicamente) porque se sitúa más allá del raciocinio. E incluso esto se puede llevar al extremo cuando se cataloga el enamoramiento (en un ejercicio de metonimización entre amor y enamoramiento) como un estado de enajenación.

El amor es una trampa para las mujeres, un engaño. En esto coincide cualquier mujer que tenga un mínimo de sensibilidad social. Pero las dos dimensiones, el amor como lo sublime y el amor como engaño, no se afectan, no se invalidan entre sí, sino que se entienden como perfectamente compatibles. El resultado es que

persiste por un lado lo esencial, el amor como nuclear en la definición (occidental) del ser humano, y en otro nivel, secundario, las consecuencias negativas que conllevaría para las mujeres (o incluso los hombres). Un bucle que conlleva, en última instancia, una dificultad intrínseca para abordar transformaciones o cambios necesarios en la ideología y en la práctica de lo amoroso.

Paradoja de las paradojas (o no), los resultados de las encuestas realizadas a mujeres que han mantenido relaciones heterosexuales ofrecen un dato curioso. Muchas señalan que en el momento del enamoramiento el hombre *deja de ser hombre*, deja de comportarse como tal.

Un hombre no está feminizado porque sea invertido, sino por estar enamorado[113].

Las mujeres se quejaban una y otra vez de que «la mayoría de los hombres» y sobre todo las parejas masculinas en relaciones estables, son egoístas, indiferentes y emocionalmente distantes. En contraste, describieron a los hombres que estaban enamorados de ellas como cariñosos, dedicados y emocionales[114].

Pero, en conjunto, la enculturación en un modelo determinado de amor (en Occidente al menos) tiende a *generizar* a los humanos, o sea, a convertirlos (intentar convertirlos), clasificarlos y jerarquizarlos en *Mujeres* y *Hombres*.

No son pocas las mujeres que despliegan su vida en un «como si». «Como si» fueran respetadas, «como si» se sintieran reconocidas, «como si» estuvieran a la par de sus parejas en la vida que van construyendo en conjunto. Este «como si» va instalando automáticamente una situación de enorme vulnerabilidad[115].

Pero, al mismo tiempo, el amor jerarquiza a ricos y pobres, blancos y negros, heterosexuales y homosexuales…

Y yo me pregunté cuántas veces a lo largo de mi vida había presenciado el ritual de los hombres mostrándoles a las mujeres los pequeños riesgos particulares que entrañan sus trabajos (no presumen así cuando el riesgo es grande). Quieren impresionarlas, quieren que los admiren. Enseñarles dónde tienen que poner el pie o adónde han de dirigir sus

pasos es solo un pretexto para retenerlas. Y además encierra otro placer. El ritual exagera la diferencia entre mujeres y hombres, y en esa exageración revolotean las esperanzas[116].

El amor como sostén de un determinado modelo de familia y convivencia

Por tanto, el amor no es solo una *categoría* cultural o de género, es simultáneamente una *categoría* de clase, una categoría étnica, una categoría sexual, una categoría de parentesco…

No tenemos más que pensar en muchas de las historias (literatura, cine, música, cuentos infantiles…) que nuestra ficción se repite a sí misma desde (por lo menos) el año 1740, en que se publicó la primera novela psicológico-sentimental, *Pamela o la virtud recompensada*, escrita por Samuel Richardson, de la que hablaremos más adelante. En la mayoría de los relatos de ficción, las mujeres son más pobres, más jóvenes, más débiles, más oscuras de tez… que los hombres. Es decir, *inferiores* y dignas (en el mejor de los casos) de protección. Y por un efecto de prestidigitación, y por un intervalo concreto de tiempo, el romance les devuelve la dignidad[117].

En este sistema de género concreto surgen creencias, ideas, mitos, con especial incidencia en las mujeres, como los del *príncipe azul* o la *media naranja*, que conforman una determinada ideología romántica donde el amor todo lo puede (solo hay que perseverar), los sentimientos son autónomos respecto a la conciencia y la voluntad (no se puede hacer nada frente al amor), el enamoramiento y el amor apenas se distinguen, y la pasión prevalece frente a cualquier otra modalidad amorosa posible, una pasión que tiene como fin la posesión, la exclusividad y la fidelidad, y donde los celos son la medida del amor[118].

Soy tuyo, eres mía, no te compartiré con nadie, he conocido por primera vez los celos y me he dado cuenta de que te quería… Los

protagonistas de las novelas rosas saben así que están enamorados.

Un amor que, por otra parte, queda íntimamente entretejido en la cultura y en la literatura europea (aunque no es la única[119]) con la tragedia y la muerte.

La historia de Tristán e Isolda, uno de los relatos centrales en la tradición europea, expresa claramente el hecho oscuro e inconfesable de que la pasión está vinculada con la muerte y que supone la destrucción para quienes abandonan a ella todas sus fuerzas[120].

En realidad, como todos los grandes amantes [Tristán e Isolda], se sienten arrebatados «más allá del bien y del mal» en una especie de trascendencia de nuestras comunes condiciones, en un absoluto indecible, incompatible con las leyes del mundo, pero que experimentan como «más real que este mundo». La fatalidad que les empuja, y a la que se abandonan gimiendo, suprime la oposición del bien y del mal; les conduce incluso más allá del origen de todo valor moral, más allá del placer y del sufrimiento, más allá del terreno en que este se distingue, y en el que los contrarios se excluyen (…) Tristán e Isolda no se aman. Ellos mismos lo han dicho y todo lo confirma. «Lo que aman es el amor, el hecho mismo de amar» (…)

Pasión quiere decir sufrimiento, cosa padecida, preponderancia del destino sobre la persona libre y responsable. Amar más al amor que al objeto de amor, amar a la pasión por sí misma, desde el «amaban amare» de Agustín hasta el romanticismo moderno, es amar y buscar el sufrimiento. Amor-pasión: deseo de lo que nos hiere y nos aniquila en su triunfo. Es un secreto cuyo reconocimiento Occidente jamás ha tolerado, que nunca ha dejado de reprimir, ¡de preservar! Pocos hay más trágicos, y su persistencia nos invita a emitir un juicio muy pesimista sobre el porvenir de Europa (…) Definiría gustosamente al romántico occidental como un hombre para el cual el dolor, y especialmente el dolor amoroso, es un medio privilegiado de conocimiento (…) Me parece que esto explica gran parte de nuestra psicología (…) El amor feliz no tiene historia «en la literatura occidental».[121]

Pero este romanticismo, que evacúa del amor el sentido de la justicia[122], no afecta solo a la literatura o a los relatos de ficción, sino a toda la cultura en su conjunto.

El amor ha sido y sigue siendo clave en una formulación concreta y moderna del sujeto como una unidad física y psicológica, cognitiva, moral, emocional, con un interior y un exterior

perfectamente delimitados; en un mundo en el que la búsqueda de la trascendencia, también de la felicidad, a través del amor, ha sustituido, parcialmente al menos, como decíamos anteriormente, al sentimiento religioso[123]. Un lenguaje cotidiano de las emociones basado sobre todo en la psicología que presupone la existencia de una interioridad en los humanos, y constituye para Sarah Ahmed[124] un modelo *inside out*; al que ella contrapone el modelo opuesto, *outside in,* que remarcaría precisamente el carácter social de las emociones, la influencia del ambiente, aunque le parecen al mismo tiempo insuficientes ambas perspectivas.

Sugiero que las emociones tienen los mismos efectos que las superficies y los límites que nos permiten inicialmente distinguir un dentro y un afuera. Así las emociones no se reducen simplemente al «yo» o al «nosotros». Más bien las superficies y los límites se producen a través de las emociones, o de cómo reaccionamos frente a los objetos y a los demás: el «yo» y el «nosotros» son modelados a través del contacto con los demás (…) Las superficies de los cuerpos «afloran» como un efecto de las impresiones dejadas por los demás (…) Al sugerir que las emociones crean el efecto mismo de un dentro y un afuera, no estoy simplemente manteniendo que las emociones sean psicológicas y sociales, individuales y colectivas. Mi modelo rechaza la abreviatura de la «y». Más bien sugiero que las emociones son cruciales para la constitución misma de lo psíquico y lo social como objetos, un proceso que sugiere que la «objetividad» de lo psíquico y lo social no es una causa sino un efecto.

En otras palabras, las emociones no están «en» el individuo ni en lo social, sino que producen las superficies y límites mismos que permiten que el individuo y lo social sean delineados como si fuesen objetos[125].

En el marco de esta *emocionología*[126] se hipertrofia, se romantiza, se clasifica y se jerarquiza el amor. En el centro estaría, como ya se ha dicho, el *amor romántico, de pareja* o *sexual*, como pedestal de toda la organización social, enraizado en una ideología, en una determinada manera de entender e institucionalizar el matrimonio y la familia (indemnes a pesar de los cambios) y una estructuración de la convivencia, donde el lugar central (real o simbólico) de la pareja es incuestionable.

En el proceso de modernización de las sociedades occidentales la vinculación entre el amor y el matrimonio se constituye en un ideal

y se institucionaliza[127], aunque esto no signifique que en otras sociedades y culturas no se conozca esta experiencia, como veremos más adelante. En la sociedad moderna, los antiguos lazos comunitarios se rompen y la familia —centrada en la pareja conyugal— se constituye en un espacio de responsabilidad y valores cargado de sentimientos. Por tanto, la pasión amorosa se pone en el centro de la reproducción del sistema social, para lo que es necesario una cierta domesticación de la sexualidad[128].

Pero estamos hablando de una forma de vida marital que, en general, ha experimentado, está experimentando cambios notables a lo largo del siglo XX. Cambios que podríamos resumir señalando que hemos pasado de un matrimonio por intereses sociales y económicos a un matrimonio por amor (como ideal) basado en la elección, al tiempo que se ha producido un desdibujamiento de una familia caracterizada por una segregación absoluta de espacios y funciones de los sexos, en la que la única y máxima autoridad era la paterna. Todo ello al hilo de transformaciones relevantes en las relaciones entre mujeres y hombres[129].

Stephanie Coontz, en su *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el mundo*[130] considera que el hecho de que en los años cincuenta y sesenta del siglo XX el ideal del matrimonio en Europa Occidental y Norteamérica estuviera constituido por un ama de casa a tiempo completo y un proveedor masculino, fue algo bastante excepcional y al mismo tiempo el momento culmen de un proceso de más de 150 años, en el que el matrimonio, primero —en el siglo XIX—, se sentimentaliza, y después —en el siglo XX—, se sexualiza.

A partir de los sesenta las cosas cambian (algunos dicen que radicalmente) y la posibilidad de elección y la lógica creciente de la individualización han conllevado transformaciones en el ideal del amor romántico, tomando fuerza un nuevo patrón amoroso que vincula menos la pasión a la durabilidad, y produce un *proceso continuo de rotura y (re)constitución de parejas,*[131] y una generalización de la aventura amorosa, en *un intento por retener y repetir, compulsivamente, la experiencia primordial de la novedad*[132]. En consecuencia, el matrimonio *se ha convertido en algo más alegre, amoroso y satisfactorio que nunca antes en la historia. Al mismo tiempo se ha vuelto opcional y más quebradizo*[133]. Y el amor estaría sujeto a un intento de reconciliación de opuestos, *deseos contradictorios,*

fuerzas dialécticas en conflicto, como son el deseo de fusión, con la consiguiente aspiración al amor eterno, indivisible, libre de mentiras, y el deseo de individualización y el consiguiente abandono cuando no hay suficientes dosis de pasión y comunicación[134].

Ahora bien, el hecho de que se disparen las tasas de divorcios[135] y se generalice la aventura amorosa no quiere decir que el matrimonio como institución esté en crisis, ni mucho menos[136]. Además, a pesar de que algunos consideren la situación actual como una *revolución histórica tan alteradora, amplia e irreversible como la Revolución Industrial*[137], el divorcio sigue considerándose un fracaso y la mayoría de la población sigue aspirando a una pareja duradera, todo lo cual, dentro de esa ideología romántica que percibe al individuo sin pareja como carencial, influye negativamente en aspectos muy diversos de la vida, por ejemplo, en la no normalización de la crianza compartida en los casos de separaciones con hijas/os.

Aquella medianoche aún le rompe el corazón a Marivoeen. Los demás se habían ido a la misa, ella estaba de vuelta de todo, con aquel bebé sin patas entre las manos y no llora, no hay lágrimas, agobiada por lo inevitable. El mundo que había montado pacientemente a su alrededor se derrumba. Está sola. Más que sola, porque no sabe quién es el padre de la niña que acaba de parir. Pero al cabo del largo silencio en el que apenas se toma el tiempo de limpiarse la sangre que aún le gotea, suspira y se pone en pie. Hay muchas mujeres que se encuentran así en el momento del parto, solas consigo mismas y con esa prolongación de su ser que les parece tan extraño, tan poco ellas[138].

Pareja. Maternidad. Cuidados

Pero además de la pareja, el *Pensamiento Amoroso* se desarrolla de forma específica, al menos, en otros dos ámbitos íntimamente relacionados con el anterior e igualmente generizados y naturalizados: el de la crianza y, más en concreto, el de las relaciones entre mujeres y criaturas, el amor maternal; y en segundo lugar, lo que feministas, políticos y científicos están denominando *los cuidados*, en referencia (en su versión más limitada) a la atención a las personas que no pueden valerse por sí mismas, lo que queda bajo la denominación de situaciones de dependencia.

José Ignacio Pichardo, en su estudio sobre los nuevos modelos de familia y la diversidad producida, entre otras cosas, a raíz de los cambios sociales y legales promovidos por los colectivos homosexuales, enfatiza la importancia que el amor y los cuidados adquieren en las parejas homosexuales con o sin hijos a la hora de concebir los lazos familiares[139]. El amor y los cuidados, señala Pichardo, sustituye en las uniones entre personas del mismo sexo a la complementariedad entre los sexos intrínseca a la heteronormatividad. Así, el hecho de que las criaturas puedan tener hoy día dos madres o dos padres, se justifica de alguna manera por ese compromiso amoroso y de cuidado, eso sí, sin dejar de lado la importancia de la dimensión biológica a la hora de, por ejemplo, entender las vinculaciones entre madres/padres biológicos o sociales con sus criaturas. En conclusión, el cómo se argumenta la maternidad/paternidad no varía demasiado en familias hetero y homoparentales. Todo ello con un trasfondo que permanece casi intacto, como es el vínculo madre-criatura, que se puede convertir en un
como-si
en el entorno de una pareja de gays.

Pero veamos primero cómo está funcionando el ideal materno.

He escrito en otro lugar que tendríamos que entender el auge, en

la Europa de finales del siglo XX, de los discursos científicos, políticos y mediáticos que enfatizan a un tiempo el binomio madre-criatura y el poder del amor (bajo la forma de una ideología materna hegemónica generizada, etnocéntrica y que oculta, entre otras, las diferencias de clase y etnia), como una parte intrínseca de las ideologías familiares y domésticas actuales o, más bien, actualizadas[140]. Todo ello en un contexto de baja natalidad y nuevas estrategias reproductivas (muy poca descendencia pero alta inversión afectiva y económica en las/os hijas/os), crecimiento del índice de empleo femenino, así como de envejecimiento de la población y cronificación de los problemas de salud, entre otros[141]. Un contexto, también, que reacciona frente al éxito, al menos parcial, del feminismo.

La maternalización del amor lleva a las mujeres a renunciar a sí mismas, lo que es mucho más difícil de encontrar en hombres. Nos sirve para ilustrar esta idea el comentario de Linda Rebhun sobre la experiencia de mujeres y hombres brasileños: Para muchas mujeres, el amor verdadero requiere renunciar a los propios intereses a favor de los del amado. Para mí, el amor es la renuncia del yo (a renuncia de eu) (…) Aquí, el amor entre mujeres y hombres ha adquirido algunas de las cualidades del amor materno, caracterizado por la autorenuncia, el sufrimiento y la generosidad. Mientras que algunas mujeres me hablaron de su obligación de auto-renuncia en el amor, ni un solo hombre vio la abnegación como algo a lo que se veía obligado. Esta actitud contribuye a la idea cínica de las mujeres de que los hombres son incapaces de amor verdadero.[142]

Se trata de una auténtica mística de la maternidad, consecuencia directa de eso que estamos denominando *Pensamiento Amoroso*. Una *poética de la maternidad*, en palabras de Nancy Scheper-Hughes, frente a la que ella propone una *pragmática de la maternidad*[143] (que podríamos reformular como una *pragmática de la crianza*). Es un abordaje, el de esta autora, polémico, comprometido y radicalmente crítico con la situación de las que viven en los márgenes del margen, que revisa, y de alguna manera dinamita, teorías y conceptos etnocéntricos y rígidos como los del *apego*, el *amor materno* o *el pensamiento maternal*, sin perdonar tampoco a las teorías psicológicas feministas; y reivindica otras explicaciones y nociones, como la del *extrañamiento básico materno*[144], para poder

acceder a entender esas relaciones interpersonales y vínculos emocionales absolutamente complejos y situados como los que se establecen entre una madre (de cualquier lugar y espacio) y una criatura. Algo que podríamos hacer extensivo a cualquier persona, o colectivo, que se compromete de una manera (más o menos) estable e intensiva en el cuidado de un bebé.

El análisis de Scheper-Hughes y otras feministas que están abordando hoy día la maternidad con una mirada relativista y subversiva deja en el aire una pregunta que resulta complicadísima de responder pero que es más pertinente que nunca: ¿Qué es, cómo y cuándo se llega a ser madre (padre)[145]? Y por tanto, ¿qué diferencia a una madre (padre) de alguien que no lo es? Más allá, claro está, del sancionamiento legal y social al respecto.

Sin embargo, algunos sectores sociales *civiles*, que se presentan incluso como feministas, reivindican aquí y ahora, en nombre de un humanismo esencialista que se ha puesto muy en boga, la dedicación absoluta de una madre a su criatura como un requisito no solo para una existencia sana y feliz sino para cambiar el mundo. A este nivel, en el contexto español, la voz cantante la están llevando diferentes grupos y plataformas alrededor del embarazo, el parto o la lactancia[146], que han tenido por ejemplo un papel protagonista en la elaboración de la *Estrategia por un Parto Normal en el Sistema Nacional de Salud*, del Ministerio de Salud y Política Social (liderada por el Observatorio de Salud de la Mujer)[147], una estrategia oportuna y necesaria.

Pero es este un asociacionismo que, al margen de los datos objetivos de los que parten (medicalización yatrogénica del parto con aumento innecesario de cesáreas, entre otros), que reclaman cambios urgentes, tiende a re-naturalizar la maternidad. Maribel Blázquez analiza en su tesis doctoral[148] cómo círculos profesionales y no profesionales, que podríamos etiquetar de progresistas, están abogando hoy en día por una supuesta vuelta a la naturaleza, a la fisiología; como si hubiera una naturaleza al margen de las condiciones sociales de la existencia[149]. Y algunas de las teorías en las que se basan sus argumentaciones son cuando menos discutibles y asocian, por poner un ejemplo, un determinado desarrollo del embarazo y el parto con, incluso, la capacidad futura de amar[150].

Pero el encumbramiento cultural del amor de pareja a lo largo del siglo XX provoca la competencia entre el amor materno y el amor de pareja.

Una estudiante de doctorado, madre reciente, comentaba en un debate que en estos momentos la prioridad absoluta en su *ranking* afectivo era su hija de pocos meses, muy por delante de su compañero. Esto parece ser, por otra parte, lo que se espera de una mujer. No así de un hombre.

Ahora bien, se piense lo que se piense, los hijos no están siempre por delante de los padres en el afecto de las madres. Tomemos como ejemplo las conclusiones de Ana Távora, de su investigación con mujeres que presentan diagnósticos graves de salud mental en un centro de salud de un pueblo de Granada, la mayoría de las cuales están casadas o tienen pareja estable[151]. Muchos de los conflictos presentados por estas mujeres, construidas en la obligación del amor a los otros y que viven con una culpabilidad tremenda los afectos *no permitidos* (envidias, deseos de estar en el centro o decidir sobre la propia vida…), tienen que ver con el hecho de intentar permanecer en (o intentar idealizar) relaciones de pareja que no les satisfacen. Pero lo más interesante es que hay una relación directa entre las carencias vividas respecto a sus padres (sobre todo la madre) y la búsqueda compulsiva de alguien que las ame; entre el sentimiento de no haber sido querida *suficientemente, porque el padre y la madre han estado ocupados en sus dificultades de relación y, sobre todo, que sus madres han elegido el desamor de un hombre antes que las relaciones con ellas (…) La necesidad de ser querida, la angustia por no serlo y la dificultad para aceptarlo van a estar presentes a lo largo de las distintas relaciones que las mujeres han establecido en los diferentes ámbitos de sus vidas, con el sometimiento como una manera de asegurar el amor del otro*[152]. Este estudio habla de dos cuestiones, de la conveniencia de poner el amor en el centro del análisis de los procesos de salud (salud mental en su caso); y en segundo lugar, de que la sociedad romántica propicia la tensión (la incompatibilidad) entre distintos tipos de amores que se consideran por otra parte fundamentales.

Otro ejemplo de pugna ideológica entre distintos tipos de vínculos afectivos lo tendríamos en una práctica sanitaria que se ha normalizado en los últimos tiempos, como es la del

acompañamiento de la pareja en las consultas de embarazo y en el momento del alumbramiento. Una lectura rápida de esta costumbre nos podría hacer pensar que el hecho de que en nuestros hospitales públicos o privados se anime a los hombres[153] a, como mínimo, estar presentes en el parto, y se vea *peor* que sea la madre, una hermana, una amiga o cualquier otra persona la que acompañe, es una conquista feminista en el camino de la implicación masculina en las tareas reproductivas. Y en cierto modo puede ser así. Una reflexión reposada nos podría llevar, sin embargo, a una interpretación menos optimista. Blázquez muestra también en su estudio que, en general, los hombres son más bien sujetos extraños en el ámbito sanitario del embarazo y el parto, no tienen un lugar en él[154]. Yo apostillaría que esto es así porque lo que importa no es el papel desempeñado o a desempeñar por el hombre, sino la presencia masculina como símbolo de que la pareja (sobre todo la heterosexual) es y debe ser central, no solo como núcleo de la familia, sino como base de la sociedad. La ideología de pareja.

Los hombres también aman.

Pero, como escribe Clara Coria, cuando el varón es afectuoso y ama intensamente sin avergonzarse por ello suele ser ubicado en la categoría de «ídolo», mientras en iguales condiciones las mujeres son vistas como cumpliendo con lo que naturalmente les corresponde. Como si el amor fuera un sentimiento natural en las mujeres y excepcional en los varones[155]*. Lo que al final condiciona su forma de amar, los deja a veces perplejos, o claramente insatisfechos, e imposibilita seriamente, en caso de convivencia, el reparto de tareas y, en un sentido más amplio, la reciprocidad entre mujeres y hombres.*

En España, en los últimos años, algunas voces cada vez menos tímidas proclaman el derecho a la paternidad desde posiciones ideológicas diversas, incluso contrapuestas. Dos ejemplos a este respecto son la *Plataforma por Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción (PPIINA)* cuyas integrantes consideran imprescindible la equiparación en derechos y obligaciones de mujeres y hombres, con un objetivo final de igualdad total de oportunidades[156]; o desde otro planteamiento distinto, las campañas llevadas a cabo por distintas asociaciones de padres separados que proclaman la custodia compartida y denuncian la posición habitual de los jueces de conceder la custodia a uno solo

de los progenitores, normalmente la mujer. Se muestran además muy críticos, e incluso agresivos, con las feministas por haber propiciado esta situación (dicen ellos) pero no profundizan de la misma manera en el modelo dominante ideal de pareja/familia que imposibilita seriamente la crianza compartida después de una separación. Muy al contrario, lo reafirman.

Pero, el amor materno está siempre en el ideal cultural por delante del amor paterno. Todo por el hijo. Y las mujeres de carne y hueso ven su vida absolutamente supeditada a las directrices de expertos o pseudo-expertos que proclaman un amor de madre que al final está enraizado, como señala también Coria, *en una superposición de identificaciones erróneas. Una es la de suponer que mujer es igual a madre, y por lo tanto incondicional. Otra que madre es igual a amor, y la tercera que amor es igual a bondad. Estas son identificaciones ciertamente equivocadas porque, en primer lugar, lo que define a la mujer no es el «ser madre». En segundo lugar, porque no toda madre es capaz de brindar amor y, finalmente, porque no todo amor es una panacea de bondad*[157].

Además de la maternidad, el otro ámbito cultural que configuraría la tríada occidental del amor, estrechamente ligado a todo lo anterior, es el de *los cuidados*, que ha adquirido mucha relevancia en las sociedades europeas de finales del siglo XX, por el aumento de las necesidades de atención relacionadas con el envejecimiento de la población[158], pero también por la creciente incorporación de las mujeres al empleo, y las transformaciones en las formas familiares y en la organización de la vida cotidiana y urbanización del espacio[159]. Todo ello acompañado de una carencia de infraestructuras y servicios para la atención que, dependiendo de qué país estemos hablando, es desde todo punto de vista alarmante. En el Estado español este proceso ha estado marcado por la publicación el 14 de diciembre de 2006 de la *Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia*, que ha tenido la virtud de poner sobre la mesa este tema y reconocer la generosidad obligada de las mujeres, pero cuya aplicación está teniendo déficits sustanciales[160].

Todas las encuestas indican que son las mujeres, sobre todo las de menos recursos económicos y más de 45 años, hijas y esposas en su mayoría, las que se responsabilizan de atender y apoyar a los

demás. Es una división sexual del trabajo absolutamente discriminatoria, por la mayor pobreza y el menor estatus social que supone para las mujeres en su conjunto. Podríamos decir que, en general, cuando más cuida una mujer, más está contribuyendo a aumentar su pobreza y su falta de reconocimiento social.

La introducción del estudio de las emociones en el análisis del capitalismo, la organización social del trabajo y la situación de las mujeres, ha dado lugar a resultados muy interesantes. En este sentido son muy significativas las aportaciones de la socióloga Arlie Russell Hochschild, que ha acuñado conceptos como *emotional labor (trabajo emocional)* —que hace referencia a todas aquellas tareas que se realizan en el ámbito íntimo y cotidiano de las personas, desde celebraciones de aniversarios al cuidado de criaturas o de la gente mayor— o *global care chains* (*cadenas mundiales de cuidado* o de *afectos*)[161], mediante el que se alude a la transferencia de cuidados de mujeres autóctonas a otras que encuentran en este ámbito un nicho (absolutamente precario) de empleo, que las lleva a migrar[162].

Pero en conjunto diría que estamos asistiendo a una hipertrofia del lenguaje emocional, *afectivo*, en lo que respecta al trabajo de cuidar, que afecta tanto a la teoría social como a la política, también al feminismo, y que, paradójicamente, está contribuyendo a naturalizarlo, a encubrir las dimensiones social, económica y política. Asimismo, creo que hace falta más reflexión y debate en torno al propio concepto de *cuidados* que, a la vez que es muy útil y tiene un gran potencial teórico, resulta muchas veces problemático y confuso, ya que suele definirse como un campo de actividad por encima del tiempo y del espacio, y se disfraza el hecho que adquiere todo su sentido en una organización social y económica determinada, la correspondiente a las sociedades occidentales, con un modo de producción y una socialización concreta de las personas a través de una división sexual (también concreta) del trabajo, donde las mujeres son orientadas hacia el cuidado y la atención y los hombres hacia la producción de bienes para el mercado[163].

En el feminismo las posiciones teóricas más radicales que asocian amor y cuidado están representadas por lo que se ha denominado el *Pensamiento Maternal*, de autoras como Sara Ruddick[164]. Carol Gilligan[165], una de las más veteranas en estos

planteamientos, sostiene que el hecho de que la identidad de las mujeres esté constituida en relación a un otro —pareja, hija o hijo, padres, amistades…— condiciona su actuar moral, que se basaría más en la responsabilidad que en juicios generales abstractos. Ruddick, por su parte, suscribe la pertinencia de defender políticamente la identidad de las mujeres en tanto madres. Defienden así la existencia de una supuesta posición ética y política específica *femenina*, con unos valores asociados universales o al menos universalizables.

De este modo, se realiza la asociación del amor y las mujeres con el modelo de la buena feminista en sentido más amplio —de la buena madre a causa de los sentimientos maternales—; de la buena ecofeminista porque desea una relación armoniosa con la naturaleza, incluida la paz en el mundo; de la buena lesbiana —la lesbiana política — porque la relación entre mujeres es sensual y de genitalidad difusa[166].

Sin negar la trascendencia de los análisis que relacionan el amor con los cuidados, y la aportación y los saberes femeninos a este nivel; sin negar tampoco la importancia de las emociones en la atención a los demás… algunas pensamos que es urgente redefinir qué es una buena atención, además de redefinir la convivencia, el apoyo mutuo, la solidaridad y la reciprocidad y traspasar las fronteras de las relaciones e ideologías familiares actuales, unido a una revisión y una crítica profunda del significado de los cambios. Hay que abogar por una concepción de la tarea de cuidar mucho más amplia, como una actividad compartida necesariamente entre mujeres y hombres y entre distintos colectivos y ámbitos (doméstico, social, institucional). Revisar también cómo tiene que ser la relación entre las personas que atienden y las personas que son atendidas. Que el cuidado ideal sea el cuidado compartido entre distintas personas y servicios implica también que la responsabilidad debe entenderse como compartida (en el grado que sea), tanto en el caso de las criaturas como en el de las personas adultas.

Algunos elementos en esta redefinición de la buena atención serían: Criticar la idea de la abnegación y del desequilibrio entre personas cuidadoras y cuidadas (…) No es posible pensar en el bienestar de unos sin pensar de forma conjunta en el bienestar de todos. Redimensionar la importancia de las emociones respecto al cuidado y distinguir entre afectos, emociones y cuidados como ámbitos diferenciados y

diferenciables (…) Pensar bien los contenidos asociados a la tarea de cuidar: desde garantizar la alimentación, la higiene, la movilidad y la intimidad de la persona; hasta la empatía y la capacidad de diagnosticar distintas necesidades y situaciones, ofrecer seguridad física y psicológica y respeto, y promover la autonomía de la persona cuidada… Procurar que la situación de las personas que ejercen los cuidados sea la óptima, en cuanto a condiciones laborales (trabajo/descanso, remuneración…) y apoyo/formación (contenidos, habilidades instrumentales y emocionales…). Criticar la idea de que la casa sea el mejor lugar para la atención…[167]

Por tanto, parece fundamental desenmascarar esa asociación que se establece entre emociones y amor, por un lado, y asignación a las mujeres del trabajo de cuidar, basada en el hecho de que sean consideradas seres emocionales en mayor medida que los hombres, por el otro. Si el mejor cuidado, se piensa en nuestra sociedad, es el mediado por los sentimientos (luego, en consecuencia el de un familiar), y las mujeres son definidas como las guardianas de los afectos, es lógico que sean ellas las que cuiden. Una secuencia que, en definitiva, no hace más que justificar la subordinación para una parte de la población[168].

El problema es una división sexual del trabajo que además de discriminatoria es radicalmente ineficaz. Dicho de otro modo, que solo una organización social que asegure la cantidad y la calidad de los servicios y las buenas condiciones laborales para las personas que trabajan en ellos, combinado con el reparto del trabajo entre mujeres y hombres y entre generaciones, garantiza un sostenimiento idóneo de la vida.

Pareja. Maternidad. Cuidados.

Estamos hablando de tres marcos de significación, interacción y acción, que son permeables y se retroalimentan entre sí. Las relaciones de pareja tienden culturalmente a maternalizarse y paternalizarse[169]; el amor maternal se romantiza; y el imaginario privilegiado para el cuidado de los otros, como ya hemos visto, es el de los afectos. Pero son esferas que guardan también una cierta jerarquía entre ellas, que puede ir modificándose, con el tiempo o dependiendo de la edad y de otras variables sociales.

De la misma manera que en nuestra cultura hay una jerarquía entre emociones altas y bajas, cultivables y desechables[170], hay

también una clasificación, una graduación, en la definición y rango de todos los tipos de amor posibles, donde relaciones y afectos como los que se dan bajo la forma de amistad (pero también de vecindad), quedan relegados al último lugar o incluso al olvido, o son menospreciados. Como ejemplo, la mayoría de las teorías psicológicas o médicas, que otorgan el máximo espacio y consideración a las relaciones de pareja y m/paterno-filiales, pero apenas nada a todas las demás. Más aún, esas otras relaciones pueden ser en un momento dado estigmatizadas o incluso penalizadas.

No hay más que ver la desproporción entre la cantidad de literatura científica sobre el amor en relación a la que existe en torno a la amistad[171].

Sin embargo, en la vida de prácticamente todas las mujeres con las que he estado y de otras muchas que conozco (también de muchos hombres), la amistad es absolutamente primordial y ocupa un lugar de honor en los apoyos con que las mujeres cuentan en la consecución de sus propios proyectos de vida, con un papel especial en las iniciativas y experimentos de cambio[172].

Pero el *Pensamiento Amoroso* no se proyecta solo en la crianza, la atención a los demás, o la vida conyugal y familiar, sino que afecta a la organización social en su conjunto e influye y moldea directa o indirectamente símbolos, normas, leyes, y prácticas institucionales, laborales, relacionales o de ocio, incluso aquellas que quedan aparentemente al margen de lo amoroso. La influencia directa de este régimen amoroso omnipotente es evidente, por ejemplo, en un símbolo cultural como el de la Virgen María que, más allá de la tradición católica y religiosa, inspira actividades artísticas y culturales, recreando una y otra vez de forma casi irrebatible la asociación entre mujer/género, por un lado, y amor, entrega y abnegación, por otro.

Pero volvamos a un fenómeno relativamente reciente en nuestra sociedad, como es el de la pluralidad de formas de convivencia y familias: personas que viven solas; personas divorciadas o separadas con hijos; parejas casadas o de hecho sin hijos, con hijos o con hijos de anteriores relaciones; parejas con hijos o sin hijos con otros familiares de distintas generaciones; parejas con hijos o sin hijos que optan por vivir en casas separadas acompañados o no de otras

personas[173]; parejas o matrimonios homosexuales; amigos/as que viven juntos/as; inmigrantes que comparten piso con paisanos, etc[174]. Aunque alguna de las formas citadas, como la de los inmigrantes que comparten vivienda, no obedecen tanto a una elección sino que son consecuencia de la precarización de la vida, se suele afirmar que en la sociedad postindustrial *la familia habría pasado de ser una comunidad de necesidad a una asociación electiva de individuos con intereses, experiencias y planes propios, con diferentes controles, riesgos y constreñimientos*[175]. Y se relaciona la diversidad de formas e itinerarios con cambios en los valores y con una supuesta democratización de las familias y las parejas[176]. Incluso, añaden algunas autoras[177], está surgiendo un tipo de familia que no favorecería la autoridad masculina, ni la heterosexualidad, ni una determinada división del trabajo u organización concreta del parentesco y los hogares, ni…

Pero una lectura sosegada nos haría estar alerta frente a la separación que se hace entre familia, por un lado, y Estado, mercado o comunidad, por otro[178], y subrayar *que las familias son tanto redes de cooperación* y *solidaridad como de dominación* y *control*, y *que las experiencias de las mujeres (y hombres) dentro de las familias son muy variadas, positivas y negativas*[179]. Asimismo, habría que tener muy presente que esta idealización del amor y los sentimientos familiares producida en los últimos siglos conduce a las mujeres a ser las guardianas, las responsables de los sentimientos, lo que al mismo tiempo sirve para justificar su subordinación.

Se concibe la sociedad como un agregado de individuos libres e iguales, a la vez que se atribuye a la familia una consistencia orgánica, donde las funciones no son cuestión de opción libre, sino responsabilidad moral, y por si acaso también obligación legal. Proveer para que los miembros de la familia puedan satisfacer sus necesidades, defenderles de cualquier amenaza y protegerles, o bien cuidar de las personas que no pueden ocuparse de sí mismas, sea porque no tienen la capacidad física o psíquica para hacerlo o porque sus ocupaciones no dejan tiempo para cuidar de sí, es una obligación moral que se contrae[180].

En nuestra sociedad la familia sigue siendo la principal institución suministradora de asistencia que atiende a las situaciones de dependencia de sus componentes y a su mantenimiento y protección:

gestación, crianza, salud, manutención, vestido, alojamiento, educación, transmisión de valores, cuidados, de forma que las instituciones públicas de asistencia son más un suplemento que una sustitución de lo que se realiza en familia[181].

La convulsión social provocada por transformaciones legales como la regulación del matrimonio homosexual llevada a cabo en el Estado español en 2005 por el Gobierno de Rodríguez Zapatero, o la posibilidad de adopción del/de la madre/padre no biológica/o en familias homoparentales, que suponen una ampliación evidente de derechos civiles y normalización de ciertas prácticas sexuales, crean una falsa ilusión de que las cosas están cambiando. Me atrevería a afirmar que, a algunos niveles al menos, estas transformaciones no significan cambios profundos, o no en la medida de la convulsión que producen; todo ello debido a esa ideología amorosa que estamos analizando, que es paradójicamente reforzada, como veíamos anteriormente, desde la idea de que el amor que todo lo puede, *puede* incluso contra el conservadurismo. La posibilidad legal de que personas del mismo sexo se casen y tengan hijos/as (por inseminación o adopción) no tiene por qué implicar, no está implicando, de hecho, una ruptura radical con una ideología materna y del cuidado hegemónica absolutamente generizada y naturalizada, así como un refuerzo de la pareja como núcleo principal de las relaciones humanas.

En todo caso, habría que ver el alcance de estos cambios por contextos. Si nos fijamos una vez más en los resultados de Pichardo, a diferencia de algunos estudios realizados en sociedades anglosajonas, donde *la familia* es la familia de elección (a partir de la pareja y amistades), en España, los homosexuales entrevistados por él diferencian claramente *la familia* y la pareja/amigos/redes de apoyo, y viven como crucial las relaciones familiares, aunque sean motivo de conflicto. Algo que probablemente tiene que ver con diferentes ideologías de parentesco que podríamos denominar endogámicas y exogámicas, que es posible que diferencien a las sociedades del sur de Europa, al menos a la española[182].

PORQUE no hay una perfección del amor

pero sí un país donde el amante
pueda cambiar su moneda[183]

La idealización romántica: mirada histórica y transcultural[184]

¿Quién podría estar en desacuerdo con que pedir matrimonios basados en la elección y el amor —o al menos el consentimiento, como la mayoría de las interpretaciones de la ley islámica requieren— beneficiaría a las mujeres? Desde la perspectiva de estas (y de los hombres), obligados a contraer matrimonios concertados que no desean, sin duda lo opuesto parece mejor. Sin embargo, cualquiera que haya vivido en comunidades donde prevalecen los matrimonios concertados y donde «la pareja» no es un ideal bien desarrollado o constituye el vínculo social más esencial también ha descubierto muchos matrimonios llenos de afecto y camaradería.[185]

¿Existe algo análogo al amor romántico en sociedades no occidentales?

Aunque con algunas excepciones los estudiosos clásicos del amor (Weber, Habermas, Parsons, Simmel, Luhmann) han tendido a considerar este tipo de amor como una experiencia particular occidental, relacionada directamente con el proceso de modernización.[186] *En este contexto, el sueño romántico de una obligación erótica con un amado único e idealizado es entendido como sustituto para una lógica de la identidad que devino anticuada, ofreciendo una experiencia de auto-transformación, elección personal, expansión sensual y un futuro lleno de sentido*[187].

Por otra parte, sociólogos y sociobiólogos han defendido la naturaleza sexual del romance. Estos últimos han definido la atracción romántica como un mecanismo genético de adaptación y optimización de la reproducción y la crianza de la prole, un fenómeno universal aunque pueda estar influido también por

factores históricos o culturales[188]. Sin embargo, la conversión de la persona amada en un ser único y trascendente, no tiene por qué estar referida obligatoriamente a la sexualidad y, en ocasiones, como es el caso de las expresiones del amor cortés, el ideal romántico puede implicar castidad[189].

Pero la teoría social del amor no ha tenido por lo general en cuenta los estudios de caso históricos y etnográficos que proporcionan datos alternativos a estas ideas. A esto ha ayudado la escasa cantidad de datos empíricos correspondientes a otras culturas. Pero los estudios existentes nos hacen constatar que la atracción romántica o pasional (heterosexual u homosexual) ha existido y existe en coordenadas históricas y culturales distintas a las de la época moderna[190]. Esta forma de amor suele estar además representada en canciones, poemas, novelas y/o películas como un valor en sí mismo, una experiencia excepcional en la vida[191].

Charles Lindholm señala tres tipos de contextos que parecen favorecer el ideal romántico. En primer lugar, las sociedades estratificadas centralizadas o las formaciones sociales simples pero estructuradas e internamente competitivas, en distintos momentos de la historia, en Japón, India, Europa, Medio Oriente… donde involucrarse románticamente es una manera de oponerse a las redes y desigualdades de poder o a las obligaciones del linaje que predominan en la vida cotidiana, y el romance no es nunca la base de la construcción de la familia. A este respecto, *parece que la configuración característica que favorece la idealización romántica ocurre bajo condiciones objetivas de presión extrema, o bien ecológica o social, que hacen de la vida humana una experiencia marcada por la lucha, la desconfianza y la intensa e insidiosa rivalidad entre individuos opuestos*[192].

En segundo lugar, los contextos no occidentales de pequeña escala, donde las estructuras de parentesco no son tan complejas o no existe una autoridad central, y en los que las interacciones románticas pueden tomar una forma muy similar a la característica de occidente. Un ejemplo lo constituyen los indios cazadores y recolectores Ojibway (nativos americanos de la región norte de los grandes lagos, que valoran enormemente el amor entre los esposos y describen el amor como una experiencia intensa[193].) De acuerdo

con Lindholm, *el romance en estas sociedades es asociado con el matrimonio, porque la pareja es idealizada como el último refugio contra el mundo hostil y funciona como el núcleo necesario de una organización social atomizada*[194].

Un tercer grupo lo constituirían algunas culturas no individualistas, donde el grupo está muy subrayado y el control del matrimonio es estricto (India tribal, sudeste de Asia o culturas oceánicas), que permiten una libertad sexual prematrimonial que puede estar incluso institucionalizada.

En una línea similar, Jan C. Collins y Thomas Gregor[195], que han estudiado también los factores que favorecen la pasión romántica, señalan la importancia de algunas condiciones bajo las que el amor puede ser una forma de celebrar la individualidad y la relación, como que la unidad familiar sea relativamente independiente del grupo de parentesco, que enamorarse permita liberarse de la unión con los padres e independizarse, o que los adolescentes tengan más libertad.

Un buen ejemplo lo tenemos en la comunidad de aborígenes australianos analizada por Victoria Burbank, donde el amor romántico aumenta radicalmente su presencia con la instalación de una misión protestante en los años 50, con intenciones evangélicas primero pero asimilacionistas después, para lo que echaron mano a partir de 1965 de la exhibición regular de películas de Hollywood[196]. En una sociedad donde los matrimonios se arreglaban antes de la menarquia de las niñas, los nuevos aprendizajes de los jóvenes van provocando su oposición a los matrimonios concertados antes de la menarquia de las niñas. Burbank, inspirándose en Lila Abu-Lughod[197] concluye que la construcción del amor romántico en esta sociedad es un discurso de desafío, un paradigma de resistencia adolescente frente al autoritarismo de los padres[198].

Con todos los riesgos que comporta la investigación y la traducción trans-cultural, parece que la incidencia del amor romántico, como señala Leonard Plotnicov para las sociedades africanas[199], es menor en las zonas rurales o que viven bajo condiciones *tradicionales* que en las grandes ciudades, que estarían más sometidas a la influencia de la aculturación occidental. Pero la trascendencia de la pasión y del enamoramiento no es siempre

producto de occidente, como argumenta Jankowiak en su trabajo de campo en China[200].

La comparación etnográfica confirma otra constante: el amor sexual admite también tipologías internas, dependiendo de factores variados, como la edad o el tipo de vínculo establecido. Dos ejemplos serían la clasificación de los Taita de Kenia, con tres posibilidades: encaprichamiento juvenil; deseo y atracción sexual; y amor romántico —pasión y afecto duradero—[201]. O la distinción brasileña entre el amor maduro, de compañeros, y la pasión tumultuosa y sexual[202].

Encontramos también contrastes muy agudos entre los patrones culturales de unas sociedades y otras. Por citar un caso, al contrario que en Europa y Norteamérica, los Fulbe del Norte de Camerún, estudiados por Helen Regis, reconocen la atracción romántica, pero no como un ideal, y dan toda la importancia a la capacidad de autocontrol y a la regulación de las emociones, lo cual tiene un reflejo directo en la socialización de las criaturas que son animadas a no expresar el dolor o las emociones[203].

Pero, es conveniente estar siempre alerta, puesto que los resultados obtenidos no son independientes de las perspectivas utilizadas. En este sentido, la antropóloga Helen Harris llama la atención sobre el riesgo de confundir el *patrón básico* del amor romántico o pasional[204], con las expresiones y énfasis individuales o colectivos en distintas culturas. Lo que conduciría a crear una ilusión de que existen grandes diferencias entre unos lugares y otros[205]. Para ilustrar su argumento utiliza los resultados de su estudio en Mangaia (Islas Cook, Polinesia), donde se enfatiza sobre todo la sexualidad, lo que ha conducido a equívocos a más de un autor. Por tanto, una cosa sería el énfasis en las manifestaciones y declaraciones, y otra distinta los componentes y criterios concretos de la interacción amorosa, que parecen ser más generales.

En la misma línea, otra conclusión sería que, como para cualquier tema, las mismas dinámicas y realidades amorosas pueden ser objeto de interpretaciones muy diversas dependiendo de los marcos teóricos y de los *a prioris* de los investigadores. En todo caso, la antropología tiende a subrayar la conveniencia de hacer análisis multifactoriales y complejos. Un ejemplo de lo uno y lo otro es la institucionalización del intercambio de esposas entre los Inuit,

que había sido clásicamente entendido como una adaptación a un ecosistema social con muchas restricciones. Sin embargo, en la explicación ofrecida por Pamela Stern y Richard Condon[206], esta costumbre iría más allá de lo material y tendría que ver, precisamente, con una forma de garantizar la estabilidad de la unión marital, prevenir los conflictos sexuales y los celos, y promover la cooperación entre distintos hogares y grupos locales.

Veamos ahora algunos datos etnográficos en torno a las diferencias entre mujeres y hombres.

Susan y Douglas Davis[207] subrayan que las mujeres marroquíes jóvenes contemporáneas, en una sociedad en crisis sexual y religiosa pero con una tradición literaria amorosa que ha influido incluso en la europea, no aparentan experimentar la misma intensidad romántica que los hombres o solo la comparten con sus mejores amigas. Esto se debería, según ellos, a que deben mantener indemne el ideal de pureza pero también a que necesitan más que ellos de un matrimonio estable, lo que las empuja a dejarse llevar menos por sus sentimientos.

Por su parte, Linda A. Rebhun[208] explora algunos cambios ocurridos en la sociedad brasileña a lo largo del siglo XX, como la masiva afluencia a las ciudades y la pérdida de los padres de la seguridad económica respecto a sus hijos, que hacen que se refuerze la idea del matrimonio como unión amorosa, idea que afecta de diferente manera a hombres y mujeres, y que no significa que todos los matrimonios sean por amor (1995, p. 242). Hombres y mujeres tienen diferentes expectativas frente al matrimonio, lo que es fuente de desencuentros, conflictos, desilusiones y rupturas frecuentes.

Por último, una etnografía no centrada en el amor, pero que nos ofrece también pistas significativas, es la realizada por Arantza Meñaca (2007) en su estudio de los procesos de autocuidado de familias migrantes ecuatorianas en Catalunya. Desde la lectura que yo hago de algunos de los itinerarios de mujeres descritos por Meñaca, se podría argumentar que la puesta en marcha en el contexto de la inmigración de modelos de relación menos imbuidos de romanticismo, pero no obligatoriamente menos solidarios o satisfactorios, estaría permitiéndoles a esas mujeres reflexionar sobre su posición de género y por tanto estar en condiciones de construir relaciones más equitativas.

Este abanico de informaciones, no siempre concordantes, habla de la necesidad de ser cautas en nuestros análisis y de profundizar todavía mucho más. Pero hay algo que parece evidente. Cuando el amor romántico está en el núcleo del sistema, la equiparación de género se ve directamente beneficiada de la flexibilización de las *fuerzas del amor* y de la búsqueda de maneras alternativas y múltiples de vincularse, solidarizarse y entender y practicar la reciprocidad, que no tienen por qué perder en intensidad, como veremos el final de este capítulo. Pero, mientras tanto, en otros entornos, probablemente también dentro de nuestra sociedad, el amor romántico está siendo una práctica que desafía distintos tipos de imposiciones e injusticias sociales. Un enfoque comparativo, riguroso y ponderado, por tanto, puede resultar muy fértil.

No me quieres.

Nada que replicar a estas palabras; él las oyó como ella las había oído. Nada que ella pueda decir; ella no sabe nada. Así es, pero él ve, siente, se le ha revelado algo que ignoraba: esta chica extranjera siente por él… —acuden a su mente hermosas palabras en su lengua materna—, siente devoción. ¿No es natural ser amado, aceptar una bendición? Ella sabe algo. Aunque proceda de la ignorancia, de la inocencia respecto a la realidad.

Él ha recuperado toda su capacidad, pues esta extranjera lo completa. Esa noche le hizo el amor con la ternura recíproca —llamadlo por el nombre que más os guste— contra la que él mismo se había precavido, salvo unos pocos deslices; en su situación no puede permitirse el compromiso, tiene que estar en condiciones de aceptar cuanto pueda ofrecerle su siguiente asidero. Esa noche hicieron el amor, la clase de amor que es otro país, un país ajeno, ni el tuyo ni el mío[209].

Perspectivas sociológicas de actualidad

Mientras el estudio transcultural del amor es todavía incipiente, y las ciencias biológicas están proyectando mediáticamente una lectura totalmente esencialista del amor y el deseo, que fisiologiza incluso el adulterio y los celos, en las ciencias sociales podríamos diferenciar dos grandes tipos de miradas científicas[210].

Por un lado tendríamos la hipótesis democrática, *optimista*, representada sobre todo por Anthony Giddens, autor del libro *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*[211], en el que defiende la existencia de un modelo nuevo de amor y relación de pareja a partir de mediados del siglo XX, que denomina *amor confluente*. Este modelo habría surgido al hilo de las transformaciones en la esfera pública y privada que conllevó la revolución sexual (mejora en la posición social de las mujeres y reconocimiento de la necesidad de la igualdad de género, anticoncepción, aceptación de la homosexualidad, legalización del divorcio, transformaciones en la familia…), y se opondría al amor romántico, dominante hasta el momento. El término *relación pura* sería utilizado precisamente para definir el tipo de relaciones surgidas a partir de ese momento, donde predominaría (siempre según Giddens) la democratización de la vida íntima.

La intimidad implica una absoluta democratización del dominio interpersonal, en una forma en todo homologable con la democracia en la esfera pública. Hay todavía más implicaciones. La transformación de la intimidad puede tener una influencia subversiva sobre las instituciones modernas consideradas como un todo. La esfera social, en la que la realización emocional sustituye a la meta del crecimiento económico, sería muy diferente de lo que hemos conocido hasta el presente. Los cambios que afectan ahora a la sexualidad son revolucionarios, no en la superficie sino en profundidad[212].

Este optimismo ha sido criticado por autoras como Wendy Langford[213], por no analizarse en lo concreto las relaciones entre el poder y el amor, y la influencia en la negociación intra-pareja del contexto social de desigualdad o de la situación jurídico-legal de las mujeres, así como por no clarificar a qué personas/parejas pueden

estar afectando más los cambios.

A este respecto podríamos citar ejemplos europeos en los que existen diferencias jurídico-legales por sexos, como el hecho de que hoy día en algunos países las mujeres casadas tomen todavía el apellido del esposo; que las casadas que no tienen empleo, además de no ser reconocidas como trabajadoras, accedan a derechos básicos como la atención sanitaria a través de la cartilla del marido; o que la titularidad de las explotaciones agrarias siga estando en muchos casos en manos de los hombres. Es difícil pensar que este tipo de cuestiones no tengan ninguna influencia en la toma de decisiones y en la dinámica general de relación de la pareja.

Por otra parte, los estudios llevados a cabo en la última década con población joven reiteran una y otra vez la misma idea: que, aunque chicas y chicos estén siendo educados en discursos de igualdad y se observen algunos cambios en sus planteamientos, sus modelos de referencia y objetivos vitales, sus comportamientos y argumentos en torno a las diferencias entre mujeres y hombres, así como sus prácticas y relaciones concretas, desvelan que las diferencias de poder entre unos y otras siguen siendo evidentes. Estas diferencias se refieren a ámbitos distintos pero uno de ellos es, claramente, el cómo entienden y viven el amor, la afectividad y las relaciones de pareja. Un dato llamativo es, por ejemplo, que una mayoría significativa de chicas piense que el amor es suficiente para hacer frente a una conducta agresiva por parte de un chico dentro de una pareja[214]. En esta misma línea, las mujeres jóvenes entrevistadas para mi investigación señalaban que en muchas parejas que ellas conocen que defienden en teoría al menos una filosofía paritaria, sigue habiendo conflictos porque los chicos no asumen por igual las tareas domésticas.

Sin embargo, cuando desde la teoría social se alude a cambios relativos a las relaciones intra-pareja no se explícita bien de qué se está hablando, ni se definen los criterios para evaluar dichos cambios. Como comprobaremos en el capítulo *Voces discordantes: el amor como motor, conocimiento y posibilidad de cambio*, que recoge las experiencias de las informantes, la negociación amorosa igualitaria requiere de unas condiciones previas, no solo ideológicas sino económicas y laborales, por parte de ambos miembros de la pareja. Condiciones que coinciden además con aquellas que

propician el reparto de las tareas domésticas o de cuidado.

Otros autores, como Ulrich y Elisabeth Beck-Gemsheim[215], y Zygmunt Bauman[216], se mantienen en una posición que podríamos catalogar de más pesimista.

El amor se hace más necesario que nunca antes y al mismo tiempo imposible, declaran rotundos los Beck[217].

Bauman, por su parte, da un paso más en su libro *Amor líquido* en su tesis sobre la modernidad líquida y la no resistencia y vulnerabilidad de las formas sociales actuales. Según él, se habría dado un reemplazamiento de los vínculos familiares y comunitarios por un énfasis en la identidad y una organización de las relaciones más centrada en la cohabitación. Subraya que estas condiciones sociales no son las ideales para que florezcan la amistad o el amor verdaderos y que las relaciones entre las personas se caracterizarían sobre todo por la ambivalencia, la ansiedad y la inseguridad. Por una parte, necesitaríamos de amistades más que en ningún otro momento del pasado pero, por otra, esto implicaría compromisos firmes y duraderos, pero *la moderna razón líquida ve opresión en los compromisos duraderos; los vínculos durables despiertan su sospecha de una dependencia paralizante. Esa razón le niega sus derechos a las ataduras y los lazos, sean espaciales o temporales*[218]. Se establecería así una equivalencia entre el uso de diferentes objetos en la sociedad de consumo y las relaciones de pareja.

Si resultan defectuosos o no son «plenamente satisfactorios», los productos pueden cambiarse por otros, que se suponen más satisfactorios, aun cuando no se haya ofrecido un servicio de posventa y la transacción no haya incluido la garantía de devolución del dinero. Pero aun en el caso de que el producto cumpla con lo prometido, ningún producto es de uso extendido: después de todo, autos, computadoras o teléfonos celulares perfectamente usables y que funcionan relativamente bien van a engrosar la pila de deshechos con pocos o ningún escrúpulo en el momento en que sus «versiones nuevas y mejoradas» aparecen en el mercado y se convierten en comidilla de todo el mundo. ¿Acaso hay una razón para que las relaciones de pareja sean una excepción a la regla?[219] *(…) Las agonías actuales del «homo sexualis» son las del «homo consumens». Nacieron juntas. Y si alguna vez desaparecen, lo harán marchando codo a codo.*[220]

En todo caso, muchos de estos análisis están evidenciando la

imposibilidad práctica de un ideal amoroso, que resulta de algún modo inviable. Lo que al final nos podría llevar a pensar que hay una tensión cardinal en nuestra cultura, la que se da entre el amor y el individualismo. Una tensión que configura nuestro modo de ser, de vivir. Cuanto más se tiende al individualismo, más se reclama el amor (o más nos quejamos de su imposibilidad), desde la literatura, la ciencia, la política o los media, como una forma básica de *cohesión* entre los humanos. Cuanto más sutil es la jerarquización entre grupos de personas definidas como diferentes (mujeres y hombres, pobres y ricos, negros y blancos, homosexuales y heterosexuales…), más se proclama el amor como algo que *está por encima de las diferencias*; o, dicho de otra manera, menos conscientes somos de que el amor *está uniendo* a tipos de personas que están siendo previa y paralelamente construidas como diferentes y/o desiguales y que, por tanto, pueden partir (y mantener) de cotas distintas de poder. Es probablemente esta paradoja la que tiene despistados e incluso ofuscados, pero al mismo tiempo seducidos, a sectores sociales amplios, incluidos algunos movimientos sociales como el feminista, que reivindican el amor como *La* alternativa a conflictos y desigualdades que, precisamente, están siendo alimentados *a base de amor*.

En un período histórico como el nuestro, donde la economía, la política o la vida social se rigen por las leyes del mercado, el amor se ha convertido en el nivel ideal de la experiencia en una manera privilegiada de hablar de la reciprocidad humana, disfrazándose, paradójicamente, sus dimensiones material, económica o política, pero dejando al mismo tiempo en evidencia más que nunca la estrechez, los límites, de nuestro propio concepto de reciprocidad. De ahí que, como desarrollaré en el capítulo titulado *Esbozo de una teoría a partir del amor*, es precisa una redefinición, una reivindicación y una organización alternativas del reconocimiento, la reciprocidad y la redistribución; al tiempo que una redefinición y una reorganización de las redes comunitarias de convivencia y solidaridad, que no se apoyen obligatoriamente ni en la pareja ni en una estructura familiar que favorece la asimetría y la desigualdad entre sus miembros y pone a cada uno *en su sitio*.

Seamos conscientes o no, la conformación occidental hegemónica del amor es un obstáculo radical para el

reconocimiento real del otro, para reconocerle un sitio en el mundo. Es más, entre nosotros el reconocimiento tiende a confundirse con la posesión (*eres mío/a puesto que te amo);* y el amor es un amor que invisibiliza las diferencias de poder, que invisibiliza conocimientos y tareas (*las mujeres cuidan porque aman, los hombres trabajan*), distorsiona la bidireccionalidad de la reciprocidad e impide el reparto del trabajo y la riqueza (*quien ama no puede pedir nada a cambio*). Y todo esto se aplica de manera particular a las mujeres y, probablemente también, a aquellos hombres que no están empeñados en subrayar su *masculinidad*.

Cualquier teoría política y radical del amor requiere, por tanto, contextualizarlo y descomponerlo analítica y culturalmente, requiere mostrar de qué estamos hablando cuando hablamos de amor. El dilema no es si el amor importa o se puede vivir o no sin amor, el dilema es cómo re-definirlo, construirlo y aprenderlo de maneras alternativas. Es posible que en una era que reivindica el amor por encima de todo lo demás sea difícil vivir sin vínculos amorosos. Pero en todo caso, parece urgente de-construirlo, des-centrarlo, des-encarnarlo y re-encarnarlo.

Más aún. Parece primordial pensar, ir, más allá del amor.

Por otra parte, está claro que en un nivel ideal, el amor singulariza al otro y, por tanto, le otorga un lugar en el mundo. Y viceversa, si alguien me ama, me reconoce, me da un lugar. Siempre que, eso sí, el amor implique reconocimiento, compromiso, respeto, confianza[221]…

Pero una de las preguntas que inspira este libro nos hace mirar a otro lugar.

¿Deben estar el reconocimiento, el compromiso, el respeto, la confianza… todos esos elementos que parecen básicos para andar bien equipados por la vida, inevitable y específicamente unidos al amor?

¿Dónde quedan la justicia, la solidaridad, la libertad, en esta teoría social sobresaturada de amor?

Los domingos, cuando las muchachas iban a misa o a pasear por la avenida del brazo de sus novios, abuela se recogía en

un moño el pelo, que todavía conservaba espeso y negro cuando yo era niña y ella ya una anciana, imagínate entonces, y se iba a la Iglesia a preguntarle a Dios por qué, por qué era tan injusto como para negarle que conociera el amor, que es la cosa más bonita, la única por la que vale la pena vivir una vida en la que te levantas a las cuatro de la mañana para hacer las tareas de la casa y después vas al campo y después a la escuela de bordado, qué aburrimiento, y después a la fuente con el cántaro en la cabeza a buscar agua para beber y después una de cada diez noches la pasas en vela haciendo el pan y después sacas agua del pozo y después tienes que dar de comer a las gallinas. Entonces, si Dios no quería permitirle que conociera el amor, que la matara como fuese. Cuando se confesaba, el cura le decía que esos pensamientos eran un pecado gravísimo y que en el mundo hay muchas otras cosas, pero a abuela las otras cosas no le importaban nada[222].

Ficciones, identidades y contra-identidades

Mapas amorosos sonoros[223]: seguimientos y resistencias

La nuestra es una cultura basada en el exceso, en la superproducción; el resultado es la constante declinación de la agudeza de nuestra experiencia sensorial. Todas las condiciones de la vida moderna —su abundancia material, su exagerado abigarramiento— se conjugan para embotar nuestras facultades sensoriales (…) Lo que ahora importa es recuperar nuestros sentidos. Debemos aprender a ver más, a oír más, a sentir más[224].

Basauri-Donostia, ida y vuelta, varias veces por semana.

La empresa de autobuses que nos llevaba desde Bizkaia al campus de Gipuzkoa decidió hace dos años que ya no era un servicio rentable y la universidad lo aceptó sin más. Desde entonces hago este recorrido conduciendo mi propio coche y, aun siendo consciente del atentado ecológico, ese ir y venir, a través del paisaje, la música como aliento de mis pensamientos, se ha convertido en una parte esencial de *mi* tiempo[225]. Entro en el coche y selecciono el disco del día o de la semana, y me detengo una y otra vez en aquellas melodías que me impactan directamente en la boca del estómago y se propagan dentro de mí como las ondas provocadas por una piedra en un estanque. Me dejo ir. Y luego

vuelvo. Y fluyen sensaciones, imágenes, ideas, escenas… Y modulo así mi estado de ánimo.

Intérpretes y grupos como Antony and the Johnsons, Ken Zazpi, Leonard Cohen, Silvio Rodríguez, Mikel Laboa, Norah Jones, Estrella Morente, Maite Martín, Xabier Lete… junto con algunas canciones: *got a friend*
You've
(Carole King), *Beti penetan* (Benito Lertxundi), *Comment te dire adieu* (Jane Birkin), *Aitormena* (Hertzainak), *Se nos rompió el amor* (Fernanda y Bernarda de Utrera), *Nothing compares to you* (Jimmy Scott), *Gure negua* (Jon Maia/Karidadeko Benta), *Itauna* (Antton Valverde)… son parte de mi biografía sonora[226] más reciente[227].

Disfrutar la soledad conjuga bien, en mi caso al menos, con la melancolía. Y la melancolía, afirma Mari Ruti, es una buena condición para la creación[228].

Ya delante del ordenador escucho también algunos clásicos que me envía alguien que quiere contribuir al libro: el *Combatimento di Tancredi I Clorinda*, de Claudio Monteverdi, uno de los primeros compositores que intenta reflejar las emociones y los pensamientos de los personajes[229]; un híbrido entre madrigal y ópera de principios del siglo XVII que habla de la *guerra del amor*. Y otro clásico: *Die schone Müllerin (La Bella Molinera),* de Franz Peter Schubert, uno de los primeros ciclos de lieder de música del Romanticismo, compuesto a principios del XIX sobre poemas de Wilhelm Müller, que tiene canciones que van desde el optimismo a la desesperación y la tragedia, y desarrollan temas típicamente románticos: amor, espera, decepción amorosa, tristeza, muerte, búsqueda personal, viaje, naturaleza[230]. O *La muerte de amor* del último acto de la ópera *Tristan e Isolda*, compuesta por Richard Wagner y estrenada por primera vez en 1865.

Música *triste* que me gusta escuchar cuando estoy sola y que refuerza mi yo romántico (esa exaltación del yo a través del amor truncado, leí una vez no sé dónde). Aunque a veces la alterno también con canciones alegres o intrascendentes.

Esta *cultura emocional moderna*[231] en la que vivimos nos adiestra en un determinado entendimiento de nosotras/os mismas/os a través de las emociones. Emociones, en este caso, que provoca la música.

Y la música nos *devuelve* la sensorialidad. La música nos *devuelve* el cuerpo[232].

Los textos de los superventas siguen cantando la canción del amor eterno. En las encuestas se sigue optando por la vida en pareja como el país de las esperanzas, como aquel lugar donde se encuentra proximidad, calor y cariño, como un contramundo a los desiertos fríos de hormigón que nos rodean[233].

La música es un ámbito privilegiado de enculturación. Es también un elemento fundamental de sociabilidad.[234] *En algunas culturas la música proporciona, de algún modo, la principal dimensión en la que formular el universo y experimentar la «realidad»*[235].

Después de escuchar hasta la saciedad las letras de los *hit parades*, es difícil permanecer ajena a los clichés más rancios del amor romántico (o no sentir como mínimo algunas contradicciones) en este modelo político-sensorial en el que vivimos, que sustenta la ideología de pareja, la norma heterosexual y las posiciones desiguales para mujeres y hombres.

Gabriella Díez Luqui, una estudiante de doctorado de la Universidad Pública de Navarra
(UPNA-NUP)
, analizó en un trabajo dieciséis canciones (comerciales) de amor en lengua castellana, interpretadas a partes iguales por mujeres (Amaia Montero, Beatriz Luengo, Shakira…) y hombres (El Arrebato, Manuel Carrasco, Melendi…), con el fin de indagar en la influencia que la música comercial tiene en los procesos de socialización de mujeres y hombres[236]. Se basó para ello un modelo propuesto por el equipo dirigido por Esperanza Bosch para su estudio de la violencia contra las mujeres[237].

En esa muestra de canciones (como las que suenan a diario en las cadenas más visitadas de radio y televisión), la inevitabilidad del emparejamiento era un lugar común, aunque había diferencias claras, cómo no, según el sexo del cantante. Así, algunas ideas claves y negativas de nuestra cultura amorosa: la omnipotencia (el amor que todo lo puede), el libre albedrío (*creencia de que nuestros*

sentimientos amorosos son absolutamente íntimos y no están influidos por factores ajenos a nuestra voluntad y conciencia)[238], la equivalencia (la equiparación entre enamoramiento y amor), la media naranja, la pasión como eterna, o la exclusividad en el matrimonio, eran cantadas en mayor proporción por las intérpretes femeninas. Además, los celos aparecían como motivo de sufrimiento en las mujeres (*Te miento si te digo que no me haces daño/verte a ti con otra y no sentirme idiota*, Beatriz Luengo) y de arrebato en los hombres (*Y pido al cielo que sepa comprender/estos ataques de celos que me entran/si yo no te vuelvo a ver!* Melendi). Y la dependencia, la pasividad, el sufrimiento, el sacrificio… eran *reivindicados* preferiblemente por las mujeres (*Yo me propongo ser de ti una víctima casi perfecta*, Shakira), mientras los hombres tendían a dejar clara su superioridad (*Mejor no te quiero, será más barato…/porque un clavo saca a otro clavo*, Melendi). Eso sí, las mujeres mostraban más sus contraindicaciones, la tensión entre seguir los mandatos culturales o ser libres (*Quiero ser un alma libre de madrugada/quiero ser una emigrante de tu boca delirante…/Y caminar cerca del mar, amarradita siempre a tu cintura*, Amaia Montero; *Quizá mejor decir adiós que hasta mañana/No me quedaré esperando tu llegada/No sé si pronto yo reciba tu llamada/Por si tardaras yo te esperaré sentada*, Beatriz Luengo).

Preocupadas por los contenidos de algunas letras de canciones, las feministas han llevado a cabo numerosas acciones de concienciación y protesta. Por citar solo dos casos, en la *Aste Nagusia* (Semana Grande) de Bilbao (Bizkaia) de agosto de 2008, se sacaron pasquines contra la canción *Sin ti no soy nada*, del grupo Amaral. Otro ejemplo es el taller organizado en ese mismo año en el marco de la programación de la *Escuela de Empoderamiento*[239] de Tolosa (Gipuzkoa), con motivo del 25 de noviembre, Día contra la violencia machista, para analizar letras de canciones de amor con claro contenido sexista. O el ciclo dirigido a jóvenes que se ha llevado a cabo en la primavera de 2010 en Basauri (Bizkaia). Los títulos no dejan lugar a dudas. Entre las canciones seleccionadas en Tolosa había una titulada *Tuya*[240], de Jennifer Peña.

Mi corazón hoy pertenece a ti
y el mundo sabe que es así

es de día y noche que yo pienso en ti
te amo demasiado
Mi amor es como un volcán
que te quema su explosión total
te doy todo lo que hay que dar
y nunca es suficiente.
Tengo que inventar la manera
para enseñarte que llevas
en tus manos mi vida entera
la quiero compartir contigo.

[Estribillo]

Sabes que soy tuya cariño mío
completamente tuya
te entrego mi alma, espíritu y ser
Y si alguna vez lo dudas cariño mío
dímelo a la cara
Y haré lo que sea, te lo demostraré
que soy completamente tuya.

Te extraño tanto cuando estoy sin ti
no puedo cantar no puedo ni dormir
En esos días el sol se va detrás de ti
me quedo en tu sombra
Es ahí que me pongo a pensar
que contigo es donde siempre quiero estar
Prometo amarte hasta el final/te juro eres mi cielo.
Quiero que sientas corriendo
por cada vena y en cada hueso
y también es cada suspiro / vivo para que me sientas.

[Estribillo]

Mi amor es real como el agua
del mar profundo
Yo quiero que sientas la sinceridad
de mis «Te Amo»

Y quiero que te quedes a mi lado por una eternidad
probando las diez mil maneras
que yo te puedo amar.

[Estribillo]

La música popular ha sido también un campo de producción de proyectos feministas contra-culturales y artísticos, como el titulado *Dig Me Out: discursos sobre la música popular, el género y la etnicidad*, un DVD realizado en 2009 por María José Belbel y Rosa Reitsamer, Viena (producido por Arteleku, Donostia), que cuenta con más de 60 colaboraciones españolas y europeas (textos, vídeos y músicas) [241]. *«Dig me out» pretende generar contextos de producción y recepción más complejos y crear de redes de relación intergeneracionales efectivas. Y lo hace proponiendo una serie de prácticas artísticas y estructuras de trabajo feministas, queer y antirracistas que se oponen frontalmente a los modelos de producción y circulación hegemónicas de la música, sus representaciones y sus discursos*[242].

La música configura nuestra vida social e individual[243], genera *espacios de sentido, escenarios y realidades*[244], *donde todo tipo de sueños, emociones y pensamientos son posibles*[245]. La música produce una intensidad emocional directa y profunda en cada persona, provoca alianzas afectivas y emocionales con la comunidad[246], o lo que es lo mismo, teje la intersubjetividad. *La música se instala en nuestra intimidad y parece fijar allí su domicilio (…) Se adentra en lo más recóndito del alma.*[247] Una experiencia individual que es siempre una experiencia física, sensorial, material, y que nos remite, lo queramos o no, a un colectivo.

Y sin embargo, no sabemos casi nada de cómo utilizamos, de cómo experimentamos la música. *Siempre se puede encontrar una biografía de Beethoven, pero raramente una aproximación a cómo era asistir a la ejecución de una de sus sinfonías. Se puede encontrar todo tipo de análisis de las grabaciones y directos de los Beatles, pero muy poco sobre la gente que usó su música para abrirse paso en la vida cotidiana, semana tras semana, año tras año*[248].

Alan Merriam[249] señala nueve funciones diferentes de la

música, que podríamos aplicar también a las canciones que la gente relaciona directa o indirectamente con el amor y el desamor: goce estético, entretenimiento, comunicación, representación simbólica, respuesta física, refuerzo de la conformidad a las normas sociales, refuerzo de instituciones sociales y ritos religiosos, contribución a la continuidad y estabilidad de una cultura, contribución a la integración de la sociedad. No cita nada, sin embargo, sobre la dimensión de resistencia a las normas sociales y culturales y este aspecto me parece también fundamental.

Se ha escrito que *la música es utilizada por los jóvenes como un medio de autodefinición, un emblema para marcar la identidad de grupo*[250]. Pero esto es extensible también a otros colectivos. *A quién le importa*, de Alaska, se ha ido convirtiendo con los años en un himno feminista (también dentro del colectivo LGTB[251]) que, cuando suena en una fiesta, es coreada por todas con el máximo entusiasmo:

La gente me señala
me apuntan con el dedo
susurra a mis espaldas
y a mí me importa un bledo.
Que más me da
si soy distinta a ellos
no soy de nadie,
no tengo dueño.
Yo sé que me critican
me consta que me odian
la envidia les corroe
mi vida les agobia.
¿Por qué será?
yo no tengo la culpa
mi circunstancia les insulta.
Mi destino es el que yo decido
el que yo elijo para mí.
¿A quién le importa lo que yo haga?
¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré.
¿A quién le importa lo que yo haga?

¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré.
Quizá la culpa es mía
por no seguir la norma,
ya es demasiado tarde
para cambiar ahora.
Me mantendré
firme en mis convicciones,
reportaré mis posiciones.
Mi destino es el que yo decido
el que yo elijo para mí.
¿A quién le importa lo que yo haga?
¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré
¿A quién le importa lo que yo haga?
¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré.
¿A quién le importa lo que yo haga?
¿A quién le importa lo que yo diga?
Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré.

La música, diversa, a la que han aludido algunas personas que he entrevistado expresa perfectamente su forma de entender y experimentar el amor y los cambios vividos a ese respecto, pero es al mismo tiempo una estupenda muestra de su visión general del mundo.

Algunas de estas mujeres, que pertenecen a la generación que luchó contra el franquismo y estuvieron implicadas en ese tiempo en diferentes luchas sociales y políticas, se hicieron adultas escuchando a Silvio Rodríguez, uno de los cantautores cubanos con mayor proyección internacional, que entreteje como nadie en sus canciones amor y revolución. *Ojalá*, escrita en 1969[252], que algunos ven como su canción insignia, ha sido también una de las más señaladas por ellas.

Ojalá

Ojalá que las hojas no te toquen el cuerpo cuando caigan
para que no las puedas convertir en cristal.
Ojalá que la lluvia deje de ser milagro que baja por tu cuerpo.
Ojalá que la luna pueda salir sin ti.
Ojalá que la tierra no te bese los pasos.

Ojalá se te acabe la mirada constante,
la palabra precisa, la sonrisa perfecta.
Ojalá pase algo que te borre de pronto:
una luz cegadora, un disparo de nieve.
Ojalá por lo menos que me lleve la muerte,
para no verte tanto, para no verte siempre
en todos los segundos, en todas las visiones:
ojalá que no pueda tocarte ni en canciones.

Ojalá que la aurora no dé gritos que caigan en mi espalda.
Ojalá que tu nombre se le olvide a esa voz.
Ojalá las paredes no retengan tu ruido de camino cansado.
Ojalá que el deseo se vaya tras de ti,
a tu viejo gobierno de difuntos y flores…

Se nos rompió el amor
De tanto usarlo
De tanto loco abrazo
Sin medida
De darnos por completo a cada paso
Se nos quedó en las manos
Un buen día.

Se nos rompió el amor
De tan grandioso
Jamás pudo existir tanta belleza

Las cosas tan hermosas
Duran poco
Jamás duró una flor
Dos primaveras

Me alimenté de ti
Por mucho tiempo
Nos devoramos vivos como fieras
Jamás pensamos nunca en el invierno
Pero el invierno llega
Aunque no quieras

Y una mañana gris
Al abrazarnos
Sentimos un crujido frío y seco
Cerramos nuestros ojos y pensamos
Se nos rompió el amor de tanto usarlo[253]

La saturación romántica: encarnar y desencarnar

Todas las sociedades viven de ficciones asumidas como realidad, escribió Michael Taussig[254].

Nuestras ficciones amorosas repiten hasta el empacho la misma historia.

Una muchacha (…) presta sus servicios en casa de una señora noble que acaba de fallecer (…) Queda la doncella al cuidado del hijo de la difunta, Mr. B., joven que se siente atraído por ella y que la intenta seducir. Pamela se resiste y defiende a ultranza su virtud. Se ve sometida a peligros, privaciones y vejaciones, hasta pensar en el suicidio como único medio de preservar su virginidad. Pero su fe en Dios le permite evitar tamaña locura y conservar su pureza a la vez. Al fin, arrepentido

el señorito de tanta villanía, le deja en libertad de volver a casa de sus padres. Todos estos relatos los conocemos por las cartas que Pamela escribe a sus progenitores. Cuando es recluida por no acceder a los deseos del amo escribe un diario que, con la complicidad malvada de una criada, irá a parar a manos del señorito. Con la lectura del mismo, Mr. B. conoce mejor el pensamiento de Pamela, lo que esta siente por él y se decide a escribirle una carta rogándole que regrese y se case con él. Pamela, que también estaba enamorada (o al menos así nos la presenta el autor), opta por esta alternativa, desposándose con Mr. B.[255]

Se trata del argumento de *Pamela o la virtud recompensada*, una novela epistolar en primera persona, escrita en 1740 por Samuel Richardson con un propósito moral. Una novela que inauguró un género nuevo que sería denominado psicológico-sentimental, precursor de los libros de autoayuda y precursor también de la actual literatura romántica o rosa, conocida en inglés como *romance novel*, y *roman sentimental*, en francés[256], emparentada con otros productos rosas, como las fotonovelas o los culebrones televisivos.

Nieves Hidalgo, autora reciente de novelas rosa, escribe en *El Rincón Romántico*, una de las muchas webs existentes sobre este género, sobre su experiencia como lectora[257] de literatura romántica[258]:

Desde siempre he seguido todo comentario sobre el género y he sufrido con los tópicos que sitúan a la novela romántica como ciudadano de segunda, y a sus aficionadas al género como mujeres sin demasiada formación. Las lectoras de novela romántica se pueden encontrar en todos los escalafones culturales o económicos de la sociedad. Leemos romántica porque destila sentimientos, pasiones, sueños…, y eso nada tiene que ver con el bagaje educativo ni con el estatus social (…)

Las lectoras de novela romántica son mujeres resueltas y atrevidas que, a pesar de lo denostado del género, emergen —como dice una amiga mía— de las profundidades, incluso se reúnen en Internet, para reclamar sus derechos. Sin apenas publicidad, las novelas románticas se encuentran relegadas muchas veces al fondo de las librerías, como si desearan silenciarlas, sepultarlas, arrinconarlas (…)[259]

El hecho de que leamos libros románticos y que nos gusten los finales

felices, no quiere decir que seamos tontas o que vivamos en un mundo irreal, leemos este género porque —como decimos tantas veces— para tristezas ya están las noticias de los informativos diarios (…)[260]

Las películas románticas llenan los cines y no son denostadas y escondidas en salas de segunda. La industria del cine sabe venderlas bien. Las novelas románticas son como esas películas, en la mayoría de los casos mil veces mejores.

Edward Lewis es un rico hombre de negocios que viaja regularmente a Los Ángeles, donde se aloja en una suite de un lujoso hotel, el Regent Beverly Wilshire. Una noche se lleva al hotel a una prostituta, Vivian, con la idea de que se quede solamente una noche. A pesar de que Vivian es un tanto vulgar, Edward se siente atraído por la inocencia de la joven y le ofrece quedarse toda una semana con él por 3000 dólares. Ella accede encantada a la vista de la paga que recibirá. En los días siguientes, los dos se irán conociendo e intimando, descubrirán nuevas facetas de sus vidas y desarrollarán sentimientos. Edward se preocupa de que ella vista con corrección y aprenda lo necesario para comportarse en sociedad[261].

En este caso no es una novela sino una película que tuvo mucho éxito de público. *Pretty Woman*. Y no está escrita en el siglo XVIII sino que fue realizada en 1990 por Garry Marshall. La película acaba cuando el *príncipe* va a buscar a su *cenicienta* a su apartamento, justo en el preciso momento en que ella iba a iniciar una nueva vida con el dinero que había ganado durante esa semana. Él la salva a ella de su condición social y ella lo salva a él de su exitosa pero infeliz vida de millonario (sic)[262].

Y fueron felices y comieron perdices.

El final es siempre predecible en este tipo de productos, da igual que sea cine, literatura o televisión, pero eso más que importarle al público parece ser un aliciente, porque se demuestra (aunque solo se trate de ficción) que el amor es posible a pesar de las dificultades[263].

Lo fundamental es recrear una y otra vez la misma historia y el guión es siempre el mismo, está *cerrado: la heroína y el héroe, su confrontación polémica, la revelación del amor, la seducción y el casamiento o la promesa de casamiento*[264]. Un argumento, no lo

olvidemos, que dicotomiza a los sexos y sustenta la heterosexualidad[265].

Esta resolución *positiva* de los relatos de ficción viene ayudada también por la propia experiencia. Como señalaba anteriormente, en algunos estudios las mujeres afirman que los hombres enamorados son diferentes de otros hombres, aunque sea de modo temporal. *Un hombre enamorado no es de ninguna manera un hombre. Esta observación refleja los análisis de la ficción romántica que sugieren que parte de la atracción para las lectoras es que el héroe, al principio arrogante e indiferente, es transformado por su amor por la heroína en un amante cariñoso y entregado. De esta manera, se ofrece a la lectora la fantasía de poder conciliar la diferencia y el dominio de los hombres*[266].

Pero no solo las narraciones populares, también las de culto insisten en encadenamientos similares. Un ejemplo lo tenemos en *El Piano*, película dirigida en 1993 por Jane Campion, uno de mis filmes preferidos, donde la mujer que se enamora y de la que se enamoran (obligada a prestar servicios sexuales a cambio de disponer de su piano) está también en una posición subalterna respecto al hombre amado.

En la posición inferior de las protagonistas de estas historias con un peso crucial en el imaginario occidental, se pueden combinar factores múltiples: ser de clase social más baja, pertenecer a una cultura colonizada, desempeñar un trabajo manual o de rango inferior. Es fácil imaginar que esa diferencia de partida tendrá repercusiones seguras en el devenir de la relación, pero eso no nos lo cuentan.

Así y todo, las historias cambian.

En *Pamela o la virtud recompensada*, una criada y su patrón se enamoran, después de páginas y páginas de maltrato y abusos por parte de él. Dicen los entendidos en literatura rosa que las lectoras de hoy en día quieren leer a protagonistas autónomas, que tienen su propio proyecto de vida. Eso sí, hasta que aparece el galán de turno y se enamoran locamente de él, lo que suele trastocar sus proyectos. Dicen también que las lectoras no aceptan que las protagonistas sean maltratadas, no al menos físicamente. Un mero *refinamiento de estrategia*, lo llama Noizet[267].

Otro cambio evidente en este género es el espacio concedido a la

sexualidad. Tanto ellas como ellos aparecen en muchas ocasiones como sujetos absolutamente deseantes (y deseados), aunque la iniciativa y el saber hacer sexual sean prácticamente siempre masculinos. Es más, el deseo y la sexualidad son un condimento fundamental del acercamiento entre los miembros de la pareja y del mismo enamoramiento. Este contenido erótico o sexual explícito de algunos libros provoca incluso en los diferentes blogs protestas por parte de un sector de lectoras[268].

Además, las protagonistas de las novelas románticas, siempre actrices activas de su destino, no tienen nada que ver con la *reificación masiva* que sufren las actrices de obras erótico-pornográficas[269]. En aquellas la protagonista es una y única y es esta singularidad la que llama la atención del hombre. Otra diferencia respecto a la pornografía es que las actrices románticas se resisten al deseo (ellos también a veces) y esta resistencia estructura el relato[270].

Pero todo sigue casi igual.

Lo que está claro es que en las novelas rosa los protagonistas masculinos siguen siendo inmensamente ricos y burgueses (o aventureros y emprendedores, en otra de sus versiones más difundidas) mientras que entre las mujeres hay de todo, aunque por lo general *se conforman* con ser autónomas económicamente. Y partan del planteamiento amoroso que partan (a veces escéptico) siempre acaban encantadas cuando al final encuentran un hombre que las cuida, a cambio, eso sí, de hacer que él pueda abrir su corazón y entregarse a la pasión. Una pasión que se presenta siempre como infinita, ilimitada, a pesar de las cifras tan altas de divorcios.

Como digo, los argumentos se han ido adaptando y ya no son los mismos que en los siglos XVII o XVIII, lo que habla de transformaciones sociales respecto al amor, la familia, la pareja y las relaciones entre mujeres y hombres; cambios que habría que ver además según los contextos culturales e históricos concretos[271]. Pero algo permanece inmutable: el modelo amoroso burgués y capitalista, donde el amor (que racionaliza lo irracional) diferencia a mujeres y hombres, constituye la heterosexualidad[272], y pone a la pareja (heterosexual) en el centro de la sociedad.

Porque los valores de las novelas de amor son los mismos que

los del capitalismo.

No hay que olvidar que cuando se escribe *Pamela o la virtud recompensada* Inglaterra está en plena mutación social, en puertas de la revolución industrial[273]. Y los intereses comerciales que están detrás del éxito de la literatura rosa son más que evidentes. En los Estados Unidos y Canadá es el género más vendido, el
24,1
por 100, por delante de la ficción de misterio y suspense. Más de dos mil novelas románticas y
51,1
millones de lectores[274]. Pero la novela romántica necesita para su expansión de la maquinaria capitalista, que es puesta al servicio de este género mediante las nuevas tecnologías y el desarrollo imparable de la sociedad de consumo. De modo que el amor se convierte así en un producto especializado del capital. Pensemos, por ejemplo, en la celebración del día de San Valentín. Todo ello dentro de ese contexto de *Pensamiento Amoroso* que hemos descrito anteriormente.

Es decir, la historia en la que se insiste una y mil veces, al tiempo que relata y fija cómo debe ser el encuentro ideal entre una mujer y un hombre, categoriza unas determinadas relaciones de género y constituye de forma privilegiada la heterosexualidad, es la propia historia de la etnogénesis del capitalismo: un orden económico y moral (con oposiciones y antítesis) en el que el dinero aparentemente no importa y el amor no puede ser dañino[275].

Recapitulemos.

Un hombre y una mujer, definidos cultural y científicamente como tipos de personas antagónicas pero complementarias, que ocupan diferentes posiciones sociales, se encuentran y se enamoran. Y el enamoramiento restituye transitoriamente al menos a la mujer su dignidad social y conduce a ambos al matrimonio.

¿Pero qué pasa después de la boda?

Algo evidente es que, aunque desde finales del siglo XIX se haya ido generalizando en Occidente la idea del compañerismo mutuo en la pareja[276], el desequilibrio entre ambos sigue siendo una regla muy extendida y la esposa tendrá como principal objetivo en la vida (mucho más acusado esto en sectores económicos de clase media-alta o alta) procurar que el marido no se entretenga en cuestiones

menores y se ocupe exclusivamente de mantener o, si es posible, aumentar su éxito social y económico.

El amor, paradójicamente, sirve para unir lo que antes ha sido definido como diferente, como *irreconciliable*. Aceptar esto solo es posible mediante un rizo que nos lleva a percibir el amor como un elemento estructural de la feminidad[277], lo que hace que, aunque todas las mujeres no aspiren a encontrar un hombre rico o ni siquiera se sientan atraídas por hombres, y/o estén satisfechas con sus propios proyectos, sí sigan fantaseando (muchas) con alguien que está en algún lugar esperándolas. O más bien son ellas las que esperan.

La mujer como alguien que espera[278].

¿Pero no hay alternativa a esos relatos de ficción?

Hay modelos contrarios, o más bien simétricos, aunque muy minoritarios, donde es el chico el que ocupa un estatus inferior. Comedias, por ejemplo, como *Adivina quién* (Kevin Rodney Sullivan, 2005), donde la familia de ella no ve como buen candidato al chico por cuestiones sociales o económicas (en este caso, por ser blanco). Pero el humor se basa precisamente en la excepcionalidad de la trama y la propuesta moral está garantizada porque siempre acaba el amor prevaleciendo por encima de todas las demás circunstancias.

Es verdad que el gran público accede también a películas donde se dan otro tipo de relaciones, relaciones homosexuales por ejemplo, como el film *Maurice* (James Ivory, 2000)[279], citado por alguna informante.

Y poco a poco se plantean también modelos de relación heterosexual más igualitarios. Estoy pensando, por ejemplo, en una película relativamente reciente, *El jardinero fiel* (Fernando Meirelles, 2005)[280], una película citada también por más de una entrevistada, donde el enamoramiento entre los protagonistas implica un compromiso mutuo a pesar de tener planteamientos vitales bastante distintos. Sigue apareciendo, sin embargo, en esta historia, otro elemento fundamental de la cultura occidental del amor, el desenlace trágico, la muerte inseparablemente unida a la pasión[281].

Por más que hago memoria no me acuerdo de ningún relato de ficción donde la pasión transgresora no vaya acompañada de

tragedia.

Modelo alternativo también es, sin ninguna duda, el propuesto por Stieg Larsson en el *best-seller* del momento, la trilogía *Millenium*. Lamentablemente, en la versión cinematográfica[282] se han suavizado algunos rasgos de ese personaje absolutamente atípico, transgresor y *queer*, que tiene ya un lugar de honor en la historia de la literatura, Lisbeth Salander. Y se ha anulado también un componente fundamental en el patrón amoroso y sexual que propone el autor: las relaciones de a tres o a cuatro, las poligamias entrecruzadas. En la película no vemos en ningún momento a Mikael Blomkvist, el protagonista masculino, ni a la propia Salander, acostándose simultáneamente con diferentes personas.

He leído recientemente en la prensa, hablando precisamente sobre esta película, que llevar al cine una historia obliga a simplificarla. Sin comentarios.

En abril de 2009 falleció Corín Tellado, autora de literatura romántica y una de las escritoras más leída y vendida en lengua castellana, con más de 4000 títulos en su haber.

A raíz de su muerte, apareció un artículo en el diario *El País* con el título de «Corín jamás dijo “te amo”»[283]. Un artículo que permite tanto vislumbrar la ideología amorosa *romántica* de su autor, Javier Cuartas, como conocer algunas singularidades del planteamiento existencial de Corín Tellado. Creo que merece la pena revisarlo[284].

Escribe Cuartas:

Corín Tellado, la maestra del género rosa en castellano y autora de una gigantesca obra literaria de temática sentimental que sedujo a varias generaciones de mujeres durante más de medio siglo, no logró en sus casi 83 años de vida la dicha amorosa que transmitió en las más de 4000 novelas que, con una disciplina de trabajo indesmayable y una fantástica capacidad de fabulación, publicó semanalmente durante 53 años hasta su fallecimiento en su domicilio de Gijón (Asturias) el pasado día 11.

Su vida amorosa, truncada a los tres años de matrimonio por una separación que ella impuso, fue la única trama argumental a la que nunca quiso ponerle un final feliz. Ni hubo reconciliación conyugal ni volvió a rehacer su vida sentimental con otro hombre. Las cartas que le escribiera su marido durante años tras la separación quedaron sin abrir

y la escritora las quemó, el mismo día que enviudó, sin haberlas leído. Ya octogenaria, confesó: «Me olvidé de vivir».

Corín jamás cayó rendida a las pasiones que promovió. «Nunca estuve locamente enamorada. Quise apaciblemente». Y también: «No he sufrido nunca ese amor ardiente y arrebatado». La autora de la más extensa obra literaria amorosa en castellano, con más de cuatro millones de ejemplares vendidos, no fue el prototipo de mujer sentimental y romántica al uso, sino una persona de carácter recio, muy aguerrida y pragmática, por más que, bajo su apariencia de dureza, latiera la nobleza de un ser sensible: «Soy realista», le confesó a este periodista en julio de 1987. «Me emocionan las cosas reales, las que palpo, las que tienen vida. No me seducen las puestas de sol, ni las estrellas, ni la luna llena. Yo nunca he dicho "te amo", "te quiero", "vida mía". Solo lo sugiero en las novelas para que se emocionen otros. A mí me conmueven los animales, los prados, las personas, la roca viva, los acantilados» (…)

La separación se produce en un momento cumbre de la escritora. La Unesco acababa de proclamarla como el segundo autor en castellano más leído en el mundo, solo tras Cervantes. Amén de sus novelas semanales para la editorial Bruguera, seguía publicando una historia quincenal en Vanidades, de difusión en Hispanoamérica. Y a fines de aquel mismo 1962 aparecieron las fotonovelas Corín Ilustrada.

Se levantaba a las cinco de la madrugada y se encerraba con un café y una cajetilla de cigarrillos mentolados Kool en el despacho, donde tecleaba en una Hispano-Olivetti 50 hasta la hora de la comida. A veces corregía por las tardes. Cuando terminaba una novela, en un par de días, ya había concebido la siguiente (…)

Como un trasunto de sus relatos, donde también aparecen mujeres de carácter, incluso adelantadas a su época, pero constreñidas por el ambiente pacato de la época, ella no fue una excepción. Aunque rompedora con su conducta, se puso el mundo por montera como mujer emancipada, triunfadora en su oficio, separada y que ya en los cincuenta circulaba por Gijón en una Vespa cuando era insólito ver una mujer en moto —«me importaba un rábano lo que dijeran de mí»—, hubo fronteras que nunca se atrevió a cruzar. Quizá sus hijos —lo insinuó en alguna ocasión— pesaron más que su temperamento indómito. El caso es que no se permitió una segunda oportunidad sentimental: «Soy mujer de compañero, pero fallé una vez y eso me

marcó».

Solo al final de su vida comentó que fue víctima de una época sin libertades. «Lamento no haberme casado otra vez. Pero nunca me divorcié. Cuando pude hacerlo, no existía el divorcio en España, y cuando se legalizó, el sol había pasado ya por mi puerta. Yo creo en el matrimonio. Mi madre murió con 78 años, y no paso un solo día sin recordar a mi padre. Eso es acabar bien la vida. Y yo estoy rodeada de los matrimonios de mis hijos. El amor existe» (…) «Doy la impresión de ser mujer fría y distante, y aparentemente tengo mal carácter, pero solo aparentemente. La gente que me conoce bien sabe que no es cierto. Lo que sí tengo es temperamento, eso no lo puedo negar, pero eso no es malo. No hubiera llegado aquí sin ese temperamento» (…)

Ya no se la conocen nuevas relaciones afectivas aunque más de una vez declaró: «Hay cosas de mi vida que solo yo conozco y que nadie sabrá jamás. Mi verdadera vida no se la digo ni se la diré a nadie. A nadie».

Con la llegada de la democracia y la superación del género rosa tradicional por los nuevos vientos de la libertad, Tellado evolucionó sus propias novelas (aparecen divorcios, abortos y desamores) y pulsó otras temáticas (…)

La escritora, que acumuló un apreciable patrimonio, repartió sus bienes en vida entre sus dos hijos y vivió en los últimos años de una pensión y de los derechos de autor. La última reunión familiar se había producido el Viernes Santo, la víspera de su muerte. Su nieta Corín Castro Tellado aseguró que el mayor empeño de su abuela fue mantener unida a la familia. «Lo ha conseguido», sentenció.

Si tenemos en cuenta el contexto social e histórico en el que vivió Corín Tellado (*una época sin libertades*, en sus propias palabras), podríamos concluir que la *emancipación* para ella se da dentro de una sociedad que diferencia y separa algunos extremos: amor ardiente, arrebatado, por un lado, frente a amor apacible, por otro; o romanticismo frente a realismo, pragmatismo. Y supone precisamente la priorización de unos de dichos extremos sobre otros. No sabemos, de todas formas, si cuando Tellado habla de realismo o amor apacible le está dando menos valor que al otro. Pero es fácil deducir que el periodista, seguramente portador pasivo o activo del virus romántico, sí se lo está dando.

Este reportaje nos sirve para constatar y profundizar en la

diferenciación que puede existir entre el nivel ideal y real de la experiencia amorosa en nuestro entorno y para reflexionar sobre las relaciones entre ficción y realidad. Tal y como yo lo veo, lo interesante no sería pretender que desaparezca dicha diferenciación, algo que no es además posible, sino dirigir la atención a la distancia tan terrible, al abismo, entre un nivel y el otro, y estudiar bien las disparidades, las tensiones y los obstáculos arraigados en formas distintas de relaciones sociales.

También es útil para poner en cuestión la primacía del amor romántico, o de la sexualidad[285], en la vida de mucha gente.

inicio:

un día Brigitte decidió que tan solo quería ser más mujer, enteramente mujer para un tipo que se llama heinz.

cree que a partir de entonces sus defectos parecerán agradables y sus cualidades estarán muy escondidas.

pero heinz no encuentra nada agradable en Brigitte, y sus defectos no le parecen sino revulsivos.

brigitte ahora se cuida también para heinz, puesto que cuando se es mujer, no puede una salirse del camino, hay que cuidarse.

brigitte desea que algún día el futuro se lo agradezca con un aspecto juvenil, pero tal vez brigitte no tenga futuro alguno, el futuro depende exclusivamente de heinz.

cuando se es joven, se tiene siempre aspecto juvenil, cuando se es mayor, ya es demasiado tarde, cuando una ya no parece más joven, el mundo entero sentencia despiadadamente: ¡en la juventud no tomó las precauciones cosméticas necesarias!

así pues, brigitte ha hecho algo que será importante en el futuro. cuando no se tiene presente, hay que tomar precauciones para el futuro.

brigitte cose sujetadores, cuando se hacen costuras cortas, hay que hacer muchas, cuarenta son en cualquier

caso el mínimo establecido en el convenio, cuando se hacen costuras más complicadas y largas, hay que hacer menos, como corresponde, eso es muy humano y justo.

brigitte podría conseguir a muchos trabajadores, pero ella solo quiere conseguir al único heinz, que se convertirá en un hombre de negocios.

el material es encaje de nailon con un poco de gomaespuma en la base, su fábrica tiene muchas participaciones en el mercado extranjero, y muchas costureras que vienen del extranjero, muchas costureras se retiran por matrimonio, maternidad o muerte.

brigitte confía en retirarse algún día por matrimonio y maternidad. brigitte confía en que heinz la sacará de allí.

todo lo demás significaría su muerte, aun cuando siguiera su vida.

de momento b. no tiene más que su apellido, a lo largo de la historia brigitte conseguirá el apellido de heinz, eso es más importante que el dinero y las propiedades, eso puede traer consigo dinero y propiedades.

la auténtica vida, la vida de la que se puede hablar cuando alguien pregunta, la auténtica vida es la que sucede al trabajo, para brigitte vida y trabajo son como el día y la noche, así que aquí nos ocuparemos más del tiempo libre.

en este caso concreto, heinz es sinónimo de vida, heinz no solo equivale a la auténtica vida, sino que es la auténtica vida.

aparte de heinz no hay nada, algo mejor que heinz es para brigitte completamente inalcanzable, algo peor que heinz, brigitte no lo quiere, brigitte se defiende desesperadamente con uñas y dientes del descenso, el descenso es la pérdida de heinz.

pero brigitte también sabe que para ella no hay ninguna posibilidad de ascenso, tan solo heinz o algo peor que heinz o coser sujetadores hasta el fin de sus días, coser sujetadores sin heinz ya hoy significa el fin de sus días.

depende por completo de la casualidad si brigitte va a vivir, con heinz, o bien va a escapar de la vida y echarse a perder.

no existe para eso ley alguna, el destino decide sobre el destino de Brigitte, nada de lo que ella haga y sea cuenta, solo heinz y lo que él haga y sea, eso cuenta.

brigitte y heinz no tienen ninguna historia, brigitte y heinz solo tienen un trabajo, heinz debe ser la historia de brigitte, debe procurarle una vida propia, después de hacerle un hijo, cuyo futuro asimismo estará marcado por heinz y su profesión.

la historia de b. y h. no es algo que vaya a ser, es algo que de repente está ahí (¡flash!) y que se llama amor.

el amor viene por parte de brigitte. ella tiene que convencer a heinz de que el amor venga por su parte, él debe aprender a reconocer que para él tampoco puede haber ningún futuro sin brigitte. por supuesto sí hay un futuro para heinz, el de instalador electricista, eso está a su alcance, también sin brigitte. se pueden hacer insta laciones eléctricas sin que b. esté ahí. ¡incluso sin que viva! y también es posible ir a jugar a los bolos sin brigitte.

brigitte, aún así, tiene un cometido.

continuamente debe dejarle claro a heinz que sin ella no hay futuro para él, eso supone un duro esfuerzo, además se debe impedir a toda costa que heinz tal vez pueda ver su futuro en alguien distinto, sobre eso, más tarde.

se trata de una situación agotadora, pero prometedora[286].

Re-escribir y transgredir la ecuación identidad-amor

Escribe Denis de Rougemont, en su libro *El amor y Occidente*, que

pasión y *expresión apenas son separables*, puesto que surgen a la vez y del mismo lugar. Y que los sentimientos son creaciones literarias en cuanto que necesitan para su reconocimiento de una cierta dosis de retórica[287].

La identidad de las mujeres tiende a construirse y afirmarse, en Occidente al menos, en relación al otro, un proceso que alcanza su clímax en la relación amorosa. *La proposición «identidad y amor» es casi un pleonasmo (…) el objeto amado que confiere sentido y sustancia, existencia, temporalidad y espacialidad al Yo femenino.*[288]

Algunas feministas van más allá de esta idea y sostienen que esta vinculación habría permitido a las mujeres en un momento de la historia la adquisición de su propia subjetividad.

Esto quedaría de manifiesto, por ejemplo, en la obra de escritoras como la poeta Gaspara Stampa (1523-1554), perteneciente al movimiento de lírica femenina desplegado en Italia en la primera mitad del siglo XVI, analizada por Raffaele Pinto[289]. Veamos lo que escribe Pinto al respecto.

La ideología renacentista representó un importante factor de cambio de las ideas socialmente dominantes (…) La mujer alcanzó, gracias a las idealizaciones de los escritores, un papel de gran prestigio en el imaginario colectivo, convirtiéndose en una pieza clave de la civilización cortesana. Entenderemos mejor el fenómeno si pensamos en la transformación del ideal de nobleza, que pierde sus tradicionales rasgos de fuerza física y valor militar (típicos de la aristocracia de la edad media) para basarse en el comportamiento y el lenguaje. El señor feudal debe demostrar con gestos externos su nobleza (sus actividades más características son la guerra y la caza), el aristócrata renacentista, en cambio, debe demostrarla con virtudes interiores de tipo moral e intelectual. En un mundo dominado por la fuerza física, la mujer tiene necesariamente un papel marginal; en un mundo, en cambio, dominado por la inteligencia, la mujer puede, por lo menos en teoría, participar como sujeto de pleno derecho. Las civilizaciones antigua y medieval por un lado, y moderna por el otro, se distinguen claramente por la localización externa en un caso, e interna en el otro de la dignidad personal. A esta interiorización de la nobleza se debe que la subjetividad femenina solo en el marco de la modernidad llegue a aflorar. Más aún,

la posibilidad (aunque solo sea teórica) de que las mujeres expresen públicamente su identidad personal es el rasgo más propio de la cultura moderna europea (…) En Petrarca, o sea en la tradición lírica que él resume y que de él procede, la vinculación que se establece entre deseo y lenguaje es el principio de la subjetividad. El proceso de interiorización de los valores tiene justamente en el deseo su vector psíquico; el gran tema dominante de la tradición lírica (desde sus orígenes trovadorescos) es la identidad entre el deseo sexual (la
fin'amor
) y la nobleza. Es un deseo que privilegia, obviamente, los componentes imaginativos y expresivos, y aleja la liberación del impulso desplazándola a un horizonte de expectativas más o menos remoto. Pero es justamente en este espacio interior, el espacio de la distancia y de la espera, donde el yo se configura como sujeto de lenguaje y deseo. El texto lírico, construido según el modelo petrarquista, en las formas canónicas, aunque no exclusivas, del soneto y de la canción, es un ideal de nobleza que es aristocrático y elitista, desde luego, pero que consiente también a las mujeres el acceso a la escritura y a la cultura. Y esto se debe a la reversibilidad sexual del discurso de la
fin'amor
. Siendo, esta, experiencia interior y no exterior, o sea deseo y no impulso, el discurso que lo expresa no es sexualmente exclusivo (como lo es, en cambio, el discurso religioso del clericus o el discurso guerrero del narrador épico). La mujer solo tiene que invertir los géneros del sujeto y del objeto del deseo para apropiarse subjetivamente del lenguaje amoroso, eventualmente manifestando, esto sí, una diferencia genérica de la experiencia interior que con él se expresa.[290]

Stampa utiliza en sus poemas una fórmula de humildad, una *conciencia genérica degradada* que Pinto interpreta como una estrategia vinculada estrechamente a un sentimiento fuerte de identidad personal, a una afirmación de *diferencia sexual (o genérica) irreducible a toda tentativa de homologación, por muy progresiva y racional que sea. Esta diferencia sexual, además, es reivindicada justamente en el terreno ideológico más importante y decisivo en el proceso de modelización cultural, la ideología y la literatura de amor,* desde formas, además, tradicionales de escritura femenina[291]. Esto quedaría especialmente de manifiesto en uno de sus sonetos, el que lleva por número el 184, donde se darían todos

los elementos: violencia pasional del deseo, autohumillación frente al amante, uso de la escritura para expresarse y autocomprenderse, fusión verbal y conceptual, e *introversión de la identidad personal que es condición y causa del afloramiento de la subjetividad femenina*:

Yo ya no encuentro rimas,
con que pueda alabar vuestra belleza, vuestro valor,
y contar los tormentos de mi corazón;
hasta tal punto crece su fuerza y disminuye la mía.
Y casi llama que se produce dentro,
Y no puede desahogar hacia fuera el incendio,
Este interno deseo aumenta el dolor,
Y me consume las médulas y los huesos;
Así que entre todos los bienes y todos los males,
Que Amor suele dar, y además tengo este,
Que no puedo decir cuántos son y cuáles.
Entonces tú, mi vivo y reluciente rayo,
Dame vigor, o tú, Amor, dame las alas,
Para que suba hasta mostrar fuera lo que tengo en el corazón.

Según Pinto, *por ser una «vil mujer», ella no puede amar de otra manera, y la autohumillación a la cual la lleva el deseo es consecuencia de su interpretación puramente pasional del amor (…) Y, sin embargo, por el hecho de amar ella también tiene acceso a la escritura y a la cultura, y tiene, por ello, la capacidad de construir una identidad suya propia, tan personal, o incluso más personal, que la de cualquiera. Más aún, el sentimiento de sí misma en tanto que escritora, tanto más crece y orgullosamente se afirma cuanto más humilde es la imagen, que de sí propone, de mujer que desea (…) La genialidad de este soneto consiste en la fusión y racionalización de dos temas característicos de la lírica: la insuficiencia de las palabras a la hora de alabar a la persona amada, y la incapacidad del amante de expresar su deseo (…) Justamente en su tensión moral (desde abajo hacia arriba), y expresiva (desde dentro hacia fuera) se configura la identidad de la escritora, que ha entendido el más auténtico y moderno significado del amor, la autonomía moral y expresiva del sujeto individual.* [292]

Los *landays* son poemas muy cortos cantados por las mujeres pastún de Afganistán.

Son poemas intensos y violentos, sin rima obligada pero con mucho ritmo, que hablan de amor, honor, muerte y rebeldía, en una sociedad donde el amor es tabú, *una falta grave castigada con la muerte*[293], y donde las mujeres son doblemente sometidas: físicamente, por la condición agotadora de sus trabajos cotidianos, y moralmente, convertidas en seres de segunda categoría desde su nacimiento.

Su reacción más radical de protesta frente a esta situación es el suicidio, una autoeliminación que proclama trágicamente su rechazo a una ley comunitaria, un código tribal que condena el suicidio por cobarde y que los hombres raramente practican.

Pero desafían también el orden establecido mediante el canto[294].

Las muchachas son objeto de intercambio, y es la política tribal de las relaciones entre los clanes la que decide su boda. Los sentimientos personales de los jóvenes a los que esto atañe no se tienen en cuenta. He aquí por qué, en los landays, el canto perpetuo es un grito de separación. O bien el amante ha abandonado su país para ganarse la vida fuera, o bien se queda en su pueblo, pero las prohibiciones sociales no le permiten encontrarse con la mujer amada. El padre y los hermanos están ahí, guardianes feroces e incorruptibles del orden. En casa del esposo, la mujer sufre todavía con más dureza dos tipos de mal casamiento: su marido es con frecuencia un niño o un viejo. Y es a este compañero interpuesto al que ella llama «el pequeño horrible». No hay un solo landay que dé testimonio de amor conyugal o de sentimientos de ternura y fidelidad respecto al esposo. El amor y la fidelidad se reservan al amante[295].

Cuando vienes a casa, amante mío, el «pequeño horrible», se enoja. No vengas más. Desde ahora te ofreceré mi boca entre las hojas de la puerta.

Que una mujer proclame su amor en alto, arriesgándose a sufrir castigo, es motivo de escándalo pero da una fuerza inmensa a su

discurso.

¡Amo! ¡Amo!, no lo oculto. No lo niego,
aunque por ello me arranquen con el cuchillo todos mis lunares.

Pon tu boca en la mía,
pero déjame libre la lengua para que te hable de amor.

Mañana los hambrientos de mi amor serán satisfechos
pues cruzaré la aldea con el rostro descubierto y los cabellos al viento.

Dios, úneme a él aunque sea un instante,
como un fugaz relámpago en los oscuros brazos de las nubes.

Contrariamente a la tendencia en Europa y Norteamérica, las mujeres pastún se muestran orgullosas de sus cuerpos. Su poesía *habla de su crecimiento frágil como la flor silvestre de las altas montañas, de la ebriedad de sus ojos lánguidos, del néctar de sus labios, recompensa de héroes, de sus lunares, que son como estrellas en el firmamento de un rostro sereno, de su cabellera color de noche, de sus senos altivos como granadas de Kandahar, de sus muslos de terciopelo…* [296] *El mismo cuerpo, la misma fuerza amorosa que les devuelve lo efímero de su existencia*.

El uso de los *landays* recuerda a la poesía lírica oral (los *guinnáwa*) utilizada por las mujeres (y hombres) de una comunidad beduina
(Awlad'Alid
) del Oeste de Egipto, una sociedad patrilineal segregada sexualmente y en la que los matrimonios son concertados por los hombres mayores y sus primos paternos, que ha sido estudiada por la antropóloga Lila Abu-Lughod[297].

Esta autora distingue cuatro tipos de resistencia frente a las distintas estructuras de poder en esta comunidad, que requieren

todas de la alianza entre mujeres: (1) los secretos y silencios para hacer frente a una gama amplia de prohibiciones (desde no fumar hasta no visitar a sus amistades); (2) las prácticas de resistencia a algunos matrimonios, que son retroalimentadas e inspiradas por las narraciones de otros episodios similares en el pasado; (3) las canciones y bromas irreverentes sobre los hombres que se llevan a cabo a sus espaldas; (4) los *ghinnawas* (pequeños poemas) que son intercalados en las conversaciones desarrolladas siempre en ambientes íntimos, a través de los cuales las mujeres (y los jóvenes) expresan sentimientos relativos a la vulnerabilidad y el amor que muy raramente aparecen en contextos públicos o entre mujeres y hombres, donde rige el código hegemónico del honor y la modestia.

Las relaciones amorosas son centrales en sus poemas, de forma que, si la modestia y el honor (que implican la negación pública de la sexualidad y el amor romántico) son fundamentales, sobre todo para las mujeres, la poesía permite la formulación de sentimientos intensos y/o de oposición a las normas sociales. De esta forma se hace explícita la tensión entre los deseos de los enamorados y las demandas de un sistema de parentesco en el que, se argumenta, casarse por amor puede hacer más vulnerables a las mujeres frente a sus esposos.

En su libro *Veiled Sentiments*[298] incluye esta autora, entre otros muchos, el caso de Fáyga, una joven mujer obligada a casarse con un hombre, matrimonio que ella no desea. Solo en sus poemas es capaz esta mujer de expresar sus sentimientos reales y su insatisfacción.

Veamos algunos ejemplos:

Mejor muerta, ciega, pobre e indigente
que una relación con un hombre casado…

Desea, oh amado, estar decepcionado
y luchar por algo no destinado a ser…

Vivir sin placeres es mi sino
oh Dios, no le impongas eso a mi amigo…

Si una nueva relación no se me concede
continuará el dolor en mi mente, oh amado…

La respetabilidad la obliga, como decimos, a no manifestar en público su opinión ni sus intereses, lo que sí hace en sus poemas, donde cabe una gama amplísima de sentimientos que es interpretada también de esta manera por las personas que la escuchan.

El amor romántico se convierte así en un *discurso subversivo*[299], aunque recitar poesía es totalmente situacional, en cuanto que solo se lleva a cabo en relaciones y encuentros donde prima la igualdad y la cercanía social, o en eventos excepcionales como las bodas. Sin embargo, la actitud frente a la poesía es ambivalente, dado que está imbuida también de un reconocimiento general.

Todo ello le lleva a Abu-Lughod, siguiendo la idea de Foucault de que donde hay poder hay resistencia y de que el poder no solo es represor sino productor[300], a subrayar que tanto la poesía amorosa como las demás formas de resistencia utilizadas por las mujeres beduinas, no son independientes del mismo sistema que regula y controla sus vidas[301]. Es más, concluye, que hay que tener cuidado con la romantización del estudio de la resistencia, y que este debe ser utilizado como un diagnóstico del poder en un sistema político y económico en continuo cambio.

El problema es que las personas que hemos sentido que hay algo admirable en la resistencia, hemos tendido a esperar de ella una confirmación esperanzadora del fracaso —o fracaso parcial— de los sistemas de opresión. Sin embargo, a mí me parece que respetamos la resistencia cotidiana no solo al defender la dignidad o el heroísmo de las personas que resisten, sino al permitir que sus prácticas nos enseñen acerca de las complejas interacciones de las estructuras del poder que van cambiando a través de la historia[302].

¿Pero puede existir *La Mujer*[303] sin (reivindicar) el amor?

Nora Catelli y Ana Gargatagli encuentran en la literatura hecha por mujeres períodos y discursos que se caracterizarían precisamente por resistirse a esa ecuación identidad-amor e incluso desmentirla.

Ellas proponen *que en el barroco tardío del siglo XVII esta resistencia del discurso de las mujeres a acoplarse a la ecuación amorosa clásica («identidad y amor») adquiere una fuerza hasta entonces desconocida: baste nombrar a Sor Juana Inés de la Cruz para comprender por qué es posible despegar al Yo femenino de tal ecuación. Y para entender, además, que la proposición «identidad y amor» —dominante en la ficción del siglo XIX y también en la teoría psicoanalítica, literaria y de las ciencias humanas del siglo XX— es insuficiente ante ciertos momentos y discursos de la tradición literaria clásica.*[304]

Defienden que, en lugar de una teoría de la identidad femenina basada en el amor, algunas mujeres construyen una teoría en la que el amor del otro pasa a ser amor del conocimiento[305], *que permite sustraerse al juego de la identidad en lugar de subordinarse a él.*[306]

ESTE AMOROSO TORMENTO (Sor Juana Inés de la Cruz)

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento y no sé
la causa porque lo siento

Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo
y para en melancolía.

y cuando con más terneza
mi infeliz estado lloro
sé que estoy triste e ignoro
la causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro,
y cuando cerca la miro
yo misma aparto la mano.

Porque si acaso se ofrece,
después de tanto desvelo
la desazona el recelo
o el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto
consigo tal posesión
(cualquiera) leve ocasión
me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien
con receloso temor
y me obliga el mismo amor
tal vez a mostrar desdén.

Pido consejo a la escritora Luisa Etxenike sobre literatura contemporánea sobre el amor escrita por mujeres. Me recomienda tres libros: *Cuestión de amor propio*, de Carme Riera[307], *La historia de amor del siglo*, de Marta Tikkanen[308], y *Emily L.,* de Marguerite Duras[309].

Riera relata en su novela la historia de una escritora de mediana edad, Ángela, que después de un tiempo de silencio escribe a una amiga, Ingrid, que vive en Dinamarca, para contarle de forma melancólica y amarga una historia de amor absolutamente pasional que ha mantenido durante un corto período con un escritor. La relación se ha acabado bruscamente cuando él se ha distanciado sin mediar explicación alguna. La trama finaliza cuando la protagonista pide ayuda a su amiga para ejecutar una venganza y arruinar la carrera del escritor, intentando así recuperar el equilibrio perdido.

El discurso de Riera toma forma a veces casi de manifiesto.

Mientras duró mi enfermedad, fui incapaz de escribir una sola línea, comprenderás (…) el daño inconmensurable que me causó. Imagino que de haberla contraído a los dieciocho años en vez de a los cuarenta y ocho mi naturaleza hubiera resistido mejor, o que si en diversas ocasiones me hubiera contagiado levemente, mi organismo hubiera podido desarrollar, a modo de vacuna, los anticuerpos necesarios para combatir el virus.[310]

En realidad, lo que busco —y casi estoy segura de que también lo

buscan o buscaban la mayoría de las mujeres de mi generación— es la ternura, esa sensación que nos devuelve al jardín siempre azul de la niñez, en el que cualquier pesadilla desaparecía como por ensalmo, ahuyentada por la tibia dulzura de la voz de mamá que nos acunaba. Y sin embargo, muchas de nosotras, y de manera especial las más combativas, las que pasábamos por más inteligentes, llegamos a avergonzarnos de esta propensión a la ternura, pues nos parecía un rasgo de debilidad femenina, y preferimos mostrarnos ante los demás, especialmente ante los hombres, frías, fuertes y autosuficientes. Y ya que estoy de rodillas frente a la rejilla —aquel inmenso colador vertical que filtraba culpas y penitencias— te añadiré que una de las cosas que más he deseado toda mi vida ha sido que alguien me llamara pequeña, pequeñita mientras me abrazaba, aunque mis principios feministas se vieran seriamente resquebrajados y mi concienciación se relajara en demasía al tener que admitir que no solo aceptaba, sino que deseaba ser disminuida, cosificada, casi degradada[311].

Y las frases más o menos felices que yo solía divulgar en entrevistas y mesas redondas: «Toda escritura es una carta de amor», «Escribo para que me quieran», «El ansia de pervivencia nos empuja a amar del mismo modo que nos empuja a crear», «El texto no es más que un pretexto amoroso»… habían encontrado, por fin, el único destinatario que me interesaba, un tú que justificaría a partir de entonces mi existencia y a quien, sin saberlo, había guardado tantas ausencias en una virginidad si no física al menos espiritual, ya que nunca había sentido por nadie un interés mayor, un enajenamiento tan absoluto. Nuestras coincidencias, que podían provenir de unas vivencias parecidas —cuando yo nací él tenía cinco años— y de una formación semejante, me parecían una muestra más de nuestra fatal predestinación. No solo preferíamos los mismos autores, pintores o músicos sino que, además, nos gustaban los mismos libros, cuadros y sinfonías y nos impresionaban idénticos pasajes, trazos o tempos[312].

Una mujer de casi cincuenta años no tiene ningún derecho al amor, ni mucho menos al deseo físico. Atreverse a amar, prestarse a ser amada, desear serlo con la misma intensidad, miento, con una intensidad mayor que a los veinte años, es, evidentemente peligroso y parece incluso obsceno. Si una mujer otoñal quiere aventuras, si se niega a ser retirada de la vida, tanto la literatura como el cine suelen presentárnosla pagando un gigoló, es decir, degradándola. Me pregunto

si algo de eso, de mi capacidad de transgredir la ley severa que me aparta, según parece, a mis años de cualquier veleidad erótica, si mi entrega apasionada, mis insaciables ganas de amar, mi deseo ilimitado, no le aterrorizaron. Quizás le parecieron impropios, incluso malignos, y le abocaron a una huida sin retorno[313].

No puedes figurarte, Ingrid, con qué vergüenza, con cuántos remordimientos recordaba el absoluto abandono con el que yo me había entregado y con qué crueldad sometí cada una de las páginas de mis libros a la disección más morbosa. El manuscrito en el que trabajaba, y que me había comprometido a entregar antes de Navidad, permanecía inacabado sobre la mesa del estudio. Me sentía absolutamente incapaz de escribir una sola línea, porque me parecía que, entre sus páginas, me esperaba una trampa llena de púas venenosas que me cercenaría los dedos. Y fue entonces cuando mi editor me acompañó personalmente a ver a un psiquiatra amigo suyo[314].

Porque es, efectivamente, por fin, en el espejo de la carne en el que los amantes pueden reconocerse y, transgrediendo los límites que la piel impone, fusionarse. Y, sin embargo, en nuestro caso, en su caso, seductor y no amante, a Miguel mi cuerpo desnudo debió servirle para contemplar únicamente su imagen, mientras que el suyo no reprodujo la mía. Una vez desvelado el secreto desapareció la magia y ya no fue posible dar con el reflejo que nos abarcara a los dos. Narciso inclinado sobre el lago apaga la sed, lo que, por supuesto, no consigue inmerso en él. La imagen que busca no es otra distinta de sí mismo, no es la de su hermana muerta. Si se acerca más, si cae en la tentación de fundirse en ella, cometerá el error de destruirse. No le queda otra alternativa que permanecer alejado, ensimismado, jamás enajenado. La ilusión, que durante aquel mes y medio había mantenido en una tensión constante nuestras vidas desaparecía de repente y con ella moría mi capacidad seductora, aunque la suya permanecía incólume[315].

No sé en qué momento debí de perder el tren o me quedé tirada en la cuneta, pero me temo que ya no tendré fuerzas para subirme de nuevo, siquiera al furgón de cola ni para sacudirme el polvo y la maleza de la ropa otra vez. Quizá me he vuelto definitivamente misántropo. No espero nada. No me conmueve ya nada en especial. Veo a muy pocos amigos, no asisto a las tertulias, apenas salgo[316].

Y en este estado emocional es donde poco a poco se fragua la venganza que le permite germinar el amor por ella misma.

Tikkanen, por su parte, publicó en los años ochenta un libro de poemas algo atípico que fue todo un éxito literario en Finlandia, su país de origen, y que ha sido versionado en múltiples ocasiones para teatro y radio.

Narra este poemario la relación de una mujer con un hombre alcohólico; una relación que había comenzado siendo *la historia de amor del siglo*, en palabras del marido, pero de la que ella lleva mucho tiempo doliéndose aunque le cuesta infinitamente tomar distancia; lo que al final consigue con el apoyo de otras mujeres.

El discurso poético de Tikkanen avanza a tientas, hasta que la queja, el sufrimiento, se transforman en reivindicación.

AMOR Y AMOR

como si el amor fuese solamente uno
un único uno
un amor de forma determinada y
establecida y aprobada

el amor entre dos
que se funden uno en otro
hasta que ninguno de ellos se distingue
el amor entre dos
que le vuelven la espalda al mundo

el amor que hace inalcanzable
e irresponsable
el amor que está amurallado
y se siente autosuficiente
el amor que sabe lo que vale
solo cuando deja a otros fuera

Ese amor no fue nunca el mío
ese amor está muerto[317]

AUNQUE SÉ

que los seres humanos mueren

por falta de seres humanos
casi no aguanto
los gritos y las voces
las carcajadas y la chachara y las exigencias y el amor
las aglomeraciones la proximidad
todo eso que se abalanza sobre mí
en cada instante

Astuta y taimada
revolucionaria y temeraria
me consigo como sea
unas horas de soledad en el sofá en mitad de la noche[318]

Tenemos también la novela *Emily L.*, de Duras, publicada en 1987, tres años después de *El amante*, la obra que la había consagrado.

Una pareja, sentada en la terraza de un café en un lugar cerca de la playa, observa a la gente que pasa a la vez que reflexiona sobre sus sentimientos y sobre el libro que la mujer quiere escribir.

… iba a escribir la historia que habíamos vivido juntos, aquella, aquella que aún estaba ahí y no acababa de morir[319] *(…) Lo que me impide escribir eres tú. Y tú eres muy desgraciado debido a ello. Porque tú no escribes…*[320]*,*

Al rato se fijan en una pareja inglesa, El Captain y su mujer. *No se puede saber su edad. Lo que se ve es que ella es sensiblemente mayor que él. Pero que él se ha hecho con su lentitud*[321]. Él y ella, una rica heredera, habían luchado durante muchos años contra la opinión de los padres de ella para mantener su relación.

A partir de aquí, las historias de ambos se entrelazan.

Ambas mujeres escriben, la narradora y la mujer del Captain. Pero veamos primero cómo es su amor, cómo hablan de él…

—No hay nada que contar. Nada. Nunca hubo nada —dice el hombre de la primera pareja—.

—Te contesto con retraso —ella es la narradora—:

—Algunas veces, cuando hablamos juntos, es tan difícil como morir.

—Es verdad.

—Me parece que cuanto esté en un libro será cuando ya no haga sufrir… cuando no sea ya nada. Quedará borrado. Descubro esto con

esta historia que tengo contigo: escribir es también eso, sin duda, es borrar. Sustituir[322].

(…)

—Debería existir un medio de decir, de recuperar lo que dices… esta certeza… el que te guste tanto pensar que nunca hubo nada. Una vez sentada como base esta certeza, se podría ver aparecer lo que la envuelve, acoger lo que no hubieran captado los dos amantes a la vez. Por ejemplo, que no tenías deseo alguno de mí pero que a la vez… a la vez.

—En ese momento es cuando deberíamos saber si se puede hacer algo o no con lo que hubo —sonríes— o con lo que no hubo.

Te miro. Te digo:

—Es curioso que no comprendieras. En este momento, que lo que queda proceda de lo que hubo o de lo que se cree que hubo, es equivalente… No hay nada que nos pueda diferenciar —me río a la vez —, estamos en el mismo punto.

—Quieres decir… Hablas de lo que queda ahora… en este período… este verano… de lo que pudimos inventar una vez, ahora hace años.

Te miro. Tú no lo sabes, digo, te lo digo, te lo hago saber:

—Hubo algo el primer día.

Dudas. Y después lo dices:

—No, nada. Nunca. Nunca hubo nada.

—Tú no lo supiste.

Callamos.

Miramos el río.

La barcaza está casi vacía. El calor se comprime de pronto, se apelmaza. La ausencia de viento se hace difícil de soportar. Dices:

—Tú inventaste por mí. Yo no tengo nada que ver con la historia que viviste conmigo.

—Dijiste lo contrario, una vez, al principio.

—Digo cualquier cosa, y después olvido. Tú lo sabes —sonríes—, pero yo sigo a tu lado en la desesperación que te procuro.

—Lo sé. Sé también que, para mí, aunque lo hayas dicho sin pensarlo, para complacerme, es igual que si lo hubieras dicho para siempre. Ahí está. Que alguien dijera aquello aquel día hará que este libro se escriba. El libro será sincero. Que lo hubiéramos dicho nosotros, o que lo hubiéramos oído decir a través de un muro, a otro distinto que tú dirigiéndose a otra que no soy yo, sería equivalente en cuanto al

libro, puesto que tú lo habrías oído al mismo tiempo que yo, en el mismo lugar. En un mismo espanto.

Callamos. Te pones a mirar el río, y luego de nuevo la sala y aquella mujer del bar que mira al suelo. Dices:

—No hay que hacerme caso. No escribas más.

—Hago caso de todo lo que dices, las cosas más falsas, tus mentiras. Creo en la totalidad de lo que expresas, en todas las palabras, en tus distracciones, en tus imbecilidades. Incluso creo en tu sinceridad trascendental en medio de ese fárrago

—No escribas más.

—Cuando escribo, ya no te quiero.

Nos miramos. Dejamos de hacerlo. Digo:

—Son palabras que dan miedo.

—Sí.

—Es increíble lo cerca que está la desesperación… Cuando hablamos, quiero decir.

—Sí.

Sonríes. Has palidecido de nuevo, levemente, de nuevo ahí, encima de los labios, pero ha ocurrido. Te digo:

—No te quiero ya. Eres tú quien me quiere. No lo sabes.

Vamos hasta la barandilla. Miramos el río.

—Es complicado.

—Sí[323].

Amor, incertidumbre, invención. Incluso cuando se permanece en el amor, cuando se desea permanecer en el amor.

Hablamos ahora del Captain y su mujer, la otra pareja.

La inmensidad del amor surge con mucha fuerza cuando ellos se abandonan al silencio de una ira contenida o al atontamiento de la embriaguez. Esta noche hay entre ellos un problema evidente que no se puede saber, descifrar. Se miran, un poco enfadados, llenos de dolor.

Luego desvían los ojos hacia el suelo, hacia la nada, al paso de la gente por la plaza, las llegadas y las salidas de la barcaza roja.

Se miran de nuevo en un amor naciente (…)[324]

Es sin duda en el curso de esos diez años pasados en espera de la

muerte de los padres cuando algo sucedió, algo que les decidió a pasar el tiempo del amor en un viaje por el mar para no hacer nada con aquel amor y, a la vez, a pesar de todo, retenerlo[325].

Ella escribía e incluso llegó a tener éxito.

Ella había escrito poesías. Quince. Quince poesías.

Sucedió que una de ellas había aparecido en una revista especializada de Newport.

Ella decía al Captain que en sus poemas ponía a la vez toda su pasión por él, el Captain, y toda la desesperación de cada ser vivo.

El Captain no creía que en sus poemas pusiera lo que ella decía poner en ellos. Lo que ponía en realidad, el Captain lo ignoraba. He aquí en qué situación se hallaba el Captain cara a los poemas que escribía su mujer.

El Captain había sufrido. Una verdadera condena. Como si ella le hubiera traicionado, como si ella hubiera tenido otra vida paralela a aquella que él había creído suya, allí, en el alojamiento de los cobertizos. Una vida clandestina, oculta, incomprensible, vergonzosa tal vez, más dolorosa aún para el Captain que si ella le hubiera sido infiel con el cuerpo, aquel cuerpo que antes de las poesías hubiera sido lo único en el mundo que le hubiera llevado sin duda a suprimirla si ella lo hubiera entregado a otro hombre.

Una vez, él le había hablado de aquello, del sufrimiento al que le lanzaban aquellas poesías porque no los comprendía. Ella debió de equivocarse respecto al sentido de su confesión. Le dijo, en efecto, que si aquellas poesías le hacían sufrir, era que, sin duda, había empezado ya a leerlas, a comprenderlas (…)[326]

El Captain se había sentido apuñalado por la verdad. Había sentido que se equivocaba respecto a ella, que vivía con una desconocida. Nada se decía sobre la niña muerta ni sobre él. No aparecía nada de su vida, de su amor, de su felicidad (…)[327]

Luego dejó de escribir.

A veces el Captain debía de preguntarse cómo había sobrevivido a todos aquellos problemas que venían de ella, su carácter difícil pero también aquella diferencia de cuna. El Captain achacaba a esta todo lo que no había podido comprender de su mujer, sus lecturas, su locura y también sus incongruencias, aquellos poemas temibles en los que ella no pensaba ya nunca, de eso él estaba seguro y daba gracias a Dios[328].

Hay una tercera historia de amor, la que la mujer había podido vivir con el joven guarda de la casa de sus padres, el mismo que la bautizó Emily L. Ella le escribe una carta que él leerá mucho después.

«He olvidado las palabras para decírselo. Las sabía, y las he olvidado, y aquí le hablo en el olvido de esas palabras. Contrariamente a todas las apariencias, no soy una mujer que se entregue en cuerpo y alma al amor de un solo ser, ni siquiera a aquel que más quiere en el mundo. Soy un ser infiel. Me gustaría mucho encontrar las palabras que había guardado para decirle esto. Y he aquí que me acuerdo de algunas. Quería decirle lo que creo, que había que conservar siempre ante uno —he aquí la palabra, me acuerdo— un lugar, una especie de lugar personal, eso es, para estar solo y para amar. Para amar no se sabe qué, ni a quién, ni cómo, ni cuánto tiempo. Para amar —he aquí que de pronto me acuerdo de todas las palabras…—, para conservar en sí el lugar de una espera, nunca se sabe, de la espera de un amor, de un amor quizá sin destinatario todavía, pero de esto y solo de esto, del amor. Quería decirle que usted era esta espera. Usted se ha convertido por sí solo en la cara exterior de mi vida, aquella que nunca veo, y así permanecerá, en el estado de este desconocido por mí en que se ha convertido. No me conteste nunca. No conserve esperanza alguna de verme, se lo suplico. Emily L.».[329]

Una vez más, permanecer o no. Permanecer o no en eso que llamamos amor y que no sabemos a ciencia cierta qué es, que a veces intuimos, que a veces inventamos, que a veces experimentamos… Si es que se permanece.

Pero no porque el amor sea algo fijo, estable.

Hay otra contraposición en esta novela, la que se da en entre el amor y la escritura (creación, espacio propio). Diría que entre el amor (una forma de amor que pretende ser duradero) y el sujeto.

La escritura como un espacio propio, un sujeto propio, incompatibles de alguna manera con el amor. Más si la que escribe es una mujer.

La mujer que escribe provoca la desesperación del hombre que dice amarla[330].

Más radical todavía, más *Duras* que nunca, describe Duras en otro de sus libros, titulado precisamente *Escribir*, la relación entre la escritura y la soledad[331].

La soledad de la escritura *sin la que el escribir no se produce*[332], una soledad que *no se encuentra, se hace*[333], que en su caso está vinculada al alcohol, al agujero, la muerte, de los que solo la escritura salva[334]. *La soledad es la del mundo entero. Está por todas partes. Lo ha invadido todo. Sigo creyendo en esta invasión. Como todo el mundo. La soledad es eso sin lo que nada se hace. Eso sin lo que ya no se mira nada. Es un modo de pensar, de razonar, pero solo con el pensamiento cotidiano*[335].

Las mujeres y obras citadas en este apartado nos permiten definir, sin ánimo de agotar todas las posibilidades, distintos tipos de subjetividades *femeninas*. Todas ellas tienen que ver con la reivindicación o la negación del binomio identidad/amor a través de la escritura.

Hemos visto en este apartado la reivindicación de la diferencia y la autonomía de la lírica italiana del siglo XVI, a través de un ejercicio —podríamos decir— estratégico-paródico de sumisión. También las obras de Riera y Tikkanen que producen, a través de la queja, primero, y de la reacción (venganza y ruptura), después, formas de *amor propio* que requieren la solidaridad de las otras. Hemos constatado también la afirmación del deseo como una forma de desafío cultural, en los *landays* de las mujeres pastún, y las poesías amorosas y demás discursos subversivos de las mujeres

beduinas, que nos permiten diagnosticar estructuras de poder en continuo cambio.

Emily L. da un paso más. Representa una escritura consciente de los límites que el amor impone a las mujeres, de las contraposiciones, de las contradicciones entre subjetividad y amor, de la levedad del amor.

Todas estas obras hablan de formas radicales de *ser*, lo que emerge sin fisuras en la subjetividad del conocimiento, de Sor Juana Inés de la Cruz, y en la soledad de la escritura o la escritura de la soledad (de la existencia), de Duras.

En algunas de ellas, además, la ecuación identidad-amor queda, por un instante al menos —lo que dura su lectura, su discurso—, cuestionada, hecha trizas.

Un instante que se revela definitivo.

Estas escritoras, estas *mujeres*, entre otras, están buscando para todos nosotros un lugar Otro en el que mirar y vivir el mundo.

Mujeres solas. Sin mediaciones.

Mujeres solas. Con relaciones.

El amor como destino. De género. Con género.

Escribir sobre el destino. Escribir contra el destino. Escribir contra el amor alienado y alienante. Contra *lo genuino*. Escribir contra el amor como única posibilidad. Escribir sobre el amor. Contra el género. Escribir contra el amor contra el género. Re-inventar el cuerpo. Re-inventar la escritura. Re-inventar el mundo.

Un mundo en el que quepamos todos.

(…)

ezin da esan Maitasuna, ezin da esan Edertasuna,
ezin da esan Elkartasuna, ezin esan.
Ez zuhaitz ez eureka ez bihotz.
Ahaztu egin da antzinako legea.

Alabaina «ene maitea» zure ahotik entzutean

aitor dut zirrara eragiten didala,
dela egia, dela gezurra[336].

Redefinir el amor. Ir *más allá* del amor

El legado feminista respecto al amor: una revisión parcial

Es vano esperar virtud de las mujeres mientras no sean en algún grado independientes de los hombres; es vano esperar esta fuerza de un afecto natural que les haga buenas esposas y madres. Mientras sean absolutamente dependientes de sus maridos serán astutas, mezquinas y egoístas, y los hombres a los que satisface el afecto de un perro faldero no tienen mucha delicadeza, el amor no se puede comprar… Si los hombres generosamente cortaran nuestras cadenas y se alegraran con nuestra compañía racional en vez de una obediencia esclava, entonces encontrarían en nosotras unas hijas más observantes, unas hermanas más afectuosas, unas esposas más fieles… Les amaremos con un afecto verdadero porque habremos aprendido a respetarnos a nosotras mismas[337].

Joven camarada: me preguntas qué lugar corresponde al amor en la ideología proletaria. Te admira el hecho de que en los momentos actuales la juventud trabajadora «se preocupe mucho más del amor y de todas las cuestiones relacionadas con él» que de los grandes asuntos que tiene que resolver la República de los obreros (…) Ante el aspecto sombrío de la enorme contienda, de la revolución, el delicado Bros, tenía forzosamente que desaparecer de una forma apresurada. No había

oportunidad ni energías psíquicas para abandonarse a las «alegrías» y las «torturas» del amor (…) Ahora el cuadro es completamente distinto. La URSS, y con ella toda la humanidad trabajadora, ha entrado en un período de relativa calma (…) El hombre y la mujer no se unen ya como durante los años de la revolución, no buscan una unión pasajera para satisfacer sus instintos sexuales, sino que comienzan de nuevo a vivir «novelas de amor», con todos los sufrimientos y el éxtasis amoroso que van aparejados al alado Eros (…) Se observa, pues, un despertar del interés en todo lo que se refiere a la psicología sexual, es decir, al «problema del amor» (…) El ideal de amor-camaradería forjado por la ideología proletaria para substituir al «exclusivo» y «absorbente» amor conyugal de la moral burguesa está fundado en el reconocimiento de derechos recíprocos, en el arte de saber respetar, incluso en el amor, la personalidad del otro, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de colectivas aspiraciones (…)… cuando el proletariado haya triunfado totalmente y sea ya un hecho la sociedad comunista, el amor… (…) La desigualdad entre los sexos y todas las formas de dependencia de la mujer con relación al hombre desaparecerán en el olvido sin dejar el menor rastro.

Es necesario, para que estas sensaciones correspondan a la nueva moral proletaria en formación, que estén basadas en los tres postulados siguientes: 1.º Igualdad en las relaciones mutuas (es decir, desaparición de la suficiencia masculina y de la sumisión servil de la individualidad de la mujer al amor). 2.º Mutuo y recíproco reconocimiento de sus derechos, sin pretender ninguno de los seres unidos por relaciones de amor la posesión absoluta del corazón y el alma del ser amado. (Desaparición del sentimiento de propiedad fomentado por la civilización burguesa). 3.° Sensibilidad fraternal: el arte de asimilarse y comprender el trabajo psíquico que en el alma del ser amado se efectúa. (La civilización burguesa solo exigía que la mujer poseyese en el amor esta sensibilidad).

Si conseguimos que de las relaciones de amor desaparezca el ciego, el absorbente y exigente sentimiento pasional; si desaparece también el sentimiento de propiedad, lo mismo que el deseo egoísta de «unirse para siempre al ser amado»; si logramos que desaparezca la fatalidad del hombre y que la mujer no renuncie criminalmente a su «yo», no cabe duda que la desaparición de todos estos sentimientos hará que se desarrollen otros preciosos elementos para el amor. Así se desarrollará y

aumentará el respeto hacia la personalidad de otro, lo mismo que se perfeccionará el arte de contar con los derechos de los demás; se educará la sensibilidad recíproca y se desarrollará enormemente la tendencia de manifestar el amor no solamente con besos y abrazos, sino también con una unidad de acción y de voluntad en la creación común.

(…) Joven camarada (…)… el hecho de que el problema del amor despierte un interés tan extraordinario entre la juventud trabajadora no es síntoma de «decadencia» en modo alguno.[338]

Mary Wollstonecraft fue una escritora británica nacida en 1759 y conocida sobre todo por ser precursora de la filosofía y del movimiento feminista y por su *Vindicación de los derechos de la mujer*, escrito en 1792. Sus relaciones amorosas poco convencionales han despertado también el interés entre los historiadores.

Alejandra Kollontai, hija de una familia aristocrática de San Petersburgo, fue una reputada teórica política y revolucionaria rusa, y única mujer miembro del Comité Central de Lenin. Su programa de liberación sexual no fue bien visto ni por su partidarios ni por sus adversarios, que la acusaron de fomentar la promiscuidad y desatender sus obligaciones. Kollontai se casó contra los deseos de su padre y luego dejó atrás marido e hijo para comprometerse con la revolución. Se casó de nuevo y tuvo también amores con un hombre bastante más joven que ella[339].

Las dos citas con las que he iniciado este apartado son solo una muestra de que, ya desde el siglo XVIII, las feministas mostraron su preocupación por las contradicciones y consecuencias del amor en la vida de las mujeres, además de dar testimonio en sus propias biografías de planteamientos amorosos libres, a contracorriente.

Durante la primera parte del siglo XX, autoras de tanta relevancia como Margaret Mead y, sobre todo, Simone de Beauvoir, se ocupan en sus obras del amor.

Mead, la primera antropóloga, junto con Bronislaw Malinowski, en considerar la sexualidad como un hecho sociocultural[340], escribe en los años veinte su libro *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* (1928[341]) que tuvo un gran eco social, ya que apareció en un contexto en el que los movimientos norteamericanos de

liberación sexual de los años 20 buscaban ejemplos exóticos que pudieran servirles de contramodelo[342]. En esta obra quiso demostrar que no existe la crisis de la adolescencia definida como un universal, tal y como se formula en occidente, y para ello presentó una sociedad, la samoana, sin prohibiciones ni restricciones y donde los adolescentes no tenían dificultades psicológicas. Mead critica el ideal romántico occidental, ligado al cuarteto monogamia, exclusividad, celos y fidelidad, y ensalza las virtudes de la socialización y la organización familiar samoana (mucho más amplia y difusa que la que se da en el entorno de la familia nuclear occidental), donde no se potencia la especialización del sentimiento amoroso ni del sexual, y no se encauza el afecto de las criaturas solo hacia los padres o hacia una única pareja sexual[343].

Simone de Beauvoir, con *El Segundo Sexo* (1945), obra fundacional del feminismo del siglo XX, hizo también una aportación clave en lo que concierne al amor, y sus reflexiones sirvieron de inspiración en los años sesenta/setenta a distintos grupos feministas. Considera esta autora que, desde el momento en que la mujer es definida como la Otra, su vida queda inscrita en la dependencia, la vulnerabilidad y la inmanencia, mientras que al hombre, por oposición, le corresponderían la independencia, la fortaleza y la transcendencia, lo que le lleva a dominar el mundo. La mujer se convierte así en un ser inesencial que solo puede aspirar a fusionarse con el *sujeto soberano*[344], Identifica tres figuras de mujeres —a las que dedica tres capítulos de su libro—, *que persiguen solitariamente su realización individual. Tratan de justificar su existencia en el seno de su inmanencia*[345]: *la narcisista, la enamorada, la mística. Pero ella está convencida de que la liberación solo puede ser colectiva, y exige ante todo que se culmine la evolución económica de la condición femenina*[346].

La palabra «amor» no tiene el mismo sentido para uno y otro sexo (…) Lo que se refleja en la concepción que tienen el hombre y la mujer del amor es la diferencia de su situación[347] *(…) Ahora bien, la enamorada no es solamente una narcisista alienada en su yo; experimenta también un deseo apasionado de desbordar sus propios límites y de llegar a ser infinita a través del otro que accede a la infinita realidad. Se abandona primero al amor para salvarse, pero la paradoja*

del amor idólatra es que, con el fin de salvarse, acaba por negarse totalmente[348] *(…) Ante todo busca en el amor una confirmación de lo que era, de su pasado, de su personaje; pero también compromete su futuro. Para justificarlo, se lo destina al que posee todos los valores; así es como se libera de su trascendencia: la subordina a la del otro esencial y se convierte en su sierva y su esclava*[349] *(…) Un amor auténtico debería asumir la contingencia del otro, es decir, sus carencias, sus límites y su gratuidad originaria; así no pretendería ser una salvación sino una relación entre seres humanos.*[350]

Pero es sobre todo a partir de los años sesenta, coincidiendo con la expansión del feminismo, cuando el movimiento europeo y norteamericano pone en el centro de su crítica las relaciones amorosas (heterosexuales)[351]. La influencia de *El Segundo Sexo* en algunos grupos radicales norteamericanos surgidos a finales de esa década al hilo de la consigna *lo personal es político*, para las que la opresión de las mujeres no se debía exclusivamente al capitalismo y las relaciones de poder no se establecían solo en el ámbito público sino también en las relaciones interpersonales, condujo a las feministas a mirar a las relaciones de dominación en el interior de la pareja y de la familia[352].

Así, por ejemplo, *The Feminists*, una organización fundada en 1968 por Ti-Grace Atkinson, consideraba *que el amor es un dispositivo ideológico, una forma de «falsa conciencia» que sirve a los intereses de los hombres de la «clase dominante» al impedir que las mujeres se unan con su propia «clase sexual». Estar «enamorada» actúa como una autodefensa contra la verdad dolorosa de la subordinación al ofrecer a las mujeres el engaño de que son a la vez donantes* y *receptoras*[353]. Y propugnaba la destrucción del amor entendido como institución. Un segundo grupo, también de inspiración beauvoiriana, *The New York Radical Feminists*, fundado por Shulamit Firestone y Anne Koedt en 1969, se centró sobre todo en las dinámicas del poder masculino y la sumisión femenina dentro de las relaciones heterosexuales. Estas *políticas del ego* aseguraban el mantenimiento del amor en el centro de las instituciones del matrimonio, la maternidad y el intercambio sexual[354].

En 1969, Kate Millett publica su libro *Política Sexual*, una de las obras claves de los comienzos del feminismo de finales de siglo. En el mismo el amor es también un tema central.

Suelen darse por sentado que los conceptos del amor romántico y del amor cortés han suavizado considerablemente el patriarcado occidental. No hay que exagerar, empero, la influencia ejercida por tales conceptos. Basta comparar la caballerosidad tradicional con la naturalidad del «machismo» o de la conducta oriental, para apreciar que no representa sino una concesión, un generoso resarcimiento ofrecido a la mujer para salvar las apariencias. La galantería es, al mismo tiempo, un paliativo y un disfraz de la injusticia inherente a la posición social de la mujer. Para el grupo dominante, poner a sus subordinados sobre un pedestal no es sino un juego. Los historiadores que han estudiado el amor cortés subrayan que el éxtasis de los poetas no tuvo efecto alguno sobre la situación legal o económica de las mujeres, y apenas modificó su estatus social. De acuerdo con el sociólogo Hugo Beigel, el amor cortés como el amor romántico constituyen «privilegios» otorgados por un varón dotado de plenos poderes. Ambos han oscurecido el carácter patriarcal de la cultura occidental y, al atribuir a la mujer virtudes irreales, la han relegado, de hecho, a una esfera de acción tan limitada como coercitiva. Así, por ejemplo, durante la época victoriana, la función de la mujer estribaba en encarnar, en cierto modo, la conciencia del hombre, llevando una vida ejemplar que este juzgaba tediosa, pero deseaba presenciar.

El concepto del amor romántico es un instrumento de manipulación emocional que el macho puede explotar libremente ya que el amor es la única condición bajo la que se autoriza (ideológicamente) la actividad sexual de la hembra. Resulta, no obstante, cómodo para ambas partes, debido a que es, con frecuencia, el único estado en el que la mujer consigue superar el fortísimo condicionamiento que mantiene su inhibición sexual. Contribuye, además, a encubrir el verdadero estatus femenino y el peso de la dependencia económica.[355]

En una entrevista concedida por Millet a Lidia Falcón en 1984, esta le pregunta qué ha supuesto el amor en su vida. Millet responde: *Ha significado gran parte de mi vida. Conozco el amor heterosexual y el homosexual, y como lesbiana he conocido la persecución, la maledicencia y el maltrato. El amor ha sido el opio de las mujeres, como la religión el de las masas. Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban. Tal vez no se trate de que el amor en sí sea malo, sino de la manera en que se empleó para engatusar a la mujer y hacerla dependiente, en todos los sentidos. Entre seres libres es*

otra cosa[356].

En 1979 sale a la luz *La dialéctica del sexo*, de Firestone[357], donde escribe que *un libro sobre el feminismo radical que no tratara del amor, sería un fracaso político, porque el amor, más quizás que la gestación de los hijos, es el baluarte de la opresión de las mujeres*[358], y defiende que el estudio del amor y las mujeres, en cuanto que pilares básicos de la cultura, constituye por sí mismo una amenaza, y analiza cómo se mantienen la supremacía masculina y la estereotipación de las mujeres a través de la conversión de las mujeres en objetos exclusivos de amor, la personalización del sexo y el «ideal de belleza».

El romancisismo no es más que un instrumento cultural del poder masculino, cuya finalidad es mantener a las mujeres en la ignorancia de su condición (…)… el franco desprecio con que antes se juzgaba a las mujeres, ha sido reemplazado por una adoración que cabe calificar de farsa.[359]

Pero durante los años ochenta y noventa, y salvo valiosas excepciones, la crítica feminista en torno al amor se debilita.

Langford vincula este hecho con el surgimiento de las políticas de la identidad y de la resistencia feminista lesbiana que, si bien sirvieron para reflexionar sobre el hecho de que todas las mujeres no eran blancas, heterosexuales y de clase media, indujeron a vincular lo perjudicial de las relaciones heterosexuales con la heterosexualidad misma. En la misma línea, Naomi Weisstbin[360] apunta que para las feministas, *por una extraña inversión del victorianismo, teorizar y escribir respecto al sexo se volvió más aceptable que hacerlo sobre el amor (…)… las feministas rara vez acometieron la política del amor heterosexual de frente. Más bien dos corrientes surgieron y ambas orillaron el problema. Una de ellas prescindía del hombre de manera tajante, y se embarcaba en una asombrosa y revolucionaria explicación de cómo una mujer puede amar a otra mujer sin la menor reserva (…) La otra corriente argüía que «el hombre está cambiando, entonces, ¿para qué hablar de ello? No hay problema; una mujer inteligente ha de ser capaz de encontrar para sí uno de esos "hombres nuevos"». Así, las relaciones amorosas heterosexuales llegaron a convertirse en tema casi tabú en los círculos feministas, ya que, a su parecer, no eran políticamente «correctas» o «adecuadas». Y, no obstante, es una de las cuestiones políticas más importantes si uno se*

toma en serio el lema original del movimiento de la mujer, esto es, «lo personal es político».[361]

Esta confianza en que la superación de la subordinación conllevaría la desaparición automática de las relaciones insatisfactorias habría sido, por tanto, otro elemento coadyuvante en la disminución de la crítica feminista al amor durante estos años[362].

Pero el impacto social de las teorías y reivindicaciones feministas en las últimas décadas, así como los avances legales y sociales en lo que concierne a las mujeres, no han movido en la misma medida ni las mentalidades ni las relaciones interpersonales, lo que nos ha obligado a explorar caminos teóricos alternativos y a hacer confluir tradiciones que parecían radicalmente separadas. Y esto ha afectado también al amor.

Precisamente en un contexto totalmente favorable a la promoción social de las mujeres, como son los países del norte de Europa, sitúa su teoría sobre el patriarcado en las sociedades formalmente igualitarias Anne Jónasdóttir, cuya tesis doctoral defendida en 1991 se tituló *Love Power and Political Interests*, traducida al castellano como *El poder del amor. Le importa el sexo a la democracia*[363]. Esta obra, inspirada en el capítulo del amor del libro de Firestone, intenta superar la dicotomización entre enfoques teóricos feministas[364] que, o bien, resaltan los *aspectos coercitivos de los sistemas de los sexos*[365] centrados *en la habilidad masculina para mantener sus ventajas sobre las mujeres a fuerza de recursos de poder superiores* (económicos, políticos, ideológicos, físicos)[366]; o bien hacen hincapié en los *aspectos voluntarios de los sistemas de los sexos: procesos por los que hombres y mujeres asimilan las formas de ser y de comportarse que son normativas entre los sexos*[367]; al estilo de la teoría neofreudiana de Nancy Chodorow[368].

A Jónasdóttir le parecieron insuficientes las teorías socialistas que habían analizado las relaciones entre patriarcado y capitalismo, rechazaba el economicismo como vía principal para la reflexión, o la centralidad dada a las relaciones laborales como única dimensión de lo material; e intentó articular las aportaciones del feminismo radical y socialista[369]. Pero le parecían también parciales las lecturas psicoanalíticas o meramente ideológicas de la conformación de seres sexuados. Y más que fijarse en los procesos

de socialización para entender cómo se construye el género, priorizó el análisis de las relaciones entre mujeres y hombres adultos, con necesidades amorosas (entendidas como éxtasis —placer sexual— y cuidado) y relaciones libres. El amor sería así para esta autora *la única práctica humana que media entre lo social y lo natural*[370].

Así, el estudio del amor redefinido como prácticas de relación socio-sexual le permitiría afrontar la mejor comprensión de la opresión/explotación de las mujeres, ampliando de esta manera también la lectura psicologicista de la sexualidad (más cerca, podríamos decir, de un planteamiento sociológico/antropológico de las emociones). El patriarcado supone para Jónasdóttir un modo de producción de personas, y se puede establecer en las sociedades modernas una relación entre los binomios capital-trabajo y autoridad masculina-amor, puesto que tanto el contrato de trabajo como el matrimonio son relaciones libres pero establecidas desde la desigualdad. Siempre desde la idea de que, a pesar de las diferencias entre las mujeres, las relaciones entre los sexos son, desde un punto de vista estructural, primordiales.

Las normas sociales predominantes… dicen que los hombres no solo tienen derecho al amor, los cuidados y la dedicación de las mujeres, sino que también tienen el derecho a dar rienda suelta a sus necesidades de mujeres así como la libertad para reservarse para sí mismos. Las mujeres, por su parte, tienen derecho a entregarse libremente, pero cuentan con una libertad muy restringida de reservarse para sí mismas. Así los hombres pueden apropiarse continuamente de la fuerza vital y la capacidad de las mujeres en una medida significativamente mayor que lo que les devuelven de ellos mismos… Si el capital es la acumulación del trabajo alienado, la autoridad masculina (frente a la influencia de las mujeres) es la acumulación del amor alienado.[371]

Además, esta autora aporta otra clave para entender el porqué del declive de la teorización feminista sobre el amor en los años 80, que solo recientemente está siendo revertido. El hecho de que se hubiera dejado a un lado el estudio de la sexualidad como intercambio consensuado y placentero y se hubiera dado preferencia (por ejemplo, en el feminismo cultural norteamericano) a la reflexión sobre la sexualidad bajo la forma de violencia, que centralizó además una parte importante de los debates de aquella

época, fue para ella concluyente.

Subrayo, por tanto, la importancia del libro de Jonásdóttir como un ejercicio de articulación de enfoques feministas teóricos contrapuestos, en un mundo que ha sido transformado y para cuya comprensión son perjudiciales las separaciones y clasificaciones políticas y disciplinares rígidas. Articulación, por tanto, que me parece decisiva no solo en el feminismo y el conocimiento científico en general sino, específicamente, en el abordaje teórico y estratégico del amor.

En mi propia perspectiva analítica, política y vital del amor, como he comentado también en la primera parte de este libro, estoy haciendo una apuesta por intentar compatibilizar una antropología económico-política del cuerpo y de las emociones, que implica una visión material, pragmática, relativista y escéptica… con una mirada que podríamos denominar poético-espiritual[372], siempre crítica, como la que representan autoras como Luce Irigaray y bell hooks, cuya posición es catalogada por Mari Ruti como visionaria[373].

El libro de bell hooks, *All about love. New visions*[374], aborda aspectos muy distintos: desde el amor en la infancia, la importancia del ambiente familiar o el aprendizaje del amor, hasta las diferencias entre hombres y mujeres, las deficiencias de nuestra cultura y los cambios culturales. Para ella es fundamental *pensar en el arte de amar ofreciendo una visión esperanzadora y feliz del poder transformador del amor. Nos informa de lo que tenemos que hacer para volver a amar*[375]. Entiende el amor como un *continuum* que incluye tanto el amor de pareja como el amor en la infancia-familia, la comunidad, o el amor a sí misma, desde una posición crítica con la relevancia que el amor-pasión adquiere en nuestra cultura ligada a la importancia de la heterosexualidad. Y considera que *el cuidado, el cariño, el reconocimiento, el respeto, el compromiso y la confianza, así como una comunicación honesta y abierta* son ingredientes fundamentales del amor.

Por su parte, Luce Irigaray se inspira en su libro *Amo a ti. Bosquejo de una felicidad en la historia*, en lo que ella llama la mirada de Buda, una forma de contemplar el mundo que no es ni distraída ni depredadora, sino material y espiritual a la vez, que encuentra placer en el respeto a lo que no le pertenece. Su propuesta se

condensa en los siguientes párrafos:

La reproducción no puede reducirse a una orden proveniente de un amo ausente o de sus mediadores omnipotentes. Debe ser el fruto del amor cultivado entre mujer y hombre. De no ser así, es degradación de la tarea espiritual de la humanidad y, en particular, sometimiento de la mujer a su destino natural para garantizar una cultura parcial, injusta y abstracta, del género humano dominado por un masculino que no se reconoce como género singular (…) Son los hijos de una pareja lo bastante espiritual para compartir su tesoro subjetivo y objetivo, natural y cultural, con un tercero. Son niños anunciados en el amor y esperados. Son hijos e hijas que encuentran cuerpos espirituales, al tiempo que permanecen carnalmente vivos y felices, para recibirlos, acunarlos, nutrirlos, amarlos, hablarles. Son hijos de la palabra de los padres tanto como de su carne, ya que la cultura de la sexualidad de los amantes pasa por su palabra, aunque sea gesto silencioso. Para tales niños, el cuerpo, la casa, la ciudad, son sitios habitables. Los lugares se intercambian sin imperativos. Cuerpo, casa y ciudad son una obra común construida por hombres y mujeres para el presente y el futuro, y en el respeto de los antepasados. Aquí la objetividad del amor ya no es solamente el hijo o los bienes familiares o colectivos sino el mundo natural y cultural engendrado por mujeres y hombres en un momento de la Historia.

Esta es la tarea que nos propongo, la felicidad que nos deseo, a todas y todos. Para hoy y mañana. Para nuestros amores, para el orden político a que pertenecemos, para la naturaleza y el universo por entero. El amor entre nosotros, mujeres y hombres de este mundo, es lo que aún y siempre puede salvarnos.

A nosotros corresponde ser compañeras y compañeros que se desposan, se alian, en lugar de separarse, de ser desgarrados entre las genealogías, las culturas, los sexos. A nosotros corresponde hacer de ese nombre la designación de una relación amorosa que pasa de lo más privado de nuestras vidas a una ética política que rehúsa sacrificar el deseo a la muerte, al poder, al dinero[376].

Podemos extraer una triple conclusión de la revisión, parcial e interesada, de la crítica feminista del amor que he llevado a cabo.

En primer lugar, que las feministas se han preocupado desde

siempre por los efectos negativos de las convenciones amorosas en la vida de las mujeres, han producido teoría social y política sobre el amor, y han indagado y experimentado también de manera alternativa en sus propias vivencias.

En segundo lugar, que los análisis han privilegiado siempre las relaciones entre mujeres y hombres. Es decir, es el amor heterosexual el que se ha elevado a rango de componente estructural del sistema, y se ha soslayado la atención al carácter cultural, constitutivo, del amor como forma de concebir y producir sujetos e interacciones humanas.

Por último, que hay un déficit en la teorización feminista del amor, si la comparamos con las aportaciones en relación a la sexualidad, la violencia o el trabajo, por citar solo tres temas[377]. Sin embargo, las mujeres, también las feministas, conversamos mucho más y mucho más detenidamente entre nosotras sobre nuestras experiencias amorosas que sobre los pormenores de nuestra sexualidad[378]. Aunque no siempre, añadiría, con un sentido crítico.

Otra razón para esta laguna teórica es sin duda la persistencia de una idea naturalizada del ser mujer, también dentro del feminismo (el *Pensamiento Maternal*, al que he aludido en la primera parte de este libro es, sin ánimo de ocultar su relevancia teórica, una muestra), una ideología que es preciso seguir desenmascarando[379]. La naturalización es, siguiendo a Verena Stolcke[380], un subterfugio ideológico que hace compatibles la igualdad (teórica) de oportunidades con las diferencias socio-económicas reales, y resuelve de esta manera las contradicciones de las sociedades de clase. Un orden social desigual (de género, clase, etnia…) es convertido en un orden natural, con lo que se anula toda posibilidad de cambio. *Las mujeres aman de forma natural*. Y esto justifica todo tipo de atropellos.

Así y todo, como veíamos en el capítulo anterior, de una manera suave pero firme, en los últimos años está creciendo y generalizándose entre mujeres y hombres feministas, de entornos asociativos y sociales diferentes, el interés político por el amor. En el Estado español, por ejemplo, hay ya algunas experiencias interesantes, sobre todo en la línea de lo educativo-preventivo, como el programa *Por Los Buenos Tratos*, impulsado por la ONG

Acciónenred, que tiene publicado un material didáctico (*Prevención de violencia interpersonal en la pareja… y mucho más*) con un cortometraje titulado *Hechos son Amores*, dirigido a chicos y chicas jóvenes[381]. Y el amor está siendo también tema de cursos y talleres en contextos de promoción de la igualdad, como se puede ver también en la programación anual de las *Escuelas de Empoderamiento* del País Vasco, ligadas a áreas municipales de igualdad.

Tal era la complejidad de las cosas. Porque lo que le sucedía, de manera especial cuando pasaba una temporada con los Ramsay, era que se le hacía sentir con violencia dos cosas opuestas al mismo tiempo; una era lo que ustedes sienten; la otra lo que siento yo; luego las dos peleaban en su interior, como en aquel momento. Es tan hermoso, tan estimulante, este amor, que tiemblo al inclinarme sobre él, por lo que me ofrezco, saliéndome por completo de mis costumbres, a buscar un broche en una playa; también es, al mismo tiempo, la más bárbara y la más estúpida de las pasiones humanas, capaz de transformar a un agradable joven con un perfil de camafeo (el de Paul era exquisito) en un matón que empuña una barra de hierro (contoneándose, insolente) como un barriobajero londinense. Sin embargo, se dijo, desde la aurora del tiempo se cantan odas al amor y se acumulan guirnaldas y rosas; y si se pregunta a la gente, nueve de cada diez personas responderán que no quieren otra cosa; mientras que las mujeres, a juzgar por su propia experiencia, pensarían todo el tiempo: «No es esto lo que queremos; no hay nada más tedioso, pueril e inhumano que el amor, sin embargo también es hermoso y necesario». ¿En qué quedamos entonces?, preguntó esperando en cierto modo que otros prosiguieran la discusión, como si en un debate como aquel, cada uno lanzara su dardo que, inevitablemente, se quedaba corto, por lo que se contaba con

que los demás siguieran adelante. De manera que escuchó de nuevo lo que se estaba diciendo, por si acaso arrojaban alguna luz sobre la cuestión del amor[382].

Redefinir. Evaluar. Racionalizar

[El amor] una energía interna expansiva, que crece en nuestro interior y parece desbordarnos, salir al exterior y percibirnos y percibir el mundo de una manera especial captando aspectos de belleza y de creatividad inusuales en lo que nos rodea (la belleza de un día, de una flor, de sentir que vivimos, que respiramos, que estamos aquí para poder vivir lo que vivimos), nos hace contactar con sentimientos profundos que quizás desconocíamos, tocar límites, tener experiencias inexplicables con palabras.[383]

Partir del legado feminista del amor fundamenta nuestra investigación y nos anima a seguir redefiniéndolo y reconceptualizándolo, una labor que precisa también, a mi entender, de la reflexión sobre el sujeto *Mujer*.

No hay cuestionamiento teórico-conceptual del amor que no comprometa de alguna manera el *ser mujer*. Y viceversa. Pero me referiré a esta cuestión posteriormente.

Este cometido de redefinición, reconceptualización y, añado ahora, reclasificación del amor, constaría de diferentes pasos, diferentes movimientos, que pueden producirse a la vez. El punto de partida: la deconstrucción histórica y cultural de la noción europea/norteamericana hegemónica del amor, ya iniciada al principio de este libro y que continuaremos aquí. Un ejercicio que he definido como *crítico y de humildad cultural al mismo tiempo, no porque deje de manifiesto que el enamoramiento como tal es sobre todo una «ficción» cultural* (en el sentido de que sin cultura no sabríamos interpretar lo que nos pasa y al mismo tiempo sentirlo), *que lo es, sino porque ponga sobre la mesa los peligros de ciertas ficciones que no*

hacen más que sustentar desigualdades sociales, y abogue por evaluarlas, redimensionarlas y/o transformarlas en otras más igualitarias y justas, lo que no significa en absoluto que tengan que ser menos pasionales[384],

Otra etapa de este proceso sería la comparación intercultural, que nos permita contrastar realidades distintas, hacernos más conscientes de nuestras trampas culturales, y profundizar en la crítica al etnocentrismo. Tarea que, aunque de forma breve, he llevado a cabo en el apartado «La idealización romántica: mirada histórica y transcultural».

Pero vayamos primero a la pregunta de qué entendemos por amor.

La antropología de las emociones, con el libro de Michelle Z. Rosaldo *Knowledge and Passion: Ilongot Notions of Self*[385] sobre los ilongotes de Filipinas, como obra fundacional, puede ser muy provechosa en esta empresa de redefinición, reconceptualización y reclasificación del amor[386]. Hablar de antropología de las emociones nos obliga, lo queramos o no, a tomar posición dentro de la controversia científica actual alrededor del amor; una controversia que afecta a los debates sociales y mediáticos y va más allá de la separación entre ciencias biológicas y sociales. Este panorama científico se caracteriza en lo discursivo por contener una contraposición básica: la universalidad o la particularidad cultural de las emociones y de la pasión amorosa; que engloba a su vez otra, la de si las emociones/amor son productos básicamente biológicos o básicamente culturales.

Algunas teorías científicas subrayan una y otra vez la universalidad del amor y las emociones. Pero ¿qué queremos decir cuando decimos que las emociones o el amor son universales?

Lutz y White, en un artículo que recopila y revisa todo el trabajo antropológico (antropología física incluida) en torno a las emociones hasta mediados de los años ochenta[387], argumentan a este respecto que la producción científica mayoritaria se refiere, cuando habla de universalidad emocional, a criterios o estados biopsicológicos asumidos como universales; lo cual es muy complicado de defender desde la antropología social. Ellos ofrecen una propuesta alternativa: no construir *a prioris* o afirmaciones universales sobre experiencias emocionales concretas, sino

identificar y sistematizar lo que serían las principales disyuntivas existenciales y sociales que los distintos sistemas culturales tienden a formular en términos emocionales (por ejemplo, las emociones como expresión y canalización de conflictos y transgresiones en la interacción con los otros, o respecto a los propios códigos o expectativas personales)[388]. Los dilemas o problemas que estamos abocados a afrontar como humanos en lugares y tiempos diferentes. Y construir a partir de ahí un marco comparativo útil para el estudio transcultural de las emociones.

En este sentido, una de las aportaciones de la investigación feminista ha sido entender las emociones, no como caos, sino como *discursos sobre problemas*[389]. *Algunas han cuestionado tanto la irracionalidad como la pasividad de los sentimientos al argumentar que las emociones pueden implicar la identificación de los problemas en las vidas de las mujeres y por lo tanto son políticas. Hablar de la ira, por ejemplo, puede ser interpretado como un intento de identificar la existencia de restricciones inadecuadas o de injusticia. La tristeza es un discurso sobre el problema de la pérdida, el miedo del peligro. Por extensión, hablar sobre el control de las emociones sería, según este discurso feminista, hablar de la supresión del reconocimiento público de los problemas*[390].

Pero una de las líneas principales en la investigación científica de las emociones la constituyen hoy día las aproximaciones biológicas y psicológicas.

La psicología promulga la existencia de una unidad psíquica y emocional de los seres humanos[391], un planteamiento con una gran influencia en Occidente. Por otra parte, las emociones emanarían desde el *interior* de los humanos, en un modelo cultural denominado por Sarah Ahmed *inside out* (de dentro afuera). En este marco, autores como Paul Ekman teorizan la existencia de un número determinado de emociones humanas básicas (miedo, tristeza, alegría, enfado, sorpresa y asco), para lo que compara expresiones faciales de culturas muy distintas[392].

Por su parte, la antropóloga Helen Fisher, cuyo libro *Anatomía del amor*[393] ha tenido un eco mediático y social muy notable, considera que el deseo sexual es dependiente de las hormonas sexuales, sobre todo de la testosterona, y que el enamoramiento tiene caducidad biológica, asociada a niveles cambiantes de

sustancias como la dopamina, la norepinefrina y la serotonina. Defiende también taxativamente la existencia de diferencias entre hombres y mujeres: los primeros, más sensibles a estímulos visuales, buscarían signos de juventud, salud y fertilidad en las mujeres; mientras estas se dejarían influir sobre todo por imágenes, palabras y fantasías que aluden a temas románticos e incluyen afecto y compromiso[394].

Una de las críticas principales a este tipo de miradas es la simplificación que se hace de algo tan complejo como la experiencia y la expresión humana de las emociones, que se define como compuesta por unos pocos elementos. Además, el enfoque biologicista y/o psicologicista, como apunta Ángel Martínez Hemáez, *presupone una jerarquía en el orden de las cosas. En la base se encuentran los procesos biológicos que ejercen su determinación en la vida humana. Sobre esta base se disponen las conductas individuales y los procesos psicológicos en tanto que fenómenos dependientes. Sobre este segundo estrato descansan las relaciones sociales y la producción cultural de símbolos y representaciones compartidos. En este triple ordenamiento existen fuerzas de determinación desde abajo hacia arriba (…) pero no de arriba hacia abajo.*[395] Pero, como sigue este autor, apoyándose en Lewontin, Rose y Kamin[396], *a diferencia de los deterministas biológicos que construyen sus edificios teóricos a partir de argumentos simplistas y de mecanismos únicos para entender fenómenos diversos (…) los antideterministas deben trabajar con una perspectiva global para tratar un mundo de relaciones entre los genes, el medio ambiente y la sociedad que, inequívocamente, adquiere una mayor complejidad.*[397]

Pero el estudio social o antropológico de las emociones, a pesar de sus tentativas teóricas, sus desarrollos etnográficos y su abordaje específico, relativista y procesual[398], no ha conseguido hasta el momento contrarrestar la fuerza de las aproximaciones biologicistas y psicologicistas.

De todas formas, los que defienden las bases físicas y neurológicas del enamoramiento admiten que el amor no es pura fisiología, sino que hay influencias culturales que habrían ido haciendo mucho más complejo el sentimiento amoroso. Pero ven estéril intentar desarticular *los mecanismos implicados en el concepto del amor romántico* de las campañas feministas, ya que sería

imposible deconstruir *un impulso que no puede ser reprimido*. Y defienden educar a los jóvenes desde la base de hacerles comprender que enamorarse es un fenómeno absolutamente natural y universal que *transitoriamente lleva tanto a hombres como a mujeres a exagerar las virtudes e ignorar los defectos de la persona amada*[399].

Como decía anteriormente, una manera de combatir la tendencia naturalizadora de las explicaciones occidentales dominantes en torno al amor es proponer nuevas definiciones, así como clasificaciones alternativas y múltiples de las interacciones amorosas. Pero mi propia posición a este respecto la definiría como constructivista crítica (siguiendo a Connell)[400], desde la que los humanos no serían puras máquinas biológicas pero tampoco meros robots o dispositivos mecánicos definidos por variables sociológicas o configuraciones simbólicas[401].

En este marco, las emociones no serían solo sentimientos sino articulaciones cognitivas, morales e ideológicas: pensamientos, formas de valoración[402] encarnadas[403], representaciones y prácticas que involucran el cuerpo y se producen siempre en interacción o remiten a ella[404]. Lutz escribe que las emociones son acciones sociales e individuales donde se negocian significados sobre fenómenos tan distintos como los derechos y las obligaciones de cada cual o el control de los recursos[405]. Es decir, las emociones se refieren a situaciones donde *se ponen en juego* (en el sentido de que se constituyen, se encarnan, se actualizan…) de una manera específica el yo, la persona, pero también las relaciones y diferencias sociales[406].

Es difícil dar una definición, hablar del amor *en la lengua del análisis y, más exactamente, escapar a la alternativa del lirismo y el cinismo, del cuento fabuloso y de la fábula*…[407] Pero ¿qué razón puede haber para no intentarlo? ¿O es que es mejor sucumbir al *encantamiento amoroso*, a la tentación de *decepcionarnos*[408]?

En un artículo publicado en la revista Ankulegi, escribía que el amor *estaría constituido por un repertorio de ideas, valores, capacidades y actos encarnados*[409], *que combinados e implementados de maneras diversas, darían lugar a procesos de interacción donde existiría una tensión entre la gratuidad del «donpuro» y la reciprocidad estricta propia de otros ámbitos*[410]. *En consecuencia, las nociones, clasificaciones y vivencias en torno al amor adoptarían formas múltiples en las distintas*

culturas, grupos sociales o individuos[411]. Una definición que veo ahora excesivamente abstracta, críptica, inasible.

De una manera algo más simple diría hoy que eso que llamamos amor está constituido por un conjunto (ordenado) de sensaciones físicas, sentimientos, conocimientos e ideas morales que configuran nuestra interacción con los demás. Una forma de interacción que implica *ir hacia*, desplazarnos, interesarnos por *el otro*, de una manera idealizada y erótica[412], dando lugar a situaciones de intimidad y con la intención de que esa relación perdure. Sin esperar, obligatoriamente, nada a cambio.

Lo definamos como lo definamos, tendríamos que estar bien atentas a articular en nuestras formulaciones dimensiones muy distintas: ideológica, cognitiva, simbólica, interactiva, relacional, moral… además de conjugar de una manera lo suficientemente compleja la dimensión corporal y la referencia al contexto. Entender así el amor no significa, ni mucho menos, negar su dimensión biológica. Sería de necios afirmar que los sentimientos no involucran la biología, no son al fin y al cabo pura fisiología. El sujeto humano no es sino materia, carne. Una materia en continua transformación, en continua producción, de emociones, de deseo… en continua expansión. El quid de la cuestión está en qué idioma, qué lenguaje manejamos para hablar de lo corporal, para integrar las conexiones entre biología, cultura y sociedad, una vez que hemos segmentado al ser humano.

En esta tarea de reconceptualizar el amor me parece sugerente el planteamiento que hace el filósofo francés Michel Onfray en su libro *Teoría del cuerpo enamorado*[413], un planteamiento materialista, hedonista, epicúreo, libertino/anti-cristiano, inspirado en autores como Nietzsche u Ovidio (*El Arte de Amar*). Y con una defensa acérrima de la necesidad de recuperar los sentidos y los placeres corporales (*No hay amor fuera del deseo de placer*)[414]. Desde una filosofía consciente y comprometida con la relación entre obra y existencia[415]. Si bien no comparto su visión diferencialista y biologicista del sexo/género (*No se deviene hombre o mujer, se nace. La fisiología manda, la cultura sigue*)[416], considero brillante su crítica mordaz a un modelo amoroso occidental que tendría para él

cuatro puntos cardinales: monogamia, procreación, fidelidad y cohabitación (*El deseo es naturalmente polígamo, no se preocupa por la descendencia, es sistemáticamente infiel y furiosamente nómada*)[417].

Una argumentación, como vemos, que nos recuerda a la de Mead, y que se produce en dos pasos simultáneos y consecutivos: uno negativo y otro afirmativo.

El negativo consistiría en deconstruir el ideal ascético que relaciona deseo y falta, una idea enraizada en una tradición filosófica que comenzaría en Platón, que tiene como piedras angulares el andrógino presentado como un modelo, la pareja como una forma ideal destinada a la potencia libidinal, un dualismo promotor del alma y negador del cuerpo[418]*. Su crítica frente a la idea defendida por Aristófanes del deseo como falta y el amor como búsqueda es feroz (no hay nada que encontrar),*[419] *pero también respecto a ideales nostálgicos inaccesibles que hacen de la pareja y de la reconstitución de la unidad primordial el proyecto de toda tentativa amorosa*[420]*. Aspirar a la fusión es querer la confusión, perder la identidad, renunciar a nosotros mismos en provecho de una figura alienante y caníbal*[421].

El paso afirmativo consistiría en formular un materialismo hedonista, elaborando una teoría del deseo como expansión, secularizando la carne, desacralizando el cuerpo y proponiendo un epicureísmo abierto, lúdico, gozoso, dinámico y poético; una opción que pretende potenciar al mismo tiempo un igualitarismo radical entre los sexos y un feminismo libertario. *Lo que vale para uno de los sexos vale para el otro, sin ninguna excepción, sin ninguna exclusión*[422],

El deseo perturba la materia, el placer se propone restaurar un orden perdido. Lejos de la falta, del pecado, de la culpabilidad, el deseo se reduce a una pura y simple operación física: acabar de una vez con el desequilibrio, la amenaza del escollo, el riesgo de desbordamiento. Un género de mecánica cuántica con movimientos brownianos: he aquí el mundo inmanente en el que cada cual evoluciona[423]*. Ni falta ni aspiración a lo completo, sino exceso que tiende al desbordamiento*[424].

Una de las condiciones para esta erótica es la subversión de la familia, que *fija, retiene, detiene y enjaula el deseo dándole una forma socialmente aceptable*[425], frente a lo que propone un deseo nómada, un contrato entre humanos solteros, libres, que se desean bajo el Eros ligero (sin promesas interpuestas de fidelidad) y que buscan no

perjudicar al otro, cuidarse a sí mismos y entre sí.

El orden natural que borra a la mujer y a lo femenino para celebrar la hembra y cumplirla en la madre deja paso a un orden cultural que restaura a la mujer y a lo femenino para fustigar la hembra y emanciparla de la madre. De ahí el igualitarismo existencial radical y absoluto que supera tanto al machismo clásico y ancestral como al feminismo construido sobre la animosidad y el odio entre los sexos. La hospitalidad erótica reconcilia los principios masculino y femenino en la exacerbación de las únicas diferencias capaces de acabar de una vez con las desigualdades. Todas las combinaciones, sexuales o no, son posibles, sean cuales sean los sexos, las edades, los estatutos y las funciones. El contrato hedonista y el principio electivo restauran y magnifican las libertades primitivas y fundamentales de escoger, querer y decidir[426].

Al margen de que estemos de acuerdo o no con algunas de sus ideas (a mí me rechina, como digo, su tono esencialista respecto a las diferencias entre mujeres y hombres), y adolezcan sus propuestas de una cierta inocencia (no dice nada, por ejemplo, de qué cambios sociales o estructurales son necesarios, qué contexto, para que surja ese nuevo deseo), considero esencial su apelación a un deseo/amor como expansión y voluptuosidad y no como falta, a un deseo nómada, contra la familia y la convivencia basadas en la monogamia y en la confusión entre sexualidad, amor y reproducción.

La reformulación ideológica y escénica del amor se beneficiaría también de la evaluación y racionalización de las dinámicas amorosas cotidianas. Langford apunta en este sentido en su libro *The revolutions of the heart*[427], mientras insiste en que no cree en la *inocencia* del amor y está convencida de lo erróneo de pensar que el amor es lo único que nos puede llevar a un lugar distinto y de una sociedad fundada sobre la idea de la ética de la intimidad (en relación a los planteamientos de autores como Giddens):

Después de ver el sufrimiento que puede acarrear el «fracaso amoroso», puede haber pocos objetivos tan dignos como ralentizar, mitigar y finalmente parar la dialéctica del amor. El éxito es una posibilidad lógica; si podemos identificar el punto en el cual ocurre la crisis y funciona contra nuestras tendencias «naturales», quizá podamos

aprender a crear y mantener «circuitos de reconocimiento». No obstante, esta tarea es inmensa; requiere una habilidad bien desarrollada para reconocer y promover una subjetividad independiente del otro, y una conciencia perspicaz de las tendencias dentro del ser para huir de ese reconocimiento y promoción[428] *(…) El punto del amor es que nuestras acciones están motivadas por lo que ignoramos. La capacidad de mantener la paradoja requeriría el desarrollo de una conciencia muy aguda de las propias tendencias por controlar y de dónde provienen.*[429]

Propone, como vemos, unos circuitos de reconocimiento que he encontrado en la experiencia de muchas informantes y que han quedado de relieve también en los relatos de las dos parejas entrevistadas (ver sobre todo el fragmento titulado «Negociar la relación [Jone y Gari]»).

Asimismo, en la línea también de Langford y otras autoras, no podemos dejar de explorar las relaciones entre amor y poder, que son fundamentales.

El amor en sí no es esencialmente inocente. El amor en sí no es necesariamente nada. El amor es una expresión de energía psíquica en búsqueda de satisfacción. Cuando invertimos en otro ser humano la proyección de nuestras fantasías idealistas, la energía del amor se convierte con demasiada facilidad en hostilidad. Esto, que encuentra expresión en las formas habituales de control, distorsiona nuestro deseo de satisfacción y lo convierte en la reproducción de todo lo que pretendemos superar. Cuanto más invertimos en el amor dependiente, más intensos se vuelven estos procesos.

¿Qué es lo que nos impide ver que la revolución del amor es tan equivocada? ¿Por qué permanecemos tan leales a la idea romántica? A fin de cuentas, la fuerza de nuestras dependencias ingenuas depende del significado espiritual que ha tenido el amor en nuestras vidas. El amor —un proceso energético que aporta placeres transitorios y sufrimiento ineludible— se ha convertido en un tipo particular de intentar resolver la situación humana. A pesar de todo, creemos en el amor. Tenemos fe en el amor. Tenemos una fe ciega en el amor. Por eso vemos el amor como un medio de salvación sin darnos cuenta de que es una manera de devenir. Si soltamos nuestras ataduras y empezamos a ver el amor por lo que es, no tendremos más remedio que enfrentarnos a una crisis de fe, porque si no es el amor, ¿qué pondremos entonces en nuestros corazones?[430]

Ocurre una cosa muy curiosa en este mundo de ahora. En los tocadores de las discotecas se oye a chicas que dicen: «Sí, me folló y me plantó. No me quería. Era incapaz. Estaba muy jodido para saber querer». Bueno, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Qué tiene este poco adorable siglo para hacernos pensar que, a pesar de todo, somos adorables como personas, como especie? ¿Qué nos hace pensar que, si alguien no puede querernos, es porque está discapacitado en cierta manera? Y, si nos sustituyen por un dios, una virgen dolorosa o la cara de Cristo en una ciabatta[431]*, los llamamos locos. Ofuscados. Regresivos. Estamos tan convencidos de nuestra bondad y de la bondad de nuestro amor que no podemos soportar la idea de que pueda haber algo más digno de ser amado que nosotros, más digno de adoración. Las tarjetas de felicitación nos dicen rutinariamente que todo el mundo merece amor. No. Todo el mundo merece agua limpia. Pero no todo el mundo merece amor continuamente*[432].

Negar el amor para no devenir *Mujeres*

Una vez planteados lo que me parecen los puntos principales de la deconstrucción del amor, llegaríamos ahora a nuestro segundo término.

¿Cómo afectaría esta remodelación teórica y práctica que estamos reivindicando a eso que llamamos *ser mujer*?

Aún a riesgo de hacer un planteamiento algo simplista diría que, si el sujeto feminista del siglo XIX fue la *Mujer Madre* que afirmaba su agencia, entre otras cosas, a partir de la maternidad y de su derecho a decir *No* en materia sexual, el sujeto político feminista del siglo XX ha sido precisamente su opuesto, la *Mujer No Madre*. Un sujeto que, al margen de que tenga hijos/as o no y de que se

comprometa con ellos, se erige como tal sobre el derecho a decidir sobre su cuerpo, simbolizado esto en el aborto, uno de los pilares de la reivindicación feminista.

Tal y como yo lo veo, el reto que tendríamos ahora por delante sería repensar este sujeto en una doble dirección: ampliar, por una parte, las connotaciones de esa *no maternidad*; y repensar, en segundo lugar, la obligación misma de seguir siendo *Mujeres* (u *Hombres*).

Escuché una vez a Marian Uría[433] una reflexión que me pareció especialmente sugerente[434]. Siguiendo un razonamiento similar al que estoy haciendo, defendía ella que un sector importante del feminismo estaba proponiendo hoy día la figura de la *Mujer No Cuidadora*. Esta figura implicaría llevar a ese sujeto no materno al que nos hemos referido anteriormente hasta sus últimas consecuencias.

Todo un reto para el feminismo del siglo XXI.

He escrito en la primera parte de este libro que el trabajo de cuidar está afectado, saturado, de un lenguaje emocional y afectivo, tanto por parte de la sociedad en general como por parte de un sector amplio del feminismo, aunque sea un *feminismo bienintencionado*[435]. Un fenómeno que tiene a mi entender consecuencias negativas y que limita el horizonte político.

Añado ahora que hay una contradicción entre esa *Mujer* que reivindica y practica el derecho a decidir sobre el propio cuerpo (sobre su vida, al fin y al cabo), y un posicionamiento tibio respecto a la obligatoriedad de cuidar a los demás para las mujeres, por muchos valores que queramos adjudicarle a esa tarea. Desde cómo yo lo veo, Interrupción voluntaria del embarazo rima con Insumisión[436]. Es decir, estoy defendiendo la necesidad de *Negar el Amor* para ser personas. Negar, supongo que se me entiende, en el sentido de tomar distancia, descentrarlo, desencarnarlo y reencarnarlo. Negar el amor, inspirándonos en Butler, debería tener como resultado *no devenir mujeres*.

Es el mismo *sujeto femenino* el que estamos poniendo en cuestión.

En la década de los ochenta del siglo pasado, un sector amplio del

feminismo imprime un giro a su quehacer de la mano de conceptos como el de género[437].

En consecuencia se produce la posibilidad de dejar a un lado la descripción de las diferencias entre mujeres y hombres, que lleva siempre aparejada la tendencia a la esencialización, para definir como objetivo principal el análisis de la construcción de la desigualdad; es decir, el estudio de los procesos de generización en sus distintas dimensiones —institucional, normativo, simbólico, ideológico, relacional, identitario, corporal…— que producen Mujeres y Hombres, desde el punto de vista biológico, subjetivo, comportamental y social. El género como *principio de organización social*[438] que ordena y jerarquiza la sociedad, eso sí, de diferente forma según los contextos históricos o culturales.

Además, el sexo y la sexualidad son también considerados construcciones culturales, lo que permite radicalizar todavía más la crítica feminista antideterminista.

Pero la diferenciación del sexo y del género está sujeta a dificultades y usos incorrectos: desde la visión estática y dualista del primero (de la biología), que no permite ver que son precisamente las desigualdades sociales —el género— las que interpretan, explican y clasifican las diferencias anatómicas y fisiológicas —el sexo— de una determinada manera, y no al revés. Hasta la dicotomización del propio concepto de género. Así, primero se nos convierte en *Mujeres* y *Hombres*, y luego somos presentados como pertenecientes a colectivos sociales absolutamente homogéneos y totalmente separados entre sí, en una trasposición en lo social del binomio biológico. Lo que dificulta además ver la articulación del género con otros factores de organización y estratificación social, como la clase, la etnia, la edad, el gusto sexual, etc.

Frente a esto, desde teorías diversas, surgidas sobre todo en los años noventa del siglo XX, se están proponiendo maneras relacionales de entender el género, a través de la revisión y cuestionamiento de las fronteras entre eso que llamamos lo masculino y lo femenino, lo homosexual y lo heterosexual, etc. Además de llamar la atención sobre el dinamismo y la complejidad del género, a partir de una forma también alternativa de entender y definir el cuerpo humano y de asumir los múltiples niveles (individual, social, político) y dimensiones (biológica,

fenomenológica, epistemológica…) de lo corporal.

Siempre que escribo o hablo sobre estas cuestiones, que a algunas les suenan excesivamente postmodernas, me veo en la obligación de subrayar que quienes defendemos la reconsideración de las fronteras de género (por cierto, mujeres muy diferentes a nivel vital, social, teórico y político) no defendemos, yo al menos no, que no importe ser designado socialmente como *Mujer u Hombre*. Una mirada a las estadísticas del paro o de la pobreza bastarían para mostrar lo absurdo de negar lo innegable. Si argumentamos que en materia de género no hay nada definitivo, esencial o inmutable, y que mirar críticamente las definiciones y clasificaciones sociales, también las feministas, puede resultar muy fructífero, es precisamente para poder avanzar en el feminismo, no para su disolución[439]. Es solo que, en esa tarea de identificación, profundización e intervención sobre las diversas formas de subordinación y discriminación de las mujeres (muchas mujeres y algunos hombres), uno de los cometidos debe ser siempre la revisión de las categorías e interpretaciones que estamos utilizando.

Desde este tipo de planteamientos, inspirados, aunque no solo, en Butler[440], pretendemos también que se entienda el género no como lo que *somos* —soy mujer, soy hombre—, como identidades fijadas culturalmente y excesivamente estereotipadas (lo masculino como activo, rudo, agresivo… lo femenino como sensible, cuidador, sensual…), sino como fundamentalmente *lo que hacemos*[441], acciones individuales y colectivas donde la corporalidad es una dimensión fundamental[442]. El género como un *estar* más que como un *ser estoy en* mujer, hombre, transexual, lesbiano, heterosexual[443]…

El género, por tanto, *es* el cuerpo, ya que un determinado sistema de género produce unos determinados cuerpos. Unos determinados cuerpos amorosos, añadiríamos, en relación al tema del que nos estamos ocupando.

Desde este esquema relacional pero también corporal, ser o sentirse hombre, mujer, o como quiera que se viva el género, así como tener relaciones heterosexuales, lesbianas o del tipo que sean… serían procesos totalmente dinámicos, prácticas que irían constituyéndose y modificándose, consciente o inconscientemente, dentro de marcos contextuales plurales, pero al hilo también de

sensaciones físicas y emocionales que están en permanente discusión con las coordenadas históricas y sociales que las hacen posibles. Serían maneras de sentir, andar, expresarse, moverse, vestirse, adornarse, tocarse, emocionarse, atraer o ser atraída, gozar, sufrir… en interacción continua con los otros, actos que van modificándose en el tiempo y en el espacio.

A modo de conclusión, diría que el desafío es triple:

(1) Pensarnos y construirnos a nosotras/os mismas/os de maneras alternativas, dinámicas, híbridas, abiertas, relacionales y menos dicotómicas…

(2) Seguir contribuyendo a teorías sociales que no sean ni biologicistas ni deterministas y que ensayen nuevas maneras de articular cuerpo, género, sexualidad, amor y cultura, y de propiciar transformaciones sociales.

(3) Revisar al hilo de todo lo anterior, las políticas a favor de la igualdad de oportunidades que estamos haciendo o podemos hacer[444].

MIRO

mi mano. Esta que tantas veces
olvido
sobre los objetos
más íntimos.
Ahora es como un pájaro
bruscamente caído
desde mi cuerpo hasta
ese sitio.
Otro hallazgo: aquí está
mi cuerpo. Vivo
en él sin saber
de él, casi sin sentirlo.
A veces tropieza
de improviso
contra otro cuerpo inevitable.

Y es el amor. Sorprendido,
lo siento entonces aislado,
entero, distinto.
Otras veces el sol
le dibuja un tibio
perfil, o el viento lo rodea
de un límite ceñido
y concreto.
pero ahora es un frío
presentimiento.
¡Árbol erguido
frente a mí, súbito cuerpo
mío!
La sangre lo recorre. ¡Cómo desciende! Oídlo:
este es el corazón. Aquí se duerme el pulso, igual que un río en un remanso.
Allí está el limpio
hueso blanco en su cauce. La piel.
Los largos músculos tenaces y escondidos.
Sobre la tierra está. Sobre la tierra:
alta espiga de trigo,
joven álamo verde, viejo
olivo.
Está sobre la tierra. Estaba.
Yo lo he visto.
Un momento tan solo.
… Su estatura
entre yo y esos campos amarillos[445].

Feminismo, sexualidad y amor. Contra el confort (heterosexual o lesbiano)

La heteronormatividad funciona como una especie de confort público al permitir que los cuerpos ocupen espacios que ya tienen una forma concreta (…) La heteronormatividad también se convierte en una especie de consuelo, uno se siente mejor al calor de enfrentarse a un mundo que ya ha asimilado.[446]

La obsesión sexual es el motor de nuestra nación. No hay ningún aspecto de la sexualidad que no haya sido estudiado, comentado o demostrado. Hay clases prácticas para cada dimensión de la sexualidad, incluida la masturbación. No obstante, no existen escuelas de amor. Todo el mundo asume que sabremos amar de forma instintiva[447].

Al igual que las emociones, la sexualidad ha ocupado en occidente, en los últimos siglos, un lugar preferente en el proceso de producción de nuevos sujetos, para lo que se han ido desarrollando toda una serie de técnicas que tienen como fin la sexuación y la sexualización de los cuerpos[448]. En este período, al contrario de lo que ha sucedido con el amor, la sexualidad ha sido objeto priorizado de reflexión científica. O, matizaría, un objeto de estudio mucho más visible y directo que las emociones y el amor. Todo esto provocará el surgimiento de un nuevo pensamiento sexual, liderado por autores como Michel Foucault[449], y desarrollado en disciplinas y campos diferentes (estudios feministas y gays-lesbianos, por ejemplo), lo que da a la sexualidad una historia[450] y desafía la ortodoxia sexológica[451].

Esta cientifización de la sexualidad ha ido paralela también a una politización y una contestación social de la misma que han conllevado una renegociación de la vida erótica en su conjunto, más manifiesta todavía en las últimas décadas del siglo XX[452]. Algunas

consecuencias en el tercio final de este siglo han sido la separación entre sexualidad y fertilidad, o la mayor apertura y liberación de la sexualidad[453], así como la vinculación entre sexualidad y consumo, sexualidad y autonomía femenina… y los debates en torno a los derechos reproductivos, el lesbianismo, la violencia contra las mujeres o la pornografía[454].

Y la retroalimentación entre (nuevo) pensamiento y activismo impulsará revisiones respecto a las relaciones entre sexualidad y poder, género, heterosexualidad, homosexualidad… al tiempo que se forjarán nuevas propuestas sobre el deseo o la identidad que desafiarán fronteras que antes parecían infranqueables, como la teoría *queer* o las relativas a la transexualidad y el transgenerismo[455].

El feminismo de finales del siglo XX ha sabido operacionalizar de manera brillante esta dimensión política y subversiva de la sexualidad, al compás además de una estrategia reproductiva caracterizada por una disminución notoria del número de hijos y una intensificación en su cuidado.

En el estudio de la sexualidad, en general, y en el particular de las relaciones entre feminismo, género y sexualidad, sobresale la aportación de Gayle Rubin, que propuso en un ensayo escrito en 1984 algunos elementos para una teoría radical[456]. *Una teoría radical del sexo debe identificar, describir, explicar y denunciar la injusticia erótica y la opresión sexual. Necesita, por tanto, instrumentos conceptuales que puedan mostrarnos el objeto a estudiar. Debe construir descripciones ricas sobre la sexualidad, tal y como esta existe en la sociedad y en la historia, y requiere un lenguaje crítico convincente que transmita la crueldad de la persecución sexual*[457].

Algunos de los principales problemas que irían en contra de esta teoría serían: (1) el esencialismo sexual (*La idea de que el sexo es una fuerza natural que existe con anterioridad a la vida social y que da forma a instituciones*[458] *[…] El hambre del estómago no proporciona indicios que expliquen las complejidades de la cocina*)[459]; (2) la negatividad sexual, el sexo como algo pecaminoso, mantenida por la mayor parte de la tradición cristiana; (3) el sistema jerárquico de valoración sexual[460], que provoca que se distinga entre prácticas sexuales *buenas, normales* y *naturales* (prácticas heterosexuales, monógamas, maritales, reproductivas, no comerciales), que ponen

además el límite entre el orden y el peligro, el caos. (*Es difícil desarrollar una ética sexual pluralista sin un concepto de variedad sexual benigna*)[461].

Y además de profundizar en la estratificación sexual, y en los conflictos sexuales, tanto legales como entre distintas comunidades; en la crítica a la ideología antipornografía (también de sectores feministas) y su demonización de la imaginería sadomasoquista; recalca Rubin la conveniencia de mirar más allá del feminismo.

En ausencia de una teoría radical del sexo más articulada, la mayor parte de los progresistas han recurrido como guía al feminismo. Pero las relaciones entre feminismo y sexo son muy complejas. Debido a que la sexualidad es un nexo de las relaciones entre los géneros, una parte importante de la opresión de las mujeres está contenida en y mediada por la sexualidad. El feminismo ha mostrado siempre un gran interés por el sexo, pero se han dado dos líneas básicas de pensamiento feminista sobre la cuestión. Una tendencia ha criticado las restricciones impuestas a la conducta sexual de las mujeres y ha denunciado el alto precio que se les hace pagar por ser sexualmente activas. Esta tradición de pensamiento feminista ha reclamado una liberación sexual que alcance tanto a las mujeres como a los hombres. La segunda tendencia ha considerado la liberalización sexual como una mera extensión de los privilegios masculinos. Esta tradición comparte un tono similar al del discurso antisexual conservador.

Con la llegada del movimiento antipornográfico adquirió una hegemonía temporal en el análisis feminista (…) Cualquiera que sea la posición feminista —derecha, centro o izquierda— que llegue a ser dominante, la existencia de una discusión tan rica es por sí sola evidencia de que el movimiento feminista será siempre una fuente de reflexiones interesantes sobre el sexo. Sin embargo, quiero cuestionar la suposición de que el feminismo es o deba ser el privilegiado asiento de una teoría sobre la sexualidad. El feminismo es la teoría de la opresión de los géneros, y suponer automáticamente que ello la convierte en la teoría de la opresión sexual es no distinguir entre género y deseo erótico.[462]

Se desmarca así de su propio planteamiento defendido en 1975[463], donde argumentaba que el género y el deseo sexual estaban entrelazados en sistemas de organización social basados en el parentesco. *Afirmo ahora que es absolutamente esencial analizar separadamente género y sexualidad si se desean reflejar con mayor*

fidelidad sus existencias sociales distintas (…)… a medida que las cuestiones son menos de género y más de sexualidad, el análisis feminista pierde utilidad y es a menudo engañoso.[464]

Siguiendo la estela de autoras como Rubin, Beatriz Preciado ha analizado en su libro, *Manifiesto contra-sexual*[465], la importancia que las técnicas surgidas en Occidente a partir del siglo XVII (para reprimir en un primer momento la masturbación y curar la histeria) tienen en el conocimiento, control y producción de ese sujeto con identidades sexuales y cuerpos muy concretos[466]. Tecnologías del género que han seguido renovándose y proliferando y que tienen como fin la producción de feminidades y masculinidades heterosexuales, insertas en discursos y prácticas médicos, reproductivos y morales[467]. Preciado subraya que estas tecnologías (las prácticas sexuales, en general, podríamos decir) han sido poco a poco invertidas en diferentes usos a lo largo del siglo XX, tanto por las mujeres en el espacio privado como por los colectivos gays, lesbianos y SM (sadomasoquistas)[468]. Son, por tanto, re-contextualizadas y re-apropiadas en el interior de sistemas *queer* de relación cuerpo-objeto, provocando así nuevos placeres, sexualidades y posiciones de identidad[469]. La sexualidad se convierte así en un instrumento de trans-incorporación[470], un instrumento político.

Pero hay una cierta *hipertrofia de la sexualidad* en el feminismo, sobre todo en algunos sectores, que lleva implícita una forma determinada de entender al ser humano y la política. Por poner un ejemplo, a las mujeres que trabajamos en los años setenta/ochenta en los llamados centros de planificación, creados por el movimiento feminista, todas nosotras re-socializadas en el *culto al placer sexual*, no se nos hacía creíble que pudiera haber entre las mujeres que acudían a las consultas quienes no tenían relaciones satisfactorias (medido siempre esto en función de los orgasmos) pero que no reparaban apenas en este hecho o por lo menos lo relegaban a un lugar muy secundario en sus dilemas vitales.

Una de las tesis principales del presente libro es que todo este esfuerzo ingente y fructífero de experimentación y politización sexual y re-inscripción corporal, por una parte, y de desencialización y re-formulación teórica de la sexualidad, por otra, con una incidencia específica en la generación de nuevas

posibilidades en las relaciones de género, no se ha aplicado de igual modo al campo de las emociones y el amor. Esto ha quedado perfectamente de manifiesto también en las entrevistas con mujeres feministas a las que, en general, ha costado mucho más recordar debates grupales o lecturas concretas y compartidas referidas al amor, y que sin embargo aludían fácilmente a reflexiones o incluso acciones en torno a la sexualidad.

Esta focalización de la atención en la sexualidad se acrecienta en momentos históricos determinados[471]. Como veremos en los testimonios de las mujeres entrevistadas, las que participaron en las luchas del período comprendido entre los últimos años de la lucha contra el franquismo y la llamada transición democrática, subrayaban el ambiente de promiscuidad sexual en el que se vivía; una promoción constante de la sexualidad y el amor libre que permitía a sus protagonistas ser ferozmente críticas con la familia a la que se atribuía un carácter intrínsecamente conservador. También en círculos feministas *queer* o trans-marica-bollos, la sexualidad es un ámbito priorizado para la transgresión y la ruptura, en mucha mayor medida que el amor.

En general, diría que ser feminista es tener un bagaje básico, una formación general y amplia en torno a la sexualidad.

A estas alturas de mi argumentación alguien podría estar pensando que reflexionar y teorizar sobre la sexualidad, en la medida que te obliga a revisar los vínculos entre las personas, la organización de la vida cotidiana, etc., lleva implícita la reflexión sobre el amor. Y así es. Sin embargo, no es equivalente en absoluto el capital feminista en uno u otro tema. Así que, concluiría, las feministas (los movimientos sociales, en general) estamos mucho más huérfanas, mucho menos entrenadas, en una reflexión crítica sobre las emociones y el amor que en lo que se refiere a la sexualidad. Es como si, parafraseando a Rubín, el amor no tuviera todavía su historia, o esta fuera todavía muy incipiente. Y esto, en última instancia, supone un freno teórico-conceptual y vivencial.

Pero quizá (y sigo inspirándome en Rubín) deberíamos ser más humildes y pensar que la teoría feminista no va a poder ser capaz de ofrecer la explicación última y completa del *Pensamiento Amoroso*. Que, dado que el género no es el único factor implicado, no es suficiente con recuperar y reformular el conocimiento

feminista acumulado en torno a las emociones y el amor.

Una teoría radical del amor debe apuntar *más allá*. Más allá del mismo amor. Con el feminismo. Pero más allá también (¿por qué no?) del feminismo.

Un ingrediente básico del pensamiento crítico respecto al amor es, sin ninguna duda, la des-romantización y des-naturalización de los escenarios heterosexuales[472], lo que solo es posible desde una mirada que voy a denominar *lesbiana/queer*, utilizando el adjetivo lesbiano/queer como potencial subversivo y no (o no obligatoriamente) como práctica[473]. Una forma de desestabilizar nuestra mirada al amor es, desde luego, revisar los límites del (propio) imaginario heterosexual, y escapar de las asimetrías del orden simbólico heterosexual[474].

Reflexionar sobre el amor romántico es, por tanto, reflexionar sobre la (propia) heterosexualidad o, si se prefiere, revisitar las separaciones entre hetero y homosexualidades, entre fantasías y realidades, entre normas y prácticas[475]. Algo que no se puede hacer eludiendo la propia experiencia.

De ahí una parte del título de este apartado, la que se refiere a ir en contra del confort heterosexual.

Desde como yo lo veo no se puede *ser* heterosexual de manera acrítica, *tranquila, inocente*. Con esto no quiero decir que *La* alternativa sea el lesbianismo. Estoy hablando de incorporar una mirada *lesbiana/queer* a cualquier tipo de práctica amorosa y sexual, que sirva para generar un cierto grado de malestar, de inquietud, de interrogación continua… que nos haga estar alertas frente a los propios mandatos culturales.

Y estoy utilizando el concepto de *disconfort* en el sentido que le da Ahmed[476] cuando se refiere a las relaciones no heterosexuales. Y llego así a la propuesta de ir también contra el *confort lesbiano*.

Puede que los sujetos queer cuando se enfrentan a las «comodidades» de la heterosexualidad, se sientan incómodos (el cuerpo no «se acomoda» en un espacio que ya ha cogido su forma). El disconfort es una sensación de desorientación: uno siente su cuerpo como fuera de lugar, torpe, inquieto (…) Estas vidas (los sujetos queer) no desearían el acceso al confort; mantendrían su incomodidad en todos los aspectos de la cultura normativa en la que viven. Idealmente, no deberían tener familias, no se casarían, no se establecerían en una vida automática en

pareja, dar a luz y sacar adelante a criaturas, apuntarse a la vigilancia vecinal o rezar por la nación en tiempos de guerra (…) Podemos sentirnos incómodos en las categorías que habitamos, incluso las categorías moldeadas por su rechazo del confort público (…) La comodidad es el efecto de los cuerpos que pueden «acomodarse» en espacios que ya tienen su forma. La incomodidad no es simplemente una elección o una decisión —«Esto o lo otro me hace sentir incómoda/o»— sino un efecto de cuerpos que habitan espacios que no tienen ni «extienden» su forma (…) Definir una familia como queer es interrumpir una imagen ideal de la familia, basada en la unión heterosexual, la procreación y el vínculo biológico (…) La incomodidad por tanto no se refiere a la asimilación o resistencia, sino a habitar las normas de forma distinta.[477]

Revisitar, e incluso trascender, el amor genera inevitablemente un cierto grado de incomodidad, de disconfort, ya sea heterosexual, gay, lesbiano, *queer*…

Y viceversa.

La amistad no cae del cielo, tampoco se contrae definitivamente en la juventud, hay que mantenerla activamente contra las fuerzas centrífugas de la vida laboral (en eso se parece al doble trabajo existente en el matrimonio). Tiene que ser renovada siempre de nuevo a través del mutuo apoyo, y precisamente también en forma de una franqueza crítica que refuerza las propias intenciones contra la propia traición. En los conocidos nos encontramos con una forma menos comprometida de la amistad. Ambos, los amigos y los conocidos, forman una red que protege a las biografías que se mueven encerradas en sí mismas, contra sus delimitaciones e inseguridades. Dicho con otras palabras y de modo más general: se debiera desarrollar, desplegar y ensayar individual y socialmente una tipología de relaciones primarias que correspondiese a las características de la situación de la existencia individualizada y que fuera capaz

de mitigar las caídas en los abismos y las fuentes de locura, intrínsecas a ellas[478].

Como una mala sala de concierto, el espacio afectivo tiene rincones muertos, donde el sonido no circula. —El interlocutor perfecto, el amigo, ¿no es entonces el que construye en torno nuestro la mayor resonancia posible? ¿No puede definirse la amistad como un espacio de sonoridad total[479]*?*

Más allá del amor: reconocimiento, reciprocidad, redistribución

Estamos viviendo un momento de fuerte crisis global. El momento de quiebra que estamos viviendo está evidenciando cuestiones clave sobre la perversidad inherente al sistema socioeconómico. Pero el discurso que se va instalando las oculta. La retórica sobre la refundación del capitalismo nos está escamoteando de nuevo un debate urgente. Tenemos que hablar de un modelo de «civilización». La debacle financiera no es el todo de la crisis; es la eclosión final de un proceso de crisis acumulada. El sistema venía haciendo aguas por múltiples ángulos: crisis ecológica, crisis energética, crisis alimentaria, crisis de cuidados. Y, finalmente, ha colapsado: afrontamos una crisis civilizatoria que atraviesa el conjunto de las estructuras socioeconómicas y surge de nuestras mismas concepciones éticas y morales. Estas múltiples crisis no son resolubles en los márgenes del sistema, porque son inherentes al mismo. Vivimos dando vueltas en la rueda de un hámster.

Este es un momento especialmente bueno para sacar a la luz las entrañas de un sistema tóxico. Y es también un momento especialmente bueno para constatar las dificultades para hacerle frente. Una vez más,

nos movemos ante lo que parece una disyuntiva irresoluble: o planteamos el vuelco del sistema (y aquí nos tienen atrapadas porque, nos dirán, si la rueda deja de girar, nos caemos por el precipicio; si los mercados financieros se hunden, nos hundimos con ellos) o nos conformamos con retoques (hacer la rueda un poquito más cómoda). A este viejo debate, a las feministas se nos unen otros dos: o concentramos las fuerzas en criticar al capital, o nos empecinamos en denunciar al patriarcado; o insistimos en todo lo que nos discrimina frente a los hombres, o nos reconcomemos hablando de las desigualdades entre nosotras. Pero hilar qué tiene que ver la explotación capitalista y la imposición de la lógica de acumulación con la opresión de las mujeres y las distintas posiciones que cada una ocupamos en semejante estructura sigue siendo un resbaladizo terreno que nos queda grande.

Sin pretensiones de clarificar este espinoso asunto, (…) [parto] de la intuición de que el emparedado en que nos encontramos (entre la revolución y la reforma, el capitalismo y el patriarcado) tiene que ver con la falta de imaginación (¡y de valentía!) para idear propuestas que sean capaces de ofrecer soluciones aquí y ahora, y que a la par nos lleven a minar los fundamentos del sistema. Y que esta falta de imaginación va ligada a la falta de un análisis más sutil del «qué nos está pasando».[480]

Llegamos al final de esta teoría provisional. Una teoría que puede tener el riesgo de resultar neo-romántica, en la medida en que está a veces excesivamente centrada en ideales; o, lo que es peor, etnocéntrica. Peligros que asumo y de los que soy consciente.

No es mi intención, sería pretencioso por mi parte, resolver aquí las contradicciones apuntadas por Amaia Pérez Orozco o dar una respuesta a la actual crisis económica o a las desigualdades entre los humanos. Si he comenzado este apartado con esta cita es simplemente para que tengamos bien presente el mundo en el que vivimos.

Tampoco es mi intención afirmar que el amor no sea conveniente, o que no debamos esperar nada del amor. Pero ¿puede ser el amor una herramienta para la subversión? ¿Puede ser el amor un instrumento para el cambio social, en este contexto de crisis global?

Es posible. Tenemos algunas pruebas. Las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo argentinas, como decía al principio del libro, que pusieron en jaque a todo un sistema político, lo son.

Pero creo sinceramente que son excepciones. Que no es posible (ni prioritaria) una teoría y una política subversivas desde eso que estamos llamando aquí y ahora amor. No al menos en este contexto cultural de *Pensamiento Amoroso* en el que vivimos. No en este sistema capitalista cebado a base de generar injusticias que se sustentan, entre otras cosas, en una forma concreta de educación amorosa. No sin explorar otras posibilidades teóricas y vivenciales *al margen* del amor. Aunque lo incluyan.

Una teoría, una política del amor son necesarias pero no son suficientes.

Por tanto, pretendo esbozar ahora algunas notas para una teoría de la justicia, del compromiso y la solidaridad, de la igualdad de oportunidades, de la libertad de ser.

Una justicia, una solidaridad, que no tengan como requisito la identificación con las otras personas, menos aún cuando esas otras personas viven situaciones extremas, suplicios, sufrimientos, inimaginables para los que vivimos estupendamente, aposentados en nuestros bienestares económicos y sociales. Precisamente por eso, dice Ahmed[481], porque no es posible la identificación, es precisa la solidaridad. Una libertad de ser, un *poder ser*, que implica no estar obligadas a *devenir mujeres* (en el sentido butleriano). Un *ser*, añadiría que, en última instancia, no requiere ningún tipo de mediación, de protección, para serlo.

Esta teoría social tiene para mí tres dimensiones básicas: el reconocimiento, la reciprocidad y la redistribución.

Que alguien te ame, madre, padre, hermana, amiga, amante, vecina… aunque sea una sola persona a lo largo de toda una vida, aunque sea un amor ausente, virtual (¿es que hay otros?), aunque sea incompleto (¿cuál no lo es?), aunque se acabe… es una ofrenda que no tiene comparación con nada y te permite, además, sentir que *tienes* un lugar en el mundo. Pero no es el único camino, ni para tener un lugar en el mundo, ni para sentirte viva.

Escribir este libro me anima a pensar en las virtudes de unos marcos de relación, unos escenarios y formas de interacción y convivencia, una dinámica comunitaria (que es a la que me voy a

referir ahora, aunque esto no signifique que esté defendiendo, ni mucho menos, que haya que dejar de exigir al Estado sus obligaciones), *más allá del amor y la intimidad*. Más allá, también, de la familia y el parentesco, entendidos al menos exclusivamente como grupos de consanguinidad y alianza (matrimonio), hetero u homosexual[482].

Y habitar al tiempo nuestras interacciones amorosas, las pocas o muchas que sean, de otra manera.

Porque la visión (estrecha) del marco familiar como el único (o el ideal) en el que se fraguan los lazos de solidaridad, apoyo y cuidado, contribuye a una especialización excesiva del sentimiento amoroso y a una jerarquización de las relaciones interpersonales y afectivas, y contribuye, entre otras muchas cosas, a crear alarma social por el hecho de que las mujeres (autóctonas o inmigradas) estén *abandonando* sus hogares. Además de no conseguir satisfacer las necesidades básicas de la gente.

Escuché a María Jesús Izquierdo una reflexión que me pareció sugerente además de inusual[483]. Su argumento pretendía trascender la idea de que las mujeres sufren a costa del altruismo que se les inocula desde pequeñas. El problema, subrayaba, es que aunque ellas se empeñan en atender a familiares y otras personas y se esmeran en cumplir con lo que se les ha asignado, su perseverancia es absolutamente estéril. No es cuestión de voluntad. No es posible solo así *sostener* la vida.

Tenemos algunos buenos ejemplos de intercambio y solidaridad comunitaria al margen de la familia. Como los programas de *comedores populares* de muchos países latinoamericanos, que alimentan a diario a miles de personas y cuya organización ha estado siempre liderada por mujeres, en un estilo de trabajo que Marta Lamas denomina *feminismo popular*[484]. O el llamado *Trueque Solidario*, que en distintos contextos europeos ha tomado la forma de los llamados *Bancos de Tiempo*[485], que consisten en la prestación mutua de servicios y en los que las mujeres suelen tener también un papel bastante protagonista.

Un primer y evidente objetivo es el establecimiento de lazos interpersonales de solidaridad mutua que promueven un sistema económico alternativo a partir de una riqueza social que se comparte en interacción y confianza con el resto de integrantes de una red

comunitaria. Se parte de la premisa de que todos sabemos hacer cosas (…) Otra de las aportaciones de los bancos del tiempo es que el reglamento establece que no solo hay que dar sino también recibir, necesitar, cosa a la que, en esta sociedad de la autosuficiencia y los voluntariados, no estamos tan acostumbrados (…) Los bancos del tiempo pueden ser un buen ejercicio de «participación activa», pues ponen en interacción a dos personas que pueden no conocerse, que a menudo acaban intercambiando en sus propias casas, con lo que esto tiene de apertura de puertas físicas y psicológicas. Por otra parte, plantean una alternativa autónoma al sistema capitalista favorecedor de dinámicas individualistas, en la que la ciudadanía se sitúa como mera consumidora o usuaria (…) No obstante, en el terreno de las amenazas, los bancos del tiempo son programas golosos y fácilmente instrumentalizables por las administraciones, ávidas de medallas políticas progres. La premisa de equilibrar lo que se ofrece y lo que se necesita intenta evitar las acciones de voluntariado asistencialista, donde se da pero no se es capaz de recibir y donde quien recibe a menudo se sitúa en una posición de necesidad e inferioridad, «incapaces» de la reciprocidad.[486]

Como los comedores populares, las distintas experiencias de intercambio superan los límites de *lo privado* y adquieren una dimensión política mayor en entornos donde las carencias son acuciantes y generalizadas.

En Argentina, por ejemplo, la crisis económica de los años 90 provocó que el trueque se constituyera en una auténtica estrategia de supervivencia, en todo un modelo económico alternativo, desde que en 1995 grupos de clase media de la zona sur de Buenos Aires afectados por la crisis inventaran un sistema de transacción al margen de la moneda en curso. Poco a poco se fue generalizando a otras zonas e integrando sectores de menores recursos. Aunque las redes de trueque, en general, no han podido resolver el problema de transformar a los desempleados en productores[487].

Así como los Estados modernos omniordenadores y omniorganizadores no podían tolerar a los «hombres sin amo», y así como los imperios modernos en expansión y ávidos de territorios no podían tolerar la tierra «sin dueño», los mercados modernos no toleran de buen grado las «economías de no mercado»: un tipo de vida que se reproduce a sí misma sin dinero que cambie de mano (…) el

intercambio familiar de bienes y servicios, ayuda vecinal y cooperación entre amigos: todas aquellas razones, impulsos y acciones con los que están entretejidos los lazos humanos y los compromisos duraderos.[488]

Consolidar y/o inventar formas y redes alternativas de solidaridad y convivencia, más o menos formalizadas, reconocer y visibilizar las que ya existen, aunque estén ocultas por la fuerza de esa ideología familista y romántica, nos obliga a *superar las fronteras entre lo privado y lo público, a abrir el espacio privado, a acercarlos*[489], a desarrollar argumentos y disposiciones morales directamente en contra de la ética de la intimidad (amorosa). A reafirmar la idea de que *lo personal es público, es político* y desafiar al mercado.

Reconocimiento, reciprocidad, redistribución. Tres «R» que pueden inspirar una teoría.

En un libro reciente describe Nancy Fraser su teoría de la justicia, que tiene tres dimensiones: la redistribución de la esfera económica, el reconocimiento en el ámbito socio-cultural, y la representación en lo político[490]. Previamente, en su conocido artículo «¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era "postsocialista"»[491], había hecho una aportación sustancial al debate sobre la justicia y la diferenciación entre políticas feministas del reconocimiento y de la redistribución.

Llama esta autora la atención sobre el hecho de que se haya producido una suplantación, un desplazamiento, a partir de los años 70 y 80, de las políticas (feministas) de la redistribución equitativa de los recursos, que hacían referencia —en posiciones más defendidas anteriormente desde planteamientos marxistas— a situaciones de explotación, y que pretendían abolir el orden de las cosas y luchar por los más desfavorecidos… a las políticas del reconocimiento o la identidad. Estas últimas llamarían la atención sobre la especificidad de algún grupo o minoría y afirmarían su valor, y estarían impulsando en la actualidad *muchos de los conflictos sociales en el mundo, desde las campañas en pro de la soberanía nacional y la autonomía subnacional, a las batallas en torno al multiculturalismo, pasando por los movimientos nuevamente en alza a favor de los derechos humanos, que aspiran a promover tanto el respeto*

universal por la humanidad común como la consideración hacia la especificidad cultural[492].

La respuesta al reconocimiento por parte de Fraser es su modelo del estatus.

Hay dos cosas que decir respecto a mi modelo del estatus. La primera es que lo ofrecí como una alternativa al modo habitual en que se piensa sobre ello —lo que he llamado «el modelo de la identidad»—. En muchas teorías se considera que, cuando te dedicas a la política del reconocimiento, lo que ha de ser reconocido es tu identidad como una forma específica de ser: una mujer, una persona de color, un gay o una lesbiana, etc. Pero el enfoque de la identidad tiene serios problemas, por lo que desarrollé el modelo del estatus como un modo de evitar la reificación autoritaria y la lógica conformista del modelo identitario.

Lo segundo que hay que decir es que no me interesa limitar la idea de estatus a la participación en la esfera pública en el sentido de la arena político-discursiva. La justicia requiere que la gente tenga la posición, el estatus para participar como pares en cualquier arena importante de la vida social; esto es, en la vida familiar, en el mercado del trabajo, en la sociedad civil y, sí, claro, en la política y en la esfera pública política, pero no solo en estas[493].

El desplazamiento de la redistribución al reconocimiento, denunciado por Fraser, sería preocupante en tanto que se produce en un entorno de globalización política y económica donde se están agudizando las desigualdades. Las mujeres estarían para ella en un punto intermedio entre las personas, los grupos que sufren explotación económica, origen también de sus injusticias simbólicas, y aquellos grupos o minorías (minorías sexuales, por ejemplo) cuya injusticia se derivaría más de valoraciones simbólicas y culturales. Y por lo tanto, requerirían tanto de reconocimiento como de redistribución. Es decir, el género tendría dimensiones político-económicas, que reclamarían soluciones de tipo redistributivo, pero también dimensiones simbólico-culturales, que precisarían del reconocimiento, ya que hay en las distintas sociedades normas y sistemas valorativos que otorgan poder y prestigio a los hombres.

Redistribuir es repartir, ni más ni menos. Repartir el trabajo, repartir la riqueza, repartir el prestigio[494].

Pero, como apuntaba anteriormente, no estoy hablando (solo) de

exigir a las instituciones, al Estado, que también. Estoy hablando de nuestros compromisos individuales como hombres, como mujeres, (o como lo que sea que seamos) y tengamos la condición social que tengamos.

Detengámonos ahora un momento en el análisis antropológico del concepto de reciprocidad.

En la década de los veinte del siglo pasado, Marcel Mauss, antropólogo y sociólogo francés, escribe su conocido «Ensayo sobre los dones. Motivo y forma de intercambio en las sociedades primitivas[495]» en el que, a partir de la comparación de distintas sociedades a lo largo de la historia (Roma, Polinesia, Melanesia, Noroeste de los Estados Unidos de Norteamérica…), llega a la conclusión de que el intercambio es un denominador común de muchas sociedades (dar, recibir y devolver), y que estos intercambios actúan como *hechos sociales totales*[496] que ayudan a estructurar todos los aspectos claves en el proceso de fortalecimiento de los lazos sociales entre sus miembros[497].

Este ensayo es el comienzo de una larga y fructífera teorización antropológica que reconoce que en la reciprocidad habría *una obligación persistente y una estrategia política y económica que caracteriza a muchas sociedades*[498]. Una teorización no exenta de debates y dificultades. Una de las dificultades vendría originada por la confusión entre contrato y reciprocidad en el individualismo capitalista occidental, que provoca incluso que se vea lógico el deseo de querer desprenderse de la obligación.

Pero la antropología distingue entre reciprocidad de don y reciprocidad de contrato. *La reciprocidad de don es aquella que se explica por las tres acciones de Mauss: saber dar, saber recibir y saber retornar según determinados contextos sociales y culturales. Mientras que la reciprocidad de contrato radica exclusivamente en la obligación de cumplir con una materia determinada y solo con esta. Y aunque para cumplir con esa materia se evoquen o conjuren sentimientos morales de reciprocidad y vínculos personales estables, propios de otros compromisos, tal maniobra no sostiene la existencia social y sociable de la reciprocidad de don.*

En comparación sociológica, la reciprocidad de don obliga por la

vinculación existente entre las personas, mientras que la reciprocidad de contrato obliga por el poder que existe a compeler las partes sin ninguna otra vinculación que la del mismo contrato con su cumplimiento. Lo propio del don es ser un momento de una relación de vinculación. Lo propio del contrato es excluir la obligación de cualquier otra vinculación que no sea la del mismo contrato[499].

Entendemos que en la sociedad de mercado el contrato abusa del espíritu y acción de la reciprocidad. Utiliza la intencionalidad de confianza, bondad y responsabilidad para abusar de las personas, haciéndolas creer en derechos humanos indisponibles, vínculos democráticos, cultura de valores, «amistad» y «familia» de empresa y negocios, estima y respeto al valor de cada persona, etc., cosas que día a día las escuelas de negocios incorporan a sus verdades mucho más groseras. Con esta programación ideológica se pretende que en una relación de mercado algunos se comporten dando de sí todo lo que pueden, confiados, responsables y muy generosos. Luego, cuando acontece la «verdad» de unas cuentas o el verdadero interés de un contrato, se esfuman todos esos valores tan enaltecidos de reciprocidad humana (…)

Criticar el contrato capitalista como abuso de la reciprocidad personal es un recurso metodológico fundamental para la comparación etnográfica e histórica. Creemos que tiene mucho sentido hablar de unas sociedades en las que la reciprocidad prevalece y de otras en las que lo hace el contrato[500].

Ignasi Terradas subraya el carácter moral (jurídicamente libre) de la obligación, y considera que *los ámbitos que parecen ejemplificarla con más perfección y de manera positiva, tales como el de la amistad, el amor y la equidad, en realidad la superan o trascienden en complejidad y con características que les son muy propias (…) Para que realmente actúe la reciprocidad, dando un sentido y valor determinados a la vida social, ha de poseer forzosamente una dimensión ética y otra normativa. Es decir, y esto es algo que Mauss parece reconocer de manera más implícita que explícita, ha de tener eficacia moral, e incluso, con independencia de esta, normativa o jurídica.* [501]

Esta moral de reciprocidad, inspirada por una idea y un sentimiento de equidad (igualdad equitativa) y que sobrepasaría la reciprocidad estricta de las tres obligaciones en algunos contextos (hospitalidad, amistad, matrimonio, familia, paz…), tendría que ver

bien poco con el contrato, y habría sido bastante excepcional en la historia de la humanidad[502].

Reservo un lugar de honor en este libro para Luce Irigaray y sus argumentos en torno al reconocimiento amoroso entre mujeres y hombres, que creo que son aplicables a cualquier tipo de relaciones. Un planteamiento que navega entre la filosofía y la poesía.

TÚ NUNCA SERÁS MÍO

¿Cómo bosquejar la senda de la operación del reconocimiento? Yo te reconozco, luego, no eres el todo, de no ser así serías demasiado grande y yo estaría desbordado(a) por tu tamaño. Tú no eres el todo y yo no soy el todo (…) «Yo te reconozco» significa que eres diferente de mí, que no puedo identificar/te/me ni dominar tu devenir. Nunca seré tu amo(a). Y este negativo es lo que me permite ir hacia ti.

«Yo te reconozco» supone que no puedo verte de parte a parte. Nunca me serás totalmente visible pero, gracias a eso, te respeto como diferente de mí. Lo que no veo de ti me mueve hacia ti si tú te preservas, y tu energía me permite preservar y elevar la mía contigo. Voy hacia ti como hacia lo que no veré pero me atrae, tal como el camino de un devenir de un progreso. Este progreso no significa un alejamiento de la carne, de mi cuerpo, de mi historia. Voy hacia aquello que me permite devenir al tiempo que sigo siendo yo.

La trascendencia, pues, no es ya éxtasis, salida fuera de sí hacia un absolutamente otro inaccesible, más allá de la sensibilidad, más allá de la tierra. Es respeto del otro que yo jamás seré, que me es trascendente y a quien yo soy trascendente. Ni simple naturaleza ni espíritu común más allá de ella, existe por la diferencia común más allá de ella, existe por la diferencia de cuerpo y de cultura que sigue alimentando nuestra energía, su movimiento, su generación y creación (…)[503]

AMO A TI

Amo a ti: significa mantengo contigo una relación de indirección. No te someto ni te consumo. Te respeto (como irreductible). Te saludo: saludo en ti. Te alabo: alabo en ti. Te doy las gracias: doy gracias a ti por… Te bendigo de o por. Te hablo, no solo de tal cosa, sino te hablo a

ti. Te digo, no tanto esto o aquello, sino te digo a ti.

La «a» es la garante de la indirección (…)[504]

EN UN SILENCIO CASI ABSOLUTO

Comencemos por: ¿cómo escucharte?

No se trata ya de escuchar un mensaje en función de un contenido ya codificado por la sociedad y la lengua. Por cierto, esto resulta útil. Si tú me indicas la hora de tu llegada o de tu llamado, es útil que yo comprenda para estar presente en esa cita. Si me dices el sitio de nuestro encuentro, es necesario que yo te entienda para que pueda estar allí. Y si deseas una furia y yo te traigo un libro, no te sentirás comprendido(a) por mí.

Pero esta comunicación es insuficiente para tejer alianzas e historias entre dos sujetos.

La expresión del afecto subjetivo tampoco alcanzará. Porque yo puedo consolar tu dolor, pero este no necesariamente es fruto de tu intención, ni por fuerza me ayuda en mi devenir[505] *(…)*

Así, pues, te escucho no es esperar u oír de ti una información, ni la expresión simple de un sentimiento (objetivo demasiado ingenuo del psicoanálisis, en ocasiones). Te escucho es escuchar tu palabra como única, como irreductible, sobre todo a la mía, como nueva, aún desconocida. Es recibirla como la manifestación de una intención, de un devenir humano, espiritual[506] *(…)*

Te escucho, tal como a otro que me trasciende, requiere el pasaje a una nueva dimensión. Te escucho: percibo lo que dices, estoy atenta(o) a ello, intento captar tu intención. Esto no significa: te comprendo, te conozco, por tanto no tengo necesidad de escucharte y hasta puedo prescribirte un devenir. No, yo te escucho como a aquel y aquello que no conozco todavía, a partir de una libertad y una disponibilidad que reservo para este acontecimiento. Te escucho, favorezco la emergencia de algo no acaecido, de un devenir, de un crecimiento, en ocasiones de un nacimiento. Te escucho facilita lo todavía no-codificado, el silencio, un sitio de existencia, de iniciativa, de intencionalidad libre, de sostén a tu devenir.

Te escucho no a partir de lo que sé, siento, soy ya, ni en función de lo que el mundo y la lengua son ya, por lo tanto en cierto modo de manera formal. Te escucho más bien como la revelación de una verdad aún no manifestada, la tuya y la del mundo revelado a través de ti y por ti. Yo te doy silencio donde el futuro de ti —y acaso de mí pero contigo

y no como tú y sin ti— puede emerger y fundarse[507] *(…)*

Escucharte supone que, por lo menos durante un momento, yo pueda suspender todas estas obligaciones. Que nada ni nadie me obliguen a nada, inclusive el ruido de mi cuerpo, mi inercia, mi fatiga.

Escucharte, pues, requiere que yo me vuelva disponible, que yo sea aún y siempre capaz de silencio. Este gesto, hasta cierto punto, me libera a mí misma(o). Pero, sobre todo, te da un sitio silencioso donde manifestarte. Pone a tu disposición un espacio-tiempo aún virgen para tu aparecer y sus expresiones. Te ofrece la posibilidad de existir; de expresar tu intención, tu intencionalidad sin gritar y ni siquiera pedir, sin dominar, sin anular, sin matar[508] *(…)*

Escuchar al otro, facilitarle un tiempo de silencio, también es respetar su aliento. Únicamente la madre respira por el niño. Una vez nacido debemos, deberíamos, respirar cada uno(a) por nosotro(a)s[509] *(…)*

En el comunicar interviene entonces el tocar a, tocar que respeta al otro pero le procura una atención, carnal inclusive.

Este tocar a requiere silencio. Para dar sitio al otro, el silencio es necesario, silencio que interrumpe la contigüidad de un tocar a todo y a todos o todas.

Este tocar a exige aliento, la salvaguarda de la presencia de la vida y de su temporalización en un devenir de sí no destructor del otro[510].

Desde cómo yo leo a Irigaray, el otro/la otra, por definición, no son siempre visibles, sino que son de algún modo extraños. Pero, sin embargo, de la misma forma que podemos reconocer a aquellos grupos humanos que viven situaciones (adversas) que no somos capaces ni de imaginar, con los que no podemos identificarnos pero sí solidarizarnos[511], podemos reconocer a ese otro que es extraño para nosotros mismos.

Ese otro que nunca comprenderé del todo, que nunca me pertenecerá, que nunca será mío.

Ese otro que no es preciso que ame para que sea reconocido por mí.

Soy plenamente consciente de que no es fácil en una cultura como

la nuestra construir y mantener lazos personales y modelos de relación activos, o incluso estables, con la misma fuerza simbólica que los vínculos del parentesco. O que, al menos, no es fácil visualizarlos, darles toda la legitimidad, cuando ya existen.

Planificar una estrategia teórico-práctica que integre la crítica enérgica de los componentes del cuarteto familia / matrimonio / monogamia / convivencia, así como la deconstrucción del amor, el deseo, la sexualidad, la intimidad, y la re-fundamentación de los conceptos de reciprocidad, reconocimiento y redistribución, tiene que ir complementado con un desarrollo teórico específico e interdisciplinar alternativo del vínculo. Y pensar en el vínculo nos conduciría de nuevo a reflexionar sobre el amor, la amistad.

Pero, siendo conscientes de que, como muestra la lectura transcultural, el vínculo es lo que se comparte (sea una sustancia biológica, el estatus, la tierra, la casa, las tareas, el cuidado…), ¿qué estaría antes, el vínculo o el marco y el contenido de la relación? Creo que ambos se alimentan mutuamente, que va todo a la vez. Por lo tanto, y dado que mirar aquí y ahora al vínculo nos supedita demasiado al pensar en el amor, quizá nos conviene partir de la reflexión sobre los encuadres, los marcos, las contenidos posibles de las interacciones humanas…

Cualquier iniciativa que tenga como objetivo mejorar las características y las condiciones de los diferentes espacios y contextos donde establecemos nuestras relaciones comunitarias (domésticos, vecinales, laborales, de ocio…); cualquier proyecto que tenga como fin la garantía de las necesidades y los derechos básicos; cualquier acción que mire por el respeto y el compromiso mutuo, la promoción de la autonomía… redundará positivamente en los vínculos, en los intercambios. Los reinventará. Aunque sean espacios y tiempos limitados. O mejor aún si lo son. Las personas que han participado en este estudio me han reafirmado en la idea de que pensar y concretar los límites de las relaciones humanas es siempre positivo.

En esas tramas de vínculos de reconocimiento, reciprocidad y redistribución, habrá también sentimientos amorosos, habrá afectos, ¿cómo no? Y compromisos más y menos estables, que superarán o no las reciprocidades en su sentido más estricto. Además, es probable que ciertas situaciones, como la crianza, precisen más que

otras de uniones seguras, de compromisos y presencias más duraderos, de sacrificios que, en todo caso, siempre deberían ser temporales.

Pero, los afectos, el amor, no son más que uno de los ingredientes de las relaciones humanas. Un componente más entre algunos otros también básicos y fundamentales: el respeto mutuo, la justicia, la solidaridad, la autonomía, la libertad…

MAITASUNA:
Bi bakartate parekatzen dituen
Distantziakidetasuna, huskidekeria[512].

SEGUNDA PARTE
CUANDO LA ETNOGRAFÍA SUPERA A LA TEORÍA

Voces discordantes: el amor como motor, conocimiento y posibilidad de cambio

En esta parte del libro presento las reflexiones, las vivencias y las aportaciones de doce mujeres y dos hombres. Siempre a partir de una selección y un orden concreto e intencionado de las ideas expuestas en sus entrevistas[513].

Todas las mujeres entrevistadas son feministas de distintas edades, condiciones socio-económicas, y situaciones sexuales, amorosas y/o de convivencia. Comienzo por las mayores y acabo con las más jóvenes.

El hecho de elegir mujeres que han participado o participan en asociaciones o iniciativas feministas tiene que ver con la intención de mostrar cómo se articulan en su experiencia, por un lado, discursos y prácticas resistentes y críticos con los mandatos culturales en torno al amor, relacionados directamente con su ideología y su práctica política, y por otro, la influencia inevitable que dichos mandatos culturales tienen sobre todas/os nosotras/os. Esto nos permite acceder de manera privilegiada a las contradicciones, tensiones y conflictos generados por esta doble influencia, tensiones que, quiero subrayar, pueden estar presentes, aunque en grados muy diferentes, en todas las personas que viven en nuestra sociedad.

Los dos hombres han sido seleccionados en base a la relación amorosa que mantenían en el momento de la entrevista con dos de las mujeres entrevistadas, y sus relatos aparecen entrelazados con los de sus parejas, lo que posibilita el acercamiento, aunque sea de

manera muy limitada, al conocimiento y la experiencia de los hombres que aman a mujeres feministas y, al mismo tiempo, realzar y contrastar los testimonios de esas dos mujeres.

A pesar de considerar la capacidad de resistencia y contestación de cualquier sujeto, la relevancia y contundencia de las voces incluidas aquí las hace ser, a mi entender, *discordantes*, en el sentido positivo, respecto a otras posibles en torno al amor y, al mismo tiempo, discordantes entre sí; de ahí el subtítulo de esta parte del libro.

En cuanto al formato, he optado por retirar todo el andamiaje metodológico de las entrevistas y minimizar mi voz al máximo, reduciéndola exclusivamente a un texto introductorio general, la presentación de cada persona, y algunas anotaciones y aclaraciones más o menos puntuales entre las narraciones, o como epílogo a cada una de ellas. Con esto no pretendo camuflar la importancia que el análisis de los casos ha tenido en la primera parte del libro, todo lo contrario. Simplemente intento reforzar la idea de que los contenidos incluidos aquí no solo son el núcleo principal del libro sino que superan el esfuerzo y las posibilidades de reflexión teórica llevados a cabo hasta ahora. Es decir, que la teoría, la antropología, *la constituyen* los propios casos[514].

Al final de los relatos de las/os entrevistadas he incluido una síntesis de los resultados e ideas principales tomando como referencia la totalidad de las entrevistas realizadas.

Todo ello con un objetivo también de dejar el libro y, por tanto, mi planteamiento respecto al amor, inacabado, abierto.

Por último, se podría decir que, dado que todos los casos, menos uno, corresponden a personas que han vivido en el País Vasco toda o una gran parte de su vida, esta sección es también una antropología vasca del amor, aunque, claro está, parcial, inacabada, abierta.

Podría ser un cuadro en la pared de un museo o una escena de una película.

Dos mujeres sentadas frente a frente. (A veces una mujer y un hombre).

La estancia no es siempre la misma, aunque es generalmente una

sala de estar. Los muebles pueden ser nuevos o viejos, estar tapizados los sofás en distintos colores, o variar la decoración entre clásica, moderna, o un poco de todo.

Es, otras veces, el local de una asociación, un *gaztetxe*[515], un seminario en la universidad, un rincón de una cafetería, un parque público detrás de una iglesia…

Una grabadora, como testigo principal del encuentro.

Una de ellas pregunta, la otra responde, pero se turnan de tanto en tanto. Las lenguas utilizadas son el castellano y el euskera.

Las vemos serias, aplicadas, entregadas a la tarea. Hablan de manera apacible, como meditando, mientras trazan círculos, líneas, espirales en el aire. Por momentos, sus cuerpos transmiten intensidad, o alegría, o pesadumbre, o malicia, o inquietud, o tranquilidad… Se miran a los ojos pero miran también más allá, como escapando; de vez en cuando.

Puede haber bullicio o silencio de fondo, pero en torno a ellas se dibuja un círculo que las contiene y que imprime a la escena una intimidad casi solemne. Los objetos más próximos parecen estar suspendidos en el aire. Una quietud, la de los objetos, que da relieve a los cuerpos, que acentúa su presencia.

Inventan el futuro a base de pasado y presente. Descubren un tiempo donde solo hay que conversar, un tiempo que precede y se anticipa a la acción, un tiempo que es acción. Y sus vidas se cruzan y entrecruzan, se acercan, se distancian.

La entrevista. Un tiempo dentro y fuera del tiempo.

Pilar, Loli, Rosa, Ana, Berta, Amaia, Begoña, Elisa, Leire, Jone, Gari, Eider, Galder y Edurne me acompañan en esta aventura. Aunque esos no son los nombres por los que les conocen los que les aman. También están (aunque no estén aquí sus relatos) Josebe, Ainhoa, Teresa y Jon.

Pilar es amiga y compañera de viaje. Conocía también previamente a Loli, Ana, Berta, Elisa y Jone.

Todas ellas (salvo Rosa y Begoña) viven en el País Vasco, a pocos kilómetros unas de otras, aunque Pilar no nació aquí. Llama la atención tanta diversidad en tan poca distancia. Y al mismo tiempo tantas semejanzas y referencias comunes.

Las más jóvenes no han cumplido aún los veinticinco años. Primero conocí a Edurne y ella me presentó a Eider. Ambas están enamoradas. Ambas son maduras e inconformistas. También frágiles. Lo que las hace resistentes. Son un manojo de dudas e incertidumbres, pero rebosan energía y conciencia crítica. Galder, pareja de Eider y solo un poco mayor que ella, tiene maneras de hombre y de niño a la vez; un hombre que quiere ser autónomo; un niño que no sabe bien cómo compaginar el amor que siente con el resto de su vida.

Begoña, Elisa y Jone, entre los treinta y los cuarenta, son las hermanas pequeñas del feminismo de los años setenta. Han vivido lo suficiente como para mirar atrás y apreciar los cambios, y saben bien que tienen recursos. Leire, en la misma franja de edad, se ha incorporado recientemente a la militancia, como consecuencia lógica para ella de un desamor intenso. Gari, pareja de Jone, es de esos hombres que se dice hombre, pero que no está obsesionado con recordárselo al mundo un día sí y otro también.

Pilar, Loli, Rosa, Ana, Berta y Amaia han cumplido ya, algunas hace tiempo, los cincuenta. Pilar, Loli y Berta proceden de familia obrera, y Ana y Amaia de clase media alta. Pero, aunque pertenecen a estratos sociales distintos, y se notan las diferencias, tienen en común la lucha contra Franco y la ilusión y la fuerza de los primeros años del feminismo vasco. Una parte importante de lo que son se ha ido fraguando así, militando. Son patrimonio de una historia que está todavía por completarse. Su conocimiento ya lo intuía. Su serenidad y su sosiego fueron, sin embargo, un regalo que no preveía.

De búsquedas y sosiegos (Pilar[516])

La ventaja de envejecer, pensó Meter Walsh, mientras salía de
Regent's
Park con el sombrero en la mano, era, sencillamente, que, si

bien las pasiones seguían siendo tan intensas como siempre, se ha logrado —¡por fin!— esa capacidad que añade el condimento supremo a la existencia: la capacidad para apoderarse de la experiencia y hacerla girar, lentamente, a la luz[517].

Pilar tiene cincuenta y siete años cuando la entrevisto[518]*. Es amiga mía y hemos compartido profesión, militancia, aprendizajes, diversión y, sobre todo, conversación, horas y horas de conversaciones inagotables e inagotadas. Lo cual no hace más fácil la entrevista. Aunque sé cuando se lo propongo que es, y no alcanzo todavía a saber cuánto, eso que en la jerga antropológica llamamos una informante clave.*

Es hija de una familia numerosa que procede de una zona del interior de la Península Ibérica emigrada al Norte. Un contexto de origen donde —subraya ella— las diferencias entre mujeres y hombres no estaban tan marcadas y las mujeres eran consideradas valiosas. Permanece ajena de pequeña a los mensajes románticos que llegaban por las ondas de la radio, inmersa en sus tareas cotidianas, sus sueños y su ansia de aventura. Y se casa por una especie de inercia y porque era el único modo que tenían las mujeres de salir de su entorno y «caminar por el mundo».

En el marco de su matrimonio, la sexualidad y el orgasmo simbolizaban para ella la materialización de la fusión con el otro, un anhelo que sin embargo duraba solo unos instantes, al que seguía un sentimiento de frustración por la imposibilidad de ese encuentro total. Conoce el deseo y el amor con hombres y con mujeres pero establece diferencias entre unos y otras, y comparte ahora su vida amorosa con un hombre pero también con sus hijos y su amplia familia, en la que se incluyen amigas y amigos.

Subraya que pertenece a una familia pobre con conciencia de serlo y que la lectura y la militancia en agrupaciones de izquierda y feministas le permitieron encontrar una explicación a lo que ella sentía y vivía.

Es una entrevista en la que aparece una paradoja que se repetirá a lo largo de las conversaciones con otras mujeres feministas. Por un lado es muy crítica con la especialización amorosa que se les enseña a las mujeres, consciente también de la escasez que ellas viven en

comparación con los hombres. Pero reivindica el amor en los humanos casi como una letanía. Sin embargo, y probablemente porque se siente muy querida, es capaz de mirar al amor desde una cierta distancia, del mismo modo que mira su propia vida.

Las mujeres ya no van a buscar el agua, como hacíamos nosotras, no van a lavar al río, no es tan importante tener que cuidar de los varones, porque ya los varones tienen más capacidad para autogestionarse la vida… pero sigo perteneciendo a la misma clase social, solo que esta ha mejorado con el tiempo.

Y ha participado y participa en organizaciones sindicales y políticas, aunque en los últimos años invierte más tiempo en cursos, conciertos y exposiciones, cocinando o viajando.

Dejé la escuela cuando todavía no tenía 14 años y eso fue un cambio crucial en mi vida. Vivía en un pueblo pequeño y empecé a hacer tareas de casa y de cuidado en general y, en la medida en que vivíamos en el campo, también ayudaba algo en la agricultura… pero generalmente en casa. Luego me incorporo al trabajo fuera de casa, en la ciudad, en un colegio. Después… casarme… yo creo que fue importante, pero creo que es la continuidad de ese proceso. Y otro cambio muy importante vino de la mano del feminismo, más bien de la constatación de que había otra forma de ver el mundo que se adecuaba más a lo que estaba experimentando, tener una explicación de todo aquel malestar que sentía cuando tenía
32-33
años. Y luego ya, la separación, los hijos… Pero, yo diría que para mí personalmente lo más significativo en mi vida sería el abandono de la formación para incorporarme a ese mundo que se supone que nos estaba esperando a las mujeres, que era el único camino que nos quedaba; y luego, poder volver a retomar ese punto de partida, encontrar una explicación.

Le preocupa ahora el sufrimiento de sus seres más queridos, su desaparición, pero no espera ya en su vida grandes cambios.

Y poco a poco entramos en materia, haciendo un rodeo, como si me diera, nos diera, pereza hablar de eso que tenemos que abordar y que sabemos que nos une pero que también puede separarnos. El Amor.

Antes le pregunto qué es para ella ser mujer, cómo ve a las mujeres,

a los hombres, y no me sorprenden sus respuestas.

Soy mujer, me he ido construyendo como mujer, aunque es verdad que en un mundo fundamentalmente de chicos, pero con un referente muy importante que ha sido mi madre. Tengo la impresión de que si fuera un chico no sería muy diferente, pero estoy contenta de ser una mujer. Las cuestiones físicas están ahí, la regla o la menopausia.

Pero eso no me impide… yo sé que sería muy parecida siendo un chico. Creo que bastantes de mis amigas se sitúan en un mundo en el que no habría ninguna diferencia si fuesen… habría diferencias, pero no creo que las sustanciales. Pero a la vez, también, las mujeres tenemos un punto de vista diferente, sea en el mundo laboral, sea en el mundo familiar y relacional.

Tengo la impresión de que los hombres están bastante despistados. Están cambiando los roles, les ha tocado cambiar los papeles. Les veo con necesidad de orientación. Constantemente te preguntan sobre cuestiones vitales, sobre cómo relacionarse tanto con el mundo como en las relaciones de pareja, relaciones afectivas, con los hijos o con los amigos. Yo les veo en un proceso de aprendizaje.

Las mujeres que me rodean buscan compañeros de igual a igual, siendo conscientes de que hay una parte que, como ha habido tantos cambios en las mujeres, a los que les va a costar entender esa forma que tenemos las mujeres de ver y de analizar el mundo, y de analizar las relaciones, y de organizarnos. Pero sí, diría que las mujeres que yo conozco buscan compañeros iguales. Pero son conscientes de que tienen que hacer un trabajo. Y a veces, también, la impresión de que también se cansan.

Y por fin nos sumergimos en el tema que nos convoca y pronto me doy cuenta de algo que previamente no había pensado, que Pilar forma también parte de ese círculo de feministas con un planteamiento del amor que Mari Ruti denomina visionario[519].

No puedo ceñirme a lo que sería el amor que se entiende como amor de pareja o amor con connotación sexual. Yo entiendo el amor como algo mucho más amplio. Yo creo que el amor es el motor del mundo, aunque es más la economía en este momento, pero debería ser… o mi proyecto es que sea el amor quien mueva el mundo. El amor a tus iguales, el amor a la naturaleza, el amor a cuidar la vida,

la vida y la muerte, o la muerte como vida, también. El amor a todo. Ese sería el encuadre general. Luego, dentro de eso, uno va amando cosas diferentes, de formas diferentes. No amas lo mismo a un niño que amas a una amiga, o amas a un compañero o una compañera sexual, o amas a aquellos con los que no estás de acuerdo.

Para mí, el amor es la sinceridad, el abrirse al otro, el sentir esa dependencia; más que dependencia, el sentir la fragilidad de la vida. Entonces, en esa medida, sea con quien sea, tú sientes esa fragilidad y quieres compartirla con alguien, alguien que por lo menos tenga esa sensibilidad para poder recibir y para poder dar. Igual es muy abstracto pero así lo veo.

Diría que el amor para mí ha sido fundamental para mí. El amor de mi familia, de mis hermanos, de mis padres, de mis amigos, de mis parejas, de mis hijos… es y ha sido para mí el motor, yo no podría vivir sin ese amor en concreto. No me imagino sola, sin saber que si necesito lo que sea, sea afecto, sea la cercanía, ese amor no voy a tenerlo. Por lo tanto, es vital.

Insiste a lo largo de nuestra conversación en que el amor es central en su vida, una idea que con versiones y formatos diferentes se repite una y otra vez a lo largo de las entrevistas con las mujeres. Y no puedo evitar preguntarme ya ese primer día algo para lo que todavía no tengo respuesta, ¿de qué hablamos cuando decimos que el amor es o debería ser lo más importante en la vida? ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?

Surge además un matiz que se revelará crucial también en otras personas entrevistadas, la importancia que en el devenir de la vida parece tener, en nuestra sociedad al menos, haberse sentido o sentirse querida. Seas hombre o mujer, procedas de la familia que procedas, sea quien sea quien te lo haya proporcionado —madre, padre, familiar, amiga/o, maestra/o…—, solo importa que ese amor haya durado lo suficiente como para haber sido reconocida/o, para haber sido elegida/o.

Es una percepción muy desde la infancia, muy arraigada, y yo creo que eso es lo que me ha ido, me hace ver las cosas. Tengo la impresión de ser una niña
muy-muy
querida, también muy querida por los varones. El amor de los

padres es esa incondicionalidad, el amor a los hijos, o de los hijos hacia ti, es esa incondicionalidad que está ahí, que sabes que siempre va a estar ahí, aunque tenga muchos conflictos. La seguridad de ser amada por un amor, en este caso de padres y hermanos, que se alimenta de memoria individual y colectiva y permanece en el tiempo. Un amor que puede trascender incluso la muerte.

El resto, son amores que cada día tienes que trabajar, que sabes que no tienes que bajar la guardia. En todos los niveles, con amigos, con… que si tú abandonas, no es una cosa que va solamente en una dirección, tiene que ir en las dos. Y sobre todo, yo creo que tiene que haber una relación de igualdad, mínimamente y de compresión. Un lenguaje parecido, un lenguaje corporal, un lenguaje verbal, o una comprensión de los fenómenos muy parecido.

El amor como posibilidad de sintonía, a pesar de no existir una buena educación sentimental. Lo que nos obliga a ser autodidactas. El amor, también, como dar y recibir.

Yo he puesto muchísimo, me he dejado la piel en las cosas en el amor, pero yo me siento satisfecha de todo lo que he recibido. En los amores de pareja, sí, he dado mucho, pero también he recibido. Es más, tengo la impresión de haber recibido más de lo que he dado.

No hace balances negativos, a pesar de un divorcio que describirá solo por encima algo más tarde, pero que yo sé que fue muy doloroso y largo. Pero se muestra al mismo tiempo tajantemente en contra de una idea romántica del amor.

Yo creo que, de entrada, alguien que plantea lo de la media naranja tiene todos los boletos para frustrarse y para arruinar su vida. Porque esperar en una persona y además en una sola persona todo, yo creo que eso está abocado a la ruina. En mi fantasía siempre ha existido más de una persona.

Una perspectiva ajena al contexto en el que se crio y a su educación amorosa.

Tampoco tenía muchas posibilidades de leer libros, nosotros no tuvimos radio ni radio-novelas, hasta los 17 años. Algún día las oía, porque iba donde mi amiga y estaban su madre y ella en la entrada con la radio-novela. Recuerdos tengo, pero no eran parte de mi vida, porque no tenía radio, probablemente no hubiera tenido

tiempo. Y las novelas de amor, de Corín Tellado y todo esto, tampoco. Algunas sí que circulaban en el pueblo, pero no tenía mucho tiempo. Además, mi madre siempre decía «¿por qué no leéis algo un poco más útil?», le parecía una pérdida de tiempo.

En mi infancia, todas las historias de amor que yo oía terminaban mal, en un drama para las mujeres. O de lo contrario acababan en boda, y ya veíamos lo que pasaba. Es más, diría que parecía que las relaciones que mejor podían terminar eran aquellas en las que todo era un poco más plano: se conocen desde niños, siempre han estado juntos y ahí están, son normalitos. Tampoco era una sociedad donde se hablase mucho del amor. Se hablaba de la vida en general, y además, las relaciones… yo estuve muchos años sin volver y me llamó la atención que las relaciones eran como muy iguales. Como si hubiera una continuidad de la infancia. También la escuela era mixta, jugábamos a los mismos juegos niños y niñas. Yo creo que teníamos como una continuidad, porque también es verdad que luego aparece la inmigración y cada una coge un camino. Pero no hay ningún matrimonio de esa comunidad, y hay muchísima gente, era una comunidad pequeña, pero muchos de la misma edad. Y el trato, yo noto que sigue siendo muy igual. Yo lo veo también ahora, yo me relaciono bastante de igual a igual con los hombres de mi edad, ¿como si no estuviese sexualizado? ¡hombre! no sé si tanto, pero desde luego, no aparece mucho, aparece más «tú eres Pedro, yo soy Pablo, yo soy Julia», como muy igualitario. El trabajo era muy parecido, solo había un caso de un hombre que trabajaba fuera y, además, era un caso en el que había malos tratos. En el resto, aunque existía desigualdad y los hombres tenían más poder, las mujeres heredaban y en muchos casos tenían una parte importante de la herencia, porque se solía compensar en los testamentos a quienes cuidaban a los padres, que solían ser las mujeres. Además era una comunidad autosuficiente y la base era tanto el trabajo de los hombres y de las mujeres. Luego también, las mujeres iban a dormir al monte, en verano se cuidaba el ganado de forma comunitaria, porque el comunal existía mucho, había mucho terreno que era comunitario, y muchas tareas que eran comunitarias, y las mujeres iban a dormir al monte. En todas las historias que yo conozco, no conozco ningún caso que se haya hablado de violación o de abuso, que me haya llegado a mí.

¡Hombre, de prevención, sí! Es decir, que las mujeres se acostaban, porque dormían en el monte, con una fogata. Parece que se lo pasaban todas muy bien, tienen unas historias bonitas, de risa y también de meterse miedo los unos a los otros a la noche con los lobos y todas estas cosas, pero no conozco, nunca oí ninguna historia de violación, acoso o cosas por el estilo. Me imagino que algo habría, intentos o vete a saber; pero se lo callaban o no sé.

En mi casa, el mensaje que yo recibía era que con los hombres hay que tener cuidado, porque te cuentan no sé qué milonga y luego…

Y soy consciente mientras la escucho de que las mujeres no valen igual en cualquier sitio, tampoco en nuestra sociedad y de que, a pesar de que Pilar saboreará en su vida la desigualdad por ser mujer, aprendió en ese contexto que ser mujer podía ser igualmente valioso.

Y reparo también en que el miedo es un instrumento de primera mano para que las mujeres se queden quietas en «su sitio».

Habla también de sus referencias respecto al amor.

En la adolescencia leí las novelas de las escritoras inglesas, que me gustaban mucho, por el papel tan fuerte de las mujeres, por esa búsqueda del amor, por un lado, pero también de la identidad y de su espacio, con todas las equivocaciones y todo ese mogollón.

Y hace poco leí una novela de Gioconda Belli[520] y me llamó la atención cómo se relaciona con los varones, cómo toma conciencia de la situación social, fundamentalmente a través de la búsqueda del amor. *Una vez más la ecuación amor, identidad, escritura, aprendizaje*… Pero también me llama la atención, la cantidad de veces que estás viendo cómo va a cometer el error, porque siempre el modelo no es ella misma, no se ha puesto a reflexionar mucho. Sí, reflexiona, pero yo creo que enseguida lo paraliza, porque entra un elemento masculino y entonces, ya se deja llevar. Me llamó la atención esa falta de fuerza y de reflexión, de auto-reflexión para decir «¿qué quiero yo?». Ese ir agarrándote a lo que vas encontrando por el camino, para ir buscando, evidentemente. Y también me llamó la atención el tema de los hijos, cómo todas las relaciones intenta completarlas con la maternidad. Siempre, como necesitando un bastón, diría. El bastón masculino.

Me han gustado también mucho los cuentos. Me encantan los cuentos de hadas, y de magia, las magas. Las princesas, no. Más la

maga, la bruja, esos personajes que tienen más poder. Yo siempre he pensado que tenían amor. Las princesas me parecían tan ñoñas, y encima siempre terminaban con un príncipe horroroso. Y encima nunca te contaban cómo había sido después. ¡Hombre! si hubieran contado cómo iba a ser la vida después, probablemente me hubiesen gustado, pero siempre terminaban justo cuando se casa con el príncipe. No le veía ninguna gracia. Las otras seguían viviendo su vida, haciendo lo que les daba la gana.

Y es perfectamente consciente de las contradicciones, de las propias y las ajenas. Como lo son todas las mujeres que me han contado sus experiencias. Como lo soy yo de mí misma.

Yo vivía en un mundo que estaba feliz y contenta, pero con una situación muy específica para las mujeres, muy encaminadas al matrimonio. Además en una comunidad de muy pocos jóvenes. Yo tenía una amiga. Había también dos chicos, el hermano de mi amiga y uno de mis hermanos, de la misma edad, luego, hermanos más pequeños, pero, de la misma edad, solamente nosotros. Y da la casualidad de que mi amiga se echa un novio. Entonces yo me dejo llevar. También me echo novio, porque era el amigo de la otra. ¡Hombre, yo a quien amaba era a mi amiga! que era con la que quería marcharme por el mundo, ir a hacer la revolución ya entonces, y a la aventura. Pensábamos que las mujeres podíamos hacer un montón de cosas. Pero, en un período en el que yo estoy menos con ella, porque estuve una temporada fuera, yo creo que ella ante el aburrimiento, quizá ante el despiste de no saber qué hacer, de encontrarse sola. Una forma de poder caminar en el mundo era al lado de un hombre, y entonces, se cogió a uno que le pareció simpático, cuando menos. Y yo me quedé muy perdida, porque cuando vuelvo mi amiga tiene un novio que ella decía que no sabía qué hacer con él, pero ahí seguía, con lo cual, yo siempre salía con ellos dos y tampoco estaba cómoda. Entonces, viene alguien y me monto en ese carro, pero yo creo que ni era la persona elegida ni era la indicada ni…

Una forma de poder caminar en el mundo ha sido (¿es?) al lado de un hombre.

Luego, él tenía demasiado dolor para entender lo que yo quería. Era un hombre que se había quedado sin padre a los 4 años, lo llevaron a un centro de acogida de monjas, donde todo era recuerdo

de maltrato; entonces, siente mucho el abandono de su madre, tiene dos hermanas, él el único chico, y nunca se ha sentido muy reconocido, tampoco, por ser el pequeño y él se siente aislado. Lo que hace es montar muchos mecanismos de defensa y vernos a las mujeres como elementos peligrosos, por lo tanto, estaba totalmente incapacitado en ese momento para recibir lo que yo quería darle, porque ahí estaba yo con mi amor.

Se aprende viviendo.

Primero lo intentas. Yo parto de que tenía una buena base, yo tenía mucho cariño y amaba todo, la vida, la naturaleza, los humanos, los niños, las mujeres. Tenía a aquel por el que había optado, y tenía que sacar lo mejor de él. Pero en ese proceso, también me doy cuenta que hay gente que está, por su propia historia, está muy incapacitada para amar. Aprendo también que todo no es posible, y digo que el mundo está mucho más lleno de gente, y que es una relación que tengo que romper, con dolor, evidentemente.

Por otra parte, en mi experiencia, en ese proceso que es mi primera relación sexual con el que fue mi marido, diría que hay una forma de vivir la sexualidad como exagerada, de querer llegar al otro a través de la satisfacción sexual; en él también. Ahí hay una historia con mucha pasión, pero es muy puntual. Rápidamente te das cuenta de que no es el camino. Yo tengo otras experiencias en las que lo sexual transciende más a lo que puede ser la cama, o el momento de fusión, sino que se alarga. Es el tocarte, es el estar… como un orgasmo prolongado. Pero en esa primera relación es el orgasmo y punto, la búsqueda del dar y recibir con el otro a través de lo sexual, en ese placer, pero que queda ahí, limitado. Yo siempre lo he vivido con mucha frustración. De llegar, de hacer que entienda, de que comprenda, de que entienda el amor que le estás dando, o el que le estás pidiendo. Ahí el orgasmo sería como si fuese el momento en el que por fin hay un culmen, por fin encuentras eso que estabas buscando, esa fusión con el otro. Pero que luego viene la frustración; después, pero después es ya mismo. Con lo cual, al final te das cuenta de que esa forma de relacionarte con el otro, en ese caso es otro y no otra, pues que realmente no me sirve. Yo lo he vivido como una relación donde al final siempre existe la frustración.

He vuelto a tener alguna relación esporádica, de ese tipo, con varones, siempre sabiendo a lo que responde, donde tú juegas ese papel, pero siempre sabes de antemano que está determinado ya a un momento y no esperas nada. En ese caso no ha habido frustración, porque previamente yo ya sabía: te gusto, me gustas, y ya está.

[*Igual que tras el destete el niño busca la mirada reconfortante de sus padres, con los ojos del amante, que la contempla la mujer quiere sentirse reintegrada en el Todo del que su carne se ha separado tan dolorosamente. Casi nunca queda totalmente colmada; aunque haya conocido la paz del placer, no queda definitivamente liberada del sortilegio carnal; su excitación se transforma en sentimiento. Al dispensarle placer, el hombre la ata a sí y no la libera*].[521]

Luego, otro tipo de relación es partir de otra base, de más iguales, de atracción, de ver el mundo juntos, y de la búsqueda del cuerpo, de la existencia, digamos, del estar, y eso, la verdad es que nunca me ha frustrado. Puedo decir que es donde me siento cómoda.

Y hacemos un salto y aparecen las primeras relaciones con mujeres y su percepción diferente de dichas relaciones. Y aparece también ya lo que llamaré la fluidez sexual que será común a muchas de las mujeres entrevistadas.

Con las chicas, yo creo que también han tenido esa misma connotación, pero yo le pondría como algo más alegre. Si me preguntas cómo ha sido mi relación con las chicas, yo diría que divertida, alegre, con menos necesidad de trascender. Es «ya estamos aquí, nos hemos encontrado, tú eres así, yo soy así, y nos vamos a divertir un rato». La primera vez fue con una mujer que era muy masculina. En su mente, en su construcción, todo, era totalmente masculina. Y de hecho, eso fue lo que a mí me hizo que no me interesara. Eso y más cosas. Pero por lo demás, diría que mis primeras relaciones con mujeres, han sido relaciones muy con eso, sobre todo con la diversión, el juego, el divertirme y pasármelo bien. Pero la percepción sería sobre todo de ese juego, del erotismo, del juego erótico, de pasártelo bien, pero diríamos que un juego en un espacio sin peligro.

El lesbianismo como algo lúdico.

Con los hombres, yo creo que siempre hay algo. Lo que yo

percibo es la búsqueda de la trascendencia, pero también con reto. Siempre hay algo de reto en ese encuentro, pequeño o grande, no sabría decirte cómo, pero es partir de no ser iguales. Y en la medida en que no eres igual, yo creo que hay algún tipo de reto.

A mí me va pasando una cosa, que en la medida en que van pasando los años, en la relación con mi compañero, como que se ha perdido esa situación de peligro. Entonces se parecería mucho más a lo que podría ser la relación con mujeres. Podría ser por la edad, no tanto por mi edad, sino por la de él. Como que también te vas dando cuenta de que en los hombres, aun los más majos y los más estupendos, siempre son más competitivos, y ya lo captas en la relación. Yo creo que hasta el mismo tema del cuerpo, el pene está ahí como ocupando mucho espacio. Entonces el tema del tiempo, de la edad, no sé si a todo el mundo le ocurrirá, pero yo lo que percibo es que somos iguales, somos muy parecidos, y vamos a ver cómo llegamos a divertirnos. Ahí sí que encuentro muchísimo parecido a las relaciones que he mantenido con mujeres.

En el caso de mi marido, yo diría que era un experimento, porque era una constante búsqueda, un intento de transformar aquello, un experimento largo en el tiempo. Pero yo siempre supe que eso no era lo que quería. Era como un desafío, porque si te metes en una historia, tienes que sacar lo mejor, además yo soy muy dada a eso, pero yo creo que sabía que ese no era el camino, siempre lo he sabido.

Y le planteo una pregunta que ella dejará respondida solo a medias, una pregunta que desafía esa supuesta ruptura de la heterosexualidad, del gusto sexual amplio, que encuentro también en otras de mis informantes: ¿Por qué entonces al final un hombre?

La relación más seria con una mujer estuvo condicionada por la diferencia de edad, y en mí eso pesa, no tanto porque me sintiese vieja, sino por los aspectos vivenciales que para mí son tan importantes, y esa es una parte, que con Jesús *[su actual pareja*] sí podía compartir. Yo diría que ahí ha estado lo fundamental. Yo creo que otra de las cosas era la pérdida. Aunque yo siempre intenté que el elemento masculino siempre estuviese ahí, pero veía que era la pérdida de conexión con esa parte, con los hombres, con mi relación con hombres. Y en cambio, a la inversa, sí es verdad que podía perder el aspecto sexual de esa relación, pero había otra parte

de la relación que no iba a perder nunca. Yo ahí soy muy conservadora. Pero a veces pienso que me tiran un poco más las mujeres, que podía tener ahí una tendencia un poco más… Pero ahora que estamos hablando, es esa parte que no quiero perder, también, con lo masculino. Y sobre todo, como el elemento masculino con el que estoy tiene mucha parte femenina, pues bueno, me soluciona la cuestión.

Y entramos en el tema de la seducción.

Seducir, conquistar. Para mí la conquista es intelectual, fundamentalmente. No es la atracción física, normalmente. Puede ser, porque si alguien es totalmente horroroso o… pero, ni siquiera en ese caso lo descarto. Para mí, la atracción intelectual es muy importante, la fundamental. No es tanto la belleza física como la forma de hablar, las cosas que le gustan, qué piensa de la vida, qué piensa de la vida y de la muerte, de la existencia, cómo ve el mundo, cómo ve a las mujeres, cómo ve a los hombres.

Yo en esas cosas soy lenta. Ha habido algunos casos en que no, que ha habido un momento, algún caso de solo físico también ha habido. Pero, yo creo que casi todo ha sido a través de procesos lentos, de estar con gente con la que coincides más de una vez. Una vez que lo tengo claro, lo planteo. ¡Hombre! tengo que ver seguridad, también. Algo tengo que haber percibido de que yo le gusto al otro, si no, normalmente no me tiro de cabeza. Es llevar la conversación a un terreno donde te facilite el acercamiento. Jesús me conquistó a través de la música. Sí, era oírle a él hablar de la música, de cómo la percibe. De hecho es una de las cosas que nos une. Con las chicas, yo creo que ha sido más el alboroto.

Yo conquisto más. Yo creo que tiene que ver con que me gusta mucho tener las riendas de mi propia vida, en todo suelo ir, suelo caminar por delante. Suelo tomar la iniciativa en casi todas las cuestiones que me atañen. Y en esa medida, también. Desde luego, no me siento con la pamela a esperar a ver si alguien me ve. Porque claro, yo ni soy alta, ni delgada, ni guapísima, por lo tanto, tienes que saber jugar con las armas que tienes. Yo creo que soy bastante ágil y…

Iba a decir «lista» y se ha callado, se lo digo.

Pues sí, igual lista. No me gusta perder. Te decía que yo sé que soy estupenda, que soy muy encantadora, porque la historia me lo

ha demostrado y además, ya sé que soy así. Por lo tanto, sé que tengo esos encantos, que tengo fácil la comunicación. O sea que, ya de entrada, tengo muchas posibilidades, porque no me resulta difícil romper las barreras, ni ningún tipo de comunicación. Puedo encontrarme con alguien y preguntarle por su convenio colectivo o por su madre, me da lo mismo, o por su niño, o por qué ha puesto para comer. Espero a ver la tristeza en el otro, o la alegría, o el deseo, todo eso lo tengo como muy desarrollado. Eso me lo pone fácil. Pero yo creo que ahí también, un poco condicionado por el miedo al rechazo, también. Si no tengo el 100 por 100 de seguridad; bueno el 100 por 100 o el 90, lo que hago es retirarme. No sé si eso es una torpeza. Pero así, patosa, en cuanto que vas a donde alguien y no sé qué, o en la propia relación, no sé, yo igual tengo muy buena consideración de mí, pero no me veo como muy pato.

He dicho que no muchas veces. Sobre todo en el mundo político, donde sí he tenido oportunidad, y desde luego, con historias largas, de estar ahí, más allá de la amistad, que sabes que está moviéndose algo. Y sí que he dicho muchas veces que no. También en el caso de las mujeres he dicho que no. O no me gustaba la persona o no he sentido necesidad en ese momento. No sabría decirlo muy bien. Pero sí que oportunidades, a nada que te fijes…

Poner a raya la sexualidad, regular la sexualidad en los diferentes tipos de amor.

En mí no ha decaído el deseo sexual. Mantengo relaciones sexuales, ¡hombre! un número menor que antes, dos a la semana, una semana uno, otra semana dos, otra… Me masturbo bastante y es una parte alegre conmigo misma y con su fantasía, pero conmigo, conmigo. Además, sin ninguna historia, diría que además, no sé, divertirme sin más. Imagino que si Jesús desaparece, por lo que sea, tendría que encontrar a alguien muy especial, y probablemente lo encontraría. Pero no lo veo como que lo necesitase.

He tenido una vida sexual rica, variada, me lo he pasado bien, lo he pasado regular y a veces un poco mal, o mal también, depende de cómo fuera la relación. Y bueno, pues ahora estoy a gusto, sé lo que hay. Que haga lo que haga, si tengo que hacer algo, sé lo que hay. O sé cómo soy. Sé cómo respondo en cada situación, no tengo miedo.

Y vuelve a otro de los temas cruciales y recurrentes: el amor (al menos en las mujeres, aunque también en los hombres que yo he entrevistado) como aprendizaje.

El amor me ha permitido avanzar pero sobre todo en la compresión de la realidad, del medio, de lo social, la comprensión a través de la historia, la comprensión de los porqués de la vida, de por qué la gente actúa de una manera, o actuamos. Sí, pero yo también sé que cuando me relaciono con alguien tengo que entender por qué actúa de una forma y no de otra. Y eso me hace a mí también conocerme.

Pero el amor es importante, porque es lo más cercano, lo más íntimo que tienes para relacionarte con quien sea. Y a partir de ahí, si tú logras tener ese espacio amoroso, todo va a ser más fácil. Tanto para conocerte tú, porque te vas a conocer a través del otro, como para conocer lo que te rodea. Desde luego, yo de mí he aprendido a través del amor, y a través muchísimo de mis amigas. Diría que son las dos cosas. Es más, con los varones, probablemente ha tenido que ser a través del amor para llegar más. Y a través de las mujeres, sería con lo vivencial, con sus historias, cómo viven, cómo viven ellas el amor, porque a mí quienes me cuentan cómo viven el amor son las mujeres, no los hombres. Con las mujeres, he aprendido de esa forma. Y por amistad, también. No he necesitado enamorarme de una amiga para investigar sobre cómo reconocerme yo, y reconocer al otro o la otra. Pero en cambio, en el caso de los varones, lo más que he llegado ha sido porque ha existido una relación amorosa. Lo demás ha quedado en un nivel de comprensión de la realidad, de lo sociológico, de no sé qué. También la literatura, que yo creo que hay hombres que escriben muy bien los sentimientos.

El amor condiciona a las mujeres, a la mayoría de las mujeres…

… de forma dramática. Yo he superado todo, o la mayoría, pero con precio también. Tienes que estar muy segura y tienes que tener muchos apoyos para poder ir saliendo, porque para salir de la primera relación fue fundamental el tener buenos apoyos y tener referentes también de que el amor es otra cosa. Entonces ahí la influencia de la literatura, las charlas, todo eso te da otra visión diferente de la vida, yo creo que eso ha sido, que justo conecta con aquello que sentía. No es una cosa que aprendo y que no, es una

conexión directa con mis sentimientos.

Pero yo creo que sigue siendo un drama la búsqueda de la felicidad, del proyecto de vida a través de una relación. Y luego, el amor y las mujeres. Todas las cosas se hacen por amor, y eso es a todos los niveles le está impidiendo desarrollarse en otros campos. A veces como madre, cuando es excesivo y no buscas vías para solucionarlo, o el amor al cuidado de los más cercanos que tienes al lado, o al amor en la pareja; es muy típico, separarse y automáticamente buscarse a alguien.

Las mujeres partimos de una situación de inferioridad, donde pasado un tiempo, si no eres de una forma, de un tipo x, la edad, hay un montón de condicionantes que históricamente te han dicho que no vas a encontrar. Y los hombres, en cambio, toda su memoria histórica viene diciendo que el patriarca de no sé dónde, a pesar de que está viejo y de que no hará nada, tiene no sé cuántas jóvenes a su alrededor; el padre siempre ha sido más viejo que la madre; el vecino tiene no sé cuántos. Eso les da tal seguridad, que es lo que hace que… porque yo sí creo que para los hombres es importante el tema del amor, no tienes más que ver cómo se desmoronan rápidamente. Eso también es un dato curioso, cómo los hombres también rápidamente buscan, no sé si es para que les cuiden, para que les hagan la comida, también, me imagino, que para que les quieran. Bastante más que las mujeres.

En el caso de las mujeres es cuánto tiempo dedicamos, ahí estaría el drama. Enamorarse no me parece una cosa estupidísima, otra cosa es que no hagas nada más y que abandones todo, y que dejes tu trabajo. Pueden ser muchos los factores, pero uno es la escasez. Nosotras igual no tenemos esa seguridad. Ellos sí la tienen. Porque tú, en la literatura o en cualquier lugar, en la memoria colectiva, no es una señora que tenía no sé cuantos amantes que la tenían locamente y estaban por ella, y le tocaban el clítoris ahora uno y luego otro, y luego le traían rosas y luego la bañaban en no sé qué. No, eso no existe, y eso creo que está operando en nosotras, porque no es lejano, está ahí, el amor es un bien, una capacidad que tenemos los humanos, con la escasez o la abundancia. Cualquier hombre puede. Cualquiera sabe que puede encontrar una mujer. Pero cualquier mujer no. Las mujeres sabemos de esa escasez.

Las mujeres sabemos de esa escasez.

Para las mujeres, el amor, ha sido un bien escaso. Tú fíjate en otras culturas, cuántas mujeres se quedaban viudas y se casaban con el hermano, con el no sé qué. Y tenían que quererle, además. Siempre ha sido un bien escaso para las mujeres. Yo creo que tiene que ver con eso. Habrá muchísimos factores, pero ese a mí me parece fundamental, como cualquier otra cosa.

Y entra ya en el balance final.

Yo creo que en mi búsqueda del amor… depende de cómo lo analice. En la primera relación, ahí sí creo que estaba totalmente condicionada, no sé si por el amor o por alguna relación que ya estaba establecida y ya no te podías escapar de ahí. Pero, en principio, como partimos de que era a través del amor o de las condiciones, pues podría decir que, ahí sí que me había condicionado. Lo que ocurre, es que yo eso lo sitúo en el proceso de crecimiento y de investigación de mi propia vida. Entonces, diría que no. Yo diría que era imprescindible en ese momento de mi historia y de la historia del sitio en el que vivimos. No lo podría haber hecho de otra manera. Luego, el tema de los hijos te limita. El amor a los hijos, ahí sí que hay una parte que dices que es optativo, pero que hay un montón de cosas que no puedes hacer, porque tienes una responsabilidad sobre ellos, porque cada día es un nuevo descubrimiento. Hoy me iría a no sé dónde, pero tengo hijos. En ese terreno, sí. Pero en el terreno amoroso, yo diría, que esa parte tenía que ocurrir, no había otra salida. Y en las siguientes, en las importantes de mi vida, yo diría que no es que hayan condicionado, sino me han ayudado a crecer. Han sido personas que lo que han hecho ha sido ayudarme a crecer.

Es curioso, pero yo no he tenido épocas largas de estar sola. Es importante en la medida de que siempre he procurado tener algo, lo cual ya es indicativo. Pero, yo sí creo que es importante para mí. Creo que me siento a gusto. Me siento muy querida, muy bien cubierta, porque si no, lo dejaría, desde luego. Y bueno, pues a volar. O también porque la gente, pero no es casualidad, de la que me he rodeado, desde luego, no ha sido gente que me ha puesto ningún impedimento para nada.

Buscar.

Tiene que ver con la edad. Yo creo que hay una edad de búsqueda. Me puse a reflexionar y me acordé de ti también *[se*

refiere a la antropóloga] y de las amigas que estáis en ese grupo de edad que yo también he pasado, y yo creo que hay como esa necesidad de afianzarse, de tener ese espacio como uno quiere. Ya por fin decir «quiero tener las cosas como a mí me gustan». Claro, para eso hay que buscar y darse sopapos. Y yo, en mi experiencia, yo pasé por ese proceso de búsqueda y en este momento tengo una situación donde estoy cómoda. Estoy a gusto, tampoco sé si va a ser el fin. Si no está Jesús o no está no sé qué, pues encontraré a alguien o no encontraré a nadie. En este momento, lo que yo siento es que puedo quedarme tranquilamente, que he vivido suficiente, que me siento a gusto, aunque no tuviera pareja. Podría estar perfectamente sin pareja.

Quizá no, quizá no estaría perfectamente sin pareja, pero en este momento sé que tengo un hallazgo entre manos.

En medio del relato, de una forma aparentemente casual pero certera, Pilar emite un diagnóstico y divide el mundo y su propia vida en dos. Aquellas/os que buscan y las/os que no buscan más, no al menos de la misma forma. Porque han encontrado el sosiego. Una búsqueda y un sosiego que va mucho más allá del amor; pero que a menudo lo incluye.

Después habrá en la investigación momentos dispares, intensos, habrá impasses y zozobras. Pero ese hallazgo, ya en la primera entrevista, justifica todo el proceso. Porque se cristaliza ahí una revelación. La antropóloga no es consciente del todo todavía, pero la intuye, la toca con la punta de los dedos.

A la antropóloga le gustaría poder decir que este libro está escrito desde el sosiego. Pero no puede. Y se conforma con haber intuido en esa primera entrevista (y luego en algunas otras también) la posibilidad del sosiego, también en ella misma. A través de las otras, sus semejantes.

Y ya no importa demasiado si es un estudio sobre el amor porque el amor no es más que una forma privilegiada de introspección, de aprendizaje, más allá de la necesidad de sentirse conectada, más allá también de lo que puede y no puede obtenerse a través de él. Privilegiada. Lo que no significa obligatoria. Privilegiada, precisamente, por su lugar central en nuestra cultura y en la vida de las mujeres.

Hay una tendencia en nuestra cultura a ver el amor, podríamos resumirlo así, como una forma de intensidad. Pero Pilar está apuntando

también en otra dirección, a las relaciones entre el amor, la búsqueda, la introspección, el sosiego.

Cuestión de amor propio (Loli)

> *Saber cómo ser solitario es central para el arte de amar. Cuando podemos estar solos, podemos estar con los otros sin utilizarlos como una válvula de escape*[522].

Loli tiene 52 años. Es hija única de una familia obrera y ha mantenido relaciones estrechas con sus padres (ya fallecidos) y otros miembros de su familia.

Trabajó desde muy jovencita en una de las grandes fábricas del País Vasco donde llevó a cabo tareas muy diferentes y donde formó parte del comité de empresa. La fábrica fue su primera escuela política, exigiendo derechos laborales a la patronal pero reivindicando también el sitio de las mujeres entre sus compañeros, en un ambiente absolutamente masculino. Hace un tiempo le concedieron una incapacidad por distintos problemas de salud.

Estuvo implicada en la lucha contra el franquismo y desde entonces ha militado, lo sigue haciendo, en diferentes organizaciones de izquierda y feministas. Siempre está dispuesta a echarle una mano a alguien si lo necesita y dice estar ahora en un momento de cambio, en un proceso de mirar más hacia ella misma, hacia sus propias necesidades. Es una persona buena, en el mejor sentido de la palabra, y al mismo tiempo crítica y con una manera suave pero firme de defender sus opiniones.

En su entorno familiar fue siempre una mujer a contracorriente, adelantada a su tiempo. Ha tenido pocas experiencias de pareja y algunos amores platónicos, pero conoce el deseo, hacia hombres y mujeres, y el placer sexual. Y tiene un círculo amplio de amigas íntimas que se apoyan entre sí y comparten política y tiempo libre.

… Hace poco que me han dado la incapacidad total por distintos problemas de salud, pero como tengo esta casa y no hago una vida de muchos gastos, me arreglo bien. Soy hija única pero mis padres ya están muertos. Ahora está una amiga conmigo pero he vivido muchos años sola.

Veo el futuro con tranquilidad. Estoy haciendo unos cambios importantes ahora en mi vida, porque me parece que todavía no he aprendido… quiero en ese terreno trabajar un poco más eso de estar a gusto conmigo misma, lo de aceptarme más, lo de ser feliz sin buscar en el exterior tantas gratificaciones… trabajar un poco más mi yo interior. Ahora voy donde Beatriz *[una terapeuta*] pero las cosas que Beatriz me dice, luego en la práctica, me doy cuenta de que me cuestan… Me dice una amiga que va conmigo, «¡qué poco has aprendido a decir que no!». ¡Estoy aprendiendo, después de tantos años!

Veo el futuro con tranquilidad, en la medida que ya lo del trabajo lo tengo más o menos solucionado… Pero me da miedo la dependencia, me da miedo. Me gustaría por lo menos tener una calidad de vida que me permita ser independiente. De momento, yo creo que es un horizonte que está ahí lejano y entonces lo vivo todo con una cierta tranquilidad. No estoy agobiada. Estoy bien.

Me gustaría tener más tiempo para leer. Siempre estoy haciendo cosas, haciendo cosas. Esa sería una aspiración, tener más tiempo para leer, dedicarme una tarde entera a leer una novela tranquilamente. Siempre he estado muy hacia fuera, muy hacia fuera, haciendo cosas, me enrollo con todo. Ahora le han operado a una amiga, y entre que le han operado, las reuniones… ¡vaya semana que he tenido! Necesito tener un poquito más de tiempo para tener una tarde libre para…

Y pasamos a otros temas que voy introduciendo en la conversación.

Yo he relacionado ser mujer con la lucha por los reconocimientos de nuestros derechos, contra las injusticias. En ese sentido sí que me he identificado con un colectivo, con mis amigas, con la gente que me ha rodeado. Lo he vivido en ese sentido, de ser… pero también en el sentido de rebeldía hacia lo que no me ha gustado de lo que había a mi alrededor, tanto en el terreno sindical como en el terreno social. Y luego en el terreno personal, pues también… todo el día procurando no hacer renuncias, intentando

trabajar por las cosas que te parecían bien, independientemente de que socialmente no estuvieran…

Por ejemplo, con el tema de los cuidados. Cuando yo cuidaba a mis padres… ha pasado ya bastante tiempo… estaba muy mal visto en mi medio tener a alguien que te ayudara. Ahora tener a una persona que te ayude es lo más normal del mundo. Cuando yo decidí y tomé la decisión, estaba muy mal visto. Me supuso muchos problemas, discusiones en mi familia, con mi padre; bueno, mi padre no decía nada, con mi madre. Mi madre lo explicaba a todo su entorno, diciendo, «¡fíjate qué…!». Pero yo creía que tenía que hacerlo.

Luego, en el terreno de las relaciones sociales, no he sido una chica al uso, he estado mucho tiempo fuera de casa, vida política, de reuniones, y eso estaba muy mal visto en mi entorno. Y sin embargo, tenía claro que no podía ceder. Y, sobre todo, yo he identificado el feminismo con el querer ser nosotras mismas, pero sin renunciar a cosas, y claro, eso sí que suponía un esfuerzo, un revindicar, un exigir.

Había actividades, por ejemplo, donde estaba más presente el ser mujer. Nosotras, en la fábrica, nos movíamos en un mundo muy masculino, en el que teníamos que trabajar duro. Primero con nuestros compañeros de fatigas, tenías que demostrar que tú valías, que tú querías hacer. Eso fue una gran escuela, porque cuando teníamos que currar, el grupito de chicas que estábamos también teníamos que currarnos nuestro espacio, nuestro hueco, en el comité de empresa o en las asambleas. Tú no tenías la misma experiencia que tu compañero que llevaba veinte años hablando en la asamblea, o los de los sindicatos. Pero nos currábamos el tener nuestra presencia, que se nos viera también a las chicas, que el comité… Fue muy interesante.

Cuando le pregunto sobre el amor empieza refiriéndose directamente al amor sexual.

El amor es como un abanico de sentimientos. Un abanico, digo, porque no es solamente un sentimiento; un abanico de sentimientos que van desde la atracción, el deseo, el querer estar con esa persona, el querer compartir… como muchos sentimientos, algo muy amplio.

Mis padres. Creo que entre ellos no se querían, se aguantaban;

yo creo que se aguantaban, simplemente porque les tocó vivir juntos, y no había cariño. No se comprendían absolutamente nada. A mi padre le condicionó siempre su enfermedad de tantos años, y creo que eso le marcó mucho. Tiempo después de morirse hice ese ejercicio de entenderle, de reconciliarme con él. Yo siempre me sentí más identificada emocionalmente con mi madre. Mi madre, como muchas mujeres de su época vivía para su familia, aguantando, cuidando. A mi padre le cuidaba, aún llevándose como se llevaban. Mi padre estuvo seis meses ingresado y mi madre iba todos los días a cuidarle estando también ella delicada. Hasta que cayó enferma en la cama, y eso ya fue el detonante para que yo decidiera buscar ayuda exterior, porque él estaba ingresado, le habían cortado la pierna, y a mi madre le entró una tromboflebitis. Uno ingresado y el otro en la cama. No se querían, pero la obligación de cada uno está ahí como muy presente. A mí su relación creo que me marcó mucho.

En los afectos también estaban mis tíos y mi primo. Este vivió mucho tiempo con nosotros. Yo siempre me sentí, me he sentido, muy querida por ellos.

El amor ligado al cariño, al afecto.

Y una vez más se demuestra que las referencias amorosas básicas, en la práctica, pueden ir más allá de los padres.

Toda la energía la he canalizado hacía otra historia; lo que me decía mi amiga, «no te lo has tomado ni en serio, o sea, has canalizado toda tu energía en otras cosas». Yo le he dedicado muy poquito tiempo y muy poquitas energías al amor. He tenido unas experiencias que han sido breves. Ni siquiera… ¡jolín! ¡ni siquiera sé si he estado enamorada! Ha sido en algunos casos atracción, deseo, en otros ha sido necesidad. Me acuerdo de una relación en la que yo me sentía bastante sola y era un apoyo, ¡qué bien me venía! Me gustaba, me gustaba muchísimo, me lo pasaba muy bien, era una atracción física fuerte.

Y luego, han sido esos amores platónicos que me he montado.

Pasé de que me gustaran los chicos a que me gustaran las chicas.

¿Cuándo me enamoro de la primera mujer? Hará 15 años… no, más, 18 años. Primero con chicos, y luego me enamoro de una mujer. Ahí sí que me da un amor fuerte. Se lo planteo, ella me dice que no, y durante mucho tiempo lo he vivido yo como mi amor

deseado y no realizado. Me costó dos años fuertes superar esa sensación de pena, de fracaso, porque estaba muy colgadita de ella. Pero he mantenido una relación muy bonita con ella, y creo que es una persona que reaccionó muy bien, que me ayudó mucho, que nunca fue un inconveniente que le dijera cuáles eran mis sentimientos, y con la que sigo teniendo una muy buena relación, la quiero mogollón. Ahora ya tal vez no exista ese amor o ese sentimiento que yo sentía al principio. Pero la sigo queriendo mucho y somos muy buenas amigas.

Ese fue mi cambio, que me di cuenta que me gustaban las… claro, me di cuenta que me gustan las chicas porque ya estaba abierta, porque ya empiezas a hablar en el feminismo, empiezas a hablar de la homosexualidad, del lesbianismo, empiezas a no tener tantos tabúes, y empiezas a ver con naturalidad que lo mismo te puede gustar un chico que te puede gustar una chica.

Las relaciones afectivas más fuertes las he tenido… no solamente afectivas de pareja sino de amistad, las he tenido con chicas. He tenido muy buenas amigas y sigo teniendo muy buenas amigas, con las que puedo contar, estoy, hablamos, me conocen, nos apreciamos muchísimo, nos queremos. También ha habido, hay de hecho, muy buenos amigos. Pero claro, siempre… igual ha sido algo inconsciente, que siempre he buscado más la relación con las chicas, por aquello de que entras en el feminismo, empiezas a trabajar con mujeres; casi todo lo que te rodea son mujeres. Si yo hubiera seguido en el sindicato, mis relaciones hubieran sido con los chicos de la fábrica, con los chicos del sindicato. Pero un poco, toda mi actividad social era entre chicas. En el grupo de mujeres, con chicas. En el partido hacíamos también reuniones con chicas.

Yo siempre le he dado mucha importancia al tema de los afectos. Me he sentido querida, y los afectos tenían mucha importancia en mi vida. Tal vez por eso, tal vez porque he buscado mucho la aceptación exterior, para sentirme a gusto, para sentirme bien, la necesidad de sentirme querida.

Mi relación con mis amigas me genera una dependencia hacia ellas, y de ellas hacia a mí. Yo estoy muy pendiente hacia ellas, de mi relación con ellas, me la trabajo; tampoco a veces es tan diferente de lo que puede ser una relación de pareja. Yo no tengo diferenciado el amor de mis amigas del otro. Las relaciones hay que

trabajárselas, y eso también te genera una dependencia respecto a las amistades.

Muchas personas que tienen relaciones de amistad intensas comentan no sentir demasiada diferencia respecto a las relaciones de pareja.

El amor romántico siempre ha estado presente en mi vida, ese amor de… Leía fotonovelas y oía las novelas de la radio. Me acuerdo que mi madre ponía las novelas. Ese amor romántico ha estado muy presente en nuestra vida, en mi vida también. Y yo… ¡claro, ese amor romántico no lo he visto en mi casa, mis padres no eran la típica pareja! Pero, a pesar de todo, las referencias exteriores han estado ahí, a través de la literatura, la radio, en aquel momento era muy importante en aquella época. Yo me acuerdo de haber leído fotonovelas, me gustaban muchísimo.

Fíjate, sin embargo, a pesar de todo, a pesar de ser mi referente, yo lo de la pareja nunca lo he tenido como un objetivo a alcanzar en mi vida. Tal vez… Por un lado, me influía el amor romántico que nos venía de fuera, pero por otro lado, la mala experiencia de relación de pareja entre mis padres, yo creo que me influía. «Yo no quiero que se repita esto, porque este no es mi ideal de vida», porque es que ¡me parecía! Yo no quería caer en ese tipo de relación que no me gustaba nada. Pero, tampoco me ponía la meta de un ideal de pareja… contradictoriamente. Por eso, porque por otro lado sí que tenía esa referencia. Pero claro, luego te metes en otras dinámicas y te vas cubriendo muchos huecos, muchos espacios en tu vida, te van dando muchas satisfacciones, y entonces, vas dándole más importancia que a cumplir ese objetivo de pareja. Yo no he vivido nunca con insatisfacción, con amargura no tener… Si me oyera mi amiga Berta[523] me diría, «¿¡cómo se puede vivir sin amor!? ¿¡cómo se puede vivir sin…!?».

El amor, un tema recurrente en las conversaciones entre mujeres.

Reconozco que es una carencia, y que me gustaría. Efectivamente, me gustaría muchísimo volverme a enamorar y tener otra vez una experiencia bonita. Pero, excepto los dos años, que me costó muchísimo superar el fracaso… bueno, no fue fracaso, el que no llegara a una relación no correspondida… pues yo no he vivido mal el no tener pareja.

Le pregunto por otro tipo de ficción amorosa que haya sido importante en su vida, además de las fotonovelas.

Hay una novela de ciencia ficción que leí que me gustó mucho,

en la que recuerdo que se da una relación a tres bandas, dos chicas y un chico, y me encantó, cómo está escrita, los sentimientos que despierta en ellos, la relación afectiva que hay entre ellos, entre los tres. Me ha venido ahora, mientras hablábamos. Me acuerdo que cuando la leí me gustó muchísimo. Quise volverla a leer y no encontré el libro. Es un libro de una autora, Marión Zimmer Bradley, que tiene muchos libros sobre un planeta que se llama Darkover[524], en el que hay una clase dirigente que tiene poderes, que tiene telepatía, que se comunica con la mente, y ahí se da la lucha entre quienes consideran que el poder tiene que estar en manos de todos, y quien considera que simplemente tiene que haber una élite que controle esos poderes. Estas tres personas son las que más esfuerzo están haciendo por contrarrestar los viejos poderes y que transciendan, y que el poder de la telepatía y los conocimientos que tienen estén al alcance de todo el mundo. Dos de ellos son pareja y la otra es una sacerdotisa, y se da una relación muy bonita entre los tres, sexual y afectiva. Me acuerdo que se me quedó grabado eso. Ahora, de repente, me ha venido.

Luego están las canciones de amor de Silvio Rodríguez, su poesía. Me parece que es un hombre que canta al amor, pero en todo. La primera vez que le descubrí, en aquella época que estábamos con la revolución, decía, «¡pero si este hombre solo habla del amor y de esas cosas!». Y luego, hice unas vacaciones con una amiga que había sufrido un desengaño amoroso, y nos llevó de aquí a Andalucía escuchando a Silvio Rodríguez todo el rato. Porque a ella le recordaba su película. Descubrí su poesía y a partir de ahí la relaciono con el amor. Ahora he descubierto también la música clásica, me encanta la María Callas o *El Mesías* de Haendel, los gorgoritos, me encantan. Pero sobre todo, fíjate, Silvio Rodríguez, que ha estado siempre, en todos los momentos, incluso en los de esa situación amorosa, de desengaño amoroso. Siempre me ha encantado y siempre he tenido una atracción especial. En algún momento te trae recuerdos de cosas que has vivido, de… Si tuviera que elegir una canción elegiría *Ojalá*[525], sin ninguna duda. Pero luego hubo una que se titula *Hoy mi deber era sumarme a la patria, arriar la bandera*, sobre la contradicción que él vive. Le echa en falta a su amor y al final lo resuelve soñando con ella.

Hoy mi deber era cantarle a la patria,
alzar la bandera, sumarme a la plaza.
Hoy era un momento más bien optimista,
un renacimiento, un sol de conquista.

Pero tú me faltas hace tantos días,
que quiero y no puedo tener alegrías.
Pienso en tu cabello que estalla en mi almohada
y estoy que no puedo dar otra batalla.

Hoy yo que tenía que cantar a coro
me escondo de día susurro esto solo.
Que hago tan lejos dándole motivos a esta jugarreta,
cruel, de los sentidos?

Tu boca pequeña dentro de mi beso conquista,
se adueña, no toca receso.
Tu cuerpo y mi cuerpo cantando sudores, sonidos, posesos, febriles temblores.

Hoy mi deber era cantarle a la patria,
alzar la bandera, sumarme a la plaza.
Y creo que, acaso, al fin lo he logrado soñando tu abrazo,
volando a tu lado.

Ojalá la relaciono con la mujer esta con la que no llegué a tener una relación. Con que no me hiciera sufrir. Y la otra más, un poco con mi historia, con cómo era yo de cumplidora, mis deberes, mis obligaciones. Y esa canción, cuando la pongo, la tengo que oír dos veces, porque… Me produce una sensación agradable, de bienestar, y deseo volverla a escuchar otra vez.

Libros. Me acuerdo, me acuerdo que leí a Alberoni, en aquella época parece que descubrías algo. Él diferenciaba el enamoramiento del amor. Igual fue en la época en la que estaba yo tan colgada. Diferenciaba dos estadios: uno era el del enamoramiento, que era la primera situación en la que vives, en la que es todo muy intenso, muy intenso. Y luego, el amor que es ya una situación más de sosiego, que ya están establecidas un poco más las bases de la relación. Y claro, ha perdido ímpetu la primera parte, esa en la que

todo te parece maravilloso.

Algunos libros, como este de «Enamoramiento y amor», de Alberoni, junto con el de «El arte de amar», de Erich Fromm[526]*, serán claves para toda una generación y serán citados por más de una informante.*

La película *Maurice* me gustó mucho, ¿te acuerdas de *Maurice*? Era un hombre homosexual de la época victoriana. No sé por qué esa película estuvo muy presente, la tuve mucho tiempo en la cabeza. Él estaba enamorado de un amigo homosexual, rico, déspota. Tienen una historia, pero su amigo hace un matrimonio de conveniencia. Él empieza a tener una relación con el criado del amigo y se enamora de él. Al final se reencuentra con su amigo. No sé si fue ese reencuentro el que me marcó mucho. Esa película me gustó durante mucho tiempo, la tuve mucho tiempo en la cabeza. Últimamente me ha gustado mucho también la de *El jardinero fiel*[527].

Y vuelve a sus experiencias amorosas «escasas».

Yo he tenido muy poquitas experiencias. Amores platónicos, te dirían mis amigas, «¡pero si tú siempre dices "¡cómo me gusta fulana!"!»… Es verdad, me recreo en ello. Quiero decir, que en la medida en que yo no he tenido muchas experiencias, que han sido muy poquitas, y tengo 52 años, me he recreado en fantasías de esas. Es una forma de pasármelo bien. Y les digo, «¡jo! he conocido a una chica que me ha encantado, ¡qué maja!», y me dicen, «ya está, ¡qué bien! nos encanta oírte».

Para algunas de mis amigas mi situación es de carencia, así lo viven y me lo manifiestan continuamente algunas con las que hablamos mucho de ese tema. Yo creo que hay mujeres que no podrían vivir en mi situación, por eso están machaconas en la insistencia en la carencia, ellas no podrían vivir en esta situación. O si la vivirían, la vivirían mal, con mucha frustración. Y sin embargo, yo muchas veces pienso en algunas relaciones que mantienen ellas que yo tampoco las querría.

Esta presión del entorno hacia la gente que no tiene pareja o relaciones conocidas es una constante en nuestra sociedad, sobre todo respecto a las mujeres, sea cual sea su ideología o su medio de vida. Una consecuencia, como decíamos, de una idea del sujeto como carencial, en déficit, si no tiene amor/pareja.

La historia con mi amiga… era totalmente platónico. Con los

otros chicos, la verdad es que se acabó y se acabó, no pasó nada. Con el cubano, con lo a gusto que estaba con él, le di la vuelta enseguida; también, era joven, igual también tenía muchos pájaros en la cabeza, mucho futuro por delante, muchas perspectivas de muchas cosas en tu vida, muchos proyectos. Entonces, no se acababa nada, se acababa aquello, pero no se acababa nada demasiado importante y demasiado… que no fuera posible sustituirlo por otras cosas. Había muchos proyectos en mi vida y en mi cabeza. Teníamos una relación de cuadrilla en la que era una relación bonita, con nuestras salidas al monte. Luego, los proyectos de la fábrica, del partido, de todo, del sindicato, de las mujeres, todo en ebullición en aquel momento. Se acababa una parte de mi vida, pero no era una parte que no fuera posible sustituir por otra, incluso por otros sentimientos.

Una vida diversificada permite relativizar la experiencia amorosa.

Y la otra persona, la conocí también en una salida que hicimos. Pero soy poco decidida. He tenido muchos miedos, tal vez muchas inseguridades, creo que las he tenido. Si yo hubiera tenido gente que me hubiera echado los tejos, pues igual hubiera sido más fácil. Pero como tengo la sensación de que tenía yo que echarlos y trabajármelos yo más, ahí he sido más cobarde, más insegura. Y luego, vas y vas tirando por ahí los tejos, no te sale bien, y entonces, te desanimas. Todo es una mezcla de cosas, el poco esfuerzo, la poca importancia que le das, centras tu vida en otras cosas, y luego te cuesta… y dices, «¡pues bueno!», igual en ese sentido tenía que haber sido más decidida.

El cubano era un hombre diferente, alegre, me gustaba mucho estar con él, simplemente me atraía. La relación duró unos meses. Se marchó luego a Cuba, tenía que marcharse y… Luego, yo creo que nos escribimos algo, pero yo tenía claro que esa relación no podía continuar. No me acuerdo si él me dejó o le dejé yo de escribir. Creo acordarme que le dejé yo de escribir, como que ya se acababa la relación. Yo veía que la relación acababa. Era bonito lo que duró, lo de la distancia de Roberto Carlos[528] y esas cosas. Me gustaba que me achuchara, que me besara, que me tocara. Yo creo que también era bonita en ese sentido, la relación física era bonita. Era muy romántico, te encandilaba mucho con una canción que le recordaba mucho a ti, que le gustaba mucho bailar contigo con la

música romántica, mandarte detallitos, regalitos, frases y cosas así… Y me gustaba su contacto físico, su olor. Su olor durante tiempo lo tuve… luego me comentaban, que los negros, muchos negros consideran que tienen un olor especial en el cuerpo y que se dan cosas… Y este tenía un olor característico, y yo creo que se daba alguna crema o algo, porque olía… Su boca, sus labios, sus ojos. Me fijo mucho en esas cosas. Fue hace muchos años. ¿Estábamos con Franco todavía? ya había muerto, igual. Pero él era comunista, él era cubano de Fidel, del Partido Comunista, de las Juventudes. Y su preocupación por las mismas cosas que yo; era como muy humano. Tenía demasiado idealizadas algunas cosas, sobre todo de su mundo. Pero era una relación que yo sabía que… aprovechábamos el momento. Ponernos en una esquinita a achucharnos, meternos en un portal a achucharnos, y eso. Fue muy bonito. En ese sentido fue muy bonito. Yo estaba como muy con pájaros en la cabeza, tenía muchas cosas en la cabeza. Muchas cosas, actividades, con la cuadrilla, con él de hacer muchas cosas, salidas. Sobre todo porque yo creo que también le daba a esa relación como que era una cosa esporádica, ya lo sabía yo. Mi vida no estaba ahí, no ponía todos los… Él me dijo, «¿por qué no vienes?».

Me supuso en mi familia un cristo tremendo. Porque en aquella época, que te vean con un negro, encima achuchándote. Y no sé quien vino a mi casa a contarlo. Alguna vecina o algo… Era impresionante, porque mi madre montó una; eso que ella no era racista, decía. Yo lo tenía claro pero también te afectaba. Ahora lo veo desde la distancia, pero claro… Mi madre me montó un consejo familiar. Vino mi primo, y delante de mi primo me dijo que no quería nada a la familia. Yo venía muy tarde a casa en aquella época, aprovechaba y quedábamos e igual llegaba a las
00:00
. Y mi madre… era una cosa increíble. En aquella época era más joven, era tal vez, más valiente, pero me montó un consejo familiar, un consejo de guerra. Un día me dijo una vecina, «tú madre, qué preocupada está por el hombre este», y le dije que se dejara de preocupar, que ya se había marchado.

No tiene nada que ver la gente que me ha gustado. La mujer esta, por ejemplo, que me ha tenido tan enrollada, sería la antítesis

de lo que yo idealizaría. Físicamente no es una belleza, es pequeña. A mí siempre me ha gustado el tipo más alto, siempre me han gustado los chicos más altos, y si eran un poquito más bajos me creaba problema, porque en ese sentido sí que he sido acomplejada. Esta es pequeña, no tiene unas características que yo idealizaría, pero sin embargo, ¡una atracción!

Yo me acuerdo con el chico que me enrollé, que era gallego, me acuerdo que en aquel momento era purita necesidad. Yo me sentía… Yo me voy con una amiga de vacaciones, ella se enrolla con un tío, además, fue una relación muy fuerte la de ella con él. Yo me siento solísima y digo, «si a mí este hombre no…». Pero me lo paso muy bien, tengo una experiencia muy bonita con él. Pero no estoy nada enamorada de él, y quiero volver a dejarlo, pero me siento muy sola, y continúo.

Es una persona muy consciente de sus habilidades pero también de sus limitaciones y necesidades.

Una característica de mi forma de ser es la timidez. La he superado muchas veces, sobre todo cuando era un trabajo hacia el exterior; responsabilidades, deberes… que me suponían una superación de esa timidez o de esa inseguridad que me caracteriza. Sin embargo, en el tema de la pareja he hecho poco esfuerzo, porque creo que era un terreno en el que yo no me sentía nada segura. Entonces, como me sentía un poco insegura, y como… pues nada, lo he dejado ahí, un poco apartado. Y sin embargo, he dedicado más esfuerzo a otro tipo de relaciones, yo siempre creo que he buscado la aceptación, el que me quieran… yo querer, pero también el que me quieran. Yo creo que ha sido esa una característica mía. Ayer me decía una amiga que le comentaba que estaba haciendo estas entrevistas, «nunca te lo tomabas muy en serio». Me he dedicado a hacer otras cosas que sí que aportaban gratificaciones, en las que sí que me sentía. En la amistad yo creo que es recíproco: yo propongo y me proponen. En ese terreno me siento como más segura.

Yo era una mujer que no era como esas que ligan… no sé cómo son… pero, las que gustan. Yo no era una mujer muy atractiva. Lo he percibido de joven, cuando iba a bailar, cuando iba a los guateques… no quiero decir que no tenía relación allí, pero sí que me daba cuenta que con respecto a otras mujeres. Igual tiene que

ver más que con el físico, con la forma de ser. Pensando… ¿me ha podido influir que yo no me sentía atractiva, para una serie de gente? Yo creo que tiene mucho más que ver la forma de ser, estar más retraída, tener más miedo.

Hay gente que tiene facilidad para relacionarse, para hablar, que no se corta. Yo creo que tiene más que ver con las características de la forma de ser, que con el físico, porque gente que físicamente no es de los prototipos, cuando tiene una forma de ser muy determinada, muy abierta… Pero en mi caso el físico me ha podido retraer. Siempre he sido gordita, tenía los dientes muy para afuera… ¡Ah! por ejemplo, lo de los dientes, yo tenía los dientes muy para afuera. Claro, en mi casa no había dinero. Y mi madre siempre decía… me llevaba la mujer a un lado, a otro; pero como era mucho dinero, imposible. Era mucho dinero en aquella época. Y yo cuando entré a trabajar, me acuerdo que me dijo una mujer, «¿por qué no te arreglas esos dientes?», y dije, «¡es verdad!». Fui a un ortodoncista y me los arreglé, con 17 años. Pero siempre he sido gordita, muy alta y en el mundillo en el que yo me movía, las chicas no eran muy altas, eran más normalitas. Ser muy alta, a veces puede ser, podía ser en aquella época que las chicas no eran muy altas… pienso yo, dándole vueltas que eso ha podido influir. Yo he tenido siempre las piernas muy gorditas, con celulitis, y me acuerdo, una vez que nos fuimos de vacaciones una amiga y yo, fuimos con unos chicos, y uno de ellos se me declaró y no me gustaba a mí el hombre; y me decía, «a mí me gusta cómo eres», y me acuerdo que en aquel momento pensaba yo, «hay algo que no debe de ser muy agraciado, porque para que me diga eso, que me gusta cómo eres». Y, cuando me ha interesado alguien, he sido mucho más cortada, he tenido que hacer mucho más esfuerzo, ¡jo, y me da una rabia! Con la otra gente puedo ser mucho más normal, más natural. Sin embargo, en cuanto me gustaba alguien especialmente, cortadísima. Entonces, como son terrenos en los que no te sientes cómoda, te mueves en otros terrenos en los que te sientes más cómoda…

Una mujer segura de su deseo.

El deseo es eso que te pasa en el estómago, que se te pone una cosa en el estómago; el deseo de estar con ella, deseo de besarla, deseo de abrazarla. Lo mismo con los chicos. Pero bueno, en este

caso como la situación no llegó a nada. Yo creo que sí, me sentía muy atraída hacia ella. Luego analizaba, y sí, me sentía muy atraída. De hecho, eso es algo casi que permanece en el tiempo. Hombre, luego se amortigua. No es siempre, pero, sí, era deseo. Luego… En otras situaciones, también… pero eran diferentes situaciones; desde la atracción física, el deseo, la necesidad física, a la necesidad de afectos; porque eran situaciones en las que te encuentras un poco más baja y dices, «¡jo! no sé si fulano, no sé si me gusta mucho», pero empiezas a salir y bueno, bien, te cubre las necesidades de afectos, de cariños, de estar ahí, te cubre un hueco y bueno…

Una mujer que vive de formas diversas su sexualidad.

Yo tengo muy buenas relaciones de masturbación. Las he tenido mejores, porque ahora… esto sí que tiene que ver con la edad, o con el que ya le das menos importancia. Yo me lo he pasado muy bien. Entonces, lo he utilizado sobre todo, como una fantasía sexual. Y sobre todo, en los momentos que igual necesitas evadirte. Pero sobre todo, como una fantasía.

Y terminamos hablando del amor y las mujeres, de los cambios pendientes.

Una cosa que me parece fundamental es que en base al amor se justifiquen tantas cosas que son tan negativas para las mujeres. En base al amor, en base al mal llamado amor ¿no? se han justificado tantas cosas que nos han perjudicado, tantas situaciones de dependencia, de falta de proyectos propios, de incluso de sufrimiento, porque hemos aceptado, en base a ese mal llamado amor, que ni siquiera creo que es amor, situaciones negativas. En la medida en que las mujeres somos más capaces de tener esos referentes, esos proyectos, es más fácil que vayamos proyectándonos en el amor, pero de otra manera diferente. Que nos proyectemos con vida propia, con proyectos propios y que la dependencia del amor nos haga menos daño, sea diferente. Sí que es verdad que todo tipo de relaciones generan dependencia, pero hasta cierto punto. Que nos situemos en un plano más positivo para nosotras en el tema del amor. El cambio tiene que ser de fondo. De cambiar los papeles, de cambiar los valores, tiene que cambiar todo eso para que realmente nos situemos en un plano más de igualdad, donde el respeto sea algo básico en la relación.

… hablando de futuro.

En el futuro no me imagino con nadie. Algunas veces digo, «¡jo, qué bonito enamorarte, vivir en pareja!». Pero por otro lado… es que no quiero. En el fondo, yo creo que es eso, es que no quiero. Igual, a la hora de idealizarlo está muy bien, pero a la hora de decir, por ejemplo ahora, «me gustaría tener una experiencia», en todo caso me gustaría que fuera una experiencia donde cada uno en su espacio y coincidimos, pero… Lo que más valoro es el tema de la amistad.

En este momento de mi vida busco una mayor tranquilidad, aunque todavía no he puesto mecanismos para ello, porque tengo una facilidad para volver a meterme en vorágines tremenda, unida a una serie de dolencias físicas que me condicionan y que no quiero ir con el cuerpo a rastras como he ido hasta ahora, pues no me siento en… Me cuesta ponerme en esa onda y buscar más en el tema del amor. Como que en este momento busco otras cosas, mis preocupaciones ahora irían por otro lado. El cuerpo lo llevas a rastras, y el cuerpo aguanta hasta que aguanta, y te está dando toques, pero tú ni caso. Bueno, pues ahora quiero vivir la otra etapa, la de más tranquilidad. Pero no sé si sabré…

Muchos meses, muchas entrevistas, muchas conversaciones, lecturas y reflexiones más tarde, la antropóloga seguirá dándole vueltas a la relación entre distintos tipos de amor a los transvases necesarios entre la amistad, el amor materno-filial, el amor de pareja… a la retroalimentación entre el amor y todo lo demás.

Se ama como se vive, o se vive como se ama. Solo eso.

Para amar «de otra manera» hay que vivir «de otra manera». Pero amar de otra manera te cambia (seguro) la vida.

Si, como señalaba el escultor Jorge Oteiza[529]*, la solución a un enigma está siempre fuera del mismo, es preciso buscar fuera del amor para reinventarlo, trascenderlo, ¿reencontrarlo?*

Aprendizajes, experiencias y compromisos (Rosa)

… Es un espacio fuera del tiempo en el tiempo… ¿Cuándo he experimentado yo por primera vez este abandono exquisito que solo es posible entre dos personas? La quietud que sentimos cuando estamos solos, esa certeza de nosotros mismos en la serenidad de la soledad no son nada comparables con este dejarse llevar, este dejarse llevar y dejarse hablar que se viven con otro, en cómplice compañía[530]*…*

Rosa tiene 48 años y es enfermera. Vive con su pareja en un pueblo pequeño del sur de la Península. Es la única mujer que he entrevistado que no vive ni procede del País Vasco aunque bastantes de sus referencias, como veremos, presentan semejanzas con las del resto de entrevistadas.

Sus múltiples actividades políticas y su forma de ser, expansiva, simpática, cercana, comprometida, han hecho que tenga un mundo de relaciones y una vida social muy amplia y diversa. Un compromiso social y humano múltiple que comenzó con su experiencia como cristiana de base, y que siguió, aunque reformulado, cuando se vinculó a una organización de izquierdas. Resalta mucho en su discurso la importancia de la imposición normativa del cuidado en las mujeres y también la diversidad de realidades femeninas. Habla también de las dificultades de los hombres, de su analfabetismo emocional, aunque percibe en ellos el cambio.

Dice haber perseguido en su vida el sentirse deseada y haber tenido una vida sexual y amorosa muy ajetreada. Ahora está más centrada en su pareja con la que lleva muchos años de relación.

Hacemos la entrevista en su casa, en un pueblo pequeño. Es verano y luce un sol radiante. Comenzamos a hablar mientras prepara una paella de marisco, sabrosísima, que comemos después, mientras seguimos hablando. Una conversación que parece no acabar nunca y que se prolonga después del café, mientras fuma un porro y mientras me enseña su casa, todavía sin acabar del todo, que está siendo construida en parte por ella y por su pareja.

Soy canaria de nacimiento pero he ido por muchos sitios. Tengo una vida normal, en la que me encuentro bien. Tengo varios pilares importantes en mi vida. Un pilar importantísimo es el estar metida en esto *[se refiere a la militancia política, general y feminista*]. Mi trabajo, que también me gusta mucho, es otro pilar; mi pareja es otro pilar. Mis amigos son otro pilar.

Hay un momento importante, cuando entro en todo esto, cuando empiezo a meterme en movidas sociales, y sobre todo en el feminismo. Para mí fue un descubrimiento, fue como de repente darme cuenta de que muchas de las cosas que me pasaban también le pasaban a otras mujeres, que no era yo «la culpable», que mi vida, que nuestras vidas podías ser de otra manera, y supuso un momento muy importante… tendría yo
15,16
. En la política empecé con 17.

Otro momento importante fue cuando se me vino todo abajo también. Eso fue hace casi 15 o 20 años, cuando se me cae el comunismo y se me cae la idea de partido y se me cae una forma de ver la realidad… Entonces, hubo un momento también, de desconcierto, de vacío, me di cuenta de que mi forma de mirar a la realidad me había llevado a equivocaciones y que en el futuro sería más cauta a la hora de emitir un juicio.

El tema de lo personal es un ámbito que me preocupa mucho, mi relación de pareja, mis amistades, me importa la gente en general. Aunque suene estúpido, me gustaría que la gente fuese más feliz. En mi vida han sido importantes mi madre, mi padre, más tarde también Marisa, una amiga mía. Carlos, mi pareja ahora; y luego, personajes de… es que no acabaría, muchísima gente. Pero todas juntas han sido importantes para mí porque han abierto mi cabeza, y les debo, en parte, lo que soy: personas de mi asociación, amistades. También gente muy normal, mis compañeras de trabajo, mis vecinos.

Y a pesar de que se siente comprometida con su pareja y de que nombra a personas concretas durante la entrevista, ese compromiso múltiple, con gente y tareas sociales, es una característica central de su biografía.

Me siento mujer pero, si pudiera ponerme carteles, me pondría uno que pusiera soy mujer, otro soy andaluza, otro soy canaria, otro

soy pacifista… todos esos sí, tendría que coger un montón. Para mí darme cuenta de que ser mujer, ser hombre era una construcción fundamentalmente social, supuso un revulsivo importante, el rollo de decir, «soy mujer y puedo hacer un montón de cosas, no van a conseguir meterme en un corsé», podemos elegir cómo y qué queremos hacer con nuestras vidas. Pero a medida que esos corsés han perdido peso, pues la verdad es que mi identidad «de mujer» ha perdido peso. Sí, soy mujer pero muchas más cosas. Creo que cuando digo soy mujer no digo muchas más cosas de mí que cuando digo, soy canaria, pacifista, solidaria.

En lo que más me veo como mujer es en el tema de los cuidados, el tema de cuidadora. Ahí sí que veo que es algo que me ha atrapado mucho en la vida y que sigue estando muy presente. Y en otra época, ahora tampoco, en el sexo. Pero también creo que en otra edad, cuando parecía que las mujeres no podíamos tomar la iniciativa; cosas frente a las que me rebelé.

A mi alrededor veo mucha diversidad. Cada vez me resulta más difícil decir qué es lo que tenemos en común las mujeres, pero si pudiera coger cosas que haya más comunes a las mujeres, el tema de la cuidadora. Eso lo veo muy presente aún. Pero veo a muchas mujeres desaprovechando el ser mujeres, la verdad, y me da mucha rabia. Junto a esto, veo otras cosas. Flipo cuando veo la tele y veo mujeres que danzan, mujeres que suben los 8000, tantas mujeres que antes no estaban… yo qué sé, me siento orgullosa de los avances, de lo que hemos crecido y claro, me duele lo que queda por andar, todas aquellas a las que todo esto les queda aún demasiado lejos porque la vida no les deja espacio para poco más que para la supervivencia.

A los hombres los veo como perdidos, con dificultades en el manejo emocional, una especie de analfabetismo emocional. Lo que no quiere decir que las chicas no tengamos problemas en este ámbito. Los veo que ven que ya hemos cambiado y que hay cosas que ya han cambiado, que no serán como antes y los veo como perdidos, descolocados, con poca conciencia de lo que tienen por ganar. Ellos también están cambiando, a ritmo más lento en ocasiones desesperante, hay sectores donde el modelo de hombre tradicional sigue teniendo mucho peso.

Y este tema del analfabetismo emocional de los hombres es también

una constante en todas las entrevistas, incluidas las realizadas a varones.

Para mí el amor es un sentimiento o una capacidad que tenemos, como un sentimiento de aprecio hacia otra persona que me hace desear el bien de esa persona, que me hace desear su bienestar, que desarrolle su vida, es gasolina, es calor, es un café… Es el café calentito, gasolina para vivir… y también es lío. Si tuviera que elegir una imagen elegiría la de los viejecitos cuando los veo cogidos del brazo, porque te da la sensación de que han podido con las dificultades, con el paso del tiempo…

Me enamoré por primera vez con 15 años, como una vaca-burra, pero loca de amor, ¡una cosa! Duró 6 meses, me dejó. Estuve hecha polvo 4 años. Me costó mucho salir. Pero aprendí mucho. Aprendí mucho, en aquella época escalaba y me dije: «chica, te has cogido a una clavija y se ha caído. En el futuro, nunca olvidé que mi vida no podía depender hasta ese punto de una persona, que tenía que tener más puntos de apoyo».

Estuve 4 años fatal. Fui de las últimas de mis amigas que tuve relaciones sexuales, me pesaba mi pasado cristiano, y a mí aquello me costó lo mío, romper con aquello. Pero cuando me tiré al barro, aquello era ya… De los 20 a los 23, incluso antes, de los 19 a los 23, era para allá, para acá, con uno, con otro, vamos, sin parar. Como una especie de «pendulazo». Y luego me enamoré otra vez con 23 de un tío que estaba enfermo del corazón, Fernando, nuestra vida de pareja estuvo muy marcada por su enfermedad, decidimos dejarlo por mutuo acuerdo tras dos años de convivencia. Y luego me enamoré de Carlos. He estado con él 25 años, lo he dejado dos veces porque me he enamorado de otras personas. Porque me tiré muchísimos años creyendo en el príncipe azul como una loca, hasta que a base de guantadas me di cuenta de que no existían. Proceso duro y costoso pero que me hizo cambiar mi idea sobre lo que era el amor para mí.

Yo creo que te llega un momento en que renuncias a buscar. Yo me tiré muchos años buscando, porque para mí el amor en esa época era puro sentimiento, había amor si lo sentía, si estaba en las nubes y buscaba continuamente alguien que suscitara esos sentimientos en mí. Y llega un momento, con

años, en que empiezo a verlo de otra manera, y me di cuenta de eso, de que el amor es algo que no viene dado, sino algo que hay que construir, alimentar. Ahora lo que quiero es alguien que me ayude a vivir, alguien que me haga la vida más fácil y agradable, que está ahí. Con Carlos llega un momento que digo, «bueno, tengo lo que quiero». Y además, me di cuenta de que discuto diferente. Antes discutía haciendo un listado de mis reclamaciones y necesidades frente a las suyas. Ahora no, ahora quiero arreglarlo, quiero entender sus razones, quiero que entienda mis razones, quiero que lo arreglemos y… tengo menos prisa, será por los años… Me he dado cuenta de que es más efectivo, además. Él está en la misma onda y se esfuerza.

De nuevo la búsqueda.

Mirando un poco para los hombres, veo en ellos dificultad de identificar los sentimientos, los sentimientos pueden tener una gama enorme y hay que saber distinguirla. También los jóvenes. Tienen dificultad para distinguir entre estar deprimido y estar amargado. O entre estar triste y estar… Hay gamas. Confunden todo, a una sensación que no habría que hacerle mucho caso le hacen mucho caso. Y luego, veo que les resulta muy difícil. Mi hermana lo explica muy bien, dice, «cuando mi marido llega a casa, según cierra la puerta ya sé cómo viene, pero ya puede cerrar la puerta y yo estar llorando en una esquina, que ni se entera de cómo estoy yo». Es no ponerte en la piel del otro, que tú ya sabes a qué obedece una emoción, qué hay debajo, pero ellos no lo hacen, son un desastre. Te pones a discutir y ves que hay un problema, que no saben. Verás, yo en casa tengo como un centro de terapia, aquí viene mucha gente a charlar, y entonces lo que yo veo es poco recurso para resolver líos, mucha falta de empatia, de ver lo que le pasa al otro, qué hay debajo de lo que dice el otro, veo que hay problemas de recursos, y luego, veo también menos espíritu aventurero…

Un componente fundamental para mí ha sido siempre la posibilidad de vivir yo mi vida, eso ha sido siempre desde el principio una cuestión importante.

Esto va a ser también una constante en todas las entrevistas, la negociación explícita o medio explícita, más allá de la relación, bajo la forma que sea: actividades, amigas, amantes… El tiempo propio.

Sentirme querida, para mí ha sido muy importante también. Sentirme deseada, sentir que me valoran. Y lo he conseguido, no en absoluto pero sí. Claro que a costa de pelearse con una misma para que la necesidad de que te valoren no te convierta en un títere de los otros. Pero echo de menos, porque no lo he tenido, más… me gustaría más alimentación intelectual. Por ejemplo, yo no soy ninguna intelectual, pero siempre he tenido mucha inquietud por leer; y Carlos es justo lo contrario. Entonces, eso sí lo echo de menos. Ha sido un componente que no he tenido, pero también he pensado que una pareja no tiene por qué darte todo y que eso lo tengo en otros ámbitos y que lo puedo encontrar. Yo creo que ayudarte a vivir, que me ayude a vivir no es poca cosa.

Si tuviera que valorar mis relaciones, del 1 al 10, repartiría los puntos entre mis amigos, mi familia y el amor. Y en mi caso al amor (de pareja) creo que lo pondría por encima de los otros. A mi familia más que a mis amigos. A mi pareja le pondría un 9, y a mis amigos y a mi familia un 7, aunque hay diferencias entre unos y otros amigos o familiares. En mi relación de pareja tengo la sensación de haber recibido más que dado, algo inverso a lo que me sucede con el resto de las relaciones.

Ha tenido relaciones con mujeres pero absolutamente esporádicas.

Me gustan más los hombres, me pide más el cuerpo eso. Hubo una época que decía, «esto no puede ser, seguro que me puede gustar, voy a probar», y no está mal, pero lo que me pide el cuerpo… es raro que pase una mujer y diga… ¡cómo me gustaría irme con ella a la cama!, aunque me ha pasado, de decir, «¡qué guapa! o ¡cómo me gustaría!»; lo más frecuente es que me pase con un hombre.

Carlos es cariñoso, respetuoso con mi vida, considerado hacia mí, con mucha capacidad de relación con otras personas, trabajadores, con inquietudes. Ahora me estoy dando cuenta de que son características que tienen todos los que me han gustado; todos no, el primero ese que te decía que me gustaba quizás era más el típico
play-boy
, el típico guapo; además, yo era la fea, tenía complejo, y el hecho de que el guapo se fijara en mí era… me puse por las nubes.

Durante muchos años he tenido relaciones aparte, él no; estaba

todo el día de pampaneo, hasta que te toca a ti y, amiga, ya te lo empiezas a plantear de otra manera, eres más consciente del dolor que produce y te preguntas si merece la pena lo que se gana con esas relaciones.

Las quejas de las mujeres.

Pero en mi trabajo que es gente más normal, así de que me voy con fulanito, de que aquella está casada, que no sé qué… lío a mansalva. Y lo que describe la gente, la gente describe insatisfacción. Aparece mucho este tema de no sentirse cuidada por sus parejas masculina, esa es una queja muy extendida. Cansancio de sentirse responsables principales, de siempre estar pendiente de la relación para alimentarla, de las tareas, los hijos, los padres/madres; ahí sí que veo que hay lío, con demasiada frecuencia ellos van «a lo suyo» y piensan poco si salpica. Él se levanta a lo suyo y tú te levantas y estás pensando en los niños, en que no hay azúcar… Y veo los avances, en gente que me rodea, en mis amigos/as pero es frecuente que siga persistiendo esa desigual preocupación.

Rosa tiene muy claro cómo fue aprendiendo a amar.

Empecé en el mundo cristiano. Amar para mí fue muy importante, porque era la idea del amor cristiano. Estaba estudiando. Cuando pasé al instituto me metí y estuve hasta 3.º de enfermería, que ya me metí en política.

Yo quería hacer algo para que el mundo fuera mejor, a mí no me gustaba el mundo como era y eso lo aprendí de chiquitita. Mi padre era agricultor. Mi abuelo materno tenía mucho dinero, pero eso no afectó a mi familia. Con mi padre trabajaba mucha gente que no lo tenía y yo convivía con ellos, porque de pequeña jugábamos con los niños del trabajo y yo no estaba con gente de dinero, estaba siempre con ellos. Entonces, yo veía cómo vivía la gente que no podía. Tenía la necesidad de hacer algo. Y luego, yo creo que era el modelo de niña de aquella época, *Pollyana*[531], yo quería ser Pollyana, la niña buena, que todo el mundo, «¡qué buena es esta niña!». Ahí empecé, como una niña muy buena que quería ganar a todos con su amor, con su alegría.

Luego, la siguiente influencia fue el feminismo, en la manera de amar evidente. Con algunos principios. Primero, amar no es una obligación, es una opción. Segundo, tengo derecho a hacer mi vida, amar no significa renunciar a lo que quiero hacer; y tercero, tengo

derecho a entrar en el terreno amoroso, no tengo por qué esperar a que me toque, tengo posibilidad de elegir. Y luego, todo lo que supone el desarrollarte tú como persona, que eso te viene bien para amar y para más cosas.

Lo primero que recuerdo fueron unos debates que hicimos con unos artículos de una catalana, una de Barcelona que la trajimos a aquí a unas jornadas de la Asamblea y que hablaba del tema de la centralidad del amor para las mujeres, eso es lo que venía a plantear. Era un poco rígido nuestro planteamiento, pero fue útil para entender que el amor era una parte, no el todo. Todas las discusiones sobre el tema de la dependencia afectiva, al tema de cuidadoras, también. Eso para mí fue fundamental.

También mi madre influyó en mi educación. Mi madre fue una mujer tradicional pero muy abierta. Era hija de una familia rica, la menor de 12 y la única mujer que estudió. Y mi padre era un campesino del campo. Y mi madre fue una tía que toda la vida nos metió lo de que había que ser independiente. Mi madre fue muy poco querida por mi padre, lo digo porque hay muchas cosas en las que me identifico con ella. No sé si esa necesidad de que me quieran tiene que ver con lo que vi en ella. Mi padre siempre estaba de putas por ahí. Éramos cuatro hermanos, yo la segunda. Además mi madre siempre se sinceraba conmigo, desde que tenía 13 años. Mi madre me contaba todas las relaciones sexuales con mi padre ya de más mayor. Tuvo una existencia muy triste, muy sola, y yo estaba decidida a que por ahí no pasaría. Antes de morir mi padre pude hablar con él y entender sus razones, tampoco él fue feliz en su relación.

Luego se refiere a su experiencia en el grupo cristiano que aparecerá en otras de las informantes, una experiencia práctica, con todas sus limitaciones, de vivir en igualdad.

Yo me acuerdo de aquella época en el grupo cristiano, me acuerdo de las discusiones. Era además la presidenta. En aquella época aquello era la hostia, era muy liberador, teníamos
15-16
años, poder hablar con un chico de tú a tú, de cómo nos relacionamos, a un nivel ético. Y luego, tenía una cosa buena, y es que aquella cosa mala de estar con hombres, llegué a confesarme de «hablar con chicos» contaba con el beneplácito del Santísimo

haciendo bueno lo que entonces era pecaminoso, estar con chicos. Aprendí a vivir sin culpa determinadas cosas. En otros aspectos, por ejemplo la sexualidad, la influencia cristiana fue muy perniciosa en mi vida. Mis primeras relaciones sexuales fueron muy traumáticas, estuve más de un año con vaginismo. «De eso» no se hablaba. Además, en mi casa eso también fue tremendo, a mis padres no se les veía darse un beso ni atados; y en el terreno sexual eran de ideas tradicionales.

Y pasamos a las películas, las novelas.

A mí me gustaban mucho las películas que le gustaban a todo el mundo. Una que me volvía loca era *La luz del fuego*[532]. Una institutriz, una mujer que se hace madre de alquiler, y luego da su hija a otro que se la compra y folla con él para tenerla, y se queda enganchado con él. También *Casablanca*[533], aquellas típicas de amor de las de toda la vida. Me acuerdo que cuando vi *Crease*[534], con 18 años, la del Travolta, dije, «¡presentarme a este, por favor!». Me sentí muy identificada con la chica. Era la niña buena que salía de la comunidad cristiana, llega aquel y al final termina siendo lo que él quiere que sea. Yo creo que son cosas que te influyen. ¿De qué manera? yo creo que son más como frases, como cortes, como sentimientos, más que como un argumento.

Una cosa, los argumentos… Otras, los cortes/frases/sentimientos.

Pero cada vez me gustan menos esas películas. Hubo una época que tenía muchas ganas de verlas. Ahora no, ahora es que las veo de mentira. Me acuerdo cuando vi *Pretty Woman* por primera vez, ¡por dios, si es la cenicienta! No, ahora menos.

De libros me han gustado mucho *La Regenta*[535], *Madame Bovary*[536] los clásicos. Recuerdo cuando leí *Madame Bovary* le cogí manía a Madame Bovary porque la veía tan egoísta, tan pensando en su culo. Pero me gustaba por eso, por ser mujeres que rompían un poco con lo que se suponía que tenían que hacer. A mí me iba el amor pasional, aventurero, loco, ese tipo.

De música, me gustan mucho las baladas de Gary Moore. Es irlandés, ¡hace unas baladas! Yo la música la tengo muy asociada al amor; por ejemplo, *Let it be*[537] la tengo asociada con la época del movimiento cristiano. Un día que nos fuimos a una cueva, estuvimos con la música de los Beatles, un grupo de gente, y *Let it be* la relaciono con mi primer novio. Con Femando… con Fernando

eran los Dire Straits, los Supertramp. Con Carlos, Avalón, The Roxy Music, Gary Moore. Con cada uno unas canciones. Con Mario, el Elton John. Elton John no, Phil Collins. Luego tengo algunas canciones, algunas músicas que me pongo para animarme. Cuando estoy así mustia me pongo gospel y en otra época también Tracy Chapman.

Yo tampoco oía mucha música, yo era militante de terreno, de poco leer, poco oír música.

Y vuelve a lo que ella llama sus locuras de juventud.

Una no se levanta diciendo «creo en el príncipe azul», pero cuando yo estaba con Carlos, me iba con otro tío, y cuando me iba echaba de menos a Carlos. Vivíamos separados. Estaba con él, le dejaba, me iba con el otro, y cuando se pasaba la nube, la época esa de la enajenación mental, volvía. Y además, hubo una época que iba buscando tíos como una loca, ¡si es que he llegado a estar con 3 tíos a la vez! De los 28 a los 40. Es que estuve como loca. Y llegó un momento en que me daba cuenta de que eso no era. Y además me preguntaba, «¿por qué tengo que estar siempre buscando?». Y entonces, me di cuenta de que necesitaba sentirme deseada, deseada como mujer. Hubo una época en la que yo necesitaba eso y me daba cuenta de que estaba buscando una cosa que no existía. Iba buscando un sentimiento perpetuo, el tener unos sentimientos de una manera perpetua. Y me daba cuenta de que en el momento en el que pasaba esa fase… Lo que necesitaba, lo que quería era más profundo.

Luego, poco a poco, echándole mucha razón… Por ejemplo, me surge una aventura… hace poco no sé donde, y dije, «Rosa, eso es enajenación transitoria, ya sabes lo que es eso». Es decir, me hablo a mí misma, y me rajo, intento ver la realidad que la emoción me deje ver. Y a la vez no quiero dar la espalda a lo que siento. Como dice no recuerdo quien, no podemos elegir lo que sentimos y deseamos pero sí lo que hacemos con esos sentimientos y deseos. Entonces, ahí voy haciendo equilibrios. Cada vez me importa más Carlos y lo que tenemos, no quiero hacerle daño. También es comodidad, es que no me quiero complicar tanto la vida.

¿Cuántas veces me habré enamorado? Una, dos… cuatro. Yo lo asocio con un sentimiento, es un sentimiento de sentirte querida, de deseo, todo junto. Cuando estás enamorada, te tiemblan las manos,

te sudan las manos, no te salen las palabras. Con muchas personas eso ha durado 6 meses, 1 año o así. Muy fuerte. Y con Carlos fue al revés, curiosamente, no me daba eso a mí, no me temblaban las manos. Y poco a poco, poco a poco, poco a poco me fue enamorando el tipo de persona que era, cómo me trataba, su respeto hacia mi vida y mis decisiones… estaba tan cómoda y a gusto con él…

¿Distintos tipos de amor?

No sabría decir dónde está la diferencia entre ese tipo de relación y otros. Yo creo que con esa persona desarrollas más cosas, compartes más cosas, pero que igual lo podía haber hecho con otra. Yo he estado hablando con un amigo africano y su mujer, y cuando habla de cómo viven el amor, es curioso, no tiene nada que ver, se lo plantean como una cuestión práctica y se acaban enamorando. No sé cómo decirte, como que el sentimiento es algo que luego se consigue. Lo importante es a ti qué te hace falta y a mí qué me hace falta, cosas más prácticas. En su caso parece una cuestión práctica. Quizá también en mi caso haya sido así. Yo creo que hay una cuestión que es práctica, de que esté cómoda, de que me resulta fácil vivir así, pero no sé si puede ser diferente. Creo que es diferente, el pellizco. Hay muchas formas de amar y claro, hay mejores y peores formas de amar.

Y hay un punto de misterio en el deseo ¿por qué el cuerpo se me pone así con esas personas y no con otras?

Y repasa su historia amorosa y sus desamores.

El primero, como te decía, lo conocí durante una movida cristiana y nada, me fijé, nos mirábamos, nos hicimos muy amigos, y en unos ejercicios espirituales… ¿cómo me lo dijo? ¡aquello fue! pero porque yo me sentía muy querida y para mí eso es muy importante, porque en mi casa tampoco fui yo muy… mi hermana la mayor era la guapa… y yo «la buena» como que yo pasaba más desapercibida o al menos eso pensaba yo en ese momento. Y entonces, yo me sentí tan importante por sentirme querida, me parecía tan la hostia que me quisiera a mí. Y luego, claro, todo mezclado con un misticismo bestial, los dos queríamos ser misioneros, nos íbamos juntos a África. Tuvimos relaciones sexuales después de dejarlo. Y traumáticas, eran las primeras, fue con él. Y entre la culpa y eso. Al principio fue horrible.

Bueno, ese desamor fue un desgarro bestial. De hecho, una vez sentí que me habían cortado el cordón umbilical y me habían dejado en la calle. Me acuerdo que se lo conté en una terapia que estuve haciendo hace años porque no tenía ganas de tener relaciones sexuales, y me dijo, «¿de verdad que no has leído nada de…?», y luego me enteré de lo de Freud, con las madres, pero esa era la sensación que tenía y no sabía nada de Freud. Era una sensación física y psicológica, de «¿qué voy a hacer yo ahora?». Era por un lado una sensación de que se me caía todo, y por otro lado, la sensación de, «¡cómo puede ser que el amor acabe!». Aquello no lo podía entender.

La última vez que me ocurrió, que fue con Mario, que también me la agarré muy gorda; es una sensación muy de no estar bien, como si te faltara algo, una sensación… Lo que pasa también es que el desamor es a su vez muy liberador cuando sales del atolladero.

La primera vez, después, vas diciendo, «pues porque no voy a enamorarme»; yo en cuatro años es que ni me fijaba en ningún tío, que no me entraba nadie, no estaba en capacidad de recibir a nadie. Y además, quería volver con él, lo intentaba. Me vine a estudiar aquí, pero siempre que venía procuraba coincidir, las cosas que haces, los numeritos estos. Y los tres últimos años de esos cuatro, fueron ya de, «¡tengo que dejarlo, tengo que dejarlo!». Lo pasas con depresión, te aguantas. Te aguantas y te vas a la calle a hacer otra cosa, procurar pensar en otra cosa, no hay otra. Y llorar de cuando en cuando, permitirte… Porque a mí si algo me da mala experiencia es aguantarme lo que siento, luego lo he vomitado. Y no hay otra cosa. Alimentar mucho mi vida propia, por ejemplo. Eso siempre para mí, el activismo social y ese tipo de cosas, también han sido importantes, eran mi vida, mi opción, mi esfera de autonomía… Entonces, yo sabía que aquello era mi mundo, lo que yo quería, lo que… y que ahí tenía un buen pilar donde agarrarme siempre, y que estuviera con quien estuviera, tenía un espacio mío, en el que encontrarme con otras personas. El siguiente desamor duró mucho menos, 15 días, además con chulería, porque como lo hizo mal, el otro chico fue muy bueno, pero este lo hizo tan mal, que el cabreo que tenía me iba estupendo, porque me daban ganas de mandarle a la mierda, no me costó nada. Sin embargo, romper con «los buenos» es más doloroso.

Seducir es algo que se le da bien, en lo que se ha entrenado.

Yo tengo una boca muy grande. Me decía una amiga mía, «tú ligas mucho, tienes la boca muy grande». Quiero decir que me suele caer bien mucha gente, no suelo ser de esa gente que solamente le gusta un mundo restringido de personas… Me gusta que sepan conversar, eso es una cosa que me atrae mucho. Que tenga una conversación interesante, que razone, que tenga puntos de vista, que te discuta, eso me gusta.

Y mientras me lo explica parece que se acuerda de alguna situación concreta y se le cambia la expresión.

… gente que me trate bien, ese tipo de cosas. Yo cuando veo que una persona, un tío o una tía, trata bien a alguien, se me queda muy grabado, porque es fácil que te traten bien cuando te desean, pero si trata bien a los otros/as… Esas cosas se me suelen quedar mucho. Ha habido de todo. Ha habido gente que la he conocido que no me ha dicho nada y en un momento determinado no sé por qué me ha llamado la atención. Y me ha ocurrido también de flechazo. ¿Por qué? no sé. En el caso de Femando fue un flechazo, lo vi y… Pero me suele llamar mucho la atención lo que dicen y luego, cómo se comportan. Mi pareja pesa muchos kilos. Me acuerdo que al principio, «¡cómo puede estar tan gordo!», como que no me lo permitía. Pero al final, mira, no le daba importancia. De los cuatro, tres eran guapos a rabiar. Y el Carlos de los menos guapos. No, por el físico, no. Pero yo reconozco que me he echado para atrás; me acuerdo por ejemplo, de un rollo que tuve con un tío que tenía un problema en las manos, una malformación, que tenía los dedos deformados y reconozco que me costó. Estuve y estoy con ellos, pero reconozco que es verdad, que nos pesa el físico, me daba rabia, pero era verdad.

Enseguida noto si le gusto a alguien porque quiere estar conmigo, hace por coincidir. Yo creo que lo bonito que tiene esto es la seducción, un juego intermedio de medias palabras, de ambigüedades, que tú no tienes la certeza absoluta de que sea verdad, tienes la duda. Entonces, en la medida en que vas intentando descartar esa duda con más juegos, te vas dando cuenta de que sí, que te buscan a ti. Pero también a veces no te enteras, no te lo puedes creer, me ha pasado también eso, que no te puedes crees que se fije en ti. La forma en que suelo seducir, la palabra,

procuro que no se me note, a la vieja usanza, me hago la durilla y estas cosas, para cerciorarme del deseo del otro y bueno, pues eso, intentando plantar la mejor cara de ti. Te sale intentar decir cosas ocurrentes, divertidas, miradas, cosas de este tipo.

Seducirme… creo que son un poco desastre. Por ejemplo, la relación más reciente que he tenido. Me he encontrado con tíos que son un poco desastre en esto de la seducción. En este caso yo llevaba la iniciativa. Y, la sensación que tienes de que tú gustas, es diferente. En el caso de Carlos sí que fue, pero yo creo que… A ver, ¿cómo me seducen a mí? es que yo creo que no hacen nada en especial. Bueno, en el caso de Carlos sí. Carlos sabe perfectamente cómo seducirme. Por ejemplo, llego cansada a casa con algún lío en la cabeza, «¡tranquila! ¿qué te pasa? a ver, cuéntamelo». No dice nada, escucha, «¿quieres que te haga un cafecito? ¿no tenías que hacer no sé qué? ¡deja de limpiar, ponte a hacer lo que tenías que hacer!». Ese sabe perfectamente cómo me tiene que… De ir a trabajar y encontrarme siempre una notita en el coche puesta. De cuando no tiene un duro y ahorra durante no sé cuantos meses para regalarme un equipo de música que tengo arriba, buenísimo, llegar a casa y encontrarme con una pancarta enorme, de 5 metros, «te quiero». Cosas de ese tipo.

Tiene claro también que ha sido pero que ahora ya no es estereotipadamente romántica.

Para mí, el amor romántico es un amor donde el sentimiento prima por encima de todo absolutamente. Eso por un lado. Y por el otro es la rajadura. Un día estás en el infierno y el otro día estás en el cielo. Ese amor de telenovela, de te quiero hasta la muerte, y mañana estamos sufriendo por cualquier bobada a la que le das una dimensión desorbitada… Yo he sido muy romántica, pero yo creo que cada vez menos. Y además no me arrepiento, en absoluto. Pero que soy mucho, muy romántica, muy de vivirlo todo… «no me ha mirado», y «¿por qué no me ha mirado?»; así es el amor romántico. Entonces, yo he tenido mucho del amor romántico de ese, de que he hecho las tonterías que he hecho. Pero no, ahora ya no me compensa. No, porque ya sé lo que da de sí, ya lo he hecho muchas veces. Los primeros polvos son fantásticos, entre otras cosas por la fantasía que uno le echa a lo que ha sucedido. Pero una vez que pasa el tiempo, como que se vuelve… empiezan los líos, y no me

compensa. ¡Hombre, yo todavía mantengo alguna cosita! Tengo mis batallitas. Con este chaval quedo por ejemplo de cuando en cuando. Hace poco hemos quedado en Madrid. Igual al año nos vemos dos veces. Yo me hago mi desahoguillo, me viene bien para darme cuenta de que me desean todavía y ya está, pero sé lo que quiero, quiero estar con Carlos.

Y me cuenta partes de su contrato con su pareja actual.

Hace muchos años nosotros hicimos un acuerdo; y hace poco renovamos el acuerdo de qué hacemos en el caso de que aparezcan terceras personas, si nos damos permiso o no, o qué problemas le vemos. Sabemos que traerá problemas, pero hemos decidido hacerlo y no decírnoslo hasta que pase el tiempo. Ese es el acuerdo. Luego, depende también de qué tipo de relación exista con esa tercera persona, si es algo importante, lo hablamos. Ahora no suelo ejercer con terceros, como mucho, cuando estoy sola, por las noches, cuando ponen las pelis porno en tv, debajo hay citas, pero no de esos profesionales, son personas que llaman que quieren echar una paja por teléfono. Y llamo. Últimamente, llevo una fase de 3 o 4 meses que llamo mucho pero después puedo estar años sin hacerlo. Ese tipo de cosas. Y bien, últimamente lo llevamos muy bien, porque antes era muy frecuente, ahora no. Ocurre muy de cuando en cuando.

No comparto todo con él. No comparto con él todo lo que siento… yo creo que en todas las parejas en algún momento se sienten sensaciones de estas horripilantes de, «¿qué hago yo con este?»; ese tipo de cosas, y eso no lo comparto, claro, sería un dolor gratuito.

Y luego, ha habido terrenos en los que me ha costado más compartir, por ejemplo, insatisfacciones en el terreno sexual. Lo que pasa es que también me he ido buscando la vida y aprendiendo a buscar las formas de decirlo. En general, hay pocas cosas que no comparto. O cosas más de su familia, en las que no me quiero meter, cosas de ese tipo. En el mundo de las ideas, de la actividad social pues no, hay otra gente con la que comparto mucho más, pero si lo cogemos en conjunto todo, es la persona con la que más comparto.

A la relación yo le pondría más vitalidad, un poquito más de marcha. Sí, que a veces me parece que nos metemos aquí con la

huerta, con tal… me gustaría decir: «vamos a hacer una excursión a no sé dónde, vamos a ver tal película». Carlos de eso tiene poco, Carlos más bien tira para atrás. Por ejemplo, películas. Pues no le gustan las películas que a mí me gustan. Al final ¿qué ocurre? que con frecuencia me acomodo y acabo viendo el cine que él quiere.

Pero en conjunto no quitaría nada a mi vida amorosa. He metido la pata hasta el cuello, he hecho muchos disparates, pero creo que eran necesarios quizás inevitables tal cual era y pensaba. Es que ahora tengo una sobrina que está como yo al principio de todo. Tiene 28 años, ya se ha separado 2 veces también. Va por el mismo camino que yo. Es que tienes que vivirlo, es que te tienes que dar veinte veces de hostias, es que a mí no me entraba, porque cuando todo el mundo me decía que me bajara de la nube, yo les decía, «¡déjate de rollos!, es verdad que cuanto más subo más alto caigo, pero yo prefiero subir aunque después me la pegue».

Le señalo que lo que acaba de decir de su sobrina, de aprender a base de golpes, es contradictorio con su idea de que hay que trabajar el tema de las relaciones amorosas con los jóvenes. Pero ella no lo ve contradictorio. Considera además que es un tema especialmente difícil, el trabajo con jóvenes.

La gente joven se identifica con la intensidad en el amor, con el amor romántico. Yo creo que en la vida hay cosas que te dan satisfacciones muy fuertes y muy pasajeras, y hay cosas que te dan satisfacciones muy profundas y muy duraderas. Vivimos en una sociedad en la que se sobrevalora la emoción, yo creo que la gente joven anda «sedienta de emociones», va de emoción en emoción… Para mí es esa idea, un ser humano que está detrás de sentir, sentir, sentir; ante todo y sobre todo. Por ejemplo, creo que estas cosas están detrás del consumo de alcohol, del consumo de algunas sustancias, de esa necesidad de sentir. El tema es ¿cómo transmitir esto? claro, yo creo que los sentimientos profundos cuestan trabajo, tener un amigo, son años, tener satisfacciones profundas en lo intelectual, son muchos años de estudio, de equivocarte, disfrutar de una música. Entonces, creo que ahí hay un problema. ¿Cómo transmitir lo que estamos pensando? Porque lo que se está haciendo es insuficiente. Yo no me meto con el amor romántico, no se me entiende, o mejor se te tiene «por aguafiestas», así que lo dejo ahí no me peleo con la palabra, pero sí interrogo, «¿cómo alimentar un

amor de calidad?, ¿qué es para mí un amor de calidad?», ¿vale todo en el amor?…

Entramos en una discusión sobre si eso que llamamos amor romántico implica siempre desigualdad o no y sobre cómo ofrecer modelos variados y alternativos sin necesidad de perder intensidad para que la gente no tenga que hacer los mismos procesos que está comprobado que tienen efectos negativos sobre las mujeres, los hombres.

Y subraya algunas condiciones.

¡Hombre! Una cosa fundamental es tener un proyecto de vida propia, porque para mí la relación con otras personas es el poder gestionar bien el espacio propio y el espacio compartido, en lo que se coincide y en lo que no. Y entonces, eso se supone ya que facilita que desarrolles un montón de recursos. Tener vida propia al margen de tu pareja. Para mí eso es fundamental porque siempre hay algo que tira de mí, es algo que me presiona en el sentido de no dejarme atrapar por una relación que me nubla o limita. Eso creo que es importante. Pero en la práctica hay un problema, el peso y el valor que le damos a las satisfacciones que aporta el amor enganchan mucho.

Tener vida propia, si es estimulante, si es rica, ayuda a plantar batalla y a ser más capaz y libre a la hora de decidir qué queremos y qué no queremos en la relación, y a tener una vida satisfactoria con o sin pareja. Pero es difícil que esa vida propia reporte satisfacciones en el corto plazo si se acaba de iniciar ¿no? Quiero decir que a veces no tenemos esa vida propia, pero te pones y a la de unos meses, te das cuenta del valor y las compensaciones que te reportan otras cosas, otras relaciones… Quiero decir que estamos insertos en una realidad en la que al amor de pareja se le da la supremacía en «la escala social» del amor. Se le da mucha importancia frente a todo lo demás, pues también valoramos de diferente manera lo que hacemos con la pareja X, que con tu madre, con tu amiga o con tu vecina… Pero es verdad que habría que pensar en esos elementos para no perderte en el amor, pues también habría que reubicar en esa escala de valores dónde está el amor y dónde está lo demás.

Uno de los problemas serios que tienen las chicas jóvenes es que están deseando tener novio. Para nosotras era lo contrario, era como una victoria el estar sola. Ahora es como que si no tienes

novio te falta algo.

Y le comento que en bastantes entrevistas o conversaciones con feministas ha aparecido esta idea de que las personas que tienen pareja son consideradas «más», o al menos que a las personas que no tienen pareja parece que les falta algo. Tú les dices, «qué les falta?», y no saben bien qué decir, pero al final concluyen, «que después de todo estamos mejor con pareja». Aunque sabes que hay gente que vive muy infeliz con su pareja.

Sí, una cosa es lo que digamos y otra cosa es cómo actuamos. Y yo he visto a muchas feministas amargadas por no tener pareja. El amor de pareja es una posibilidad entre otras muchas. Lo que pasa es que es muy difícil en la cultura en la que vivimos, porque tú vas al cine y ¿cuántas películas ves en las que se valore la amistad y que sean comerciales? Quiero decir, que las vea todo el mundo. Porque habría que hacer un ejercicio de cine comercial, pero que fuera de ese tipo. Es que fíjate, yo estaba pensando…

Yo he pasado momentos con amistades y con personas absolutamente placenteros, agradables y magníficos. Sin embargo, de la propia catalogación que hago, como que los pongo a otro nivel, veo que yo también estoy metida en eso. Yo tengo amigos que son de toda la vida. Tengo amigos en Segovia, una en Madrid. Pues nosotras a lo mejor nos vemos una vez, pero las cosas están exactamente igual que cuando las dejamos. Entonces, ellas me siguen la vida, yo les sigo la vida, saben cómo soy, saben lo que me preocupa, cual es mi proyecto de vida y ellas me ayudan, y al revés. Y luego, por ejemplo, estos vecinos de aquí, pues también somos muy amigos. ¿La amistad en qué consiste? es que es mucho, no te puedo decir, tengo dos amigos, tengo amigos más cercanos, pero tampoco esos amigos de toda la vida. Tengo una gama muy amplia.

Si te digo la verdad para mí son iguales respecto a mis parejas, creo que son iguales. Quizás haría una clasificación en función de lo que comparto con esas distintas personas. Hay personas que comparten con la pareja, quizás más integral, porque comparten más cosas de la vida cotidiana, más el día a día, la familia, el trabajo, todo está ahí metido. Y luego, tienes amistades con las que solo compartes unas cosas y no las otras. Pero yo creo que la diferencia está en el volumen de lo compartido, en la implicación que hay en la interacción, que puede ser mayor o menor… Pero en

cuanto a la calidad, a la forma de comportarme en las relaciones, yo lo veo igual, creo que los criterios y valores con los que me manejo en la relación con Carlos, son los mismos que cuando me relaciono con mis amigos.

Mi madre. Estuve 13 años viviendo con ella, y con pañales y toda la hostia, pero una relación preciosa y más bonita que na. Y cuando llegaba él le decía, «estoy todo el día cuidando a todo el mundo, ahora quiero que me cuides tú a mí, a ver si nos aclaramos». Quiero decir que en ese sentido yo creo que yo he cuidado mucho. A mí me han cuidado, pero yo he cuidado muchísimo más yo creo. Si pongo en la balanza… Con Carlos yo creo que es quizás con el que más he equilibrado.

Siempre consciente de sus capacidades.

Yo sé para lo que soy buena en las relaciones, lo que se me da bien. Arreglar los problemas, ponerles solución, se me da bien. ¿Qué se me da mal? a Carlos, en concreto, tengo que cuidarlo mejor, tengo que darle más. Sí, porque hay veces que él hace todo, él cocina. Yo voy y estoy con mi máquina de escribir. Quiero decir que hay épocas, que es que llego por la noche, un beso. Bueno, eso sí, tengo sagrado todo los días, aunque sean las cuatro de la mañana, pero una horita, estar juntos viendo la tele los dos un rato, eso para mí es como el aire para respirar. El día que me falta, me falta algo. Y eso sí que tendría que aprender a cuidar mejor.

Yo creo que por el rollo cristiano siempre he mirado mucho, he mirado si mis actos estaban bien o mal. Entonces, eso siempre ha sido un motor que me ha dado muchas armas. Luego, mi trabajo social, porque he estado toda mi vida trabajando con mujeres divorciadas, con personas en conflicto, con inmigrantes. He intervenido como mediadora muchas veces. Una vez hubo un caso de agresión entre mi amigo africano y su mujer, un supuesto caso de agresión que nunca se aclaró, pero estuve mediando en todo el proceso de separación. He hecho mucho de mediadora y eso también te enseña mucho. Yo creo que luego, el ser tía. Es que mi madre ha sido una cuidadora impresionante y eso también te lo transmite. El feminismo también.

Ve algunos cambios, no siempre positivos.

Está habiendo un cambio, porque yo veo a chicas jóvenes que la capacidad de cuidar no sé donde la tienen. Y luego, hay otra cosa

que me está empezando a poner negra, desde los grupos feministas y otros grupos de tíos, con el tema del resentimiento, están en un discurso que me preocupa un poquito. Efectivamente hay necesidad de alfabetizar emocionalmente a la población y a los hombres en particular. Pero veo que a veces se utiliza como arma para obligar a otros a actuar conforme a nuestros deseos y necesidades y con escaso respeto a la autonomía de los otros y sobre todo de la nuestra. «Señorita que viene resentida porque su chico no la cuida como ella quiere que la cuide». Entonces uso del análisis feminista, para hablar de la autonomía y cuestionar algunas cosas: una cosa es que no te cuiden como quieras y otra que el otro tenga la obligación de cuidarte como tú quieres que te cuide; o que sea un indeseable por no hacerlo; puedes hacerle ver lo que te gustaría, las razones, pero la gente es libre para amar como quiera, y nosotras también para decidir qué hacemos si no nos satisface. Creo que es algo fundamental. Aprender a cuidar de uno mismo y de los otros. Los que no saben cuidar de sí mismos son un desastre, Carlos es un puto desastre ¿entiendes? Le haces ver que cuidarse y cuidar es algo que merece la pena. Pero, creo que hay algo de chantaje por parte nuestra cuando le pedimos algo al otro porque antes se lo hemos dado nosotras. No creo que hacer algo por una persona convierta a esta en nuestra deudora. El cuidado debe ser una opción. En ocasiones creo que pedimos al otro cosas que no somos capaces de darnos o de resolver. «Yo me estoy sacrificando por ti y tú no», pues chica, no te sacrifiques, ¿quién te lo pide?, ¿por qué te sacrificas?, ¿es una necesidad real o creada?

El problema es que el feminismo no es una única cosa. El feminismo era la única cosa al principio, que estábamos todas más agrupadas. En esa época hubo cosas muy interesantes. El feminismo por un lado planteó también el tema de la igualdad de derechos en las relaciones afectivas, en eso creo que fue muy enriquecedor. Y luego, el hacernos ver a las mujeres la centralidad que tiene el amor en nuestra vida. Y la necesidad de relativizar, también, dar importancia a otras cosas. Y luego, en general, cuando el feminismo te anima a que seas tú misma, a que desarrolles tus potencialidades, ya está haciendo de ti una persona más libre, más capaz de mantener relaciones más libres, más igualitarias. Pero yo creo que quizás en el feminismo hemos estado ancladas en una perspectiva

más victimista, más de poner en evidencia lo que no tenemos, en lo que estamos discriminadas, que de más de decir, «vale, no nos gustan las relaciones cómo han sido hasta ahora y sabemos lo que no queremos» pero ¿qué queremos?

El peligro de ver a las mujeres como víctimas.

Luego, en el tema del amor hay un miedo que a mí me parece muy legítimo, y es el miedo a que quizá estamos construyendo un amor políticamente correcto. Lo digo porque es un tema que tenemos muy presente cuando discutimos el tema del amor. Claro, porque tú estás con gente que piensan que las relaciones liberales son lo mejor del mundo. Pero tienes relaciones con otra gente que no, que se mete monja y renuncia a vivir eso para tal. O te encuentras con gente que… Entonces, nosotras *[Se refiere al grupo en el que milita ahora, que trabajan con jóvenes*], lo que hemos dicho es nada de amor políticamente correcto, más bien hablemos de malas prácticas amorosas y de buenas prácticas amorosas, de recursos que pueden hacer que las relaciones sean mejores.

El peligro de los discursos políticamente correctos.

Igual tenemos que mostrarlo con ejemplos. Los modelos políticamente correctos actúan como corsés, seré normal, no seré normal, generan angustia pueden aniquilar la individualidad, homogenizan… Estoy haciendo un curso de educadora sexual y hacemos parte práctica. Y era muy curioso porque había un señor que era profesor de filosofía, almidonado por todos los lados. Si supieras cómo acabó el tío bailando salsa, moviendo los músculos para contraer la pelvis. Yo creo que hay mecanismos y formas de avanzar, señalando valores, reconociendo la diversidad… Otros caminos no me parecen tan útiles, por ejemplo, esa manía de interpretar los comportamientos esencialmente, únicamente, de forma homogeneizadora y dicotómica, clasificándolos en comportamientos de hombres y mujeres, contribuye a poner sobre la mesa los problemas, pero ¿no contribuye también a afirmar esos modelos?, ¿no están negando la realidad existente mucho más diversa?

El miedo.

Y volvemos a la sexualidad y al deseo.

Mira, yo tuve una educación puritana, puritana, puritana. Mi madre era de las que decía a mi padre todo el rato que no; luego mi

padre de putas todo el día, ya me contarás. Y claro, yo en mi casa nunca vi un beso ni nada. Cuando estuve en primero de enfermería, mis compas me regalaron un tanga, porque llevaba siempre bragas de cuello vuelto. Yo había ido a un colegio de monjas, y yo era eso. Mis primeras relaciones sexuales, pues en plena liberación sexual de follar y follar porque el mundo se va a acabar, y con menos luces que una bombilla, pues una experiencia al principio muy traumática. Estuve dos años con vaginismo, que no podía hacer la penetración. Y poco a poco, y gracias al feminismo, pues fui poco a poco. Entonces, yo he formado parte de ese proceso de cambio. Y por ejemplo, yo la primera vez que me masturbe fue con una revista porno. Yo tenía relaciones con chicos. Sin embargo, un amigo mío vino a visitarme, le pedí una revista porno que no había visto nunca, y me la trajo a casa. Y me puse fatal y me masturbó. Nunca me había puesto así. Y a partir de ahí, todo, las fantasías sexuales, el erotismo, para mí ha sido algo que ha alimentado mucho mi sexualidad. Incluso con mi pareja ahora. Pero el feminismo me ha enseñado a que si él quiere, yo quiero, y se está muy a gusto, todo es posible y no hay por qué poner. Llega un momento que el sexo se hace monótono. Yo a veces tengo que tener relaciones por ahí es porque necesito sentir otro cuerpo, y porque no es lo mismo que te deseen cuando te miran por 300 vez, que cuando te miran por primera vez. Entonces, eso está claro que es diferente. Lo que pasa es que hay una cosa que es importante para el amor, para el sexo y para todo, y es aceptar las limitaciones de la experiencia humana. El sexo no es algo inagotable, ni indefinido. Tienes días mejores, días peores, y entender que eso es normal, lo que importa es el balance global. Lo que pasa es que bueno, ya me voy montando. Con mi chico estoy muy bien en este terreno y de cuando en cuando, una aventurilla, que si… mira, yo estoy bien así.

Me acuerdo de las novelas románticas donde los protagonistas repiten una y otra vez que con esa persona sienten más deseo que con ningún/a otro/a y que eso será así para toda la vida, y lo contrasto con lo que dice Rosa.

Y termina explicando que no se acostumbraría ahora a vivir sola.

¡Cómo me costaría! Mira, la primera vez que se fue Carlos a casa de su madre, que eso fue hace poco, porque siempre me he ido yo, él nunca se iba. Se fue porque cuando se va a cuidarla se tira una

temporada, y los primeros días que estoy, me falta el aire, lo veo todo tan grande. Sin embargo, me pongo las pilas inmediatamente. Aprovechas para hacer lo que luego no haces: buscar amigas. Y esta vez, noto yo que estoy más reconciliada, estas veces que se va me noto más reconciliada: me pongo con la huerta, voy creando mi propio mundo aquí. Pero me he tirado un montón de años que no paraba de estar con él. Y entonces, me da vértigo la idea de que Carlos se vaya. Y creo que poco comparable con otros, con amigos, y yo he perdido a gente que he querido mucho. Se me han muerto personas muy queridas. Pero creo que saldría y lograría hacerme mi mundo, espero que sea así, aunque la pérdida será terrible.

Emilce Dio Bleichmar, psicoanalista feminista, escribió que ser mujer es tener conflicto con la propia sexualidad[538].

Rosa es, en cierto sentido, «muy mujer»: cuidadora, responsable del bienestar de su gente, acogedora, buena escuchadora, buena mediadora.

Sus comienzos sexuales están marcados por ese guión judeocristiano que cuanto más borra la sexualidad más la realza. Un guión sobre el que es difícil después improvisar deseos, anhelos y placeres que no estén ya de alguna manera marcados.

Su militancia política, cristiana también, es un buen caldo de cultivo para su devenir hacia un estado difícil de catalogar desde una lectura clásica del binomio feminidad/masculinidad. Que lo desafía. Desafío, por cierto, que aparece en la mayoría de las entrevistadas. Por eso pienso que ese lenguaje encapsulado en los binarismos, ya no es que sea más o menos occidental o más o menos universal, es que se nos ha quedado caduco, estéril.

La historia amorosa de Rosa, poliédrica, conflictiva, contradictoria, rupturista, hacia la madurez y el reposo, condensa muy bien ese devenir libre, complejo, infinito.

«Ser mujer» es tener conflicto con el amor o, más bien, con lo que viene con el amor. Más aún si eres feminista.

Compañeros/as, amantes, tabúes y contrastes (Ana)

> *… «Ya ve, continuamos viviendo, cada uno a su manera, incluso ahora», pensé. Por profunda y fatal que sea la pérdida, por importante que sea lo que nos han arrancado de las manos, aunque nos hayamos convertido en alguien completamente distinto y solo conservemos, de lo que antes éramos, una fina capa de piel, a pesar de todo, podemos continuar viviendo, así, en silencio. Podemos alargar la mano e ir tirando del hilo de los días que nos han destinado, ir dejándolos luego atrás. En forma de trabajo rutinario, el trabajo de todos los días…, haciendo, según cómo, una buena actuación. Al pensarlo, me sentí terriblemente vacío*[539].

Ana tiene 54 años y es hija de una familia numerosa con dinero, de la que se siente parte a pesar de tener planteamientos vitales muy diferentes. Tiene una profesión que le gusta y a la que dedica bastante energía, energía que invierte también en reuniones políticas y feministas.

Ahora mismo vive sola después de haberse separado hace pocos años, pero no le parece la opción ideal. Y tiene algunas amigas íntimas a las que ve muy a menudo.

Conoció la promiscuidad y la experimentación sexual y de formas de convivencia que acompañaron a la efervescencia política contra Franco. Ha tenido distintas parejas —la última durante muchos años— y un amante estable, y dice que el amor ha sido un motor en su vida.

Contacto con ella, después de constatar la bisexualidad de muchas de mis informantes, porque estoy buscando una mujer que no haya mantenido relaciones sexuales con mujeres, algo así como una «heterosexual convencida». Cuando llego a nuestra primera cita y nos

sentamos frente a frente junto al ventanal de su sala, me dice que quizá no me sirva su experiencia, que acaba de comenzar una relación con una mujer, pero que es un secreto, que muy poca gente lo sabe. Y nos reímos.

No soy de aquí *[se refiere a la ciudad en la que la entrevisto*] pero vivo aquí desde que tenía 19 años y tengo una profesión liberal y me dedico a la política, también, a la política feminista.

En mi vida hay dos fases. Una hasta los 19 años y luego ya aquí, hasta ahora. La política ha sido muy importante para mí, ya desde el colegio. Y luego el feminismo desde que acabé la carrera. Son dos cosas que me han marcado mucho. ¡Hombre! También la religión fue importante en el colegio.

Llevo una vida normal, sin grandes cambios, y acabo de tener un cambio importante. Pero bueno, estoy contenta con lo que hago.

Las personas de referencia en mi vida son mis padres, mi padre y mi madre, y mis amigas. Mis mejores amigas son tres, desde los 18 años o así. Hablo mogollón con ellas y nos vemos a menudo. Hemos creado unas redes muy estrechas, tenemos unos vínculos que contamos mucho unas con otras, sé que nunca me van a fallar. Y luego mis amores. Yo creo que he tenido como dos importantes, dos muy importantes. Hasta ahora. Y ahora tengo otra relación que es diferente, es otra historia. Mis hermanas son personas importantes en mi vida, pero la relación que tengo con mis amigas es diferente a la que establezco con mis hermanas, por ejemplo.

Me siento diferente de los hombres que me rodean. Yo creo que tengo una relación más estrecha con la gente, más empatía, más capacidad para asumir cuestiones emocionales. Luego en la práctica política, también creo que lo hacemos de otra manera. Como que le damos importancia a otras cuestiones que para ellos igual tiene menos importancia, como más versátiles, menos… yo me veo menos… como menos atrincherada en unas cosas, más capacidad para escuchar otras ideas, otras opiniones. En el mundo laboral también. Los hombres tiene otro estilo, yo creo que son mucho más prácticos, ganan más dinero. Hay mujeres que también lo hacen pero bueno, como que ellos pierden menos el tiempo en atender a la gente también, en escuchar. Y en familia, que es lo mío, hay que

escuchar mucho, igual por eso ellos no llevan familia claro, es un tipo de trabajo… el mogollón de trabajo que te da pues luego no te compensa, a no ser que lleves a gente de mucho dinero, que tengas liquidaciones de gananciales o alguna cosa así que tienen algunas abogadas…

Al principio cuando estaba en el Partido vivía con compañeros, con quien me tocaba, luego te hacías amiga y tal. Y luego vivimos en grupo, una temporada en grupo, ocho o así, en una villa. Y luego ya me fui a vivir sola, eso se acabó, me fui a vivir sola porque me compré un apartamento. Luego me enrollé con un tío que vivía fuera pero que luego vino aquí y con él he vivido… no sé los años, igual quince años o así, hasta hace seis. Y desde hace seis años vivo sola. Mi ilusión siempre fue vivir en grupo y fue una buena experiencia, pero es difícil. Siempre he tenido esa fantasía de vivir en grupo, pero como ya hice la experiencia y resultó difícil porque no fuimos capaces de organizar bien aquello. Era una villa, cada uno tenía su habitación, pero no organizamos bien la casa. Luego hubo muchos líos porque era una época que entre nosotros también tuvimos mucho líos y ¡buff! Sola vivo fenomenal ahora, se me ha pasado un poco aquello del grupo y pienso que luego de mayor estaría bien que viviéramos juntas las amigas, pero tendría que ser con muy buena organización.

Se define como una desengañada del amor.

Siempre digo eso, desde que me separé. Bueno, yo a la vez que estaba con este chico con el que he vivido tenía otra relación, tenía un amante y estaba casado, fue una pasión, una cosa tremenda. Pero luego, pues no sé, él siguió con su mujer, yo tampoco le dije que se separara, porque yo estaba con mi compañero. Al final con mi compañero acabó la historia y con este, bueno, como que las dos historias se acabaron casi a la vez y fue un desengaño.

Pero el amor para mí ha tenido mucha, muchísima importancia, o sea, ha sido algo clave, como un motor de la vida.

No sé, es muy complicado lo del amor. ¿Qué esperaba yo del amor? La sensación o el resultado podría ser que no he recibido nunca lo que yo esperaba de lo que era una relación de pareja. Siempre he pensado que tendría que haber más comunicación o más ternura o más… Yo siempre he tenido una idea de lo que era una relación, que nunca se daba. Como he leído mucha novela, mis

referencias principales vendrían… del amor romántico… Luego también de lo que hemos predicado nosotras sobre el amor, para qué sirven las relaciones y qué tipo de apoyo tienen que darte. Yo creo que eso también lo he elaborado. Probablemente el amor romántico de las novelas me ha influido. Pero luego, seguramente también, el ideal del amor de la comunicación de lo que es compartir, en ese sentido.

El amor es no sentirte sola, eso es lo que siento ahora.

Yo he ligado mogollón. La época en que empecé a ligar, desde los dieciocho, porque empecé muy tarde. Yo vine aquí por problemas políticos. Entonces desde que empecé a meterme en política a los dieciocho, cuando empecé en la uni, ligaba mucho. Siempre con chicos. No sé, por el tipo de vida que hacíamos, siempre estábamos reunidos y luego nos quedábamos ya en aquella casa a dormir y se ligaba… Estábamos todo el día como mezclados, como cachorros o así. Bueno, yo me enamoraba también, no te creas que ligaba sin más, también me enamoré muchas veces.

Yo creo que la relación más importante ha sido con Ramón o sea con un tío que me enrollé aquí en tercero de carrera. Sí, me empiezo a acordar… antes tuve un amor de la pera, Josean, que fue un gran amor, la verdad. Se me olvidan, se me olvida todo y se me olvidan los amores. Es fue un gran amor y se acabó la historia cuando vine aquí. Nos seguimos viendo, pero bueno, siempre había diecisiete alrededor. Luego aquí en tercero de carrera me enrollé con Ramón, ese fue un gran amor. Me fui a vivir con él a Salamanca durante una temporada, pero me desengañé, porque yo tenía una idea de lo que era vivir con un tío, de lo que era una relación de pareja… yo creía que vivir con un tío iba a ser algo, no sé, como muy gratificante, como gozo. Nos fuimos a vivir a un piso con más estudiantes, sin un duro, porque no teníamos ni un duro. La experiencia fue terrible. No me dio la relación lo que yo quería. Fue un año muy duro. Yo estaba ya en el Partido, hacíamos pintadas, a mí me tenía miedo la gente de clase, horrible. Y entonces pues con este pobre pues fue una cosa tremenda… Pero fue un gran amor. Luego siempre ligaba con «pestiños» y al final lo dejamos. Esos dos yo creo que fueron grandes amores y luego Antonio que es con el que he vivido quince años. Eran épocas muy intensas.

También he sentido celos, pero me he aguantado. Como yo he

tenido tan ideologizado que las relaciones deberían ser abiertas, y lo he practicado tanto, y ya solo faltaría que fuera celosa, pero bueno, sí, yo creo que no soy celosa. Me ha pasado hace mil años, cuando era joven, ir con un novio de vacaciones; el chaval se enfadaría, no me acuerdo, y ligó esa noche con una tía y durmió esa noche en la habitación de al lado, y les oía follar, y estábamos de vacaciones juntos, esa noche lo pasé fatal, me acuerdo, pero no me podía enfadar ni nada porque son cosas que pasan y hay que apechugar. Con un novio que tuve de joven que me vine a vivir aquí, lo mismo, muchos fines de semana que iba a verle estaba con una tía y yo me tenía que aguantar. Pero he sufrido también.

Cuando yo le vi a Antonio, me recordaba a Ramón con el que viví en Salamanca, y ese día nos enrollamos. Me gustaba un tipo de gente, tíos muy tranquilos, callados, un poco el contrario de lo que era yo ¿no? Con una vida muy sosegada, les gustaba una vida tranquila, tal, sin mucha… por lo menos esos dos amores que han sido importantes creo que tienen esas cosas en común, callados. Un poco el aspecto de tío bonachón, un poco como más redonditos, más así, como poco masculinos, diríamos, en el sentido más de arquetipo.

Y analiza sus posibles influencias familiares.

Yo creo que yo he tenido en relación al amor mucha necesidad de ser querida, eso es lo que más creo que me ha marcado, porque como fui una adolescente muy rebelde, muchísimo, pues me sentí muy rechazada, por mi madre que no me soportaba, claro, entonces me sentí muy rechazada, mi madre era una mujer muy fuerte, entonces eso marcaba toda mi relación familiar. Desde los quince años hasta que me fui de casa a los diecinueve fui muy rechazada… Entonces, como mi madre marcaba mucho y… no me soportaba, se creaba una gran tensión, entonces eso hacía que los demás me evitaran. Yo creo que me ha marcado mucho esa sensación de no ser querida, me parecía que me alejaba de mi padre, que era todo lo contrario, mi padre no se enfadaba ni nada, era un ser muy bondadoso.

Pero claro como estaba la tensión esa, también eso me alejaba de mi padre. Yo creo que lo que he buscado siempre ha sido… sentirme querida. Yo no creo que soy especialmente fogosa sexualmente, por ejemplo, o sea que no he ligado porque… que lo

que quería era que me abrazara alguien, yo creo que eso me ha marcado en mis relaciones amorosas.

En mi casa se hablaba del amor y de las relaciones se hablaba con bastante libertad creo, más que en otras casas. De sexualidad no se hablaba, a una hermana le encontraron la píldora en casa y se montó mucha bronca. Leía muchísimas novelas y entonces seguramente vivía el amor en ese… es que no he tenido novios, o eso de que te gustaba uno y salía con él, yo no. El mundo de los tíos era muy ajeno a mí, yo creo que solo lo conocía por la literatura. Mi hermana mayor también era súper aparvada, tampoco tenía novio, éramos unas niñas. Yo fui a aprender inglés… tenías dieciséis años y ya las niñas en los guateques bailaban con chicos, yo no bailaba me daba un apuro horrible, o sea era súper corta. Hasta los dieciocho, ya te digo, igual te gustaba uno… me gustaban los amigos de mi hermano que venían a casa y eso, ¿no? Pero ni te miraban, el amor con relación a los chicos era en las novelas solo… No tenía mucho criterio, leía todo lo que había en casa, leí desde los rusos hasta Martín Vigil[540], cosas de esas.

En el colé me enamoré mucho de un chico que estudiaba en Zaragoza, yo quería ir a estudiar a Zaragoza porque me enamoré muchísimo… además me escribió una carta declarándose, fue la primera carta que recibí declarándoseme alguien. La primera fue declararse y la segunda que le habían detenido porque era del PCE, no sé qué… y ya me dejó. Con ese, por ejemplo, fue una pasión… creo que ese me tocó una vez el pelo así y me derretí… Cero, nada. Pero no me acuerdo qué más novelas leería yo.

Luego oíamos las novelas por la radio, eso más pequeñas también. Llegábamos del colé y mi madre estaba con sus amigas tomando el té y oían las novelas y nosotras nos poníamos con ellas a oír las novelas.

Yo creo que mis padres se querían bastante, no se besaban y eso, se besarían, pero no se les veía así como una pasión, no se les veía y se querían. Lo que pasa es que mi madre tuvo unos años horribles, tomaba unas pastillas que le ponían nerviosísima y montaba muchas broncas, sobre todo conmigo, lo que generaba una gran tensión en casa. O sea, la niñez fue muy bonita, pero luego la adolescencia fue horrible. Más tarde me reencontré con mi madre.

Y sigue con la importancia de la ficción y repite y añade algunos

clásicos.

Pero yo creo que una novela que me impactó mucho fue *Madame Bovary* por ejemplo, fue un personaje femenino que me llamó la atención, y las dificultades, lo que le supone el amor a ella, que es sufrimiento… Ah! También me gustó muchísimo *El amante de Lady Chatterley*[541], ¡me encantó!, me pareció súper erótica, como que sientes lo que está escrito, esa me encantó. También me gustó *La Regenta*, mucho, esa pasión ahí contenida, me gustó. Como que podías entender, como que vivías también esa pasión ¿no?

Pero también tiene referencias reales que le hacen reflexionar sobre lo que ella quiere.

En la vida real me llama la atención una amiga mía que está con su novio desde hace como treinta años, más de veinticinco años. Es como una referencia de una historia de amor que dura y se ha mantenido. Que dura y se llevan muy bien. Siempre nos ha llamado la atención. Tengo esa amiga íntima, y luego otra amiga que solemos comentar que se lleva muy bien con su marido ¿Por qué han durado? Podemos preguntarnos, porque por parte de mi amiga… por parte de él no te podría decir porque no creo, o sea, para empezar ella ha sido fiel siempre, porque ella se ha concentrado en esa relación, concentrado en la medida de que aunque haya podido pasar algún tío que le haya podido llamar la atención, lo ha excluido, porque ella se ha querido concentrar en eso que llamas proyecto. Lo que es currarse una relación. Pero yo nunca me he planteado una relación así, que proyecte, que hay que currar, que hay que concentrarse solo en eso. Yo veía que pasaba uno por ahí y me iba por ahí. Ella vive para la relación, hace muchas cosas para esa relación. Claro porque eso te supone también muchas renuncias y yo no hubiera servido, igual no me hubiera compensado, pero creo que bueno, no está mal, que si en la vida apuestas por eso puede estar bien, compensarte también, según como sea.

El proyecto realiza la capacidad de amar, aunque no realice el amor.

Y es muy tajante a la hora de clasificar el amor (de pareja).

Solo hay dos tipos de amor, el amor pasión, ese inicial que es como fuego, tiemblas y eso. Pasa a veces en la vida. Y luego el amor ese tierno de hacerse compañía de apoyarse. A mí eso que hay gente que dice que se enamora de vez en cuando del mismo, como

que hay picos, que de vez en cuando te da como el subidón de amor, no ¡Hombre! yo creo que siempre hay momentos, pero sexualmente, por ejemplo, yo no he tenido momentos más álgidos, y bueno, salvo con mi amante, con ese ha sido amor pasión hasta el último minuto. Estuvimos diez años juntos y nos veíamos cuando podíamos, que sería igual una vez al mes. Igual al principio sería cada diez días o así. No fue una relación secreta, fue secreta al principio, durante un tiempo fue secreta, luego mis amigas sí lo sabían. Mi pareja al principio no lo sabía. Al principio no, pero en seguida se dio cuenta. Fue paralela.

Y sin llamarlo explícitamente, e igual que en el caso de Rosa, aparece el tema de la poligamia, de la poligamia (de alguna manera) consentida en la pareja.

¿Cómo seduces? Le pregunto.

Yo creo que me hago la graciosa, utilizo el sentido del humor, la ironía para seducir. Pero, como dice una amiga mía, que yo estoy de acuerdo con ella, si yo le llamo la atención a alguien, me gusta. ¡Pero hace tanto que no me gusta nadie! A mí me gusta mucho la gente que tiene sentido del humor, por ejemplo, ahí puedo conectar, ¿no? Eso lo digo ahora, porque los dos que te he dicho que han sido mis grandes amores no tenían sentido del humor.

Yo creo que a mí la gente me gusta cuando la voy conociendo, o a veces, ¡hombre! primero ¿qué me gusta de la gente? que sean guapos, mis amores primeros… ese que te digo de la primera época, que era un bellezón, me gustó porque era muy guapo. El chaval ese de Zaragoza, que se declaró y al otro día me dejó, también era como rubito con unos ojos azules, es que me parecía a mí muy mono en aquel momento. Luego he ligado con tíos horrorosos también. Me ha gustado el sentido del humor. Con este que ha sido mi amante lo que yo digo, es la comunión de las almas, pensamos igual sobre cantidad de cosas y eso nos ha unido muchísimo. Y luego también el sentido del humor, ese y yo sí que nos hemos reído mucho, es que nos reímos de las mismas cosas además, te hacen gracia las mismas bobadas. Entonces, yo sí creo, primero, que eran guapos, luego ya no me ha llamado la atención, la verdad. Aunque hace poco me gustó un tío porque era muy guapo, pero durante muchos años no me había pasado. Lo que te iba a decir, que a veces me gusta alguien cuando he ligado, que igual en una fiesta de

repente ligas con un tío, ahora igual no, pero antes, había una fiesta, ligabas con un tío y te gustaba, te gustaba porque tú le gustabas, te gustaba porque habías ligado, es decir si no hubiera ligado no me hubiera gustado, el propio acercamiento era el que… y luego si yo le gustaba, él me gustaba seguro. Otra cosa es que yo haya dejado algunos novios o tíos con los que he estado, yo sí he dejado a algunos, no solo porque yo les gustara ya me gustaba, he cortado relaciones y tal, pero eso me influye mucho, si gusto ¡pufff! Eso me influye muchísimo.

Se nota si le gustas a alguien, la mirada, la actitud, se nota, sí se nota. Bueno, a veces yo también me confundo, porque creo que le gusto y no le gusto nada. Por ejemplo a mí me pasó hace tres años o así con un tío que ligué en una fiesta, estuvimos varios días juntos, a mí me encantó, además era un tío muy guapo y tal, muy agradable y como que teníamos muchas cosas en común y, como llevaba sola bastante tiempo, me hice como una fantasía. Yo creía que le gustaba también y ¡qué va!, no, no, me confundí totalmente. Ligamos unas cuantas veces y yo me emocioné mogollón, hacía tiempo que no sentía tanta pasión, tantas ganas, un buen rollo, y él ¡pum! Enseguida pegó el corte, eso me ha pasado bastantes veces en la vida, o sea que me confundo bastante.

Y entramos en su «cambio de vida», como ella lo denomina.

Ahora, desde hace un año, estoy con una mujer, tengo una vida muy diferente, es una relación muy diferente, es completamente diferente para mí, ya sé que no tendría que ser tan diferente, no sé, igual para la gente no lo es… no sé… Las relaciones con los hombres es… la poca dedicación diríamos a la relación, y con esta chica, igual… bueno, echo de menos lo contrario, por la excesiva dedicación a mí, o me sobra un poco, pero es muy gratificante al mismo tiempo porque nunca lo he sentido. Lo ideal sería tener una relación a la medida, que cubra tus necesidades como tú quieras, conservar tu independencia y no sé qué, y luego la dedicación. Yo vivo aquí, pero nos pasamos todo el fin de semana juntas, y a veces un día entre semana. Pero, está demasiado pendiente de mí, cosa que a mí me resulta excesivo. Compartimos muchas cosas concretas, cotidianas, más que las políticas, no está conmigo en esa movida, no está en ninguna movida e incluso le parece exagerada mi militancia, mi dedicación; esa es la mayor diferencia.

Y en el terreno afectivo, mucha afectividad, me siento querida, estoy contenta, lo que pasa que a nivel sexual no es lo mismo, para mí no es lo mismo, es una relación diferente. Yo no me siento enamorada, le quiero mogollón, pero no me siento enamorada como cuando he sentido una gran pasión o una pasión sin más, es otro acercamiento. Nunca me había enrollado con mujeres, como que no estaba en el programa. Sí hubiera podido ligar con chicas, claro que sí, pero era una cosa que había descartado y a mí no me llamaba la atención, no me atraía. No me fijaba en mujeres, y tampoco me hubiera fijado en esta, pero me ha seducido totalmente, ella me sedujo totalmente. ¡Hombre! yo creo que no ha llegado por casualidad, nunca es por casualidad. Yo creo que estaba un poco desengañada del amor, con lo que yo había buscado siempre y no lo había conseguido y creo que me sentía bastante sola y entonces en ese contexto, es más fácil ser seducida, yo creo, porque lo que te ofrecen, estás mucho más receptiva yo creo, si yo hubiera estado con Antonio viviendo o hubiera tenido otra cosa no hubiera pasado esto seguramente… pero creo que no[542].

Sin explorar otros terrenos, físicos, identitarios, sociales, no parece posible el cambio.

Es una compañera de trabajo, yo no la conocía pero tuvimos un asunto a medias. Cuando se terminó el trabajo me dijo que me invitaba a comer; nos fuimos a comer y luego, pues nada ya empezamos a hablar todos los días, a reírnos mucho, yo noté que había cierta tensioncilla sexual, ¿se nota, no? Yo notaba que estaba entrando en un juego, era perfectamente consciente y le comenté a una amiga, «no sé yo si estoy vacilando, si estoy jugando, igual para mí es un juego y para ella no, y a ver si voy a meter la pata»; pero bueno ahí estuve. Y un día me invitó a su casa a comer y después de comer, nos echamos en el sofá, nos pusimos a ver la tele, nos empezamos a acariciar y nos enrollamos, y para mí fue súper sencillo, una cosa, algo que para mí era tan ajeno, que pensaba que a mí no me interesaba, o no servía o no me iba, pues de repente me parece que no era tan diferente, que era como muy natural, como una tontería.

Ella fue la que dio los primeros pasos y puso interés en acercarse a mí, a mí no me llamó la atención, ni me despertó siquiera curiosidad, porque ella me dijo que me tenía que conocer, y le dije

que sí, que ya me conocerás y le dije que ya nos veríamos cualquier día, «¡esta tía que me quiere conocer!», y entonces vino a mi sección un día, para conocerme y tal, todo así, ella fue la que dio todos los pasos.

Lo saben mis amigas. Pero es que al principio me dio como… como yo siempre he sido la hetero por antonomasia, realmente iba a ser como la comidilla y me da una pereza horrible, ya sé que lo tendré que decir. Además yo pensaba, «¿esto cuánto va a durar?», porque yo me veía muy rara, estás enrollada y tal, pero reconocerse en esa relación no es fácil, para mí no es fácil. Y entonces lo mantuve en secreto hasta que se lo dije a mis amigas, luego a mis hermanas, a una hermana mía no le hizo mucha gracia. Las otras no dicen nada, son respetuosas.

Yo creo que tengo resistencia a aceptar esa relación, sin querer, inconscientemente, a reconocerme como lesbiana y tal, me da un poco… Claro, yo no creo que sea lesbiana para nada, pero es una relación lesbiana, entonces bueno es la que tengo, no sé lo que me va a durar pero es la relación que tengo. Pero es que me da mucha pereza que socialmente se me… Pero a la vez entiendo que es el tabú, es el tabú, lo sé perfectamente, pero es que en el fondo está mal visto. A una amiga de mi madre me acuerdo que estaba en casa y dijo, «una lesbiana, ¡qué asco!», ese rollo, que es horrible, pero eso existe, que da como asco, es tabú, lo de la homosexualidad. Yo creo que está ahí, yo creo que en el fondo no quiero decirlo porque es como una cosa secreta que yo hago pero que nadie me ponga como lesbiana, yo creo que eso funciona así.

Con el tiempo, hombre, yo creo que estoy más tranquila, porque al principio me alteró mucho esta relación, me gustaba por un lado y por el otro, me trastornaba, pero creo que cada vez estoy más tranquila, y también lo voy encajando, porque es una chica complicada. Yo con los chicos he tenido muchos problemas pero de trato ninguno, de carácter, ninguno, siempre he tenido tíos muy fáciles y esta tiene un carácter más difícil, y a veces me cuesta entenderle. Es más difícil la relación, pero sí creo que la estamos construyendo, cada vez es mejor.

Alguna vez le he dicho estas cosas a ella, le he contado estas cosas que yo creo que están ahí y ella dice, «¡parece mentira en una feminista!», y le digo, «ya, sí, parece mentira», pero lo tengo que

reconocer, los tabúes funcionan en todos los seres y en mí también, pero como soy feminista y soy una abanderada no noto ninguna diferencia pues no, para que me voy a engañar. Si ese tabú de la homosexualidad no existiera, creo que la gente, pues eso que se enrollaría con seres humanos, entonces yo no veo, no veo muchas diferencias, en lo que es una relación afectiva de pareja entre dos tías y dos tíos. A ver, me estoy contradiciendo, porque por un lado sí que veo porque luego en la práctica…

Tabúes. Contradicciones. Resistencias.

De todas formas, yo tenía una fantasía respecto a las relaciones con mujeres, como que iban a ser más de ayuda, ayuda afectiva, cercanía, de estar pendiente y tal… eso sí es verdad, pero yo en mi fantasía me imaginaba una tía que fuera como yo, que fuera como yo quiere decir que compartiera mis preocupaciones, que compartiera todo. Pero a la vez que lo digo también me horroriza, porque para mí el compartir todo me parece una cosa horrorosa. Pero bueno sí un poco esa fantasía de tener que ver, porque los tíos, si piensan… por un lado te hablo de la comunión de las almas y por otro lado es que no tiene nada que ver, es muy difícil de explicar; la manera de sentir las cosas o no sé. Yo diría que si comparo la relación de Antonio y ahora, yo en aquella era más libre, yo me sentía más libre. Es decir, esa capacidad de estar con una mujer que ibas a compartir no sé qué; claro, no me imaginaba que podía ser menos libre con una mujer, ni se me pasaba por la cabeza, igual luego no sé, porque no tengo experiencia, igual con otra mujer sería diferente ¿no? Esta está muy pendiente de mí, igual otra no lo estaría tanto, me permitiría más, es que es una contradicción, porque por un lado me ha gustado estar pendiente, es lo que me ha seducido, aparte que yo le parezca ideal… Yo igual soy demasiado sociable para su gusto, yo tengo muchas amigas, y gente y planes, reuniones, mogollones, según una amiga mía tengo demasiadas cosas, demasiados planes. Todo eso me cuesta más con una mujer, es verdad, o con esta en concreto, sí me cuesta más, porque le parece que no le hago ni puñetero caso, porque estoy todo el día poniendo un poco de distancia y límite.

Y el ocupar o haber ocupado terrenos diferentes, el haber tenido experiencias diferentes, te da también un punto de vista más ponderado, más amplio.

No compartimos casi nada, somos como el agua y el vino, aparte que ella es bastante más joven. Pero cuando estamos hacemos todo juntas, la comida, la compra, lo que es lo cotidiano, y a ella por ejemplo le gusta mucho ver la televisión, a mí me horroriza, pero bueno yo estoy allí, leyendo una revista o con un libro, intentado leer, no puedo leer nada porque me desconcentro. Es que no compartimos mucho, conversaciones de trabajo, ella del trabajo me habla mucho. Y luego nos reímos bastante, eso sí, y hablamos mucho de tonterías. No tenemos mucho en común, aparte del día a día, estar a gusto juntas y tal, y de querernos. Y sin embargo nos llevamos bien. Y bueno, viajo con otras amigas y amigos, porque a ella no le gusta viajar.

Y lo compara con la época en la que no tenía pareja.

A veces, paseando sola, he pensado «la gente se da cuenta que estoy más sola que la una», y me da una pena horrible. Me daba tristeza estar sola, el no tener pareja, y ahora noto que estoy más contenta, aunque me harte a veces, pero yo estoy contenta, esa tristeza que tenía se me ha quitado, es eso, es lo que digo de ese calorcito en el alma que tienes, ese amor, ese plus de amor yo creo, seguramente es eso.

Y pasamos a cómo ha vivido ella la oposición mujer/hombre, femenino/masculino.

Yo no me siento, no sé, no me siento diferente ahora de como me sentía con los tíos, en ese sentido, sí reproducimos ese papel, aunque yo con los tíos no he jugado a los estereotipos, sino que se intenta construir un tipo de relación y creo que yo también me construyo a mi misma como una mujer autónoma, que no soy dependiente, que ningún tío a mi me ha resuelto la vida, la verdad. Pero sin embargo, con esta he adoptado el papel de mujer en algún sentido. Yo creo que las relaciones con los chicos con los que he tenido una relación más intensa, yo creo que han sido unas relaciones muy maternales, yo más que mujer me he sentido madre, proveedora, tal, estar pendiente de ellos, ayudarles a resolver, yo creo que ha sido así. Con mi amante no me he sentido su madre desde luego, como era de fuera de mi mundo y no había problemas que resolver pues eso. Ahí notaba la oposición hombre/mujer [*largo silencio*]. Yo creo que en el rollo sexual, te sentías mujer en el sentido de que había esa pasión sexual, a ver como te diría yo, yo

creo que las relaciones estas que te digo que me he sentido… igual ha sido que he adoptado un papel más maternal, yo creo que ahí hay menos pulsión sexual que en la otra, en la otra al no haber este rollo, yo creo que había más el encuentro entre un hombre y una mujer, no sé, como fuera de sus connotaciones.

¿En qué se diferenciaban? en nada, en eso.

Ahora con esta… es complicado para mí, es complicado, porque ya te digo, no sé si influye el tabú por un lado, el miedo, el miedo a… también me imagino que la menopausia y todo eso; hace mucho que no tengo deseo ¿no? Entonces, no sé si es la propia menopausia, es que ella se queja de que hacemos muy poco el amor, por ejemplo. Entonces yo me planteo, «¡es que igual no me gusta!» Estoy aquí porque estoy súper a gusto y tal, pero no sé.

Hablamos, cómo no, del feminismo.

Yo creo que el feminismo nos ha ayudado muchísimo a ver las cosas, por lo menos nos ha dado unas claves para analizar lo que sentíamos, lo que vivíamos, el tipo de relación que nos esperaba, un poco el modelo clásico ponerlo en cuestión e intentar hacerlo de otra manera, yo creo que el feminismo ha sido una clave para nuestra vida. A mí me ha gustado mucho lo que he leído de Clara Coria[543], le he oído hace pocos años y me ha gustado muchísimo, me he sentido muy identificada, se expresa muy bien, pero esa es la única a la que le he oído, bueno la única no, pero es la que más me llama la atención, Clara Coria.

Cuando era joven me sentía completamente diferente a las demás chicas, a las demás mujeres, a las demás mujeres que no eran feministas. Primero, cuando era roja me creía completamente diferente de todo el resto de la humanidad, y luego claro a medida que me hice feminista pues pensabas que a ti no te iba a pasar ninguna desgracia, porque tú ya sabías todo ¿no? Y es cuando te das cuenta que eres más corriente que moliente, y que te pasa lo mismo que a todo el mundo, a mí eso me impresiono muchísimo. ¿Para qué nos ha servido el feminismo? Para ser más concientes y más lúcidas sobre todo. Se hacen las mismas chorradas pero por lo menos sabes lo que estás haciendo, y también puedes intentar corregir puedes intentarlo hacer de otra manera, al final. Lo que pasa que todo ese rollo más psicoanalítico de las tendencias y de las… como qué es lo que buscas tú, qué es lo que te dan, qué es lo

que tú quisieras en el fondo o qué necesitas, o qué es lo que buscas en el fondo de tu alma, yo creo que eso, que el feminismo te crees que lo tienes resuelto con cuatro claves ideológicas, pero ves que hay cosas de fondo que están ahí, y que tú pasas por encima de ellas, y punto. Si yo no hubiese sido feminista, no hubiese sido roja y tal que hubiese sido una chica convencional, me hubiera casado y hubiera tenido hijas e hijos, claro era un poco lo que me tocaba, a veces pienso «¿qué vida hubiera tenido?». Me hubiese conformado con la vida de mis hermanas, porque al final eso cubre tus necesidades de vida. Lo que pasa que yo prefiero ser así. Lo que te ofrece la vida que hemos hecho es romper con cosas, buscar nuevos caminos, yo creo que eso te enriquece muchísimo, te enriquece muchísimo. No te hace más feliz, no creo que eso te hace más feliz, porque igual yo he sufrido más o sufro más, pero bueno sí es verdad que sufres y tal vez si hubiera hecho una vida más apaciguada, me hubiera conformado con cualquier cosita y hubiese tenido una vida más tranquilita, pero luego, viendo el recorrido con un poco de perspectiva, es mejor ser más lúcida, y buscar caminos.

Las mujeres jóvenes tienen unas posibilidades que hemos conseguido nosotras, y que les tienen que servir, a un nivel, claro, porque hay niveles de experiencias que tú no puedes transmitir. A mí me impresionó, porque tuvimos un debate sobre violencia, y un par de chicas, de unos veinte años y feministas desde hace tiempo, contaron que ellas se habían sentido maltratadas en sus relaciones *[se refiere a una reunión en su grupo feminista*]. No entraron mucho en detalle, igual era maltrato psicológico, igual ellas lo consideran maltrato y nosotras lo hemos vivido como una cosa normal, porque claro tienen otro nivel. Pero tal y como lo dijeron no parecía una chorrada, y como no era tonta, una de ellas en concreto, porque es una chavala bastante espabilada… me impresionó, porque fue un poco… que le salió así como muy sincero, y luego otra se animó también y contó… como que las habían maltratado, no me acuerdo muy bien en qué términos, pero me impresionó, pero fíjate tú, que ahora haces un recorrido y tienen conciencia, tienen una vida donde son más libres, todo y todo, y sin embargo van a pasar por muchas miserias parecidas.

Yo creo que habido un retroceso, me parece. Por un lado las ideas feministas han cuajado, las jóvenes tal y tienen muchas

oportunidades pero luego la sociedad en su conjunto me parece que ha retrocedido. Antes se valoraba mucho la fidelidad, a la pareja, al núcleo familiar, y sigues estando ahí como encerrado en eso, pero es que la gente joven no tiene pisos para vivir entre ellos, no hay ese plan de vivir juntos, esas experiencias.

Y termina hablando de lo que es para ella una relación ideal.

Una relación ideal para mí sería una en la que hubiera una buena comunicación, eso sería lo más importante, un buen entendimiento, una cierta sinceridad hacia las cosas, hacia ciertas cosas de la vida, y luego, que hubiese una buena relación sexual que sucede por ende si hay una buena comunicación. ¿Intereses comunes? Antes pensaba que sí, ahora no me parece tan importante, porque con esta chica, no tenemos intereses comunes.

Una relación ideal es una relación igualitaria, no vivir de la otra persona, tener tu propio proyecto, tu propia vida, yo creo que eso es igualitaria ¿no? Y yo creo que eso en la práctica sí se nota, porque sí ves gente, y amigas, que vive mucho en función de la otra persona y un poco anuladas, porque la otra persona es la importante y tú al fin y al cabo estás para facilitarle la vida. Igualitaria sería eso, que la otra persona esté pendiente de ti como tú de ella.

Entre nosotras ahora no hay una relación desigual, puede haber esas bobadas de agobios y tal, pero no es una relación desigual.

Apago la grabadora, me invita a tomar un té y mientras lo tomamos seguimos hablando de las relaciones, de los cambios, de las separaciones, de las pérdidas (su madre ha muerto no hace mucho, como la mía). Y cuando nos despedimos y cierra la puerta a mis espaldas sé que, a pesar de que coincidiremos más, quizá no volvamos a compartir nunca una conversación así. Que, más allá de la información obtenida, ha sido un momento íntimo, especial, de esos que te hacen sentirte viva.

Me llega un mensaje electrónico de otro colaborador espontáneo de la investigación. Reza así: «Las feministas son más felices». Dentro aparece la referencia de un estudio que analiza las relaciones entre feminismo,

heterosexualidad y romance. Dice así:

«En contra de la opinión popular, el feminismo y el amor romántico no son incompatibles y puede que el feminismo mejore la calidad de las relaciones heterosexuales, según un estudio de Laurie Rudman y Julie Phelan, de la Universidad de Rutgers, Estados Unidos. Su estudio también demuestra que los estereotipos feministas poco favorables que tienden a estigmatizar a las feministas como poco atractivas sexualmente están infundados.

Generalmente se percibe al feminismo y al amor romántico en conflicto directo. El trabajo de Rudman y Phelan pone en cuestión esta percepción. Realizaron una encuesta cara a cara a 242 universitarios y una encuesta
on-line
a otros 289 adultos mayores con más probabilidades de haber tenido relaciones de mayor duración y una mayor experiencia vital. Examinaron la percepción que los hombres y las mujeres tenían de su propio feminismo y de la conexión de este con la «salud» de sus relaciones, evaluada en base a una combinación de factores como la calidad general de su relación, el consenso sobre la igualdad de género, la estabilidad de la relación y la satisfacción sexual.

Encontraron que para las mujeres tener una pareja feminista estaba vinculado con una relación heterosexual más sana. Los hombres con parejas feministas también daban fe de relaciones más estables y de mayor satisfacción sexual. Según estos resultados, el feminismo no predice relaciones románticas pobres sino, todo lo contrario.

En las dos muestras, las autoras también pusieron a prueba la validez de las creencias estereotipadas sobre las feministas, partiendo de la hipótesis de que si los estereotipos feministas son acertados, entonces las mujeres feministas tendrían más probabilidades de describirse a sí mismas como solteras, lesbianas o sexualmente poco atractivas en comparación con las mujeres no feministas.

Rudman y Phelan no encontraron ninguna confirmación para esta hipótesis entre las personas que participaron en el estudio. De hecho, las mujeres feministas tenían más probabilidades de estar en una relación amorosa heterosexual que las mujeres no feministas. Las autoras concluyen que los estereotipos feministas no son acertados, y por lo tanto es de suponer que sus implicaciones no favorables para las relaciones están igualmente infundadas.»[544]

Contradicciones entre amar y ser libre (Berta)

Ahora pienso que ser libre no consiste en ser poderoso o rico, estar bien considerado o carecer de obligaciones, sino en ser capaz de amar. Ser libre significa amar a otro lo suficiente para olvidarte de ti mismo aunque sea solo un instante. Los místicos y los clérigos hablan de desprenderse de este cuerpo y sus deseos, de dejar de ser esclavos de la carne. Lo que no dicen es que nos liberamos a través de la carne, que nuestro deseo de otro nos transporta fuera de nosotros mismos más limpiamente que todo lo divino

(…)

Dicen que el amor esclaviza, que la pasión es un demonio y que muchos se han perdido por amor. Sé que es verdad, pero también sé que, sin amor, vamos a ciegas por los túneles de nuestras vidas y jamás vemos el sol. Cuando me enamoré, fue como si me mirara al espejo y, por primera vez, me viera. Maravillado, me palpé las mejillas, el cuello. Era yo. Después de mirarme y de acostumbrarme a mí mismo, ya no tuve miedo de odiar algunas partes de mí porque deseaba ser digno de la dueña del espejo.

Después de verme por primera vez, contemplé el mundo y vi que era más variado y hermoso de lo que imaginaba. Como la mayoría de los seres humanos, disfrutaba de las tardes cálidas, del olor a comida y de las aves que surcan el cielo, pero no era místico ni hombre de Dios y no experimenté el éxtasis del que hablan los textos. Ansiaba sentir, pero no sabía qué. Aprendemos palabras como pasión y éxtasis, pero se quedan en la página. A veces intentamos darles la vuelta, averiguar qué hay al otro lado y todos podemos contar una anécdota sobre una mujer, un burdel, una noche de opio o una guerra. Le tenemos miedo. Tenemos miedo de la pasión y nos reímos del exceso de amor y de los

que aman sin límite.

A pesar de todo, ansiamos sentir[545].

Berta tiene 54 años y dice y transmite ser una mujer optimista que ha sido muy feliz en su vida, una felicidad con algunas vetas.

Disfruta mucho de su forma de vida actual. Vive en una casa en medio del campo; una casa que compró a medias con su actual pareja. Ella aportó la indemnización de una jubilación anticipada en la empresa en la que comenzó a trabajar de muy jovencita, como tantas mujeres y hombres de su generación. Y narra muy bien, como también lo ha hecho Loli, esos años de peleas políticas y sindicales.

Vivió durante más de una década una historia de amor muy intensa y satisfactoria, pero con dosis también de tormento, con un hombre que le gustaba muchísimo pero que tenía problemas con el alcohol. Ahora convive con su pareja, una mujer, y su madre, muy mayor y dependiente, con la que mantiene una relación ambivalente, a veces la ama y a veces la odia, pero a la que se siente obligada a cuidar.

Su pareja y ella son muy distintas y se deja entrever en su relato cómo han ido negociando sus diferencias y sus maneras contrapuestas de relacionarse con el mundo.

Señala en un momento de la conversación que podría prescindir de su pareja pero no de algunas de sus amigas, que son referencia central en su vida. Y en su entrevista destaca la tensión entre el amor (sobre todo en lo que se refiere a la pareja) y la libertad, una tensión que aparece también en algunas otras mujeres con las que he hablado, que tienen claros sus deseos y proyectos propios.

Yo siempre he sido una mujer optimista. Me gusta explorar las cosas y me gusta tener muchísimas relaciones con gente de todo tipo, y nunca me he cortado, he intentado hacer cosas, dentro de lo que cabe. He tenido problemas con la familia, mi familia me ha condicionado mucho, he tenido que mentir mucho para hacer cosas que a mí me gustaban, he hecho un poco de vida paralela. Aunque vivía en casa con mi madre, apenas tenía relación con ella. Hasta que decidí que no podía seguir con un rollo de

amor-odio
con mi madre, que me ha condicionado mi vida. En los últimos años he tenido más relación con ella porque la he visto más indefensa.

Y sigue haciendo un balance general de su vida.

He trabajado en la fábrica desde los 17 años. A los diecisiete empecé a trabajar. Mi padre murió y estaba haciendo secretariado, terminé secretariado y me puse a trabajar. Entonces, entré en la fábrica. También estuve en una empresa, pero dos meses o tres, en Bilbao. Yo era muy monjil, muy de iglesia, muy de ir a misa antes de ir a trabajar, todos los días iba a misa… entonces, el contacto con la fábrica, el contacto con los trabajadores, el contacto con la gente me abrió los ojos, el movimiento sindical… empecé a ir a reuniones, en aquel entonces clandestinas, y mi vida cambió. Mi vida cambió totalmente. Desde una monja, casi, a pertenecer a los movimientos sindicales, luego feministas. Entonces empezaron algunos movimientos de mujeres, era cuando empezaba la Asamblea[546] a constituirse. Había una mujer gipuzkoana que trabajaba en la fábrica con nosotras que nos empezó a reunir a un grupito de mujeres, y nos puso en contacto con la Asamblea. Y así empezamos. Primero fue el movimiento sindical. Nosotras, a nivel de mujeres, empezábamos a meter algún articulito, para cambiar un poco las mismas condiciones de salario que los hombres, guarderías para los niños, y todas esas cosas.

La enfermedad y la muerte de mi padre fueron fundamentales para mí porque mi padre se estuvo un año entero en casa, y como yo ya había terminado los estudios, tuve mucho tiempo de estar con él. Mi padre tenía cáncer, y en aquel entonces, el cáncer no tenía los medicamentos que hay ahora, y sufría como un perro el pobre. Entonces, ese año de contacto con mi padre… yo estuve muy cerca de mi padre, y fue muy importante. Mi hermano era siete años mayor que yo, pero era como son muchos chicos, no podía ni ver la enfermedad, ni un sufrimiento de mi padre, ni un grito. Entonces, yo me hice como más fuerte, como que era el apoyo de mi padre y de mi madre. Mi madre también es muy fuerte. Y me sentí muy bien, como que estaba haciendo algo, ayudándole a mi padre. Ese fue un momento que me marcó mucho en mi vida.

De jóvenes, Carmen y yo, mi amiga, nos metimos en una asociación que era de curas, los salesianos, que había baile, que

había reuniones. Esa época también me marcó bastante, con 17 años,
15-16-17
. Yo hasta los
18-19
no empecé a despertar a otro mundo. Y luego, empecé las relaciones muy tarde con los chicos. Yo he sido como muy torpe para eso. Yo creo que porque me ha marcado la iglesia, toda la cultura que tenía. Tenía contacto con chicos en el club, pero de no dejarme arrimar. Me acuerdo que iba a un pueblo de Palencia, porque mi madre tenía una casa, y allí era diferente. Los bailes por la noche. Entonces, me dejaba un poco, pero siempre con muchísimo miedo. No me apetecía para nada que me metieran mano.

Ahora vivo con una mujer; antes tenía relaciones con chicos y he tenido relaciones estables con un chico, aunque no llegué a convivir con él bajo el mismo techo. Con Paula ha sido la primera vez que he tenido relaciones continuadas con una mujer, aunque había tenido previamente algún escarceo con chicas, porque te sientes atraída, porque se sienten atraídas. Aunque alguna vez me ha pasado de estar con alguna tía que me gustaba y no poder hacer nada. Otras veces, perfectamente. Pero con Paula ha sido la primera persona con la que he tenido relaciones, y no solamente relaciones sexuales, sino de todo tipo, de amistad, de cariño. Yo creo que me enamoré de Paula, y no era simplemente una relación sexual. Yo siempre he separado el sexo del amor. Yo con el chico con el que estuve muchos años, también estaba enamorada. Y luego, he tenido relaciones con más chicos. Esas han sido relaciones esporádicas. Pero lo que es el enamoramiento, de sentir yo que estoy enamorada o enganchada o lo que sea, con ese chico y con Paula.

Yo viajo muchísimo, hemos viajado en verano Carmen (mi amiga de siempre) y yo a dedo muchísimo, todas las vacaciones. Hemos conocido a cantidad de gente. Durante todo el año yo he tenido mucha actividad, entre los movimientos sindicales, las feministas, las no sé qué, y en mi casa mi madre me daba bastante libertad para lo que ella ha sido. Me prohibía cosas, pero me daba libertad. Entonces, yo he conocido mucha gente y me lo he pasado muy bien. Para mí, lo más importante en la vida ha sido el estar con ellos.

Y luego, me marcó muchísimo en mi vida el dejar la fábrica. Yo creo que la fábrica me ha condicionado muchísimo, porque yo tenía una relación bastante marginal en la fábrica, primero secretaria y luego administrativa. Entonces, me marcó muchísimo el asunto de cuando desapareció el departamento en el que estaba yo, luego, nos fueron colocando a todo el mundo en diferentes sitios y no teníamos trabajo, y entonces, estuve marginada. Y luego, por mi forma de actuar allí, por el movimiento y demás, relegaron en una mesa sin trabajo y sin nada. Fue como muy duro. Yo leía, hablaba… pero te aburres al cabo de ocho horas. Entonces decidimos ir a vivir al campo Paula y yo; yo ya no podía soportar ir a trabajar dejando el caserío, el campo, los pajaritos y lo maravilloso que me sentía allí, no lo podía soportar. Entonces, la oportunidad de dejar la fábrica y coger el dinero. Se lo planteé a Paula, porque quería compartir la decisión aunque era una responsabilidad mía, y ella dijo que hiciera lo que quisiera. Cogí el dinero y quitamos el préstamo del caserío. La casa era nuestra, estábamos viviendo así. Y ella vendió su casa. Al tener los 52 años, te dan también un dinero por haber trabajado más de 15 y demás, y con eso vivimos, eso, su sueldo, la huerta, alguna herencia… Claro, vivimos a un tren mejor de lo que podría si estuviera sola. Además, vivir en el campo es mucho más barato, hay mucha menos necesidad de gastar. Llevamos así 14 años, y estoy muy contenta de vivir en la naturaleza, me ha cambiado todo.

Mis amigas (entre las que incluyo algunos amigos) son cruciales en mi vida, como una docena. Amigas-amigos. Paula, por supuesto también, pero igual le doy más importancia a las amistades que a la pareja, así en general quiero decir, no a Paula en concreto. Y bueno, tengo sobrinos, pero porque es el rollo cultural de la familia, que nos llevamos muy bien y estoy en contacto con ellos, pero no tan importantes. Mis amigas son fundamentales. Discutimos muchísimo, con algunas más que con otras, sobre todo con las que más confianza tengo; somos totalmente diferentes. Lo de la familia es una cosa impuesta, y entonces, hay parte de la familia que sigo teniendo contacto con ella, y otra que me resbala, porque no he tenido relación. Con las amigas es un tipo de necesidad de que esa persona esté en tu vida, y tú en la vida de esa persona. No quiere decir que tengamos que salir todos los domingos juntas, ni nada de ese rollo. Pero sí hacer partícipe. Yo he sido muy machacona para

este tipo de cosas, y de hecho, con mis amigas hablo casi todos los días, con 3 o 4, que es tela marinera. Y luego, vienen los fines de semana, algunas. La mayor parte de la gente tiene sus parejas, y entonces, ya también es diferente, ya no salimos como antes juntos, celebramos cumpleaños o cosas, pero nada más. Pero ese amor, es en general en la amistad, el mismo, es muy parecido.

Una y otra vez, la importancia de las amigas.

A mis amigas se lo digo todo-todo-todo. Porque como ya llevamos muchos años, vemos todas las contradicciones, todo lo que decimos y lo que hacemos. Yo a mí pareja no le digo, por ejemplo, que prefiero irme con una amiga a hacer no sé qué con ella. Aunque lo podría comprender, te puede doler y yo evito ese tipo de sufrimientos. Mi pareja es con la que precisamente soy menos sincera, bueno, sincera sí, pero a la que le oculto más cosas.

Y la mirada fría, severa, a las relaciones familiares.

El futuro lo veo maravilloso, sobre todo cuando se muera mi madre. Es cierto, para mí mi madre es una losa. Cuando se muera mi madre, maravilloso. Ahora lo estamos llevando relativamente bien, al no trabajar… bueno, igual si estuviera trabajando ahora estaría mejor, no vería a mi madre tanto. Yo creo que me equivoqué, tendría que haber dejado a mi madre en casa y haber cogido a una persona para todo el día con ella. Pero esa cosa que todavía me queda de la mierda de la iglesia, el rollo de cuidar a la madre. Entonces, como yo no trabajaba, se suponía que yo tenía más tiempo, y dije que iba a ser mejor, porque aunque estuviera agobiada, salía a la calle a ver los pajaritos y me voy a relajar más que en la ciudad. Pero no ha sido así. Yo creo que es peor. Ahora ya no hay vuelta de hoja. Hemos alquilado su piso y además, que ya no la voy a dejar otra vez sola.

Yo siempre voy a estar activa, porque en estos momentos estoy en movimientos en el pueblo, y tenemos muy buena relación con la gente. La gente sabe que somos pareja, pero al llegar allí *[hacemos la entrevista en la cocina de la casa de una amiga*], dos pijas de la ciudad, dos tías además que se oía que tal, pues todo el mundo quiso conocernos. En la vida que hemos tratado con la gente, la gente nos acepta y nos quiere. Paula no participa en movimientos, solo en actos o en momentos puntuales, pero yo sigo teniendo actividad, dentro de lo que pueda, tengo movimiento. En el futuro

me veo haciendo esto pero viajando, que es lo que he dejado de hacer desde hace tiempo.

Y continúa, hablando de las diferencias entre mujeres y hombres, y de su sentirse mujer como algo corporal.

La parte masculina, en los hombres, no me gusta. Hay cantidad de cosas que no me gusta de ellos. No me gusta su prepotencia, no me gusta el que crean que lo saben todo y, además, la poca de sensibilidad que tienen para cantidad de cosas, que puede ser cultural pero, desde luego, aunque a mí me hayan educado culturalmente para sentir lo que siento como mujer, para mí ha habido una diferencia abismal, he cambiado. Yo me siento mujer por todas las connotaciones que se dicen de mujer, pero no es porque lo hayas leído, porque lo hayas mamado o te lo hayan dicho, es que lo que no me siento es hombre, desde luego.

Corporalmente me siento mujer, totalmente. No por las formas, porque fíjate cuántas mujeres no tienen formas, por llamarlo así, de curvas ni de nada, y son cuerpos femeninos. Para mí, femenino es algo que desprenda sensibilidad o acercamiento. Puede haber tías muy bordes, muy frías, y sin curvas, pero son cuerpos de mujer. Yo me siento con un cuerpo de mujer, no por las curvas, ni las tetas, ni nada, pero… pues no sé, hasta la forma de reaccionar, de todo.

Y del amor.

El amor para mí es necesario. Quiero decir que no sé para otra gente, pero yo necesito el amor de las amigas, el amor físico. El amor de la familia igual pasaría, porque puedo prescindir de ellos, es una cosa que me la han impuesto. En cambio, yo las amigas las busco, intento mantenerlas. Hubiera sido muy fácil haber abandonado todas las relaciones, porque es muy difícil llegar a mi casa. Sobre todo en invierno, porque en verano es muy bonito estar con el campo y los pajaritos, pero en invierno es duro, y las amigas van. Eso es porque nos queremos todas mucho, me quieren y van. Y yo las quiero y también las mantengo. Entonces, para eso tengo que hacer también mil esfuerzos, de venir o de estar con ellas, de quedar. El amor, para mí es necesario. Me gustaría ser mucho más… no tener tanta dependencia de la gente. Para mí el amor es una dependencia, a veces maravillosa, que igual lo necesito porque me lo han metido culturalmente, pero es así.

Necesidad. Dependencia. Contradicción.

Solo dos entrevistadas harán alusión al amor entre animales y humanos.

El amor, para mí, es físico, es un acercamiento físico. No es una cosa etérea, ni una cosa, ni una nube, ni un pajarito. Es un contacto físico. Con los animales también, te quiero decir que yo tengo perros y les pego unos achuchones… necesito contacto para sentir el amor… tocar… con las manos, con la cara, con los besos… tocar… Para mí es comprensión, sobre todo es comprensión. Poder comprender a la otra persona, y aunque no la comprendas, respetarla. Tolerancia, es fundamental. No imponer. Aunque yo no me tengo por una persona especialmente tolerante.

Hace balance.

En el caso de Gabi *[su anterior pareja*] fue una relación que me hizo mucho daño. Yo era consciente. Era una persona que era alcohólica y entonces me hizo daño. Me hizo daño, porque yo quería tener otro tipo de relación con él. Era con la persona que he conocido con la que mejor me he compenetrado. La mejor de las mejores, a todos los niveles, sexual, como amistad, como gustos; de esas personas que simplemente mirándote ya sabes lo que están pensando, decidir más o menos las mismas cosas. No quiero decir que no discutiéramos, mogollón, porque teníamos caracteres diferentes, pero cuando se dice la *media naranja*, esa es con la que a mí me hubiera gustado poder vivir. Discutíamos de cosas, era un análisis continuo de la vida, éramos complementarios totalmente. Y entonces, esa relación me hizo daño porque no podía seguir con ella. No quería dejar de beber y hubo un ultimátum.

La relación con él, me hizo daño. Yo creo que fui bastante gilipollas y no me di cuenta, no supe cortar a tiempo, lo pasé mal, porque claro, ver a una persona que sigue bebiendo y se está alcoholizando totalmente, mientras había situaciones de… Había situaciones de que, «mira tío, sal del coche porque no te aguanto más», y de violencia en el sentido ese de tal. Y dices, al día siguiente, «hablo con él y lo dejamos». Pero claro, la dependencia afectiva que tenía con él, es lo que te digo, que me hizo daño. Estaba ciega, aunque mis amigas me avisaban y me aconsejaban, pero tenía una venda en los ojos. No supe romper la dependencia afectiva, y en un momento determinado, porque yo no sabía si al día siguiente este tío iba a volver a beber o no. Quedábamos con

nuestra cuadrilla en común, y teníamos un cumpleaños o algo, y yo estaba pendiente de si el tío iba a beber más, cómo iba a terminar la noche. Entonces, yo no estaba a gusto en mi vida, en ese sentido. Eso para mí es un maltrato, es una situación de violencia, de tener que estar aguantando una noche con la gente cenando, y «no bebas». Prefiero no compenetrarme tanto con otra persona pero estar más relajada en mi vida. Normalmente nunca me he arrepentido de nada, nunca. Pero de eso sí me arrepiento, si pudiera quitar… haber sido más espabilada, antes de tiempo.

Antes de él había tenido relaciones esporádicas, pero la más importante fue esta. Y al mismo tiempo que se dio esta, se dieron otras dos. Yo tuve relaciones con tres personas a la vez, durante una época de mi vida. Tres chicos. Pero duró poco, quiero decir, no me daba tener que andar para atrás y para adelante. Como dos años duró.

Me acuerdo muy bien de cómo empecé con él. Un amigo de él trabajaba conmigo, me dijo, «hay un concierto». Y bueno, me había hablado de este chico. Vivía con él, vivían juntos tres chicos. Y siempre me hablaba de Gabi, «es una persona que tienes que conocer, es…», y la verdad es que es un tío maravilloso, lo que pasa es que es un borracho. Y me había hablado tanto de él, que cuando le conocí en el concierto, pues fuimos a tomar algo. Yo había quedado con estas para cenar algo en Bilbao, con mis amigas, y se me pasaba el tiempo, se me pasaba el tiempo, y hablando de cine, y hablando de… es un tío muy listo. Entonces, cuando llegué a la cena, «he conocido al tío de mi vida». Te puede influir que el otro me había dicho de antemano, pero bueno, si no me hubiera gustado tampoco hubiera seguido para adelante. Era un tío muy tímido, no había tenido nunca relaciones con tías, y encima, él me lo avisó, «yo soy un alcohólico, te aviso», «no me importa», yo como siempre he sido tan chula, como diciendo «yo capeo el…», ¡imbécil de mí!, que luego caí como una imbécil.

27 años y él 26 o 25 teníamos. Yo le llamé y le dije para invitarle a mi casa, a casa de mi madre, pero como en aquel entonces mi madre salía con las amigas. Bueno, pues vino a mi casa. La segunda cita fue en el monte. Le gustaba el monte e íbamos al monte. Pero en el monte, yo ya me abalancé sobre él, y el chaval cogió un susto mortal, pero se dejó hacer algo. Luego, ya fue en

casa. En casa es diferente. Y estando en casa, le llevé al cuarto, pusimos música y empecé… y cogió un susto, que «me marcho, me marcho», y se marchó. Yo no podía hacer nada, él mismo. Entonces, sucedió que había un amigo común, que le habían metido a la cárcel, y le llamé para decirle, «oye, a fulano le han metido a la cárcel», y dijo, «¿te importa que vaya hoy a tu casa?», se lo había pensado más. Y ya vino, y ahí empezamos.

Y luego, hemos vivido muchísimo juntos. Aunque no vivíamos en la misma casa, porque yo lo tenía muy claro que con una persona así no vivo, pero sí tenía relaciones con él. El tema del alcoholismo, y hoy trabajaba y mañana no. Era un tío muy inseguro con su trabajo. Y su cuadrilla también, le intentó ayudar entre todos, llevarle a un centro de rehabilitación de estos, y el tío no se dejaba. Él decía que lo sentía mucho, que él no podía dejarlo y que no quería dejarlo. Y entonces lo decidimos. La cuadrilla le dijo, «oye majo, cuando estés así no cuentes con nosotros», y yo le dije, «lo siento, pero…». Estuve como 15 años con él, mucho tiempo. Ahora nos vemos en los funerales de los amigos que se van muriendo, en las manis, y en cosas de esas. Pero me persiguió bastante. Parece como muy delicado en algunas cosas, incluso físicamente, como muy sensible para cantidad de cosas. Como tío no es prepotente, todo lo contrario, por su alcoholismo bastante acomplejado, y a veces agresivo, cuando bebía. Pero era muy poco tolerante con las relaciones mías con otra gente. En cambio, Paula es mucho más tolerante.

Contrastes.

Paula es una persona que, aparentemente, no tenemos nada que ver la una con la otra, pero nada de nada. Pero es que si en estos momentos saldríamos por la calle, una tira para un lado y la otra para el otro. No tenemos nada que ver. En cambio, es un amor de mujer para mí, maravillosa. Yo creo que ella diría que yo le pego caña, demasiado. Es muy tranquila y yo soy más nerviosa. Yo soy más inquieta. Por ella, no haríamos nada, por ella no vendría nadie a casa, si yo he conseguido que la gente venga a casa, que nuestras relaciones con la gente ella participe con las relaciones y todo ese rollo ha sido porque yo he estado pegándole la vara. Entonces, claro, para mí ha sido un esfuerzo tremendo. He conseguido, al cabo de los años, que pueda yo tener mis relaciones con mi gente, y

ella también esté a gusto. Y ¿qué diría de ella? que me hubiera gustado que fuera de otra forma, porque como la quiero tanto y estamos muy bien. Me hubiera gustado que fuera un poco más como yo. Más como yo en ese tipo de cosas, de que le guste viajar, que no le gusta; que le guste la aventura, que ella siempre tiene que saber que si va por ese sitio, que ese sitio es seguro, y en cambio, a mí me gusta cuanto más inseguro, mejor. Entonces, me gustaría que no me tuviera que desgastar tanto para intentar convencerla a veces, y otras veces, tener que aguantarme y no hacer cosas. Me aguanto muchísimo.

Es un amor… diferente. No sé cómo podría decirlo. Pero ya te he dicho que creo que necesito más el amor de la amistad, para vivir; puedo necesitar el de la compañía, el del sexo, el de compartir cantidad de cosas bajo el mismo techo, ilusiones, ahora nos vamos de vacaciones, tenemos una ilusión tremenda. Ese tipo de cosas en común con esa persona, que tú puedes estar con tu amor de diferentes formas que con tus amigas. Porque luego, son cosas que con una amiga tienes que justificar por qué lo has hecho, pero con esa pareja con la que llevas tanto tiempo y tanta compenetración. Paula y yo hablamos muchísimo de todas las cosas raras que nos suceden o que sentimos, ¿por qué no has hecho esto? Pues luego, llegas siempre a un entendimiento, porque hay un algo, ese vínculo, que no es con las amigas, que es de una necesidad física o de otro tipo de cariño. Pero si algún día faltara, si me quedara soltera, yo me sentiría más coja sin el amor de las amistades que sin el de la pareja. Porque creo que podría buscar si quisiera otro amor de pareja, otra cosa es que me saliera bien o mal. Pero creo que podría ser reemplazado. En cambio, las amigas no son reemplazables.

Yo me considero una persona muy egoísta. Yo creo que lo de la amistad y todo, lo hago por puro egoísmo. No porque quiero dar a mis amigas no sé qué, para que luego ellas me lo devuelvan. No pensando eso cuando lo hago, pero estoy segura de que a la larga mi pensamiento es ese. Yo estoy aportando a mis amigas cosas, estoy segura de que me va a revertir luego, el día de mañana. Aunque no lo hago con ese análisis frío, estoy segura de que es así. Y de hecho, pues me lo han demostrado. Llevamos ya muchísimos años juntas. Y entonces, que ¿cómo lo he aprendido? Yo creo que andando por la vida. Por ejemplo, Loli *[la segunda de las*

entrevistadas], se han sumado a mi vida más tarde, pero ha sido lo mismo de intenso que desde el principio, y lo he ido aprendiendo así. En cuanto al amor, ha surgido. Nunca lo he analizado, sino que poco a poco, necesidades mías. Yo creo que por necesidad he ido queriendo. Soy muy egoísta, si pudiera decir, sin correr riesgos en estos momentos, «ya no tengo amor de pareja, y quiero vivir otro tipo de… sola, sin relaciones de pareja, a mi aire… pero luego, otra vez, cuando quiera…». Claro, eso es lo que pasa siempre. Me gusta ser libre. Para mí, una relación de pareja, me refiero sobre todo a cuando convives, es una atadura. Más atadura que las amistades.

Y pasamos a las referencias teóricas o literarias.

Leí aquello del Alberoni[547], lo de las fases del amor. Yo llevaba con Paula 3 años y discutiendo con la gente, con las parejas chico-chica de la cuadrilla, siempre nos veían besándonos Paula y yo. Y nos decía un amigo, «pero en vosotras ¿cuánto dura el enamoramiento? porque yo, ¿verdad Edurne? nosotros en 6 meses ya, nada», y me hacía gracia. Y aquel libro marcaba eso, las diferentes etapas del enamoramiento, el no sé qué, el estar bien, o el estar no sé qué, la rutina. Y, a mí me duró muchísimo el enamoramiento, nos duró a las dos. Yo creo que todavía estoy enamorada de Paula y Paula de mí. Siempre nos lo decimos. Miles de cosas que eran de chocholez, de adolescente. Pero es verdad, ese libro… pensé yo que es así, y consultaba a las parejas amigas mías y sí, a unos les duró un año, a otros 6 meses, «¿pero nosotras, lo mismo que al principio?», y «¿cuántas veces os besáis al día?».

Me gustó también a nivel sexual mucho *La historia de O.*[548] La versión que leí era un cómic, me impactó. Y de hecho, lo tengo en casa. Me lo dejó un amigo y luego lo compré. Y ese me impactó, porque ahí descubrí un tipo de sexualidad, me hizo sentir un tipo de sexualidad que era con la que yo tenía mis fantasías sexuales. Que podría ser con perros, que podía ser sintiéndote sexualmente excitada, estando atada, dominada. Y en ese libro, en ese cómic, descubrí que efectivamente, me excitaba leerlo y verlo porque eran mis fantasías. Ese libro me marcó sexualmente. También aquella película famosa de *El imperio de los sentidos*[549]. Me imagino que también *El último tango en París*[550] también, pero igual no me sentí tan así. *El imperio de los sentidos*, la violencia del sexo, de una forma brutal, no una forma bucólica y bonita, sino el placer a través del

dolor.

Y luego, todas las canciones de Silvio Rodríguez, cuando las descubrí la de *La era está pariendo un corazón (… la madre vive hasta que muere el sol…)*. Esta la canto mucho. Si hay que dejar la casa si es preciso por vivir, el sentido de la libertad, de cómo me sentía tan oprimida con mi madre. Esas canciones de Silvio Rodríguez me marcaron mucho[551].

Y nuevamente aparece la iglesia católica.

También me ha marcado la iglesia, claro, pero en lo de la masturbación y miles de cosas de esas en las que podías sentirte como pecado el hacerlo, yo jamás. Yo siempre me lo saltaba. Yo sería de iglesia, de ir a comulgar, pero a mí nadie me quitaba mi masturbación, desde que era pequeñita. Ni cantidad de cosas de cuando jugaba con los chavales en el barrio, hacíamos lo de jugar a médicos. Eso nunca, nunca me lo he quitado. Con 15 o 16 años que empezamos a salir, éramos una cuadrilla grande. Unos se decantaban por ir a sitios de ambiente, de chicos y demás. En cambio, otras, Carmen y yo, éramos más monjiles, de no ir a esos sitios; sentíamos como que no estábamos a gusto. Yo creo que son complejos, o miedos a acercarte a los chicos, eran cosas de esas. Entonces, nos relacionábamos en un ambiente club. Sí bailábamos y demás, pero eso entraba dentro del mismo ambiente. Luego, cuando empezamos a ir a Santurce *[una población dentro del Gran Bilbao*]. Pero una vez de que empecé, la verdad es que vino todo seguido. Conscientemente o inconscientemente, lo quería evitar. Y luego, ya es cuando me solté un poco la coleta, me arrepiento también de no haber hecho más, porque los miedos todavía siguen existiendo. Yo si no hago más es por miedo a perder a Paula, miedo a no sé qué. Entonces, me reprimo.

Y aparecen también sus fantasías sexuales.

… Una fantasía típica, poder conocer… como yo no tengo relaciones ya con tíos, muchas fantasías tengo con tíos. Entonces a mí me apetece esa fantasía muchas veces, estando con Paula en la cama, y no puedo dormir y empiezo a pensar. Son diferentes, pero siempre es la misma escena. Es la búsqueda de un tío, siempre de un tío, jamás de una tía, y a través de mirar, que estás en un balneario, en una playa, miradas, acercamiento, y bueno, sin mucho esto, a follar. Siempre que he tenido relaciones con gente, he estado

siempre fantaseando buscando más gente.

Y profundiza en su relación con Paula, su actual pareja.

A Paula la conocí porque es amiga común de unos amigos míos, pero nunca había hablado con ella, me parecía una tía distante, fría. La veía por el pueblo y luego le perdí la pista. Se fue a vivir con su novia. Y cuando su novia la dejó, mis amigos en común le echaron una mano; es una tía que no se queda atrás. Así como otra se quedaría llorando en casa, pues ella lloraría pero empezó a llamar a las antiguas amistades. Y lo que le está pasando ahora es que hay que hacer un esfuerzo tremendo para que siga con sus amigas. En aquel entonces, empezó a llamar a puertas. Entonces, hubo puertas que se le abrieron. Estos amigos empezaron a quedar con ella, para que se desahogara, para llevarla por ahí.

Y unos Carnavales, que bajamos de bomberas las de la Asamblea, me acuerdo perfectamente, habíamos quedado al final de la Bajada[552] en el Casco Viejo, y estaba Paula con el amigo nuestro. Yo le di el casco de bombero, llevábamos un casquite de mierda, y «toma Paula, te lo regalo». Era la primera vez que hablaba con ella. Y les dije, «vamos a cenar todos a casa». Yo la veía una persona fría y distante. En la vida me hubiera pensado que… Es más, me parecía una tía muy borde. Y esa noche, en vez de tomar pintxos, «vamos a casa, preparamos una tortilla, una ensalada». Y algo fue, que yo me di cuenta, no sé por qué, era su morbo o porque me gusta un poco el juego, pero me podía haber pasado con otra tía, de hecho, me había pasado, pero no había llegado con ellas a nada, no tenían el morbo ese. Pero con esta sí. Eso fue en febrero, y luego, en el 8 de marzo, que había unas charlas en Bidebarrieta[553], ella vino a la charla. Y yo ya ahí noté, yo noté algo. Entonces, la comida de 8 de marzo que hacemos las mujeres, la invitaron estas amigas en común. Y fue una comida terrible, claro, porque encima entre mujeres, ella enamorada todavía de su novia, una llorera… Luego me contó, que «es que hija, entre mujeres, el día 8 de marzo y yo acordándome de la otra…»

Y fue algo, una necesidad de… no de proteger, sino de sentirla, de tocarla, de algo, no sé de qué, pero algo. De hecho todas estaban pendientes de ella, claro. Porque había cada lagartona el día 8 de marzo en aquella comida. Luego hubo baile en la Plaza Nueva, y fuimos allí y allí me pidió baile. Y bueno, claro, yo estaba deseando.

Ella es así, como delgadita, menudita, y noté una fuerza, «¡chica, pero qué fuerza tienes!», como una cosa de… no voy a decir de tío, pero con una tía no había sentido nunca eso, somos más suaves tocando o agarrando. No digo que no haya, pero a mí no me había tocado nunca. Y la noté como una especie de protección, de fuerza, que me estaba agarrando ella, y yo más grande que ella y ella más menuda, pero la sentí como poderosa. Ella también se acuerda de ese baile. Y así fue todo. El baile y se acabó. Pero luego le invité ese mismo día, ella hacía también gimnasia, bueno iba a un gimnasio, y había un certamen de culturismo. Y el gimnasio al que iba yo, eran los organizadores de eso en Bilbao en un cine. Y le dije, «te saco entradas para tal día y vamos las dos a ver». Y casualidad, se me había muerto un tío, y a la pobre me la dejé empantanada allí. Llegué al final, bueno, primero llegué, le di las entradas para que entrara ella, pero luego yo a la salida del funeral, volví. Nos fuimos a comer a un sitio y luego, a la playa a tomar algo, íbamos en el coche, y me acuerdo que yo le puse la mano encima… es que soy una cabrona. Yo quería como… es que la veía que estaba a huevo, y no sé cómo, hablando de vacaciones le dije «pues a mí no me importaría ir contigo de vacaciones». Y claro, yo dije eso sin ser consciente de que ella podía creérselo. Igual, yo en ese momento me iba a tirar para atrás. Efectivamente, me llama y me dice que sí, que de acuerdo, que vamos de vacaciones. Y le dije que no. En parte, igual me daba miedo. Porque a ella la vi como lanzada. Y bueno, quedamos un día para comer. Y ahí fue, a la salida de la comida fuimos a un parque y por allí, yo había ido varias veces a ese sitio, y jugando y tal, esas cosas de tocar, de jugar, que ya notas una necesidad ya, que necesitas tocar a esa persona. No sé cómo fue que nos tropezamos, nos caímos al suelo, nos abrazamos, y entonces, ya sentimos como que eso. Por parte de ella estaba claro, porque era una mujer que le gustaban las mujeres, pero claro, por mi parte fue natural. No sentí nada de decir, qué rechazo, me apetecía abrazarla y tal. Yo ese día le dije de ir a casa, a mi casa. Y en el portal, ella todavía no se atrevía. Ella todavía estaba enamorada, era la primera relación que iba a tener después de su novia. Y fuimos arriba, al cuarto y sí, pero ella estaba rígida. Y yo estaba tan salida, necesitaba un desahogo, que casi fue una masturbación. No fue un follar de las dos, ¿me entiendes?

complementario, sino que fui yo casi la que le agredí. Y ella cogió, nada más terminar y, «me marcho, me marcho», y se marchó, asustada. Hasta al cabo de 3 días no recibí su llamada. Y luego ya empezamos, y muy bien. Pero es lo que me contó, que estaba asustada, que no había tenido una relación después de su novia. Y de hecho, yo seguí con Paula durante bastantes meses, y Paula todavía seguía con el pensamiento de su novia. Pero a mí no me importaba, era un asunto más bien, como si me hubiera dicho que no quería continuar. Yo no estaba enganchada de enamorada, sino de necesidad de estar con ella.

Pues, desde el momento en el que necesitaba estar con ella en cada momento y de saber qué pasaba con ella y… Ella, al principio, me quería marcar la relación más asidua, y yo le decía que una vez cada 15 días ya me bastaba. Y claro, ella necesitaba más. Y yo no sé si necesitaba más o menos, pero yo quería más libertad. Y de hecho, yo seguía manteniendo relaciones con Gabi y con otro tío. Entonces, yo a nivel sexual, no necesitaba una relación con ella todos los días, pero sí noté que la necesitaba ver, que necesitaba estar con ella, que me atraía y quería estar con ella.

En la primera fase, esa del conocimiento de la una y la otra, de discusiones a tope, muchas discusiones, muchas rabietas, mucho «aquí se termina», muchas veces, yo he cogido muchas veces el coche y me he largado, muy de querer romper y se acabó. Pero, por otra parte de estar deseando de que dijera ella «quédate». Pero es una necesidad, yo necesito estar con Paula y la quiero muchísimo. La palabra es necesitarla, para quererla, para estar con ella y para compartir. Pero el primer proceso fue, los primeros años fueron diferentes. Luego, el hecho de conocerla e ir a vivir al campo al cabo de un año. Tenemos cosas en común: nos gusta la comida, la bebida y el campo, la naturaleza. Entonces, eso es mucho para compartir una vida de dos. A ella le gustaba el monte, y a mí también. Entonces, nos íbamos mucho por ahí, y empezamos a pensar «¿y si vivimos en el monte?».

No me gusta el que me aten, no me gusta el no relacionarme con otra gente, amigas. Yo he sido tan libre siempre, que he podido hacer y deshacer todo, mis relaciones con la gente, con lo que yo entro y salgo y tal, pero que con Paula me he sentido más supeditada, a tener que dar explicaciones.

Explícita su contrato.

El contrato que tenemos tiene que ver con que a mí me gusta más tener relaciones con la gente, que vayan a casa. Antes, es que era terrible, yo comprendo que ha tenido que pasar muchísimo la pobre, pero es que eran todos los fines de semana durante 3 años. Y luego ya, ha sido más así. Pero el contrato no es un contrato, pero sí hemos llegado a una… de decir, «mira, es que yo necesito a la gente, entonces, quiero que vengan aquí, porque este es mi sitio y yo quiero que compartan cosas mías. Si tú no quieres que vengan, tendrás que marcharte. O al revés, si quieres que me marche yo, y tener que juntarme con la gente en otro lado». Pero ha sido poco a poco, ha sido en momentos de discusión gordos. Pero luego, al final, hemos ido poco a poco, porque ella ya no se siente tan mal con la gente. Ha ido aceptando, que la gente al llegar allí… para ella era trabajo. Toda la semana trabajando y no quieres seguir trabajando. Yo lo comprendo, pero tampoco era para tanto. Ella no está acostumbrada a ese tipo de cosas. Entonces, no ha habido contrato de ponernos, esto y esto. Y en cuanto al dinero, tampoco. Tenemos todo en común, y todo lo mío es suyo, y todo lo suyo es mío. Lo hemos pensado muchísimas veces, y pensamos que, efectivamente se puede dar, la separación, que luego a la hora de la verdad… pero no hemos pensado en que tenemos que hacer nada por escrito, porque nos fiamos la una de la otra, aunque nos separemos.

Y lo que comparten.

Nos gusta cocinar a las dos. Normalmente, como estoy yo más en casa, cocino yo, pero también a ella le gusta. Nos gusta ir mucho por ahí a comer o a cenar. Ahora con mi madre, salimos de noche, porque durante el día no podemos. Entonces, en vez de comer, tenemos la cena. Después de meter a mi madre en la cama, nos vamos. Nos gusta el cine, nos gusta el monte y los animales, los perros… pero cantidad de cosas, cualquier cosa, cualquier bicho que vemos, hasta una musaraña. Ella hace talla de madera, yo hacía manualidades. Entonces, cuando ella acababa la talla de madera, yo le hago el acabado. Esas cosas hacemos. Y gimnasia nos gusta a las dos. Si yo en un momento determinado estoy agobiadísima, aunque ella venga del curro, como ayer que vino tarde, yo o me iba a esa hora a hacer gimnasia abajo, o pasaba de la gimnasia, tenía que hacer la cena de mi madre. Y, «vete abajo a hacer gimnasia ahora

mismo, que yo me ocupo de esto», ese tipo de detalles, que no sé si es por ser mujer, o no todas las tías son así. Está siempre pendiente de cosas que yo necesito, y yo también de ella, procuro.

Pero no sé si es un amor para toda la vida. Estoy segurísima que cuando muera mi madre, yo voy a tener la necesidad de hacer cosas que no puedo hacer ahora, como viajar. Entonces, eso podría dar lugar, porque Paula no va a querer viajar. Va a querer viajar, igual, un mes al año con tal, pero no va a querer como voy a querer yo. Entonces, eso podía dar lugar a una separación física. Yo en el momento en el que salga de aquí y conozca más gente, yo creo que se podía dar una. Hoy, yo pienso que me gustaría terminar mis días con Paula, y lo pienso ahora. Pienso que podía suceder.

Tenemos mucho más contacto físico que sexual. Ya te digo, en el último cuatrimestre, se levanta a las
5:30
de la mañana, como comprenderás… por la noche, después de cenar, el ronquido ya en el sofá, «Paula vete a la cama». Ayer se fue a la cama a las
11:00
. A mí me apetece quedarme, y luego me voy a la cama, y me apetece leer. Ella dice que no le molesta la luz, pero estoy segura de que sí. Ahora es una vida separada por el horario. Ya en enero, las cosas cambian. Ya podremos levantamos juntas, y las cosas cambian. Pero este cuatrimestre ha sido un desastre para tener una relación sexual. Hemos aprovechado un sábado, un domingo, pero mi madre hay que ducharla los sábados. Lo de mi madre, nos ha marcado. Tenemos mucha más relación física que sexual. Vamos andando por el monte todas las tardes, porque ella viene a casa a comer, y estamos continuamente, cada dos por tres, como el camino es muy estrechito, vamos el perro, ella y yo, una delante y otra detrás. Pero normalmente, la de delante, se da la vuelta, espera y nos pegamos un beso, nos tocamos; eso todos los días. Y cuando la veo, no por la costumbre de dar un beso cuando le ves, sino al cabo de un rato «oye, que no nos hemos dado un beso». Ese tipo de cosas, más que sexual. Ya te digo que llevamos un cuatrimestre fatal.

Tampoco ha habido muchas variaciones, te quiero decir que en un taller que hicimos en las jornadas en Leioa[554], la última vez no me acuerdo cuando fue, sobre los diferentes tipos de relaciones, que

dieron unas películas y demás. Sí es verdad que con Paula no he tenido… así como con Gabi he hecho sexualmente muchas cosas diferentes; por lo mismo de sumisa, que activa, que con ropa, que con… experimentábamos. Con ella no he experimentado mucho. He notado, como que es una relación satisfactoria, porque a mí me gusta mucho, pero como que ha entrado en un período más rutinario de las relaciones sexuales. Pues, yo creo que igual ha sido debido a los cambios hormonales. No lo sé, pero como que tenemos más relación o de masturbación, o de contacto con la boca o con lo que sea, de imaginamos más fantasías. Como que hemos sido, y mucho menos lo decimos, «vamos a retomar un poco las fantasías, porque si no, parece que entramos en un esto». Yo creo que por parte de las dos. El deseo surge con el contacto. Nosotras dormimos desnudas siempre, en invierno y en verano. Entonces, el contacto de la carne; si te despiertas suavemente, que te vas despertando poco a poco, el domingo un poco más en la cama, y empiezas con una piernita, la mano, empiezas a tocar, a veces no siento nada, y a veces, pues enseguida siento. Si la otra persona no siente lo mismo que… pues empiezas a tal, cual, besitos, a veces se queda en besos y nada más. Yo me pongo en seguida en funcionamiento.

El deseo surge en el contacto.

Cuando estaba con Gabi yo me daba cuenta de que, sexualmente, con revistas, con ropa íntima, cosas de esas; yo era consciente, yo me estaba cuenta de que eso que estaba reproduciendo… es que no me parece tampoco mal, pero que sí lo mostraba. Entonces, estaba haciendo un papel de un tipo de mujer que utiliza una ropa, utiliza unos gestos, utiliza unas palabras, entonces, todo ese tipo de cosas sí que las utilizaba. Lo que pasa, es que también hay que tener en cuenta que a mí me excitaba, por ejemplo, sentirme violada. No me importaba hacerlo, porque no me importa representar un papel para excitarme, pero que en el caso de que yo fuera violada creo que… Tengo muy clara la separación entre ficción y realidad. Y él también, porque quitando esa tensión que se ponía cuando estaba bebido, que era una agresividad, porque yo ya no podía estar con él igual-igual. A nivel de los dos juntos, no había habido nunca… que me utilizara por ser una tía.

La ficción y la realidad.

A mí me siguen gustando los hombres. Te quiero decir que a mí un hombre me atrae mucho más que una mujer. Cuando lo de Paula, también me gustaban algunas mujeres. De hecho, gente conocida de la Asamblea y eso, y he ido con ellas a la cama. Pero con alguna no he podido. ¿Y cual ha sido el cambio? Ya te he dicho que no ha sido una cosa que lo he pensado, ni lo he razonado ni nada. Ha sido como muy natural. Es que con ella fue distinto.

Y matiza su identidad y habla de su libertad sexual.

Yo creo que soy bisexual, por llamarlo de alguna forma. Te quiero decir, que puedo sentir placer, sexualmente, lo mismo con un hombre y con una mujer. Y enamorarme también. Paula siempre dirá, ella se considera lesbiana. No le gusta utilizar nunca la palabra lesbiana, ni heterosexual, ni nada, pero dice, «a mí me gustan las tías, y me he enamorado de tías. He tenido relaciones con tíos, pero no me he enamorado de ningún tío. Ha sido una relación sexual esporádica, porque tal». Ella sí se podría definir como una mujer que le gustan las mujeres, con lo que siente con las mujeres desde que ha nacido, desde que era… recuerda de pequeñita. Yo en cambio no. Entonces, entiendo que sí puede haber mujeres. Yo siempre he oído a amigas nuestras que son, por llamarlo así, lesbianas, «yo con un hombre, jamás, ni tan siquiera sexualmente».

Y en cambio, las heterosexuales, podrían pensar lo mismo, que puede ser porque no han comprobado, porque culturalmente no sé qué, o se han encerrado en esto, o que efectivamente, su atracción sexual y amorosa es por los tíos. Yo, desde luego, no he tenido luego ningún problema a la hora de mostrar que estaba con Paula y tal.

Yo me acuerdo cuando poníamos los carteles de orgullo gay, que amigas lesbianas no los querían poner para que no les identificaran en su pueblo. Yo nunca he tenido problemas. Y cuando estaba con Paula tampoco. Hoy en día lo sabe todo el mundo, mi familia y todo el mundo. Pero en aquel entonces, que todavía no lo sabían, hasta que salí del armario, podía haber tenido problemas, pero no tenía, porque como me han visto toda la vida con chicos. Mi madre no lo sabe, bueno, mi madre no le ha puesto el nombre, porque mi madre a Paula la trata como… «vosotras siempre sois inseparables». Mi madre sabe que vamos juntas y eso, pero no le ha puesto el nombre, pero sí. Y con mi familia no, mi cuñada, mi hermano, mis sobrinos, no, ningún problema.

La segunda vez que quedamos me cuenta un pasaje de su vida que dice haber olvidado por completo.

Después de hablar contigo el otro día, comentando me acordé de una historia que tuve con una mujer; fue la primera relación, que pasó hace muchos años, pero muchísimos. Y fue que no era consciente de nada. Fue una relación en un hospital. Estaba yo cuidando a un pariente, y esta mujer estaba al lado. Fue una cosa instintiva, natural, nos fuimos al cuarto de baño y de la forma más natural del mundo. Cuando salió, me perseguía bastante. Entonces, a mí me daba morbo y quería. Pero por otra parte, no me gustaba porque era un tipo de mujer que utilizaba todos los «acentos» de los tíos, era como un tío. Ella tenía que estar encima en la cama, decía que ella que… no lo aceptaba, era un cuerpo de mujer, de lo que se entiende por mujer, con sus curvitas, sus tetas, su todo. Y físicamente no tenía ni pluma, ni nada de eso. Pero no aceptaba su cuerpo, quería ser tío. Un día que quedamos me vino vestida de tío con un traje. Me pegué un susto. Habíamos quedado en el Arriaga[555] en Bilbo, cuando existía el Arriaga antiguo. Yo pasé vergüenza, porque no quería que me vieran con ella… Me acuerdo que nos fuimos también de *camping*, y como que muy bien… Nunca

había tenido relaciones y me gustó mucho. Y luego ya no sé nada de ella. Me llamaba amenazándome, luego, desapareció, porque ella tenía una medio novia, y un día, la novia le armó un escándalo. Y entonces ya terminó. ¡Qué gracia, se me había olvidado por completo!

E insiste en esa tensión entre ser libre y tener pareja que parece ser importante en su vida, al menos en su relato.

Pero con ella *[se refiere a su actual pareja*] comparto el día a día, un cariño que es diferente, esa necesidad de verla, yo no tengo necesidad de ver a mis amigas todos los días, hablo con ellas pero no tengo tanta necesidad de verlas. En cambio, a ella sí, sí necesito verla físicamente. Porque ya te digo, el amor es una mierda, en el sentido de que es una dependencia que te resta libertad. Por otra parte, te da una gran satisfacción personal. Libertad quiero decir, que no necesito estar con esa persona continuamente. Entonces, para mí eso es dependencia. Pero el amor me da… comodidad. Sí me imagino viviendo sola, pero si yo pudiera… pero luego por seguridad de que voy a volver a tener. A ella por que la quiero. A mí siempre me ha gustado estar soltera, mucho. Y en cambio, me gusta estar con la gente, porque ya te decía mi problema, yo necesito a la gente y no es nada bueno. Entonces, ¿qué me da? comodidad, comodidad en esta vida de tener a tu pareja, de que puedes contar con ella, de que puedes llorar con ella, de que puedes reír con ella, de que puedes hacer cosas con ella. Yo nunca había vivido en pareja así, porque con Gabi yo compartía muchísimas más cosas con la gente independientemente de la pareja. Y cambió todo. Yo también creo que el medio donde vives influye muchísimo. Yo ahora tengo una comunicación más con la naturaleza y con los animales, que con las personas, y eso que me relaciono todos los días. Pero empecé a ir a gimnasia, no solamente por estar físicamente más a gusto, sino también por relacionarme con la gente. Entonces, yo necesito personas. Sola claro que puedo vivir, pero aquí soy feliz.

Y hablamos también sobre las personas, las mujeres que no tienen pareja, respecto a las que es crítica.

Todas las que conozco a mi alrededor que no tienen pareja están deseando tener relaciones, no solamente físicas. Igual también es la edad, te estoy hablando de edades de

años. Entonces, ya son muchos años que con escarceos o no, otras no han tenido ni escarceos, pero dicen que lo necesitan. Es como una especie de envidia hacia las personas que tenemos pareja. Hemos hablado mucho de ello y dicen, «es que tú, por lo menos tienes a alguien en quien apoyarte sentimentalmente, y yo no lo tengo». Si tendría que escoger, en estos momentos, me quedo con la pareja como la que tengo, no por tener. Entonces, estas mujeres se están como resignando, parece que ya no tienes por qué esperar. Pues yo veo a estas mujeres alrededor mío como una resignación. No buscan, se han acomodado. La resignación va junto con el acomodarse. Antes se iba con una mochila y en tienda de campaña en el suelo, y hoy en día se va en viajes programados, que te lo dan todo hechito. Es todo una cadena de comodidad en la vida. Y luego, tenemos un poder adquisitivo más alto que antes y te lo vas pagando todo. Pero ¿qué pasa? que estamos perdiendo cosas que solamente se hacen con una mochila y con una tienda de campaña. Y ¿por qué no ligan? porque para nuestras edades, a no ser que tengan a una persona joven, podía ser, yo no digo que no pudiera ligar con una persona 30 años más joven, pero para ligar con gente más o menos de tu edad, el mercado está mucho más restringido. Entonces, tienes que esforzarte mucho más, tienes que ir a sitios, y aparte de ir, lanzarte. En las épocas anteriores nuestras, era un toma y daca, no tenías por qué esforzarte tanto porque la gente se fijaba en ti, y había un algo. Hay una especie de resentimiento y de frustración. Falta atrevimiento. Son miedos de cómo vas a responder, qué te va a pasar…

Las mujeres y la escasez.

Los tíos tienen más posibilidades de echar un polvo, pero nada más. Pero de buscar una pareja no sé si tienen más posibilidades, creo que tienen muchísimo miedo a perder esa independencia que dicen ellos. Porque ya no les gusta, porque después de haber dejado con una tía y continúan, se ha transformado, es otra persona. Con lo cual, yo creo que a todo el mundo le ha podido venir bien. De todas formas, también es verdad que yo me relaciono mucho más con mujeres. Pero todos los hombres que conozco alrededor mío, la verdad es que en general son bastante cardos. Les cuesta mucho manifestarse. Hay algunos que no, tengo algunos pocos amigos que

no les importa llorar o decir, «¡qué guapa estás, qué vestido tan bonito!», que no es normal que un tío te diga esas cosas. Es como vergüenza a decir, «¡qué guapa estás!» delante de los demás. Yo no digo que en el sofá, o en la cama, o comiendo no se lo diga, pero delante de los demás no lo dicen. Eso en general lo veo así, en parejas feministas y en parejas no feministas. Es que para mí los tíos, la mayoría son unos cardos. Creo que no podría aguantar.

Todavía no estamos preparadas para vivir solas, no solas debajo de un techo, solas haciendo todo por la vida, tú te lo haces todo, tú lloras, tú ríes. Yo creo que no estamos preparadas, yo por lo menos, no. Para mí lo ideal sería andar por la vida, vivirla, cada uno como entienda eso de «vivirla», tener relaciones si puedes y quieres hacer esfuerzos en tenerlas de todo tipo, y encontrarte a gusto contigo misma. Para encontrarte a gusto contigo misma parece que hay que tener pareja y vivir debajo de tu mismo techo. Igual depende de la edad o de la pareja que yo me he encontrado…

Hace pocas semanas he encontrado a Berta por la calle. Me dice que su madre ya no vive con ellas, que llegó un momento en que la situación era insostenible y acordó con ella que volviera a su casa y conviviera con una cuidadora interna. Ella se ocupa cuando la trabajadora descansa… Que todo es mejor ahora.

Le preguntaron una vez a Icíar Bollaín, directora de cine, al hilo de su película «Flores de otro mundo»[556] *(cuyo guión escribió con el escritor Julio Llamazares) cuál era el secreto para que algunas parejas tuvieran éxito en sus relaciones amorosas y otras historias acabaran rápidamente. Ella contestó que las relaciones duran cuando los intereses y las expectativas de ambos coinciden.*

Y me parece que es algo aplicable a las relaciones en general, que es también así entre las mujeres y hombres que he entrevistado.

La hetera-pasión versátil (Amaia[557])

Una mujer de casi cincuenta años no tiene ningún derecho al amor, ni mucho menos al deseo físico. Atreverse a amar, prestarse a ser amada, desear serlo con la misma intensidad, miento, con una intensidad mayor que a los veinte años, es, evidentemente peligroso y parece incluso obsceno. Si una mujer otoñal quiere aventuras, si se niega a ser retirada de la vida, tanto la literatura como el cine suelen presentárnosla pagando un gigoló, es decir, degradándola[558].

La pasión está en algún lugar entre el miedo y el sexo. La pasión no es tanto una emoción como un destino[559].

El amor-pasión tiende a confundirse con la exaltación de un narcisismo[560]*…*

Amaia tiene 65 años, se acaba de jubilar después de haber trabajado toda su vida «como una cosaca» y de haber disfrutado de muy pocas vacaciones. Vive a caballo entre varias ciudades. Su madre —ya mayor—, a la que cuida, y sus hijos viven en un sitio, y ella y su actual compañero en otro.

Después de varias relaciones se casó y vivió con el que fue su marido y es padre de sus hijos. Con él compartió pasiones políticas e intelectuales. Su relato del divorcio, tras muchos años de relación, adquiere tintes de drama, dice que le costó mucho recuperarse. Después de un tiempo reaccionó, se introdujo en internet y comenzó a tener historias más o menos cortas. Es la única entrevistada que tiene pocas amigas íntimas.

Su sentirse mujer tiene un doble anclaje, un anclaje, podríamos decir, paradójico. Por una parte, para ella es fundamental la seducción entre una mujer y un hombre; como es una mujer erudita, va intercalando continuamente en la conversación referencias culturales que contribuyen a ilustrar su forma de deseo heterosexual. Por otra parte, es positivamente valoradora de los logros del feminismo y

consciente de las fisuras que dichos logros provocan en la cultura hegemónica androcéntrica y heterosexual, tanto entre hombres como entre mujeres.

De pequeña no viví en Europa, soy hija de republicanos. Viví hasta adolescente en América luego tuve que venir aquí a hacer el bachiller, en la enseñanza privada. Me marcó mucho el ser hija de exiliados, en el buen y en el mal sentido. En el bueno, en el sentido que conocí una sociedad absolutamente libre. Y en el malo, en el inevitable desarraigo. A los dieciséis años ya te sientes de donde has nacido, donde quiera que hayas nacido, por muchas influencias que hayas tenido. Luego me metí en la clandestinidad, milité en un grupo que podríamos decir que era… que ahora es legal. Estuve en la cárcel, pero poco tiempo. Cuando vino el restablecimiento de la democracia creímos que nos íbamos a comer el mundo, como muchos de mi generación. Y bueno, al principio me supuso un desencanto, como a muchos, pero ahora pienso que, pese a todo, dominó la sensatez, me he acomodado bastante a las cosas sin dejar de estar alerta.

Como muchas mujeres, he tratado de conciliar la vida familiar con la profesión lo mejor posible. Tengo dos hijos ya mayores. Mi ciclo más estable de pareja duró más de un cuarto de siglo; al llegar a los
24-25
años las cosas ya no eran como al principio, ni podían serlo, y entonces nos divorciamos. Luego, ya que vamos a hablar del amor, viví dos años de duelo total, pero, como el instinto manda, salí y comencé a tener novios, uno detrás de otro, ahora vivo con el último de ellos. He escrito varios libros…

Comienza por algunas referencias que ella considera fundamentales.

Para mí fueron muy importantes las escritoras inglesas del siglo XIX, las Hermanas Brontë, sobre todo, casi decisivas. Pero claro, ¿quién me trajo a mí las Hermanas Brontë? No fue una mujer sino un familiar mío que era muy aficionado a la literatura y que no era tan puritano como era mi madre, o tan de «dejar hacer» como era mi padre. Mi madre no me quería ver siempre con libros. Entonces él me proporcionó todos esos libros, todos los libros que

me dio la gana. Los que más me marcaron, profundamente, fueron los de las Hermanas Brontë, repito, por supuesto. Yo tendría
12-15
años. Luego, el existencialismo me causó un choque muy profundo, fue muy importante para mí descubrir la posibilidad de la nada. Es muy generacional todo lo que estoy diciendo, lo de las Hermanas Brontë no tanto, pero lo del existencialismo sí. Simone de Beauvoir fue un descubrimiento capital. También fue una referencia ineludible para mí la revista *Le Nouvel Observateur*[561], que era de lo poquito que podía llegar mediante suscripción aquí, y que fue una bocanada de aire puro en los años 70 en los que era muy difícil tener lecturas. Yo me suscribí aunque no conocía a nadie que lo hiciera, a ver qué pasaba, y coló.

En cuanto a personas, mi marido, con el que compartí todo el período franquista y parte de la transición. Mi padre también me ha dejado una impronta grande, claro, pero mi padre… yo no compartí sus ideas en muchos casos, sin embargo, su imagen me sigue a todos los sitios, no lo puedo evitar. Los últimos años de su vida, que fue cuando estuvo mal, fue cuando sentí verdaderamente a mi padre como una persona, no como el padre agobiante que está siempre encima y cosas de esas, sino que verdaderamente sentí una solidaridad verdadera con él, cosa que no esperaba en absoluto que fuera a sucederme. Al ver que perdía la seguridad, experimenté un sentimiento de… al ver qué dignidad tuvo, cómo no perdió la dignidad. Es que no es respeto la palabra, es solidaridad lo que sentí, una relación de igual a igual.

Por la razón que sea la mayoría de la gente con la que me relaciono es ininteresante, lo siento pero para mí es así. Por ello internet es puro oxígeno para mí, es posible ser mucho más selectivo. He conocido más gente en foros de internet que en la vida real, porque en la vida real los conocimientos son aleatorios, tú te encuentras con toda clase de personas, no vas apenas a grupos selectos o grupos que compartan tus gustos, a no ser que pertenezcas, ¡qué sé yo!, que te guste mucho el deporte y pertenezcas a un club de lo que sea. Pero a nivel general, allí donde he vivido hasta ahora no encuentro un sitio donde verdaderamente conectar, intelectual o afectivamente.

La política ha sido muy importante para mí, y ahora tengo un

mono considerable, porque no he pertenecido desde 1977 a ningún partido, porque no me atraía, no me gustaba esa burocratización-profesionalización de la vida política y no he conectado con ninguno. Echo de menos aquello, pero claro, hasta cierto punto me doy cuenta de que lo que echo de menos es la juventud, lo que tampoco vale, es trampa. Es un poco engañoso el añorar, un poco con trampa.

Y empieza a hablar de mujeres que cambian y de hombres que van más lentos.

Veo a las mujeres de mi alrededor muy desarrolladas en relación con lo que yo conocí cuando tenía 20 años. Un cambio total, sobre todo a nivel popular. No tengo más que ir, por ejemplo, al ambulatorio y ver cómo hablan las mujeres, para acordarme de qué hablaban las mujeres y qué lastimeramente cuando yo era joven. Ver que ahora están capacitadas para todo es un cambio grande, da alegría, optimismo.

Sin embargo, a los hombres —mi generación— los veo un poco recelosos; todos asegurando que la igualdad es un hecho, como tratando de ser los más progres de los progres pero rehuyendo profundizar en los temas que no les afectan como género. Los veo, los escucho, su información es sumaria, solo lo que les afecta, no lo que atañe a toda la sociedad. Lo entiendo, porque para ellos ha sido un cambio muy brusco… ellos lo notan mucho más tal vez. Tienen que competir con nosotras y, al parecer, les está siendo muy duro, porque antes tenían todo para ellos y ahora tienen que competir. Y antes si para un solo puesto había 100 personas, ahora hay 200 más el paro, aunque tengan todavía muchas más ventaja que nosotras. Pero aun así ha sido duro, para nosotras por supuesto pero para ellos también; se les ha limitado el campo de actuación, de expectativas, de reinado. Por otro lado también lo tienen más fácil porque ahora ya no tienen que soportar las tensiones de velar en todo por sus *señoras y familia* como tenían que soportar en la generación de un poquito antes que yo. Ahora la gente se reparte más las tareas y los rendimientos. A la hora de la separación o del divorcio la gente se tiene que repartir los bienes, cuando antes inmediatamente le asignaban al varón una pensión que lo hundía si no había sido astuto y camuflado sus bienes. Todavía hay bastantes que tienen *señora* en casa y que se hunden con las pensiones. Pero

claro, ellos sabían lo que hacían cuando se casaban con una *señora* de su casa, cuando limitaban sus aspiraciones a una mujer doméstica y funcional. Eso se paga. Pero puede ser muy duro. Yo vivo con un divorciado, por ejemplo, que dice que le tocó pagar unas pensiones increíbles… Yo le pregunté, «¿y por qué te casaste con una *señora de*… con una ama de casa *ideal*!», de lujo además? «Puede que no te dieras cuenta, pero si hubieras tenido que contratar a una persona para administrar tu hogar y hacer de primera dama, de *scolt girl*, le hubieras tenido que pagar un buen salario para hacerlo». Entonces se calla.

Y vuelve a ella misma.

Soy un poco demasiado espontánea. Siempre he ido de «aquí estoy yo». Alguien me dijo el otro día que me distinguía por el color del pelo, y yo pensaba que todo el mundo llevaba el pelo así. Lo que pasa es que a veces con ese «aquí estoy yo» me ha ido también mal. Creo que a la gente a primera vista le parezco pintoresca; luego puede que me aprecie (risas). Ser mujer para mí es una cosa ineludible, que me ha tocado, lo he asumido, y puede que me haya gustado porque, hasta cierto punto, me ha aguijoneado más para luchar en la vida. Aunque me doy bien cuenta de todas las limitaciones que ello me ha acarreado, por supuesto. Ahí está el techo de cristal, que lo he visto siempre sobre mí y las otras. Siempre me he planteado… aunque más en la segunda parte de mi vida: «¿qué tengo que hacer? ¿doblar la cerviz y sacar la cabeza por debajo del techo de cristal? ¿acostarme metafóricamente con el jefe y cosas de esas, o dar un cabezazo en el techo de cristal a ver si lo rompo?». Y siempre estoy bajo la tentación de las dos cosas. Pero yo creo que eso nos pasa a todas, aunque no lo comentemos tanto.

Una de las entrevistadas más valientes con sus propias contradicciones.

Sin embargo, en otros aspectos me parece que las dificultades me han hecho vivir más al límite. A mí me gusta la relación con los hombres, me estimula muchísimo. Bueno, con todos los que he podido apreciar y conocer. Ha sido eso de poder ser, además de amiga, *la mujer* en relación con *el hombre*; esa dinámica es una cosa de la que he disfrutado muchísimo, y sigo disfrutando. El aspecto lúdico, el juego de la relación entre hombres y mujeres, el prurito por seducir, por dejarse seducir, todo eso ha sido —y es— vital en

mi vida. No me considero en absoluto una persona muy atractiva o «conquistadora» ni nada de eso, pero yo tengo mis armas, la principal el lenguaje, ¿quién definió que era el principal órgano sexual? alguien lo dijo, y yo desde luego lo tengo claro. Por eso me gusta la red, me permite pensar, exhibirme, fisgar, me permite tentar, me permite ser tentada… me ha permitido un montón de experiencias placenteras.

Su planteamiento del amor retrata muy bien a qué tiempo histórico y a qué culturas pertenece.

No entiendo cómo se puede vivir sin amor, es muy difícil, es muy duro, es como si uno se secara, es árido, es como si no pudieras separar el paladar de la lengua, como que tuvieras cadenas atándolo todo, es como si tuvieras cadenas entre los sentimientos y todo chirriara. Yo lo veo así, es que en forma metafórica lo puedes decir mejor. Pero, tiene que ser un sentimiento recíproco, porque si quieres y no te quieren es casi lo peor que te puede pasar también. El amor si no es compartido es una miseria, es un dolor de fondo. Ahora bien, peor aún es no tener ni qué ni a quién querer, peor que que no te quieran. Peor todavía, porque entonces ni siquiera sabes lo que es el amor, lo olvidas, eso es terrible. El deseo, el amor es una pulsión vital. Es una pulsión vital elemental. Eros. Eros y Tanatos multiplicados al infinito, solo hay eso, no hay otra cosa.

Yo he conseguido ser bastante controlada. Sí, sí, sí, aunque he tratado siempre de que no se note, pero sí. Emotivamente muy pudorosa respecto a mis hijos. Ahora exteriorizo más que antes. Antes me cortaba mucho, el amor hacia ellos lo podía sentir pero exteriorizarlo me ha costado mucho, he sido muy pudorosa en ese sentido, cosa que no he sido nunca con mis parejas. Ahora lo hago mejor. Y con mi madre, por ejemplo, ahora lo manifiesto más que antes. Esto tiene que ver con la evolución, yo creo que algo bueno tiene el envejecer. Debería haberles demostrado más a ellos, y a mis padres también. Lo hice con mi padre cuando estaba ya muy enfermo, y con mi madre lo estoy tratando de hacer ahora. Exteriorizar más, besos, mimos, caricias, cosas que antes no hacía nunca… ¡bueno!, ellos tampoco lo hacían. En mi casa se practicaba la contención nórdica, existió el «complejo de sueco» de algunos vascos, ¡por dios, total! Creyendo que con eso éramos más atlánticos, menos latinos. El antilatinismo lo he vivido en mi casa,

una familia nacionalista que ahondaba en la diferencia olvidando que nada hay más latino que el catolicismo. ¡Qué error! Ahora aprecio muchísimo el mundo latino, besos, tangos y lo que haga falta.

Yo con mi padre tuve una relación intensa de amor-odio. Hasta que el odio cesó en cuanto mi padre empezó a declinar. Con mi madre nunca me he llevado bien, ahora es cuando me da pena y me entero de muchas cosas, y ahora creo que es cuando están aflorando más algunos sentimientos. Y luego, he tenido profesores a los que he adorado, eso sí, alguno sí. El resto… en mis relaciones he exigido calidad, calidad intelectual, sobre todo. Siempre. A los dos sexos. Eso me ha limitado.

Aquí, en el País Vasco, no se habla del amor. Y es difícil poder hablar de ello con la pareja también, muy difícil. A mí me ha pasado muy pocas veces, poder hablar con la pareja de la relación. No quieren porque se sienten vulnerables, es como si enseñaran las cartas en el juego. Y yo lo comprendo, porque a veces yo he enseñado demasiado las cartas, y ha sido peor. A veces creo que la postura de ellos es más provechosa, el no hablar de ello y vivir a secas, al día. A veces se tira bien hacia adelante así. A veces es mejor. Otras no. Está muy bien cuando todo va bien, pero cuando las cosas se tuercen, inmediatamente ellos se retraen. Al menos es lo que me ha pasado a mí siempre. Yo con la persona con la que he vivido más tiempo al final no podía hablar, él había echado la cortina. Y eso es lo último a lo que se puede llegar. Por ello tengo un recuerdo nefasto de los papelitos. Claro, como éramos muy literarios los dos, escribíamos unos papelitos preciosos, pero eso seca totalmente las relaciones, y no lo he vuelto a repetir. A la mayoría de los hombres no les gusta hablar, no, no. Y además, me pregunto si no tienen razón. ¿Hasta qué punto significa enseñar las cartas y que te vean las tretas? Porque el amor tiene ganchillo, tiene ganchos y ganchillos y tiene de todo, tiene artificio, tiene trama, envés y revés, seducción y examen. Y claro, si piensas en voz alta, si enseñas las cartas, la seducción se cae al suelo muchas veces. Porque la seducción, a fin de cuentas, es una captura del otro (*se ducere*), «llevar hacia sí», con una red, como los gladiadores (risas). Y entonces, que te vean, «mira, mira, ¡qué bonita es mi red!», es

como de repente quitarte la peluca. Ya sé que no es muy poético eso de suprimir artificios, pero me parece que se le quita el misterio al amor. Por otra parte el placer de hablar de tu relación con la otra persona es extraordinario, lo sé… pero luego te arrepientes; yo me he arrepentido más de una vez. Y ellos mucho más. Ellos no lo hacen. Yo por lo menos trato de cultivar si es posible el misterio, no tengo otra experiencia.

El amor tiene ganchillo.

Mi educación sentimental ha sido accidentada, a *kaskarreko* limpio[562]. En mi casa fue, por lo menos en apariencia, escasa. Un hogar puritano en lo afectivo, en el que no había que manifestar exteriormente, y sin embargo, sí había una cosa muy positiva y era que mi padre y mi madre se querían, se llevaban muy bien, siempre estaban juntos, siempre unidos. Los he visto hasta casi los cien años cogidos de la mano viendo la tele. Y eso para mí ha sido una alegría, ver eso. O sea, que es solo la manifestación externa lo que no marchó, creo. Yo creo que se empezaron a dar la mano tarde, también. Y nunca les he visto besarse, nunca en la vida. Se adoraban. Todavía mi madre, y fíjate si han pasado años, se acuerda de él todos los días, todos los días… obsesivo. El fallo puede que sea mío, que hasta muy tarde no me he dado cuenta de la solidez de ese amor. Hasta qué punto he vivido la vida tan deprisa que no he podido reflexionar a tiempo sobre esas cosas.

Ahora sí, porque me ha tocado conocer la muerte, un divorcio, el decurso de las vidas. Me han animado nuevos amores uno detrás de otro. Amores como los primeros no he tenido ninguno; es muy diferente, son diferentes todos. Pero no solo porque no es el primero, sino porque la edad ya no es la misma. Es muy diferente, cambias mucho en el sentido de que ya no esperas repetir, pero con suerte la ternura está intacta, el deseo no muere nunca. Quiero decir, cambias porque a fin de cuentas cuando eres joven estás mirando al futuro continuamente. Y ahora, sin embargo, estoy mirando al presente, solo al presente.

No miro al futuro porque el futuro no me parece más interesante que el presente.

Sus referencias son siempre muy literarias.

Además de la literatura me gusta mucho el cine. A propósito de lo que estamos hablando me impresionó la película *Tierras de*

penumbra, ¡por dios lo que me emocionó! Eran Anthony Hopkins y Debra Winger. El amor desprovisto de interés, en el sentido de no esperar nada el uno del otro, sino nada más que dar, dar, dar… por parte del que hacía el papel de profesor. Ese prendarse de la otra persona, verla tan desvalida… y cómo dura; una fidelidad inesperada, hasta el final. Me impresionó mucho, en el sentido de cómo puede existir eso, adultos que se replantean la vida hacia el ocaso. Además, siendo ya personas mayorcitas, cómo dejaban asomar en sí a una persona a parte entera. Las dudas y los remordimientos barridos por una nueva evidencia. Es que es una cosa que la he experimentado yo, y que nunca me lo hubiera creído a los 20 años: que el corazón pudiera estar tan verde todavía, ¿no? Esa es la verdad; el corazón suele parecer envarado, como si lo tuvieras metido en una caja fuerte, tienes miedo de que se manifieste… pero el pobre pega una sacudida cuando menos te lo esperas. Y eso, hasta la tumba, me parece, ocurre hasta el final casi (veremos). Ese ha sido un descubrimiento total para mí, no me lo hubiera creído nunca. Hay que dejar la puerta abierta al corazón, siempre. También me hechizó *El jardinero fiel*, la constancia en el amor del hombre. La palabra misma lo dice en el título de la película, que en inglés es *The constant gardener*, un hombre que no se olvida de que estuvo enamorado de esa mujer y de cómo persigue su sombra hasta desaparecer en una playa hostil, que no se sabe qué ha sido de él, que seguramente muere de hambre en un país miserable. O *El paciente inglés*, que también me emocionó muchísimo. ¡Eso tan increíble, el viejo romanticismo inglés de las Brontë, persiste, está anclado en algún lado!

Luego está el amor pragmático. Cómo se puede iniciar un amor que no sea cálculo, que no estés «doy para que me des», que es lo que todos queremos, eso es lo que rige, eso es lo que funciona, es lo que yo percibo. El amor subsidiario viene, si viene, luego. Renovar un pacto desde el amor, doy para que me des le suelo decir a mi pareja, que es un poco demasiado perfeccionista. Le digo, «mira, tienes que ser paciente, porque no puedo ponerme a tu nivel de expectativas de repente; vamos a practicar una virtud, la indulgencia. Yo practico la indulgencia contigo y tú practicas la indulgencia conmigo». Porque claro, a nuestras edades limitarnos el uno al otro, juntos… ¡El amor en el hombre me llama tanto la

atención! Me llama mucho más la atención que en la mujer, que es algo más conocido. Es tan tópico que a las mujeres se las considere rápidamente arrebatables por el amor, dando incluso su vida por ello, todas esas cosas me extrañan tanto en los hombres que me impresionan más.

En su época me gustó muchísimo *Madame Bovary*[563], pero eso no es una novela de amor, es todo lo contrario, es terrible. Me impresionó también *El rojo y el negro*[564]. Son amores muy cínicos todos ellos, descritos por hombres que solo creían en la pasión. Es que últimamente me atrae más la literatura política y de sociedad que la de solo amor. Lydia Flem, Gregorio Morán, Sánchez-Ostiz, Luis Sepúlveda, los Wieviorka… La música me gusta toda, a veces hasta la mala. Es un horror. Es que además soy muy consciente de que hay música… Por ejemplo ahora, en este lugar en el que estamos, soy consciente del hilo musical, y cuando entro en un supermercado es que me desespero, o en la peluquería o en donde sea. Mi canción favorita ha sido durante mucho tiempo la de un amor-muerte: *Mon légionnaire*[565], de Edith Piaf[566].

Es de lo más sensual que he oído en la vida, es maravillosa. Es también… ¿cómo lo diríamos? Es lo contrario de lo que le debería de gustar a una feminista imaginaria o concreta, como yo. Ella es una ramera a la que visita un día un legionario, ella describe cómo él era un ser callado, que no decía nada, «olía a arena, era no sé cómo, era no sé qué… y se fue y no me dijo nada». Puede suponerse que la relación que menos agrada a una feminista es la de una prostituta con un cliente, pero aquí es… pura ternura. Piaf me gusta mucho, aunque no podamos decir que sea un prototipo de feminista. Y más canciones de amor, canciones de daño, no sé… los tangos, cuya música, como melodía me encantan, pero cuyas letras son aborrecibles, porque son tan de machos ofendidos casi todas. Machos viejos a los que se les ha hundido el mundo, no han entendido nada y todavía están echando la culpa a «aquella mala mujer» de todo lo que no gozaron o perdieron en la vida; «la mujer» es culpable hasta de que les hayan salido canas, siempre seguirán culpando al otro… con el corazón en un cajón. Me gustan así mismo las canciones un poco fantasmagóricas, lo reconozco. Las últimas de Dalida[567], ¡son una belleza! Ella representa mucho el desamor en una persona muy pasional, que enseña las cartas, ellos se van. En

ella lo que más me impresionó —aparte de canciones como *Il venait 17 ans d'avoir* — fue su suicidio. Fue la culminación de toda una vida, fue una obra de arte.

Aunque siempre la ficción entrelazada con la realidad.

La historia de mis padres, esa sí que es bonita, porque mi padre se marchó, como todos los varones de la familia, en el 36. Uno de sus hermanos tenía una novia que era una amiga de mi madre, de su novia; es muy curioso porque tuvieron que irse ellos y ellas no, ellas se quedaron aquí. Ocurrió que la novia de mi tío se lo pensó y se quedó cuando él le dijo que tenía que marcharse a América porque los alemanes habían entrado en Francia. Y, sin embargo, mi madre atravesó la frontera, se fue con él. La amenazaron en casa y se fue con lo puesto. Me parece una historia preciosa, contrapunto de la de la otra novia, que también tiene su interés. Con eso he revalorizado mucho a mi madre, *a posteriori*… la fidelidad, y sobre todo, la pasión con la que le siguió. Se casaron en Marsella y se fueron al primer continente al que pudieron irse, que tampoco era tan fácil, estaban invadiendo el país.

Historias de amor que me hayan impresionado… *Madame Butterfly*[568], Siempre pienso, «¡serás idiota, serás idiota!». Las mujeres abandonadas me impresionan mucho, el lamento de Ariadna. Me turban, siempre pienso pero, «¿por qué habrá sido Ariadna tan gilipollas? ¿no te has dado cuenta? ¿es que no lo veías venir?». Enseñó las cartas. Pinkerton llegó demasiado tarde.

Siempre consciente de las conexiones íntimas entre la ficción y su vivencia.

Mi gran amor es un mitema, parte del gran mitema. Ha sido solo uno, por ahora. El otro día nos lo dijimos mutuamente, ya que somos buenos amigos. Fue una relación muy literaria, que empezó en la aventura. Luego nos casamos, el año del juicio de Burgos, ¡imagínate! Hicimos el clandestino. Nos llevábamos muy bien, lo que pasa es que nos creíamos que todo el mundo pensaba como nosotros y no, en absoluto. La gran masa solo piensa en cosas sensatas. Se votó a los partidos que menos nos esperábamos al llegar la transición, y eso fue para nosotros un desencanto total, un desastre. Había habido mucho en común, la vida intelectual, el

ánimo guerrero, la vinculación física, muchísimo. La vida intelectual era el 100 por 100. Eso a mí me pone mucho (risas). Él procedía de una familia franquista y yo no. Pero bueno, nos importaba un pepino a los dos. A fin de cuentas estábamos juntos y militando juntos. Compartíamos la música, la literatura, la pasión por la historia, la arrogancia, cierta ceguera…

Una historia de amor que acabó después en desamor.

El desamor… para cuando te has dado cuenta ya se ha instalado. No lo ves cuando está empezando a hacer su nido ¡qué va! Lo ves cuando ya se ha convertido en una especie de monstruo gigantesco que está ahí en medio, y que tú estás en una orilla y el otro está en la otra. Yo por lo menos no me di cuenta de nada. De repente vi que el otro no respondía a mis expectativas, que no respondía nada, y que se desinteresaba… eso me parecía a mí. Claro, él también sufrió, pero yo no me daba cuenta, para mí la del dolor era yo. Bueno, discrepancias ideológicas también hubo. Él evolucionó en un sentido y yo no es que evolucionara en otro, es que no evolucioné, me quedaba ahí en *stand by*. Él era mucho más pasional que yo, en muchos sentidos. Él tenía una compañera de trabajo inseparable, y yo no es que fuera celosa, porque yo estaba tan en las nubes que no podía tener celos de nadie, pero era una relación que me dejó al margen, de eso no había duda. A él se le olvidaba mi nombre y me llamaba con el de su colega. Era de circo ya aquello, tan arquetípico, y un día le dije, «vale, se acabó». Cuesta mucho tomar la decisión inicial cuando has convivido tanto tiempo y te has llevado bien, cuesta muchísimo, pero al final me dije «no puedo seguir así». Y yo veía que él también sufría, pero no se movía, él no movía ficha, no había forma. Tenía otra vida y no movía ficha. Siempre somos las mujeres las del pistoletazo, las del «basta ya». No conozco apenas casos en los que no seamos las mujeres. Son muy inmovilistas ellos, muy a ver si puedo con dos, o tres (risas). Es que no hay cosa más recalcitrante que un consorte infiel. Y encima, me seguía llamando con el nombre de su novia, un día tras otro, me aburrí. «Es que no escarmientas», le dije, «¿te has dado cuenta de que me acabas de llamar con el nombre de tu novia?». Y contesta «¡qué voy a llamarte! ¡qué dices!». Se lo cuento a mis hijos, ahora mayorcitos, y se mueren de risa.

El duelo por este amor fue muy intenso… hasta que un día vino

el «esto se ha acabado de verdad». Llegué hasta a encerrarme en casa y echar las persianas para estar a oscuras. Una depresión. Es una sensación de mutilación y de que no vas a salir de esta, ir a la calle y pensar que todos te están mirando. ¡Patético! No lo compartí con nadie… tenía amigos pero no hablaba apenas de eso, ni ellos tampoco. No, les daba vergüenza. Entre mis amigas y amigos abundan los divorciados, separados, y este tipo de temas no se podían abordar con ellos. Ellas se quedaban con los ojos abiertos mirándome como si fuera un extraterrestre, o se reían, o no me entendían. Algunas han rehecho la vida de pareja, otras, la mayoría no. Yo no sé si están resignadas o qué, pero es que… y no creo que sean más felices que yo viviendo solas, no creo. Es más fácil hablar con amigos. Tengo un amigo con el que suelo hablar de vez en cuando de estas vicisitudes. Uno que no hace más que recibir bofetadas por todos los lados, porque se enamora de personas inadecuadas, es lo que yo le digo siempre. La última que tiene es inadecuada también, pero no se le he dicho, pobrecito (risa).

… Me costaría mucho vivir sin pareja, porque estoy muy modelada ya en ese sentido, es como… dos gatos que han estado toda la vida juntos, por ejemplo. Y es que cuando uno de ellos me lo he llevado a no sé dónde, el otro está buscándolo en todos los sitios, aunque se estén peleando todo el día. Se me caen las paredes encima. El tiempo que estuve sola es lo que me ocurrió. No valgo. Cambiar de casa puede que ayude, lo hice luego.

… y el romanticismo…

El enamoramiento es un estado de gracia, es como un fogonazo, es el flechazo, es como un no vivir en ti misma, es verlo en todos los sitios, es el teléfono, el oírlo aunque no esté sonando, es sentir su presencia aunque él no esté, su caricia aunque hayan pasado dos semanas, es un enajenamiento. Es un momento muy fugitivo, es un período fugacísimo, y luego se pasa a otra fase que no es el estado de gracia, que es el ya más pragmático «te doy para que me des»: un pacto tácito de inteligencia para sobrestimarse el uno al otro (risas). Pero el estado de gracia no es «te doy para que me des»; es un enajenamiento, salirse de uno mismo, es ¿olvidarse de Narciso? A mí me ha pasado unas tres o cuatro veces. Tantos otros amores. Pero últimamente ya no es igual. Soy más reflexiva y entonces me dura menos el estado de gracia, por desgracia. Es que uno se agarra

mucho a uno mismo. Te conoces un poco el proceso, hay otras cosas que apremian.

Yo he utilizado mucho la escritura como arma de seducción con los distintos amores que he tenido, como estaban mucho en mi onda, como eran muy como yo, pues inmediatamente pasaba a las poesías, a escribir retazos, a escribir notas… y eso, los dejaba rendidos, intentaban hacer lo mismo pero yo era mejor por lo general. Yo sabía que, «con esto ya lo mato», y efectivamente. Sí, eso me ha servido muchísimo, ha sido muy importante. La pasión, el fogonazo inicial… Y claro, es inicial y dura poco si la relación es normal y no pasa nada, pero si hay adversidades, pues entonces, la pasión es ir contra esas adversidades. Y entonces, irrumpir como una barra de fuego en terreno vedado, enemigo o lo que sea. A mí me pasó eso con un gran primer amor, muy cinematográfico. Era un muchacho que estaba en el Opus Dei, y era uno de estos que iba ya para cantar misa. Y dio la casualidad de que se montó un grupo en la universidad… estoy hablando de finales de los 60, ¡fíjate tú! hubo un grupo clandestino y él era el jefe. Yo me enamoré como una loca de este Julián Sorel[569], pero como una loca. Él, de momento, también. Me las arreglé para sacarlo. Lo saqué de la concha, y ese luchar contra todas las adversidades, fue pasión. Me llamaron sus colegas, gentes del Opus, escandalizados, yo era una chavala. Total que no sirvió de nada, porque lo saqué y cayó en brazos de otra novia (risas). Conservo todo el epistolario, que es muy gracioso porque es muy de época, muy los 60. Pero eso sí fue una pasión, porque te enfrentabas contra todo. Yo soy (era) pasional en todo y un poco colérica también. Es que pasión e ira van muy unidas. Estoy aprendiendo a dejar enfriar las cosas, una se pasa la vida aprendiendo. Lo que no entiendo es por qué no se aprende un poco más al principio, para que no te pegues tantos coscorrones. Guardo las cartas de este primer gran amor todavía en una carpeta. Sí, porque él fue tan «antiguo» que me devolvió las que le había mandado yo, cuando enganchó otra novia. Y a mí no me dio la gana de devolverle las suyas, o sea que tengo los dos juegos. Me divierte.

Para mí la palabra es muy sensual, lo cual no quita para que también aprecie el aspecto físico, pero te quiero decir que eso es… es que para mí es físico, porque me pone los pelos de punta leer.

Escribir en vez de hablar. Por ejemplo, la llamada de teléfono… me ha costado muchísimo empezar a llamar yo. Y además me he dado cuenta de que era un error, llamaba, lo estropeaba todo. De eso me he dado cuenta yo luego. Y he dejado de llamar. El teléfono, ¡ojo con él! El teléfono, a no ser que esté la relación consolidada, eso de echar el lazo… el teléfono, quieto parado, con candado, porque si no, es que ya enseñas las cartas. Cae todo el misterio, toda la seducción, todo lo pierdes si tomas la iniciativa en eso. ¡Lo que me ha costado no tomar la iniciativa telefónica! Igual es por ser yo, puede que a otra persona se le dé muy bien porque llama de otra forma, porque es más melosa, su voz, ¡yo qué sé lo que será! A mí mal. Luego apareció el correo electrónico. El correo electrónico es más discreto, más objeto literario, hay un interfaz. No sé cómo no se inventó antes. Es que no lo acabo de entender, ¿cómo he podido vivir sin eso? o los mensajillos de SMS, no molestas nada, no invades, y además, si no te quieren contestar, piensas que no lo habrá recibido, tienes más salidas. Yo la habilidad que tenía escribiendo, no la he tenido hablando. Se me notaba. Es que eso suele pasar, los que confían en su escritura, es porque les falta habilidad verbal tal vez. La habilidad verbal es un don, es una facultad maravillosa. Eso supongo que se aprende, también, pero no solo es el verbo, es la música, es todo lo que le metes al verbo.

Un romanticismo, en todo caso, adaptado a los tiempos.

La relación a través de la red fue para mí un descubrimiento, repito. Empecé el año 98, cuando comenzó la conexión aquí. Me hacía falta. Porque ya estaba harta del duelo, y yo generalmente, la relación normal, aleatoria, de ir a una sala de fiestas, de ir a lugares convencionales, no se me ha dado nada bien, porque por lo general la gente que me encuentro no me interesa nada, nada en absoluto. Y luego, compañeros de trabajo y cosas de esas, no me convenían nada, nada de nada, para mí eran seres asexuados, sin misterio. El hombre de cercanías, los españoles en general, no me van mucho. Incluido el vasco, no me atrae. Me parece muy *txintxua*[570], muy majo, muy divertido, y cosas de esas, pero no me tira. Entonces, me orienté el extranjero, que se me da bien, y yo también resulto porque tengo algunos idiomas. Primero salí de mi duelo y luego, estuve pensando qué hacer, me dije, «sola estás mal, aquí no tengo nada que hacer», y en cuanto pude me metí en internet. Lo que pasa

es que la red en aquellos momentos era algo rudimentarísimo, no había apenas contenidos ni sitios de interés. Y de repente, encontré un portal extranjero donde había diferentes tipos de relaciones, había amigos con amigos, búsqueda de amigas, viajeros, amorosos… en plan objetos perdidos y así. Pensé «voy a meterme». Así empecé, me enganché.

Cuando por fin tropiezas con una persona que verdaderamente te gusta, te interesa, encarna tus fantasmas, el poder llegar a ella supone un placer tan real que hasta que viene la primera cita, estás en el aire: que ahí se puede ir todo al garete o es un fogonazo. Y me han pasado las dos cosas. Me acuerdo una vez que sostuve un epistolario con un francés que había vivido en el mismo país en el que había vivido yo muchos años y conocía todo; fue un *flash*. Y entonces, ya por fin a los… (suelo tardar mucho en quedar, dos meses o así… he aprendido… no tenía ni idea. Al principio, hasta que salí con el primero, le hice esperar cuatro meses o así. No tenía ni idea y no hacía más que oír cosas terribles de asesinos en serie y malicias de esas). Bueno, pues nos encontramos y fue un desencanto total, en el momento. Y aun así, habíamos quedado para tomar una copa y luego nos fuimos a comer, pero yo no paraba de mirar con disimulo al reloj porque es que me quería ir ya que no me interesaba nada. Su aspecto extraliterario no me gustaba nada. Es increíble. Y sin embargo, con otras personas, ha sido todo lo contrario. Una relación me duró seis meses, otras dos años, la de ahora va para cinco. Vuelvo a tener correspondencia con alguno de los anteriores porque a mí los hombres que me gustan me agradaría tenerlos todos juntos, en plan harén (risas), cuento con ellos. Es un fantasma, la poligamia ideal, la poliandria, me parece maravillosa. Si los puedes tener a cada uno por separado, bien organizado todo, es un fantasma recurrente. Soy sincera con lo que digo, por eso no dejo de comunicarme. Sí que me carteo y de vez en cuando nos tomamos una copa y cosas de esas. Después de la primera cita cambia, sin embargo, totalmente la forma de escribir. Sí, porque ya tienen mucho más interés en verte y en todo lo demás.

El primer «novio» de origen virtual tenía 15 años menos que yo. Con él sostuve dos años y pico de relación. El actual es más árido, en el sentido literario. No sé si ha leído una novela en su vida. Pero tiene otros aspectos muy de mi gusto. Tenemos menos puntos en

común, es la primera vez que me pasa. Somos muy diferentes. Para empezar hablo en una lengua que no domino, o sea que estamos todo el día traduciéndonos o reinterpretándonos, es divertido. Compartimos las cosas comunes, las vacaciones, por ejemplo. Le encanta viajar, cosa que con los anteriores era más ocasional. No había forma de moverlos del televisor o de los libros, me sacaban un poco de quicio. Este lo contrario, me hace un calendario a años vista. A él le gusta la televisión, el deporte, navegar en internet, pasear, pero solemos ir bastante a la ópera, conciertos, cine, espectáculos… en lo demás, es que no nos parecemos en nada. ¿Conflictos? Tiene que haberlos. Hubo un día que dije «mira, tenemos que hablar», me había dado cuenta de que había pasado alguna tontería, y le dije «mira, me cuesta muchísimo expresar con cariño y sin ponerme de *maripepi*, el decirte que somos ya mayores y tenemos un montón de manías. Si sumamos las de los dos, es que no hay quien aguante. Entonces, tenemos que hacer una cosa, tú aguantas mis manías y yo aguanto las tuyas, pero procurando disminuir un poco el cupo total». Y formulamos periódicamente un pacto de indulgencia con los defectos del otro, pero con una mirada indulgente y, a ser posible algo aduladora el uno con el otro. Mi compañero es un tío que cuando dan las
12:30
tiene que estar comiendo, si no se pone nerviosísimo. Bueno, di que sean las
13:30
, da igual. Nerviosísimo. Yo no sé si se piensa que se va a descalcificar, desvitaminar o qué le va a pasar. Sin embargo, yo con un cuscurro de pan, con un guisante que me he encontrado en el frigo me basta, busco a ver si hay algo ahí del día anterior. Eso es inimaginable para él. Claro, ese tipo de cosas que para mí no son nada, son fundamentales para él. Sin embargo, para mí puede ser esencialmente inaguantable que esté el televisor todo el día encendido con noticias cada cinco minutos, por ejemplo. Yo lo estoy oyendo todo, aunque la tenga bajita. Enfermísima me pone. Y a él que yo tenga la casa en corriente, con todo abierto, horas. Y claro, ¿cómo negocias eso? Pues hay que negociarlo.

La negociación.

¿En el día a día? Viajar nos gusta, a mí me encanta que me

organicen los viajes y a él le encanta organizarlos, hay determinadas cosas de la tele que nos gustan a los dos, leer los periódicos, a los dos. Dar un paseo, también, a los dos nos gusta salir con amigos, o hacer una cenita en casa e invitar gente… Antes, por ejemplo, no había forma, mi ex un día se me fue a un hotel y todo, no dijo nada pero se fue a un hotel, porque había traído a mis amigos. Pues eso es muy importante, porque aunque parezca que no, la casa no es solamente para una persona. ¿Qué más podemos compartir? Pues que a los dos nos duele la espalda, por ejemplo, y entonces, no tienes que estar haciendo como que eres jovencísimo y no te duele nada, porque el otro también está soportando los achaques. Tengo un amigo, al que llamo de vez en cuando, y el otro día me dice, «espera un poco que me pongo los dientes». Al teléfono había salido su mujer. ¡Es que no me puedo ni imaginar vivir con una persona que se pasea a las
10:00
de la mañana sin dientes! Es que bueno, en ese sentido hay que ser muy cuidadoso, nos duchamos a diario, estrenamos cosas nuevas… Es que eso, ¡por dios! es fundamental, que seas mirado con tu persona en relación con la otra.

Le pregunto sobre la situación amorosa de las mujeres sin pareja que han dejado de ser jóvenes.

Las mujeres no suelen atreverse a innovar su estado. Supongo que más jóvenes sí, pero las de mi edad poco. Y a internet no acuden, no hay forma, y mira que les he dicho, no sé si no quieren o no se atreven. Bueno, para empezar tienen el problema del idioma, que no se quieren lanzar en otro. En España se invisibiliza mucho a la mujer de edad, de cierta edad. Nuestros coetáneos siempre tiran a mirar a las jovencitas. Me ofende tanto que yo ni los miro tampoco. Los europeos, por lo menos los del norte, son distintos, en cuanto pasa una… aunque tenga 90 años, estoy segura de que todavía la ven (risas). Pero es que aquí no te ven, te miran *a través*. Incluso hay quien mira para otro lado. Yo creo que en la cincuentena ya lo noté. Pero llega una edad en que ya no te ven. Aparte de todo, es que están tan… ¿cómo diría? es que ellos, aunque no lo sepan, están tan poco apetecibles a partir de los 50 que no merece la pena hacer ningún esfuerzo. Por lo general están abandonados los tíos aquí, comidos por algún resentimiento. Igual es que lo pienso

porque no me ven, o porque no pueden, pero es que no haría ni el esfuerzo más mínimo.

Y le pregunto también sobre la importancia de tener o no pareja.

El narcisismo juega un papel importante en el amor, el narcisismo, el tema de la reciprocidad, que también te quieran, un cierto prestigio social… eso yo creo que sí se da. En esta zona de Europa la persona sola tiene menos prestigio social que una persona con otra, con mujeres o con hombres. Eso yo lo tengo clarísimo, el peso de la opinión silenciosa. Lo que pasa es que la gente no lo quiere decir, pero es así. Yo eso lo he evidenciado así y creo que los demás lo resienten también, sobre todo las mujeres, las principales víctimas, y, a veces también, victimarias. Una persona que ves que no le quiere nadie y que no quiere a nadie, es que dices «no puede ser», y entonces, piensas, «o sufre muchísimo, o es que es un mineral». Pienso que en el mundo anglosajón la mujer sola goza de un mejor estatuto, se lo han ganado, las mujeres se han impuesto en esto, han impuesto la aceptación de su autonomía tanto a los hombres como a las mismas mujeres. Mi experiencia amorosa ha sido positiva pero tendré que volver a ganarme la autonomía si esta se acaba.

Su experiencia amorosa, siempre con hombres.

No he tenido relaciones eróticas con mujeres, es que ni se me ocurrió nunca. He descubierto la homosexualidad tardísimo. Y además la masculina. La femenina es que yo creo que… ¿cuándo habré descubierto el lesbianismo? Pues supongo que en los 70 adelantados, cuando yo tenía 30 o así, nadie me echó los tejos. Ahora me parece que es una vía que ha quedado ahí incrustada, virgen ¿por qué no? Me encantaría que alguien me echara los tejos, pero es que no lo hacen, ¡ay! Para mí no existe, el lesbianismo no existe. Me he enterado de personas de mi cuadrilla que eran lesbianas y me he enterado tardísimo que lo eran, que «entendían». Pero ¿por qué no se fijaron en mí? Me parece un poco… ¿cómo te diría yo? frustrante. Me parece que me he perdido algo. Ya, a estas horas no voy a empezar.

E insiste en sus propias contradicciones.

Con los hombres también he tenido dificultades, en el sentido de que siempre he sido feministorra (risas). Hay una cosa que siempre me ha costado mucho y es que los hombres pagaran mis

consumiciones, mis entradas, etc. Con eso he tenido una autoguerra siempre, y he tenido que reprimir y tragarme el asunto de pagar yo mi mitad o de pagar yo esta ronda y la siguiente tú. Siempre he tenido problema con eso. Porque por otro lado, me di cuenta de que a los tíos les sienta fatal que pagues, aunque lo disimulen. Pierden interés por ti. Pero por otro lado, les encantaría… pienso. Entonces, el adecuarme a esa situación me ha costado muchísimo. Yo creo que he aprendido muy mal este papel «femenino». Es curioso, pero es una cosa que he descubierto muy tarde, el resignarme felizmente a que me paguen. Por ejemplo, ahora cuando vamos de viaje, yo siempre me obligo a pagar alguna cosa. Ahora acabo de pagar con antelación, para que no se adelante él, la mitad de los billetes y el hotel. Y me he adelantado a pagar el alquiler del coche, porque sé que las comidas me las va a pagar mi compadre. (Aparte de todo, puede hacerlo porque tiene muchos más posibles, pero bueno). Me ha costado mucho, porque me siento «vendida». Creo que es verdad, que si te pagan todo, al final tienes que pagar una cuota, tiene la otra cara, es una forma de comprarte. Pero por otro lado, tampoco les vas a hacer el feo. Porque ya sabes que en un restaurante van a sacar la copa de vino al caballero para que haga su hum-hum-hum, y diga «vale». Pero tampoco te vas a poner «y ¿yo qué?». Ahora están haciéndolo, es curioso, el otro día en un restaurante he visto que estaba clarísimo que la que iba a pagar era una abuela y entonces la copa se la pasaron a ella, que era la que pagaba. ¡No me había dado cuenta! Fíjate si seré poco maliciosa que no me había dado cuenta de que cataba la copa no por ser hombre, sino porque es el que paga. Y a fin de cuentas, el que paga tiene que pagar por una buena mercancía, y entonces, tiene que hacer pues todas las niñerías esas, lo de removerla, olería, paladearla, hum…

Y es consciente también de sus cambios.

Últimamente estoy explotando mucho mi lado varonil, en el sentido que te he dicho antes, de la «poligamia» ideal. Es que a mí me encantaría tener un harén, por supuesto, igual que a ellos. Hasta hace poco me resistía a pensar que era un estado ideal, la poligamia. Y ahora, sin embargo, pienso que sí. Lo que pasa que, claro, todo lo que tiene detrás la poligamia, pues eso es lo que no me gusta. Y luego también, me he comportado bastante como los hombres en el sentido de no hacerle ascos a dejar tirado a uno.

Antes era un horror. Si tenía que dejar a uno, le acompañaba en un duelo que no había forma de despedir. Ahora me los quito de encima con bastante frescura. Sí, y en eso me doy cuenta de que exploto mi vena fálica, algo muy varonil. Si te he visto no me acuerdo. Me he dado cuenta de qué aliviado es eso. ¡Porque las mujeres, mira que hemos sido tontas para eso! A ellos no les importa cambiar de pareja, mucho menos que a nosotras. Me he dado cuenta de que a eso se hace una también. Se aprende. ¡Hombre! no lo haces tan… ¿cómo diría yo? tan brutalmente, lo haces con más monada, en el sentido de decirle «es que me parece que te has equivocado conmigo, no era lo que tú buscabas». Ellos son más «oye, ya te veré el año que viene», y adiós muy buenas. Eso sí que es una cosa muy varonil que he aprendido muy tarde.

Aunque se muestra sorprendida frente a los jóvenes.

Los jóvenes… ellos han tenido coeducación y yo no. La coeducación quita misterio, y entonces, qué se puede hacer para que dentro de la coeducación se mantenga el misterio y el otro siga siendo diferente. Conservar eso que hace tan atractivo el dar el paso, descubrir. Porque entre *coleguis* que andan a codazo limpio en clase, como los veo yo, por ejemplo, es que no entiendo cómo se puede formar una relación de misterio y de embrujarse el uno al otro. El gran amor que tuvo mi hijo mayor, que le duró tres años o una cosa así, fue porque la chica se acabó hartando. Era de su clase, y él no se había dado cuenta… bueno, él se había dado cuenta de que estaba muy *buena*, nada más. Un día ella pasó y le puso un papel con el número de teléfono delante de sus narices. Él la empezó a llamar. Por fin la iniciativa salió de él. Y claro, empezaron a salir y anduvieron juntos tres años. Y luego, no ha vuelto a tener una cosa muy estable. Al pequeño le duran algo más. Claro, yo me pregunto, en esos ámbitos de la coeducación, desde pequeñitos, tiene que adoptar otra forma la seducción, tiene que haber otro sistema, que no lo sé cómo funciona, no lo sé. Hay un desfase en cuanto a la maduración… Porque como mis hijos ya han dejado de ser unos adolescentes, ya no sé cómo funciona eso. Sí que veo que sus relaciones son más igualitarias, sin duda.

Y vuelve a su argumento.

A mí el fantasma del desconocido me excita. Y si hubiera una pantalla y que sean solo las palabras las que afloran y no poder

saber cómo es quién las escribe… ¡oh, un morbo loco! No soy la única, eso en novelística, se está reflejando, lo observas mucho. Uno de los fantasmas de la mujer es el desconocido. No todas, ni mucho menos, pero es como de los que recurren. Es un fantasma recurrente.

Tuve una educación religiosa, una formación católica indudable. ¡Hombre!, lo esencial en la religión son los misterios. La católica tiene los misterios de María y los ángeles, la resurrección, etc. Todo lo que tenga misterio siempre me ha atraído mucho. ¿Por qué me ha atraído? No sé, igual por este origen religioso, no lo sé. Me acuerdo de lo que era la doctrina teórica, me gustaba que se sucedieran misterios, porque le dan otra dimensión a las cosas, no solamente la dimensión plana, la chata realidad, sino algo que proporcionaba un plus de placer. En ese sentido, el dejar de ser creyente me ha resultado empobrecedor, me quita cantidad de dimensiones, me siento muy árida y muy seca en ese sentido. Pero claro, no me voy a inventar una trascendencia en la que no creo. Tienes que aceptar lo que te parece que hay. Por otro lado, me empecé a dar cuenta con las autoras inglesas clásicas de que los chicos podían hacer un determinado tipo de cosas y que yo no. Y ¿por qué? pues porque dios lo mandaba. Y, «¿cuándo ha dicho dios eso?», «lo ha dicho el cura», y «¿quiénes son los curas?», «la iglesia». Y siempre los curas de todas las iglesias dicen lo mismo respecto a las mujeres. Todas, es que no falla una. No hay una sola iglesia en la que a las mujeres les metan otro mensaje que el de la inferioridad, es la misma obsesión: dominar a las mujeres, ese peligro. Pero por otro lado, el dejar de tener religión, el dejar de creer, es una pérdida, ¡ya lo creo! También es una pérdida enterarte de que los reyes magos no existen.

Contundente también en su reflexión sobre el feminismo.

El feminismo introduce un factor de no conformismo respecto a las relaciones que antes de él eran las «adecuadas». Causó problemas, claro que causó problemas, problemas que son muy saludables. Y claro, desde el momento en que el feminismo ha propagado la idea de que todas las mujeres tienen derechos, vinieron los «problemas», especialmente las disfuncionalidades respecto al modelo anterior. El derecho a participar en el mercado del trabajo en igualdad de condiciones, por ejemplo, causa unos

problemas de organización, unos traumatismos de adaptación… pero se está consiguiendo en ciertos países, no en todos, claro. En algunos vamos hacia atrás, en los suburbios de las grandes ciudades europeas, americanas, ha vuelto triunfal el macho dominante y solo las feministas de origen musulmán se atreven a denunciarlo, exponiendo incluso sus vidas (una de ellas fue quemada viva en Francia, en Europa ha vuelto el vitriolo para castigar a la rebelde). Nosotras no, agarrotadas por el temor a que nos llamen racistas, callamos o buscamos subterfugios «progres». Pero bueno, en los lugares donde las mujeres han podido asomar la cabeza, hemos avanzado tanto desde los tiempos de *La habitación propia* de Virginia Woolf[571], en la que Woolf insistía en lo importante que era poder tener tu propia habitación, pagártela. Desde ese momento en que una ya es autosuficiente, aunque siempre se sea más pobre que el marido o que el compañero, siempre ganas menos, tampoco es justo… aunque luego, la persona que por razones históricas gana más tenga que pagarlo, como en esos matrimonios en los que rije aún *la venganza de don Mendo*[572], o sea, un divorcio con pensión «de esposa» al canto. ¡Humillante! El hecho de que por fin se considere absolutamente *anormal*, incluso extravagante, caro, que una mujer se case y se quede de reina del hogar, que no tenga su propia renta, es revolucionario. Hoy en día, aún dentro de la desigualdad, hay una especie de paridad en la distribución en las rentas que se obtienen en el seno de la pareja. Ello acarrea el acceso a la decisión, el a qué se van a destinar las mismas. Hasta hace poco era muy cómodo: gastos menores la señora, los gastos mayores, el coche, etc., el varón. Ahora ya no es igual, tienes una capacidad de decisión y no solo de decisión, sino de consensuar en qué se va a invertir, tu opinión cuenta. Y claro, si uno de los dos se queda en el paro, el otro sostiene. Si no para qué quieres el amor, pues para ayudarte en los momentos difíciles ¿no? Y eso a mí me parece revolucionario completamente, el hecho tan prosaico de poder subsistir por tu cuenta. Es que si no, la pareja es una flor en un jarro sin agua. Ese aspecto, el de la autosuficiencia económica, me parece que ha sido una revolución total.

El amor es un tira y afloja, una pugna además de un juego de espejos. La cuestión del poder es ineludible, hay una lucha ardorosa que puede mitigarse con inteligencia amorosa. ¿Cómo lo diría yo?

Moros y Cristianos hoy en día es una fiesta, y los moros y cristianos se divierten enormemente con sus guerras. Pero eso ha sido antes una guerra. En el amor hay como una guerra sorda de fondo, las *lides* amorosas… ver quién puede apropiarse del otro, *comerse al otro*. En el sentido casi literal de la palabra. En la fusión hay unicidad pero dos no hacen uno; uno prevalece por lo general. Entre gays y lesbianas, creo que es igual. Por lo general cada uno se atribuye un rol masculino o femenino. Es lo que hay. Yo no sé si es un mimetismo un poco torpe o simple, puede que en el siglo que viene, en el XXII, se mueran de risa leyendo esto.

Y se adentra en temas «espinosos» sin ningún problema.

Yo también vivo la relación como un tira y afloja en una guerra. Ahora cedo yo, pero ojo, la siguiente me toca a mí. Yo no sé cuánto puede durar eso, pero ¿cuánto dura lo convencional? No digo que no pueda existir un amor como sumisión, no digo que no. Pero en mi caso soy incapaz, es que no lo puedo ni imaginar. Aunque creo que a veces hay que ser sumiso/a, siempre que también le puedas pedir al otro que sea sumisa/o, sin pedírselo explícitamente, dejándole ver que «aquí tengo que ganar yo». Yo creo que con la edad me he dado cuenta que satisfacer algún ego puede tener contrapartidas útiles, «¡déjales!». Un día, por ejemplo, cometes con el coche una tontería que pueden también cometer ellos, pero va y me echa bronca. Cosa que yo no haría con él. Me trago la observación y en vez de armarle la de dios y tirarme de los pelos de la cabeza, le digo «pues tienes razón, debía haber sido más prudente». Juro por dentro pero lo dejo (me debes una), se le pasa inmediatamente. Ahora, si eso va a ser un motivo para estar todos los días dándome la vara con el coche, pues a la larga prefiero el coche que el novio. Y, entre bromas y veras, se lo hago entender.

Y a pesar de todo tiene una visión racional del amor.

No hay ninguna cosa en la que no puedas usar el raciocinio, ni siquiera el amor. ¿Qué es el raciocinio? vamos a ver. No lo sé a ciencia cierta pero todas las cosas que hacemos, todo, absolutamente todo obedece a una orden del cerebro, de acuerdo. ¿Eso es raciocinio? No, eso es nada más que un mecanismo reflejo, es cómo funcionamos todos, desde el caracol hasta nosotros. Entonces, lo racional ¿qué es? que somos capaces de elaborar pequeñas teorías, y que con las pequeñas teorías vamos montando

más cosas. Aprendes que con determinado estímulo te pueden dar un caramelo, y si te portas bien te pasa esto. Eso también lo hace mi gato. Es que eso de racionales por un lado e irracionales por otro… es tan vidrioso. ¿Quien no es racional? yo no lo sé. El amor es racional. Por ejemplo, en *La bella y la bestia*. ¿Cómo te vas a enamorar de la bestia? Primero aprendes *qué* es la bestia, aprendes poco a poco que un monstruo puede tener un corazón de oro, o que igual lo tiene de oro aunque esté muy oculto, yo qué sé… Son los grandes mitos los que suplen nuestros límites, si los tienes en la cabeza, es que no puedes no ser romántico. Yo lo de la media naranja me lo creí hasta… yo qué sé… hasta la cincuentena probablemente. Luego me di cuenta de que hay más medias naranjas, muchas. Hay partidas de ellas por todos los lados, y te acoplas a ellas que da gusto. O sea que no es tan difícil, que no ha nacido en Australia tu media naranja, que no tienes que dar la vuelta a no sé cuantos mundos para encontrarla. Uno de los mitos del cine es el bofetón que le soltó Glenn Ford a Rita Hayworth en *Gilda*. ¿Cómo vas a establecer el interdicto (no pegues Glenn, no seas machito cobardón, usa la palabra!) si lo vas a ver periódicamente por los siglos de los siglos en la tele? Y envuelto en el aura del cine. Es que… la gente ya no sabrá quien fue Rita Hayworth ni Glenn Ford, pero la escena es excitante: ella quitándose ese guante de forma tan sensual, tan provocativa. El público se ha hecho al mecanismo, se dice «la provocación implica bofetada, y se lo ha merecido». Ese es el razonamiento de quienes maltratan. «Esa se la está ganando». Acaba convirtiéndose en *racional*. Es que no hay nada más condicionador que un mito. Este o el de *La Bella* y *la bestia*. La razón va en precario.

¿Cómo lo arreglamos? Lo primero, la política feminista tiene que ser… yo creo que lo está haciendo, muy de pedagogía para los dos, para la mujer y para el hombre. Nada de enseñar solamente a los varones, también a las mujeres. De cómo soportar la frustración, y que si tu mujer está flirteando con el vecino de al lado delante de tus narices, te aguantes y ya arreglarás las cosas más adelante, ya le dirás «¿tú flirteas? pues yo también podría. ¿Te gustaría que yo también flirteara con su hombre? ¿te gustaría?». Es que ahí está, la frustración que te causa una cosa a ti, lo que no puedes hacer es solventarla a bofetadas o a vengancillas. Pero los grandes

soplamocos de la historia los tienes ahí, tienes todas las grandes novelas, todas las *Anas Kareninas*, las perdedoras, las renunciadoras, las tienes todas en la mochila. A no ser que seas alguien que no ha visto nunca una pintura, nunca leído un libro, nunca visto un film, nunca visto nada en casa… Ese ser virgen es un ser imposible, como la protagonista de la *Sinfonía pastoral* de Gide ¿no? Una tiene que aceptar ese legado sin demasiado victimismo, que eso ha sido así, pero que puede ser de otra forma. ¡Hay que crear más mito con libertad, mitos que nos favorezcan!

Y se va, con todo su dinamismo. Y me doy cuenta de que, a pesar de haber destapado frente a mí todo un catálogo de contradicciones, individuales pero también colectivas, me ha hecho sentirme optimista frente a la vida.

Experimentaciones plurisexuales y amorosas (Begoña)

… Una vez de que Larsson[573] *ha decidido romper las convenciones de la representación de la feminidad, Lisbeth se convierte en un imán que aspira otros rasgos de transgresión social como el autismo, la sociopatía, la anorexia, los tatuajes, el piercing o el gusto por la estética punk y gótica. Larsson no ha pretendido, parece evidente, construir un personaje real, más bien, como si se tratara de una figura de la tragedia griega, Lisbeth funciona como una mega-metáfora de la subversión cultural. La pequeña y casi anoréxica Lisbeth Salander es un micro-chip semiótico: según una lógica de miniaturización (en la que la escala es un índice de marginación) condensa en un mínimo cuerpo femenino un máximo de signos de transgresión social.*

La pregunta no es, como hemos visto repetir una y otra vez a críticos y comentaristas de Larsson durante meses si Lisbeth es o no un personaje suficientemente femenino o si es o no autista o lesbiana. Estas cuestiones son aún deudoras de las taxonomías modernas que corresponden al pensamiento binario y al control institucional a través de la producción de identidades sexuales, raciales, psicológicas o étnicamente cerradas. Quizás el teorema de Fermat con el que Lisbeth está obsesionada tenga también algo que decirnos. Lisbeth es un juego matemático que nos permite pensar la identidad pasando del binario al n+1. No es, por tanto, la «falta de feminidad» de Lisbeth lo que debería inquietar a las feministas. Sino su falta de proyecto político colectivo que permite que los lectores conservadores puedan fácilmente erotizar la transgresión, estetizar y consumir

aquello que un día los signos de la lucha por otros cuerpos y otros afectos. Es ahí donde nos hará falta crear otros mitos, inventar otras Lisbeth[574].

Begoña tiene 32 años y vive fuera de Euskadi desde hace mucho tiempo, en una ciudad en la que se siente libre para transformar su vida. Es periodista de formación aunque su realidad laboral actual es bastante precaria, y va combinando trabajos más o menos temporales con lo que ella llama su investigación personal feminista, individual y en grupo.

De pequeña vivió el maltrato de su padre a su madre, con la que se siente muy unida. Se independizó cuando comenzó la universidad y es entonces también cuando se encuentra con el feminismo y empieza a nutrirse de nuevas ideas en su nuevo ambiente.

Dice que en sus primeras relaciones amorosas priorizaba mantener la relación y llegó a sufrir maltrato psicológico, pero poco a poco, gracias a sus amigas y al apoyo de una asociación, comienza a enamorarse y relacionarse de otra forma.

Se define a sí misma como plurisexual porque ha tenido relaciones con mujeres, hombres y personas transexuales y transgénero, y es muy crítica con el término bisexualidad porque —subraya— no acaba de romper con los planteamientos binarios. Y esta visión alternativa dentro de lo alternativo se convierte para mí en un Hallazgo.

Es también la única entrevistada que se ha autocorregido cuando se ha referido a una persona sin pareja como sola. Es también muy crítica con la monogamia, y pretende ser consecuente con ello en su vida. Cuando la entrevisto está absolutamente enamorada de una persona transgénero con la que ha comenzado una relación hace pocos meses.

Comienza su relato hablando de su historia de maltrato.

Un cambio fundamental para mí, que tiene mucho que ver con esta entrevista pero, aunque pueda no parecerlo, fue dejar de funcionar como había sido programada a nivel de pareja. He vivido una historia de maltrato muy fuerte por parte de mi padre y con… Y tengo una relación muy fuerte con mi madre, siempre la hemos tenido aunque ella… aunque el ambiente familiar fuera muy hostil y existiera un peligro muy fuerte por mi padre, ya sé que soy muy capaz también de protegernos de alguna manera a mi hermana y a

mí, pero bueno, cuando me fui haciendo más mayor pensaba que estaba libre de todo eso, en realidad estaba funcionando con planteamientos bastante parecidos a los de mi madre y con…

Cuando me fui a vivir a donde vivo ahora —sería como hace 7 años o así—, dije «se acabó», y realmente empecé un cambio a este nivel muy fuerte, tuve la gran suerte de recibir el apoyo terapéutico de una asociación de mujeres que apoyan en la recuperación emocional a mujeres que han sufrido maltratos. Es un apoyo altruista, gratuito y, bueno, ellas llevan como 12 años o así trabajando y para mí tienen una forma de actuar que funciona, porque la han experimentado, porque la he experimentado yo. Y bueno, después de un año dije, «soy una mujer nueva, me he quitado un peso pero increíble».

Hasta octubre he tenido un trabajo de camarera cerca de mi casa, trabajaba seis días a la semana, durante seis meses he trabajado mucho y en ese sitio he estado como año y medio trabajando… Estoy bastante marcada por la precariedad pero salgo bastante de fiesta por la noche, básicamente vamos a un bar donde estamos metidos siempre y me gusta mucho disfrazarme, a veces pincho música, hemos organizado fiestas para apoyar a un amigo que detuvieron y… Sí, salgo bastante, me gusta mucho salir, emborracharme, drogarme de vez en cuando también y disfrazarme con mis amigas, tengo un concepto de diversión bastante relacionada con el esperpento y con el circo.

Ahora mismo estoy cobrando el paro y no tengo que trabajar y estoy con mis proyectos, aunque estoy muy dispersa… en una época muy enamorada y muy enganchada con la persona con la que estoy ahora… llevo tres meses… también ha habido movidas, le detuvieron dos veces y hemos tenido que estar bastante con el tema del abogado, con el tema de las denuncias y tal. Si ya estábamos pegados ahora todavía más, pero bueno, ahora estoy viviendo un momento transitorio con todas las risas y las burlas de mi entorno porque la persona con la que me enrollo también es una persona súper promiscua, y de repente hemos entrado en una fase de que solo queremos follar entre nosotros, siempre digo transitorio, transitorio, hasta que dure…

¿Qué es ser mujer?

Me considero… me llamo mujer a mí misma como una

reivindicación política también y eso me viene del feminismo, aunque a veces, aunque a la vez, pienso que desde el momento que hemos ido transformando lo que era el género de mujer por querer alcanzar nuestra propia libertad personal y colectiva, hemos empezado a dejar de ser mujeres, hemos dejado de reproducir esquemas un poco… Diría que soy una mutante del género, aunque a la vez en un determinado ambiente soy la más mujer, la más feminista y en un determinado ambiente no, nunca, o sea, replanteo eso. A veces en un ambiente más… en un ambiente feminista digamos, siempre, y más en los últimos años, me gusta, es un poco también un tipo de vocación o así, el grupo —bueno el grupo, si le podemos llamar grupo— con el que trabajo lo definimos post-feminista o como queramos llamarlo, contra-feminista, sin querer nos ponemos ese nombre y otras veces nos ponemos feministas, sin más. En otros ambientes donde ese planteamiento es mixto o no ha calado, soy la más feminista del mundo y la más mujer, y creo que es interesante también.

De las mujeres cercanas diría que están todas un poco locas, y que somos un poco mutantes de género todas y muchas cosas… que nos ha tocado una época en la que no sabría muy bien… muchas tenemos una promoción académica, somos licenciadas, pero luego son camareras o teleoperadoras, y a la vez nuestro nivel de discurso está como muy por encima… es como una especie de locura… Mi entorno masculino, bueno masculino… para mí lo de hombres y mujeres ahora es más… tengo amigos y amigas que son transgénero y otros más heterosexuales. Para mí ya llega un momento en el que hablamos en masculino y en femenino de una manera mucho más, no inconsciente, sino jugando más con esto. Que unas personas sienten estar más unidas al femenino que al masculino, pero los hombres de mi entorno, la mayor parte o son gays o son trans o son tíos que casi les percibo más como mujeres y a otras amigas mías les percibo más como, es todo un caos que para mí me parece maravilloso.

Yo tengo como una tendencia a un tipo de feminidad muy paródica muy extrema, pero luego tengo otras épocas que de repente, «hoy me voy a poner más bollo». Lo que sí que me pasa que si me sacas de allí, si estoy aquí *[donde hacemos la entrevista y vive su madre*], muchos días veo a la gente con un nivel de

normalidad muchísimo más bestia y empiezo a sentirme como más pequeña. Yo allí puedo salir vestida con un traje de faralaes a comprar y me siento súper bien, como muy a gusto. Aquí me muero, no lo haría, la presión social, la búsqueda de la normalidad como ideal… y me va como aplastando y me siento más pequeña.

Y hace memoria.

Cuando era muy niña hasta los 7 o 8 años llevaba el pelo corto y era una marichico, a veces me confundían con un chico. Luego —lo recuerdo perfectamente— decidí que quería ser una chica… y luego he tenido muchas épocas y muchas etapas ahora estoy en una época muy petarda. Me encanta el color rosa, pero yo siempre digo que el color rosa es un color elegido y encima mis padres no me lo impusieron. Me gusta esa sensación de poder jugar con la imagen y de parodiar y tal.

Esto a nivel estético, a nivel más corporal, he ido ganando muchísima confianza, después de los complejos de la adolescencia, que te ves un horror, que te miras al espejo y dices «¡socorro, qué cuerpo me ha tocado!», que es un espanto. Y ahora estoy muy a gusto con mi cuerpo y me siento muy bien. Hay momentos en los que no, por supuesto, pero en general me siento bien dentro de mi piel, a nivel sexual también, me gusto. El dolor físico me da mucho miedo, igual por haber tenido desde pequeña experiencias de dolor emocional muy fuerte, no le tengo tanto miedo ya pero al dolor físico le tengo mucho miedo, la posibilidad de un accidente…

En mi vida cotidiana no me siento muy diferente, puedo salir a la calle vestida como quiera y mi manera de estar creo que es bastante parecida. Hay momentos en los que te sientes más pequeña más replegada o lo que sea, me encanta ponerme una peluca, o me pongo una peineta cotidianamente… He sido siempre muy payasa, siempre he tenido ese punto desde muy de pequeña, siempre he investigado mucho con la ropa desde pequeña. Me acuerdo cuando tenía 7 años me gustaba mucho ponerme gorros en la cabeza y tenía una colección de ganchitos de colores, tenía como 20, y un día fui al colegio y me puse los 20 en la cabeza porque me apetecía, yo me miraba al espejo y me parecía que estaba monísima, imagínate lo que se reían de mí. Y esto lo sigo haciendo. Donde vivo ahora tienes más miradas de complicidad que de rechazo y me gusta.

La sexualidad está muy presente en su vida y en su entorno.

Mi entorno… me costaría un poco describirlo, pero es un ambiente trans-marica-bollo, porque no me gusta la palabra gay ni lesbiana, creo que estamos en los márgenes de esto, podría estar relacionado con teorías *queer* y así, aunque no me considero *queer*, sí un poco en los márgenes de la sexualidad. Que te gusten las mujeres no significa que quieres equipararte al modelo heterosexual pero gustándote las mujeres. Dentro de este entorno digamos que se relaciona bastante con algunos espacios en la ciudad en la que estoy… que se organiza un festival de video, que era trans-marica-bollo y todo esto, con autoproducciones.

La sexualidad es muy importante, me gusta mucho, la práctica, la fantasía, la práctica conmigo misma, con los demás. Me interesa mucho a nivel de discurso también, mi manera de ser, de funcionar y la de mi entorno, un entorno en el que no me siento un bicho raro, pero yo sé que si explico mi vida sexual a cualquiera, me vería sin saber dónde encajarme, entonces yo no me siento rara porque es lo que me encanta de vivir donde vivo. No tengo la sexualidad excluyente de la pareja y hablamos muchísimo de sexo. Yo tengo amigas con las que hablamos y nos contamos todo, «ahora estoy investigando esto o»… Y tengo un colega mariquita que me dice «parecéis dos machorros», y yo le digo a él que parece una bollera, porque es más romántico, que está con su novio y solo está con su novio, y nosotras parecemos mariquitas estamos todo el día para aquí para allá con uno, con otra… Y a nivel de investigación en los últimos años he ido experimentando bastante con el sado dentro de mi entorno, que no creo que sea una manera de vivirlo que se suele vivir en círculos de otro tipo, en locales… Y en eso por ejemplo ha sido una investigación en la que hemos entrado mis amigas y yo. Lo he practicado más que haber oído sobre ello, aunque también he leído y también he reflexionado sobre ello mucho, entonces compartimos… ay que estoy haciendo un curso de *Bondage*[575] ah pues enseñarnos a… «mira me he comprado esta fusta que hace tal»… Es muy interesante. Hemos ido llegando hacia ese deseo de practicar el SM [*sadomasoquismo*], y el hecho de tenerlo cerca te ha ido permitiendo más… Yo he tenido esa curiosidad, hay gente que no la ha tenido, hay gente muy cercana a mí que no la tiene. Una cosa que me interesa mucho del sadomasoquismo es que se evidencia el pacto previo.

El SM como pacto previo.

La idea del pacto previo me parece muy interesante, se evidencia mucho… Creo que en toda relación existe un pacto y en toda relación sexual existe un pacto, pero me parece mucho más violento ese beso que le das, que te obligan a darle a tu tío cuando eres pequeña… yo lo recuerdo, esa situación de rechazo a los hombres porque tenían barba y te obligaban a darle un beso y no te apetecía y te estaban… eso sí que me parece una agresión sexual o física, no sé cómo decirlo. Me parece muchísimo más violento eso que toda una sesión de latigazos y de lo que tú quieras pactada. El pacto previo me parece súper interesante. He practicado SM más de pacto, «primero hacemos esto y luego hacemos lo otro». He oído que se habían dado, en momentos de la República o en la guerra civil, momentos en los que se llegaron a dar liberaciones colectivas así. Es un ambiente en el que me siento muy segura, y tengo una amiga de 40 y pico años 50, muy graciosa la tía, muy feminista y tal, y me habla de su época en una comuna en los años setenta. Y me dice ella que ahí aprendió a decir que no. A las mujeres nos vendieron el caramelo de la liberación sexual, que nos ha hecho mucho daño. Yo misma me he tenido a parar a pensar en ello… yo no tengo por qué, no tengo siempre ganas de follar… el rollo de «si no quieres follar conmigo eres una burguesa». ¡A la mierda con esto! Yo tal y como lo vivo ahora mismo tiene que ver mucho con mi deseo de verdad y siento que no existen relaciones de poder en mi ambiente. No veo mucho conflicto en mi ambiente… sí que puede haber un momento… que los celos los tenemos todo el mundo…

Supongo que la sexualidad, en conjunto, no deja de ser una especie de rol, de juego, que tú estas cómoda, te gusta o te erotiza, y claro, tal y como yo lo vivo, es un juego de muchísimas posibilidades no importa ni el sexo biológico de esa persona, ni la opción ni nada, y para mí encima son roles como muy intercambiables. Yo a veces me siento mucho más macho, por macho, que la amiga que tengo más bollo o la pareja que tengo ahora, que me deja el masculino, que siempre ha tenido que marcar la masculinidad del otro, y así como una vez me dijo, «¡joder con la *femme*!»[576] en el sentido de «yo puedo tener un punto más macho que tú» y me gusta. Me parece que el poder jugar con eso, sin tener

que renunciar a esa especie de diversión que te da ese juego en un momento dado, pero juegas desde que tú sabes que tú has elegido ese papel por ese rato y que nadie te va a que obligar a jugar. Esa es la parte que a mí me gusta mucho. Cuando voy por la calle con este chico y… Una vez fuimos a comprar un equipo de música y yo llevaba un paquete grande, y estaba todo el rato diciéndome, «déjame que te lleve la bolsa» y yo, «que no me vas a llevar la bolsa»… pero es un juego que tenemos… Aunque un hombre biológico me lo dijera de bromas, ya no tendría el mismo sentido, pero claro una persona que ha negado siempre su masculinidad y necesita afirmarla, luego no tiene ninguna… no es un machista en absoluto, pero son estos juegos, que siempre son las bromas de «toma coge la bolsa»… «¡fantástico, la llevas tú!», es esa… no sé, es diferente cuando eres consciente. Claro, y además están las bromas de él es el chico y yo soy la feminista vasca, entonces esa especie de lucha, que en algún momento sí se establece.

Y se muestra romántica en un sentido amplio.

Cuando hablamos de amor, automáticamente, me viene a la cabeza la idea de amor romántico, el amor de pareja, y el amor es algo muchísimo más amplio por supuesto, ¿no? Vale, es una palabra tramposa que tiende a identificarse con una cosa y también puede significar otras más… el amor en sí, parece el vínculo sin el que nos moriríamos, como seres especiales. Y el amor romántico, digamos, pues la gran trampa que estamos continuamente reedificando y ese me cuesta más definirlo. Pero para que nos entendamos lo voy a distinguir en amor con mayúsculas y con minúsculas. Con minúsculas me refiero a ese vínculo imprescindible en la vida de las personas, y el amor con mayúsculas… me refiero al amor de pareja.

El amor con minúsculas en mi vida… bueno, soy una persona muy apasionada, quiero muchísimo a la gente que quiero, necesito hablar de las gentes que tengo a mi alrededor a mis amigos, a mi madre, incluso a personas con las que no tengo tanta relación pero que te sale un sentimiento muy fuerte, es súper importante. Yo tengo relaciones, vínculos importantes en mi vida, amigas, en las que incluyo amigas y amigos y tal, tengo bastantes, a veces mantengo relaciones muy intensas con bastantes personas, a veces eso me quita tiempo de estar conmigo misma, pero bueno. Hago muchas despedidas en mi vida. De esas despedidas, algunas son

personas que me alegro que ya no estén y otras personas simplemente con las que no pudimos encontrarnos. Ha habido despedidas más maduras, más inmaduras más de todo, pero muchas muchas. Pero ahora mismo, personas importantes en mi vida, de esto, por ejemplo: estoy triste, me pasa algo, o estoy contenta, tengo que contárselo a alguien, ¡yo gasto un facturón en teléfono!

He evolucionado mucho, antes estaba mucho más insegura, me entraban estos miedos de repente que te entran, porque tienes el día tonto, «¿me estará dejando de querer?». Ahora me siento muy tranquila y creo que son relaciones muy vivas donde existe como una base de confianza muy fuerte, donde de repente no dudo de que esa persona me quiera o de que esa persona me guste como es, y que va cambiando mucho a la vez. Igual es de lo que más orgullosa estoy en mi vida, de otras cosas no, de mi trabajo no puedo estar muy orgullosa, pero de eso sí.

Mi madre es muy importante para mí, que es una persona muy afectiva, no tanto físicamente pero sí que te lo transmite mucho y muy que su manera de amar es… deja mucho espacio a la otra persona, de alguna manera no es muy absorbente, y por ahí creo que tengo una enseñanza muy positiva. Tiene también su parte negativa, por ejemplo, la relación con mi padre, una relación con un nivel de romanticismo muy fuerte, que después de 30 años de maltrato, mi madre sigue diciendo, «yo me casé muy enamorada»… entonces esa parte, claro…

Tengo la sensación que de pequeña, y de no tan pequeña… de tener un refugio interior muy grande en el romanticismo, muy fuerte, muy fuerte, que creo que está en la educación de todo el mundo, pero que en las personas que hemos vivido una infancia difícil… Tenía una idea romántica, de pareja… quizá la sigo teniendo, pero me considero plurisexual, no me gusta la palabra bisexual porque refuerza demasiado esa idea de un género en la que yo no vivo tanto, pero hace ya años que mis relaciones sexuales son con mujeres, hombres y demás…

De pequeña era una imagen, desde luego, masculina, en la que, bueno era un refugio con una relación bonita, de respeto y eso, pero ultra romántica de la razón… Pensaba que conocería al hombre de mi vida, al amor auténtico, maravilloso, para toda la vida, o sea, lo más, y que sí por supuesto que aparecería. Cuando yo era pequeña

me imaginaba ya siendo pequeña teniendo esa persona ahí y me imaginaba siendo mayor, y es curioso, porque me imaginaba rubia y haciendo desfiles y todo, me hace mucha gracia esto, ¿no? Mis ideas románticas son muy idealizadas, muy influenciadas por el cine, mucho mucho, pues yo qué sé. Ese rollo de películas *El lago azul*[577], por ejemplo, ese ideal de *El lago azul*… sola en una isla desierta, paradisíaca y maravillosa con el hombre maravilloso de tus sueños… De quedarme en Babia muchísimas veces, y bueno sigo siendo soñadora. Muchas veces era por la noche, antes de dormir, me metía en la cama y recuerdo que lo tengo vinculado a las agresiones de mi padre, a después de haber habido una experiencia, pues de que mi padre le diera una paliza a mi madre, etc. Necesitaba recrear un mundo donde estuviese yo bien, porque si no era terrible. Ahora también utilizo las ensoñaciones, sí, sí, sí, si te dijera que no, te mentiría. Sí que tengo épocas, he aprendido también a disfrutar de ello porque a mí me parece muy bonito. Y he aprendido a hacerte tú una película y estar en tu película que estás viviendo como ese mundo interior donde tú te vas, se te queda la sonrisa tonta, pero ya he aprendido creo, a disfrutar de ello pero a que no sustituya a mi vida y a que no me dé, se convierta en complemento, que es lo que… cuando tienes una relación chunga, una relación de mierda y para poder soportarla, que eso sea como el elemento que falta para que tú sigas manteniéndote ahí…

Una amiga estaba muy enamorada y sonó una canción romántica, una balada de fondo y ella dice «nosotras no podemos ser románticas». Lo decía en broma pero yo creo que en ese sentido, como chicas tan modernas y tan feministas, yo misma me he quitado que me guste esa clase de música. Con esta amiga hace un montón de años nos acababa de venir la regla y las dos estábamos como así y acabamos enamorándonos y las dos llorando, me parece un horror por supuesto, pero también mola en un momento dado poder…

El romanticismo como un recurso, como un instrumento.

El romanticismo es como la música de fondo en una escena o el atardecer en una escena. La misma escena, si le pones esa música y le pones ese fondo, hace que se te suba todavía más el nivel de intensidad de pasión, de lo que sea. Con una amiga también sería, no sé, sí que tengo momentos románticos… la manera en un

momento dado de estar con una amiga… y de repente te da el subidón, no de decir «te quiero», que también, pero… yo tengo amigas con las que decimos, una colega de aquí, somos muy amigas pero tampoco nos solemos ver mucho y cuando quedamos siempre vamos a cenar al mismo restaurante, que es un restaurante maravilloso, y es como que nos lo merecemos y nos lo queremos regalar, y siempre buscamos momentos en los que podamos estar, te apetece ir a un sitio bonito, es un día que tienes ganas de compartir algo con esa persona o que te sientes más vulnerable o que la otra persona lo está más… siempre ando buscando, a este bar no, porque no me apetece, porque no me gusta demasiado la luz, me apetece encontrar el sitio, la mesa en donde me encuentre más a gusto, más cómoda y que creo que de alguna manera nos lo merecemos.

El romanticismo como música de fondo.

Con la persona que estoy ahora… él es más que yo en ese sentido… los chicos cuando les gustan las chicas muchas veces… Me hace gracia porque yo suelo hablar con unas amigas… con un hombre biológico hay cosas que me parecerían ridiculas. En mi cabeza no es una mujer pero tampoco es un hombre, lo vives de una manera distinta, hay cosas de caballerosidad o de algo parecido que en un hombre biológico me parecerían horrorosas y que en él me encantan y a las demás amigas les pasa lo mismo. Supongo que porque se tienen que currar esa forma de masculinidad que puede llegar a ser galantería o algo así, y me hace gracia y me gusta. Una cosa que tiene él que le encanta, que va por la calle, además es un punki, no te lo puedes ni imaginar, pero vas por la calle es invierno y justo hay un rayo de sol y me coge para darnos un beso en el rayo de sol… la primera vez que me lo hizo tuve la sensación de mirar alrededor a ver quién me ve, y ahora empieza a ser guay.

El romanticismo según cómo, dónde y con quién.

Yo he tenido la fantasía del *príncipe azul*, muchísimo… sigue estando por ahí de alguna manera, tampoco está mal tenerla, porque tiene que ver con lo que decíamos, con cómo vivir ese romanticismo o esa pasión o ese plus de fantasía. Si eso te permite creerte un poco más las cosas y disfrutarlas también está guay, porque tener relaciones frías pactadas tampoco me apetecería. Pero lo malo es que eso te impide en un momento dado distinguir una persona que realmente te sienta bien de una persona que te sienta

mal o que estés sola, que no tengas pareja, y que ese contenido que tienes ahí dentro tú te vaya saliendo como un monstruo y te haga daño.

Yo he tendido mucho a tener pareja siempre, aunque diga siempre «no voy a tener pareja» y mis amigas se rían de mí, tengo romantizada la soltería a veces, y luego mis amigas que tienden más a no tener pareja tienen romantizada la relación con pareja, y a veces compartimos y es muy chulo también y tengo una amiga que ahora sí que tiene pareja pero ha estado un año sin tenerla y que siempre tiene muy presente lo de cómo estar sola…

Pero nunca me he definido como monógama y esto es algo que ahora alucino porque pienso que es algo por lo que sin darme cuenta, he peleado siempre. Nunca he querido practicar la pareja en ese sentido, como se me había enseñado y eso y ahora es algo que lo defiendo mucho con la… el derecho a defenderlo. Porque me he sentido muy cuestionada durante mi vida por esto, desde mi pareja. Bueno, una cosa que ciertamente me pasó una vez, una chica que me entrevistó para un libro sobre historia del maltrato infantil y tal y de repente llegó un momento en la entrevista, como yo también soy periodista tú eres antropóloga, con el respeto absoluto a lo que te está diciendo la otra persona sin juzgarla, etc. Y hubo un momento cuando yo estaba hablando con el corazón abierto, hablándole de mi vida y le dije que yo no creía en la monogamia y que tenía muchos problemas de pareja pues piensas que muchos conflictos habían venido de ahí y la tía se volvió loca. Me dijo «¡cómo no los vas a tener!», me quedé flipando, flipando claro y dije… me sentí muy herida y dije «¡qué fuerte!».

Y sé por su forma de mirarme, por su silencio, que de alguna manera me está retando: «¡ojo tú también con lo que piensas o expresas de todo esto que te estoy contando!».

En mi entorno muy poca gente nos definimos como monógamas, entonces es algo que está en aprendizaje continuo… cuando me enamoro mucho y cuando una persona que no es muy enamoradiza y aunque sea muy dispersa, aunque sea muy de pareja, me gusta, no le llamaría contradicción, me gusta esa atención o como sea que también es muy interesante. Tiendo a tener una prioridad y esa prioridad con el tiempo, a veces no sé con el tiempo, a veces no sé cómo transmitírselo a la otra persona que es mi prioridad o esa

persona no lo percibe así, eso no quiere decir que yo no la tenga, a lo mejor la tengo, que de estar con una pareja tiene que ser más compatible a mi manera de entender esto y que se sienta segura con mi manera de expresar estabilidad.

Ahora mismo, hace como dos meses o tres meses comencé una aventura con una persona que ya conocía y que es transgénero, digamos que no es un hombre biológico pero todo el mundo le tratamos en masculino, o sea que es como un transexual masculino. Y nada, que como de repente me quedé, bueno nos quedamos como muy enganchados… estoy no, bueno, claro, no sé, no puedo decir que es mi pareja porque hace tres meses que… pero estamos todo el día enganchados. Además le ha parecido curioso que yo le dijera «ah! para una entrevista sobre el amor, joder justo ahora, teniendo un nivel de intensidad que hacía muchos años que no lo tenía, ¿no?». Pero bueno estoy como muy abobada, muy *txotxola*…[578]

Se sabe enamorada.

Estoy muy enamorada, es… una sensación, físicamente, de hormigueo por todo el cuerpo, pero muy agradable. De flojera por dentro, darte cuenta de que esa persona está ahí y se te queda la cara de idiota mirándola, que esto incluso me lo han llegado a decir: «nena, deja de mirarlo así». No puedo dejarlo, no puedo evitarlo y de felicidad, no sé, como de flojedad muy agradable.

He estado enamorada muchas veces… siempre ha sido parecido pero, hay como niveles de intensidad o algo así, y la verdad es la segunda vez en mi vida que tengo este nivel de intensidad tan bestia. Lo que pasa es que la primera fue muy chungo porque fue una relación muy chunga, fue también cuando de repente me empecé a ver así y dije «¡socorro, me voy corriendo de aquí!», pero no, quiero vivirlo, porque también soy muy kamikaze emocional, pero también tengo otros instrumentos interiores para llevar esto bien y para el momento de sufrimiento que no me interesa dejarlo, pero bueno, estoy ahí en el ojo del huracán.

He tenido unas cuantas parejas, mi madre dice que soy como la Marujita Díaz, unas cuantas… con hombres y con mujeres. Y he tenido hasta los 27 años o así relaciones en las que yo creo que me situaba muy mal y que priorizaba mantener la relación por encima de todo y que cuando no me sentía cómoda me costaba mucho cambiar de situación, bueno hasta llegar a un nivel de dos

relaciones concretamente con un nivel de maltrato psicológico muy fuerte. De las dos con respecto a mí, una con un hombre y otra con una mujer, que también eso me enseñó mucho de las relaciones entre mujeres, que tienen los mismos peligros.

Y a partir de ahí empecé a tener otro tipo de relaciones, muy diferentes en las que las personas, realmente en las que yo me situaba de una manera muy distinta, mucho más, no sé, me cuesta explicarlo también, creo que igual, no es que desaparezca la vena sino que elegí mejor las personas, porque sí, no sé, o porque estaba más atenta a lo que yo quería que pasase que a lo que estaba pasando. Podré ser un desastre por un lado, por el otro lo habré pasado mal, la otra persona lo habrá pasado mal, habrá habido momentos en los que cada uno ha sacado lo peor de nosotros mismos pero donde no existe una relación de mareaje de uno hacia el otro de una manera o sistemática, totalmente maltrato…

Estar más atenta a lo que quieres que ocurra que a lo que está pasando.

Estaba en una relación que duró 3 años con un chico, que fue esta relación que te digo que viví con una intensidad absoluta. Pues eso. Cuando de repente conoces a alguien y ya no te despegas de esa persona, y pierdes muchas amigas, muchos amigos… Esta primera vez que me pasó, que estaba tan así, esta relación duró 3 años. Fue una relación muy brutal, una persona muy dañina. Bueno era una persona que era el control absoluto de mi vida, que me hacía… que quería hacerme sentir como que mi vida era un desastre, que yo era un desastre, que por haber tenido esas experiencias en mi infancia me había quedado como sin educar de alguna manera y que él de alguna manera me iba a educar. Esto yo lo pienso ahora y me da vergüenza y… y encima yo siempre he sido muy cañera en todo y la gente no se lo cree… gente que se lo cuento ahora y explico esto, no se lo cree, la relación en la que yo estaba. Di tumbos con él de una ciudad a otra, porque la persona que no sabe qué hacer con su vida, entonces se dedica a marear a los demás y siempre siguiéndole a donde fuera, absolutamente dependiente, era una época en la que incluso yo acababa de terminar la carrera, estaba un poco desubicada y estuve un tiempo en el que yo ni siquiera trabajaba. Él tampoco trabajaba porque había tenido un accidente y cobraba una pasta al mes y vivíamos de

su dinero, o sea que incluso la experiencia económica que para mí era como ¡qué es esto! Ya nos vinimos a vivir aquí, porque ya no podía soportar más aquello, pero cada vez que había una crisis me hablaba de… cuestionaba nuestro amor, su enamoramiento, me decía que se iba a ir a Latinoamérica, que él había estado viviendo allí, y a mí me dejaba rota absolutamente. Al día siguiente yo llorando, pensando, «¡esto se ha terminado!». Jugando todo el rato con esto y al día siguiente esto ya se había olvidado… y me iba manteniendo. Bueno, nos vinimos aquí y buscamos y al final nos fuimos a vivir a la costa en invierno, o sea yo tenía 23 años, totalmente aislada…

23 años y recuerdo la sensación. Me acuerdo de una mañana delante del ordenador, intentando escribir y pensar en suicidarme, no pensar en suicidarme sino pensar que ya estaba muerta. Y eso yo jamás lo he pensado porque soy una persona que tiene muchísima vitalidad, que tengo un carácter siempre positivo, y ahí me di cuenta. Bueno, lo he pensado después, realmente cómo una relación… cómo ante una relación te puedes llegar a anular de esa manera tan fuerte. Fue un espanto. Llegó un momento en el que empecé a darme cuenta de verdad. Mis amigas, por supuesto, hacía ya mucho tiempo que me decían, «bueno, ¡qué coño haces!». Yo decidí de una vez por todas, «bueno, me da igual hacia donde quieras ir tú ahora, que te quieras ir a esta ciudad o a otra, yo me voy». Él se lo tomó como una amenaza a nuestra relación, mil chantajes, mil cosas, mil todo y todavía siguió liándome una temporada. Pero bueno, yo de ahí me piré, ya estaba… Esa había sido la historia de mi madre y no podía ser la mía, es decir, ahí ya había algo que por mucho que yo reprodujera… había un resorte que al final he aprendido, había algo de «no puedo vivir lo mismo que ella». ¿Qué me ayudó? El feminismo desde luego, aunque, bueno no te lo pierdas, él es un hombre feminista, supuestamente, hace estudios sobre masculinidad. Las amigas desde luego, y mis ganas de vivir, ¡joder!, eso sobre todo, mis ganas de hacer mi propia vida y la ciudad donde vivo ahora, o sea el cambio de haber vivido por fin en esa ciudad que a mí siempre me había gustado, la primera vez que había ido con 13 años había dicho, ¡buah! Y me sigue pasando.

A partir de entonces dije «¡bueno, ya está nena, tienes que hacer

una reflexión, creo que ya has vivido antes esta película!». No sé, eran cambios que se estaban gestando dentro de mí. Empecé a enamorarme de otra manera, me enamoré de cosas muy distintas a partir de ese momento y empecé a vivir, no sé. Era ese cambio que se había ido gestando dentro de mí y de alguna manera empecé la terapia, la empecé cuando la siguiente relación después de este imbécil, que de aspecto ya otra cosa, era como de mi estatura, muy femenino, un chico que no tenía ese rollo súper estrella que tenía el otro, súper seductor y tal, todo al contrario, ¿no? Que para mí no era una amenaza. Y construimos una historia mucho más suave y de repente flipaba, estaba esperando… esto me ha pasado y a veces me sigue pasando, estoy con alguien, con una pareja, y pienso «le miro y le va a girar la cara»… de repente está bien y tú no sabes ni por qué, te sientes con ese miedo permanente a ver cuándo se le va a girar. Y no le cambia la cara, no le cambia, le va a cambiar, pero ya no estoy dispuesta a esto. Y justo durante esta relación que fue muy chula estuve año y medio o así con él, empecé mi terapia y ahí fue ya el cambio total. Realmente sentirme que había podido salir lo que siempre había sido yo también.

Seduce y toma sus preocupaciones.

Soy muy seductora y creo que tiendo a seducir, a relacionarme mucho a hacer… Cuando alguien me gusta, quiero rollo con esa persona. Sigo siendo bastante activa, me gusta bastante tomar la iniciativa y a veces cuando toman la iniciativa conmigo, no es que no me mole, es que como que tiendo a elegir yo, pero esto que digo es una tontería, nos elegimos mutuamente. Tiendo, casi siempre tiendo a tener relaciones sexuales, a follar con personas que están en mi entorno, tengo un entorno también bastante… Con un hombre desconocido que no conozca de nada, seguro que no me enrollaría sin conocerlo. Que me parece fantástico, por supuesto, pero hay un punto ahí que no me… prefiero tener como unas garantías, y como vivo en un mundo muy endógamo, que al final todo el mundo hemos quedado con todo el mundo un poco y tal, ya tienes referentes. Con mis amigas tengo mucha complicidad y tengo un amigo mariquita que nos sigue para que parezcamos más que estamos hablando, «¡ay, quieres follar, cómo follo, no sé qué…!». Nos pasamos referentes, pero no rollo chungo de presumir, ni mucho menos, si no de «¡ah, qué bien!», donde no existe ese rollo

de exclusividad sexual tan fuerte como en otros ámbitos pues te vas pasando referentes.

Tengo gustos muy diversos y no sé, creo que eso que hace que alguien te haga como ese chispazo, no se puede saber lo que es no, sé que de repente me fijo en alguien, me fijo en las personas y esa persona… empiezas a empatizar y de repente, sí, ¿no? También creo que hay algo como de decisión personal ahí, de a partir de este momento esta persona me gusta y me gusta si hace así si hace asá, si…

En mi vida ha habido un aprendizaje respecto a la sexualidad. Cuando estaba en la universidad y era la primera vez que salía de casa, fue cuando empecé a tener las primeras experiencias sexuales con mujeres, todo aquello para mí fue una apertura muy bestia, y pensaba, «¡qué miedo estar con una mujer en la cama!». Y ya luego me he ido abriendo más y ha llegado un momento que el tema de los dildos y los juguetes sexuales… llega un momento que hay personas que hablan de ellos como si fueran parte de su cuerpo, los integran, y ha sido un aprendizaje que ha tenido mucha más importancia la práctica que la teoría. La teoría también. La primera vez que fui a una conferencia de Beatriz Preciado, cómo ella vive y expresa las cosas… es súper didáctica. Yo la primera vez que la escuché, que la tuvieron que echar, porque ya cerraban la sala y ella seguía hablando, súper apasionada, yo flipé, pero más que nada ha sido una experiencia propia y colectiva.

Hay una cosa que me ha pasado varias veces, que tiene que ver con mis parejas, sobre todo con mis parejas hombres biológicos. Ha sido que, de pronto, «¡ah una chica polisexual!», y de pronto, empezamos una época de hacer tríos con mis amigas y al final me he terminado cansando, y lo he terminado pasando mal, porque veía que ellos en ningún momento han estado a la altura… rivalizaban conmigo por la mujer, ¡una cosa flipante! Cuando me di cuenta de que pasaba eso, que competían conmigo por ella, había un momento en el que les salía la vena macho y dentro de un trío eran incapaces de aceptar que yo fuese muy fuerte, y se comparaban conmigo, por ejemplo… les costaba aceptar que entre las mujeres de verdad exista una atracción sexual, y pensaba, «¡cúrratelo más que si no, conmigo no vuelves hacer un trío!». Esto me ha pasado con chicos y a mis amigas también les ha pasado, y lo

comentábamos y decíamos, «¡cómo te utilizan en un momento dado para follarse a una amiga tuya, qué triste por favor, que vergüenza!». No me gustaría categorizarlos, pero los conflictos los he tenido más con tíos heterosexuales. Luego, he tenido amigos mariquitas, que es una cosa muy graciosa, estás con ellos y si te enrollas un día con ellos y en vez de, «¡qué horror, me he enrollado con una tía!», se sienten como liberados, con una tía que no les va a cuestionar que sean gays, en una noche pueden sacar su lado hetero, y guay. El conflicto que he tenido más es con hombres heteros de nuestro entorno.

El amor ilumina la vida, aunque dé miedo.

Cuando me enamoro tengo energía positiva, felicidad, ganas de hacer cosas, te parece que al mundo como si le hubieran metido más luz y luego tengo otra que es de miedo… el miedo… pensando en ello lo he identificado… veo dos vertientes, el miedo a que esa historia no salga bien, no funcione, meter la pata, y el miedo de haber elegido mal a esa persona. Y a veces se me desatan… no paranoias, porque nunca he llegado al nivel de paranoia, pero de repente me doy cuenta de que… lo que te explicaba, como que estoy auscultando a esa persona de reojo, diciendo «ahora voy a ver si es un monstruo, de que me han vuelto a engañar». Ese miedo también está ahí y es difícil que me lo quiten, pero he aprendido a auto-observarme, sin llegar a no dejar de vivir pero creo que lo tengo que hacer.

Con esta última persona… como nos hemos explicado bastante nuestra vida… de hecho esta persona tiene también una historia de maltrato muy fuerte en su vida y tiene historias que podrían ser parecidas a las mías… hay un punto en el que nos entendemos, hay un… como que puede estallar todo de una manera mucho más fácil pero a la vez hay un punto en el que nos entendemos. Muchas veces en las relaciones de pareja te pasa que tiendes a creer que todo viene de ti y la otra persona también está con sus miedos y… y luego los miedos también están ahí.

¿Qué diferencia entonces una relación de otra?

Esto lo he pensado mucho, lo que cambia en un momento dado entre una relación y otra es el nivel de intensidad, pero también con el sexo, porque al fin y al cabo es uno de los distintivos en una relación de pareja. Aunque yo también pueda follar con alguna de

mis amigas y tenga momentos súper románticos con ellas y tal, pero no continúo, y esa continuidad hace que haya momentos en los que tu manera de explicarte o de conectar con esa persona… esos momentos en los que de repente estás abrazada y estás hablando de no sé qué y hay como… ese nivel de intensidad es lo que no comparto, pero otras cosas sí y… De hecho hay amigas mías que con las que he hablado mucho más, porque las conozco desde hace más años para empezar.

La intimidad es una situación en la que estás muy abierta, puedes fluir mucho con otra persona o con otras personas y precisamente por estar tan abierta para que puedas fluir de esta manera, que si hay una situación muy brusca estás muy vulnerable, tiendes a cerrarte un poquito. Por ejemplo a nivel de sexo muchas veces, de estar en orgías por ejemplo, muchas veces estando de fiesta y más con mis amigas, que en ese sentido somos dentro del mundo lésbico como muy antagónicas, y nos ponemos a follar en público, yo no tengo ningún problema en ese momento, para eso soy muy descarada… Sin embargo, hay otros momentos en una relación sexual, que es lo que me está pasando ahora, que creo que nos estamos dejando tanto los dos… es una sexualidad que nos estamos abriendo tanto y permitiendo tanto que no me apetecería follar con esa persona delante de otras en ningún lado, y a veces pienso qué diferencia hay, la diferencia es eso, que mi vulnerabilidad ante otras personas en otra situación yo no me estoy exponiendo tanto, pero en esta sí, entonces no me apetece.

Y sabe lo que sabe hacer bien y lo que no.

Creo que en lo que soy buena soy buena… alguna vez lo he pensado. El nivel de auto-implicación y de auto-reflexión y de reflexión sobre la relación puede hacer que otra persona aprenda conmigo y que aprendamos muchos juntos, a crear una relación de calidad. También respecto al tema de la poligamia… es que he tenido parejas que igual no tenían ese nivel, se quedan en un principio como… ven una posibilidad de vivir unas experiencias a nivel sexual que nunca han vivido y que les permite desarrollarse mucho y pasarlo muy bien y se enganchan… es como ¡qué guay!, pero hay otra parte que hace que de hecho haya personas que se hayan vuelto… no locas pero en plan «esto es demasiado para mí». Es mucho más fácil estar con una persona que en algunos niveles

esté parecido a ti. El nivel de auto reflexión es imprescindible.

¿Qué es una relación ideal?

Lo que yo tengo como ideal, de existir, sería una relación de dos personas que se conocen, que comparten muchas cosas que con otros no las comparten, que pueden tener un complicidad que les permite hacer cosas distintas, vivir experiencias distintas, pero que esa complicidad y confianza sea tan sólida… Tengo un pareja ideal que conozco, sí que existe, y creo en el amor gracias a ella, y no es igual el tipo de relación que yo tendría a nivel de vida cotidiana pero sí la relación en sí. Es una pareja heterosexual, un amigo y una amiga que llevan 20 años juntas y soy muy amiga de ella y de él también, pero con ella tengo un vínculo más cercano. He vivido con ellos 2 meses y ellos también estaban muy cómodos conmigo. Y me gusta ver cómo se escuchan, cómo se conocen, cómo también discuten o tienen su momento de mini bronca, cómo él llega a casa y yo estoy con ella en casa y cómo se saludan, el nivel de pasión y de enamoramiento incluso, ¡joder si hay una relación hay enamoramiento! Y llevan 20 años juntos, se cuentan lo que han hecho interesándose el uno por la vida del otro, pero porque les interesa de verdad, es como un vínculo muy real. Me parecen dos personas maravillosas separadas y juntas, han potenciado todo lo bueno el uno del otro. Él es un tío muy increíble, un tío que tiene cuarenta o cincuenta años, una mentalidad… Ella ha tenido una enfermedad chunga, una depresión, y la manera de estar de él, de apoyarla, de cuidarla, pero cuidar dándole fuerza, me parece alucinante. Pero, por otra parte, no me vería yo ahí, porque están muy centrados el uno con el otro, van creciendo juntos, viven juntos desde hace unos cuantos años, tienen ese punto excluyente, más tradicional, porque yo tengo amigas que me las imagino más viviendo con 10 que con una persona sola pero bueno la relación no es la fórmula sino…

Compromiso es una palabra que me recuerda mucho *El diario de Bridget Jones*[579] o ese tipo de discursos de hombres que tienen tanto compromiso y todo ese rollo, es una palabra que en principio le tengo su reticencia pero tiene un sentido también. Yo me siento comprometida, el compromiso se revisa continuamente. A nivel de relaciones afectivas y tal no tengo esa sensación de compromiso, porque creo como que ya existe, yo no tengo el compromiso de

llamar a una amiga para saber que tal está, es que me apetece hacerlo. Compromiso me suena más a que de alguna manera te obliga… con personas más lejanas o con otro tipo de vínculos hay que hacer esto porque… Una cosa que nos ha pasado en mi entorno hace poco, ha habido varias detenciones y historias bastante chungas con la policía, porque se están poniendo las cosas bastante chungas, hay un control policial muy bestia. Y pasó una movida muy chunga hace un año y a un amigo lo detuvieron hace un año, un montaje policial increíble, y encima se expone a pena de cárcel, y la capacidad de organizarse y arropar a esta persona. Estuvimos mucha gente y eso para mí es un subidón, que cuando pienso qué mal me va la vida a unos niveles, económico, laboral… pero ¡qué bien esto! Ahí hay compromiso.

Y la sexualidad es un componente más en un cambio colectivo, aun con un cierto escepticismo.

Yo los cambios los veo no a nivel grupal sino a nivel personal, y no tengo muchas esperanzas de cambiar demasiado el mundo. Por supuesto que hay que luchar, pero no tengo demasiadas esperanzas de cambiar demasiado, y con que me dejen vivir en paz lo que quiero vivir… Pero es muy importante que existan referentes y momentos distintos dentro de la normalidad de la sociedad. La pareja monógama, por ejemplo, porque la pareja nunca ha sido monógama porque el hombre siempre se ha ido de putas, pero claro la fantasía de la pareja monógama, algo tan necesario para que siga funcionando todo como funciona, incluso el capitalismo, que creo que realmente es muy difícil cambiar eso.

Tampoco creo en eso de islas o guetos, ni lo quiero tener en absoluto y tengo amigas o amigos que su vida no es nada parecida a la mía, con los que hablo, y tienen curiosidad, se ríen, hay cosas que les producen curiosidad, cosas que les molan, cosas que no les molan… como a mí de sus vidas… y eso creo que ya es un factor de cambio. Pero lo demás, hacemos cosas para visualizar sexualidades distintas; el festival de video que hicimos, supongo que llega a gente…

El amor, lo que yo experimento y lo que experimento alrededor mío también nos lo estamos replanteando mucho últimamente. De alguna forma, lo que es el amor en sí, lo seguimos considerando como más privado en cualquier ámbito y en el mío también, aunque

siempre se habla del tema, cuando hay rupturas o lo que sea se convierte en un tema colectivo, y hablas mucho con la gente sobre esto sobre lo otro.

A nivel amoroso, a nivel de lo que es el amor, de la pareja, creo que estoy más… me parece más fácil de manejar mi sexualidad, que en mis relaciones de pareja hay elementos que son un absoluto desastre. Aunque creo que soy demasiado dura conmigo misma. Y a nivel colectivo se da por hecho más que los feministas ya nos relacionamos de otra manera. Pero, respecto al tema de la pareja, cómo se piensa y se deja de pensar, creo que falta mucho… se van haciendo cosas, hay una chica que trabaja en un grupo que se llama *Creación positiva*, y hace talleres sobre el tema del amor, y ella también me decía qué importante es sacar esto, el tema del romanticismo y cómo somos capaces de manejar o de no manejar.

Yo creo que deberían darse en la escuela instrumentos, contenidos, relacionados con la pareja y el amor, de hecho ese vacío, que no se hable de esos temas, que no se piensen, contribuyen mucho a que todo quede en el plano de las películas y del romanticismo. Yo recuerdo en el cole, las experiencias que tenía, el primer noviete a los 11 años, pero para entonces mi nivel de romanticismo era… vamos, ahí ya había puesto en funcionamiento de manera brutal todo esto. Poder hablar de estas experiencias ahí, de qué es lo que quieres, de que no quieres, cómo funciona, no sé, yo recuerdo mi primera experiencia con este noviete a los 11 años… estaba enamoradísima y era una historia que me volvía loca, loca por dentro, loca, y este chico que tenía 11 años me dijo que le diera un beso en la boca, y yo no me atreví y me dejó, y terminó la relación. Porque no quise besarle. Y luego un día, hablando con una amiga, «¡joder esto marca!», hay un punto en el que dices, «¡me voy a convertir en la mujer que mejor folla, que siempre está dispuesta, porque no quiero que me dejen!». Y lo estaba hablando con una amiga, que es como muy heterosexual, y me decía, «¿pero estás oyendo lo que me estás diciendo?». ¡Poder hablarlo!

Eso me ha pasado más con chicos y además… mi última pareja era chico, y me pasó con él. Y yo veo que la relación empieza a patinar por otros lados, igual ahí el deseo se te baja… pero me da igual, es que me da igual la razón. Si alguien no quiere tener

relaciones sexuales conmigo, me parece, incluso por propia… es que yo no tengo satisfacción, o sea es que se me bloquea el deseo, por eso mismo. No creo que el deseo sexual sea algo como un instinto que tengas que satisfacer, no es como el hambre para mí, «tengo que follar»… algunos hombres… no me lo va a decir ningún tío que le parto la cara, y me ha pasado también con alguna chica, cabrearse conmigo porque yo no tenía ganas de follar, «¡qué es esto!». Y eso está mucho en el discurso de la pareja y es algo que hay que desmontar porque te haces un daño a ti misma horrible. Y es que yo no voy hacer ni esto de esfuerzo, este rollo que te contaban las madres, «a veces no tienes ganas, pero…», ¡qué horror! ¡solo de pensarlo!

En septiembre de 2008, en un curso de verano en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Santander[580]*, en el debate que sigue a mi intervención donde he hablado entre otras cosas de este caso, un hombre de cierta edad que ha pedido la palabra comenta en alto, pidiendo mi opinión, que una historia como la de Begoña tiene que dejar algún tipo de secuelas. Le respondo que no es función de una antropólogo hacer valoraciones psicológicas de la gente que entrevista pero que, en todo caso, no me había dado la impresión de que Begoña tuviera más problemas psicológicos que los que podía tener la mayoría de la gente que estábamos en aquel aula. Y que, además, muchas de sus apreciaciones me habían resultado muy útiles para mi investigación, además de parecerme, política y moralmente, pertinentes.*

Trabajar el amor, deconstruir los mitos (Elisa)

> *Darle detalles acerca de nuestra vida sería cosa difícil. Se componía de una serie de niñerías, encantadoras para nosotros, pero insignificantes para aquellos a quienes yo se las contara. Ya sabe usted lo que es amar a una mujer, ya sabe cómo se acortan los días y con qué amorosa pereza se*

deja uno llevar al día siguiente. No ignora usted ese olvido de todas las cosas, que nace de un amor violento, confiado y compartido[581].

Elisa tiene 45 años, es enseñante y le gusta su trabajo. En casa de sus padres convivían también dos tías maternas y un hermano. Ahora vive sola aunque tiene pareja estable desde hace bastantes años, una mujer con la que se ve los fines de semana.

Lleva una gran parte de su vida participando en asociaciones y grupos diversos: comenzó en su juventud en un grupo cristiano de base, y después, en distintas organizaciones feministas y lesbianas.

Habla de sí misma como de identidad lesbiana. A lo largo de su vida ha tenido muchas relaciones afectivo-sexuales y transmite haber sido muy dependiente del deseo de la otra, pero dice distinguir perfectamente entre el deseo y el enamoramiento y haber experimentado ambas cosas, por separado y juntas. Se define como una mujer convencional en lo que se refiere a sus relaciones, pero insiste en que la sexualidad y el deseo, de la misma forma que las relaciones, también hay que trabajarlas, programarlas.

Comienza su relato presentando a su familia.

En mi casa el más cariñoso ha sido mi padre, pero mi padre no estaba mucho, era marino. Luego, mi madre y mi otra tía, que yo creo que son las mujeres con las que más tiempo he estado, eran mujeres poco… bueno, mi madre un poco más, pero mi otra tía una mujer muy poco… se prodigaba poco en afectos. Se lo notabas porque estaban siempre muy encima, «tienes que hacer esto, tienes que hacer lo otro, tienes que ir a la universidad». Yo lo que veía es que tenía muchas expectativas en lo que yo podía hacer. Me solía decir «porque tú eres más lista que tu hermano». ¡Hombre! y luego también… de besos y así eran menos, pero yo notaba que me querían porque me sentía como muy valorada, yo siempre me he sentido muy valorada.

Ahora está enamorada y aprovecha esto para hacer balance general de sus relaciones amorosas y sexuales.

Yo ahora estoy enamorada. Me he enamorado muchas veces. Yo me he enrollado muchas veces, y me he enrollado con muchas mujeres que no he estado… bueno, algunas ni siquiera me gustaban. Me venían a mano y te enrollabas y punto. Pero yo enamorarme, sí. A mí también me ha pasado que igual he estado detrás de una mujer tiempo, tiempo, tiempo. He conseguido tener un rollo sexual con esa mujer y se me ha ido. Pero yo enamoradiza he sido mucho mucho.

Yo he encontrado mujeres con las que me he enrollado porque me han elegido, y me he dejado llevar. En algunos casos no les ves nada o no les ves ni el punto ni la gracia, ni tienes el día… pues no… Me han elegido y punto, me he ido con ellas. Había una mujer de la que yo no me he sentido jamás para nada… ni de tener detalles, ni de contemplarle, ni de no sé qué, y sin embargo, sexualmente a mí me volvía loca. Tenía un deseo por aquella increíble. Más grande que el que he tenido por algunas de mis novias. Con otras dos mujeres… una absolutamente pasiva y la otra absolutamente egoísta, se corría y ya estaba, y a mí que me diesen tila. Y sin embargo, cada vez que me llamaba o cada vez que sonaba el teléfono a la una de la mañana diciendo «voy», decía, «¡jo! que venga». Porque simplemente el hecho de estar con ella y tocarla ya me valía. Y me daba rabia, «¡esta tía qué jeta tiene!». Por eso, si hubiera estado enamorada, hubiese querido aclarar la relación, hubiese dicho, «a ti ¿qué coño te pasa?», pero no. A mí, simplemente, con estar con ella al principio me valía. Y con la otra, era una tía bastante pasiva. Pasiva o bloqueada o lo que quieras. Y luego otra, otra chavala que yo le tenía echado el ojo en Madrid, y vino aquí y al final yo no sé cómo acabamos juntas. Y esta chavala a mí me ponía mucho, pero yo tenía claro también lo que no me gustaba. Yo sí distingo. Yo he distinguido perfectamente el deseo y el enamoramiento.

Se conoce a sí misma y conoce el lenguaje erótico de su entorno.

Cuando gustas, a veces es muy claro. Hay de todo. Hay desde tías que te miran y te están mirando… ahora porque no salimos, pero antes era sábado tras sábado, viernes tras viernes, domingo tras domingo, mirando, mirando, mirando. Entonces, llega un momento en el que a través de no sé quien se acerca, y dices «algo quiere». Y otras, porque han sido muy directas. Te van directamente

al morro hasta que te agarran y te dicen «quiero estar contigo».

Seducir. Yo normalmente impongo mi presencia, estoy, estoy, estoy. Entonces, si hay que ir para allí, voy para allí, y si hay que subir hasta ahí, subo hasta ahí. Hago lo que hay que hacer por estar. Y luego, intento estar cerca, intento que se divierta sobre todo conmigo, hablando, contando cosas. Y luego, generalmente, cuando a mí alguien me gusta suelo ser bastante ingeniosa, yo que no soy ingeniosa. Cuando alguien me gusta parece que el ingenio me viene más, me vuelvo como un poco más divertida. Intento ser divertida, porque para mí una relación que me haga reír es importante.

A mí me han dicho muchas veces «es que contigo se está bien, contigo se está tranquila». Y yo creo que soy una mujer bastante nerviosa. Pero lo peor que he hecho siempre ha sido echar los tejos directamente, para eso soy horrible. De eso tengo que aprender mucho, y luego, de muchas chicas que en muchos momentos se les ha criticado muchísimo por cómo han hecho las cosas. Y yo para eso soy «muy muy mujer». Me cuesta mucho echar los tejos, tiene que ser un momento en el que yo vea que hay algo, que puedo tener posibilidades. Yo, cuando he visto que las posibilidades han sido 0, nada. Y luego yo creo que en la relación sexual soy poco innovadora. Sé lo que me gusta, y como sé lo que me gusta, con eso me vale, no me gusta mucho innovar. En eso igual, no solo con Cristina sino con algunas parejas, eso ha podido defraudar. Yo soy bastante convencional.

Y entra con facilidad en el tema de las fantasías.

Antes tenía muchas fantasías amorosas, las he utilizado muchísimo, cuando me gustaba una mujer pero no conseguía ligar con ella. De adolescente, con personas desconocidas, con 15, 16, 17 años, pero eran fantasías heterosexuales. La fantasía era siempre la misma, un hombre y una mujer, eran heterosexuales, y yo tenía muy clara mi identidad, pero las fantasías eran heterosexuales. Cómo se conocían y cómo estaban y cómo iban, pues eso, llegando a enrollarse y no sé qué. Había sexo explícito. Eran variopintas, muy variadas, generalmente siempre como lugares cerrados. Luego cuando en la Asamblea[582] empezamos a ver porno, para aquello del análisis crítico, decía yo «¡coño!», se parecían mucho a las fantasías que tenía yo de adolescente. Y yo no había visto porno jamás. Mis fantasías eran bastante sexuales pero con preliminares.

Fantasías heterosexuales, ¡fíjate qué cosas! Y después ya las fantasías han sido siempre con la mujer que me gustaba y siempre acababa con un rollo sexual. O si me gustaba no sé quien, si habíamos ido al monte, podía ser en el monte, o en la playa, y eso que yo no soy muy de playa, ahora con Cristina porque a ella le gusta, pero en principio no soy nada playera. Y era siempre en *El convento*[583], en los sitios que yo frecuentaba, tampoco eran rarísimas. En mis fantasías heterosexuales yo no estaba ahí, yo era espectadora, era como ver una porno, algo así. Y luego, cuando era una fantasía lésbica, yo era la protagonista. Además yo creo que adecuaba bastante mis fantasías al momento, que la fantasía pudiera ser posible, es decir, me gustaría que esto ocurriera. Yo no he tenido nunca fantasías, como dice la gente, de que me violaban, que me pegaban, que me ataban… yo soy una mujer muy *[golpes en la mesa*]. Intentaba que fuera no solo una fantasía, sino que esa fantasía pudiera ser realidad. Bueno, quizá alguna vez he fantaseado con Barbra Streisand y con Estefanía de Mónaco, pero no hacía nada, ni con una ni con otra. Era simplemente verlas, no había interacción.

Y habla del comienzo de su relación.

Con Cristina ligué metiendo muchas horas. Ella había venido de vacaciones, habíamos estado juntas, en cuadrilla, y veníamos las dos flaquísimas, yo con 48 kilos, y ella venía con menos que yo, con la altura que tiene. La vi en la txosna y dije «¡qué tía! ¡qué flaca! ¡qué horror!» Me llamó la atención por lo flaca que era. Y a partir de ahí ella empezó a venir aquí, donde podía tener un poco más de colchón, de cancha y así. Y bueno, yo empecé a quedar con ella, me parecía original, una tía original. Un día dijo que por qué no íbamos a fiestas de su pueblo, y fuimos todas. Estuvimos allí, y a mí me parecía tan alta, parecía que acaparaba, ocupaba un espacio y como que empezó a llamarme la atención. Y luego en diciembre vino a pasar toda la semana de navidad aquí. Y ahí empecé a estar. Y ahí sí me gustaba, sí me gustaba, porque esta se va dentro de una semana y estar, estar… Y todas las navidades para arriba, para abajo, a un bar a otro. Ella estaba a gusto y tal pero nada más. Y íbamos todas la noches a *El enigma*[584], que no había nadie y allí estábamos, y dale que te pego, dale que te pego. Ella siempre dice que estábamos allí y que en un momento determinado le puse la mano en la

pierna, y que ella entendió que era una aproximación. Yo le puse la mano en la pierna por poner la mano en algún lado. Pero ella lo entendió como una aproximación y dijo «bueno, vamos a ver qué pasa». Ella se dejó llevar un poco, se sintió elegida y dice «ya me gustabas», pero yo creo que por ella no hubiese hecho nada. Además los previos son muy graciosos, porque le dije a su amiga Beatriz «bueno, que luego te la llevo a casa», porque en aquella época íbamos en coche por toda la ciudad, aparcábamos en la puerta de todos los sitios. Y me dijo «por mí, como si te la follas». Ella se vino conmigo a casa y al día siguiente volvimos y estaba Beatriz toda sonriente, y le dije «yo he hecho lo que tú me dijiste».

Es una relación, entiéndeme, plana, sin grandes alteraciones. Yo creo que ahora estamos más… ella dice que ella está cada vez más a gusto, más enamorada, porque yo creo que para ella ha sido una relación en la que yo creo que se ha ido enamorando con el tiempo. Al principio de la relación no era tan igual en ese sentido. A mí me gustaba más ella de lo que yo le gustaba a ella, creo yo. Ella ha ido poco a poco enamorándose y estando cada vez más a gusto, y yo también. Una relación bastante plana, yo no creo que haya habido las fases esas que dice la gente. Por ejemplo, en 10 años, siendo lesbianas, y yo estando con la menopausia, que es verdad que el deseo baja, el de ella, por ejemplo, no ha mermado, yo sí he notado un bajón del deseo, pero no un bajón como dice mucha gente[585]… pues la frecuencia sigue siendo la misma. Nos vemos los fines de semana, pues los fines de semana siempre. En nuestro caso está marcada por eso, y luego yo también le doy mucha importancia al estar el fin de semana que no nos enrollamos, «oye, que han pasado 15 días, ¿qué pasa?». Ella, por ejemplo, tiene muchos problemas con la regla, tiene mucha regla y muchas anemias. Y cuando le coincide que está con la regla, está baja y no le apetece. Yo ya lo entiendo, pero la frecuencia no ha disminuido.

Se siente enamorada después de los años en una relación que se asienta con el tiempo.

Claro, con Cristina ya no me palpita el corazón pero pienso mucho en ella. Noto que estoy enamorada en que estoy pensando en «mañana viene», en que cuando llega a mí me apetece mucho verla y estoy contenta los sábados a la mañana. Los viernes estoy «¡qué bien, ya es viernes!», y no es especialmente porque es viernes,

porque otros años también ha habido viernes y no. La alegría de verla, vamos a hacer cosas juntas, proyectos.

Y es interesante su manera de valorar el curso de la relación y lo que comparten.

Estoy mejor que hace unos años. Yo creo que en los últimos 6 o 7 años la relación es muy parecida, creo que está muy marcada por los fines de semana. También es verdad que llevamos igual 2 años que discutimos más. Al principio estábamos muy agobiadas, bueno, preocupadas porque no discutíamos, y decíamos que no podía ser que no discutiéramos. Porque aquí todo el mundo discute y nosotras no discutimos por nada. Y esto no puede ser, algo pasa, o no nos queremos mucho, o pasamos de todo o somos las dos unas complacenteras de estas. Luego, cuando empezamos a discutir, nos relajamos por un lado y nos agobiamos por otro, porque «ahora ¿por qué discutimos tanto?». Y el viernes, cuando llegamos a casa es verdad, nos apetece mucho vernos, pero saltamos a veces por cualquier bobada. La última discusión ha sido a cuenta de la comida, ¡fíjate tú! Cuando viene a Bilbao le pongo yo la comida. Entonces, el fin de semana anterior había estado y había comprado jamón rico, que le gusta, y chorizo rico. Y me dijo «no me vuelvas a comprar porque fíjate qué barriga estoy echando, voy a comer como tú». Vale. El siguiente fin de semana no compro nada, y entonces dice «¿y ahora qué pico? Me muero de hambre, no hay nada». Y ahí empezamos a discutir. Ella a veces es muy ansiosa. Pero discutimos por chorradas.

Llevamos 10 años y yo creo que en 10 años hemos hablado todas las noches por teléfono. Hablamos a las
10:30
de la noche,
11:00
, pues 10 minutos, 12. Hacemos planes, pues a esta amiga le ha pasado esto, le he visto a no sé quien…

Lo que más me gusta de la relación es la afinidad que tenemos en casi todo. Tanto ideológica, como a nivel de gustos; a mí me gusta la afinidad. Y luego, que ella a mí me parece que es muy original, muy imaginativa, es muy artista. A mí eso me gusta mucho. Me sorprende mucho cómo es capaz de idear cosas y entonces yo delego mucho en ella.

Lo que menos me gusta, la distancia. Yo creo que la distancia es un horror, pero lo tiene complicado para venir aquí.

Compartimos proyectos comunes, por ejemplo, viajes en un momento determinado. Viajes que nos ilusionaban mucho. Compartimos gustos, que nos pegamos la una a la otra. El gusto por el monte, por pasear… eso se lo pegué yo a ella. El gusto por el arte… yo algo ya tenía, pero ella me lo pegó a mí. El gusto por nuestras casas, por ponerlas bonitas. El estar enzarzadas en cosas comunes, el mantener las mismas amigas, el dedicar tiempo el fin de semana a estar con la gente. Hablamos muchísimo del trabajo, claro, porque en realidad cuando ella me está contando yo le entiendo porque estamos en el mismo trabajo.

Y habla de las diferencias entre novias y amigas, del compartir y no compartir, y de los espacios secretos.

Está claro que con ella no comparto cosas muy personales mías que igual las comparto con una amiga, que si mis maldades, que si mis miserias más profundas. Hay veces que sí las comparto con ella, pero procuro… no me gusta compartir con mi pareja mis miserias, que también, yo le puedo decir que me siento así, o me siento asao, pero igual son cosas más… Es decir, desnudarse completamente y desnudarse en lo más espantoso de ti, yo con mi pareja, yo con Cristina, eso no lo comparto. Depende de qué facetas, porque a mí desnudarme tanto, tanto delante de mi pareja me parece… me da miedo, me da pudor, me da miedo que descubra cosas de mí que no… yo no creo que con ninguna de mis parejas me haya desnudado así, como puedes hablar con una amiga. Igual con Cristina algunas cosas sí, pero así, contar las miserias más profundas, ni con ninguna pareja.

Yo creo que hay espacios muy privados, muy íntimos, que son tuyos, que no se los cuentas a nadie, porque te parecen muy duros, espantosos o más tal, lo más malo que tenemos, la mierda más mierda que podemos llegar a ser. Muchas cosas me guardo, algunas las comparto con algunas amigas, y algunas otras cosas que puedo compartir con Cristina. Sí, es raro, porque con ella por ejemplo, cómo yo me he sentido en el proceso de cuidar a mis tías y a mi padre, cuando tú te sientes a veces tan… como de decir «por favor, lo mejor que me puede pasar es que se me mueran». De decir «mira lo que se me está pasando por la cabeza, que estoy deseando y

pensando que se mueran porque no me da la vida para más, porque si se murieran para mí sería un alivio». Eso, por ejemplo, con Cristina sí he compartido, ese tipo de decir, «¡hostia tía!, estoy deseando que…», pero bueno, como ves que hay gente que también te lo dice, «estoy deseando que mi padre se muera, porque es que no puedo más, o porque creo que él va a deseansar y yo voy a descansar». Pero luego hay otras miserias, otras cosas que llevas ocultas, que eso comparto con mis amigas.

Ella es menos torcida que yo. Ella dice siempre que ella es una mujer con pocos dobleces o con pocas vueltas. En cierta medida es verdad, yo creo que tiene pocas vueltas, yo tengo más vueltas. Más de zorra, creo yo. A ella le notas por dónde va. ¡Hombre!, supongo que hay cosas que conmigo comparte menos. Por ejemplo, los sentimientos hacia sus hermanos, su relación familiar y tal, muchas de esas cosas conmigo no comparte. Como no comparto yo cómo me puedo sentir con mi hermano en ciertas cosas, tampoco, porque yo creo que ahí, nos ocultamos bastante la una a la otra, pero ya sabemos lo que la otra piensa. Es que ya sé lo que me vas a decir si te digo que mi hermano tal, o ella sabe lo que le voy a decir yo si me dice que sus hermanos cual. Optas por callarte y no echar más leña al fuego. Ya sabes lo que te va a decir.

Estar enamorada es también deseo de estar, sobre todo lo de estar con ella. Yo muchas veces le digo «no me apetece estar con nadie más que estar contigo». Yo eso lo tengo muy claro, porque me puede apetecer mucho estar con mis amigas, pero llega un momento que estoy con mis amigas, ya han pasado cuatro o cinco horas y ya vale. Con Cristina no, porque con Cristina si hay silencio, hay silencio y no pasa nada, estamos tranquilas en silencio. Podemos ir de aquí a su pueblo y no abrir la boca y no pasa nada. Quiero decir, el deseo de estar porque estoy muy a gusto, como yo creo que no he estado con nadie. Con Nekane también estaba así, muy a gusto. Lo que pasa es que con Nekane la relación se acabó muy pronto. Y con Beatriz también. Hay momentos en los que yo he estado muy a gusto, pero como con Cristina, no. Y luego, que me lo paso muy bien con ella. Aunque parece que es sosa tiene mucho humor, a mí me hace gracia. A otros no les hace gracia, pero a mí me hace gracia. En una cena con mucha gente no suele hablar mucho, no es muy expresiva. A mí, por ejemplo, cuando estamos las

dos, a mí cómo cuenta las cosas y cómo las dice me hace mucha gracia.

A veces estás con tu pareja y estás diciéndote cosas tontas, ridículas, sabiendo que eso queda ahí, no sé cómo explicarlo, pero me parece muy íntimo, que eso solo lo vas a compartir con ella. O sea, porque puedes compartir con la gente otras muchas cosas, proyectos, tal… Pero para mí intimidad sería lo que no compartes con nadie más, momentos en los que estás, en los que estoy con ella… Con mi familia hay veces, por ejemplo con mi hermano, que tengo muchas cosas no contadas y de respeto mutuo, que sabemos que nos respetamos… pero eso es más complicidad, él sabe dónde estoy yo y yo sé dónde está él. Sabes lo que hay y además hay respeto mutuo.

Yo, cuando estoy con Cristina, me veo bastante parecida a como soy, bastante. Quitando mis secretillos que todo el mundo tiene, bastante parecida. Por ejemplo, a mi manera, a mí me gusta tener un aspecto más o menos cuidado. Sin embargo, con Cristina no me importa.

La importancia de no prescindir de su vida, de su entorno.

El desamor yo lo vivo con un desgarro terrible, se te rompe algo por dentro. La sensación física… no comer mucho, y luego una sensación de que tienes algo por aquí que… a mí me puede durar meses. Yo siempre he tenido la… no es una facultad, es una suerte, la suerte de volver en sí bastante rápido, de pasarlo muy mal, muy mal, muy mal, de sufrir mucho mucho mucho, pero de ser bastante realista y de decir «bueno, tía, que no puedes estar así», y de darle la vuelta. No por un proceso reflexivo, sino… Yo me acuerdo de cuando lo dejé con Beatriz. Pero con Beatriz no fue tanto por la ruptura amorosa, sino era más la sensación de vacío, de sentirme sola porque la relación con ella había sido muy tormentosa, había sido muy absorbente por su parte, cosa que yo no he vuelto jamás a permitir que nadie me absorba de esa manera. Estaría dispuesta a romper con Cristina si me exigiese separarme de mi entorno. A partir de aquella relación tuve muy claro que yo jamás voy a separarme del entorno. Porque además eso es patológico. Y además sumas el miedo a sentirte sola, a sentir que tienes que volver a empezar.

Yo personalmente, cuando he estado sin pareja me veo mucho

más activa, más emprendedora, más con la necesidad de buscarte la vida, más teniendo que sacarte las castañas, desde amigas, hasta absolutamente todo. Entonces, como yo siempre he estado en grupos feministas y lesbianos, siempre he tenido mucha actividad, he tenido la posibilidad de conocer a mucha gente. Y al principio, estas actividades cubrían mi tiempo también, entonces, bueno, igual es una vida un poco rara, como ha podido tener cualquier feminista, no tener mucho tiempo haciendo algo que te apetecía y que a la vez te abría campos, te ayudaba a conocer gente y estar mucho tiempo ocupada Pero sí que era mucho más… buscarte la vida y salir a la calle tú sólita, llamar a las amigas, y ahora me interesa ir para allá porque fulana está no sé donde, a ver cómo hago yo para llegar allí.

Ahora no tengo mucho tiempo, aunque este año es el año que igual estoy un poco más libre, porque estoy solo una tarde en la asociación. Pero antes, que estaba dos tardes, más el curro, más dos tardes en la residencia con mi padre… No porque no sea capaz de hacer cosas sola. Al cine, por ejemplo, me voy sola los lunes o los martes, me gusta mucho.

Y reflexiona también sobre el amor el control, los celos, la confianza.

El control de la relación, depende de con quién y depende de los pactos que tengas. En mi experiencia ha habido un poco de todo. Yo creo que con la primera mujer, yo era quizás la que más controlaba porque era también más nueva en la relación con mujeres, «¿dónde estás? ¿qué haces?», más por celos o por falta de confianza en qué estaría haciendo. Y en la otra, en la segunda relación, con la segunda novia, más por su parte. Una relación posesiva, muy posesiva y muy de apartarme absolutamente de todo. Ahora, ¿control? sí, bueno, hay control pero si yo le llamo a Cristina y no está, no se me pasa por la imaginación que está follando con otra. Tengo confianza en que lo va a decir, que si algún día eso pasa, espero que me lo diga. Pero hablar por las noches no creo que sea una situación de control. Yo no me siento controlada por Cristina, no. Me sentía muy controlada en la segunda relación, pero yo creo que era algo enfermizo y algo por lo que yo pasé y por lo que no tenía que haber pasado. Yo durante año y pico fui maltratada. No físicamente, pero era algo por lo que yo no tenía jamás que haber pasado, jamás. Y ahora con el tiempo me doy cuenta. A mí me

parecía una mujer que me quería muchísimo. Estaba enamorada y me quería mucho, pero me quería de una forma enfermiza. Y no cortaba sobre todo por miedo, por miedo y por pena, por miedo al escándalo, al pollo que me iba a montar, a las 17 500 llamadas de teléfono que eso iba a suponer. Y eso a mí me daba mucha pena. Al final fue algo más fácil porque tuvo otra relación. Fue terrible, fue una relación muy escabrosa.

Teoriza también sobre la sexualidad y el deseo en una pareja estable.

Mi relación de ahora es igualitaria, sí, eso es importante para mí. En una relación debe haber deseo, a mí me parece que el sexo es importante, porque el sexo da otra dimensión. Tú estás en manos de otra persona. Me parece que una relación sexual da mucha intimidad, que es lo que decíamos antes. Independientemente de que seas una persona que no confías en nada, ahí hay un momento que… ¡hombre!, igual con una persona de la que estás enamorada la intimidad va por otro lado, mucho más preludio, porque hay mucha más caricia, porque hay mucha tal, o cual. Por lo menos en mi experiencia, con una persona, tú vas al sexo y vas al sexo, vas a correrte y punto. Bueno, para mí ese deseo es importante, el que haya relación sexual. El sexo es un ingrediente importante. Luego, también es importante que haya mucha comunicación, que se hable mucho, que se repita constantemente te quiero, que eso se manifieste. Que se manifieste el cariño, que se manifieste el amor que sientes. No me digas «ya te he dicho una vez que te quiero y ya, si estoy contigo se supone que te quiero». Pues no. A mí me sale decirle a Cristina que le quiero. Yo cuando a otras parejas no les he dicho que les quiero, tampoco me ha salido. A veces he estado con gente por estar, tres, cuatro, cinco meses, pero no era lo que quería. Una relación que sea igualitaria en tomar decisiones importantes. Respeto. Yo entiendo por respeto el no… y eso que a veces lo hago, el no azuzarla demasiado. Entonces, la otra está que se sube por las paredes y no estar ahí, ñiñiñi, como hacía mi madre con mi padre, meter el dedo en la llaga.

Yo tengo deseo sexual, me apetece tener sexo, pero me apetece tener sexo con ella y yo creo que en una relación sexual hay… tú pides, tú dices lo que quieres, tú vas diciendo lo que a ti te va apeteciendo y la otra persona te va dando. Y ahí tienes que ser capaz de pedir y de ser consciente de que estás pidiendo. Tú cuando

pides algo estás en manos de la otra persona si te lo quiere dar o no. Entonces, si tú le pides que te haga esto, estás ahí en manos de la otra. Si te lo quiere dar, bien, y si no te lo quiere dar, pues menudo chasco, menudo palo. En ese sentido estás en… vamos, yo por lo menos no voy exigiendo, quiero decir, voy pidiendo lo que quiero. O voy dando, o voy rogando por aquí, por allí. Entonces, estás en manos de la otra persona. Y luego, yo creo que ahí hay toda una expresión del cuerpo que yo nunca me he visto en vídeo, pero que si te vieses pensarías «¡qué absurda estoy! ¡qué ridícula!» Te ves como frágil, o por lo menos es como me veo yo. Hay gente que te dice que no, que se ve potente y fuerte. Yo no me veo ahí potente. Yo nunca he llorado. Bueno, alguna vez, de puro gusto. Estás en manos de ella, o por lo menos es como yo me siento con Cristina, tampoco con todo el mundo.

¡Fíjate! yo muchas veces comparo eso de dejarse en una relación sexual, como cuando yo he estado con diarrea y vómitos. Esa sensación de «¡qué espanto que me está viendo así!». El que te vean. Yo creo que cuando alguien te ve cagando y vomitando, es que ya te ha visto todo. Que ya te pueden pillar en debilidades humanas, que lo hago con las amigas y no pasa nada, que con mis amigas no me importa tanto como que me haya podido ver… pero que el sexo lo puedo comparar a esa situación tan de, «¡jo, me está viendo en lo más así de mí, lo más…!»…

Yo tampoco soy súper pasional, del 1 al 10 te diría que un 6. Tampoco soy excesivamente… igual soy más impulsiva que pasional. Igual, si hay que hacer no sé qué, yo lo hago. He tenido épocas en las que sí que he sido más pasional, pero soy más impulsiva porque me gusta más estar muy activa, hacer muchas cosas, pero pasión, pasión, pasión…

Y se considera romántica.

Romántica es tener muchos detalles, estar muy pendiente de la otra persona, cuando ves algo y «esto seguro que le gusta». Para mí, sobre todo, es estar pendiente, si le gusta un disco, grabarlo. Estar pendiente de la otra persona y que la otra persona se sienta atendida, sienta que para mí es… Creo que con mujeres que no me han correspondido, he sido muy, he tenido mil detalles, pero de alguna forma también de demostrar lo que tú sentías por esa gente. Hay quien le ha salido y no ha pasado nada, y hay quien no le ha

salido. He intentado demostrar lo que yo sentía. Y luego, sin embargo, con las otras dos novias que tuve, menos, y yo creo que con Cristina más. Con la primera, con Nekane, yo creo que era romántica, pero fue una relación que duró muy poco tiempo, duró dos años, pero como en aquella época eran todas las relaciones, o casi todas, unas tragedias, con lo cual, tampoco me dio tiempo para decir si era muy romántica. Y con Beatriz también fue una relación súper tormentosa, con lo cual, no por terceras personas ni nada, pero sí por el carácter que tenía ella. Fue una relación muy terrible. Yo creo que ella tenía algún problema.

No he tenido esa fantasía de buscar mi media naranja, yo no iba buscando nada en concreto, porque nunca he tenido así modelos de mujeres. Cuando yo no tenía pareja yo decía «yo lo que quiero en este momento es una mujer así, así y asao», un ideal, curiosamente, una mujer muy parecida a Cristina. Yo creo que somos mujeres bastante parecidas. Entonces, tampoco es casualidad que no sé quien se enrolle con no sé quien. Ya había pasado por una experiencia jodida, una experiencia que a mí me resultó dolorosa y difícil, y me costó salir y que fue horrible. Y luego, tuve otras muchas relaciones. Yo no tenía un modelo de mujer, pero sabía lo que quería y lo que no. Yo sabía que no quería ni una joven, entre otras cosas porque las jóvenes ya no me dicen nada. Igual dentro de unos años me vuelven a decir, pero no, yo sabía que quería una mujer que, como dicen, que tuviese el trabajo hecho, los deberes hechos, o sea, que no me supusiera el empezar a contar. Y yo creo que a mí me atrajo Cristina por eso, porque a mí me pareció una mujer que estaba bastante cerca de lo que yo quería, en muchos niveles: tenía un pasado parecido al mío, una educación parecida a la mía, con un nivel socio-económico como el mío…

La sensación de que te deseen es un subidón. Yo cuando he notado que alguien me deseaba, por un lado era la autoestima. Yo me encontraba más alta, más morena, más… es como que creces de estatura. Como que notas que físicamente estás más guapa y estás más todo. Cuando le gustas a alguien, sea quien sea, a mí eso siempre me ha gustado. Te sube el ego, eres más alta, más todo. Si encima es alguien que dices «voy a probar», entonces, eres mucho más graciosa. Yo tuve una primavera, que había 2 o 3 que me rondaban. Yo estaba que parecía que me había tomado un tripi

todas las mañanas. Me duró aquella primavera y era una sensación estupenda. Parecía que estaba chalada perdida, era todo el rato reírme, todo el rato no sé qué, fue una primavera divertidísima, hasta junio o así que se me pasaría. Y otras veces dices, molesto.

Trabajar el amor, programar el sexo.

Yo lo que he visto siempre del amor, a mí me parece que es algo que hay que trabajar, que hay que trabajar mucho, porque veo que la gente es súper idílica, la gente va con un… igual a mí me pueden decir «es que tú has encontrando lo que ibas buscando, y lo que ibas buscando era…», ¡hombre!, yo no soy de patrones, pero sabía lo que no quería. O sea, no porque yo tenga un patrón desde no sé cuándo, sino que he ido viendo, «este tipo de mujer, este otro tipo», y he ido experimentando, y con esta sí, con esta no. La gente tiene un rollo muy idílico de que la relación tiene que ir bien porque tiene que ir bien «porque cuando estás enamorada la relación funciona». Pues no, sin trabajarla, para empezar, no. Segundo, «siempre tengo que hacer feliz a mi pareja, o mi pareja siempre me tiene que hacer feliz». Pues tampoco. «A mi pareja le tengo que contar todo y mi pareja me tiene que contar todo». Pues tampoco. «O los mitos». Yo creo que la gente tiene millones de mitos sobre la pareja.

O cosas, por ejemplo, que yo he rebatido siempre, a lo mejor es una equivocación mía, pero estoy convencida que al sexo hay buscarle un tiempo. Decir «follamos el domingo por la tarde». La gente me dice «no, porque el sexo es espontáneo». Pues lo siento, pero no. Yo creo que hay muchas veces en que te apetece, y está trabajando o estás no sé qué, y no puedes. Y hay otras muchas veces en las que estarías mucho más a gusto viendo la película de la tarde, pero… Y hay gente que me dice que es muy artificial, y yo les digo que no es artificial, que yo creo que hay veces, y sobre todo las mujeres, en las que por miles de historias no follamos nunca, o follamos muy poco. Pero yo creo que cuando nos ponemos, luego agradecemos. Dices «¡joe, qué bien!, ¡si no me hubiera puesto!». A la gente eso le parece una aberración, el decir que el sexo se puede programar. ¿Tú no programas cenas con tus amigas, no programas miles de historias? Yo creo que el sexo se puede programar y yo eso lo discuto mucho con la gente porque les parece muy artificial. Y yo les digo que no, porque el resultado es el mismo y el resultado es placentero, entonces ¿qué más te da? Jo, y la gente me critica y no

les gusta nada, pero yo opino así. Luego, la gente también en cuanto el deseo decae un poco, cree que la relación ha terminado, y yo tampoco lo creo. Es verdad, al principio follaría muchísimo, tendrías mucha frecuencia sexual. Luego tienes menos. En mi caso, bueno, tampoco sé cómo sería si Cristina viviese siempre conmigo, pero la gente no se lo curra, «¡no! es que el deseo tiene que surgir». El deseo tiene que surgir, pero hay muchas cosas en la vida que te están influyendo.

Luego, los acuerdos, por ejemplo, el llegar a acuerdos. Sobre más temas, pero sobre sexo seguro, por ejemplo. El llegar a acuerdos sobre si van a tener relaciones fuera o no. Y yo, a mí la gente me llama fría, pero todo eso lo tengo pactado y lo tengo muy claro que yo eso lo pacto, lo tengo clarísimo. Yo sé que Cristina a mí me quiere mucho, pero yo hay cosas que pacto. O sea, si no vamos a hacer sexo seguro, o no vamos a tal, aquí tiene que haber un pacto de sangre de que ninguna va a mantener relaciones. Y si una de las dos quiere mantener relaciones fuera, tiene que decirlo y tiene que plantearlo. Ahí, evidentemente, estás en manos de la otra persona. Si ya no puedes estar ni en ese nivel en manos de tu pareja, pues ya no sé qué sería. Quiero decir, que ahí yo por lo menos es el pacto que nosotras hacemos. Yo creo que hay que pactar. Y a mí me llaman fría, calculadora. Y sé que hay cosas por las que sé que no voy a pasar, no me voy a dejar en manos de nadie que no sé qué coño hace fuera de mi relación, eso lo tengo clarísimo.

Y es crítica también con la bisexualidad pero de una manera distinta a Begoña.

¿La bisexualidad? mira, yo como categoría o como etiqueta no sé si existe o si no existe. Yo lo que veo es que hay gente que es preferentemente una cosa o la otra. Yo lo que no creo es o que por lo menos no lo he visto, en el ser el 50 por 100, es decir, preferiblemente si salgo de casa no sé si ligo con un tío o con una tía. Yo creo que eso no lo he visto. Sí he visto gente que es preferentemente heterosexual, pero ha tenido relaciones con mujeres. O salgo de casa y salgo a ver si cazo a una tía porque hoy me apetece tal. Eso, pero siendo consciente de a dónde. Preferentemente lesbianas, que han ligado con chicos, menos, eso conozco menos. Sobre todo preferentemente heterosexuales, que

luego han ligado con chicas, sobre todo.

A mí me encanta, a mí me gusta, porque generalmente coincide con gente que es muy abierta y gente que lo sabe llevar muy bien y que lo sabe negociar. Yo, esa bisexualidad que aparece en la tele de 50 por 100 no me la creo, porque yo solo conozco lo que veo. Y me parece por ejemplo, no sé si a eso se le llama bisexualidad, porque a mí tanta categoría de sexualidad, ya te digo, me resulta complicado. También me resulta complicada la categoría de lesbiana muy cerrada. Pero yo sí he visto gente de mi trabajo, que es preferentemente heterosexual, que han tenido relaciones con mujeres, o no las han tenido y les hubiera gustado tenerlas.

Como hemos visto, las relaciones de Elisa no han sido siempre ni fluidas ni satisfactorias. Además, queda claro que ni leer, ni debatir, ni teorizar, ni actuar políticamente en el tema de la sexualidad y el amor, como es su experiencia, son la única condición para que la propia experiencia sea positiva. Depende también de con quién estés y de los objetivos y expectativas de las distintas personas que vas encontrando. Pero parece que ir articulando y retroalimentando el aprendizaje teórico y la práctica sí permiten contribuir a generar criterios individuales y colectivos y modos de relación más equilibrados. Posibilita también poner en cuestión ideas que se constituyen en verdades culturales y son difíciles de rebatir. Como es en su caso el supuesto carácter natural del deseo.

El desamor como conocimiento (Leire)

> *Definiría gustosamente al romántico occidental como un hombre [una persona] para el cual el dolor, y especialmente el dolor amoroso, es un medio privilegiado de conocimiento (…) Me parece que esto explica gran parte de nuestra psicología*[586].

A veces me despierto en medio de la noche, develado, y me quedo en la cama escuchando cómo el hombre con el que duermo se mueve y rezonga, arrebujándose entre la ropa, ovillándose. Me conmueve escuchar los ruidos que hace al cambiar de postura, sus pequeños gruñidos, y, aunque la oscuridad no me permite verle bien, me despabilo mirándole. Hace años no habría podido creer, si alguien me lo hubiera advertido, que en realidad el amor era eso, ese sentimiento silencioso y apacible, y no, como yo imaginaba, una trepidación continua en la que los amantes lo comparten todo sublimemente. Ahora sé que esa idea romántica es un engaño y que aunque me abandonen o enviude no deberé buscar ya nunca más criaturas celestiales que no existen, sino a hombres verdaderos[587].

Leire tiene 40 años, ha vuelto a Euskadi hace cinco años y comparte piso con dos chicas. Estudió en Madrid pero sus trabajos han sido inestables y precarios. Su idea es entrar en la administración pública. Está pendiente de hacer una sustitución y se prepara para unas oposiciones.

Su padre y su madre son de un pueblo cercano a donde vive ahora y ella es la mayor de cinco hermanos. Su madre es ama de casa y su padre, ya jubilado, trabajaba en un banco. Estudió en un colegio de monjas donde dice que estuvo totalmente inadaptada, y luego se cambió al instituto en el que todo fue mucho mejor. A los 25 años, coincidiendo con el final de una relación amorosa se fue a Madrid, a cambiar de rumbo, y vivió en casa de una tía y una prima, que son una referencia fundamental en su vida. Empezó a estudiar y se introdujo en un ambiente absolutamente distinto a lo que ella conocía, a todos los niveles, intelectual, político, de noche. Allí conoció al chico con el que ha estado viviendo 7 años, en distintos lugares. Hace 5 años regresó, cuando aquello ya no funcionaba. Ha vivido un período de desamor muy intenso.

Dice que todos los cambios importantes de su vida los ha hecho por cuestiones sentimentales. Y ahora se ve «sola», sin pareja, por decisión propia.

Mi padre quería que yo fuera una señorita. Él no tenía muy claro qué era aquello, pero bueno, nada de lo que yo hacía era lo que esperaba. Y eso me ha marcado, porque además era una persona muy autoritaria, todo ordeno y mando. No era un estado policial, pero casi. Luego yo he hablado con él de eso y lo que me decía era que tenía mucho miedo, todos pequeños, de que se le escapara la situación de las manos. Porque luego es una persona muy tierna, te da un grito, se arrepiente y está 4 días dando vueltas alrededor de ti para arreglarlo. Con la edad ha cambiado pero una de las razones por las que yo me fui, es porque tampoco soportaba la situación en casa. Mi padre ha cambiado, se ha hecho mayor, yo creo que empezó un buen día a notar la debilidad en él también, «no soy infalible, mi palabra no es ley, yo no soy aquí… también me puedo

caer». Ahora es una persona muchísimo más tranquila. Tiene nieto… Mi madre también ha salido beneficiada.

Yo no quería ser como mi madre, claro, porque mi madre no ha trabajado nunca. De hecho mi madre también nos decía «tenéis que tener un trabajo, tenéis que ser independientes, no tenéis que depender nunca de un hombre», todo ese tipo de cosas. Pero por otro lado, yo veía la situación en la que vivía ella y yo no quería esa situación.

Mi tía y mi prima son fundamentales, un referente importantísimo para mí, porque mi tía es una persona con mucha fuerza, muy independiente, con muchísima vida. Y los años de Madrid fueron como mi pequeña familia dentro de mi familia. Nos hicimos una piña que todavía la mantenemos, vivimos muchas cosas juntas durante toda esa época. Mi prima fue la que me abrió intelectualmente. Cuando llegué a Madrid fue cuando empecé a leer, empecé a recorrer museos, a conocer. Ella es profesora, pero en realidad es sindicalista, siempre ha estado liberada, trabaja para un sindicato de la enseñanza.

Se siente, se define y se reivindica mujer.

Lo noto, primero, físicamente, en lo que es mi cuerpo. Yo tengo cuerpo de mujer. Y cuando me viene la regla me duele, se me hinchan las tetas y tengo cuerpo de mujer. Siento como mujer, pienso como mujer. Hay veces que cuando te sientes en situaciones en que te ves atacada como mujer, por género, entonces te sientes más mujer, cuando hay un comentario machista, cuando hay una mirada lasciva, no una mirada coqueta, ni una mirada seductora, no, una mirada lasciva, cuando es de noche y tienes miedo de volver a casa. Hay muchas situaciones en que te sientes mucho más mujer, que en otros.

Cuando era chavalita, lo que quería era ser un tío. Además era delgada, no muy desarrollada, porque el resto de las chicas ya tenían muchas curvas y muchas exuberancias. Yo con
14-15
años parecía un chaval, y yo emulaba a los chicos. Si había que subir al monte, subía la primera. Era muy chico. Mantuve bastante tiempo esa sensación de no quererme reconocer como mujer porque me salía más estar en el bando de ellos. Cuando salíamos, cuando todas las chicas de mi edad, que te puedes imaginar, que con 40

años en el pueblo están casadísimas y con hijísimos. Cuando yo tenía
22-23
años ya estaban todas ennoviadas, y lo que hacían en las verbenas era sujetar la cazadora del novio y quedarse ahí en una esquina. Entonces cambié de cuadrilla, me bajé 3 años más abajo, con las chicas que tenían 3 años menos que yo, y todas se iban a casa y yo me quedaba con ellos. Yo me he recorrido todas las juergas del mundo con los chicos. Siempre he sido la rara. De hecho, hoy en día lo sigo siendo en el pueblo. Lo que pasa es que, bueno, soy como la rara propia, con lo cual allí no hay ningún problema, me tienen asumida. Sigo yendo allí, toda mi familia vive allí y mis hermanas se han casado allí.

Su relato está marcado por el sufrimiento amoroso.

¿Qué voy a decir yo del amor si yo el amor solo lo sufro?

O lo sufro o estoy viviendo en un momento de amor o estoy viviendo en un momento de desamor, o estoy viviendo, como en este momento, que ni una cosa ni la otra.

Cada vez menos romántica. Romanticismo opuesto a racionalidad.

Ser romántica es ser fantasiosa, pero cada vez menos, cada vez soy menos romántica, pero he sido muy romántica. Para mí ser romántica es todo lo contrario a racional. O sea, poner las expectativas en tus deseos y no realmente en lo que está pasando, para mí es eso una persona romántica. Estar más en el deseo que en la realidad. Alguien romántico es alguien que espera más de las cosas que… si tú estás con tu pareja y tu pareja es romántica, cuando haya algún problema, algún conflicto, siempre va a primar el romanticismo, «pero nos queremos, lo importante es el amor que nos tenemos, esto lo podemos superar como no sé qué…». Es como un optimismo, pero no un optimismo basado en la realidad, no un optimismo de alguien que sabe lo que hay y a pesar de eso piensa que merece la pena, sino el optimismo del ilusionista, del ilusorio. Es lo que yo pensaba antes, por eso me considero romántica. Yo me fui detrás de Rubén pensando que con mi solo y único amor aquello iba a funcionar, que no podía ser de otra manera. Si yo le quería ¿cómo aquello no iba a funcionar? Alguien romántico es eso. Y alguien racional es lo contrario.

Constata diferentes tipos de amor en su vida.

Hay 27 000 tipos de amor, el amor filial, el amor de colegas, el amor de pareja… Sí, yo los diferencio, los vivo de diferente manera, me causan diferentes sentimientos. El amor filial, el amor que para mí engloba todo lo que es tanto mis padres, como mis hermanos, como mis amigos muy cercanos, la gente del pueblo, mis amigos de siempre. Ese es un amor absolutamente tranquilo, es un poco lo que te permite descansar, es donde te sientes a gusto, donde normalmente te muestras como eres, te relajas, aprendes, aprendes porque te sientes bien y puedes aprender, puedes estar bien. Ese sería uno. Luego, el amor que vas conociendo, que no te provoca sexualmente, que no es un amor que te enamora con todo lo que lleva de sexo, de deseo y tal, sino que es un amor más tranquilo, de gente que conoces, que te gusta, con la que estás a gusto. Ese amor también es estupendo. Con las amigas es la sensación de la tranquilidad que te da y que parece que todo está en orden. Bien. Yo estoy en un banco con Irene (una amiga mía) charlando y no necesito nada, no deseo nada, si estoy bien en ese momento, claro, igual puedo tener 500 000 problemas, pero respecto a ella, a mí y a nosotras. O cuando estoy en mi casa con mis padres. Esa tranquilidad respecto a que el otro es incondicional y está ahí.

Poner el amor de pareja al margen.

Y el otro amor es el que yo no tengo. Para mí, en este momento, ¡es que no quiero saber nada de él, vamos! ¡es tan intenso! Las dos experiencias fuertes que he tenido de ese tipo de amor me han dejado tocada, como sin ganas de volver a repetir esa experiencia. En este momento no es el centro de mi vida. Sí los otros amores, no el amor de pareja, sí los otros amores, que son muy importantes. Además, los cultivo, aprendo y me gusta. El amor de pareja, no. Pero en el pasado ha sido muy importante el amor de pareja. Ha marcado mucho mi trayectoria vital, mucho. Me ha marcado dónde vivir, me ha marcado qué decidir. Me lo he preguntado yo a mí misma también muchas veces, ¿por qué me enamoro de esta persona?, ¿qué es lo que tiene esta persona que me arrebata de esta manera? Y no lo sé, porque para mí son personas normales.

Los 3 hombres, porque han sido hombres, con lo que he tenido relaciones se puede decir que largas, de 3 años, 3 y 7 años, son totalmente distintos. Son buena gente, son tranquilos. El primero era compañero mío de instituto, es de aquí, ahora está casado y

tiene 2 hijos, y trabaja en el negocio de su padre. Su padre se jubiló y ahora él lleva el almacén. Un tío normal, sin más. El segundo, del pueblo, ahora trabaja en una fábrica. Y después Rubén. Estudió ciencias sociales y yo le conocí cuando estaba en el último año de carrera. Y ahora se dedica a vivir. Está viviendo en Andalucía ahora, y estuvo trabajando durante el tiempo que estuvimos viviendo juntos. Su padre era autónomo y trabajaba con él. Él siempre ha dicho que quería escribir, pero nunca ha empezado a escribir. Bastante pasivo y bastante irresolutivo en general en todo, porque durante toda la relación fue lo que yo iba decidiendo, hasta que decidí que ya no decidía más.

A mí me gustan los canallas. Sexualmente me gustan guapos y bien hechos. Me gustan jóvenes, prototípicamente guapos no, que tengan algo, ya sea en la mirada, en los gestos, un cuerpo bonito, un buen culo, unas buenas piernas, una buena espalda, unos buenos brazos… todo eso me atrae. Fuertes, hombres, masculinos, con pelo, no me gustan depilados, rudos, no me gustan afeminados, me gustan un poco salvajes, aunque luego diga, «¡joder! ¿por qué es tan salvaje?», pero es igual, me atrae que sean fuertes. Me gustan «hombres».

Estereotipos pero también cambios.

He cambiado mucho, he evolucionado mucho. Al principio era muy estereotipada; yo tenía novio y hacía lo que todas las chicas hacían y esperaban del novio, y estaba un poco acorde con el ambiente en que estaba. Pero a mí me gustaba salir y no estaba satisfecha con cómo iban saliendo las cosas, haciéndolas como se suponía que tenían que hacer. No me sentía del todo bien. Supongo que mucho habrá influido mi padre y mi madre, digo yo. Mi madre siempre ha sido una mujer sumisa, pero no por eso débil. Yo a mi madre la considero bastante fuerte ahora, pero hubo una época en que a mí me llevaban los demonios el que no se enfrentara a mi padre y que no le dijera, «mira, esto es así o asao». Todo el período de Madrid mío fue intentar asumir la relación mía con mi padre, con mi madre, y entre ellos, y todo ese triángulo.

Y va atrás en el tiempo, buscando referencias.

De pequeña, de jovencita, no veíamos prácticamente la tele, porque en ese momento no había más, había la 1 y la 2, y nos mandaban a la cama muy pronto y tampoco era algo que veíamos.

Entonces aprendimos sobre el amor con el boca a boca. Nos pasábamos todo el día hablando de novios, de novias, de este me gusta, este no me gusta. Con 13-14-15 años. Me acuerdo de los Pecos[588], estábamos locas por los Pecos, ¡era una cosa! Nos aprendíamos las canciones, hacíamos teatros, coreografías y de todo… *Hablame de ti…*[589]

A mí me gustaban los chicos. Yo estaba deseando que el que me gustaba me llevara en la bici a no sé dónde, y cuando jugábamos a las cabañas, quería estar en el equipo del que me gustaba. Yo estaba con las chicas y con los chicos. Lo que hacía era quedarme con ellos hasta las tantas hablando de nada. Y luego ya, cuando era más mayor, bebiendo. Yo estaba en medio. Creo que siempre he necesitado que ellos me vieran no como una mujer, sino como una compañera. Exactamente, como una colega. Para mí que un tío me dijera «es que eres como uno de nosotros», eso era lo más.

Con los chicos de mi primera cuadrilla, evidentemente, no tuve relación con ninguno. Al cambiar de cuadrilla, sí. Pero porque claro, a mí me gustó Félix y dije, «ese me gusta y a por este». Y estuvimos 3 años, pero 3 años que si sí que si no, que para adelante que para atrás, porque claro, eran unos años que yo tampoco quería un novio, yo no tenía muy claro lo que quería. Yo quería un novio, quería una relación con él porque a mí me gustaba y estaba enamorada de él, pero luego quería también que me dejara a mi aire. Y claro, él quería una novia más formal, pero también me quería a mí. Es que por eso no funcionó la historia. Esto ya analizado 27 000 años después, porque en ese momento no sabes por qué. Pero él nunca confiaba en mí del todo.

El amor como proyecto principal, como guía.

Luego cuando llegué a Madrid quería superar a Félix y encontrarme yo, porque yo estaba totalmente desubicada, estaba fuera, estaba perdida, a nivel general. Entonces ahí sí, cuando llegué a Madrid empecé a aprender a cambiar de ambiente totalmente. Empecé a relacionarme con mi prima, que tiene 14 años más que yo, con sus amigas. Mi prima es lesbiana, y empecé conocer otro tipo de relaciones, otro tipo de gente que habla de otro tipo de cosas, y me empecé a encontrarme bien. Y además, empecé a ser como una esponja, lo único que hacía era absorber, absorber, y empecé a leer. Y claro, al principio, si no has leído nunca o has

leído muy poco, te cuesta mucho. Empecé poco a poco. Luego ya, después de no sé cuántos años empecé a tener criterio sobre qué quiero y no quiero leer. Me acuerdo perfectamente de la primera vez que fui capaz de ir a una librería y elegir yo libros, segura de que lo que elegía era lo que quería. Yo leo de todo, y en eso también fueron tanto mi prima como Rubén, porque Rubén también me abrió muchísimo. Es un tío muy inteligente y muy culto y fue muy fácil para mí.

Yo pensaba que Rubén era la persona de mi vida, estaba convencidísima. Ahora no. Cuando yo tomé las decisiones que tomé fue porque para mí lo más importante a preservar y a conseguir era la pareja, el compañero. Y no el compañero como el estereotipo de compañero, como el marido que me mantenga, sino el compañero como alguien que va contigo en la vida, que te acompaña, al que cuidas, que te cuida, que te quiere, al que quieres, con el que haces un proyecto común, y no sé cuantas zarandajas más. Porque la situación con los otros dos hubiera sido de casarnos, por supuesto, tener hijos, más lo que es una pareja tradicional de los pueblos, lo que normalmente en este entorno se hace. Y cuando fui a Madrid me di cuenta de que no era eso lo que yo quería para mi vida. Pero de todas formas pensaba que podía conseguir lo que quería para mi vida, que era el compañero este ideal que yo tenía en la cabeza.

Amor versus «ser dueña de una misma».

Ahora no han pasado ni una cosa ni dos, ha pasado el tiempo, han pasado más lecturas, más vivencias, más… ¿Cómo me encuentro yo ahora? ¿cómo me he encontrado en los momentos en los que he estado con pareja, y cómo me encuentro ahora? Me siento dueña absoluta y total de mi destino. Puede parecer algo tremendamente egoísta. Yo sentía que ese cariño, ese amor o ese momento de enamoramiento que yo tenía con él, me iba como cerrando. Yo me he visto tomando decisiones que no han sido buenas para lo que es mi vida, como bajar a Andalucía a vivir, por ejemplo. Además, no siendo totalmente consciente, pero tampoco totalmente inconsciente de lo que estaba haciendo. Era un proceso de decir «no sé yo si estoy metiendo la pata», pero seguía. Y seguía inevitablemente, en ese momento me era mucho más penoso pensar que tenía que acabar. Yo me he sentido muy enganchada, muy muy enganchada a esa relación.

La vuelta fue de la noche a la mañana. El momento de venirme fue dramático. Yo me levanté un día por la mañana, y a las
11:00
de la noche estaba cogiendo el autobús para aquí. Al día siguiente a las
9:00
de la mañana estaba aquí. Claro, llevábamos como 2 años en que aquello no funcionaba, y yo no me sentía nada bien, había tenido 2 años antes una crisis de ansiedad tremenda porque… no sabía por qué. Y hoy todavía no sé exactamente de dónde venía, pero yo me estaba angustiando y me estaba cerrando y todo el mundo se me caía, y entonces, de la crisis de ansiedad pasé a un estado semi-depresivo. Pero tampoco una depresión típica, pero no era una situación normal.

Digan lo que digan, el enamoramiento se puede regular.

Yo creo que si me enamoro otra vez, vuelvo otra vez a… Yo creo que por mucho que haya aprendido, que no sé si habré aprendido mucho o poco, pero vamos, por mucho que yo ahora sea otra persona distinta, distinta a la del primer encuentro, distinta a la del segundo encuentro, y distinta a la del tercer intento, yo creo que en el cuarto encuentro, si realmente me enamoro, ¡adiós! Yo es que en cuanto encuentro a alguien que me gusta… Yo creo que no ha surgido nada porque yo tampoco he estado predispuesta a que pasara nada, no me preocupa en este momento ese tema, con lo cual estoy en otra cosa, con lo cual tampoco… Hay tíos que me gustan y que me atraen, y si puedo me los llevo a la cama, evidentemente, pero sin más, tampoco creo yo que surja nada.

El primer estadio de ese enamoramiento es maravilloso. Cambia totalmente todo el entorno, cambia tu vida de un día para otro, por lo menos para mí. Como yo lo he vivido es un cambio radical, en ese momento para bien, claro, todo se disfruta al 100 por 100, esa persona es lo único, ya no hay más vida alrededor, es esa persona y lo que esa persona te hace sentir y lo que tú sientes que ella siente. Todo el minimundo entre dos. Y en mi caso, todo gira alrededor de ese sentimiento, de ese deseo y de ese ideario que me monto yo cuando me enamoro.

En la mayor parte de las relaciones yo siempre he deseado vivir con esa persona, tener hijos con esa persona, con el primero no

evidentemente, porque éramos muy pequeños, pero con los otros sí. Yo quería vivir con ellos, tener una vida con ellos, con el segundo, con Félix, yo quería vivir en el pueblo con él, porque a mí me gustaba eso de la tierra, a mí me pone muchísimo, quería tener hijos, quería todo eso. En el segundo también, con Rubén también había un proyecto. Todo lo que me interesaba era lo que le interesaba a él. Yo no era consciente de lo que a mí me interesaba, de lo que yo sabía, de lo que a mí me gustaba, de las cosas que yo disfrutaba, de las cosas que no disfrutaba, no había llegado al momento que he llegado ahora.

Pero el enamoramiento es ver a esa persona y ¡brummm! la cosa esta que te sale aquí en la tripa, no sé si será la tripa, el útero o yo qué sé, lo que sea que sea, que se encoge y se estira. Y los ojos, es la mirada brillante y abierta. La sonrisa perpetua, estás todo el rato sonriendo, tienes ganas de vivir, tienes energía por un tubo, mañana, tarde, noche, cuando quieras hacemos lo que quieras, es igual. Si hay que ir al monte se va al monte. Que hay que ir a un concierto, se va a un concierto. Da igual, hay tiempo para todo, pero para todo lo que sea estar con él, que es lo que en ese momento es lo que te llena.

Después, se transforma, pero yo creo que quiero seguir sintiendo eso. Aunque ya no lo sientas, lo buscas aunque sea en pequeños momentos. Ya no lo vas a encontrar al 100 por 100 durante todo el día como los 3 primeros meses, porque claro, durante los 2 primeros años, la cosa no es que dura 2 años y luego 0, no. Es, por lo menos en mi caso, fueron… A Rubén le conocí en marzo, pues yo creo que hasta todo ese verano y el verano siguiente a mí me duraba todavía la locura. Yo todavía estaba que besaba por donde él pisaba.

Un proceso de amor y desamor analizado hasta el mínimo detalle.

Yo creo que él fue poco a poco dejándose convencer, por así decirlo. ¡Fue tal mi pasión, se lo hacía todo tan fácil!, que yo creo que no le quedó más remedio que al cabo de un tiempo decir «pues esta misma, porque parece que sí». Ahí fue donde se trastocó todo. Y en el momento en el que yo quise tener hijos y él no quiso, ahí fue uno de los cambios. Era como decir «yo ya 30, pues es que habrá que tener hijos ¿no?». Él dijo claramente que no.

Toda nuestra relación estuvo muy mediatizada por las drogas y

por la fiesta. Nosotros, cuando nos conocimos en Madrid, nos conocimos en una fiesta, y en una fiesta. Y luego, toda nuestra relación al principio era eso, fiesta. Estábamos colocados, estábamos fumando canutos. Si llegaba el fin de semana metiéndonos rayas, de un concierto a otro, pin, pan, pun. Era todo fiesta. Y yo también quise cortar con eso. Dije «ya hemos tenido fiesta y ya hemos vivido fiesta, vamos a dejar un poco la fiesta, vamos a hacer otras cosas». Y él no quiso.

De Rubén me gustaba su pose, la sensación de niño perdido. Era amigo de una amiga mía, fuimos un día a su casa y estaba allí. Además me acuerdo perfectamente, no se me olvida, estaba sentado encima de la cama, yo entré en la habitación, «vamos a ir a casa de Rubén y del Mario porque he quedado con ellos». «Vale, pues vamos». Yo no les conocía de nada, ya hacía que conocía a Tere como 3 meses o así del barrio. Fue una tarde de marzo, porque sí. Y entramos, y nos fue a abrir el Mario la puerta, «¡hola!», «¡hola!», «vamos a la habitación de Rubén». Abrió la puerta y estaba sentado en la cama con las piernas así tocando la guitarra, levantó la cabeza y ¡casi me muero, fue tremendo! Fue decir, «¡dios mío! ¡qué cosa más bonita!», pero por la sensación de debilidad, de fragilidad, de desvalido.

Luego claro, es un tío muy interesante, muy seductor porque él se lo sabe hacer. Él explota eso hasta el límite. Te seduce mostrando la parte frágil, pero luego diciéndote cosas muy como muy pensadas. Él siempre dice «yo no creo en el amor», esa es su frase estándar. Claro, entonces te reta, y dices, «¿¡cómo que no crees en el amor!?», «yo no me he enamorado nunca ni me enamoraré nunca», y dices «¡entérate que voy a acertar yo!».

Cuando seducir a un Hombre «te convierte» en Mujer.

A Rubén lo seduje con paciencia, poco a poco. Yo para seducir a Rubén, lo que hice fue primero conocerle. Yo estuve mucho tiempo con él de colega, escuchando, y luego le fui poniendo en bandeja todo lo que yo sabía que le podía gustar. Pues, si a él le gustaba ir a un bar, íbamos a ese bar. Si había que estar hasta las 5 de la mañana bebiendo cerveza y hablando de no sé qué, me quedaba. Ese tipo de cosas. Si había que leerse no sé qué cosa para luego poder comentar, pues me la leía y luego la comentaba. Del 3 de marzo al 2 de mayo. Me lancé directamente, si no, no hubiera

habido nada. Fue en las fiestas del 2 de mayo en Madrid. Una noche, después de la fiesta, estábamos ahí un montón de gente, y a la hora de separarnos, yo en vez de irme me quedé, y nos fuimos juntos a su casa. Pero claro, eso fue ya casi tácito, y además, yo ya le había puesto ojos de ternera tantísimas veces ya que… No sé, supongo que ya le veía más débil, más cerca o más receptivo. Podía haberme pegado el patinazo perfectamente. Podía haberme dicho «hasta mañana, ya nos veremos». Pero no, entró.

En Andalucía pasamos un año viviendo en distintas ciudades, nos veíamos los fines de semana. Porque él estaba en el paro y vivía con su familia, y yo estuve trabajando en una tienda. Él ni creía en el amor, ni creía en la pareja, ni creía estar enamorado, aquello era una no definición. Luego yo exigí que se aclarara el tema. «Tú te has ido, bien, pero ¿tú quieres que tú y yo estemos juntos, o no quieres que estemos juntos? Entonces, si quieres que estemos juntos, aquí hay una relación… Entonces, vamos a buscar la forma, si tú en Madrid no quieres vivir, a mí me da lo mismo, porque yo con vivir contigo me da igual donde sea». Y entonces, ahí sí que nuestra relación ya se consolidó como relación. Ya eramos pareja. Los dos años de Madrid no éramos nada, éramos dos bohemios felices en la gran ciudad. Y luego ya, cuando ya éramos pareja, pareja.

Pero ahí yo también me manejé fatal. Me agobié, porque asumí todos los roles que en mi vida no quería haber asumido nunca. Me hice ama de casa, deseaba tener hijos, no quería ya salir, porque antes salía a toda la fiesta. Pero era su ciudad, era su gente, era su sitio y él ahí se encontraba como pez en el agua. Un día dije que no volvía a salir a ese garito, otra vez, porque era el mismo garito todos lo fines de semana desde el viernes hasta el domingo, con la misma gente, poniéndose por el simple hecho de ponerse. Hasta arriba de canutos, de rayas.

Un cuerpo femenino enamorado que entra en crisis.

Y al empezar a quedarme en casa, fatal, ahí me pegó una crisis, una crisis de ansiedad. Yo no estoy arrepentida de nada, ni pienso que nada de lo que haya sucedido haya sido malo. Yo hubiera puesto un hijo. Yo hubo una época que era con orejeras, yo quería un hijo, quería un hijo. Ya ves, ahora tengo claro que no quiero hijos.

Después nunca hemos hablado, no puede. Lo he intentado. Hablamos de todo lo divino y de lo humano, pero de la relación no. Este verano estuvo aquí 10 días, y durante esos 10 días intenté hablar con él y es imposible, no puede. Pero nos entendíamos muy bien, un entendimiento en lo básico, en cómo ves la vida, en cómo te plantas tú ante la vida, en los miedos. Fuera de lo que es lo socialmente correcto. Un poco como más libre, más desencasillado, más de vivir el momento, de disfrutar de las cosas, de hacer las cosas porque realmente quieres hacerlas, analizando, pensando en tu vida, en ti.

El desamor como un proceso largo, físico, un esfuerzo por entender.

Sentía temblores, angustia. Y luego también, todo relacionado con los sueños. En todos mis sueños siempre aparece Rubén, pero aparece rechazándome, siempre. Jamás en ningún sueño en toda esta época ha aparecido acogiéndome, siempre rechazándome.

Lo que he sacado más que nada de todo este proceso de desamor es eso, quitarme la angustia, el peso psicológico, intelectual o cognitivo, de decir «tengo que entender, tengo que entender», «¿por qué me pasa esto? ¿qué estoy sintiendo? ¿por qué siento lo que siento?»… Con todo lo que lleva la angustia, la sensación de faltar la respiración… Yo a la noche me metía en la cama y no podía respirar, pero era de no poder respirar y tener que hacer un esfuerzo tremendo para ir calmándome por medio de la respiración. Nada, venía sin más, era totalmente libre, llegaba. Creo que es ese mismo momento revivido muchas veces, pero muchas veces en todos esos años.

Ahora no, ahora duermo bien, respiro bien. Va desapareciendo. De repente es que hace una semana que no me pasa, me ha pasado pero pasa otra semana y no me pasa, los períodos en los que pasa van haciéndose más largos y deja de pasar. A Jone, mi compañera de piso, se lo contaba porque era la que tenía más cerca. A mí familia no, porque no quería intranquilizarlos. Me cuesta hablar, porque siempre te queda el miedo de que igual me vuelve a pasar, nunca lo sabes. Como cuando has tenido una gripe, si nunca has tenido una gripe no sabes qué es una gripe. Pero si has tenido una gripe y piensas «si me vuelve a pasar». Y repitiéndome «ya se pasa, ya se pasa».

Y luego ya sí, luego yo creo que ha ido siendo un enfrentamiento

lento a la situación. ¿Cómo volver a ti? Ahí se produce un vacío. Cuando era muy pequeña, bueno, muy pequeña tampoco, cuando era adolescente, me despertaba por la noche con mucho miedo, me despertaba y me iba a dormir con Amaia, mi hermana. Me iba corriendo a la cama de Amaia, me acostaba con ella, me agarraba a ella y a dormir. Y si no podía dormir, Amaia jugaba conmigo a las cartas. Jugábamos a las cartas encima de la cama, y ya cuando a mí ya se me pasaba un poco me volvía a mi cama. Pero era sensación de miedo, pero no había angustia.

En Andalucía tomaba tranquilizantes, luego, al llegar a aquí no. Cuando me dio allí la primera crisis, que yo creo que fue también por un exceso de drogas, fuimos al médico de cabecera. Un ataque total de pánico. Me subía por las paredes. Estaba en casa. Estaba con él. De eso que te empiezas a sentir mal y dije que no iba a comer ni nada, me fui a acostar. Me metí en la habitación, y de eso que empiezas a… como a mí no me había pasado nunca, era «¿qué me pasa? no puedo respirar», me levanté, pero en lo que es físicamente de pie contra la pared. Yo estaba así, contra las paredes. Salí de la habitación y dije «me está dando un ataque», entonces él me dijo «pues nada, vámonos al médico», y fuimos directamente al médico de guardia. Me dio ansiolíticos y me mandó al médico de cabecera. El médico de cabecera me mandó al psiquiatra y el psiquiatra me dio antidepresivos, pero solo tomé 3 meses, porque me dejaban totalmente atontada.

La palabra ha sido «aguantar». Aguantar y pasar al segundo siguiente, y pasar al minuto siguiente, y pasar al día siguiente. Normalmente era de noche, a la hora de acostarme. Durante el día más o menos andaba bien. Pero lo malo era por la noche. Repetía una frase, una idea me venía a la cabeza y era pum, pum, pum, y no me la podía quitar. Yo creo que ahora no lo haría. Después de cortar nos fuimos juntos de vacaciones dos veces, luego bajé yo 2 veces, y luego, poco a poco, nos fuimos distanciando. Yo he ido procesando cosas y me he ido distanciando, porque mi vida aquí se ha ido enriqueciendo, y él como normalmente siempre ha estado a la sombra, nunca ha sido un agente activo, más bien ha sido receptivo…

Una mujer de posguerra.

Si lo pienso ahora me veo a mí misma en el desamor encogida y

siempre con frío, como una mujer de posguerra. La imagen que yo tenía de mí misma era la de una mujer triste, acobardada, oscura, muy pálida, con ojeras, con las comisuras muy marcadas, el pelo corto y descuidado, corto de dejado, la postura esta de las mujeres encogidas hacia adelante, tapadas… una cosa así. Sin deseo sexual, engordar o adelgazar sin control. Yo me acuerdo que en esa época adelgacé muchísimo, y de repente, engordé. Que me valía la ropa de mi hermana, que es bastante más grande de cuerpo que yo. Un poco así como descontrolado. Ansia. Lo que hacía era comerme muchísimos macarrones. Me acuerdo que me comía macarrones con tomate y me daba igual la hora. Macarrones cocidos con tomate, ya está, pero muchos muchos. Con mucha ansiedad. Insomnio. Gases, claro, como es normal al final tenía muchísimos gases. Sensación de ahogo, pero siendo parte de la angustia.

Recuperarse implica para ella una renuncia, al menos temporal.

Yo ahora sí que me veo en situación de poder manejar esto, pero claro, solo con él. Pienso que me voy a enamorar y entonces… tengo el miedo. Pero con Rubén ya no tengo el miedo a enamorarme, es como que si a mí me dicen ahora, «¿compartirías tu vida con algún hombre?», yo compartiría mi vida con él. No me arriesgaría a intentarlo con otro. A él ya le conozco, sé dónde tiene todos los puntos y los dispuntos. Ahora, llegaría a otros acuerdos. Me enfrentaría a la situación desde otro sitio. No sé si funcionaría, o simplemente él diría, «tú te has vuelto loca, yo voy a seguir haciendo mi vida, porque a mí me apetece seguir haciendo mi vida y no quiero saber nada de…». Ahora soy otra. Pero ese miedo existe, y es una parte entre miedo y pereza. Es miedo por mí, por cómo me voy a manifestar o cómo me voy a mostrar ante la relación, ante esa persona, y un poco de pereza también. Yo no sé si se me pasará, igual se me pasa, pero de momento para mí el amor es sufrir.

Las referencias amorosas se van diversificando

A la vuelta leí muchos libros, los de Ángeles Mastretta, Marina Mayoral, ese tipo de escritoras, me los leí todos. En ese momento me gustaban, ahora ya es como demasiado drama. Cuando los leí me gustaron mucho, porque igual en ese momento estaba también sufriendo esa sensación. *El albergue de las mujeres tristes*, de Marcela Serrano. Todas son figuras de mujeres en desamor. Me da lo mismo

por una causa, por otra, pero no es lo que me gusta ahora, pero en el momento en el que las leí sí, porque fue justo al volver de Andalucía. Y entonces, en ese momento sí que me sentía muy identificada, y yo creo que sí que me ayudaron a asumir el momento.

Incomprendida o no pero con muchos tipos de apoyos.

Mi familia piensa que lo hago fatal, creo yo. Yo creo que piensan que lo hago fatal, no entienden que yo pueda estar bien sola. Creo que ahora ya sí, y mi hermana Amaia más, porque es la más cercana a mí. Ella yo creo que sí que me entiende. Cuando volví, todo el mundo suponía que tenía que estar destrozada; mi padre lo único que me decía era «hija, tú no caigas en una depresión, lo que sea menos caer en una depresión». Yo pensaba «¿tú no sabes que ya vengo deprimida?». Porque todo eso yo no lo he contado, todo eso yo me lo he comido, no saben ni que tuve una crisis de ansiedad, ni que estuve tomando ansiolíticos, ni nada. Lo ha sabido Irene, Jone, mi compañera de piso, y poca gente más, por no decir nadie. Yo de todas formas, siento apoyo por parte de mi familia.

Experimentar, cambiar.

Vine aquí y tenía ganas de hacer algo socialmente, no había pensado exactamente en el feminismo ni en militar en un grupo feminista, pero sí que tenía ganas de hacer algo, de meterme en algún grupo, de hacer alguna militancia. Aunque no había hecho nunca ninguna y tenía ganas vivir esa experiencia, no solo quedarme aquí en casa leyendo, pensando o comentando con quien está en ese momento a mi lado, sino realmente implicarme socialmente en algo. Entonces, por medio de un amigo mío, contacté con el grupo, y la verdad es que a mí el feminismo me ha ayudado mucho. Me ha ayudado a salir del bache, me ha ayudado a entender muchos sufrimientos que yo tenía, a ponerles nombres, muchas cosas. Nosotras en casa poníamos la mesa, ayudábamos a todo, y a mí siempre me ha dado mucha rabia, me ha parecido muy injusto, pero nunca lo había trasladado a mí y a mi forma de ser en relación a lo que yo he aprendido y a lo que he mamado en mi historia a la hora de crear yo un entorno de compartir con otra persona.

Como persona siempre me he sentido inferior a los chicos con los que he estado, pero lo he analizado después. En los momentos

de tomar decisiones, en los momentos de plantarte ante el mundo. Ellos, o yo siento que ellos caminan de otra manera, andan de otra manera por el mundo, hablan de otra manera, da igual que ellos estén equivocados o no, ellos las decisiones que toman, las toman y se acabó. Yo a mi prima y su novia las he visto distintas, las he visto a las dos más iguales, aunque luego cada una tiene su personalidad y cada una se muestra al mundo como es. Pero no veo la prepotencia que veo en ellos, no la he visto en ellas. Yo en las relaciones que conozco, siempre les veo a ellos con una prepotencia tremenda, «pues es que es lo que hay».

Hay más insatisfacción en las mujeres y más perplejidad en los hombres, pero que no les produce insatisfacción. No entienden muchas veces lo que les pasa, pero no es vital para ellos no entenderlo. Pueden seguir manteniéndose en su ser y sentirse bien, paliándolo con otras cosas, bueno, no sé cómo lo harán. Yo creo que tiene que ver con la educación que recibimos. Yo veo una continuidad. Pero yo sí que salvaría el momento de enamoramiento, lo salvaría. A mí no me parece un momento real, un momento de locura, de transposición. Pero o no lo vemos, o no le damos esa importancia, o realmente no es tan exagerado porque todos ponen algo de su parte inconscientemente, porque como realmente estás viviendo un momento mágico, que se da 3 veces en la vida ya estás contenta.

A mí la sexualidad con alguien me gusta mucho, la valoro mucho, pero puedo no tenerla. Puedo perfectamente no tener relaciones sexuales, y no las echo de menos. Puntualmente puedes sentir deseo sexual, pero bueno… Yo antes, creo que tendía más a confundir. Si realmente alguien te atraía sexualmente, una atracción que lo notas en el cuerpo porque te empieza a surgir por aquí no sé qué, te pones nerviosa, quieres tocarle, quieres besarle, quieres, deseas. Y eso yo antes lo confundía con que verdaderamente yo quería a esa persona, quería estar con ella, y patatín y no sé qué. Y ahora ya no. Yo ahora sí que distingo cuándo veo a un tío y lo deseo, y yo sé que es eso, nada más. Luego, para que de ahí se pase a otra cosa, si es que se pasa, que no tengo esa experiencia todavía… Sí que analizo mucho más la situación, analizo lo que estoy sintiendo, estudio mucho más al otro, realmente intento no verle bajo ese prisma de deseo que me lleva a cogerle el culo, y me

pregunto «aparte de gustarme físicamente qué más hay en este tío que a mí me pueda servir, me pueda hacer sentir bien cuando ya no tenga tantas ganas de tocarle el culo».

Pero cada vez estoy más desinhibida sexualmente. Yo antes tenía, en mis primeras relaciones sexuales, muy poca consciencia de mí misma, muy poca consciencia de mi disfrute y de mi sexualidad, de mi orgasmo, de mí, muy poca consciencia de mí y mucho miedo a hacerlo mal, claro, a no gustar, a no estar haciendo lo que el otro espera que hagas, a un poco dejar que marcaran el ritmo; cuando él decía que se había acabado, se había acabado, y si yo estaba hasta los cojones y había que seguir, había que seguir. Eso ha sido un poco la tónica de mis relaciones.

Con Rubén cambié un poco, porque con Rubén sí que empecé a descubrirme un poco a mí misma, porque él lo permitía. Hablábamos mucho de sexo, hablábamos mucho de cómo nos gustaba al uno, al otro, al principio, durante los dos años maravillosos que pasamos. Aquello fue fantástico. Ahí sí que hicimos muchísimas cosas que yo no había hecho con mis anteriores parejas, de probar, de preguntar al otro, de hablar, de masturbarnos juntos, de enseñarle al otro cómo te gusta. Es verdad que luego las cosas se acomodan, luego parece que ya lo has conseguido. Ya llevas dos años follando y ahí también hubo una monotonía, una falta de curiosidad por el otro, un hábito.

Ahora tengo relaciones puntuales… sí, pero ya no con la intención de conocer al otro ni nada, sino de satisfacer mi deseo, punto y se acabó. Si a ti te ha ido bien, me alegro muchísimo, y si no te ha ido tan bien, pues… Disfruto distinto, porque los mejores orgasmos que he tenido yo, lo que es justo un orgasmo y ya, me los he provocado yo misma, eso está clarísimo. La técnica la sé yo mejor que nadie. Pero claro, es solo eso. Y eso a mí me parece tan pobre. Por todo lo que se puede conseguir, si eso mismo o parecido o ni siquiera, pero a mí me parece mucho más rico estar con otra persona, en todos los aspectos.

Ahora siento una especie de orgullo de estar sola, quizá porque yo siempre he tenido también ese punto. A la vez de desapego a la vida en general, un poco de desprendimiento, de distancia. Por otra parte, yo creo que está enlazado con que siempre he tenido un punto de rebelde, de no querer ser como el resto, o también igual

un poco de orgullo, de decir «no, yo es que soy distinta, hago las cosas de otra manera». Siempre ha habido algo de eso en mí. En diferentes momentos, por diferentes causas, pero yo siempre he sido un poco individualista en ese sentido. Menos ahora, también intento corregirlo. Ahora no lo siento como algo positivo, por lo menos siempre y para todo en la vida, para cualquier situación.

Cuando me vine de Andalucía fue un poco para preservar aquel amor, para no deteriorarlo. Lo único que veía era que aquello era insostenible y que yo estaba fatal, y que tenía que salir de allí. Y que lo que no iba a permitir era degenerarlo, yo no quería degenerarlo. Era también como una supervivencia. Salió la parte rebelde mía y de la coherencia también. Yo lo que no podía hacer escucharme contando una película que no era. Construí toda mi relación y toda mi vida en base a la relación, y toda la relación en base al amor. Cuando me falló, se me hundió todo. Toda la reconstrucción que he hecho yo durante estos 5 años, mucho viene de atrás, evidentemente, pero me lleva a estar en lo que estoy. Siempre te va a estar fallando algo en la vida, pero a mí me parece que todo lo demás forma más parte de lo que tú puedes controlar, porque es más racional. Y la parte del amor, no. Yo creo que el único momento de locura que tenemos, es el momento en que nos enamoramos. Nadie enloquece por un trabajo, ni por un viaje a no sé qué islas.

Ahora echo de menos el no dormir sola, porque luego prefieres muchas noches que no esté, pero bueno. El saber que hay alguien a tu lado que esté respirando a la vez que tú, el levantarte con alguien y hacer planes el fin de semana, el hablar, el sentir a alguien a tu lado. Eso sí que lo echo de menos. Las amigas, es otra relación, cubren muchas cosas porque sí, porque yo me encuentro bien, me encuentro a gusto, pero siempre hay algo más íntimo cuando tú con la otra persona tienes una relación sexual. Ahí se produce otro tipo de unión, y es muy indefinible para mí.

Echo de menos los cuerpos desnudos en la cama.

Connell[590] *señala que la experiencia corporal está en el núcleo de la memoria sobre nuestras vidas, en nuestra comprensión de quiénes y qué somos, y que la masculinidad [lo haríamos extensivo también a la*

feminidad] es, entre otras cosas, una manera de sentir la piel, unas formas y tensiones musculares concretas, unas posturas y modos de moverse, unas posibilidades sexuales.

Así, por ejemplo, la encarnación de la masculinidad en el deporte (o en el trabajo industrial, manual…) ofrece un modelo de desarrollo corporal general, no de unos órganos en concreto. Es precisamente una performatividad corporal determinada, al tiempo que unas determinadas relaciones sociales entre hombres y mujeres, la que es admirada y promovida en la competición deportiva, a través de una determinada organización institucional. De forma que ser hombre y deportista de élite se traduce en unos actos corporales concretos, a nivel físico, sexual, relacional.

Pero decir que la masculinidad se constituye a través de las prácticas corporales, significa también que el género es vulnerable cuando dicha performatividad no puede ser mantenida, por ejemplo, cuando aparece una discapacidad (accidente, enfermedad…). Y en estos casos se pueden dar respuestas diferentes y redefiniciones de la masculinidad.

Podemos aplicar este planteamiento al análisis del itinerario de Leire e interpretar desde ahí el proceso de construcción física, sensorial y sexual de su feminidad, una feminidad (amorosa) que es llevada al límite, hasta no poder ser mantenida. Su cuerpo enferma y esto desencadena la redefinición de su identidad de género. Ayudada por un contexto, una red de relaciones y referencias afectivas, intelectuales, políticas, que no solo la sostienen sino que le permiten encontrar sentido a lo que le ha pasado e intentar modificarlo.

Los cuerpos son diversos y cada cuerpo tiene su trayectoria en el tiempo. El cuerpo de Leire es un cuerpo que ha vivido una crisis profunda, que ha estado sometido a una presión extrema. Pero el cuerpo no es neutral. La materialidad cuenta.

Negociar la relación (Jone y Gari)

Nota: Tanto en este apartado como en el siguiente, he decidido presentar simultáneamente, a modo de *conversación*, los contenidos de las entrevistas de dos personas, mujer y hombre, que son pareja y con las que estuve hablando por separado[591].

¿Qué posibilidad tienen dos seres humanos que quieren ser iguales y libres, de mantener la unión del amor?

Entre las ruinas de formas de vida ya no válidas, la libertad significa salida, proyecto nuevo, seguir la propia melodía que se aparta del paso acompañado (…)

El equilibrio nada fácil entre liberación y vinculación (…)

¿Es posible el amor entre iguales[592]*?*

La existencia de conflictos no significa necesariamente desamor, de la misma manera que la tan mentada armonía no es consecuencia directa y exclusiva del amor. En todo caso, es resultado de la capacidad de las personas para resolver los conflictos y asumir la responsabilidad que a cada uno le corresponde en la compleja dinámica del intercambio afectivo[593].

Jone tiene 41 años y un trabajo estable en un servicio relacionado con la igualdad de mujeres y hombres.

Procede de un pueblo pequeño del interior del País Vasco en el que

se inició en la política. Más tarde, la universidad y la vida urbana le permitieron dar un salto en su experiencia personal e ideológica.

Le costó empezar a tener relaciones afectivo-sexuales aunque luego se hizo toda una experta en ligar. Tras unos años de relaciones con chicos comenzó a tener romances con mujeres, y ahí destaca una relación que supuso un antes y un después en su experiencia. Hace unos años conoció a Gari, un hombre con el que convive desde hace 5 años.

Piensa que el amor es un «sentimiento muy grande, que te ablanda (…) Que saca de ti lo mejor. Es una sensación muy viva, muy agradable, te sientes, todo se pone en marcha».

Gari tiene 37 años y es hijo de una familia numerosa de padres progresistas. Se crio en un ambiente familiar y social de libertad y experimentación, política y sexual.

Antes de vivir con Jone había tenido distintas experiencias de convivencia en pareja/grupo y, al igual que ella, ha estado implicado desde muy joven en círculos sociales contra-culturales.

Hace un balance positivo de su vida amorosa y, aunque tiene amigos varones, dice encontrarse muy cómodo en ambientes de mujeres.

Ahora mismo trabaja unas horas a la semana en un empleo manual y además está cobrando el IMI (Ingreso mínimo de inserción) pero quiere poner un negocio propio.

Hay algunas cuestiones que destacan en esta historia de amor entre dos personas que tienen muchos puntos en común aunque también diferencias, una historia que se ha ido fraguando de forma lenta, reposada, reflexiva: ambos hacen un diagnóstico muy similar de las virtudes y dificultades de su relación, aunque con matices también interesantes, y están dispuestos a encontrar salidas a sus conflictos; además, han aprendido a compaginar —diría que muy bien— el disfrute de su interacción amorosa, sexual y de convivencia, con la evaluación de su relación. Condición de base es —en mi opinión— el compartir una ideología y una manera de ver el mundo.

[Jone] Soy mujer, sin ninguna duda. Para empezar es una forma de

relacionarse con las cosas, no sé qué adjetivo utilizar… Creo que nos relacionamos con la gente y las cosas de otra manera. No tendría por qué ser así, pero así es. Además, les damos más importancia a las relaciones. Claro, si digo eso pensarás que soy muy esencialista y no quiero serlo… Ser mujer tiene también sus partes negativas. Al final tenemos los estereotipos muy interiorizados, interiorizamos muy fácilmente la culpa, el ser dependientes, no solo con la pareja, en general.

En mi vida ha habido como dos fases a este nivel. En la primera, como un rechazo, una negación. De pequeña no le daba importancia. Luego me vino la regla y ahí hubo un rechazo a ser mujer. Al mismo tiempo me sentía muy feminista. Ha habido en mí como una pequeña lucha, me sentía feminista desde pequeña, pero al mismo tiempo tenía muy interiorizadas las desventajas de ser mujer.

Ahora, como me dedico a esto… Además, la militancia de años ha tenido mucho que ver. Siempre he estado implicada, primero en la Asamblea de Mujeres, luego en la *gazte-asanblada*[594], en el *gaztetxe*, siempre he estado metida… Y luego el trabajo, hace mucho tiempo que me dedico a esto, todo influye.

Por ejemplo, la importancia que le damos al amor, eso se mantiene tengas pareja o no. Le damos mucha importancia al ligue, al ligue que tuvimos, a la posible pareja… Eso también es algo común entre mujeres. Luego tenemos nuestras aficiones, intereses y dedicaciones distintas entre nosotras y mantenemos relaciones de muy diferente tipo, pero hay constantes. Yo ahora no tengo mucha relación con hombres. Siempre he tenido amigos hombres, pero no con una relación muy estrecha, *jatorrak*[595], majos. Pero me cansa un poco la relación con los tíos, me agota. Con los del trabajo, como saben además que hago cosas de feminismo, no es que hablen de fútbol pero son muy chicos, sientes como una presencia masculina muy pesada, ocupan mucho espacio. Ahora ha empezado una chica a trabajar y eso ha sido una liberación. Les gusta provocar y a veces se crea tensión. No mucho, pero ahí está.

[Gari] *Nunca me he relacionado mucho con chicos. Nunca me ha gustado tener la típica cuadrilla de tíos, eso nunca me ha gustado y*

siempre me he mantenido al margen. Recuerdo cuando a los 14 años, en la escuela, nos hicieron dibujar un poco cómo era la clase, las personas, el líder… y a mí me dejaban totalmente aparte, sin cuadrilla, con relaciones individuales, con chicos y chicas desde los 12 o 13 años, amigas con las que no tenía una relación amorosa. Luego me metí en todo lo que es la militancia y toda la idea de cómo debería ser la igualdad, e intentas meter el tema ahí, recibes golpes, sobre todo de tíos, que te quedas como ¡joe! Hasta un momento que… como que no me sentía, no sentía que tenía nada que ver con ellos y eso lo he recuperado un poco en los últimos años, y van pasando lo años y… Nunca ha ido tan lejos como para decir me voy a cambiar de sexo, tampoco ha sido una cosa muy problemática, pero sí, siempre digo que hay hombres que me gustan, que hay hombres que me gustan para relacionarme, incluso que me podría enamorar de un hombre, pero no hay muchos.

De todas formas, ahora hay más hombres en mi vida, como un 50 y 50. Cuando estás solo con hombres sí eres muy consciente… Yo cuando vivía en mi casa de antes solía vacilar, a ver dónde estaban las chicas, era un ambiente muy de chicos, pero había chicos muy majos. No sé, es la manera de bromear o de tener una conversación, que dices «es que no tienen nada que me interese», típicas conversaciones de hombres. Siempre me ha gustado relacionarme con mujeres que tienen una vida independiente.

El amor es súper importante. Es algo que sientes por dentro, un sentimiento muy grande, que te ablanda, que te ablanda en el buen sentido, y que te hace dar más. Que saca de ti lo mejor. Es una sensación muy viva, muy agradable, te sientes, todo se pone en marcha.

¿Cómo representarlo? Lo que me viene a la cabeza sería estar en lo alto de un monte… una sensación de plenitud, de estar abierta, de dar, pero en la naturaleza y en un espacio muy alto, por ejemplo en Pirineos.

El amor es alguien que te guste mucho y dejarte llevar por estos sentimientos y a ver qué puedes hacer con eso, como un plan conjunto entre 2 personas o más. Hay distintas formas de amor. Lo primero es la atracción y lo segundo dejarte llevar y decir «¡joe pues realmente me gusta mucho!».

Siempre he tenido miedo a amar, en general, he estado cerrada. Igual por eso hablo de ese abrirse, será la necesidad. He tenido problemas para expresar los sentimientos, me ha costado y he recibido muchas hostias. Seguramente, miedo también a dar. A mí me ha costado entrar en el amor. Primero, porque por miedo no me dejaba ablandar. Y luego, luego cada vez eliges mejor. Sé que con un buen amigo estoy mejor, pero ha sido un descubrimiento tardío. Yo le he tenido mucho miedo a sufrir, y entonces, me ha costado mucho tirarme a la piscina. No es que haya tenido experiencias especialmente malas, pero sí, lo he pasado mal. El amor ha ocupado mucho espacio en mi vida, siempre, mucho espacio. No sé qué porcentaje, pero mucho. Ha habido momentos en los que lo he dejado a un lado, pero ahora… claro, según cómo estés… es más importante o menos, abres o cierras el espacio. Pero cuando estoy bien, como ahora, no le doy tanta importancia porque ahí está y dejo que otras cosas también estén, pero sé que ahí está. Pero en mi cuerpo siento que ahí está y que ocupa mucho espacio.

Yo he aprendido a saltos y de mala manera. Porque ¡lo que es desde mi familia! Como a muchos nos pasa, en mi casa no he visto ni un beso ni nada. Ha sido súper frío todo, todos muy estirados, muy medido, y eso es lo que aprendí cuando era pequeña, era así, había muy mal rollo en mi casa. Creo que de ahí me viene, a los de mi familia nos ha costado mucho, nos ha dado mucho miedo, no solo a mí. Y entonces hemos aprendido como hemos podido.

Igual por eso luego he ligado a diestro y siniestro, igual porque me faltaba esa afectividad y era la única forma de conseguirla. Muchas veces he encaminado la afectividad por lo sexual. Y luego hubo un momento clave, con Julia. No era la primera mujer, pero sí la primera relación larga, 4 años, mi primera relación larga, y ella consiguió ablandarme. Y de ahí en adelante, a pesar de estar sin pareja algunas temporadas, yo estaba más dispuesta a amar de nuevo. Me ayudó mucho.

De joven me acuerdo de los libros de Martín Vigil, sobre las relaciones adolescentes, *El informe Hite*[596], también. Tendría 16 o 18 años. Pero era todo en grupo. En mi pueblo había un grupo mixto y ahí trabajábamos de todo, la pérdida de los fueros vascos un día, el día siguiente la sexualidad, el siguiente… y ahí hicimos mucho trabajo sobre afectividad, éramos autodidactas. Uno era

mayor, luego se metió poli-mili[597]. Sí, mucho trabajo, pero siempre auto-aprendizaje. Y luego, en el instituto, también. Siempre he estado militando, de pequeña iba a todas la asambleas de mi pueblo.

Al principio era muy vergonzosa. Me acuerdo que en el instituto las chicas empezaron a andar con chicos y yo no, yo más tarde. Pero yo era una esponja. Y eso te hace también aprender, de tu alrededor. Pero todo era muy ideológico. Por dentro sentía mucha represión. Me costó mucho. Pero siempre con trabajo de grupo y trabajo personal.

Yo creo que he aprendido por mi cuenta. Son cosas de las que no eres muy consciente, pero tú piensa, mis padres… están muy enamorados, pero lo que es la afectividad no se ha mostrado mucho en mi casa, yo creo que es también la generación de esa gente, no se muestran demasiado. Y luego también todas las historias de los años 60 y así. Cuando yo tenía 17 años añoraba mucho la época hippie, aunque he crecido en los 80 y estas cosas del amor las idealizas mucho y dices «eso tiene que ser lo más».

Yo he leído mucho y leía mucho de estas historias, soy muy fantasioso. Yo soy más de los 80 que de los 60-70. Y también era como una cosa de idealizar el pasado. En mi casa se hablaba de estos temas pero muy poco. Mi padre se enteraba de todo porque era profe de mi instituto, pero luego era muy discreto Y mi madre que decía que todavía era muy joven. Mis padres han sido muy progres con todo, aunque yo he tenido más libertad para moverme que mis hermanas. Esto es algo que va de generación en generación.

Cuando estaba en la universidad estábamos en pleno amor libre, la liberación sexual y todo eso, yo quería ligar con todo el mundo. Nosotros igual nos enrollábamos en una comida con los del piso, era muy ligero, muy fácil. Luego con algunos te hacías amiga y con otros no, aunque siempre había algo más de complicidad. Y luego, no soy una persona muy sexual pero sí he tenido momentos de puntazo. Por ejemplo, mi primera relación sexual, mi primera

penetración, fue en una borrachera, pero sin… ni afecto ni nada, como muy poco afecto. Mi primera relación sexual, mejor olvidarla, pero bueno, tendrá su peso, porque empezar así…

Tuve una relación con un chico de clase. Luego, una relación con otro durante dos años, muy intensa. Él tenía otra novia, su novia, la oficial, y yo era la amante, a pesar de dormir con él de lunes a viernes. Había un tipo de amor, un tipo de amor que no quiero más en mi vida, cuando no puedes decidir, un amor sin futuro. Yo tenía mis amantes pero estaba como entregada. Era muy fuerte saberlo y seguir, pero ahí estuve. Y si no hubiera roto él ahí seguiría. ¡Qué falta de capacidad para romper! ¡qué horror! Especializado en tener… porque cuando acabó conmigo tuvo otra, siempre ha tenido dos novias, hasta que acabó mal de la cabeza, por otras cosas, no por eso. Pero sí fue importante y me dio un punto, el punto de amante. Porque no fue la única vez, después me pasó algo parecido. Empecé con uno que luego empezó con otra y ahí seguí. Con él no había engaño, siempre me dejó claro que yo era la otra.

Me quedé embarazada y ahí hubo un punto de inflexión. Fuimos a Francia pero él no pasó la frontera. Me acompañó una amiga y cuando volvimos no me preguntó qué tal estaba, solo si habíamos tenido problema en la frontera. No se lo he perdonado nunca. No cortamos de inmediato pero ahí ya…

La relación con el siguiente fue muy alegre, y muy libre. Luego se metieron las drogas por medio y se volvió muy paranoico, le cogí mucha manía al speed. Eran los años del Rock Radical Vasco, íbamos a todos los conciertos, era un ambiente muy alegre, nos lo pasábamos muy bien. Poco dinero, a todos los sitios en *auto-stop*. Tengo muy buenos recuerdos.

Luego, está mi primera novia, que no dejó ningún poso especial en mí. Una moza de Iparralde[598]. Ha sido el único momento de mi vida en que alguien daría su vida por mí, pero tampoco quiero eso. Fue importante solo porque fue la primera novia. Fue una relación bonita, todo fue ¡buah! descubrimiento…

Ahí empezaron las chicas.

La primera vez que me enamoré fue a los 15 años y la primera vez que he tenido una relación estable fue a los

años, que duró 4 años, pero ya desde el principio era como muy árida, era toda esa época del amor libre, que si tú te enrollabas con alguien empezabas enseguida a convivir pero igual no como pareja, y en esa apertura, yo me enamoraba de otras chicas. Con una que vivía en casa y con esta chica estuve 2 años, y fue muy emocionante. Estabas enamorado de 2 personas a la vez, porque a estas edades piensas que puedes con todo, y claro me gustaba mucho dejarme llevar. Estuve 2 años con ella, muy enamorado, y ella. Pero era una relación un poco imposible y fue el momento en que me vine yo para aquí. Y aquí estuve un año y medio con otra chica.

Yo he cambiado mucho, ya no me dejo llevar por una persona que me gusta y me apetece tener una aventura sexual, en eso he cambiado mucho, lo controlo mucho más. Valoro mucho empezar a hacer algo más en serio con alguien que dices… antes era el egoísmo de ser joven. Yo creo que es un poco ganar más seguridad y tener más seguridad emocional sobre todo. De todas formas, mi balance es positivo y mi relación ahora también es muy positiva.

Lo peor fue la historia de la chica con la que estuve 2 años. Fue doloroso porque fue una historia muy… no negativa, porque tengo unos recuerdos muy buenos… pero la historia personal que tenía ella era dura y yo no sabía cómo afrontarlo y me quedaba con rollos de culpa… una relación que no era posible pero que me hubiera gustado mucho que sí lo hubiera sido porque nos gustábamos mucho los dos. Es que a veces acabas, no porque no te guste esa persona, sino porque ves que no hay posibilidades y si no, va a estallar…

La verdad es que el amor ha ocupado un lugar muy importante en mi vida, si ves los movimientos en mi vida también los puedes ver a través del amor, porque hay más cosas que te mueven, pero para mí es una cosa muy importante, yo creo que de lo más importante, ha sido el amor.

Después vino Julia. Todo fue muy diferente, entonces me di cuenta. Con Julia se cortó lo de tener cada uno su espacio. Ella encajaba en mi vida y yo en la suya y hubo mucha fusión, quizá demasiada. En nuestro caso, una cosa buena fue que le salió un trabajo en Gipuzkoa. Estaba conmigo en Bilbo. No vivíamos juntas, pero bueno… Fue muy bonito. De repente fue «venga, me entrego». Y cuando le salió el trabajo se fue y se me hizo muy difícil al

principio, pero al mismo tiempo yo estaba muy a gusto viviendo aquí. Trabajaba muy poco y los fines de semana eran muy largos, igual de jueves a martes. Como no habíamos sabido separar, la fusión era tremenda, y la realidad nos ayudó. Y bueno, luego vino la separación. Ella a los cuatro años empezó con una chica y ya vino la separación. Pero fue un amor muy diferente, en el que no respeté lo que para mí eran principios, tu espacio, tu libertad, sobre todo el espacio, porque luego va todo junto… tu tiempo, no hacer todos los planes con ella, mantener aparte tus amigas. Y eso no se mantuvo con ella, pero al mismo tiempo fue una cosa que hice a gusto. Sentí esa fusión y ¡venga!, no me importó demasiado. Las amigas me decían «¡quién te ha visto y quién te ve!», pero yo estaba contenta. Y pensaba que era para siempre, ese fue un cambio tremendo respecto a lo anterior porque era algo que no se me había ocurrido antes, no podía imaginar un amor para siempre, me parecía… No lo había sentido nunca.

Yo me imaginaba con Julia en todas las etapas de mi vida. ¡Estaba tan bien! No me imaginaba mi vida sin ella. Y me parecía bien. De viejecitas, de aquí para allá. Además, a mí, la verdad, la idea de andar con una chica, no solo estar, me atraía mucho, me gustaba estar con ella, me parecía provocador, me gustaba como idea. Aparte de que yo estaba supercolgada, porque yo fue conocer a Julia y el mismo día… La conocí de casualidad, fui a casa de una amiga y la vi, y no era especialmente… pero a mí me gustó desde el primer momento. Yo tenía 29 años cuando la conocí y estuvimos 4 juntas, hasta el 93. Andaba con mi vecina, que al mismo tiempo andaba con la que vivía conmigo. Una noche la conocí en su casa, yo estuve estupenda, simpática y maravillosa toda la noche, haciéndole muchísimo caso, todo lo que me decía me parecía interesante, le reía todos los chistes. ¡Hombre! ella se dio cuenta enseguida y no le debió de parecer mal, porque se dejó. Y bueno, pasamos juntas la noche. Vivíamos al lado, su amiga se fue a la cama y yo le dije si se quería venir conmigo y no se lo pensó dos veces y se vino, y ya guay. Y el siguiente día otra vez. Y luego, era de Donosti y fui a pasar las vacaciones de Semana Santa con ella y poco a poco… Después nos fuimos juntas a Amsterdam y ya allí empezamos la relación. Fue muy bonito, muy bonito.

Ella pinta y tenía una habitación donde pintaba… su

ducados[599], su cerveza… necesitaba su espacio, pero yo, yo, estaba a ella entera, no respetaba su espacio, solo quería estar con ella, hablar con ella y yo entraba en la habitación, no respetaba su espacio, un poco pesadita, la verdad. Pero estaba tan enamorada. Teníamos mil planes, siempre juntas. Luego se fue a trabajar a Gipuzkoa y ya nos veíamos algo menos.

Mientras estuve con ella no tuve ninguna otra relación, fiel a morir. Bueno, una vez, una vez ligué con un tipo y no me lo perdonó, lo llevó fatal, fatal, porque le parecía que era un gilipollas, encima un chico, el más gilipollas del mundo. Ahí hubo un momento que perdió la confianza en mí, me dijo que le había defraudado muchísimo. Yo le decía «estas celosa, nada más», pero luego me arrepentí. Al cabo de un tiempo empezó que no tenía ganas de enrollarse, «es que me da pereza», después de 2 o 3 años juntas. Después se fue a Gipuzkoa a trabajar, yo ya sabía que no iba a volver. Y poco a poco comenzamos a poner distancia. Y al final hablamos, nos daba mucha pena a ambas pero decidimos cortar. Seguimos siendo muy amigas.

Los conflictos que teníamos eran siempre porque yo le invadía el espacio, no le dejaba pintar, cosas así, cosas simples. Luego, una temporada ella venía y yo estaba en mil cosas, una radio, entrevistas, reportajes, y todo el día con historias, y ella estaba un poco cansada de tanto trajín, «no me montes tantas actividades que no lo soporto». Ahí negociábamos mucho, qué hacer, cuándo, cómo…

Pero para mí fue la primera vez que me sentí enamorada y que me querían y que pude deshacer muchos nudos, que no es poco.

Con mi primera relación empezó todo más por interés suyo, creo que fue ella, Elena, la que me buscaba, pertenecía a mi ambiente, sabía que había escrito cosas en alguna revistilla anarquista, cosas feministas también. Ella estaba con un chico y cuando terminó con él, de repente se presentó en mi casa a hacer una visita… yo no pensaba que quería algo de mí emocionalmente o sexualmente… de repente, estás con una amiga y notas, y piensas «esta quiere algo». En esos años éramos bastante rápidos… era «¿me dejas dormir aquí?», o ya empezabas a meterle mano o le dabas un beso o lo que sea, pero sin mucho preámbulo.

Luego, cuando te gustaba alguna persona tú también hacías el esfuerzo para ir a buscarla. Como estábamos en el mismo movimiento pues teníamos mucha facilidad para vernos, y allí nos juntábamos. Todos los lunes nos juntábamos y había algunos lunes que nos íbamos juntos a casa, que acabábamos juntos. Era una época en la que yo no tenía nada claro si quería una relación estable, tenía relaciones con otras chicas y ella con otros chicos… pero llega un punto que cuando empiezan a aparecer los celos de alguno de los dos, y que dices «aquí hay algo más ¿no?». Pero bueno nuestra relación siempre fue abierta.

Al año siguiente me fui a vivir con otras 4 personas a una casa, 3 chicas y 2 chicos. Y ella que era muy crítica en lo personal y en lo social… yo ahora pienso que demasiado… y yo la ayudé bastante a que ampliara su mundo social, pero por ejemplo ella no soportaba venir a visitarme a la casa donde vivía yo, que éramos 5, no podía estar; vivía sola en una casa y nos íbamos allí. Era como muy profunda en todas las cosas. Era muy lista. Escribía muy bien. Pensaba muy bien y todo eso me atraía mucho de ella. Y yo creo que a ella le atraía toda la apertura sexual también. Ella me enseñó algunos aspectos sexuales desde la perspectiva de las mujeres. Pero lo que menos me gustaba era que tenía muchos problemas para manejar sus emociones. Nos autoaislamos un poco…

Terminó porque me enamoré de Cristina. Ella empezó a ir por su cuenta y además también tenía sus relaciones, algo se rompió y yo me enamoré de Cristina, pero ella también se enamoró de otro chico. Yo no podía elegir, yo decía «que hay que elegir, qué chungo». Y fue ella la que eligió y se inclinó más por el otro chico. Y entonces yo puse toda mi energía en Cristina. Luego Elena se metió en una especie de secta y luego de pastillas… Cada vez que vuelvo a visitar a la familia la busco a ver qué tal está. Me da mucha pena porque era una persona que podía haber… en la relación con el otro chico se metieron mucho en el tema de esoterismo, se dejaron llevar mucho y de repente ya estaban yendo a un sitio que tenían gurú.

Cristina estaba viviendo en casa y un ex de ella se suicidó, se suicidó o no se sabe muy bien qué, y justo un mes antes se había suicidado uno de su pueblo, es lo típico a estas edades. Y vuelves a casa y empiezas a hablar de estos temas, y terminas acercándote físicamente, ella estaba muy mal y… Y nos enamoramos. Ella tenía una historia trágica, ¡puf! Le pasó algo muy traumático a los 16 años, una historia que le marcó

mucho. Yo la quería mucho y era una persona con mucha personalidad también, pero claro tenía unos problemas personales enormes y había tenido mala suerte en la vida. Estaba estudiando psicología por lo que ella sabía muy bien lo que le pasaba.

Yo ya estaba mirando para venirme para acá le dije «vámonos 3 meses». Vine con ella 3 meses, y nos lo pasamos muy bien, estuvimos muy a gusto. Ella era una persona muy impulsiva, pero era una relación con conflictos también, sobre todo por su parte. No era fácil tener una relación con ella. Por ejemplo, todo el problema sexual que ella tenía y yo intentando que ella se lo quitara de encima y poder llegar a…

El primer orgasmo que tienes con ella o ella contigo… te sientes súper relajado y dices «¡por fin!». Era muy impulsiva, era muy amorosa, todos los sentimientos, lo negativo y lo positivo, y eso me encantaba, aunque también me cansaba. Ahora está mucho más tranquila. Pero claro todo lo demás era una gozada, por eso duele tanto… Su visión de cómo acabó fueron las historias que tuvimos cada uno por nuestro lado, pero hubo otras influencias también. Yo por ejemplo toda la última temporada no estaba bien, no me gustaban sus nuevas relaciones, yo no podía estar con la gente con la que se relacionaba. Andaba con gente más joven y todo el típico rollo, chistes malos. Había un chico y el chico estaba enamorado de ella, yo ya lo sabía, y hacían muchas cosas juntos…

Gari ha sido el último. Aquí la diferencia es cómo surgió la relación entre nosotros, cómo entramos los dos en la relación, con mucho tiento, estuvimos mucho tiempo de amantes esporádicos. Con mucho miedo. Yo no tenía nada claro lo de andar con un chico, él no tenía claro que quería tener una relación, y los dos teníamos mogollón de miedo a la relación y no dábamos dos duros por ella.

Ahora me da lo mismo, pero al principio me importaba que fuera chico, me costó empezar a tener relaciones con un chico. Para mí, andar con chicas era guay, como que me parecía todo más fácil… claro, luego el tema de la anticoncepción y todo eso, te mueves en otro plano. Para mí era una liberación. Y ahora no me siento heterosexual, a mí las chicas me siguen gustando, pero ahora no me preocupa.

Entonces, los dos estuvimos ahí, con mucho miedo y con mucho

tiento, y ya cuando nos metimos teníamos una confianza muy grande, una estabilidad muy grande. Fue todo muy despacio, muy despacio. Nos pusimos a vivir al cabo de 4 años de empezar. Con 18 años, eso no es nada pero a nuestra edad. Y además, empezamos a vivir de casualidad, porque pasamos unos meses viviendo juntos porque él tenía un trabajo aquí y probamos y… «si estamos de maravilla», y decidimos. Pero nos costó decidirnos. Y ahora es una relación muy madura. Cada uno sabe lo que quiere y sobre todo sabemos lo que no queremos. Entonces, las cosas están mucho más claras, hablamos mucho. Tenemos ya una edad y cada uno trae su experiencia y ya no hay tanto dolor. Porque yo antes me metía en cada historia…

Y él estuvo no sé cuántos años con una pareja. Yo 5 años sin pareja y en esos años tuve tiempo de madurar y afianzarme, y por su parte, algo parecido. Nos hemos metido de otra manera. Para empezar, cada uno tiene su habitación, eso lo primero. Y eso no ha habido ni que discutirlo, no podemos planteamos una casa con una sola habitación, imposible, a pesar de que siempre dormimos juntos. La mayoría de los planes los hacemos juntos, pero cada uno es muy celoso de sus cosas. Es que nos hemos juntado dos muy parecidos y él es más que yo todavía. Lo vivimos además como bueno, los dos queremos lo mismo. Y hay libertad para que cada uno se haga su plan. Yo me voy algún fin de semana con mis amigas y él también. Eso no quiere decir que alguna vez haya pensado marchame y a última hora cambio, eso puede pasar. O igual te vas, «tengo que irme porque tengo que mantener», esas cosas también pasan, pero no se da una fusión así… Estamos muy bien juntos y tenemos claro que queremos vivir juntos y yo me imagino con él y él conmigo, pero sabemos, lo tenemos claro, que es posible que no sea para siempre.

A mí una persona me gusta rápido, una mirada un poco fija y si es una persona simpática, fácil. Atraerme a mí no es una cosa dificilísima. Otra cosa es tener ganas de… Ahora me da pereza meterme en líos, pero a mí con una mirada… y si además me gusta físicamente… tampoco ultraguapos… Yo he ligado a diestro y siniestro. Cada uno tiene su historia y yo siempre me he tenido por fea, me veía fea, no me lo habían dicho pero yo me veía así. La única manera de sentirme bien conmigo misma era seducir, y me

volví una experta. Ahora no lo hago… Miradillas, sonrisillas, hacerte la *súper* interesante. Yo también utilizo el hablar, comentarios inteligentes en momentos oportunos, esas cosas. Yo he sido de levantar pasiones o de una manía horrorosa, la gente se acuerda de mí, era bastante conocida, me movía en muchos sitios y era atractiva para mucha gente, interesante. Pero todo eso estaba muy unido a lo que yo traía. Luego se me pasó, «pues no debo estar tan mal, porque realmente a la gente le gusto». Me acuerdo muy bien de una persona que me dijo que era guapa, y otro chico le dijo a mi hermana «¡qué hermana más guapa tienes!». Yo he sido siempre muy activa, no me ha gustado mucho que me echen los tejos. Quitando a Gari, todos los demás… en el caso de Gari fue él.

… Que estés tan a gusto con una persona y de repente estás sin ella y estás perdido, que te has metido tanto, que te gusta tanto, sobre todo en la fase del enamoramiento, sobre todo en los primeros años. Y creo que… pero por eso disfrutas tanto, de esa relación. A mí sobre todo lo que me gusta es disfrutar, y sobre todo quiero sacarle… en esa época de enamoramiento… sí que quiero sacarle todo.

Empieza desde la respiración, como que parece más, no sé, que se te sube a la cabeza, y empieza ahí. No expresamente tiene que ser sexual, yo creo que no. Sexualmente siempre tiene que haber una atracción, si te quieres enamorar de alguien, si no está eso pues no… Pero realmente sentirte enamorado no tiene por qué ser sexual. Para mí es otro flujo de energía. Si hay alguien que me gusta mucho, lo veo desde el primer minuto. No lo puedes describir, no es una cosa… Es todo, es la presencia, lo exterior es lo primero que te llega, porque igual estás entre gente, y ni has hablado y estás al otro lado de la barra… no solo físico, son gestos, son maneras de hablar, cuando alguien abre la boca a veces piensas que es esto, y no lo has notado antes, otras veces es el cuerpo, «¡qué cuerpazo!».

Cuando eres más joven es más normal te has enrollado y sabes que has conectado mucho y parece que a partir de ahí está el enamoramiento, lo sexual es lo primero. Pero eso con los años… Antes era como más lío todo, te dejabas llevar más y luego «¿cómo lo corto?». Yo con 20 años me enamoré muchas veces, también de chicos.

De repente la persona esa está todo el rato en tu cabeza, todo lo que

haces es absurdo, parece que siempre estás pensando, eso es que ya estas enamorándote. Por un lado pones mucha energía y por otro lado te dan bajones, ¡qué trajín! Tienes que hacer mogollón de esfuerzo y tienes la duda de que igual es para nada, y te absorbe totalmente, cuando estás enamorado estás casi 24 horas con eso. Y en el momento en que empieza a tener resultado, y ves que hay respuesta de la otra persona es como que por fin empiezas a vivir, y esa sensación de tranquilidad está súper bien, todavía estás muy tenso pero ya estás viviendo esa densidad más… que ya no está tan idealizado, que estás más en la fase de antes, que las dos personas se dejan llevar, y que realmente estás con emociones muy fuertes, y a mí por ejemplo me gusta mucho reír y reír, con Jone también, somos dos personas alegres, nos gusta reírnos, es una cosa muy importante en nuestra relación.

El deseo es una sensación parecida, estás como inquieto… Muchas veces, se piensa que a nosotros los hombres, las hormonas, nos enrollamos y tal… Pero yo no lo vivo así. Cuando deseas a alguien al principio es la misma inquietud, como que te mareas y te pones nervioso y das o no das pasos. A mí me gusta mucho que la otra persona también dé pasos y venga hacia mí, eso te sube el deseo, porque no lo esperas. El deseo entre dos personas se nota muy rápido, aunque no hayas hablado nada, el contacto de ojos, de no sé que, antes igual era mucho más… me ponía más nervioso porque esperaba, querías dejarlo un poco, «no quiero pero puf!». Me desesperaba un poco eso, como que me alteraba demasiado.

Yo diría que soy bisexual pero más tirando a heterosexual, viendo las experiencias que he tenido, muchas más con mujeres que con hombres. Con hombres también he tenido, además mi primera experiencia sexual fue con un chico. Yo suelo ir de fiestas de chicos, en el Ambiente, pero ya sabes lo que va a haber, y eso tampoco me gusta. Cuando tenía 25 años me gustaba un chico e iba para adelante, «yo quiero también probar eso», pero de repente es como que no… Tú puedes estar besando a un chico porque realmente quieres y porque te gusta, pero cuando empiezas a llegar a las zonas más explícitamente sexuales, te das cuenta de que para el otro eres un objeto de experimentación y te asustas y se echan para atrás. Pero hay un par de chicos de los que me he enamorado, y es como «¡joe! yo con este echaría para adelante», pero luego no ha sido posible. Si pones todas las personas que me puedan interesar para una relación, pues igual el 90

por 100 son mujeres, me gustan más, y hay muchos chicos que me gustan, pero para una relación amorosa, pues como el 10 por 100. Creo que las mujeres me gustan más emocionalmente y sexualmente, creo que estéticamente y físicamente a mí me atraen muchísimo más las mujeres, aunque los cuerpos de los hombres también me atraen. He tenido experiencias bonitas con chicos, pero… Lo que nunca me ha interesado es meterme en el mundo del Ambiente, me parece que es como… sobre todo el de chicos, es como… por un lado superficial, está todo muy centrado en lo sexual, y eso, ¡hombre! tengo colegas del ambiente, chicos, y me siento bien con ellos, y me río, pero me río porque… «el trajín que tenéis, no es para mí».

Enamorarse es un subidón terrible, la entrega, el estar guay. El corazón a tope, te duele el corazón, la tripa a tope, como un calor, también en la zona del sexo. El deseo se siente en el sexo, claramente, te pica todo, como… como unas ganas de tocarle, de tirarme al cuello. Enamorarse es como un bienestar. Yo a veces le veo a Gari y siento ganas como de comérmelo entero a besos… o una desazón cuando no está. Te da como una estabilidad, un estar muy bien, un deseo de…

La intimidad, sin embargo, es para mí estar en un sitio sola, en la cima de un monte o en mi habitación. Ahora estoy muy bien y esos momentos de intimidad son guays. Yo ahora me paso un fin de semana sola y no echo nada en falta, necesito esos momentos para mí, me siento plena. Y antes, me acuerdo de momentos en mi casa, con mi familia…

Conocí a Gari porque vivía en casa de un amigo, siempre iban juntos a todos lados. Pero sin más, a mí los rubios nunca me han gustado. Y luego organizaron en su pueblo una semana de arte en una casa ocupada, en el monte, y me llamaron para dar una charla sobre las mujeres artistas en Euskal Herria. Fui y me quedé a dormir en su casa.

Vinieron también Julia y su hermana. Después de cenar me fui a dar una vuelta por el monte, después de fumar unos porros. Y ya cuando bajaba me encontré con él, que iba a ver el amanecer a un sitio que conocía. Me di cuenta de que me miraba mucho, pero a mí no me interesaba especialmente, y allí estuvimos. Se ve todo

Donostia, la isla… precioso. Y en un momento me puso la mano, y a mí me entró la risa. Y luego cuando nos levantamos me abrazó y cuando me tocó sentí un calor muy dulce. Y le dije «no quiero ligar contigo». Pero bajamos así, de la mano, y me dije «¿por qué no?» Y estuvimos muy a gusto, pasamos juntos todo el día, muy a gusto. Dos días más tarde nos vimos en otra fiesta en otra casa ocupada y también acabamos juntos. Un mes más tarde fue a verme a la Acampada contra el AHT[600] y estuvimos juntos otra vez. Y así, poco a poco. Ni él ni yo queríamos meternos en una relación y entonces, fuimos con mucho tiento. Yo no estaba colgada. Sexualmente era una relación buena, muy pasional y estaba a gusto con él. Y luego estuve una temporada larga sin verlo, y ya en septiembre… o sea esto había empezado en julio… y luego a finales de septiembre, principios de octubre, ellos solían ir a pescar y estaban allí todo el mes, en una cueva en una cala, todo muy *hippie*. Vino, yo estaba trabajando en un bar en Donosti y le dije que luego podíamos ir a la cueva y se emocionó un montón. Y allí ya… pasamos tres días juntos y hubo ya mucha chispa. La convivencia fue muy buena, muy a gusto. Vi que era muy buen cocinero, muy apañado y… Fue muy intenso, muy a gusto. Eso fue en el 98, llevamos unos 8 años juntos.

Yo daba cursos y hacía de todo, tenía mucho tiempo libre. Y luego se fue a la vendimia y no le vi en una temporada. Después, empezó a venir a Bilbao con excusas, que si una fotocopiadora, que si… y yo le llevaba a los sitios más bonitos de Bilbao. Se fue a Barcelona y yo le acompañé y ya allí me di cuenta de que estaba superpendiente y me dije «de cabeza». Estuvimos 10 días juntos muy bien, más que nada me dejé sentir y nos fuimos conociendo más y me dije «¿por qué no?». Y fuimos quedando los fines de semana hasta darnos cuenta de que nos habíamos enamorado y que merecía la pena la historia. Así empezamos.

Él estaba un poco escaldado de una relación y decía que no quería volver a sufrir, yo tampoco quería. Fue algo muy lento, nos metimos muy poco a poco, con mucha seguridad, yo he sentido mucha seguridad. Tenemos nuestras broncas como todo el mundo pero me da una energía tremenda. Yo siento que tenemos una relación muy fuerte, que tenemos un proyecto de futuro, lo tengo claro. Los dos sabemos que un día se puede cortar pero los dos

sentimos que queremos estar juntos. Bueno, no sé lo que te dirá él *[ya sabe que voy a entrevistar a ambos*], pero estamos enamorados. No sé si tendrá alguna amante, yo pienso que no, pero a veces…

Tenemos un acuerdo, todas las parejas lo tienen, explícito o no. Otra cosa es que se cumpla, pero nuestro acuerdo tiene mucho tiempo. En principio no se cuenta si se ha tenido un ligue, pero que si una de las dos personas pregunta, se cuenta. Y aunque nadie pregunte, solo se cuenta cuando algo es importante. Y hasta el momento… Una vez le pregunté, nunca le pregunto porque me da miedo, prefiero no saber. A veces pienso que sí y otras que no, pero… Pasa algunos fines de semana fuera, no siempre estamos juntos, muy de vez en cuando. Una vez le pregunté y se enfadó, que habíamos hecho un trato, estábamos algo borrachos, que no entendía a qué venía aquello, pero me quedé mal porque no me dijo nada, y así se quedó. Y me dije, tanta seguridad que yo tenía. Y luego se me pasó y me di cuenta de que había exagerado, que no tenía que haber preguntado.

Yo ligué una vez… ¡con lo que yo he sido! No se lo conté, claro, una historia de hace mucho tiempo, de hace 6 años. Vino un amigo de Barcelona… pero yo estuve pensando en Gari todo el tiempo, «¡quién me habrá mandado!». Por eso pienso que si yo… que él también quizá… Tengo claro que puede pasar perfectamente. A veces me ha surgido la oportunidad pero lo he controlado, porque creo que luego no estaré a gusto, enseguida pienso… y me da pereza. Igual te encuentras con alguien, hay miradas… pero no empiezo a jugar, me he vuelto formal. Pienso en que volveré y me encontraré con Gari y me sentiré culpable. Se me hace raro pensar que me tengo que topar luego con él. Estoy a gusto así. Aunque me gusta que me guste la gente. Además me da la oportunidad de pensar que a él le puede pasar lo mismo. A veces bromeamos, pero siempre hay una frontera, la frontera es no preguntar directamente. A mí no me gusta el tema ese de engañar. Tengo una amiga que tiene un novio y se enrolla con otros, y tiene relaciones dobles, todo a escondidas. Y eso a veces, cuando lo comentamos, nos parece mal a los dos, no nos sentimos cómodos. Yo a veces me enfado con esta amiga, «¡que no puedes estar engañándole un año!». Yo igual soy un poco tradicional pero ese tema de llevar relaciones a escondidas mucho tiempo… me imagino que me lo hagan a mí y no me gusta,

me parece humillante.

Llevamos 8 años. Empezó de un manera… como muchas historias, de repente tienes un conecte, y quedamos un día y después pues sigues quedando de vez en cuando y yo, yo estaba… me gustaba mucho, me enamoré antes que ella. Ninguno queríamos tener pareja, pero ahí estábamos. Después de las primeras veces, a los meses nos vimos otra vez, y dejé caer que me estaba enamorando y estaba sufriendo por no poder vernos, y luego fuimos quedando más y más, y yo estaba ahí, yo apostaba bastante, y vas dando pasos, y quedamos para estar unos días en su casa, y así vas hasta que luego fuimos juntos a un viaje a Barna, que fue la primera vez que estuvimos más tiempo y también de ocio, y creo que a partir de ahí es cuando ya más o menos tienes claro que éramos ya una pareja casi. Era como un poco el cerebro, «yo no quiero novio, no quiero pareja», pero al final después de algunos meses pues dices «¡vamos para adelante!».

Ves que es una persona que te gusta mucho también como persona, porque te vas conociendo y te planteas dar un paso más y te gustaría hacer algo más, más que encuentros fugaces, que pueden gustarte mucho pero… Al principio éramos amantes y yo esperaba a ver si ella llamaba. Yo creo que a ella le daba más miedo que a mí, lo de empezar una relación… miedo de sufrir, porque tú sabes que te puedes meter mucho y luego salir mal y que te puedes querer mucho pero que no cuaja, que puedes hacer daño a la otra persona, sin querer… y entonces no te atreves a entrar en los sentimientos del otro, y al revés. Tiene que ser en las dos direcciones, si no, no funciona, yo lo veo así.

Poco a poco entras en el espacio de la otra persona, estás solo en su casa, eso es mucha confianza. A mí me gustaba mucho cuando ella me invitaba. A mí no me gusta cuando alguien se lanza, se embala. Sabíamos que lo que teníamos entre manos era importante. Además nos reíamos de nuestros miedos

Primero negociamos todo el tema de relaciones, porque si empiezas con celos ya parece que hay amor, un poco pareja y que sí, que hay que hablar de estas cosas, y más tarde… como no concretamos mucho en aquel momento… más tarde cuando yo tuve en primavera, que eso fue 3 o 4 meses después, que yo también me enrollé con otra chica, pero pensaba en ella y ya lo concretamos más, «¿qué pasa aquí? ¿cómo lo

hacemos?», «nos gusta tener relaciones esporádicas por ahí, pero qué hacemos con lo nuestro?».

Vas profundizando también en las opiniones de uno y del otro, y empiezas a hablar de más cosas y empiezas a coincidir o a chocar, que también puede ser. Y así vas conociendo más a la otra persona. Como todavía no estábamos haciendo planes para vivir juntos ni nada y estábamos a una distancia que nos ayudó mucho, yo seguía en el pueblo, y así anduvimos un año y medio o dos. Cuando te despedías era como, «¿cuándo nos vemos?». Era muy emocionante. Cuando quedabas ya desde la mañana preparándolo. Los 3 primeros años fue más o menos así, quedábamos, nos veíamos, cada uno tenía su ritmo, compartíamos las casas con otra gente, no vivíamos juntos. Después me ofrecieron un trabajo y me quedaba a dormir en su casa y ya empezamos medio a convivir. Hice un curso de EHNE[601] *y a mí no me apetecía meterme mucho en Bilbao y todavía no sabía dónde quería vivir. Pensábamos vivir los dos separados y, de repente, ella planteó que buscáramos algo para alquilar los dos juntos y nos animamos y nos ha ido muy bien, hemos tenido mucha suerte con el sitio, la casa. Ella sufre más las malas condiciones, las goteras en invierno, lo sufre más, pero nos llevamos muy bien a nivel de convivencia. Ella tenía mucho miedo a meterse, estaba a gusto en su casa pero, de repente, también quería dar este paso y volver al campo, era un sueño que tenía ahí aparcado.*

Cuando estamos en casa nos vamos superpronto a la cama, ella tiene que madrugar, leemos… llevamos una vida bastante relajada. Antes pasábamos mucho tiempo en la calle, pero luego dices «me estoy hartando de la calle», a los dos nos gusta, pero te cansas.

Ella es muy agradable en las relaciones sociales, muy… es una de las primeras cosas que la gente ve cuando la conoce, muy maja así, muy agradable, que te escucha desde el primer momento, que te da conversación, es muy sociable. Y luego el humor, siempre decimos que nos gusta mucho y que nos reímos mucho, y eso es muy importante en una relación ¡joder! que haya un poco de alegría en la vida. Y luego es muy directa en las cosas, eso ayuda mucho, a mí me gusta ser así, pero necesito a una persona que sea así también, porque si tengo que tirar yo… es una persona que pone sobre la mesa las cosas rápidamente, yo también lo hago y entonces se complementa, y eso me gusta mucho de ella. Desde el principio hemos hablado siempre y muy rápido de lo que nos gusta y de lo que no nos gusta. Le gusta atraer a la gente y eso

también para mí era… eso le gusta y tiene ese poder, y en los primeros contactos fue más eso, y luego, claro, si te gusta sexualmente y afectivamente… el cuerpo a cuerpo es también importante, pero a ese nivel me gusta mucho, me necesita y la necesito.

Siempre hay cosas que no te gustan de una persona. Yo creo que a ella, por ejemplo, le gusta mucho dominar las situaciones, dominar o dar su opinión, y a veces son tonterías… Estás cocinando y ya está mirando y controlando, y «¡oye, que falta…!», «¡pues, déjame en paz! yo no estoy encima de ti!». Ella es así, le sale, no lo hace por malicia pero le sale, pero a veces te pone… A veces se hace un poco duro, que te repitan las cosas, cosas de la casa, de fumar, beber, cosas así. Hasta sus amigas piensan lo mismo. Ella sabe mi opinión, vacilamos.

Pero lo mejor es que podemos reírnos de todo, de las chorradas esas que en otras relaciones pueden ser broncas de la hostia. También tenemos nuestras broncas, a veces nos pasamos un par de días enfadados, pero normalmente lo solucionamos bastante bien.

[Le pregunto por lo que a él le gusta menos de la relación, por los conflictos y se produce un silencio…]

Yo creo que… cuando veo que ella no me toma en serio en una cosa… Por ejemplo, ahora que estamos buscando un caserío para comprar y me veo haciendo cosas concretas y veo que alguna vez no me toma en serio, como que no tiene confianza en lo que estoy diciendo sobre lo que hay que hacer, mis capacidades… eso me mosquea. Ella piensa que es la que sabe, a veces mi opinión no pesa tanto, es como que tengo que probar que…

A veces también, cuando estamos con otra gente… hay que tener mucho cuidado… En grupo es una persona que siempre tiene opinión, que tiene un papel importante en la conversación, y la gente lo sabe. Recuerdo la primera vez que me pasó, cuando en el gaztetxe de Rekalde[602]*, hacen comida vegetariana, y estábamos con unos amigos y ella de charla y no comía, y de repente me mira y dice «¿ya has terminado?», y le dije «si hablas tanto es normal que tú no» y se mosqueó, no me dijo nada pero se mosqueó, se lo tomó como un ataque. Fue la primera vez y ya al bajar, al salir, lo solucionamos muy rápido, hablándolo, «yo no lo he dicho para ofenderte». También son celos por mi parte, que nos encontramos con colegas míos y ella despierta toda la atracción y centra la conversación y claro eso también jode, pero qué le vas a decir, que se calle, es una persona con mucho imán. Yo puedo*

estar callado toda la noche si no conozco a un grupo pero ella…

Estoy seguro de su amor. Cuando ella duda de mí se viene abajo. Si yo no tengo ganas de estar con ella porque ha pasado algo, parece que el amor se ha ido muy lejos. Ella no aguanta ni media hora y viene a dónde estoy yo y sabe muy bien cómo romper el hielo y me hace reír. Es muy graciosa. Y notas muy bien su amor, lo notas de verdad. Eso me gusta mucho.

Yo creo que ella también está segura de mí. Yo estoy ahí, todos los días. Compartimos el día a día. Cuando llego a casa y está ella o viene ella y estoy yo… charlamos un rato. Disfrutamos encontrándonos.

Los dos somos mandones, cada cual a su manera. Por ejemplo, las cosas de casa, o cuando hay que hacer una obra, a veces nos cuesta ponernos de acuerdo, a veces cede él o cedo yo. Por ejemplo, estábamos entre poner una estufa de esas salamandras o poner una cocina económica. Yo decía que la económica ocupaba mucho espacio y él decía que la salamandra calentaba la mitad, que ya teníamos la económica, que nos la habían regalado… A veces se pone un poco victimista. No me acuerdo bien cómo lo resolvimos, yo cedí. Luego la económica no ha funcionado bien, que si lo llego a saber… Y ahora que estamos buscando caserío todavía está con la idea de llevar la económica.

A veces cuando discutimos… yo creo que somos bastante parecidos… pero si él empieza a gritar, yo no lo aguanto, yo he visto muchos gritos en mi casa y es algo que no aguanto. Ya sé que sin gritar también se puede hacer daño, pero… La gente piensa que él es majísimo, y es, pero a veces… Cuando tenemos una bronca y estamos un tiempo sin hablar… pero tenemos mucha facilidad para arreglar los problemas, para pedir perdón, para decir «lo siento», para decir un chiste.

Luego hay algunos temas de esos que salen de vez en cuando. Uno es el sexo y otro el dinero. Con el sexo, él quiere más relaciones que yo y le parece que nos enrollamos poco, que nos enrollaremos una vez a la semana o así, en verano más, ahora menos porque madrugamos mucho y el día es corto, ni siesta ni hostias. Y a él eso le hace sufrir, hemos llorado a cuenta de eso, es algo sobre lo que hablamos mucho, él lo pasa mal. Yo a veces pienso que voy a

apuntar, las veces que hago la cena, las veces que follamos, las veces que… porque la percepción de cada cual…

Otro tema es el dinero, en eso estamos llegando a un acuerdo pero nos cuesta. Él piensa que el dinero de cada uno es de los dos, todo el dinero. Yo cobro más dinero que él, tengo mi casa, y yo no estoy dispuesta. Por una parte mi ideología, yo creo que siendo mujer tener dinero propio es importante, además no me parece bien que él viva de mi dinero. Yo me levanto todos los días a las
6:30
y no estoy dispuesta a que él… y le digo «es que ni ideológicamente, ni de tripas, es que no me sale». Ahora cada uno tiene su dinero y pagamos a medias todo, ¡hombre! si vamos a cenar pago yo, no hay problema, o si hacemos un viaje, porque yo tengo más dinero, yo hago las compras grandes. Él trabaja unas horas y luego cobra el IMI[603]. Este año ha andado bien de pasta pero cuando empezamos a andar, él andaba muy justo y tenía unas deudas… para él eso es normal y no entendía que teniendo yo dinero no quitáramos las deudas. Y tiene parte de razón pero… Yo pago algunas cosas porque no me parecería bien que tuviéramos un nivel de vida diferente pero… Ahora ha salido otra vez esta discusión con la compra de la casa. Él no lo entiende, no entiende que no quiera que la casa la pongamos solo a su nombre, y yo ¡ni pa dios! No es que no me fíe pero nunca le aconsejaría eso a una mujer, le diría «no seas loca, el amor es muy frágil». No es una cuestión de confianza, es una cuestión de principios básicos, y todo esto a él le parece una cosa marcianísima. Ahí tenemos siempre conflicto y hemos llorado mucho. Lo dejamos descansar un poco y al final hemos decidido que compramos la casa con el dinero de mi piso y a partir de ahí, a medias, pero a partir de ahí. El piso es mío, no se lo voy a regalar.

Nunca hemos hecho el amor para solucionar nada, eso lo tenemos claro, primero solucionamos los problemas y luego nos acostamos. En eso estamos los dos de acuerdo[604].

Me gusta más cuando no nos dejamos llevar por todo el lío de lo que es nuestra sociedad. Ella ha encontrado una manera de tener ingresos bastantes seguros con un trabajo que le gusta, lo que es una suerte.

Claro que se lo ha trabajado, pero no creo que yo sea un dejado para eso, hago mis esfuerzos, hay cosas en las que no quiero entrar… igual es mi filosofía. Y al final, la situación es un poco dura, porque al final te tienes que meter en trabajos fijos, en ritmos que no te gustan tanto. Estoy pensando en ponerme por mi cuenta en el tema de los árboles, pero es un paso gordo, es una inversión, tienes que meter dinero, porque es como una empresa, y luego claro a nivel de trabajo… a mí me gustaría seguir trabajando para otros y compaginarlo con algo propio pero…

Con este tema del dinero tenemos algo de conflicto. A mí me parece bien que ella quiera tener lo suyo pero hay momentos en que se pone un poco rígida. Yo vengo de muchas experiencias de vivir con gente, y hay que compartir, ella lo quiere a rajatabla. Yo lo entiendo, pero a veces me duele, parece que no tiene confianza, parece que… si se acaba nuestra relación no tiene por qué acabar mal, no a nivel de dinero al menos. Ella al principio me dijo que no quería mezclar propiedades, pero para mí fue como una desconfianza muy gorda hacia mí. Al final hemos encontrado una solución, que ella venda su piso y guarde ese dinero a su nombre, un poco como su seguro. Es verdad que hay que pensar que las relaciones se pueden acabar pero a mí no me parece difícil arreglarlo luego.

Yo he tenido alguna relación, siempre esporádica, una vez al año o cada dos, pero no estoy del todo a gusto con el pacto que tenemos. Es probable que Jone quisiera asegurar más la relación. Yo he apostado por la relación con ella y no voy a tener nunca una amante fija, otra cosa es que surja en un momento algo, amantes a saco no me parece sano.

Nuestras relaciones sexuales están un poco desequilibradas. Yo soy una persona que necesita más, o me gusta… soy bastante promiscuo en ese sentido. A ella para meterse le da más pereza, y a veces es un poco duro. Yo creo que es una cosa más personal o cultural o social. Pero yo conozco a gente que… pero quizá se dé más en hombres. Lo peor es cuando tú das pasos y ves que te rechazan o que no siguen tus pasos. Para mí lo más duro es que igual los contactos cuerpo a cuerpo muchas veces se trasladan a eso. Y claro, no es porque te toco el cuerpo que quiero, es que hay también… No sé, es una cosa que no llevo bien. No es la primera vez que me pasa. Con Cristina también estaba descompensada. A veces te sientes como el guarro y el culpable, ¡joe! Parece que estoy ahí como presionando, es algo que no me gusta. En la

relación con Jone también me pasa, aunque ya lo tengo asumido. Ahora he decidido esperar hasta que ella… El problema es que a veces empiezas a acariciarte, a abrazarte y a veces, entre la caricia y lo que puede ser algo sexual no está nada claro. A mí siempre me ha gustado mucho todo lo que son las caricias pero yo le noto que a ella las caricias no le van y no sé, es más difícil para mí a ver que más puedes dar que no sea solo sexual. Pero cuando nos enrollamos, sabemos hacerlo bien, disfrutamos mucho los dos.

Yo no creo que los tíos tengamos más deseo, porque el deseo… el papel de iniciar o dar los primeros pasos… pero está claro que no me gusta ser el que domine. Jone sabe bien cómo despertar mi deseo pero yo a veces… No es fácil la sexualidad en una pareja. Yo creo que es un tema difícil, no digo que sea lo más difícil, normalmente cuando una pareja va mal no es por eso pero… Yo tampoco quiero que ella se sienta obligada.

Yo le digo muchas veces que le quiero, que no voy a encontrar a nadie como él. Estoy convencida de que él sabe que estoy con él y está seguro. A veces se pone celoso con tonterías pero… él dice que yo soy más celosa que él. A veces sí me he puesto celosa con alguna sitúación. Yo le digo «¿no me vas a dejar ir contigo el fin de semana?», pero al final me he dado cuenta de que es su espacio y lo tengo que respetar. Él también sabe que yo tengo mi espacio con las amigas… con las feministas…

Nosotros hablamos mucho de nuestra relación, siempre comentamos lo que pasa, los conflictos, las diferencias, depende de lo que pase. Cuando hay conflictos más, pero es algo que hacemos siempre. Ahora he terminado de hacer una terapia y él me ha ayudado mucho, he tenido mucho apoyo por su parte, hemos hablado mucho.

Cuando estaba con Julia empecé a hacer yoga, estuve 6 años haciendo yoga, y el yoga me ayudó mucho, me cambió mucho. Estaba todo el día por ahí, metiéndome de todo, de fiesta. También en la ropa, siempre iba de negro y con el tiempo he ido metiendo colores. La profe de yoga me metió mucha caña ahí, a nivel de energía el negro no es lo mejor del mundo. Antes era muy provocativa, pero luego he ido suavizando esa apariencia, esa

actitud expansiva. Y ahora hay gente que me dice que transmito tranquilidad, ¡yo que he sido puro nervio! Y a medida que me he querido más se ha notado también en el amor, no busco tanto esa cosa de atraer la atención, porque además me he llevado hostias. Esa manía de provocar… además siempre había una víctima por medio, ahora hago muchos esfuerzos, he cambiado.

De pequeña me tenía por fea y eso ha tenido mucha importancia en mi vida, además, todo el silencio alrededor del sexo, fue muy fuerte y superar eso no fue fácil. Yo ahora miro con envidia a las chicas jóvenes, que enseñan todo, yo siempre escondiéndome. Además vivir en un pueblo pequeño, 200 habitantes… Luego hice una ruptura, tenía mucha necesidad de salir de allí, se me quedaba pequeño. Pero ahora todavía no aguanto que la gente se meta con mi aspecto, me da una inseguridad tremenda[605].

Creo que habría que introducir el tema de las relaciones afectivas en los colegios junto con la sexualidad, desde pequeños, trabajar con chicas, con chicos, y luego en grupos mixtos. Yo solo he trabajado en temas de autodefensa, o de los espacios prohibidos. Me parece que es posible darles a ellas instrumentos. Pero hay que hacerlo desde pequeñas. Hay que entrar además en esos temas con cuidado, como sin que se den cuenta, porque si no se niegan a hablar. Los chicos… saben que ellos van a tener menos problemas, y de algunos temas no tienen ni idea ni quieren trabajarlos. En muchos sitios no hay oficinas de información sexual y a veces no tienen ni idea de lo que tienen entre manos, de sus relaciones… Hay que poner la oferta aunque no haya demanda, ya vendrán. Los chicos están en mil cosas, están en el deporte, en… luego se enamoran y no saben qué hacer con eso. Hay que trabajar la afectividad y las chicas tienen que aprender a decir que no y no sentirse culpables.

La libertad es muy importante en el amor. Tienes que estar abierto, tener una vida social cada uno por su lado, no aparte pero sí cada uno espacios aparte. A mí me da mucha rabia tener amigas y de repente tienen novio y ya no quedan contigo. Igual a nuestra generación le ha tocado experimentar y no siempre es fácil. Hemos pasado de la represión de la pareja, de la pareja sagrada a una fase en la que hemos

experimentado relaciones ¡¡uff!! Demasiadas emociones. Nos parecía que cuantas más emociones mejor, lo queríamos vivir todo, pero…

Yo ahora comparto con Gari más que con nadie. Para empezar paso más tiempo con él. Además es una relación diferente de la que tengo con mis amigas, no me veo hoy día tanto con mis amigas. A veces hay que buscar momentos para quedar, a veces pasan las semanas y hay que esforzarse, las tengo un poco descuidadas, pero de vez en cuando… ayer estuve toda la tarde con una amiga. Pero si tengo una crisis con alguna amiga lo paso fatal. En Sanjuanes, hace tres años que hacemos una hoguera, en mis peticiones siempre están mis amigas, Gari no está, igual porque lo tengo seguro, para mí son muy importantes. Los amores vienen y van, las amigas ahí están.

El feminismo me ha dado cosas buenas y malas, porque con el tema de las relaciones sexuales… ¡en fin! Luego lo analizas con el tiempo y aquello de que si la penetración, que lo otro… creo que se hizo daño, por lo menos a mí, se negativizaron muchas posibilidades.

Pero, por otro lado, se hizo bien también, se nos dio libertad para tener placer, para hablar de sexo, aunque a mí todavía me cuesta mucho.

[Mari Luz]
Después de estar con Jone y con Gari me convenzo de que sí, de que bajo ciertas condiciones ideológicas y prácticas, que no son ni simples ni automáticas, negociar la igualdad es posible.

Le pregunto a Jone si guarda objetos de sus relaciones y me dice que sí. Le pido que me los enseñe.

Entramos en su habitación, que no comparte con Gari. Está en penumbra y me cuesta al principio identificar los muebles. Reparo en que tienen un aire antiguo, reciclado.

Solo el polvo tratando de huir a través de la luz de la ventana perturba la quietud.

A la derecha de la puerta, una gran pintura abstracta, regalo de Julia, nos vigila desde la cabecera de la cama. Enfrente, el armario. A la izquierda de la ventana, un tocador, abarrotado de cajas y objetos diversos que ocupan toda su superficie. Más arriba, sobre la pared, collares y colgantes.

Permanecemos un rato ahí, formando parte del silencio.

Cuando salimos de la habitación y se cierra la puerta tengo la sensación de que los objetos vuelven a reanudar la conversación que nuestra presencia ha interrumpido. Quizá hablen sobre el amor. Y no puedo evitar un ligero estremecimiento.

Hay un haiku de Borges del que me acuerdo cada vez que abro «To the Lighthouse»[606]: «En el desierto / acontece la aurora. / Alguien lo sabe» (…)

La aurora del desierto no necesita testigos para suceder; de hecho, las auroras, igual que los anocheceres, o que las apariciones de la luna, o que la floración de los almendros, han sucedido sobre la tierra a lo largo de millones de años antes de que ningunos ojos humanos pudieran mirarlas. Pero esa idea es irritante, incluso inaceptable, para la nueva época del yo absoluto, que imagina que nada existe fuera de él, con la misma convicción con que un aficionado al horóscopo considera verosímil que las estrellas se ordenen con la finalidad de predecirle si su novia dejará de quererlo o si le subirán el sueldo el año que viene (…)

«To the Lighthouse», como «Mrs. Dalloway»[607], pertenece a una época en la que la literatura aspiraba con igual vehemencia a retratar el alma humana y el mundo. Es una novela hecha de íntimas percepciones personales que sin embargo excluyen por completo el narcisismo y los caprichos del yo. En la conciencia de cada personaje los pensamientos y las sensaciones fluyen a una velocidad de sombras proyectadas en una pared, y aunque la mayor parte de ellos permanecen secretos, alguien sabe (…) Es Virginia Woolf la

que escribe, pero la voz narradora no es la suya: su arte es tan supremo, tan limpio de gesticulación o de vanidades de estilo, que nos parece asistir, página tras página, a un acontecer como el de la aurora impersonal del poema de Borges. Cada conciencia es única, el centro exacto de una experiencia, el ángulo de un punto de vista, pero a las pocas líneas ya se ha disuelto en otra, como una ola va a disolverse en el filo de espuma de la que la precedía, y al poco rato parece que ha vuelto, pero ya no es la misma. Cada personaje cavila y observa en el reino de su propia soledad y a la vez es parte de una polifonía o de uno de esos retratos colectivos en los que observamos el aislamiento en la expresión de cada una de las caras que nos parecieron casi idénticas. Todos ellos, en algún momento, miran hacia el faro, o se acuerdan de él, o se imaginan que lo visitan, pero a cada uno su lejanía y su luz le afectan de manera distinta; llega un momento, incomparable en la literatura, en que no hay nadie que observe la luz del faro, nadie en la casa junto al mar que estuvo llena de presencias y de voces, nadie que escuche el crujido de las maderas del suelo o que presencie el movimiento suave de un chal colgado en una percha, o que perciba cómo la humedad va estropeando las páginas de los libros en una estantería o la ropa colgada en la oscuridad de un armario. Las cosas siguen existiendo, aunque nadie las mire o se acuerde de ellas. Los cristales de la casa deshabitada vibran con un retumbar muy lejano que es el de la guerra que está sucediendo en Europa.

Vuelvo una y otra vez a esa novela, que en español suele titularse Al faro, aunque a mí me gusta más y me parece más preciso Hacia el faro, que da mejor la idea de un deseo de llegar, de un estar mirando desde lejos (…) Vuelvo a la novela pero sobre todo a su parte central, la titulada «Time passes», la más breve y sin embargo el eje de su simetría, de su admirable arquitectura sin peso, hecha de fluidez y claridad. El paso del tiempo no nos lo cuentan las palabras:

lo sentimos casi físicamente fluyendo en ellas, en las frases tan hechas de tiempo como pasajes musicales, tan perceptibles en su fugacidad como una corriente de agua o de brisa, como la luz del sol y la luz del faro que recorren día tras día y noche tras noche las habitaciones de la casa cerrada. Muy lejos, los personajes continúan sus vidas, se hacen mayores, van a la guerra, mueren de parto o de cáncer, piensan en volver, posponen para otro año el regreso. Y mientras ellos no están, cada uno ausente en la novela de una vida que se esboza apenas en un dibujo muy rápido, en el interior de la casa acontece otra novela, una de las más difíciles y de las más asombrosas que yo he leído nunca, la del espacio deshabitado, la del agua de la lluvia que se filtra por una ventana cuyo marco ha empezado a pudrirse, la de los insectos que chocan contra los cristales o la lluvia que los golpea en una noche de invierno sin que nadie oiga ese sonido. Pero alguien lo sabe[608].

Relaciones amorosas e igualdad: principios, tensiones y trampas (Eider y Galder)

Más adelante, la experiencia me enseño a aceptar una de sus tesis [de Schopenhauer]: aquella que sostiene que toda relación afectiva nos hace vulnerables ante el sufrimiento, y que cuantos más lazos de este tipo establezcamos en la vida, más flancos débiles tenemos[609].

… sigue en vigor: la ideología que hace que las mujeres justifiquen su deseo con amor, que los varones teman como

al fuego el afecto Inherente a lo amoroso porque tienen miedo a perder su yo, su autonomía; lo ven como una nueva dependencia de la mujer, que les recuerda la dependencia materna opuesta a su individuación, asociada al concepto de hombre como diferencia de lo femenino[610]…

Eider tiene 21 años, vive con su padre, que trabaja en una fábrica, en el interior del País Vasco. Su madre murió cuando ella era muy jovencita pero sigue muy presente en su vida. Entre semana estudia en la universidad y comparte casa con otras dos chicas. Milita en un grupo feminista y en otros movimientos a nivel local.

Tiene algunas amigas muy muy cercanas y en sus proyectos de futuro la pareja no ocupa toda la centralidad. Está enamorada de Galder, son pareja (o algo así, matiza ella) y parece estar en una especie de encrucijada: su relación no funciona bien en todos los momentos y en todos los espacios, y se siente frustrada. Pero no sabe muy bien cómo cambiar las cosas y parece tener miedo a tomar una decisión y luego arrepentirse. Mantiene como principio la posibilidad de tener relaciones al margen de la pareja, pero en este momento lo vive con contradicción. Y es como si sintiera una responsabilidad excesivamente unilateral respeto a la relación, además de una cierta culpabilidad porque sus sensaciones y sentimientos no van de la mano con su ideología.

Galder tiene 23 años y vive en el mismo pueblo que Eider. Trabaja en una empresa y en su tiempo libre tiene una vida muy activa: toca el bajo en un grupo de rock y participa en distintos grupos culturales y políticos y en las actividades de un gaztetxe. En muchos de estos ámbitos coincide con Eider, con la que comparte intereses sociales e ideológicos.

Se ha enamorado bastantes veces en su vida pero su aprendizaje amoroso ha sido torpe, y habla de un proceso lento y autodidacta. Y por otra parte, dice no haberle dado mucha importancia al amor, haberlo mantenido como algo aparte del resto de su vida. Comenzar a tener relaciones más serias le ha obligado a sopesar cómo equilibrar unos compromisos y otros, pero cuando surge el conflicto, la relación de pareja parece quedar relegada a un segundo plano.

Se define a sí mismo como juerguista y, en el marco de la fiesta, con la música a tope, se siente hombre, como si su masculinidad —una masculinidad con tintes algo agresivos, descontrolados— fluyera sola y no fuera regulable.

[Eider] Mi madre se murió cuando yo tenía 12 años, de un cáncer, en tres días, fue pim pam pum. Ese es el principal cambio que he tenido en la vida. Con 8 o 9 años se separaron mis padres, pero no fue mucho cambio, sí a nivel de que vivía en dos casas, pero a nivel emocional no. Me quedé con mi madre y pasaba el fin de semana con mi padre, y tenían decidido que cuando fuera un poco mayor iba a estar una semana con cada uno. Yo estaba muy protegida por mi madre, cuando se murió pasé a tener mucha más libertad y eso me supuso un poco de desequilibrio.

Con 14-15 años empecé a militar, cuando estaba haciendo la ESO[611] en un grupo de *Ikasle Abertzaleak*[612]. A los 15 años empecé en un grupo feminista, y eso me supuso un cambio grande a nivel personal, empecé a leer y a pensar en muchas cosas, en las relaciones.

Mi padre es importante en mi vida, mi madre también. Tengo buenas amigas, sobre todo las que están conmigo en el movimiento feminista, pero también los chicos con los que he militado son referencia para mí. Mi padre es un poco frío, te muestra el cariño con una mirada, de otra manera, físicamente no es muy expresivo. Yo soy muy expresiva, me gusta tocar a la gente, dar besos, y la gente que me rodea es parecida a mí. Alguna gente nos llama «las sueltas, las locas», porque cuando nos juntamos nos besamos en la boca, no tenemos reparo en tocarnos y a la gente le choca y nos mira mal.

De cara al próximo año estamos pensando en ocupar una casa en los alrededores de la ciudad donde vivo. Antes también tuve un proyecto de ocupar con unas mujeres que conozco, en el campo, un caserío, y vivir con amigas, el hijo de alguna de ellas, aunque yo no tengo mucha paciencia con los críos. Hacer un tipo de familia distinta.

Yo no soy muy de estudiar, me gusta mucho explorar lugares,

pero no sé dónde y cómo acabaré.

[Galder] *Estudié en un colegio religioso porque mi madre trabajaba allí. No estoy bautizado y tampoco he hecho la comunión, así que allí era un poco la oveja negra porque no iba a las misas ni a los rezos.*

Yo fui justo la generación que empezamos con la ESO. Allí empezamos algunos ya con los porros y algunas relaciones, y los demás flipaban bastante. Después, el instituto. Llegué con buen nivel y me dediqué un poco a la buena vida. Las primeras movidas en la calle. Teniendo en cuenta en qué pueblo vivimos, hay que trabajar para arreglar un poco la situación política, que se reconozcan nuestros derechos.

Con 19-20 fui a hacer un Módulo a Donosti y era muy fácil y el ambiente era muy pijo y me ofrecieron al tiempo un trabajo en el pueblo de al lado y empecé a trabajar y ya una faceta como más responsable: compromisos, tareas. Luego no me renovaron el contrato pero ya seguí trabajando en otro sitio.

Vivo con mis padres. Son importantes para mí, sobre todo mi madre, y mi hermano, tengo un hermano 3 años más joven, pero tengo ganas de independizarme, tengo ganas de arreglármelas por mi cuenta. Eider también es importante. También la cuadrilla, aunque no es una cuadrilla muy formal. Nos juntamos aquí en el gaztetxe, solemos estar en algún bar.

Estoy también en militando en un partido y colaboro en el gaztetxe, aunque a veces te llevas chascos, es difícil lo de organizarse…

Yo suelo decir que ya he vivido ya media vida, no espero nada de la vida, y me parece que estar esperando es un error pensar en la jubilación, no sé qué. Yo no quiero estar pendiente de la jubilación, que luego se te rompe la pierna y no disfrutas más. Me parece que hay que vivir al día, cada momento, a tope, a tope para ayudar para disfrutar. Tengo proyectos pero no a muy largo plazo. A nivel de trabajo no creo que tenga problema. Y me veo en una casa ocupada, con otros colegas. Tenemos un caserío, bueno es una chabola, y a veces me veo allí.

Soy mujer pero creo que es más una clasificación que te hacen al nacer. No me siento mujer por unos valores diferentes. Yo me

identifico con las mujeres, sí, pero yo creo que me siento mujer porque estamos oprimidas como mujeres. También en las relaciones de pareja hay una relación de poder que está oculta. Luego, sabes que por ser mujer vas a tener más dificultades para el trabajo. Y hay otras que marcan, como la apariencia. A mi alrededor veo muy poca conciencia feminista, no se ve que tenemos una situación diferente ni se hace nada por cambiar, está como asumido, hay muchas cosas asumidas. Y luego conozco a algunas mujeres que justo lo contrario, amigas mías, aunque algunas también con reparo. Las otras mujeres ven que queremos cambiar la situación pero lo ven más como que vamos solo por nuestros intereses, como si hiciéramos hembrismo, y ahí no se ven ellas. Tenemos un grupo donde hacemos debates a nivel del pueblo y hacemos diagnósticos y hace poco hemos estado discutiendo sobre los valores masculinos y femeninos.

Los chicos no quieren cambiar, se dan cuenta pero no quieren cambiar. Yo no les creo cuando dicen que sí. En una discusión que hicimos hace poco, por ejemplo, quedó claro. Las que sufrimos la opresión somos nosotras pero no admiten nuestras explicaciones. Yo empecé a militar con 15 años y he pensado y discutido mucho sobre estas cuestiones, de alguna manera me he formado. Pero ellos no quieren verlo y a veces no saben ni de lo que estamos hablando y luego dicen que controlan todo. Algunos tienen voluntad pero no quieren perder sus privilegios. Piensan que todo lo que hacen es alternativo: música alternativa, convivencia alternativa, no sé qué alternativo, pero luego no les cuadra todo eso con lo que decimos las feministas, tienen un montón de contradicciones. ¡Ahora, no les digas que son machistas, que dicen que ni hablar, que son feministas! Yo creo que ellos están un poco perdidos, dicen que no les dejamos participar pero luego siempre están buscando excusas.

Me pillas enfadada. El otro día me mosqueé mucho en el debate que te he contado. Vamos a traer a un chico que trabaja sobre masculinidades, por desgracia le hacen más caso que a nosotras, que dicen que somos hembristas.

Está claro que soy hombre, pero sin la connotación de macho, no por eso me siento ni más ni menos, no me siento por encima de nadie. En los conciertos, cuando la música suena a tope, entonces… el rock a toda

hostia… ahí me veo más el lado hombre, pero en la vida cotidiana no, yo creo que en la vida cotidiana no se nota tanto la diferencia.

Los chicos de mi alrededor no hablan mucho de temas feministas, están bastante recelosos, como que es algo que no va con ellos, como que no tienen nada que ver. Al final, ya sabemos que nuestra postura ayuda a la discriminación, yo creo que está claro que tenemos que cambiar, pero no sabemos muy bien cómo cambiar. Se habla muy poco de esto, a veces sí se organiza algo, pero entre amigos. Tenemos muy interiorizado todo. Por ejemplo, estamos hablando en hika[613] *en un grupo mixto y no nos damos cuenta, y las chicas del grupo feminista están siempre alerta, saltan a la mínima. A veces se ponen también un poco autoritarias y nosotros lo tomamos mal. De todas formas, en general, me parece que tanto chicas como chicos somos bastante conformistas.*

Me acuerdo perfectamente, con 14-16 años, éramos un poco machitos, corpulentos y así. Me acuerdo que en el colegio, cuando llovía, íbamos al frontón, cogíamos el balón y ¡zas! a repartir hostias. Luego cambiamos, cuando empezamos a andar con las chicas, a pensar un poco en el rollo feminista y nos concienciamos un poco, hicimos alguna reunión. Y luego cuando empecé con Eider… te vas dando cuenta. Ahora cuando ves a los colegas hacer algunas cosas, te da vergüenza. Yo creo que a ese nivel me he tranquilizado. Pero en la parranda se sigue igual, cuando pierdes un poco la cabeza, es un poco inevitable, la voz alta, la actitud.

A nivel físico, el cambio principal lo tuve cuando me afeité, con 14 años, me acuerdo que fue la hostia. Teníamos una boda y mi padre que me tenía que afeitar. Tenía un mostachillo. Yo que no quería, al final me lo corté y me acuerdo que cuando llegué de la boda, había un concierto, Corazón de Sapo y no sé quién más, y vine directo, con la ropa de la boda, la camisa de pana y no sé qué más, y todo el mundo flipando, riéndose, vacilándome. Eso no se me olvidará nunca. Tenía el pelo largo, muy largo, casi hasta el culo.

Ahora me preocupa bastante la pierna, se me ha roto dos o tres veces y la tengo hecha un cristo. Me ha marcado mucho porque yo antes hacía deporte: nadaba y entrenaba todos los días, jugaba al fútbol, y me dijeron que no jugara al fútbol y eso me cambió porque era como mi mundo. Nadando también tuve problemas y ahora solo hago monte

alguna vez, algo de bicicleta.

El amor es un engaño. Eso se dice siempre, ¿no? Yo creo que el amor es la mayor mentira que nos han vendido a las mujeres. Nos han enseñado un mundo que no es necesario muchas veces, pero no los han vendido tanto que, al final… El amor debería ser para el enriquecimiento, a veces sí lo es, pero en el caso de las mujeres nos han enseñado una forma mala de vivirlo mala, como masoquista a veces.

Yo el afecto lo uno con un abrazo, con algo bonito, algo que trasciende la razón, la lógica, que en momentos concretos te rompe la razón, la lógica.

Mi historia de amor empieza siempre con mi madre, la persona que más afecto me ha dado. Con mi padre he jugado mucho, también siento amor por él. Ahí empieza. Menos con los amigos. Y luego hay un salto al amor ya según seas chica o chico.

Yo creo que he aprendido mucho de los dibujos animados. Y en la escuela. Una amiga de mi madre me cuenta siempre que una vez siendo muy pequeña le dije a mi madre «ama, si es una chica y una chica sí, y si es un chico y un chico, también; le tengo que decir mañana en la escuela a mi amiga que sí se puede». Con 6 o 7 años, «ama, ¿pero tú sabes quiénes son lesbianas?», «pues me tienes que decir». Las veía un poco como bichos raros. De pequeña es todo como matemático, luego lo ves más complicado, los medios de comunicación, la calle…

Yo de pequeña, con 11 años o así, me obsesionaba con algo, me obsesionaba con algunos chicos y tenía fotografías que miraba y miraba. Mi madre me decía que me iba a quitar las fotos. Ahora me da hasta vergüenza pensarlo. Mi madre me decía que no era sano querer de esa manera, que no era razonable. Había un niño en la escuela y yo le enviaba besos. Aquel niño me gustaba mucho, durante años me gustó. A las niñas de la escuela nos gustaban dos niños, a unas uno y a las otras el otro, y a mí me gustaba un tercero, uno que no le gustaba a nadie. Luego me empezó a gustar otro. Mi madre se separó y empezó a andar con un chico más joven que ella, ocho años más joven, y me gustaba su sobrino, decíamos que éramos como primos, y ahí sí hubo una especie de rollito, contacto,

besitos. Yo era la más feliz del mundo. Pero luego me pasé dos años sin hablar con él. No podía, una vez de cortar, no podía. No es la única vez que me ha pasado. Tenía como vergüenza. Iba a hablar con él, lo intentaba pero… Rollo, luego corto y no nos hablamos.

El amor es lo mejor y lo peor, te da los mejores y los peores momentos. Estás con una persona, compartes con ella, te da amor, amistad, dulzura, y tú también. Y luego, al revés, lo echas mucho en falta, puedes pasarlo muy mal. Del 0 al 100.

Tuve unos cuantos rollos y luego, con dieciséis años, vino el cambio. Yo creo que no era homófoba ni lesbófoba. Me pasaron unos folletos y estuve leyéndolos y me preguntaba a ver si me había dado a mí misma la oportunidad de que me gustara alguien del mismo sexo, y empecé a pensar. Soñé que tenía relaciones sexuales con una chica, una de la cuadrilla, y me desperté escandalizada. La primera vez que tenía un sueño así. Y empecé a darle vueltas y pensando, pensando, al final la chica empezó a gustarme y decidí decírselo a la chica. Fui a su casa y le dije que me había dado cuenta de que me gustaba, y me dijo que a ella le parecía que yo y otra niña éramos una guarras. Yo flipando. Pero me dijo que se lo pensaría. Y luego en las fiestas del pueblo, estaba en la txosna[614] y de repente vino y me dio un morreo, me quedé a cuadros. Y así empezó mi primera relación con una chica. Y con eso cambiaron muchas cosas, sobre el modelo de pareja, por ejemplo.

Estuvimos un tiempo y luego lo dejamos. Ella tenía muchos problemas. Yo ya tendría 17 años. Tenía problemas con drogas y así, y a mí me afectaban. Y te das cuenta de que a veces las relaciones no se cortan porque no hay amor sino porque tú no estás bien en la relación. Todavía la quiero mucho.

Nosotras nos dimos la posibilidad de estar con otras personas al tiempo, y yo estando con ella tuve algunas historias con algunos chicos, pero lo vivimos muy bien, no influyó nada en la relación, no le dábamos importancia. Y desde entonces he mantenido ese principio. Yo creo que si tú estás con alguien quieres lo mejor para esa persona, se supone, y tienes que darle libertad para conocer a

otras personas, ver si está mejor con otras personas que contigo. Yo pienso eso y he ido siempre con eso por delante, pero ahora estoy en una relación donde tengo contradicciones a ese nivel.

A mí me gustan las personas. Yo me doy cuenta de que con 15 años me tenía por heterosexual, no veía otra alternativa. Y no es que de la noche a la mañana te gusten todo tipo de personas, tienes que trabajarlo, darte cuenta y trabajarlo, con el bombardeo que tenemos… Yo me fijo más en los chicos que en las chicas, pero…

En mi grupo de feministas cinco o así pensamos que somos bisexuales, ese mínimo lo tienen todas. Yo siempre digo «si te ponen unas personas delante y hablas con ellas sin verlas, la gente te gustará o no te gustará independientemente de su sexo».

De pequeño, en parvulitos, en el colegio había una niña, una de mi clase, de cinco años y me enamoré de ella, era especial para mí. Luego a medida que me iba haciendo mayor siempre tenía buena relación con ella, pero me ponía muy nervioso para hacer algo, quería hacerlo todo bien pero no sabía cómo hacer. Estaba totalmente colado. Luego con 14 años, la edad del pavo, todo empieza a cambiar, no hablaba con nadie en la escuela, ni con mis padres. Me acuerdo que un día me dijo que no quería seguir conmigo y se me cayó el mundo. Creo que es lo que más me ha marcado en el amor. No sabía qué hacer, cómo mirarla, luego ves que ella empieza con otro y estaba súperceloso.

Yo andaba con una cuadrilla de chicas y chicos y tenía confianza con algunos chicos, pero ha sido sobre todo en los últimos años cuando he empezado a entender algunas cosas del amor, de manera muy autodidacta.

El amor es muy importante para mí. Nunca he encontrado un amor como el que me daba mi madre, así que intento obtener amor de distintas fuentes, no puedes ponerlo todo en una persona.

Siento afecto también por los animales, disfruto muchísimo con ellos, con la naturaleza. La familia de mi padre tienen un caserío y yo he ido allí desde pequeña y he andado siempre entre animales, gatos, perros, no me canso de estar con ellos, te dan calor.

Entre personas, a veces sientes atracción por personas

desconocidas, pero es más atracción que amor. Y luego está la familia. Yo tengo relaciones muy diferentes: la abuela de parte de mi madre es muy importante para mí, y la hermana de mi madre. Con la parte de mi padre, menos. Son un montón de familia, ahí tenemos algunos tíos y tías presos, pero conecto más a nivel ideológico que de afecto.

Luego, los amigos, no llegarán a diez, bastantes, en general chicas pero también algún chico. Con ellos comparto todo, saben todo de mi vida. Con mi abuela es más estar, escucharle, es otro nivel, no comparto mi vida. Con mi padre tampoco, es muy reservado, no pregunta, le cuentas algo y no te dice nada. Mi padre tiene una amiga y con ella tampoco mucho, pero con dos amigas de la cuadrilla de mi padre, sí.

Yo creo que no le he dado mucha importancia al amor, he estado más en movidas y eso era algo aparte. Yo tenía una forma de hacer las cosas y el amor no era la prioridad, el amor y las relaciones los dejaba para después. Incluso hubo un tiempo que no le daba importancia, que lo tenía totalmente arrinconado. Luego ya sí, le empiezas a dar importancia, te gusta una chica y quieres estar con ella, piensas cómo hacer para atraerla. Y luego ya empiezas una relación seria, y en el día a día, aunque no estés con ella.

En una relación ya tienes que mirar lo que quiere uno, el otro, compaginarlo. A mí me jode que me digan que no, entonces hay que marcar prioridades, el amor es una prioridad. Yo lo intento, pero cuando adquieres unos compromisos eso está por encima. Si no puedo estar con la persona que quiero, pues no puedo.

Las personas con las que he estado son bastante diferentes. Una era bastante feliciana, todo bien, otras han sido más serias, más reservadas, más cerradas en la pareja, entonces es más difícil.

Yo creo que hoy día si soy así no es solo porque lo he leído en unos papeles o porque se lo he oído a mis amigas. Por ejemplo, mi padre, hasta que se murió mi madre no anduvo con nadie, pero luego empezó con una chica. Había algo, pero no era una relación de pareja seria, tal y como se entiende hoy día. Eran amigos. «¿Seguro

que no sois nada?», «no, somos amigos». Y venía la sobrina de la amiga de mi padre y me decía que éramos primas, y yo, «que no, que no somos primas», «sí, porque tu padre y mi tía andan juntos». Yo de pequeña también tenía esa lógica, «¿cómo amigos?». Pero yo a mi padre le preguntaba y él me decía que no. Una vez fui a casa de mi madre a pasar el fin de semana y me olvidé algo en casa y cuando volví me los encontré en plena relación. El modo de llevar la relación de mi padre no era el tradicional, a ese nivel son cerrados los dos, pero tampoco tienen un modelo típico, sus amigos decían que seguro que no hablaban ni entre ellos. Y yo ahora entiendo lo que es un amigo especial.

Todo eso también te influye. Lo que ves aunque no lo hayas aprendido.

Yo creo que esto del amor tendría que ser una asignatura obligatoria, que no se le da el lugar que tiene que tener. Creo que hoy día el sistema, la iglesia tiene demasiada influencia, increíble. En la escuela haces talleres de sexualidad una vez al año, como petachos. Yo me acuerdo que con
13-14
años a los profes les daban un petacho para trabajar en tutorías, pero no eran especialistas. No sé si es una buena comparación, pero yo lo veo como la muerte, es un tema que nos da miedo, empezando por nosotros mismos, no somos capaces de controlar, algunos sabrán pero en la vida cotidiana no sabemos, no se nos enseña a vivirlo de modo diferente.

Hubo una película que vi con 14 o 15 años, *La primera experiencia*[615], que me gustó mucho. Era un horror, era una historia de amor entre jovencitos que tenían sus primeras experiencias, empezaban a tener relaciones y al chico se le empinaba el pene y no podían soltar el botón y ¡jeje!! Luego la chica se va. La chica era de una familia pobre, era negra, y se va por la guerra. Y luego cuando se acaba la guerra vuelve.

También me gusta la música de Anari[616]. Cuando la escucho siempre me viene alguna historia a la cabeza, es muy melancólica. Estaba en una fase en la que me gustaba mucho un chico que estaba con otra chica, y justo puse a Anari y ¡buff! Una temporada escuchaba mucho a Anari. En la relación que tengo ahora él es muy aficionado a la música y le gusta el
hard-rock
y así, mucho ruido, hay grupos también en Euskal Herria. Hay una canción de los Gozategi[617], *Adío laguna*[618], que me recuerda a mi madre y cada vez que la escucho, ¡¡¡bua!!!… Pero cuando estoy bien, subidón, trikitrixa[619] y así.

En el feminismo he leído mucho sobre las relaciones, los modelos, hemos discutido mucho cuatro chicas que andamos juntas. A las otras les gusta lo que hacemos pero no se sienten tan identificadas. Discutimos mucho, por ejemplo, lo que te decía antes sobre las relaciones abiertas, la libertad, el respeto, la fidelidad, mil discusiones sobre esas cosas, los valores…

Yo en mi casa he recibido poco, muy poco. He visto a mis padres, sí, pero entre ellos no tienen una relación buena, tienen muchas discusiones y eso es lo que ves. Y la educación de la escuela también bastante penosa. Hablábamos de sexo, unas horas, pero había mucho cachondeo, además entre chicos, y cuando llega la hora de la verdad no te tienes más que a ti, nervios, sudores, no sabes qué hacer.

Yo creo que sobre todo he aprendido con las relaciones que he tenido, hablando mucho, conversaciones. Con la primera no, pero con la segunda, en el instituto, con 16 años o así, era muy vergonzoso. A mí el amor me ha cambiado mucho, empezaba a andar con alguien y cambiaba, me daba vergüenza, tensión, quería estar pero luego. Me costaba mucho demostrarle a la persona. Nos veíamos en la calle y me

daba vergüenza cogerle la mano. Igual estar en un grupo y yo en una esquina y ella en la otra.

Con el amor relaciono sobre todo las baladas, cojo la guitarra y compongo canciones, música tranquila, muy sentida, con letras bonitas. Yo en el local toco el bajo pero la guitarra la dejo para casa, sobre todo cuando no estoy bien, y me tranquilizo, me ayuda a tranquilizarme.

Cuando me rompí la pierna estuve con Negu Gorriak[620]*, tenía una cinta y la escuchaba en casa todo el tiempo. Ahora cuando la escucho me viene a la cabeza. Me vienen recuerdos con la música, momentos de la vida, no personas.*

Había una película que me gustó mucho, una mítica, un chico y una chica en una isla[621]*, los dos rubios. La vi dos veces y cada vez que la veo… y me ayudó a entender algunas cosas. Era justo cuando empezaba con la sexualidad, y ves la película y te ves tú, te identificas. Creo que la vi con mis padres y estaba súper nervioso. Creo incluso que estuvimos hablando algo de sexo con mis padres.*

Hay distintos tipos de amor, con las relaciones, con los amigos, pero también con la música. Veo parecidos entre el amor a alguien y el amor a una canción. Llegas a casa, la pones, la escuchas y es una sensación física y cuando acaba te sientes…

Sonará extraño pero también con el ordenador siento algo parecido. Yo le hablo al ordenador, tenemos una relación de
amor-odio
, más de odio a veces.

También con la tierra, pero con cosas que no son físicas también tengo una relación que podríamos decir amorosa.

Hubo un tiempo, cuando acabé la segunda relación, que veía esto de las relaciones como una carga, problemas, porque no acabé bien. Me decían que era guapo, que tenía posibilidades de ligar y que había gente a la que gustaba, pero yo no quería. Ahí di un cambio, «paso de todo», fumaba también bastante, en los recreos, mis movidas, mis porros, y el resto no me importaba. Y estuve como tres o cuatro años pasando. Y luego estábamos en la comisión de fiestas, y había piques entre nosotros y estuvimos dinamizando unos grupos para hablar de las relaciones, la confianza entre la gente, el respeto. Y entonces empiezas a darte cuenta de cosas. Una dinámica que duró dos años o así. Nos juntábamos unos diez, a veces menos. Más chicas que chicos. Y eso me abrió la perspectiva, sobre todo a nivel de cómo entender las relaciones. Luego

empecé con Eider y ya ha sido otra manera de entender las relaciones.

Siempre he tenido relaciones con chicas. Ideológicamente te diría que da igual pero luego yo me veo mejor, me gusta estar con chicos pero no para el sexo, más para la parranda. No me veo de otra manera, nos han machacado tanto que nos tienen que gustar las chicas que…

La primera chica, lo que te decía antes, una niña de parvulitos. Cuando tenía 13 años o así, yo estaba coladito por ella, un día uno me dijo que esperara después de clase, éramos amigos, sin más, y vino ella y me dijo que estaba enamorada y se me aceleró el pulso, no podía ni llamarla, todo el tiempo esquivándola. Y un sábado quedamos y me acuerdo que le había dicho a mis padres que iba a una fiesta y, claro, no fui, y nos fuimos juntos al puerto y, casualidad, mi padre y mi madre me vieron, yo no los vi y luego, «¿qué tal la fiesta? ¿y el aire del puerto?». Y yo no sabía cómo hacer con ella, si cogerle la mano, no sabíamos ni ella ni yo. Cuando la veía, ¡unos nervios! Estuvimos como dos meses. Yo era el más feliz del mundo.

Cortamos y fue el derrumbe total, lo pasé fatal. La llamé luego para volver, me dijo que lo pensaría. Ahora la veo muy poco. La vi en una movida de IU[622] *en la tele, como era morena*[623] *la cogerían por eso. Al principio me enfadaba conmigo mismo, «has hecho algo mal», sentía decepción conmigo mismo, «he estado toda la vida pensando en alguien y luego». Entonces decidí que nada, que haría mi vida.*

Un día vino un tipo y me dijo «me ha dicho esta que si quieres andar con ella». Otra chica. Yo pensaba que era un complot, pero no. Y con ella, parecido. Estábamos, quedábamos, paseábamos, nos agarrábamos de la mano, pero no sabía si besarla, no sabíamos qué hacer. Terminó igual, me dijo un día que no quería salir más conmigo, y no entendía nada, estábamos normal y al día siguiente, nada. Ese mismo día mi madre me pilló con costo, y una bronca, que dices, «¡qué más puede pasar!», «¡vaya mierda de vida!».

Me acuerdo que ese verano —tenía 16 años—, en fiestas me había fijado que una chica me miraba y me di cuenta de que quería ligar, empezó a besarme, para mí todo nuevo porque no había tenido contacto físico con nadie. Me dijo que le llamara si quería y que al día siguiente se iba a Londres tres meses, y «¿me vas a escribir?». Era muy cariñosa, bastante lanzada. Y pensé que ya que no iba a tener relación física con ella, le escribiría, pensé que igual me valía para aprender. Y estuvimos 2 meses escribiéndonos. Alguna vez nos llamamos también. Parecía que

estaba bastante colada, y como antes había tenido decepciones, yo pensaba «no voy a hacer lo mismo, seguiré para adelante». No teníamos la misma ideología pero entramos un poco en la relación. Para mí fue la primera vez que tenía sexo con alguien, los primeros besos, todo era nuevo. Como veía que ella era bastante lanzada, que tenía experiencia… Pero teníamos prejuicios. Un día que fuimos a su casa a dormir porque estaba libre, y nos empezamos a desnudar, me dijo que no era por mí pero que no quería…

En el instituto nos tocó en la misma clase, pero ella en una punta y yo en la otra, y cuando salíamos nos encontrábamos en el camino, disimulando. La gente lo sabía pero… Estuvimos juntos como 6 meses y luego tuvimos una discusión por algo de política y me dijo que me quería pero que no quería seguir así, y decidimos dejarlo una temporada. Dimos alguna vueltas, que si sí que si no. Cuando lo dejamos fue bastante normal. Un día en fiestas estaba bastante borracha y la acompañé a casa y no la he visto más.

Hoy día pienso que mi forma de relación no es posible, que hay que tener relaciones con distintas personas, cada persona es un mundo y de cada uno puedes coger algo, estar con una sola persona no es bueno. Claro, luego está el problema de los celos, que nos afecta mucho y ya se hace un mogollón. Yo soy muy celosa, mucho. Me pongo muy celosa si delante de mí empieza a tontear con alguien. Tú estás con alguien y quieres lo mejor para esa persona, pero en mi caso al menos ahora es teoría, no va con mis principios pero me como la cabeza. Yo le digo que haga lo que quiera pero si le veo delante de mí.

Yo creo que él tiene un problema con el alcohol y se descontrola y una vez que se descontrola hace cosas que igual no le parecen bien de normal, empieza a tontear con alguien, y no voy a ir yo y «no le toques a mi novio». A veces le he dicho «por favor, vamos a casa» y ha venido.

Yo estando con él me he enrollado un par de veces pero nunca delante de él, no lo haría nunca porque sé que se pasa mal, solo por eso. Yo tengo un ideal e intento mantenerlo. Una amiga me dice «me choca tu relación».

Antes de empezar conmigo no se acercaba mucho a las chicas

pero ahora sí, él dice que se ha hecho más afectivo.

Yo conocía a Galder por la militancia. Al principio no me gustaba mucho cómo era. Me gustaba otro chico del mismo grupo. Una noche, que si podía ir con él, que si no sé qué, y un día tuvimos relaciones sexuales, lo que se dice ahora acostarse… es que los conceptos son… Es verdad que él había ido cambiando, y yo también. Y nos enrollamos sin más. Estuvimos a gusto, conocí una parte de él que me gustó, que no conocía de antes, una forma de comportarse, más cariñoso, de expresar.

Y luego se fue a Latinoamérica, un mes y pico, y yo para entonces ya sentía algo especial, pero yo no me planteaba una relación, pero me acuerdo que una vez que quedamos le dije que teníamos que quedar una tarde no para acostarnos, sino para pasear, para tomar un café, y claro, los chicos son muy, o blanco o negro, y entienden que quieres una relación, me ha pasado eso más de una vez. Quedamos una vez para cenar y estuvimos haciéndonos como una especie de interrogatorio, como estamos haciendo ahora, y le pregunté qué relaciones había tenido. Empezó a decirme y al final dijo «y la última, la tuya». Y yo, que lo nuestro no era una relación, que lo que sea sonará, pero que no quería una relación. Y luego ya llega un momento. Mis amigas dicen «tu novio», y yo siempre en contra, «que no es mi novio, que somos amigos». Pero al final, es una relación, que cada uno le llame como quiera. Para mí es un amigo especial.

… Y luego empecé con Eider. Fue en una parranda. Siempre había estado militando con ella, pero sin más, una amiga. Y después de una parranda, no me acuerdo bien pero por lo que dice ella fue una amiga la que nos lio, y la acompañé a su casa y en el portal me dijo que si quería subir. No era consciente ni de a lo que iba. Fuimos a la furgoneta y la tipa quería… empezamos a desvestirnos y yo estaba bastante nervioso, no sabía ni qué tenía que hacer, para mí todo nuevo, pero fue todo bastante natural, igual porque estaba un poco bebido. Fue la primera vez que follé. Y me desperté al día siguiente allí, debajo de una manta, desnudos, y ella empezó a vacilar, es una cabrona. Ella estaba a gusto pero para mí todo era nuevo, yo flipaba, además tenía que ir a hacer algo y «nos vemos luego». Y luego estuvimos hablando, fue la primera

vez que empezamos a hablar de relaciones, me acuerdo enseguida. Me fui un mes, y ella me dijo que me escribiría, estaba súper eufórico, ya era mayor. Cuando volví yo había tenido un ligue. Ella me dijo que quería seguir con la relación, y enseguida conseguimos normalizar la relación y yo también me tranquilicé, no tenía problemas para demostrar en cualquier lugar, hablábamos un montón, para mí todo era nuevo. Me ha ayudado mucho.

En general quedamos para dormir. Ahora además estoy fuera y él vive aquí y nos vemos los fines de semana, pero a veces tenemos reuniones. No estamos juntos mucho tiempo para hacer vida de pareja, es más de casa, en mi casa o en la suya. Además siempre, «¿qué, vamos a dar una vuelta?» y él, que no, cenar y dormir sí pero. Ahora estoy trabajando en el pueblo de al lado y alguna vez le digo que venga. El otro día le dije que viniera y estuvimos toda la tarde juntos, pero «que si esto es una mierda, que la gente de aquí, que si la playa… no sé qué, no sé cuántos». Es una queja en persona. Así dos años.

Le cuento mis cosas y él las suyas, a veces nos enfadamos también, enfadarnos y discutir, mucho. Yo me desespero. Le encanta discutir, ir a la contra. Y a veces le digo, «tú con lo tuyo y yo con lo mío». A veces dice muchas chorradas.

A nivel afectivo, sexual, nos arreglamos muy bien y eso es muy importante. Y luego, es verdad que acepta las cosas. A veces se pone tonto pero luego acepta, se preocupa por los demás, eso me gusta de él. Me cuida cuando no estoy bien, está a mi lado, y siempre está dispuesto a hablar de lo que sea, de la relación, lo intenta.

Ha sido una evolución, ir conociéndonos el cuerpo, lo que al otro le gusta, probar cosas, darle importancia a algunas cosas. A nivel sexual creo que tenemos una relación muy buena, igualitaria además, nada conflictiva.

Ahora mismo no sé si estoy enamorada, no sé, a veces no sé qué es estar enamorada pero otras veces, no sé, estás contenta, a gusto, no sientes peso, y si la otra persona te quiere ¡lo más! Él antes decía que estaba enamorado pero ahora no sé, pero sí, me dice «te quiero».

[Le comento que la veo un poco frustrada, negativa respecto a

su relación].

Al final te haces dependiente y haces cosas que no van con tus principios, el amor es a veces trascender la razón. Yo a veces me como mucho la cabeza y hablo con mis amigas, que si igual lo dejo.

El otro día una me dijo «tú le quieres, ¿no te arrepentirás luego?». Pero cuántas cosas le tienes que perdonar por ese amor, yo tengo dudas con eso, no sé si es rentable para mí ese amor. Para algunas cosas es una limitación, por ejemplo, lo de los celos. Yo con la chica esa que te he dicho no tenía celos pero ahora sí. No sé si es porque es chico…

El papel que tenemos en las relaciones… yo creo que yo soy activa y él pasivo, yo estoy más pendiente. Si hablo con él me da la razón y dice que va a intentarlo pero luego. Yo soy siempre la que recibe las calabazas, «hoy no voy a dormir contigo». Yo creo que él va más seguro, todo como hecho.

Al principio me daba igual lo que él hacía. Ahora, él a veces se emborracha y toma unas posturas, no me gusta. Antes se lo pasaba pero ahora… Un día vino y me echó una bronca, me gritó y agarré un mosqueo. Me fui con las amigas y al día siguiente le dije «tenemos que hablar». Estuvimos hablando y le dije que no aceptaba ese tipo de trato, ni una vez más. Me dijo «jo, es que yo tengo un temperamento». Yo le dije que si me volvía a gritar no se lo aceptaría. Pero con el tiempo me he ablandado, no gritarme, pero algunas otras cosas que le aguanto no sé si debería aguantárselas.

El otro día, por ejemplo, estábamos de juerga. Él siempre dice que intenta controlarse, y parece que se controla, dice que se controla por mí, pero yo le digo que se tiene que controlar por él mismo. Y me hace una pregunta, que si le dejo emborracharse. Y al día siguiente le dije que ya estaba cansada de hacer de psicóloga, que las consecuencias son para él y para la gente de alrededor.

Yo con lo de los celos lo he pasado mal, yo creo que esta relación me trae muchas frustraciones, también logros, pero frustraciones también. Un logro sería también aceptar que el otro es libre.

Compartir con alguien es bonito, te aporta mucho, aprendes de esa persona. Pero yo creo que en esta relación hay lagunas, al final él le da menos importancia a la relación que a una reunión, que a la militancia. Yo le entiendo porque lo he vivido como él pero yo creo

que alguna vez se dará cuenta pero probablemente ya no estemos juntos. A mí me frustra un poco esto de enseñar algo a alguien para que lo disfrute el/la siguiente.

Yo le digo que lo nuestro no aguanta este verano, pero me da miedo arrepentirme luego.

Ella estudia fuera y no nos vemos mucho. Al principio a veces hacía una escapadita y también por
e-mail
, pero era un poco frío, no teníamos móvil. Y por teléfono también. Pero últimamente hemos estabilizado más la relación, sabemos que nos queremos. Yo tengo ganas de estar con ella, de abrazarla. En las otras relaciones igual estaba enamorado, colado pero ahora…

Una amiga mía está saliendo ahora con uno y yo le digo «estás en la fase X» y ella me pregunta «¿y luego?» La primera fase es «amigos, no novios», la segunda, «esto no va a aguantar ni un mes, me voy a cansar enseguida», luego ya una unión especial. Yo estoy en la fase «un poco de muermo», el plan C. El plan B es muy bonito, le vas conociendo, quedas. El plan C es ya la monotonía.

Ahora yo siempre detrás, ya me harto, y además no tener suficiente tiempo para estar. Por la mañana unas carantoñas, no las cambias por nada, eres la más feliz, pero luego empiezas con los dolores de cabeza

Luego, el ordenador. Si voy a su casa a dormir, seguro que sacará un tiempo para estar en el ordenador, seguro que no aceptaría que quedáramos y yo me pusiera a ver la tele, o por lo menos no le haría gracia.

Le dije que me iban a hacer una entrevista y se puso un poco nervioso, «a ver qué conclusiones sacas». Le doy un poco de miedo. Yo creo que él se da cuenta de que tenemos contradicciones y que a veces tengo ganas de mandarlo a tomar por culo, y entonces intenta mantener la balanza, ahora sigo, ahora me escaqueo. Él dice que lo tengo muy controlado pero no está claro.

Yo no soy romántico, igual tengo momentos que sí pero luego se me pasa la vena romántica.

La relación ideal solo se da en el papel, esa de estar siempre a gusto, en la que nunca te enfadas, pero a veces enfadarse es bueno para avanzar. Yo creo que nuestra relación, no creo que está entre el estereotipo de relación, es bastante liberal, es bastante libre, no queremos limitarnos las relaciones. Alguna vez me ha pasado encontrarme alguien que conocía de antes y calentarme. Igual le he hecho daño. Es difícil. A veces te limitas, «no voy a hacer esto porque igual no le gusta». Yo le cuento, «ayer había alguien que…», creo que le haría más daño si no le contara.

Ahora nos vemos poco y yo echo en falta vernos entre semana.

Yo creo que en nuestra relación no hay diferencia por ser chico o chica, hablamos de las cosas. Se supone que los chicos llevamos la iniciativa, yo qué sé, para comprar condones, pero yo no creo que me toque a mí por principio, y a veces hemos tenido broncas por esto. Yo ahora tengo más dinero y cuando cenamos pago yo. Creo que en una relación libre cada uno debe hacer todo, hacer la comida, lo que sea, a ella le gusta más cocinar que a mí, yo suelo limpiar más, pero no creo que esa diferencia sea sustancial.

Nosotros hablamos mucho, sobre todo por la noche, cuando estamos. Yo normalmente no fumo pero a él le gusta fumar un porrito antes de dormir y nos ponemos en la ventana los dos, y yo le explico mis dudas, mis preocupaciones, y él escucha. Él lo llama el confesionario. Y él reflexiona y siempre está dispuesto a intentar. A veces me dice que soy egoísta, con lo de los celos.

Pero cuando le da la vena… le da igual con un chico que con una chica. En un fiesta me acuerdo que empezó a soltarles el botón a los chicos, sin más. A veces las chicas se le mosquean. Una vez a una chica le dije «ya sabes, hoy está borracho». Y me dijo, «hoy no, siempre» y yo me quedé súper cortada.

A veces cuando estoy con él estoy nerviosa, en la ventana o en un momento íntimo, no, pero a veces, en la calle, estoy pendiente, nerviosa, controlando. Él no me controla a mí pero yo a él, sí. Yo creo que tiene un problema con el alcohol, cuando se emborracha se descontrola y se pone pesado, se mete con todo el mundo, se

pone agresivo, no conmigo, con todo el mundo. Un verano estuvo sin beber pero luego, ahora está controlando algo más.

[Le pregunto si lo ha consultado con alguien]

No, además es antimédicos. Un día me dijo que si a él le apetecía beber para perder la cabeza, que qué. A mí se me hizo duro escucharlo. De normal es muy controlado, vive bajo presión, por ejemplo cuando está organizando algo lo hace hasta el final y luego, descontrol.

De todas formas, antes me pasaba, cuando me iba el lunes que me daba pena que él no estuviera, que dejaba aquí muchas cosas. Pero un día sentí una especie de alivio. Y ahora me tomo ese tiempo para mí, para pensar.

Igual hemos aprendido «cosas de mujeres». Yo a veces pienso «no me llamará», y él está esperando que le llame yo. Porque sabe que salgo de trabajar. Y ya al final, si no llamo, me llama, ya cuando se da cuenta de que no le voy a llamar. Se reparten los papeles y alguien toma el papel activo y el otro el pasivo.

[Le pregunto si le afecta que su moza sea feminista]

Yo creo que ella le da a veces demasiada importancia a ciertas cosas. Pero a mí me ha ayudado mucho su forma de entender las relaciones, su manera de ver la vida. Además a mí me gusta que las feministas sean abiertas, que hablen de las cosas, me veo yo de pequeño, de joven, con tantos prejuicios. Yo creo que esta relación que me ha traído muchas cosas positivas.

A veces con los amigos hay un punto de cachondeo, «¡jo, feminista!», pero yo respondo, «para lo bueno y para lo malo». Pero yo creo que esta relación me ha marcado y que si lo dejáramos yo tendría ya unas ideas, creo que tendría influencia.

Yo estoy a gusto, creo que esta relación me ha ayudado a conocerme, a pensar en cómo tienen que ser las relaciones. A veces, te das cuenta de que le has hecho daño, también a veces ves que no tienes mucho tiempo para estar. Al final, nosotros elegimos dónde queremos estar y haciendo qué.

Discutimos mucho pero yo creo que de forma constructiva, que es normal, pero discutimos bastante.

En una relación de una noche no sé pero en una pareja estable a

veces las chicas quieren más, igual los hombres no nos fijamos, creo que las mujeres se preocupan más por cómo va la relación.

Si tuviera una varita mágica convertiría a los hombres en mujeres y a las mujeres en hombres, solo para ver. Al final un hombre no sabe lo que es tener miedo, compartir las cosas. No hablamos entre nosotros. Y yo a veces hablo con un amigo pero muy de vez en cuando.

La gente viene al gaztetxe por el ambiente, porque hay cosas interesantes pero en plan juerga, pero luego en ciertas cosas mantienen un discurso correcto y piensan que en general lo que plantea el feminismo no va con ellos.

Sí, soy romántica. Ser romántica es buscar en la intimidad momentos especiales, romper la monotonía con cosas diferentes. El otro día que estuvimos juntos en la playa, eso es romántico. Tenía antojo de bañarme de noche en pelotas, y él, «porque la arena, porque no sé qué, porque esto es una mierda», y le dije «y ¿por qué estás aquí?», «porque quiero estar contigo». Tiene a veces cosas bonitas, a veces sí.

… Nos llamamos con motes cariñosos, pottoko, pittiki… él me llama *txiki*[624]. También a los genitales les ponemos nombres, Joxepo yo, y él Joxepa. También «te quiero» y esas cosas.

Las feministas son personas que se fijan mucho en las relaciones, en el sexo, en el amor, en esas cosas, que tienen una sensibilidad, tienen un ideal de lo que quieren en sus relaciones e intentan llegar a él. Entonces se da una tensión entre la realidad y ese ideal. Yo creo que hay que tener un objetivo y perseguirlo, pero sin obsesionarse, porque tú puedes tener una idea en teoría pero en la práctica no tienes ni puta idea de cómo llegar a esa forma de relación.

Yo tengo amigos, amigas muy buenas. Si me preguntan no sabría decir quién es el mejor, cada una es diferente, me aporta algo, con cada una tengo una relación. Yo tengo una amiga con la que nos besamos, nos tocamos, y con otras no. Hay gente que tiene más reparo, quizá a las chicas que tienen más claro lo de la bisexualidad les cuesta menos.

Tengo un poema escrito, antes escribía más, ahora menos:

Bizitza osoa naranja erdiaren bila / bizitza osoa fruitu osoa zarela jakin gabe/jarrai ezazu zure laranja erdiaren bila/baina jakin bila eta bila ibili arren/ez duzula sekula aurkituko. [625]

No creo en la media naranja. Una amiga que estaba con un chico me decía que no sabía si seguir o no con él porque no era el hombre de su vida. Y yo le decía «no existe el hombre de tu vida, el tema es que tú quieras estar y compartir algo con esa persona o no, eso es todo».

Un amigo es alguien que te echa una mano, que si yo le digo que me ayude en algo, me ayuda. Puedes haber grados, con algunos voy de juerga, con otro haces cosas.

Yo me veo sin pareja, igual estaría de peor humor pero haría una vida bastante parecida. Pero reconozco que si alguien no liga mucho eso influye para ir de juerga con él, hay algunos que quizá porque son feos o por lo que sea están un poco como marginados, hay también guapos que no ligan, y eso marca en la relación.

De parranda, pierdes el control, pierdes la cabeza y puedes hacer cosas que… Las drogas sacan lo peor y lo mejor de nosotros mismos, no lo puedes controlar, llega un punto que, no es que seas malo, no es malicia, lo que haga le parecerá normal, no tienes valores, bueno o malos.

¿Por qué ligamos más cuando estamos puestos? Nos han empujado a eso, la vergüenza, los prejuicios, necesitamos sustancias para desinhibirnos, eso nos da un punto de libertad. Para romper eso hay que debatir mucho más, hacer juegos, ejercicios, casi como terapias grupales. Yo soy positivo, me parece que se ha hecho mucho, miras para atrás y se ha hecho mucho, despacio pero se ha hecho, y eso me da esperanza. Pero cuando ves gente que tiene hecha la reflexión pero luego se comporta de distinta manera de normal o de juerga. Eso me da un poco de miedo.

Ahora no me veo en un proyecto de futuro con Galder, quizá si viviera aquí. Alguna vez hemos hablado de ocupar una casa, un caserío con alguna gente, tener alguna hija que cuidáramos todas. Yo a él le dejo las puertas abiertas, pero él dice que no le parece

mal pero que yo me juntaría con otras chicas y que a él eso le daría miedo, nuestros cotilleos, ser juzgado por las femis, como él dice.

[Mari Luz]
¿Cómo pueden Eider y Galder compaginar su amor, su deseo y su ansia de libertad?

Son jóvenes y apenas están empezando a emanciparse. Ambos creen en la igualdad y son críticos con la monogamia. Y viven en un momento de la historia y en un lugar del globo donde estar enamorados no conduce irremediablemente a casarse y tener hijos, ni siquiera a vivir juntos. Pero los modelos alternativos son escasos y no es fácil llevar a la práctica lo que se piensa. Menos aún armonizar deseos, intereses y expectativas individuales que no siempre son confluyentes.

Eider no sabe bien cómo salirse de esa cultura que le ha enseñado a tomar la iniciativa y a mirar por la relación, pero que no la deja satisfecha. El mismo guión que provoca la pasividad en Galder. Este, por su parte, no sabe cómo lidiar con su deseo, que le hace mirar más allá de Eider. Y achaca su conducta «descontrolada» a una supuesta masculinidad/sexualidad que se desataría, como si de una fiera cautiva se tratara, por efecto de las drogas.

Y así, la fiesta, como momento de descontrol al margen de la vida cotidiana, se constituye en un tiempo y un espacio en que la igualdad entre mujeres y hombres se pone en suspenso[626].

Encrucijadas e incógnitas de futuro (Edurne)

PARA MÍ
el amor no puede ser nunca
dos que se quedan acurrucados
en un rincón
mientras la vida pasa de largo rugiendo

Para mí

el amor tiene que ser siempre
muchos que luchan hombro con hombro
—tú también, yo también— ahí fuera en mitad de todo
en plena vida[627]

Edurne tiene 24 años, ha estudiado sociología y en el momento de la entrevista está haciendo un máster de igualdad. Trabaja en la educación informal, dando clases y coordinando cursos para monitores de tiempo libre. Además lleva a un niño a la escuela por las mañanas.

A pesar de que ya llevaba un tiempo participando en un grupo feminista y que siempre se ha sentido una chica rebelde, últimamente es más consciente de algunas cuestiones que atañen a las mujeres.

Vive con tres amigos, dos chicos y una chica. Sus padres son enseñantes y en su casa ha vivido un ambiente intelectual, político. Tiene un hermano más pequeño.

Dice estar en un momento importante de cambio a muchos niveles aunque no sabe bien hacia dónde va. Además, desde hace unos meses mantiene una relación con un chico algo mayor que ella, un chico muy distinto a ella y a sus anteriores relaciones. Está muy enamorada pero al mismo tiempo preocupada.

Cree que una cosa es que una relación te llene y otra que sea justa. Que lo más normal es que las relaciones no sean justas.

Con 12 años me bajó la regla y fue un momento muy malo, me parecía que me moría. Además estaba sola con mi hermano pequeño, en casa de mis abuelos, porque mis padres estaban arreglando la casa. Mi abuela se puso muy contenta porque «ya era mujer», mi abuelo no se atrevía a hablarme, ¡uff, horrible! Lo pasé muy mal, ¡un cuadro! Tengo muy malos recuerdos de aquel momento, de repente me cambió el cuerpo, además mi padre se cambió el apellido y a mí me supuso un cambio de identidad…

No tengo mucho trato con la familia de mi madre, más con la de mi padre, son 4 hermanos y con uno de mis tíos me llevo solo 8 años, todos chicos. Y luego mi hermano también chico. Y muchas veces organizan partidos de baloncesto entre ellos y cosas de esas, y a mí siempre me ha dado mucha rabia ser la única chica. Yo iba al mercadillo con mi abuela pero no me identificaba con ella, era una

moco y ya no me identificaba. Soy muy terca, igual por eso, igual eso me ha hecho meterme en grupos de mujeres. Y luego, en mi casa, siempre ha habido un ambiente… no diré intelectual, pero sí de mucho debate, de hablar mucho. Y mis padres han estado implicados en movimientos sociales y yo también. Siempre he estado en muchas cosas.

Con 14 años me fui a estudiar a Iparralde[628] dos años porque mis padres no veían clara la reforma educativa de aquí, y el primer año fue muy duro, todo nuevo, pero el segundo muy muy bueno, nuevos amigos, otra forma de ver el mundo… de andar siempre con gente más joven pasé a andar con gente mayor. Dormíamos en casa de unos compañeros que eran mayores que yo y siempres estaba con gente mayor que yo. De los 18 a los 19 años me cogí un año sabático y estuve en Francia, con gente alternativa. Yo ya había estado en un grupo de mujeres, en el instituto. En Francia estuve viviendo con unos chicos universitarios, yo era la más joven, y nos repartíamos todas las tareas. Yo empecé una relación con un chico con el que estuve 4 años, los 3 últimos él allí y yo aquí.

Ahora estoy en un grupo feminista, desde 2002, desde unas jornadas que se hicieron de jóvenes. El compromiso es importante en mi vida, al final me parece que me he metido en el feminismo porque me deprimía ver que era un tema que no importaba a mi alrededor. Cuando estuve en Francia, vivíamos en casas ocupadas, éramos vegetarianos, esas cosas, ese modo de vida siempre me ha gustado mucho, no lo vivo como una obligación o un sacrificio, no. Igual un día me aburro y haré otra cosa, pero de momento me llena mucho, es muy importante para mí. Ahora, por ejemplo, vamos a sacar una revista de mujeres en el barrio. También lo del tiempo libre tiene que ver con eso, tenemos que sacar adelante las colonias de verano. Siempre me ha gustado tener un punto diferente. A mi mozo le parece extraño esto, pero a mí me gusta ser distinta, un poco rara, me parece que ser distinta es un valor.

Yo me siento mujer y además quiero ser mujer, una mujer distinta, rara, pero segura de sí misma. Una amiga mía dice que de pequeña quería ser chico, a mí nunca se me ha pasado eso por la cabeza. Sí, me siento mujer, en qué no sé muy bien, nunca está demasiado claro eso, pero es como un proyecto.

A veces te das cuenta de que los chicos no te meten en su club,

te tratan como chica, y otras veces te tratan como amigo y eso tampoco, porque yo soy chica. Un amigo mío, hijo de unos de la cuadrilla de mis padres… somos de la misma edad y nos llevamos muy bien… y a veces se emociona y me cuenta cosas, sus historias y a veces le digo, «tío, ya vale, no es solo que soy chica, es que soy feminista».

Siendo chica vives las cosas de diferente manera. Si un día no quieres jugar al baloncesto con tu hermano, él lo interpreta como que estás cansada, que no te gusta el deporte, pero a veces es que me da vergüenza jugar con ellos (mis tíos, mis primos), me da vergüenza que se te mueva el cuerpo y a veces te da una sensación de impotencia a veces, como de vergüenza.

Antes, con
16-17
años, teníamos en el barrio un grupo de mujeres y poníamos carteles, «¿y en tu casa quién cuelga la ropa?», un poco cutre, pero éramos muy sanas. Ahora muchas han cambiado, no me gusta en qué tipo de mujeres se han convertido, no me gusta imaginar que yo pueda acabar así. No es su culpa, claro. Dos han acabado con anorexia, otra está totalmente entregada a su chico, es su único proyecto, solo hace planes con él, si el chico sale de juerga ella sale para vigilarlo y además lo dice sin problema.

Los chicos. Yo me he dado cuenta de que tengo muchos prejuicios con los chicos. Antes pensaba que para que un chico fuera justo tenía que haber estudiado, ahora estoy cambiando, creo que para bien.

Algunas cosas han cambiado pero otras a peor también. Las mujeres me deprimen más, espero más de ellas, no les perdono.

Tiene claras quiénes son las personas importantes en su vida.

Mi madre, mi padre y mi hermanos son muy importantes para mí. Como he estado fuera muchos años tenemos una relación muy buena y mis padres han sido mis profesores, mis consejeros, mis psicólogos, y yo para ellos también muy importante, quiero decir que tenemos una relación bastante equilibrada. Además tuve un profesor que fue importante para mí y un monitor de tiempo libre que me ayudó mucho a subir mi autoestima, los dos me apoyaron mucho en las preocupaciones que tenía como chica, me ayudaron a desarrollar una conciencia. A mí los hombres siempre me han

enseñado, han sido importantes para mí.

Luego, cuando estuve en Iparralde hubo una chica, una amiga, vivía al lado de ella, tenía las cosas muy claras.

Tengo también mucha relación con la gente del barrio, siempre me he sentido de allí, parte del barrio. Tengo una cuadrilla, son un poco gárrulos pero bueno, yo les quiero, es mi gente y siempre están dispuestos a conseguirte algo si lo necesitas.

Se percibe en un momento de cambio.

Ahora estoy en una fase distinta de mi vida, en una fase de un poco indefinición, indefinición total, no sé qué pasará en el futuro. De repente mi vida ha cambiado: estoy con un psicólogo, me depilo, no soy la misma. He empezado con un chico que es fontanero, bueno, ahora trabaja en una gasolinera, que no tiene ni la secundaria, un chico del barrio, primo de unos amigos. No sé dónde acabaré o cómo… bueno, anoréxica ya sé que no… pero veo que se me ha abierto una vida que antes no tenía. No sé si los cambios los estoy eligiendo yo o no, ahí tengo una duda, no sé si soy yo o el medio. Se me han abierto posibilidades nuevas que yo antes no contemplaba. Además, ya no vivo con mis padres y se supone que eso ya es definitivo. Yo he viajado mucho pero parece que ahora me ha llegado la hora de bajar a tierra. Yo creo que soy una persona realista y práctica. Veo las mujeres a mi alrededor, veo ahora también a mi madre, ahora hablamos algunas veces y me cuenta cosas. Yo soy su hija, no quiero escuchar algunas cosas de su vida, de la relación de mis padres. El feminismo me ha ayudado a mirar a las mujeres de otra manera y no siempre me gusta lo que veo. Me siento a veces como una especie en extinción

Y entramos en el tema del amor.

El amor es afecto y el afecto… no voy a decir que mueve el mundo pero sí que mueve la vida. Es sentirse llena, satisfecha, es sentir que eres capaz de hacer cosas, que estás contenta con tu vida. Me parece que el amor da mucha fuerza y que es una pena atarse solo a una persona, a una familia, a los padres, que es una pena no ir por la calle sonriendo. Me parece una cosa súper importante. El amor es una forma de relación donde tendría que haber afecto y plenitud… no pero eso no voy a decirlo… El amor son los pulmones, una respiración profunda.

Yo soy partidaria de la estabilidad. Me parece que la estabilidad

te da seguridad. Y por eso, no sé, a mí me ha dado mucha estabilidad el amor de mis padres, y creo que en la pareja busco también una estabilidad. Con mi anterior pareja tenía seguridad, a pesar de que vivíamos cada uno en un sitio, a pesar de la distancia, yo me sentía amada, me sentía compensada. Igual no nos veíamos en una temporada y luego nos juntábamos y estábamos todo el día juntos.

Es importante sentir seguridad en ti misma. Si no estás tú bien, si no te quieres, si no estás a gusto, si te sientes insegura trasladas esa inseguridad a la relación.

Yo reconozco en mi vida distintos tipo de amor. Ese que te une a una persona que conoces y respecto a la que sientes deseo, atracción, afecto… incluso sin conocerla… no solo sexual… es como una especie de sueño. Ese es uno. Luego hay otro tipo de amor, esas personas con las que tienes relación desde hace mucho tiempo, que has estado cerca, que son familia, que sabes sus defectos, cómo son, pero les quieres un montón. Ese amigo que te decía antes que a veces le paro los pies y le digo «que soy una chica, no me cuentes esas cosas», pues con ese tenemos una relación muy afectiva, nos queremos mucho. Luego está el amor pasional, el que te hace sentir fuego, el que no puedes, no puedes dejar de pensar en él, que no sabes si sientes amor o lo que te atrapa es lo que sientes cuando estás con esa persona, te llena, fuego, pasión. Yo lo he sentido con muy poquitas personas. También el amor que sientes por otra gente lo puedes comparar con lo que sientes cuando haces deporte, cuando haces algo que te deja satisfecha. Y luego ya están los amores normales, los rutinarios, los importantes en la vida cotidiana, los que te protegen, los que te dan seguridad, amor, afecto, los padres, la pareja, algunos pocos amigos, muy pocos, normalmente chicas.

Y tiene claras sus referencias respecto al amor.

En mi educación han sido cruciales mis padres. Mi padre no es muy hablador, puede pasar tiempo sin hablar con él, sin que te cuente. Igual le ves cansado o… pero no es muy expresivo con los sentimientos. Me acuerdo que de pequeña me dijo una vez que llorando no se arregla nada, no me acuerdo cuántos años tendría, y le dije «no es verdad, cuando lloro venís a mi cuarto y me preguntáis qué me pasa». Tengo algunos recuerdos así. Mi padre es

una persona que piensa que sabe y que quiere tener razón siempre. Se suele ir de vez en cuando de viaje, igual en verano está un mes y pico por ahí, dando conferencias, o haciendo algún curso. Mi madre siempre me dice que para que dure una relación cada uno debe tener su vida. Mi madre, un día a la semana tiene cena con sus amigas. Tiene amigos del trabajo y la cuadrilla de amigas, antes era una cuadrilla mixta pero se han ido separando y se han quedado las mujeres. A veces también se va por ahí ella sola. Pero luego en verano siempre hacemos algunos días de vacaciones los cuatro juntos, mis padres, mi hermano y yo.

No leo mucho, pero me acuerdo que leí en euskera esa novela, *La mujer habitada*[629], tendría 16 años o así, me gustó lo libre que era la protagonista. Pero quien me ha gustado mucho siempre era Peter Pan, pero pasaba de Campanilla, yo quería ser Wendy, quería ser una niña huérfana, libre, que se lo pasan bomba, muy divertidos, felices. Campanilla está de todo el día de *kasketa*[630], me gusta más la alegría.

Me acuerdo también que una vez vi una peli, de esas superestereotipada, estaba la pelirroja que había que salvar de unos motoristas, y había una tipa que ayudaba en el salvamento y yo quería ser esa, mil veces más que la otra. Me gustó mucho también la película de *La isla de las cabezas cortadas*[631], me identificaba con la capitana, qué inteligente, también para ligar, la fuerza, todo.

Las referencias teóricas respecto al amor las tengo de debatir con la gente, no de leer, pero más sobre sexualidad.

Hace un balance de su historia amorosa.

Yo creo que las personas que he amado son especiales, raras. Yo soy la rara, yo soy siempre la rara. Estuve cuatro años con ese tipo que era también raro, él más que yo. Un chico que era masculino pero raro. Yo tengo muy claras mis ideas y mi gente me acepta como soy, pero en el sector raro. Yo creo que a alguna gente le gusta que haya gente rara, como que te ven fuerte, especial. Otros te toman por loca, claro, «ya aterrizará». Igual me quieren pero no me entienden como persona.

El amor ocupa ahora mucho espacio en mi vida, un 80 por 100 por lo menos, porque cuando estoy haciendo otras cosas, ahora con el máster, por ejemplo, todo lo relaciono con lo que hago.

Hasta que se demuestre lo contrario soy heterosexual. Una vez vi

una pancarta: «Heterosexual, bisexual, amar a las personas», y dices «¡qué utopía!». Pero yo sí he sentido deseo hacia alguna chica, un par de ellas, y una porque se rajó, si no. Pero bueno, de momento soy heterosexual, me tiran más los chicos.

Yo a mi relación actual le quitaría un poco de dependencia, eso no me gusta, tampoco la dependencia respecto a mis padres. Me acuerdo de que mi hermano se puso enfermo, con asma, y luego he soñado alguna vez que se moría. Estuve viviendo fuera y nada, bien, no me sentía dependiente de él. Si se muriera me daría muchísima pena, claro, pero no dependo de él. Tampoco con mis padres tengo esa necesidad… ¡Hombre! sé que la frontera entre depender y no depender es muy fina pero… con mi pareja sí siento dependencia.

Con mi otra pareja no sentía lo mismo, bueno, hubo una progresión, cuando no estaba con él no sentía… era una parte de mi vida pero no toda. Yo sabía que cuando él venía no pegaba mucho con mi vida de aquí. En algún momento sí me notaba dependiente, estaba aquí y hacía todo rápido para poder marcharme a verle. La dependencia es una carga, me da miedo no ser dueña de mi vida, ser la rubia esa que salvan.

Soy romántica, sí, pero romántica pragmática. Me gusta la pareja, me gusta el afecto, el amor, ser un poco empalagosa, pero en la práctica.

En el amor, en la pareja hay que negociar, eso está claro, hay que explicar muchas cosas. Si eres feminista a veces te dicen que eres una exagerada, tienes que explicarlo todo. El feminismo no está muy interiorizado y esa necesidad de explicar todo te cansa un poco. Pero he tenido una experiencia plena, y diría que justa, aunque nunca se puede afirmar del todo, a veces tienes dudas. Un día me dijo mi pareja de ahora «a ver si te quitas el bigote» y ¡me agarré un rebote! pensó que cortaba y todo.

Le pregunto si ahora tiene depilado el labio superior porque no le veo más que una pelusilla fina. Me dice que no.

Yo eso lo relaciono con la injusticia. Él me decía que en una pareja se hacen cosas por el otro y que esto era algo así. Y yo que no, que no y que no, ¡un mosqueo! En mi caso lo que más discutimos es el tema de la apariencia y tienes que explicar que… No me he depilado nunca ni las piernas ni nada. Alguna amiga me ha dicho que es normal intentar darle gusto a la pareja, hacer

esfuerzos, pero yo no estoy de acuerdo. A él le gustaría que yo me preocupara más por la imagen, no llevar tacones o una camiseta pegada pero sí cuidar la ropa. Algunos interpretan que si no cuidas la ropa como la sociedad dice que hay que cuidar que es una falta de identidad. A mí a veces me compra la ropa mi madre, me pongo ropa reciclada, creo que se le da demasiada importancia a estas cosas. Yo a él no le digo nada. Luego me fijo que la gente siempre está «¡qué guapa!», «¡zapatos nuevos!» cosas de esas. Yo no me preocupo, será una forma de ser pero nunca me ha interesado eso.

Tenemos debate sobre esas cosas desde el tercer día. Al principio un día me hizo un piropo y me dijo «pero tendrías que cuidarte un poco más», como de coletilla, y yo me quedé un poco sorprendida, «¿cuidarme, pero en qué sentido?». Él es un chico y se depila y se da after-shave y no sé qué más, y yo no me he dado colonia en mi vida. Hace poco me he depilado las piernas, por segunda vez en mi vida, la primera en Navidad, como un regalo, lo hice como un regalo, él me dijo que hiciera lo que yo quisiera pero, al final, yo sé que no le gustan los pelos.

No soy la única. Además parece que las mujeres también han entrado en eso. Hace poco estuve con una moza que había ligado y lo mismo, su moza erre que erre con la depilación. Al final llegaron a un acuerdo, en cuatro meses una no comería carne y la otra se depilaría.

De todas formas, está claro que es un tema de género, a las mujeres se nos dice cómo tenemos que ser. Mi madre también se alegró cuando me depilé, me dijo que me pagaba la depiladora. El problema no es la negociación en sí, sino la mentalidad, y eso se me hace duro, su estilo, cree que en una pareja uno se debe amoldar al otro, que eso es respetar al otro, o algo así. Cuando yo le explico lo que pienso no entiende nada, no entiende por qué no quiero estar más guapa, todavía no lo ha entendido.

Yo creo que al ser feministas siempre estamos un poco alertas. Me acuerdo que el otro me cogía a veces en brazos y me levantaba y yo que ni pa diez. Yo creo que los hombres a veces se ven en la necesidad de jugar su papel, siento eso, y a mí en todo caso me gusta cambiar el papel, pero no ser él el chico y yo la chica.

A pesar de todo, está enamorada y a gusto en su relación, lo cual no le impide ser también reflexiva.

Estoy muy a gusto, estoy enamorada pero sí, me doy cuenta de que a veces se porta como un chico, por ejemplo, no cuenta nada, no dice lo que quiere, a dónde quiere ir el fin de semana o si quiere que vayamos juntos o no, cosas así, no es capaz de pedir, tienes que andar adivinándolo y, si no se lo adivinas, explota. Yo soy al revés, soy muy de hablar y a veces le agobio, creo que todo eso es muy de rol, un poco de pareja clásica, que hay que pillar lo que intenta decirte.

Y me viene a la memoria el análisis que hace Wendy Langford de los roles femeninos (maternalización) y masculinos (paternalización) en las relaciones heterosexuales, que contribuyen según ella a perpetuar las dificultades en la comunicación y en la negociación cotidiana. [632]

El anterior era mucho más explícito, además era más alternativo, le gustaba pintarse los ojos, tenía el pelo largo, llevaba faldas, tenía leídos muchos libros de feminismo… Quizá lo que me gusta de este sea precisamente que sea normal-normal, estoy acostumbrada a estar siempre con gaztetxeros, alternativos…

Y le pregunto cómo lo conoció.

Solo le conocía de vista, por su edad no coincidíamos, pero es primo de un amigo mío. Mi madre y su madre anduvieron juntas. La verdad es que no tenía interés en él. Él lo intentó. Era un obrero de obra, sencillo-sencillo, metido en una hipoteca con su moza, ahora está separado. La verdad es que su vida ha cambiado radical pero tampoco le gustaba mucho su vida, y decidió que no le gustaba lo que hacía, y eso me ha gustado, su capacidad para cambiar. Yo tenía claro que él andaba detrás de mí, intentó ligar conmigo, un día me dio un beso y luego «perdona, perdona», pero desde entonces me respetaba mucho, se dio cuenta de que a mí algunas cosas no me gustaban y lo respetaba. Poco a poco empezamos a estar más cerca, muy poco a poco, el móvil es un invento para eso, llamadas perdidas, mensajes, «kaixo, estoy aquí tomando un pote» y poco a poco, al final de los mensajes «un beso», la siguiente vez más.

A mí me gustan las personas diferentes y este al ser tan normal, es diferente para mí, pero se me está haciendo algo raro también, pero me llena mucho la relación, aunque tengo muchos vaivenes emocionales. Con el anterior todo era minimalista, desde la estética de su casa hasta lo que hacíamos, y con este ¡venga! Vamos a

Lanzarote, vamos a ahorrar para ir a Perú, vamos a…

A veces quitaría de la relación los malosentendidos, al venir de mundos diferentes hay muchos. Hablamos mucho pero eso no quiere decir que te estés siempre entendiendo. Echo en falta también tener más espacios comunes, yo vivo en una casa pero tenemos el espacio dividido con cortinas, a veces llueve, me gustaría tener un espacio privado. Él se ha cambiado de casa y yo creo que pensaba que iba a irme a vivir con él o que cogeríamos un piso juntos, ni siquiera me lo dijo, y se mosqueó. Luego lo hablamos y tuvo que entender, que llevábamos 5 meses juntos, que solo tengo 24 años, que no era el momento. Él tiene 33 y quería salir de casa de sus padres pero… Tenemos una situación un poco inestable ambos.

Venimos de mundos diferentes. Él dice «putos carpeteros, que no hacéis nada en el mundo», por ser estudiantes. Yo un día me mosqueé y él me dijo que era una broma, que yo soy diferente, pero no es verdad, yo soy estudiante. ¡Anda que si yo empiezo con estereotipos de obreros de la construcción! Yo ando limpiando una casa y llevando a unos críos a la ikastola, y él se ha leído no sé cuántas novelas y yo he leído bastante poco. Quizá es que tiene un poco de complejo. La realidad es que él me enseña un montón de cosas, cosas prácticas también. La gente flipa con nosotros, porque somos muy diferentes. Mi madre decía «este pobre chico, ha dejado su casa, su pareja, ha vuelto a casa de sus padres, sin trabajo». La gente interpreta que ahora está en fase lolailo, ahora con esta, como que no es serio lo nuestro.

En la otra relación todo era más explícito, el sexo incluido, si tenías ganas, ahora, te acercas, una sonrisa, «¿qué, hacemos una siesta?». Ahora todo es nuevo, más difícil, más subliminal también. Ahora, cuando hay pasión hay mucha pasión, y cuando no hay, no hay y punto. Pide más esfuerzo y cuando llega…

Hace poco he leído un cuento, «Los zapatos dos números más pequeños», del libro *Déjame que te cuente*[633]. Dice que en nuestra sociedad nos enseñan que para gozar hay que sufrir y a mí eso no me mola mucho, no me gusta, ¡hombre! es verdad que a veces cuando se acaban los malos momentos disfrutas más de las cosas, pero yo creo que en una pareja aprecio sobre todo la tranquilidad, la seguridad que te da.

Es triste decirlo, pero tener pareja te da seguridad, sabes que alguien te quiere, te sientes valiosa, te sientes capaz, más guapa, mejor, es muy cutre decirlo, pero yo creo que es así. A veces con otra gente también sientes eso, con amigas, pero son cosas más momentáneas. La presencia de una pareja, aunque no esté… no digo que sea omnipotente pero ahí está, sabes que ahí está. Y repito, ¡qué cutre!

De todas formas estoy un poco decepcionada con esto del amor, es una caca… con esto de la depilación me siento un poco el último mohicano[634]… al final no conozco tantas parejas justas. Mis padres eran un modelo para mí, pero te haces mayor y ves que todo no es… Ahora mi madre a veces se desahoga conmigo. Llevan juntos no sé cuántos años, pasan las vacaciones juntos, no se dan un beso el uno al otro, al final es una pareja bastante clásica.

Hablar en la pareja es fundamental para ordenar las ideas, para clarificar las cosas, para vaciarte cuando sientes rabia o enfado…

Ahora estoy un poco obsesionada, que no va a seguir la relación, luego está todo el día conmigo, pero… igual pongo el listón muy alto para estar segura. Sin querer, las chicas tenemos a veces la idea esa de que no somos suficiente para ellos, yo a veces creo que lo pienso, momentos cortos pero sí.

Cada pareja tiene como un tronco común, algo que ambos hacen bien juntos. En mi anterior pareja era el modelo de pareja, alternativo, él era un modelo para mí también, le gustaba también que yo tuviera las cosas claras. En esta igual es el sexo, el deseo, la pasión, nos llenamos mucho el uno al otro, disfruto más que con ningún otro, de una forma normal, además, fluida.

Insiste en hablar de justicia en las relaciones.

El amor puede llenarte pero no ser justo, yo creo que lo uno y lo otro no tienen por qué ir juntos. Yo veo muchas parejas que se llenan una a la otra y muy bien, pero su relación no es justa. No voy a decir que las mías lo sean pero… A las mujeres nos va la vida en esto. Al final todo está relacionado con la sexualidad pero con la familia también, con hacer un proyecto común, no sé, a mí no me gusta. Para mí la idea de justicia es… me acuerdo que una amiga que dijo que la justicia es subjetiva, pero para mí algunas relaciones no son justas.

¿Cómo pueden los individuos enamorarse y crear una relación que, de acuerdo con las críticas, es inherentemente conflictiva y coercitiva mientras que al mismo tiempo aspiran a una que es igualitaria, recíproca y contractual? ¿Y cómo, cuando viven semejante paradoja, pueden los individuos seguir «creyendo en el amor»?

Negociar y mantener esta contradicción puede parecer un tremendo reto[635].

Síntesis de contenidos: aportaciones, diferencias y contradicciones

Partía de la idea de que en las reflexiones y en las experiencias de las mujeres (y hombres) feministas entrevistadas iba a encontrar aportaciones y propuestas, pero también contradicciones y tensiones. Y así ha sido. Y que se perfilarían itinerarios muy diversos, influidos por las distintas generaciones a las que pertenecen, su posición social diferente, las relaciones mantenidas con amantes y parejas, o las formas de convivencia. Como también ha ocurrido.

Estar en (con) el feminismo, está claro, no te hace inmune a las consecuencias de una cultura amorosa que funciona como un rodillo de diferenciación y desigualdad y empuja a las mujeres a la abnegación; no es condición suficiente para impedir que mujeres y hombres establezcan o permanezcan en relaciones no satisfactorias, o para no sentirse menos por no tener pareja o amor.

Pero sí promueve la introspección, la discusión y la experimentación.

Los discursos sobre el amor y el amor romántico: representaciones y componentes

Ya se ha dicho y repetido, y ha quedado también evidenciado en las

entrevistas, el amor (en general) es central para las mujeres y estructura su vida; y esto se produce y alimenta desde edades tempranas a base de referencias y prácticas múltiples en diferentes ámbitos (socialización, educación, entretenimiento…).

Eso sí, hay un salto entre el amor real y el amor ideal. Pero eso no es obstáculo para que, al margen de lo positivo o negativo de las experiencias, al margen de que se confiese también su carácter enigmático, se perpetúe un imaginario colectivo del amor como algo sublime, lo más genuino, una idea que dirige la acción y la reflexión. Como si el amor fuera un refugio y permitiera más que ninguna otra cosa *ser una misma*, y el sujeto estuviera ahí a buen recaudo.

El amor de pareja está en la cumbre, por delante incluso del amor maternal en el *ranking* cultural[636]. Por tanto, no tener pareja, sobre todo en las mujeres, se percibe y se experimenta, en general, como un déficit, una carencia. Da igual que vivas rodeada de personas que te aman y a las que amas. Solo una de entre los dieciocho entrevistados se ha corregido a sí misma cuando ha hablado de alguien sin pareja como *solo*.

Eso sí, un proyecto vital con una pluralidad de intereses y actividades, como el de la mayoría de las participantes en el estudio, te ayuda a relativizar, a aliviar la trascendencia del amor.

¿Qué es el romanticismo para nuestras informantes? ¿Se perciben a sí mismas como románticas?

Se han ofrecido, como hemos visto, respuestas diversas y variopintas. Pero me ha interesado mucho ese aspecto del romanticismo como fantasía, como adorno, como artificio; como una manera consciente o inconsciente de dar intensidad al encuentro. Autoengaño, instrumento y estrategia, un poco de todo.

Pero un romanticismo que puede ser, por tanto, *práctico*, que se puede regular, en un juego que si es mínimamente explícito y consentido, da la oportunidad de profundizar, de dar intensidad a la interacción.

Las mujeres entrevistadas no creen en el *príncipe azul* o en la *media naranja*, no lo reconocen al menos, aunque sí confiesan haber creído en el pasado y haberse vuelto con los años críticas, escépticas.

El ideal más común es que las parejas compartan amistad,

compromiso, intimidad, incondicionalidad… pero es difícil que se dé todo a la vez. En todo caso, es la sexualidad la que singulariza este tipo de relación. Desear y ser deseada/o como símbolo de unión/fusión entre dos personas. Pero ni siquiera es preciso, como lo demuestra el caso de Elisa, que se entienda el deseo como mera *química*, sino como algo que admite planificación, diseño. Y aunque unas cuantas han tenido experiencias polígamas más o menos consentidas y más o menos satisfactorias, solo una, Begoña, es radicalmente crítica con la monogamia.

Y la condición estrella, como era previsible, es que se dé igualdad entre los miembros de la pareja, definida por ellas como una equiparación en el proceso de toma de decisiones, así como la libertad de vivir proyectos y tener terrenos propios.

En el amor se estarían cristalizando y problematizando los excesos de una cultura que tiende al individualismo extremo. Así que las mujeres que se están redefiniendo a sí mismas como sujetos de hecho y de derecho, y que quieren revertir su posición social como seres subordinados, son carne de conflicto, ya que viven la relación amorosa como un desafío a su propia individualidad y, en consecuencia, con una cierta contradicción.

Por otra lado, se sigue el modelo clasificatorio clásico del amor en nuestra cultura, que te hace diferenciar básicamente entre la familia, la pareja, la amistad (siempre después), aunque admite también variantes. Las entrevistadas complementan sus contradicciones y críticas respecto a la familia y la pareja con unas redes de amigas que se demuestran referencias cognitivas, prácticas y afectivas fundamentales. El amor se puede convertir en omnicomprensivo (el amor hacia sí misma, el amor a la sociedad en su conjunto, o el amor a la naturaleza). Y unas pocas han ofrecido incluso formas de clasificación atípicas, propias, que rompen las distinciones al uso y que conllevan sistemas de valoración alternativos donde el criterio es, por ejemplo, lo que se comparte, el tipo de interacción, etc. Aportaciones reseñables precisamente por su atipicidad y alternatividad.

En todo caso, estoy de acuerdo con bell hooks[637], aprendemos sobre el amor en la infancia y nuestra familia es una de las principales escuelas de amor. Pero, como ha quedado de manifiesto, si las familias son infelices o *disfuncionales*, otro lugar para conocer

el amor es la amistad, un espacio a veces devaluado o al menos secundarizado culturalmente pero que es un valor en sí mismo, además de poder ser palanca para reentablar relaciones familiares alternativas o establecer uniones románticas.

Norma heterosexual, identidades de género y fluidez de la selección o preferencia sexual

Todas son conscientes de la trascendencia de la norma heterosexual y ponen numerosos ejemplos de predominio heterosexual en la educación sentimental y en la vida cotidiana: desde las narrativas de ficción (cine, literatura…) hasta los modelos recibidos en la escuela, o en las relaciones sociales… Una educación que, por otra parte, va intrínsecamente unida a la sobrevaloración de las relaciones familiares o de pareja, es decir, que la ideología sexual y la familiar caminan de la mano.

Sin embargo, como parece lógico por el perfil de la muestra, todas/os han hablado de la heterosexualidad, homosexualidad y bisexualidad como opciones igualmente posibles y reales. Las mujeres que llevan mucho tiempo en relaciones lesbianas y viven básicamente entre mujeres no ven tanto la posibilidad del cambio, como aquellas que han tenido mayoritariamente relaciones heterosexuales. Una *fluidez sexual* que tiene que ver, sin ningún género de dudas, con la re-socialización en el ámbito feminista. Esto no es obstáculo para que se tenga clara la preferencia, sobre todo entre las que se relacionan con mujeres.

Entre las que conocen distintos tipos de relaciones, el balance no es convergente. Hay esquemas muy similares y esquemas dispares. Pero un aspecto clave, a mi entender, es la alusión directa a la oposición masculino/femenino, entendida como una tensión, como un elemento clave del encuentro amoroso, que aparece en algunas mujeres con prácticas heterosexuales como el ingrediente principal del deseo. Una de las versiones más radicales, representada en este estudio por Amaia, es también la que está sancionada y legitimada en nuestra cultura por algunos grandes relatos occidentales de

ficción: la idea del amor (heterosexual) como *guerra (combatimento)*, de forma que no es amor si no se da esa atracción extrema que conduce a la tragedia, a la muerte, ese combate que canta el desconocimiento pero al mismo tiempo la seducción inevitable del otro. Amaia se atreve, incluso, a tirar todavía más de esta tensión, transgrede su propia tradición feminista y alude a nuevas posibilidades respecto a la pasividad, a la sumisión (no obligatoriamente por parte de las mujeres), como elementos que no tienen por qué implicar siempre y absolutamente diferencias de poder.

Pero no es solo la sexualidad, el deseo, los que estarían en juego a este nivel. Es a través de ese ejercicio relacional, intersubjetivo de oposición continuada y conflictuada, como algunas personas conforman su identidad de género, se convierten en *mujeres* y *hombres*. Deseo e identidad se articularían, por tanto, íntimamente en algunos casos. Pero, al mismo tiempo, tanto en el entorno de relaciones heterosexuales como lesbianas, esta tensión masculino/femenino puede tener un objetivo de hacer más pasional el encuentro amoroso o sexual, sin que eso tenga por qué tener consecuencias definitivas en la propia identidad, o en las relaciones sociales desiguales entre hombres y mujeres.

Es decir, la tensión masculino/femenino y las diferentes dimensiones que definen este par en nuestra cultura (activo/pasivo, activo/sumiso…), dentro de unas relaciones asimétricas y diferenciadoras, podrían estar siendo operacionalizadas de maneras diversas en la interacción amorosa-sexual entre dos o más personas (hombres, mujeres, hombres/mujeres…). Por lo que sería mejor hablar de un *continuum* de posibilidades. En un extremo estaría la constitución de identidades de género dicotómicas con una distinción clara (o no) de posiciones sociales, reflejo desnudo de las diferencias de poder en los miembros de la pareja, y con consecuencias más allá del encuentro sexual. En el otro extremo, la escenificación de un juego que busca aumentar la pasión, el deseo.

En todo caso, es evidente que las mujeres lesbianas no se libran de la influencia de una determinada ideología amorosa, al margen de cómo sea el cuerpo sexuado de con quién se está. Algo que se comprueba en la importancia dada al espacio propio, que es reivindicado como una condición para una buena práctica del amor.

Esto funciona como un ideal, sobre todo, en relaciones heterosexuales. Da la impresión de que las parejas de lesbianas tienden más a hacer relaciones fusionales en el tiempo y en el espacio, lo que puede tener que ver con la importancia, en su caso, de las redes de amistad entre mujeres. De forma que ese criterio ideal del espacio propio se difumina en el ámbito lesbiano y en la práctica concreta de algunas mujeres. Es decir, la heterosexualidad permitiría, en mujeres al menos de una cierta ideología, tener una actitud más vigilante.

No quiero terminar sin señalar la postura crítica de Begoña respecto a la clasificación de hetero/homo/bisexualidad, por el binarismo que implica, en la medida que son combinaciones de dos posibilidades que se presentarían como incuestionadas e incuestionables, y porque en definitiva condiciona una manera bipolar, bi-sexual, de entender las relaciones entre los humanos. Así y todo, ella misma es consciente de que la ruptura a nivel de la sexualidad no tiene por qué implicar un nivel similar de revisión de la cultura del amor, que las transformaciones a nivel sexual no tienen por qué conllevar modificaciones significativas ni en las representaciones ni en las prácticas amorosas.

La constatación y la negociación de las diferencias entre mujeres y hombres a través del amor

Las participantes en esta investigación son conscientes de las desventajas sociales para las mujeres y de la insatisfacción que produce una determinada ideología amorosa, como ha quedado demostrado también en estudios empíricos a diferentes escalas[638]. Las mujeres, además, son conscientes de que viven una enculturación amorosa intensiva, mientras que la generalidad de los varones tiene una educación más pasiva respecto al amor y más activa respecto a la sexualidad.

El amor y todo lo concerniente a las relaciones de pareja ocupa gran parte de las conversaciones entre mujeres desde pequeñas, y esto ha sido subrayado por gran parte de las informantes, que

relataban cómo en las tertulias con sus amigas destripaban sus propias relaciones, se intercambiaban consejos, aventuraban pronósticos…

Por otra parte, la socialización diferenciada de hombres y mujeres responsabiliza a estas del trabajo emocional, y ellas asumen con bastante naturalidad que el amor varía y depende fundamentalmente de su propio esfuerzo[639]. Pretenden también una comunicación activa dentro de la pareja sobre cualquier tema que afecte a ambos, sean cuestiones materiales, sentimentales o sexuales[640], que unas veces consiguen y otras no, lo que hace que se quejen y se sientan frustradas. Que se dé esta comunicación no significa, por supuesto, que las versiones sobre los acontecimientos sean las mismas o que se llegue fácilmente al consenso.

Los dos casos de parejas entrevistadas (Jone/Gari; y Eider/Galder) son una buena muestra de relaciones donde la comunicación y la revisión continua del día a día de la relación, de las dificultades, quejas y conflictos, sirven para ir tejiendo la relación, además de fraguarse así un nivel de confort e intimidad satisfactorio para ambos. Amaia, por su parte, pone en duda que hablar dentro de la pareja sea siempre mejor y rompe así un supuesto consenso femenino a este respecto. Y alude también a los peajes específicos (por ejemplo, económicos) que sufren y han sufrido los hombres en nuestra sociedad a consecuencia del amor.

En todo caso, la gran mayoría han coincidido en afirmar que los hombres son *analfabetos emocionales* y las mujeres más dependientes. Un analfabetismo masculino directamente relacionado con un menor entrenamiento verbal y corporal en el terreno amoroso (que no sexual), así como con que muchos chicos, para convertirse socialmente en hombres, van aprendiendo desde pequeños a no poner el amor en primer lugar entre sus objetivos, aunque en esto es seguro que influye también el hecho de que el amor sea para ellos una posibilidad más real que para muchas mujeres.

Los tres hombres entrevistados comparten esta opinión, algo que ellos han vivido como fragilidad o inseguridad para afrontar sus propias relaciones. Sin embargo, los tres han ido también aprendiendo y encontrando sus propios criterios, sus modos de relación, con la ayuda muchas veces de sus parejas femeninas,

amigas mujeres, o amigos varones (estos en general en menor cantidad).

Pero los resultados más sorprendentes se han dado entre las/os jóvenes. Un primer aspecto a comentar es la cuestión del reparto del trabajo doméstico. Josebe, por ejemplo, de 28 años, afirma rotundamente que la mayoría de sus amigas heterosexuales que viven en pareja tienen conflictos por las tareas domésticas. Una cuestión que se repite en otras entrevistas. Sin embargo, las mujeres mayores sí perciben una mayor equiparación a ese nivel. En mi opinión, se podría hacer una doble interpretación de este hecho: por una parte, parece que los chicos jóvenes de sectores pro-feministas no tienen incorporados, de un modo rotundo al menos, los patrones igualitarios, al igual que ocurre entre la población masculina general. Mientras que los más mayores han vivido procesos y circunstancias históricas que les han llevado a modificar sus conductas. Pero otra dimensión de esta cuestión que me interesa sugerir tendría más que ver con los términos en los que se están definiendo y regulando los conflictos entre mujeres y hombres. Es posible que la tensión ligada al reparto de tareas se esté convirtiendo en una metonimia de las tensiones sociales y amorosas generales entre hombres y mujeres, en una metáfora de la igualdad no resuelta.

Otro hallazgo curioso es la queja de algunas mujeres jóvenes por la presión y el chantaje de sus partenaires masculinos para depilarse o *arreglarse*, algo que ellas viven como una imposición.

Pero probablemente uno de los aspectos más relevantes sea lo relativo a la fiesta como un tiempo y un espacio donde se pondría en suspenso la ideología paritaria, cuestión que ha emergido en el relato de Eider y Galder. Un fenómeno que se justifica en base a una masculinidad sexual, desbordante y agresiva, que se vive como natural, que brotaría sobre todo por el consumo de drogas, y frente a la que no se podría hacer nada. Este enfoque biologicista, defendido por Galder, concuerda con los resultados de otros estudios realizados con jóvenes y adolescentes en el País Vasco, citados en el apartado de «Perspectivas sociológicas de actualidad»[641], y es un obstáculo importante para profundizar en la igualdad de oportunidades.

En conclusión, podemos decir que se da un

sobredimensionamiento del amor en la vida de las mujeres y un cierto déficit en la de los hombres. Además, no queda claro si los hombres están dispuestos a reflexionar sobre sus relaciones o no. Todo esto está provocando que, tanto desde el movimiento de mujeres como desde el más reciente y modesto movimiento de hombres, se estén organizando poco a poco, al menos en nuestro entorno, seminarios y talleres en torno al amor. Rosa y Jone, por ejemplo, están trabajando en esta dirección, de forma militante, la primera, y profesional, la segunda.

Pero no quiero terminar este apartado sin hacer alusión a la autodefinición de *mutante del género* dada por Begoña. Ella, testigo durante un período largo de su infancia del maltrato doméstico sufrido por su madre, y víctima de maltrato psicológico en sus primeras relaciones, vive ahora en un contexto de experimentación a nivel de feminismo, de género y de sexualidad en el que, ayudada también por una terapia, ha conseguido dejar atrás estos problemas y, lo que es más importante, afrontar sus propias contradicciones. Así y todo, es consciente y así lo confesaba en la entrevista, de que el amor es todavía para ella un terreno resbaladizo, de fragilidad, conflicto y duda. Su experiencia, contradictoria y alternativa a la vez, confirma la combinación en la vida de los entrevistados de aspectos positivos y negativos, progresistas y conservadores, rupturistas e inmovilistas, respecto al amor y en general. Una mezcla que, así y todo, no oculta la aparición de características emergentes[642] en sus planteamientos.

Otras diferencias: variables significativas y contextos de socialización y pertenencia

Pero la diversidad encontrada no tiene que ver solo con diferencias entre hombres y mujeres, sino con la variabilidad interna en ambos colectivos, en relación a la edad, la clase social, la educación religiosa, y el marco etnográfico-cultural, todos ellos relevantes en la educación sentimental recibida. Las mujeres son conscientes de esta multiplicidad de realidades, pero tienden a uniformar a los

hombres. Los hombres hablan de diferencias tanto entre mujeres como entre hombres.

La clase y el medio social o cultural de pertenencia, combinado con la generación, condicionan en gran medida la educación amorosa. Los modelos familiares de las mujeres de más de cincuenta años de estatus social elevado, crecidas en familias pudientes y colegios religiosos, presentan características similares. Sus madres se dedicaban sobre todo a cuidar de la casa y de los hijos, a salvaguardar los valores familiares y a mantener el estatus de sus maridos. Mientras que las madres de clase baja trabajaban en el campo o en la fábrica y estaban sujetas a vaivenes familiares y económicos que marcaban sus ritmos de vida y sus decisiones. Por las tardes se reunían a escuchar fotonovelas o a hablar con las vecinas, e intentaban poner en marcha controles para que la vida de sus hijas no se *malograse* en alguna historia de amor. En su mundo escaseaban las referencias amorosas intelectuales y sofisticadas de las ricas.

Pero la militancia de las informantes mayores, en las mismas o muy cercanas organizaciones políticas, sobre la que volveré después, les sirvió también como elemento re-socializador. Compartieron de este modo lecturas, debates, canciones… dentro de procesos de nueva socialización de género[643], que les hicieron revisar los valores e ideales aprendidos en sus hogares y centros escolares, y les ayudaron a reinterpretar las situaciones vividas con sus padres y hermanos. Cada persona tiene una historia personal y familiar individual e intransferible, y esto es un aspecto clave para entender qué pensamos o cómo actuamos también de adultos. En algunos itinerarios, por ejemplo en el de Loli, se aprecia la fuerza del modelo paterno/materno como un modelo negativo. En otros, como el de Pilar, nacida en un medio rural, con diferencias y semejanzas en la aportación masculina y femenina, y emigrada posteriormente, queda constancia de la variedad de circunstancias, macro y micro, que van tejiendo y singularizando cada biografía.

Además, como es lógico por el perfil que tienen, las informantes recalcan una y otra vez el beneficio ejercido en ellas por el feminismo. Aunque hay quien apunta también elementos negativos.

Otra cuestión que llama la atención es la impronta de la ideología religiosa en aquellas que participaron de jóvenes en

grupos cristianos de base (cuatro de un total de dieciocho). Son conscientes de los aspectos negativos de la educación católica, sobre todo de la idea de la sexualidad como pecado, pero al mismo tiempo aprendieron y pusieron en práctica en esos espacios principios humanistas, y formaron parte de actividades y formas de convivencia donde sintieron que participaban de igual a igual.

El día a día en organizaciones políticas de izquierda, a pesar de las contradicciones internas, promueve la actitud reflexiva frente a la subordinación de las mujeres. Pero, si lo anterior es generalizable a todas las personas entrevistadas, jóvenes y mayores, hay que destacar la singularidad de las que participaron activamente en la lucha contra el franquismo y en la llamada Transición Democrática. Destaca, por ejemplo, el ambiente de promiscuidad sexual y amorosa que se vivió en esta época, que permitía a sus protagonistas rechazar los modelos familiares conservadores, que se querían transformar de raíz.

La entrevista de Begoña me ha llevado a apreciar similitudes entre la apertura y la experimentación sexual de la transición, y la que se está dando en círculos minoritarios ubicados en grandes ciudades, con planteamientos rupturistas frente a las clasificaciones sociales clásicas de género y sexualidad. Estos espacios, con todas sus contradicciones, serían versiones modernas de aquellos otros ambientes de los años sesenta y setenta. Pero, tanto en un caso como en el otro, la vindicación y las nuevas propuestas se formulan más en términos sexuales que amorosos. Una realidad que podría estar relacionada con la naturalización social que impregna el terreno del amor, que no ha sido suficientemente revisada ni siquiera en el ámbito feminista.

Las vivencias de feministas jóvenes y mayores no es la misma. Mientras las primeras tienen toda la vida por delante, las más viejas hablan del futuro de una forma mucho más limitada, aunque transmiten también una mayor tranquilidad, teñida a veces de cierta melancolía. En algunos casos, prevalece la sensación positiva de haber podido disfrutar, de contar con un bagaje de historias cortas o largas que reúnen las condiciones mínimas. Las jóvenes no están seguras de si van a ser capaces de vivir y de amar en unas condiciones justas.

Amor y desigualdad: contradicciones y resistencias

Ya se ha dicho, el amor condiciona de manera específica a las mujeres, sean o no feministas, aunque los hombres sufren también a causa del amor. Pero, como señala Pilar, y me parece definitivo, los hombres, muchos hombres, crecen *sabiendo* que el amor es un bien alcanzable para ellos, accesible, e invierten menos en el cuidado de las relaciones. Mientras que para las mujeres, sobre todo a algunas edades, el amor (en general) es un bien más escaso.

Algunas, como Rosa, han expresado muy bien esa dedicación exclusiva de las mujeres al amor, la auto-realización a través del deseo del otro que no tiene posibilidad de satisfacción. Una obsesión que hace también confundir deseo y amor. Una educación focalizada exclusivamente en dar, entregarse, estar pendiente del otro, que te puede dificultar el aprender a recibir, que reporta vivencias positivas y otras no tanto, como la sensación de ser dependiente o la contradicción entre ser libre y amar.

La gente permanece en relaciones insatisfactorias, desapacibles, aunque se tenga claro que no funcionan. Y quedan al descubierto miedos diferentes: miedo a no quedarse sola; miedo a no controlar la situación y perder la capacidad de raciocinio, lo que para muchas personas está implícito en el enamoramiento; miedo también a asumir roles o valores *clásicos*, subordinantes; miedo a incurrir una y otra vez en los mismos errores.

Y aflora también en las entrevistas un hecho relativamente generalizado en las generaciones femeninas mayores, que ha sido ya teorizado desde el feminismo[644], el de las mujeres que no tienen pareja, la hayan tenido o no anteriormente, algo que tiene que ver también con cambios sociales más generales en Occidente respecto a las formas de convivencia. No es un fenómeno fácil de explicar, ya que puede estar influido por factores múltiples, como el mayor nivel de exigencia de estas mujeres, que son además autónomas económicamente, y una cierta resignación por su parte; o la edad, sobre todo en heterosexuales, puesto que el hecho de que los hombres mayores tiendan en mayor medida a relacionarse con mujeres jóvenes resta posibles candidatos. Hay una *invisibilización sexual* de las mujeres mayores. Pero se podría tomar este fenómeno,

en parte al menos, como una forma de resistencia frente a un modelo cultural que no satisface del todo y que tiene muchos peajes. Como se ve en el caso de Leire. Pero hay quien no está para nada dispuesta a renunciar a la pareja, y explora otras posibilidades de encuentro y relación, como Amaia, que se ha hecho toda una experta en ligar por Internet.

Pero sea lo satisfactorio o conflictivo que sea el amor de pareja en su vida, ninguna mujer entrevistada lo tiene como único pilar de su existencia. Y las diferentes formas de resistencia se nutren de referencias alternativas: ensayos, películas o libros de ficción con visiones rupturistas o que son leídos con gafas propias. O de canciones de amor que combinan el amor con el compromiso social, o con la contestación, como es el caso del cantautor cubano Silvio Rodríguez.

Un estímulo y un apoyo constante para algunas han sido sus propias madres (también algunos padres) que siembran en sus hijas el deseo de autonomía y de dirigir su propio proyecto de vida. Y los modelos familiares se apartan en las más jóvenes de la media: madres y padres tienen empleo y parcelas de autonomía propias. O bien son importantes otros familiares que enseñan universos y formas de ser anteriormente desconocidos.

Tan verdad es que el amor condiciona la vida de las mujeres como que les sirve como ámbito de aprendizaje, como palanca de cambio, de *búsqueda de sí mismas*. Es decir, el amor está siendo utilizado, en jóvenes y mayores, como un instrumento de reflexión, de investigación sobre lo que se desea, o por lo menos sobre lo que no se desea. Un terreno de indagación sobre ti misma y la gente que te rodea. Incluso (¿específicamente?) en situaciones de desamor, como hemos visto en el caso de Leire.

Propuestas de cambio

¿Cómo tender a posibilidades distintas, a modelos en los que las personas no se alienen ni se anulen en el otro/la otra? ¿Cómo neutralizar la influencia negativa de los mandatos culturales?

¿Cómo transformar, en definitiva, la ideología del amor romántico?

A lo largo de las entrevistas, se han aportado propuestas y experiencias concretas de intervención y se hablado de incluir la educación amorosa en la enseñanza reglada. Sin embargo, se advierte de la dificultad, de la complejidad, de la intervención en este campo, precisamente por cómo se configura y se vive el amor en nuestra cultura, y por los beneficios que produce a corto plazo. Algo que asimilaría los efectos del enamoramiento a los del uso de drogas. Y se subrayan también los peligros de una política feminista excesivamente *correcta*.

Pero se insiste también en la conveniencia de proyectar en medios de comunicación, cine, televisión… relaciones y experiencias distintas, alternativas, para que la gente joven (y mayor) sea testigo de otras formas de amistad y relación, que les sirvan para normalizar y diversificar sus propias posibilidades. Es un poco decepcionante ver que una y otra vez la mayoría de las películas, incluso las más innovadoras desde el punto de vista tecnológico, insisten en el mismo relato: chico conoce a chica (o chica conoce a chico); esta tiene siempre un lugar secundario en la trama; objetivo común, vivir juntos para siempre.

Y se recalca que la autosuficiencia (económica) de las mujeres es una condición *sine qua non*.

Los cambios vitales y amorosos, tanto en las actitudes como en las conductas, cuando se dan, parecen reunir dos condiciones: una, sustituir parcial o radicalmente el contexto geográfico o cultural donde se vive, es decir, transitar por espacios diferentes, desplazarse; y dos, estar dispuesta a experimentar, a echar mano de instrumentos y medios anteriormente no utilizados.

Sin embargo, pocas mujeres dicen haber leído o discutido directamente estudios o ensayos específicos en torno al amor. Y cuando aparecen, las referencias son siempre unas pocas, y las mismas: Francesco Alberoni[645], Erich Fromm[646]… y alguna mujer cita a alguna autora feminista, como Clara Coria[647].

Pero hay definiciones alternativas, como la idea de que el amor (¿cualquier tipo de amor?) no es para toda la vida. Combinar el compromiso en la relación con la idea de la caducidad de la misma, les sirve también de preparación frente a una posible separación. Se habla igualmente de la necesidad de buscar esquemas alternativos

de vida y convivencia, y de otros modelos de familia entre personas que no comparten obligatoriamente vínculos biológicos.

Y muchas veces la amistad, como una forma superior de amor, es un recurso excepcional para hacer frente a los clichés más rancios. Redes, generalmente entre mujeres, que se van tejiendo a veces durante toda la vida. Un sostén y un referente, como decía anteriormente, pero también un revulsivo político.

Si se tiene pareja, compartir con el otro/la otra lo que se está viviendo, negociar las decisiones comunes (incluidos los aspectos materiales), y evaluar conjuntamente los problemas que van apareciendo, resultan ser elementos claves. Pero, algunas son pesimistas respecto a la posibilidad de la igualdad y ven contradicciones entre desear al otro y enamorarse, por un lado, y negociar y racionalizar la relación, por otro. Una negociación que, en definitiva, implica una evaluación continua del amor, tal y como defiende y argumenta Langford[648].

Sin perder de vista que hay quien por encima de todo, en la línea de los planteamientos de bell hooks, habla de una necesidad de otra cultura, otra educación sentimental que lleve implícita una idea de amor más amplia, integral, que empiece desde la primera infancia[649]. Un amor que implicaría cuidado, afecto, reconocimiento, respeto, compromiso y confianza[650].

—Ha escrito usted: «Las multitudes tienen respuestas a preguntas que aún no se han formulado, y la capacidad de sobrevivir a los muros. Recorre esta noche con tus dedos la línea del nacimiento del pelo de ella (de él) antes de dormirte». ¿Esa es la respuesta, la esperanza del amor?

—No sé por qué dudo en aceptar que la respuesta sea el amor, como usted propone. Hay algo intrínseco en esa palabra que aspira como a una solución; es algo demasiado fácil y falso a la vez. Hay algo en el amor que tiene una gran carga de permanencia, y de lo que yo quiero hablar es de algo que se transforma en otra cosa; algo que no existe todavía, pero que se comparte. No se trata de algo solitario,

sino compartido. Que algo no sea conceptualizado no significa que sea irreal. Muchas cosas que son reales no se pueden articular así como así. Hay momentos que susurran porque estamos aquí. Momentos compartidos, entre amantes o amigos, o entre cientos de personas simultáneamente; momentos eternos. No es que duren para siempre, sino que en ese momento estamos rozando lo eterno. Se trata de los únicos momentos a los que verdaderamente debemos aspirar[651].

Epílogo

Post-scriptum. Antropología, melancolía y compromiso corporal en la etnografía[652]

He partido en este libro de referentes teóricos y literarios de muy distinto tipo para poner en evidencia y perfilar lo que considero uno de los cimientos principales de nuestro orden social y cultural, el *Pensamiento Amoroso*, al tiempo que he profundizado en las relaciones entre el amor y el género, y me he hecho eco de las experiencias y voces fértiles, contradictorias y críticas de las mujeres y hombres entrevistados.

En este sentido, una de las conclusiones principales de todo este proceso sería la idea de que una teoría del amor es, de algún modo, una teoría del poder y una teoría de la justicia. Más aún, podríamos decir que poner al descubierto los peligros de los discursos sociales hegemónicos sobre el amor nos prepara también para estar alerta frente a los peligros de algunos discursos sociales dominantes en torno a la justicia y la libertad, en un contexto como el nuestro donde el neoliberalismo se disfraza de humanismo.

Una segunda conclusión sería que, como he recalcado en distintas partes del libro, una teoría del amor, por muy crítica y radical que sea, no es suficiente, y habría que buscar más allá y explorar otras posibilidades, para lo que he sugerido ahondar en nociones teóricas como las de reconocimiento, reciprocidad y redistribución, vividas como hechos sociales, que sin obligarnos a

renunciar al estudio de las interacciones amorosas nos permitan también trascenderlas.

Por otra parte, la etnografía del amor, en la que he intentado priorizar el estudio del amor real y no tanto el del amor ideal, me ha hecho ser plenamente consciente de una tensión que no había experimentado con otros objetos de estudio, no al menos del mismo modo, y que si bien cuando comencé a pensar este texto pretendía resolver de algún modo, poco a poco se ha ido convirtiendo en una forma no solo de inspirarme para la escritura sino de afrontar el amor. Una tensión ya apuntada en el primer capítulo entre, por un lado, intentar comprender (e incluso explicar) la vida, la cultura, el amor, un objeto cualquiera de estudio… como un todo coherente, ordenado, ordenable, y echar mano de la ciencia, de la antropología, como una manera de perseguir la coherencia, abarcar una realidad, contribuir a un conocimiento racional, consistente… Y por otro lado, el reconocimiento de que no existe tal empresa, de que es imposible ese todo coherente, de que no es posible La teoría sobre el amor, La utopía, antropológica o amorosa.

No al menos de forma integral.

Estoy hablando de una tensión, al fin, entre una cosmovisión moderna y occidental, por un lado, y otra postmoderna y postcolonial de la vida, por otro, que configura muchos de los fenómenos actuales, también el amor. Una tensión que, y tal y como yo la veo, sobrepasa un objeto concreto de estudio y afecta, y de alguna manera, constituye, la antropología de finales del siglo XX y comienzos del XXI en su conjunto.

¿Cómo hacer entonces, habría que preguntarse, una antropología del amor que no contribuya a consolidar ese *Pensamiento Amoroso*, y qué no refuerce, sin quererlo, la (hetero)sexualidad como norma e instrumento de desigualdad, las diferencias de género? ¿Cómo escribir una etnografía del amor que no produzca *mujeres* sin quererlo? ¿Qué tipo de perspectiva, de metodología hace posible esto?

Hacía alusión también en los primeros capítulos a la definición que da Piedad Bonnet de la poesía, definición que he aplicado a la antropología. La antropología como un *dejarse tocar por el mundo* e intentar transformar eso en palabras, sonidos, imágenes… sin ser un sentimental[653].

Me arriesgaría a afirmar que la enseñanza general de la antropología, de manera explícita al menos, no se enfoca en esta dirección. Con lo cual, a veces, pasan años hasta que comprendes que el éxito de una observación o de una entrevista se basan tanto en la capacidad de introspección, la administración de las emociones propias y ajenas, y la gestión de los silencios… como en lo acertado del guión o en una buena técnica de recogida de datos.

Pero ¿cómo se aprende a conjugar la emoción, la palabra y el silencio?

Los marcos teórico-conceptuales en los que me he ido situando con los años, me han hecho dar mucha importancia a ciertas dimensiones de la investigación y del proceso etnográfico que suelen quedar al margen del aprendizaje reglado, bien porque no están identificadas o bien porque no hay reflexión o conocimiento acumulado suficiente al respecto; por lo que, en todo caso, son aspectos que suelen salir de manera espontánea o poco organizada cuando hablas de un estudio concreto.

Me refiero, por ejemplo, a la reflexión sobre una misma como antropóloga, a las vinculaciones entre vida e investigación, a la relevancia metodológica de la interacción y la respuesta emocional de investigadora y sujetos investigados en el trabajo de campo, y a la articulación del producto cognitivo y el producto emocional[654], que en mi etnografía del amor han sido claves. Lo cual no es óbice para que al mismo tiempo reflexionemos sobre los límites de dichas interacciones.

La introspección en la investigación, la observación interna de los pensamientos, los sentimientos y los actos, ya había sido abordada en mi libro de *Antropología del Cuerpo*, cuando justificaba una perspectiva que no se olvide, entre otras cosas, de lo auto-etnográfico, como una forma (más) de reflexividad y contraste.

Un grito del movimiento feminista ha sido la consigna «Lo personal es político». A esa noción se debería añadir el reconocimiento que «lo personal es también profesional»[655].

Pero adentrarme en estos últimos años en el campo del amor me ha alentado a reflexionar de una forma muy específica sobre todo lo relacionado con el qué, el cómo y el cuándo de la etnografía, con el *habitus*, las habilidades, los condicionamientos, las actitudes, el saber (o no) hacer y estar de la investigadora. Todo eso que,

inspirándonos en Connell[656], podríamos llamar la regulación de la interacción córporoemocional reflexiva entre la antropóloga, el objeto de estudio, las personas y contextos analizados, los objetos y paisajes circundantes…

Como suele ser lo habitual en antropología, en mi exploración del amor han tenido un papel protagonista esas personas que llamamos *informantes*: en mi caso, mujeres, jóvenes y menos jóvenes (aunque ha habido también unos pocos hombres), todas ellas próximas social, cultural y políticamente a lo que *yo soy*, a mi forma de vivir, relacionarme y entender el mundo. Cercanas también afectivamente, puesto que algunas son amigas y otras conocidas, o conocidas de conocidas. Esto facilita de entrada la empatía pero hace más difícil el juego de la cercanía y la lejanía, además de exigirte una alerta continua respecto a los límites de la confidencialidad. Porque es seguro que encontrarás de nuevo a esa persona y porque tienes conocimientos sobre su vida que no vas a poder utilizar nunca más. Pero también porque tienes enfrente a una *semejante*, y a una especialista —en tanto que feminista— en los temas que vas a tratar.

De todas ellas he aprendido. Con todas ellas me he conmovido.

Cada entrevista ha tenido su clima, su *ethos* particular.

En todas se han generado momentos más o menos intensos de confianza, de intimidad, de complicidad, de nostalgia, de vulnerabilidad, de erotismo[657]… a medida que avanzábamos en los temas que yo iba proponiendo o surgían otros nuevos. Pero podría hacer dos grandes grupos con las entrevistas: (1) Aquellas en las que ha primado la serenidad y el sosiego; lo que ha tenido que ver en la mayoría de los casos con la (mayor) edad pero, sobre todo, con el momento en el que se encontraban algunas personas entrevistadas, con la posibilidad o no que tenían de tomar distancia. Esta calma me he permitido a mí también conectar mejor con mis propios interrogantes vitales o intelectuales y administrar mejor los límites entre sujeto que investiga y sujeto investigado. (2) Un segundo grupo de entrevistas, sin embargo, sobre todo las que he realizado con las mujeres más jóvenes, han estado impregnadas de dosis importantes de impotencia, de incertidumbre, de inseguridad; emociones todas teñidas de una pasión y una vitalidad que era también contagiosa. Y en ocasiones he vivido, sin pretenderlo de

antemano, una necesidad de proteger que se añadía a mi propia incertidumbre, lo que me ponía en una tesitura que no ha sido siempre fácil de gestionar.

Al abandonar el lugar de la entrevista, al quedarme sola, he sentido a veces euforia, optimismo, fuerza, plenitud, complacencia… pero también vértigo, y vulnerabilidad, una gran vulnerabilidad. Y he procurado quedarme *ahí* durante un tiempo, aunque solo fuera hasta llegar a mi casa. En medio de esa efervescencia de impresiones, ideas, sentimientos, sensaciones. Hasta encontrarles sentido o hasta no encontrárselo en absoluto. Consciente de que quizá lo único que tenía que hacer era buscar la manera de traducir todas esas sensaciones. Encontrar las palabras para *decirlas*.

El espacio de la entrevista es siempre un paréntesis pero, al mismo tiempo, la vida, y la única forma de experimentar la vida, señala Diane Ackerman, es prepararse para *una larga, inmensa y planificada disrupción de todos los sentidos*[658],

Mientras tanto, leía libros y artículos, y recopilaba ideas, teorías, experiencias, que a veces me dejaban indiferente y otras impactaban en el centro de la diana. También novelas, de amor, ligeras, trascendentes, rosas y de culto. Y algunos poemas, encontrados en libros recomendados o descubiertos por casualidad.

Alerta las 24 horas del día, receptiva. Siempre activada la etnografía. Infatigable en reconocer ese sustantivo, ese adjetivo, esa imagen, esa idea escondida en un panfleto, un periódico, un libro, una película o una conversación informal. Especialista en encontrar semillas en terrenos aparentemente baldíos.

Y he conversado del amor hasta la saciedad. Mientras era parte activa o pasiva de relaciones de distintos tipos e intensidades, con belleza y placer pero también con tensión y sufrimiento.

Siempre la música como lugar de honor, territorio esencial[659].

El transcurso y resultado de todo este proceso es que me he sentido más *somática*, más *carnal*, más intensamente emocional, emocionada y emocionable que nunca. No es que previamente *no hubiera sentido* las investigaciones que había ido haciendo o no me afectara lo que escuchaba, observaba o compartía. Sabía que algunos testimonios se me habían quedado adheridos a la piel, que algunas escenas se habían fijado en mi memoria para siempre. La

diferencia ha sido que ahora he agudizado voluntariamente esta experiencia, la he intentado llevar y paladear al extremo, lo que me ha obligado a deliberar sobre cómo aprovecharla, cómo relacionarla con las teorías y los objetivos de la investigación, y cómo darle forma.

El resultado no es solo este libro, sino un conjunto multiforme de fragmentos de textos, orales y escritos (conferencias, conversaciones públicas o privadas, artículos…), que se dilatará en el tiempo hasta el momento en que se agote el deseo de narrar, el flujo del pensamiento.

Hacer más explícita la articulación entre lo cognitivo, lo emocional y lo textual, me ha permitido, además, evidenciar mi *compromiso corporal*, mi *trabajo corporal* como antropóloga. Pensar, en definitiva, en la materialidad, en la carnalidad de cualquier investigación. El compromiso corporal tiene que ver con cómo in-corporar-te e in-corporar al otro y al contexto en la etnografía; tiene que ver con el espacio que se define entre tú y los otros, con una forma de mirar y ser mirada, con una actitud física, psicológica, una forma de estar en la investigación (en el mundo) sin que sea preciso hacer mucho más.

Tiene que ver también con esa experiencia vital que debe ser constituida, antes, durante y después de la investigación[660]. Una experiencia vital que parte, por tanto, de la propia trayectoria personal, social, laboral, pero que es preciso siempre transformar para re-diseñar y adaptar a un nuevo objeto de estudio.

Termina la entrevista, la observación, concluyes el trabajo sobre el artículo o el libro que tienes entre manos, y vuelves a lo cotidiano. Abandonas ese escenario al que volverás después, pero llevas en ti, lo quieras o no, a esa persona con la que has estado, esa anécdota, ese suceso, que se te han quedado enganchados, sigues sumergida en ese pensamiento… como si las personas, las palabras, las imágenes, las ideas, no fueran más que elementos que recibes, integras, elaboras; todo ello en un paisaje en el que se entrecruzan íntimamente lo excepcional y lo cotidiano.

Lo que hace que podamos comparar la etnografía con una sesión de espiritismo prolongada en el tiempo, una actividad bien diseñada pero que se deja afectar por lo espontáneo, lo arbitrario. Y la antropóloga no fuera más que una medium. Una medium que

conoce y aprovecha sus habilidades, sus capacidades, pero que va entrenándose también física y sensorialmente, con la ayuda de otros como ella, lo que le permite tomar conciencia de dónde y de cómo está, de su situación de poder, en algunos casos, de sus fortalezas y debilidades, y de cómo todos esos elementos otros, la afectan, la transforman. Y de cómo también responde a ellos.

La antropóloga siente, tiene un cuerpo, aunque a veces parezca que no[661]. Un cuerpo con competencias concretas más allá de lo cognitivo, lo intelectual, que tienen que ver con su vida, y que puede utilizar. Un cuerpo que le permite acercarse (o no) al otro, desarrollar y comprometerse en una manera concreta, singular, particular, situada, formada y re-formable… de mirar. Sea o no consciente, y reflexione o no sobre ello. Estoy defendiendo una forma de ensayar, entrenar y hacer (consciente) la etnografía que no subestima otros requisitos, otros aprendizajes, otros aspectos del proceso de investigación.

No es posible pretender introducirse en el tema del amor (en cualquier tema) y quedar indemne. La etnografía te aguijonea, te estimula, te presiona, te adiestra, te transforma, te acompaña, te lleva hacia donde tú ni siquiera sospechabas que podías ir. La etnografía te sirve (podría servir) para ser más consciente de ti misma como humana, pero también para tomar distancia, no solo de ti misma, sino de eso que llamamos la cultura.

Hablo de un ejercicio antropológico, de un ejercicio de observación, de un intento de plasmar la condición existencial de una forma que nos sea útil para, precisamente, intentar romper las coordenadas temporales y espaciales, para desdecir, para *negar* la cultura, para ponerla en cuestión como un todo representable, coherente, simbolizado.

El compromiso corporal de la antropóloga es un estilo, un modo de observar que asume la presencia encarnada de los otros, una forma de percepción del cuerpo propio y ajeno que nos da información sobre el mundo. Cuando pensamos generalmente en la (inter)subjetividad la solemos entender como un fenómeno psicológico, una cognición compartida. Pero yo estoy hablando, basándome en Csordas, de un *modo somático de atención, hacia* y *con* los otros[662].

De manera similar a cuando abrazas o bailas con alguien, o

cuando mantienes relaciones sexuales, aquí también los límites entre mente y cuerpo, entre tú y el otro, entre tú y el paisaje, pueden ser desdibujados, al menos por un lapso breve de tiempo[663]. Y eso te puede permitir sentir, visualizar, encarnar, construir una nueva perspectiva del mundo. Una etnografía (corporalmente comprometida) sería, entonces, como abrazar, bailar, hacer el amor… Acciones todas que se pueden aprender, que se aprenden de hecho; pero acciones que se benefician tanto de un buen guión como de un cierto automatismo, y que para ser fluidas, armoniosas, exitosas, exigen un movimiento recíproco de *llevar y dejarse llevar*. Un llevar y dejarse llevar, en nuestro caso, que borra y reconstituye los límites del yo, del cuerpo, del conocimiento, de la experiencia vital, de la cultura.

En ese proceso de *mediación corporal*, en ese aprender a *dejarse tocar* y poder *transformarlo* luego en palabras, sonidos o imágenes, distinguiría al menos cuatro componentes, cuatro pasos, sucesivos y simultáneos que en mi experiencia al menos han sido importantes: conocimiento/teoría, indagar en el *dolor*, mirada y escritura.

La teoría necesita de la lectura, del estudio, del debate y del contraste continuos. A este respecto no es necesario decir mucho más. Aunque sí subrayar la idea defendida por Donna Haraway y Marilyn Strathern, entre otras, de que el conocimiento es siempre parcial (*Las verdades etnográficas son parciales tanto en ser incompletas como en ser comprometidas*)[664]. Este conocimiento parcial de sujetos posicionados, situados por tanto en encrucijadas históricas y geográficas determinadas, promete *una visión de las maneras de lograr una continua encarnación finita, de vivir dentro de límites y contradicciones, de visiones desde algún lugar*[665]. *Esta parcialidad no es una debilidad o un defecto. Es, por el contrario, una fortaleza epistemológica*[666].

Una antropología, una escritura emocional, encamada, un ejercicio de construcción de una experiencia vital/corporal determinado, permite producir un tipo también determinado de conocimiento. Y viceversa. Un tipo determinado de conocimiento posibilitará una mirada, una interacción, una escritura también determinadas. La experiencia previa y simultánea de tu vida, la experiencia durante la etnografía, la experiencia de, con y hacia los informantes, todas ellas desplegadas, destilables, rebosantes de

pasado, presente y futuro, de seres-en-el-mundo… y el conocimiento que vamos construyendo y comprometiendo durante la investigación son, de alguna manera, uno.

Aunque todo quede reducido a un momento.

E indagar en el dolor.

Una antropología comprometida corporalmente, como decía, es una antropología que indaga en una misma, como antropóloga y como humana. En esta indagación podemos explorar y explotar elementos distintos, de luz y de sombra, de placer y de sufrimiento.

Cari Jung denominó la sombra, el lado oscuro, lo negativo, lo diabólico, a esa parte (amoral) que está en todos nosotros pero que no siempre queremos admitir. Escuché en la televisión a un actor de cine que decía buscar en su propia sombra para moldear sus personajes. De una manera similar, Tom Spanbauer, un escritor norteamericano que practica una narrativa absolutamente descarnada, ha diseñado un estilo literario que enseña en sus cursos de escritura y que denomina *escritura peligrosa*, una escritura desde lo que duele. *Escribo porque no puedo hablar y llorar al mismo tiempo*[667].

Una antropología desde lo que duele.

No todo es dolor. En ninguna vida. Pero creo que esa parte dolorosa, secreta, de nosotros mismos es muy fértil y puede dar mucho de sí en un trabajo antropológico que debe ser, por definición, apasionado. Lo cual no implica obligatoriamente, no quiero que se me malinterprete, tener que contarlo.

Y esto me lleva a la melancolía, a la presencia de la melancolía en mi etnografía del amor. Lo que no quiere ser más que un ejemplo de lo que estoy argumentando.

Soy una persona con tendencia a la melancolía, una melancolía que me hace enfrentarme con mi narcisismo, pero que va más allá de mi yo particular y me permite pensar en el proceso creativo, en la posibilidad de un determinado tipo de antropología. Identificar, intentar traducir esa melancolía, reconocer los momentos en que surge, pensar en los porqués, en qué la produce, en cómo se regula, en cómo se oculta, y al mismo tiempo leer lo que se ha escrito sobre ella, me ha ayudado a meditar sobre qué tipo de análisis estoy en condiciones de ofrecer, y entender mejor qué posición teórico-metodológica quiero construir respecto al amor.

Precisamente, la melancolía es una de las características del amor (enamoramiento). Melancolía que se alterna con estados de exaltación, de euforia o alegría cuando estamos con la persona amada o hablamos de ella. Pero existe también un matiz de tristeza, como de nostalgia, que se trasmite a través de los ojos, de la mirada y de un cierto tono vital, que es fácilmente reconocible por quienes están alrededor de esa persona enamorada[668].

Hay toda una reflexión en Occidente, influida sobre todo por el psicoanálisis, que ve la melancolía como una falta, un déficit, una situación paralizante, *una cancelación del interés por el mundo exterior (…) El complejo melancólico se comporta como una herida abierta*[669]. Sigmund Freud, en su ensayo *Duelo y melancolía*, entiende el duelo como un proceso normal, mientras que considera patológica la melancolía, para la que define tres premisas básicas (pérdida del objeto, ambivalencia y regresión de la libido al yo, al narcisismo), y que supondría la pérdida de la autoestima.

El melancólico debe separarse de un objeto o de un ser querido, y entonces tiene la sensación de encontrarse cara a cara con la nada[670].

Pero la melancolía puede entenderse también como una forma de rebeldía, una rebeldía general frente al mundo, desde el momento en que es un estado emocional que te obliga a separarte, a detenerte, y que produce una revelación del ser, de la banalidad del ser, lo que puede suponer también una buenísima condición para la inspiración, para la creación[671], con sus atributos de soledad, pasión reflexiva y manía creadora[672].

En la tradición cultural europea, desde los griegos, la melancolía ha sido una característica de la creatividad. Cuando se supera el arte de la imitación de la Edad Media y aparecen las personalidades definidas, sobre todo a partir del Renacimiento, en la medida en que se afianza el prototipo de artista moderno, el artista será conocido como homo melancholichus.

De esa época son estas líneas de un soneto del escultor y poeta Michelangelo:

«*La melancolía es mi felicidad / y actuar mi descanso*»[673],

La melancolía, por tanto, ha suscitado y suscita interpretaciones diversas[674]. El análisis transcultural nos permite también matizar, ampliar la visión negativa, patológica de la melancolía.

Kathryn Linn Geurts[675], en su estudio de la cultura

Anlo-Ewe
de Ghana, profundiza en el concepto *Nlo* que es, al mismo tiempo, una postura física (un enrollarse sobre sí, identificable con la posición fetal) y una forma de melancolía. Un concepto que revela la historia de emigración de todo un pueblo, 300 años antes, una historia de persecución, una huida que les dejará exhaustos. *Nlo* refleja ese cansancio inmenso, pero es al mismo tiempo un estado anímico que expresa poder, fuerza, ya que se trata de un pueblo con influencia política en la actualidad. Habla de rencor pero también de respeto. Y para poder llegar a la profundidad del significado de ese concepto y de ese movimiento corporal, la autora recupera de sí misma experiencias personales vividas como practicante de yoga.

Escribía
Jean-Paul
Sartre, en su *Bosquejo de una teoría emocional*[676], que la emoción es una forma de aprehender el mundo y, al mismo tiempo, un intento de modificarlo, y de irritarnos porque no conseguimos modificarlo.

Todo a la vez.

La melancolía sería también (puede serlo) todo eso: aprehender el mundo, intentar cambiarlo, e irritarnos cuando no podemos transformarlo o solo parcialmente.

Desde ahí, puedo hacer uso de la melancolía, una melancolía que es al mismo tiempo nostalgia y vértigo de futuro, como una exploración de mi (nuestro) pasado, pero también de mi (nuestro) estado actual; como una herramienta para abordar las relaciones entre el amor y la pérdida, entre el amor, el orden y el desorden[677]; como un reconocimiento de los dilemas de una antropología del amor.

La melancolía me permite recuperarme y cuestionarme a la vez, y me da permiso para la ironía: ironizo sobre mí misma mientras ironizo sobre las informantes, sobre el público, sobre la cultura romántica. Y eso es una magnífica condición para adentrarme en eso que llamamos amor, y
compre(he)nder
las experiencias que he/hemos vivido, al tiempo que escucho, observo, percibo, intuyo, siento lo que las otras me van diciendo.

Mirada.

Pensar en una antropología somática es pensar también en la

mirada. Reflexionar sobre la mirada implica pensar en cómo poner en práctica un juego continuo de reconocimiento pero al mismo tiempo de extrañamiento en la observación.

Una mirada que, en mi caso, intenta ser relativista, bizarra, feminista, *queer* (en el sentido de ir contra el binarismo). Una mirada *bizarra*, rara, extraña, extrañada, extravagante y, al mismo tiempo, valiente, gallarda. Que siembra la sospecha y no teme a las consecuencias. Una mirada feminista, que cuestione el sexo, el género, el amor, la sexualidad, y los entienda como construidos, dinámicos, múltiples, modificables. Que reconozca el amor romántico, la pareja (heterosexual) como matrices, como formas de imponer órdenes culturales. Una mirada *queer*, lesbiana, una actitud teórica, vigilante, un profiláctico radical frente a la norma heterosexual.

Una manera de ver que desestabilice lo obvio: la antropóloga convertida en forastera, en vidente, en un continuo proceso de extrañamiento[678].

Una mirada que implique una estrategia, un proceso metodológico concreto, donde la observación sea realmente participante, donde las entrevistas no sean entrevistas en el sentido más ortodoxo del término, aunque haya preguntas y respuestas; sino reflexiones, debates, indagaciones compartidas. Donde siempre surgirán nuevos interrogantes, algunos de los cuales se quedarán ahí suspendidos, entrelazados con las emociones, las risas, las quejas, los silencios, los vértigos… Un proceso, seguro, emocionalmente intenso.

Búsquedas, sensaciones, sosiegos y desasosiegos, que se multiplican y retroalimentan antes o después en otros espacios y contextos, en otro tipo de actividades, con otros estímulos (música, ejercicio físico…), más silencios y conversaciones inagotables, y lecturas, muchas y variadas lecturas (ensayos, estudios empíricos, novelas, poesía, artículos de prensa, materiales divulgativos…). Un conjunto de realidades híbridas que a veces solo podemos intuir, pero que no por ello son menos significativas. Y que después tendremos que pensar cómo contar. En una narración que intente integrar el pasado, el presente y el futuro.

Escritura.

La antropología se ha especializado en una forma de escritura

donde se entrelazan ideas, teorías, citas, testimonios, y donde los informantes son considerados expertos y tienen el mismo estatus que los autores y las teorías. El postestructuralismo permitió a la disciplina, entre otras cosas, agudizar la tendencia antropológica a explorar la escritura y a abordar la tensión entre forma y contenido.

En esta manera de hacer antropología, la forma pretende ser el contenido, pero es sobre todo *resultado de un proceso*[679], un proceso lento y laborioso donde pensamos y ensayamos diferentes posibilidades para organizar de manera simultánea los contenidos y las sensaciones.

La literatura nos enseña algo que es útil en cualquier otro campo: cuando las palabras trabajan, la forma y el contenido no pueden ser separados porque dependen de la misma forma, la forma de la palabra, una forma material[680].

No hay improvisación, si no es la que surge del estudio, el diseño pormenorizado, el cálculo matemático del texto[681]. Es un proceso de indagación, de aprendizaje, de búsqueda, de ensayo, costoso, intenso, extenso, profundo. Supone explorar los sinónimos, los tiempos verbales, la estructura de los párrafos, los espacios en blanco. Experimentar hasta sentir que ese es el tono, la voz, el color, la música que le quieres dar al texto.

Una escritura carnal, expuesta a la crítica, tiene que intentar, por encima de todo, hacer pensar. Debe alimentar, como decía, la sospecha, la incomodidad, el disconfort, la blasfemia, la ironía, más aún en temas, como el amor, tan connotados culturalmente.

Una escritura que no esté ajena al género, la clase, la etnia, la cultura, la edad, consciente de quién eres y de dónde procedes, de con quién vives y contra qué. Pero una escritura al mismo tiempo *contra* el género, *contra* la clase, *contra* la cultura.

En el sentido de escribir para no devenir *mujeres* u *hombres*, no al menos de forma obligada.

—Es extraño —dije—. Yo aún tengo corazón y, sin embargo, a veces lo pierdo de vista. No. Mejor dicho, posiblemente está siempre perdido y solo en ocasiones lo recobro. A pesar de eso, tengo la certeza de que volverá, en

un momento u otro, y esta certeza es la que, en definitiva, vertebra y sostiene mi existencia. Por eso me cuesta tanto imaginar qué significa perder el corazón[682].

Mirar

… en la universidad yo hice físicas. Y me acuerdo de haber aprendido que un átomo, al pasar de un estado a otro, emite una partícula de luz llamada fotón. Y sobre todo me he acordado de la pregunta que me pusieron en un examen sobre este tema: ¿de dónde surge, me preguntaron, ese fotón? ¿Cómo hace para surgir? ¿Dónde estaba antes? Esto, en el libro, no estaba explicado: era una forma de comprobar si había razonado al respecto. Y yo, que no había razonado al respecto, dije una tontería: dije que el fotón se encontraba ya dentro del átomo. Me explicaron, pues, que no es así, que el fotón no se encuentra, de ninguna de las maneras, dentro del átomo. El fotón hace su aparición en el momento mismo en que se verifica la transición del electrón, y eso ocurre precisamente «debido» a esa transición. ¿Comprendes? Es un concepto simplicísimo: los sonidos que mi voz produce en este momento no se encontraban dentro de mí[683].

El sujeto no es más que materia. Cuerpo. Una materia que se transforma. Una materia que se transforma en sonido. Una materia que se transforma en emoción. Una materia que se transforma en deseo…

Una emoción, un deseo, un cuerpo, un sujeto, ya lo sabemos, dinámicos, subvertibles, transformables.

Un deseo que hace que el sujeto (extraño para sí mismo) se desplace, mire *al otro*, como un extraño. Un otro, a su vez, extraño para sí[684].

Un otro que es Otro en tanto que es mirado, que es visto.

Un Otro que es mirado como se mira una flor que no se recoge. Con una mirada que no es ni distraída ni depredadora.

Amar es mirar[685]. *Amar es ver*[686].

Transgredir la ley occidental del deseo, del amor como carencia nos permite verlos como exceso, como expansión…

Una expansión voluptuosa, una expansión intransitiva.

Ese cuerpo que se transforma, ese cuerpo que se emociona, ese cuerpo que desea, ese cuerpo que se expande hacia *el otro*, es la condición del amor.

De la misma manera que el fotón no está en el átomo, el amor no está dentro de mí, se produce en el mismo acto de mirar, en el mismo acto de ver. En el desplazamiento de *yo hacia ti*.

Sin desplazamiento no es posible el amor.

El silencio es una metáfora para una visión limpia, que no interfiere, apropiada para obras de arte que son imposibles antes de ser vistas y cuya integridad esencial no puede ser violada por el escrutinio humano. El espectador debería ahondar el arte como aborda un paisaje. Este no le exige al espectador «comprensión», ni adjudicaciones de trascendencia, ni ansiedades y simpatías: lo que reclama más bien, es su ausencia, y le pide que no agregue nada a él, al paisaje. En términos estrictos, la contemplación es aquel que, en la práctica, aniquila al sujeto perceptor[687].

El amor es como mirar un paisaje, mirar una obra de arte.

Sin silencio no es posible el amor. El ruido ensordecedor de los *I love you* ahoga el susurro del amor.

Una contemplación, un silencio, un amor, que no requieren comprensión, que no agregan nada a la persona amada y que, en su sentido más radical, reclaman la ausencia del/de la amante.

Cual extrañado ante otro.
Extrañado de ser otro ante otro.
Estima la quietud de la sombra,
Bajo un pino. La ocupa.
Aprende a menguar con ella[688].

Me anulo a mí misma en mi expansión. Me anulo a mí misma en el acto de mirar, en el acto de ver. Me anulo a mí misma en el silencio.

Me anulo a mí misma en el amor.

Escribir es también eso, sin duda, es borrar. Sustituir[689].

Así como el tiempo, o la historia, es el medio donde prospera el pensamiento definido y determinado, el silencio de la eternidad prepara para un pensamiento que está más allá del pensamiento y que, desde la perspectiva del pensamiento tradicional y de los usos corrientes de la mente, ha de parecer algo totalmente ajeno al pensamiento… aunque tal vez sea el emblema de un pensamiento nuevo, «difícil»[690].

Un pensamiento amoroso nuevo. *Difícil*.
Un amor después del *amor*. Un amor ajeno al *amor*.

Quizá el silencio dura más allá de sí mismo y la existencia
es solo un grito negro, un alarido ante la eternidad.

El error pesa en nuestros párpados[691].

Silencio.

Ausencia.

Agradecimientos

Ya no me acuerdo exactamente de cuándo o cómo surgió la idea de hacer un estudio sobre el amor pero sí de que fue en medio de una conversación con Rosa Medina Doménech, historiadora de la ciencia y profesora de la Universidad de Granada. Posteriormente se incorporó al grupo otra amiga, Ana Távora, psiquiatra, psicoterapeuta y profesora de la misma universidad. Este libro está en deuda con ambas.

Gracias también a Iban Ayesta, por su complicidad a lo largo de todo el proceso de escritura y por animarme a experimentar.

A Txemi Apaolaza, Idoia Ehizmendi, Inmaculada Hurtado e Ignasi Terradas, por su lectura minuciosa y crítica del manuscrito. Algunos de sus comentarios han sido claves en la construcción final del libro. También a Josebe Amondarain, Miren Guillo, Donetz Iradi y Agurtzane Mugika, que leyeron algunos fragmentos.

A Maggie Bullen, por su ayuda con las traducciones del inglés.

A Txemi Apaolaza, Edorta Arana, Dorleta Arana, Alfredo Bayón, Maribel Blázquez, Yolanda Bodoque, Serena Brigidi, Kontxa Castells, Ana Delgado, Mari Paz Díaz, Carmen Diez Mintegui, María Jesús Esteban, Ángel Larrea, Cristina Larrea, Almudena Mari, Isabel Otxoa, Txema Uribe y Joseba Zulaika. Por algunas conversaciones.

A Elvira Burgos, por sus exposiciones sobre la obra de Judith Butler; a Luisa Etxenike, por las referencias literarias; a Alicia Ortín por el libro de Alexandra Kollontai; a Ana Delgado, por el libro de Antonio Gamoneda; a Paz Díaz, por el libro de Marina Tsvietáieva y el de Susan Sontag; a José Filgueira, por la música.

A Amaia Agirre, Irantzu Fernández y Begoña Urbieta, porque seguir de cerca sus investigaciones sobre el amor me ha ayudado mucho a ampliar mis referencias y a clarificar mi perspectiva.

A Isabel Castro, Arantza Fernández de Garaialde, Maria Luisa Menéndez, Isabel Otxoa y Mari Carmen Saiz, compañeras de la Plataforma por un Sistema Público Vasco de Atención a la Dependencia. Por los apasionados debates sobre los cuidados y los afectos.

Gracias a todas las personas y entidades que en estos años me han invitado a dar conferencias o a participar en congresos sobre el amor o temas relacionados: Juan Antonio Flores y Luisa Abad (Universidad de Castilla la Mancha); Luis Alvárez Munárriz (Universidad de Murcia); María del Mar García Cálvente e Inmaculada Mateo (Escuela Andaluza de Salud Pública); Lucía Mazarrasa (Escuela Nacional de Sanidad); Rosalva Aida Hernández, Enma Martín y Liliana Suárez (Congreso de Antropología de Donostia, 2008); Ritxar Bacete y el Grupo de Hombres de Gasteiz; José Ignacio Pichardo y Maribel Blázquez (Curso de Verano, UIMP); Camino Oslé y Txema Uribe (Universidad Pública de Navarra/NUP); Anastasia Téllez y Javier Eloy Martínez Guirao (Universidad Miguel Hernández); el equipo de la Dirección General de la Mujer de Cantabria; Angel Martínez, Susan DiGiacomo y Caterina Masana Bofarull (X Coloquio de REDAM-Red de Antropología Médica).

Además, he impartido cursos en los siguientes centros: Universidad de Granada (doctorado Género, emociones y amor: un acercamiento histórico y antropológico); Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (máster en Estudios Feministas y de Género y máster en Modelos y Áreas de Investigación en Ciencias Sociales); Universitat Rovira i Virgili (máster en Antropología de la Medicina y Salud Internacional); Escuelas de Empoderamiento de Basauri y de Ondarroa, Bizkaia; y Dirección de Cooperación al Desarrollo del Gobierno Vasco. Gracias a Rosa Medina Doménech (UGR), Gabriel Gatti (UPV/EHU), Anabel Saiz e Irune Ibarrondo (Basauri), Rosa Baltar y el Grupo Uxu (Ondarroa), e Itziar Arratibel (Gobierno Vasco), por sus invitaciones.

Iban Ayesta, Maggie Bullen, Nuria Cano, Begoña Pecharromán y yo organizamos en abril de 2010, en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la UPV/EHU, la XIII Jornada de

Ankulegi/Asociación Vasca de Antropología, sobre «Antropología de las emociones/Emozioen antropología». Entre bromas y veras, las reuniones y comidas en las que fuimos dando forma a las jornadas, a las que se unieron puntualmente Miren Urkijo y Txemi Apaolaza, resultaron ser un estímulo estupendo para reflexionar sobre las emociones y el amor.

Vaya mi reconocimiento a todas las personas que asistieron a estos cursos y actividades anteriormente citados, sobre todo a aquellas que me hicieron preguntas para las que no tenía respuesta.

A las/os editoras/es de la Revista *Ankulegi* (Asociación Vasca de Antropología), donde publiqué mi primer artículo sobre el tema; y a Raquel Osborne y Anna Freixas, que me invitaron a escribir en sendos monográficos coordinados por ellas.

A Leire Kortajarena (Farapi), por las transcripciones de las entrevistas.

A Hilda Argüello, Serena Brigidi, Irati Fernández, Joseba Ramio, Lola Sánchez, Xabier Rentería, Begoña Seco, y a todos los que me enviaron publicaciones, referencias bibliográficas, recortes de periódicos, canciones y materiales diversos en torno al amor.

A José Luis Ponce y Edicions Bellaterra, por confiar en mí y por hacer libros que apetece acariciar.

A todos aquellos que, sin saberlo o sabiéndolo, han contribuido de alguna manera.

A todas las personas a las que amo y me aman; muy especialmente, a Ander Arana Esteban, mi hijo, por quererme, admirarme, criticarme y reírse de mí, todo a la vez, lo que hace mucho mejor mi vida; y por haberme obligado desde su nacimiento a reflexionar sobre mi forma de amar.

Pero, gracias, ante todo, a Pilar, Loli, Josebe, Berta, Ainhoa, Amaia, Leire, Elisa, Edume, Teresa, Rosa, Eider, Jone, Ana, Begoña, Galder, Gari y Jon. Por su tiempo. Por su conocimiento. Por su confianza. Porque sin ellas/os este libro, simplemente, no existiría.

Mila esker guztioi.

Cada persona lleva en su imaginación a seres a quienes ama y a quienes amó. Y como en el imaginario el tiempo tiene

otra dimensión, muchas mujeres tienen en su imaginario no solo a seres del pasado sino a seres que vendrán en el futuro y quienes amará. Así, nuestro imaginario permanece poblado por seres del amor del ayer, de hoy, de mañana[692].

Bibliografía

Abu-Lughod, L. (1986), *Veiled Sentiments*, University of California, Berkeley.

Abu-Lughod, L. (1990), «Shifting politics in Bedouin love poetry», en C. A. Lutz y L. Abu-Lughod (eds.), *Language and the politics of emotion*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 24-45.

Abu-Lughod, L. (1990), The Romance of Resistance: Tracing Transformations of Power Through Bedouin Women, *American Ethnologist*, 17(1), pp. 41-55.

Abu-Lughod, L., C. A. Lutz (1990), «Introduction: emotion, discourse, and the politics of everyday life», en C. A. Lutz, L. Abu-Lughod (eds.), *Language and the politics of emotion*, Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge/Paris, pp. 1-23.

Abu-Lughod, L. (1991), «Writing Against Culture», en R. G. Fox (ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, NM: School of American Research Press, Santa Fe, pp.

137-162
.
Abu-Lughod, L. (2002), «Introducción. Anhelos feministas y condiciones postcoloniales», en L. Abu-Lughod (ed.), *Feminismo y modernidad en Oriente Próximo*, Cátedra (Colección Feminismos), Madrid, pp.
13-56
. [1998].
Abu-Lughod, L. (2008), *Writing Words. Bedouin Stories Women's*
, University of California Press, Berkeley/Los Angeles, [1993].
Ackerman, D. (1990), A *Natural History of the Senses*, Vintage Books, Nueva York.
Agus, M. (2008), *Mal de piedras*, Siruela Nuevos Tiempos, Madrid.
Ahmed, S. (2004), *The Cultural Politics of Emotion*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 2004.
Alberdi, I. (1999), *La nueva familia española*, Taurus ediciones, Madrid.
Alberoni, F. (1988), *Enamoramiento* y *amor*, Gedisa, Barcelona.
Amurrio, M., A. Larrinaga, E. Usategi, A. I. Del Valle (2008), *Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes* y *jóvenes de Bilbao*, Universidad del País Vasco (UPV/EHU), Bilbao.
Anta, J. L, (2006), «Una antropología (imposible) del amor. La novela rosa. La novela rosa y los productos de la cultura de masas». Curso de Verano, Universidad de Murcia.
Ayesta, I. (2009), Pasiones corpóreas: experimentos de escritura visceral, *Zehar*, 64, pp.
170-179
.
Bahodín Majruh, S. (2002), *El suicidio y el canto. Poesía popular de las mujeres pastún de Afganistán*, Ediciones del oriente y del mediterráneo, Madrid.
Barbery, M. (2006), *La elegancia del erizo*, Seix Barral, Madrid.
Barthes, R. (2005), *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI de España Editores, Madrid.
Bauman, Z. (2009), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica de España,

Madrid.
Beck, U., E. Beck-Gernsheim (2001), *El normal caos del amor: las nuevas formas de la relación amorosa*, Paidós, Barcelona.
Beck, U., E. Beck-Gernsheim (1998), *El normal caos del amor*, Ed. El Roure, Barcelona.
Bell Hooks, *All about love. New visions*, Harper Collins Publishers Inc., Nueva York, 2001.
Bell, J. (1995), «Notions of Love and Romance Among the Taita of Kenya», W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience?* Columbia University Press, Nueva York, pp.
152-165
.
Berger, J. (2005), *Aquí nos vemos*, Alfaguara, Madrid.
Bertilsson, M. (1986),
Love's
Labour Lost? A sociological View, *Theory, Culture and Society* 3, pp.
19-35
.
Blázquez, M. (2009), *Ideologías y prácticas de género en la atención al embarazo, parto y puerperio en el Area 12 de la Comunidad de Madrid*, Tesis doctoral, Universitat Rovira i Virgili.
Bolton, R. (1995), «Tricks, friends, and lovers. Erotics encounters in the field», en D. Kulick, M. Willson (eds.), *Taboo. Sex. Identity, and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*, Routledge, Londres/Nueva York, pp.
140-167
.
Bonnet, P. (2008), *Las herencias*, Visor, Madrid.
Bosch Fiol, E. y cols. (2007), *Del mito del amor romántico a la violencia contra las mujeres en la pareja*, Ministerio de Igualdad, Consulta digital, Madrid (08/01/2009): <http://www.migualdad.es/mujer/mujeres/estud_ inves/770.pdf>.
Bourdieu, P. (1999), *Post-scriptum sobre la dominación y el amor, La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, pp.
133-136
(1.ª en francés, 1998).
Bucay, J. (2002), *Déjame que te cuente*, RBA Libros, Barcelona.

Burbank, V. K. (1995), «Passion as Politics: Romantic Love in an Australian Aboriginal Community», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic Passion. A Universal Experience?* Columbia University Press, Nueva York, pp.
187-195
.

Burke, P. (2005), «Is there a cultural history of the emotions?», en P. Gouk, H. Hills (eds.), *Representing Emotions*, Ashgate, Aldershot, pp.
35-47
.

Butler, J. (1993), *Bodies that Matter*, Routledge, Nueva York. [Traducción castellana: *Cuerpos cpie importan*, Paidós, Buenos Aires, 2002].

Butler, J. (1997), «Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory», en N. Conboy, S. Medina, S. Stanbury (eds.), *Writing on the body. Female Embodiment and Feminist Theory*, Columbia University Press, Nueva York, pp.
401-417
.

Candan, F. (1987), *Love in America*, Cambridge University Press, Cambridge.

Cantera, L, I. Estébanez, N. Vázquez (2009), *Violencia contra las mujeres jóvenes: la violencia psicológica en las relaciones de noviazgo*, Bilbao.

Carbonell Camós, E. (2004), *Debates acerca de la antropología del tiempo*, Universitat de Barcelona (Estudis
d'Antropologia
Social i Cultural, 10), Barcelona.

Castro, L, M. L. Esteban, A. Fernández de Garaialde, M.
L. Menéndez
, I. Otxoa, M. C. Saiz (2008), *No habrá igualdad sin servicios públicos y reparto del cuidado. Algunas ideas para una política feminista*. Ponencia presentada en las IV Jornadas Feministas de Euskal Herria (Portugalete,
12-13
de Abril).

Castro, L. (2005), *Amor. Mi señor*, Tusquets, Barcelona.
Catelli, N., A. Gargatagli (1996), «La pasión barroca como deseo de saber», en M. Segarra, Ä. Carabí (eds.), *Amor e identidad*, PPU-Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, pp. 37-51
.
Cavecchi, D. (1998), *Tramps Like Us: Music and Meaning among Springsteen Fans*, Oxford University Press, Nueva York.
Chodorow, N. (1984), *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*, Gedisa, Barcelona.
Coetzee, J. M. (2007), *Diario de un mal año*, Mondadori, Barcelona.
Cohen, S. (1991), *Rock Culture in Liverpool. Popular Music in the Making*, Clarendon Press, Oxford.
Collins, J. C., T. Gregor (1995), «Boundaries of Love», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience*?, Columbia University Press, Nueva York, pp. 72-92
.
Comas d'Argemir, D. (1993), «Sobre el apoyo y el cuidado. División del trabajo, género y parentesco», en X. Roigé (coord.), *Perspectivas en el estudio del parentesco y la familia*, VI Congreso de Antropología, FAAEE/Asociación Canaria de Antropología, Tenerife, pp. 65-82
.
Comas d'Argemir, D. (2000), «Mujeres, familia y estado del bienestar», en T. del Valle (ed.), *Perspectivas feministas desde la antropología social*, Ariel, Barcelona, pp. 187-204
.
Connell, R. W. (1987), *Gender and power*, Polity Press, Cambridge.
Connell, R. W. (1995), «Men's Bodies», en R.

W. Connell
, *Masculinities*, Polity Press, Oxford/Cambridge, pp.
45-67
.

Connell, R. W. (1997), «La organización social de la masculinidad», en T. Valdés, J. Olavarria (eds.), *Masculinidades. Poder y crisis*, Isis Internacional, Santiago de Chile, pp.
31-48
.

Coontz, S. (2007), La revolución del matrimonio. *QuéPasa*, sábado 2 de julio de 2005. Consorcio Periodístico de Chile <http://icarito.tercera.cl/medio/articulo/0,0,38039290_101111578_146193813_l,00.html>.

Coontz, S. (2006), *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el mundo*, Gedisa, Barcelona.

Coria, C. (2001), *El amor no es como nos contaron… Ni como lo inventamos*, Paidós, Buenos Aires.

Coria, C., A. Freixas, S. Covas (2005), *Los cambios en la vida de las mujeres. Temores, mitos y estrategias*, Paidós, Barcelona.

Csordas, T. J. (1993), Somatic modes of attention, *Cultural Anthropology*, 8(2), pp.135-156.

Cucó, J. (1995), *La amistad. Perspectiva antropológica*, Icaria, Barcelona.

Dahl, Ulrika (2005), «El baúl de los disfraces: manifiesto/e/wne-inista», en C. Romero Bachiller, S. García Dauder, C. Bargueiras Martínez (eds.), *El eje del mal es heterosexual. Figuraciones, movimientos y prácticas feministas queer*, Traficantes de Sueños, Madrid, pp.
151-162
.

Davis, D. A., S. Schaefer Davis (1995), «Possessed by Love: Gender and Romance in Moroco», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience?* Columbia University Press, Nueva York, pp.
219-238
.

De Rougemont, D. (1986), *El amor y occidente*, Kairós, Barcelona (1.ª. en francés, 1978).

De Beauvoir, S. (1998), *El Segundo Sexo*, Cátedra (Colección Feminismos), Madrid.

De Beauvoir, S. (1998), «La enamorada», en *El Segundo Sexo*, Cátedra (Colección Feminismos), Madrid, pp. 451-479.

De Lauretis, T. (1994), *The Practice of Love: Lesbian Sexuality and Desire*
Pen'erse
, Indiana University Press, Bloomington.

Del Valle, T. (1992/93), Mujer y nuevas socializaciones: su relación con el poder y el cambio, *Kobie-Serie Antropología Cultural* VI, pp. 5-15.

Del Valle, T. (1999), Procesos de la memoria: cronotopos genéricos, *Areas: Revista de Ciencias Sociales*, 19, pp. 211-226.

Del Valle, T. (coord.), J. M. Apaolaza, F. Arbe, J. Cucó, C. Diez, M. L. Esteban
, F. Etxeberria, V. Maquieira (2002), *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*, Narcea, Madrid.

Devi, A. (2004), *Suspiro*, El Cobre, Barcelona.

Diez Luqui, G. (2009), La canción de tu vida: del amor a la violencia en la relación de pareja. Una aproximación feminista al influjo de los medios de comunicación en la socialización romántica de la dependencia. Trabajo realizado en el marco del Máster en Bienestar Social: intervención individual, familiar y grupal del Departamento de Trabajo social de la Universidad Pública de Navarra/NUP.

Diez Mintegui, C., J. M. Hernández García (2010), La culpa fue del… *jazz* (aldia). O de cómo una ciudad se transforma en festival, *Musiker*, 17, pp. 329-364.

Dio Bleichmar, E. (1998), *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer*, Paidós, Barcelona.

Dumas, A. (2004), *La dama de las camelias*, Grupo Anaya, Madrid, [1848].

Duras, M. (1988), *Emily L.*, Tusquets, Barcelona.

Duras, M. (2000), *Escribir*, Tusquets, Barcelona.

Eichembaum, L., S. Orbach (1990), *Qué quieren las mujeres*, Ed. Revolución, Madrid.

Ekman, P. (1984), «Expression and the nature of emotion», en K. Scherer, P. Ekman (eds *í), Approaches to Emotion,* Erlbaum, Hillsdale, NJ, pp.
319-344
.

Elias, N. (1978), *The History of Manners*, Pantheon Books, Nueva York, [1939].

Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer (2008), *E.A.E.ko nerabeak. Hurbilketa ahalduntzetik abiatuta*, Vitoria-Gasteiz.

Engels, F. (1981), *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Fundamentos, Madrid, [1884].

Esteban, M. L. (2000), «La maternidad como cultura», en E. Perdiguero, J.
M. Comelles
(eds.), *Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*, Edicions Bellaterra, Barcelona, pp.
207-226
.

Esteban, M. L. (2004), Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio, Edicions Bellaterra, Barcelona.

Esteban, M. L. (2006), El estudio de la salud y el género. Las ventajas de un enfoque antropológico y feminista, *Salud Colectiva* 2(1), Buenos Aires, pp.
9-20
, Enero-Abril.

Esteban, M. L. (2007), Algunas ideas para una antropología del amor. *Ankulegi-Revista Vasca de Antropología* 11, pp.
71-85
.

Esteban, M. L. (2008), «Etnografía, itinerarios corporales y cambio social: Apuntes teóricos y metodológicos», en Imaz, E. (ed.), *La materialidad de la identidad*, Hariadna, Donostia.

Esteban, M. L. (2008), «El amor romántico dentro y fuera de Occidente: determinismos, paradojas y visiones alternativas», en L. Suárez, E. Martín, R. A. Hernández (coords.), Feminismos en la antropología: nuevas propuestas críticas. XI Congreso de Antropología, n.º 6, Ankulegi Elkartea, Donostia/San Sebastián, pp.
157-172
.

Esteban, M. L. (2009), «Identidades de género, feminismo, sexualidad y amor: los cuerpos como agentes», en *Política y Sociedad* 46(1-2), pp.
27-41
.

Esteban, M. L. (2009), «Feminismo: teoría y práctica. El concepto de género», en *II. Jornada de Trabajo Social: Hacia una intervención con perspectiva de género*, Escuela de Trabajo Social (UPV/EHU), Vitoria-Gasteiz.

Esteban, M. L. (2011), «Cueipos y políticas feministas: el feminismo *como* cueipo», en C. Villalba Augusto, I. Álvarez Lucena (eds.), *Cuerpos políticos y agencia. Reflexiones feministas sobre Cuerpo, Trabajo y Colonialidad*, Universidad de Granada (Colección Periferias, n.º 12), Granada, pp.
45-84
.

Esteban Galarza, M. L., R. Medina Doménech, A. Távora Rivero (2005), «¿Por qué analizar el amor? Nuevas posibilidades para el estudio de las desigualdades de género», en C. Diez Mintegui, C. Gregorio Gil (coords.), *Cambios culturales* y *desigualdades de género en el marco local-global actual*, X Congreso de Antropología, FAAEE Fundación El Monte ASANA, Sevilla, pp.
207-223
.

Esteban, M. L., A. Távora (2008), El amor romántico y la subordinación social de las mujeres. Revisiones y propuestas, *Anuario de Psicología* 39(1), pp.
59-73
.

Evans, M. (2003), «What is this thing called love?», en M. Evans (ed.), *Love. An unromantic discussion*, Polity Press, Cambridge-UK/Malden-MA, pp.
1-31
.

Feixa, C. (2005), La habitación de los adolescentes, *Papeles del CEIC*, 16 <http: //www.ehu.es/CEIC/papeles/16,pdf>.

Fernández, I. (2009), *Maitasuna nerabeen arteko genero sozializazio prozesuetan. Maitasunaren diskurtso etapraktikak. Jarraipen, tentsio, gatazka eta hausturen aniztasuna*, Trabajo de investigación, Máster en Estudios Feministas y de Género (curso
2008-2009)
, Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea.

Finnegan, R. (2002), *¿Por qué estudiar la música? Reflexiones de una antrópologa desde el campo*, Revista transcultural de Música 6. <www.sibettans.com/trans6/finnehan.thm>.

Firestone, S. (1976), *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona.

Fisher, H. E. (2007), *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, Anagrama, Barcelona.

Foldényi, L. F. (1996), *Melancolía*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona.

Foucault, M. (1978), *The History of Sexuality*, vol. 1, Pantheon.

Foucault, M. (1987), *La historia de la sexualidad* I. La voluntad de saber, Siglo XXI, Madrid.

Fraser, N. (2000), *¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era «postsocialista»*, New Left Review («Pensamiento crítico contra la dominación»), n.º 0, enero, Akal, pp.
126-155
.

Fraser, N. (2008), *Escalas de la justicia*, Herder, Barcelona.

Freeman, D. (1983), *Margaret Mead and Samoa. The making and unmaking of an anthropological myth*, Harvard University Press, Cambridge.

Freud, S. (1917), Duelo y melancolía, *Obras Completas*, tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires.

Fromm, E. (2000), *El arte de amar: una investigación sobre la*

naturaleza del amor, Paidós, Barcelona.
Gagnon, J. H., R. G. Parker (1995), «Introduction», en R. G. Parker, J. H. Gagnon (eds.), *Conceiving sexuality. Approaches to Sex Research in a Postmodern World*, Routledge, Londres, pp. 3-16.
García López, N. (2007), *Los sonidos del espacio, los espacios del sonido*, Trabajo de investigación, Barcelona (Mimeografiado).
Geurts, K. L. (2003), On embodied consciousness in Anlo-Ewe words. A cultural phenomenology of the fetal position, *Etnography*, 4(3), pp. 363-395.
Giddens, A. (1992), *The Transformation of In timacy: Sexuality, Love, and Eroticism in Modern Societies*, Polity Press, Cambridge, 1992.
Giddens, A. (1995), *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid.
Gilligan, C. (1982), *In a Different Voice*, Harvard University Press, Cambridge.
González, Á. (2008), *Ángel González, El País* (Colección de Poesía), Madrid.
Gopegui, B. (2009), *Deseo de ser punk*, Anagrama, Barcelona.
Gordimer, N. (2005), *El encuentro*, Ediciones B, Barcelona.
Gregori Flor, N. (2009), «La experiencia intersexual en el contexto español. Tensiones, negociaciones y microrresistencias», en M. Cabral (ed.), *Interdicciones. Escrituras de la intersexualidad en castellano*, Anarrés editorial/Mulabi-Espacio Latinoamericano de Sexualidades y Derechos, Córdoba-Argentina, pp. 71-82.
Grimshaw, A. (2001), *The Eye. Ways of Seeing in Modern Anthropology*, *Ethnographer's*, Cambridge University Press, Cambridge.
Haraway, D. (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la*

naturaleza, Cátedra (Feminismos), Madrid.

Haraway, D. (1995), Manifiesto para *cyborgs*: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX. *Ciencia, cyborgs* y *mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Cátedra (Feminismos), Madrid, pp.
251-311
.

Harris, H. (1995), «Rethinking Polynesian Heterosexual Relationships: A Case Study on Mangaia, Cook Islands», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience?* Columbia University Press, Nueva York, pp.
96-127
.

Hartman, H. I. (1979), The Unhappy marriage of Marxism and Feminism: towards a more progressive union. *Capital and Class*, 8, pp.
1-33
. [Traducido al Castellano como: Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo. *Zona Abierta*, 24, pp. 85-113].

Hernández García, J. M. (1999), «Auto/biografía. Auto/etnografía. Auto/retrato», en M. L. Esteban, C. Diez Mintegui (coords.), *Antropología feminista: desafíos teóricos y metodológicos. Ankulegi-Revista de Antropología social*, n.º especial, Septiembre, pp.
53-62
.

Hite, S. (2002), *Mujeres y amor. Un incisivo recorrido por los sentimientos femeninos en el nuevo milenio*, Suma de Letras, Madrid.

Hochschild, A. R. (1983), *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*, University of California Press, Berkeley. (Traducido al castellano como: *La mercantilización de la vida íntima: apuntes de la casa y el trabajo*, Katz Barpal Editores, Madrid, 2008).

Hochschild, A. R. (2000), «Global Care Chains and Emotional Surplus Value», en W. Hutton, A. Giddens, A. (eds.), *On the Edge: Living with Global Capitalism*, Jonathon Cape, Londres, pp.
130-146

. [Traducido al castellano como: «Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional», en W. Hutton, A. Giddens (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Kriterios Tusquets, Barcelona, 2001, pp. 187-208].

Illouz, E. (2007), *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Katz Barpal Editores, Madrid.

Imaz, E. (2009), *Mujeres gestantes madres en gestación. Representaciones, modelos y experiencias en el tránsito a la maternidad de las mujeres vascas contemporáneas, Berdintasun Zuzendaritza/Dirección para la Igualdad y Servicio editorial de la UPV/EHUko Argitalpen Zerbitzua, Leioa*.

Irastortza, T. (1986), *Derrotaren fabulak*. Pamiela Argitaletxea, Iruñea.

Irigaray, L. (1994), *Amo a ti. Bosquejo de una felicidad en la historia*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1994.

Izquierdo, M. J. (2003), Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: Hacia una política democrática del cuidado. *Jornadas «Cuidar cuesta: Costes y beneficios del cuidado»*, organizadas por Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer, en Donostia, Octubre 2003. Ver: www.sare-emakunde.com

Jackson, M. (1989), *Paths Toward a Clearing: Radical Empiricism and Ethnographic Inquiry*, Indiana University Press, Bloomington.

Jagger, A. (1987), *Love and Knowledge: Emotion as an Epistemic Resource for Feminists*. Ms. in possession of author. Department of Philosophy, University of Cincinnati.

Jankowiak, W. (1995), «Introduction», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience?* Columbia University Press, Nueva York.

Jankowiak, W. (1995), Romantic Passion in the People's Republic of China, en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience*?, Columbia University Press, Nueva York, pp. 166-183.

Jankowiak, W., E. Fischer (1992), A Cross-Cultural Perspective on Romantic Love, *Ethnology* 31(2), pp.

149-155
.
Jelinek, E. (2005), *Las amantes*, Quinteto, Barcelona.
Jónasdóttir, A. G. (1993), *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la Democracia?*, Cátedra (Colección Feminismos), Madrid.
Juliano, D. (1992), *El juego de las astucias*, Horas y HORAS, Madrid, 1992.
Kitzinger, C., S. Wilkinson (1995), Transitions From Heterosexuality to lesbianismo: The Discursive Production of Lesbian Identities, *Developmental Psychology* 31(1), pp.
95-104
.
Kollontai, A. (1976), «La juventud y la moral sexual», *en Autobiografía de una mujer emancipada*, Fontamara, Barcelona, pp.
121-155
.
Krügel, M. (2007), *La hija de mi padre*, Ediciones Lengua de Trapo, Madrid.
Kulick, D. (1995), «Introduction. The sexual life of anthropologists: erotic subjectivity and ethnographic work», en D. Kulick, M. Willson (eds.), *Taboo. Sex. Identity, and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*, Routledge, Londres/Nueva York, pp.
1-28
.
Kulick, D., M. Willson (eds.), *Taboo. Sex. Identity, and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*, Routledge, Londres/ Nueva York.
Lagarde, M. (2005), *Para mis sodas de la vida*, Horas y horas, Madrid.
Lamas, M. (2000), De la Identidad a la Ciudadanía. Transformaciones en el imaginario político feminista. *Cinta de Moebio*, marzo, número 7 Chttp:// redalyc.uaemex.mx/redalyc/ pdf/101/10100704.pdf
Langford, W. (1999), *Revolutions of the Heart. Gender, power and the delusions of love*, Routledge, Londres/Nueva York.
Lewontin, R. C., S. Rose, L. J. Kamin (1990), *No está en los genes*, Crítica, Barcelona.

Lindholm, Ch. (2007), Amor y Estructura, *Apuntes de Investigación del CECYP* 12, pp.
19-41
.
López Sáenz, M. C. (1996), La fenomenología existencial de M. Merleau-Ponty
y la sociología, *Papers* 50, pp.
209-231
.
Lorde, A. (1978), *Uses of the Erotic: The Erotic as Power*, Freedom, California: The Crossing Press.
Lorde, A. (1997), «Uses of the Erotic: The Erotic as Power», en K. Conboy, N. Medina, S. Stanbury, *Writing on the body. Female Embodiment and Feminist Theory*, Columbia University Press, Nueva York, pp.
277-282
.
Lutz, C. A. (1988), *Unnatural emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll. Their Challenge to Western Theory*, The University of Chicago Press, Chicago/Londres.
Lutz, C. A. (1990), «Engendered emotions: Gender, power, and the rhetoric of emotional control in American discourse», en C. Lutz, L. Abu-Lughod (eds.), *Language and the politics of emotion*, Cambridge University Press-Editions de la Maison des Sciences de
1'Homme
, Cambridge/Paris, pp.
69-91
.
Lutz, C., G. M. White (1986), The anthropology of emotions. *Annual Review of Anthropology* 15, pp.
405-436
.
Lutz, C., L. Abu-Lughod (eds.) (1990), *Language and the Politics of Emotions*, Cambridge University Press, Cambridge/Paris.
Maillard, C. (2007), *Hilos*, Tusquets, Barcelona.
Maquieira
d'Angelo

, V. (1997), *Revisiones y críticas feministas desde la antropología social. Las contradicciones de Edward Westermarck: un reformador de la sexualidad*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

Maquieira d'Angelo, V. (2001), «Género, diferencia y desigualdad», en VV. AA., *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*, Alianza (Ciencias Sociales), Madrid, pp. 127-190.

Maquieira d'Angelo, V. (2005), «El IUEM entre dos siglos: Lugares de la memoria y la acción», en V. Maquieira *et al.* (eds.), *Democracia, feminismo y Universidad en el siglo XXI / 25 Aniversario del Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres*, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Madrid.

Marcus, G. E. (1995), Ethnography in/of the World System: The emergence of Multi-sited Ethnography, *Annual Review of Anthropology* 24, pp. 94-117.

Martí i Pérez, J. (1992), Hacia una antropología de la música, *Anuario musical: revista de musicología del CSIC*, 47.

Martín, L., *Los amores confiados*, Alfaguara, Madrid, 2005.

Martínez Hernáez, Á. (2007), «Cultura, enfermedad y determinismo médico. La antropología médica frente al determinismo biológico», en M. L. Esteban (ed.), *Introducción a la antropología de la salud. Aplicaciones teóricas y prácticas*, OSALDE-Asociación por el Derecho a la Salud, Bilbao, pp. 11-43.

Mauss, M. (1991), «Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas», en *Sociología y Antropología*, Tecnos, 1991 [1.ª. en francés, 1923/24], Madrid, pp. 153-263

.
Mead, M. (2009), *Adolescencia y cultura en Samoa*, Paidós Ibérica, Barcelona.
Medina Doménech, R. (2006), «Sciences of love in Spain. Traffic of knowledge between expert women and scientific experts during the
Franco's
dictatorship
(1939-1975)
», Comunicación presentada en la 4S Conference: Silence, Suffering and Survival, Vancouver.
Merleau-Ponty, M. (2000), *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona [1.ª. en inglés, 1945].
Merriam, A. P. (2001), «Usos y funciones», en F. Cruces *et al., Las culturas musicales*, Trotta, Madrid.
Millet, K. (1975), *Política Sexual*, Aguilar, México.
Muñoz Molina, A. (2008), Alguien lo sabe, *El País* (Suplemento Babelia), 19 de julio.
Murakami, H. (2008), *Sputnik, mi amor*, Tusquets, Barcelona.
Murakami, H. (2009), *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas*, Tusquets, Barcelona.
Nieto, J. A. (ed.) (1998), *Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*, Talasa, Madrid.
Noizet, P. (1996), *moderne de*
L'idée
l'amour
, Editions Kimé, París.
Noll, I. (2005), *Falsas lenguas*, Circe, Barcelona.
Odent, M. (2007), *La Vida Fetal, el Nacimiento y el Futuro de la Humanidad*, Editorial OB STARE, Santa Cruz de Tenerife.
Onfray, M. (2002), *Teoría del cuerpo enamorado. Por una erótica solar*, Pre-Textos [1.ª. en francés, 2000], Valencia.
Osborne, R. (1991), «La discriminación social de la mujer en razón del sexo», en J.
V. Marqués
y R. Osborne, *Sexualidad y sexismo*, Universidad a Distancia/ Fundación Universidad-Empresa, Madrid, pp.
131-295

.
Osborne, R. (2008), «El poder del amor (o las formas sutiles de la dominación patriarcal)», en P. Laurenzo, M.
L. Maqueda
, A. Rubio (coords.), *Género, violencia y derecho*, Tirant lo Blanch-alternativa, Valencia, pp.
179-194
.
Pérez Orozco, A. (2006), *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*, Consejo Económico y Social, Madrid.
Pérez Orozco, A. (2009), Cadenas globales de cuidados: Preguntas para una crisis, *Diálogos. Monográficos de divulgación del pensamiento feminista* (n.º 1), Hegoa/Acsur-Las Segovias, Madrid.
Pichardo, J. I. (2009), *Entender la diversidad familiar. Relaciones homosexuales y nuevos modelos de familia*, Editions Bellaterra, Barcelona.
Piers, M. (1978), *Infanticide*, Wiley, Nueva York.
Pinto, R. (1996), «La figura de la falsa modestia en Gaspara Stampa», en M. Segarra, Á. Carabí (eds.), *Amor e identidad*, PPU-Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, pp.
11-19
.
Plotnicov, L. (1995), «Love, Lust and Found in Nigeria», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience?* Columbia University Press, Nueva York, pp.
128-140
.
Preciado, B. (2002), *Manifiesto contra-sexual*, Ópera Prima S.L. Sistema Editorial, Madrid.
Preciado, B. (2009), Lisbeth Salander. ¿Icono antifeminista o heroína *queer? Parole de Queer*, 1 de octubre a 1 de diciembre, pp.
15-17
<www.paroledequeer.blospot.com>.
Preciado, B. (2010), *Pornotopía: arquitectura y sexualidad en*

«Playboy» durante la Guerra Fría, Anagrama, Barcelona.
Puleo, A. (1996), El poder del amor. RESEÑA de: Jónasdóttir, Anna. El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?, Cátedra, Col. Feminismos, Madrid, 1993. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 7, pp.
217-221
.
Réage, P. (1995), *Historia de O.*, Quinteto Editorial, Barcelona.
Rebhun, L. A. (1995), «The Language of Love in Northeast Brazil», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience*, Columbia University, Nueva York, pp.
239-261
.
Reddy, W. M. (1997), Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions, *Current Anthropology* 38, pp.
327-351
.
Rich, A. (1983), *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Icaria, Barcelona
Riera, C. (1988), *Cuestión de amor propio*, Tusquets, Barcelona [1.ª. ed. 1987].
Riesman, P. (1977), *Freedom in Fulani Social Life*, University of Chicago Press, Chicago.
Rincón, A. (2001), *Portaera maskulinoen eta femeninoen ereduak eta erreferenteak euskal gazterian [Modelos y referentes de comportamientos masculinos y femen inos en la juventud vasca],* Emakunde/Instituto Vasco de la Mujer, Gasteiz.
Roca, J. (2007), Migrantes por amor. La búsqueda y formación de parejas transnacionales. *AIBR/Revista de Antropología Iberoamericana*, 2(3), pp.
430-458
.
Rosaldo, M. Z. (1980), *Knowledge and Passion: Ilongot Notions of Self*, Cambridge University Press, Cambridge.
Rosaldo, M. Z. (1984), «Toward an anthropology of self and feeling», en R.
A. Shweder
, R. A. Levine (eds.), *Culture Theory: Essays on Mind, Self and Emotion*, Cambridge University Press, Cambridge, pp.

137-157
.
Rubin, G. (1975), «The Traffic in Women: Notes on the “Political Economy” of sex», en R. Reiter (comp.), *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, Nueva York. [Publicado en castellano en 1986: Tráfico de mujeres: notas sobre la «economía política del sexo». *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, 30, pp. 95-145].
Rubin, G. (1989), «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad», C. Vance (comp.), Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina, Ed. Revolución, Madrid, pp.
113-190
(1.ª. en inglés, 1984).
Rucar de Buñuel, J. (con Marisol Martín del Campo) (1991), *Memorias de una mujer sin piano*, Alianza Editorial, Madrid.
Ruddick, S. (1989), *Maternal Thinking. Towards a Politics of Peace*, Beacon Press, Boston.
Ruti, M. (2005), From Melancholia to Meaning: How to Live the Past in the Present. *Psychoanalytic Dialogues*, 15(5), pp.
637-660
.
Saltzman, J. (1992), *Equidad y género*, Cátedra (Colección Feminismos), Madrid.
Sánchez, D. (2003), *El discurso médico defínales del siglo XIX en España y la construcción del género. Análisis de la construcción discursiva de la categoría «la mujer»*. Tesis doctoral. Universidad de Granada.
Sanz, F. (1995), *Los vínculos amorosos. Amar desde la identidad en la Terapia de Reencuentro*, Kairós, Barcelona.
Sarrionaindia, J. (1985), *Ni ez naiz hemengoa*, Pamiela, Iruña.
Sartre, J. P. (1999), *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Alianza, Madrid.
Scheper-Hughes, N. (1997), *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil, Ariel Antropología*, Barcelona.
Scheper-Hughes, N., M. Lock (1987), The mindful body. A prolegomenon to future work in medical anthropology, *Medical Anthropology Quaterly* 1, pp.

6-41
.
Schiebinger, L. L. (1989), The Mind Has no Sex: Women in the Origins of Modern Science, Harvard University Press, Cambridge/Massachussets.
Schneider, D. M. (1984), *A Critique of the Study of Kinship*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
Sen, A. K. (2009), *La idea de la justicia*, Taurus, Madrid.
Smith, Z. (2002), *Dientes blancos*, Salamadra, Barcelona.
Solomon, R. C. (1977), Emotions and Anthropology: The Logic of Emotional WorldViews. *Inquiry*, 21, pp.
181-199
.
Sontag, S. (2004), *El poder de la palabra* (Selección de textos a cargo de Carlos Ortega), Losada/Nobel, Oviedo.
Spanbauer, T. (2007), *El hombre que se enamoró de la luna*, El Aleph Editores, Barcelona.
Spanbauer, T. (2007), *Ahora es el momento*, Mondadori, Barcelona.
Spurlock, J. C., C. A. Magistro (1998), *New and Improved. The Transformation of American Emotional Culture*
Women's
, Nueva York University Press, Nueva York/Londres.
Stacey, J. (1992), «Backward toward the Postmodern Family: Reflections on Gender, Kinship, and Class in the Silicon Valley», B. Thorne, M. Yalom (eds.), *Rethinking the Family. Some Feminist Questions*, Northeastern University Press, Boston, pp.
91-118
.
Stearns, P. N., C. Z. Stearns (1985), «Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards», en *The American Historical Review* 90 (4), pp.
813-836
.
Stem, P. R., R. G. Condon (2995), «A Good Spouse Is Hard to Find: Marriage, Spouse Exchange, and Infatuation Among the Copper Inuit», en W. Jankowiak (ed.), *Romantic passion. A universal experience?* Columbia University Press, Nueva York, pp.
196-218

.
Stolcke, V. (1992), ¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad? *Mientras Tanto*, 48, pp.
87-111
.
Stolcke, V. (2003), La mujer es puro cuento: la cultura del género. *Quaderns de TInstitut Catalá*
d'Antropología
, 19, pp.
69-95
.
Stone, L. (1988), «Passionate Attachments in the West in Historical Perspective», W. Gaylin, E. Person, *Passionate Attachments*, Nueva York, pp.
15-26
.
Strathern, M. (1991), *Partial Connections*, Rowman and Littlefield, Savage, Md.
Szabó, M. (2006), *La puerta*, Mondadori, Barcelona.
Taussig, M. (1984), *Culture of Terror-Space of Death. Roger Putumayo. Report and its Explanation of Terror. Comparative Studies in Society and History*
Casement's
26 (3), pp.
467-497
.
Tcherkézoff, S. (2000), *Le mythe occidental de la sexualité polynésienne. Margaret Mead, Derek Freeman et Samoa*, Presses Universitaires de France, Paris.
Tennov, D. (1979), *Love and Limerence: The experience of Being in Love, Stein and Day*, Nueva York.
Tetradas, I. (2002), «La reciprocidad superada por la equidad, el amor y la amistad», en *ÉNDOXA: Series Filosóficas,* 15, pp.
205-249
, UNED, Madrid.
Tenadas, I. (2002), «Acerca de un posible malentendido sobre la obligación de la reciprocidad», en *ENDOXA: Seríes Filosóficas,* 16, pp.

113-138
, UNED, Madrid.
Terradas Saborit, I. (2008), *Justicia vindicatoria*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
Thome, B. (1992), «Feminism and the Family: Two Decades of Thought», en B. Thome, M. Yalom (eds.), *Rethinking the Family. Some Feminist Questions* (pp.
3-30)
, Northeastern University Press, Boston.
Tikkanen, M. (1989), *La historia de amor del siglo*, Poesía Hiperión, Madrid.
Trawick, M. (1996), *Notes on Love in a Tamil Family*, Oxford University Press, New Dehli.
Tsvietáieva, M. (2006), *Natalia Goncharova. Retrato de una pintora*, Minúscula, Barcelona.
Veronesi, S. (2008), *Caos calmo*, Anagrama (traducción de Xavier González Rovira), Barcelona.
Wacquant,
F. J. D.
(1995), Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labour Among Professional Boxers. *Body & Society* 1(1), pp.
65-93
.
Weisstbin, N. (2002), «Los "Informes Hite": Orientando una revolución ideológica en marcha (Introducción)», en S. Hite, *Mujeres y amor. Un incisivo recorrido por los sentimientos femeninos en el nuevo milenio*, Suma de Letras, Madrid, pp.
29-46
.
Wilton, Tamsin (2005), *(Des)orientación sexual: género, sexo, deseo y automodelación*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
Winterson, J. (2007), *La pasión*, Lumen, Barcelona.
Wittig, M. (2006), *El caballo de Troya. El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Editorial EGALES, Madrid, pp.
95-102
[1.ª. en inglés, 1992].
Wittig, M. (2006), *El pensamiento heterosexual. El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, EGALES, Madrid, pp.

45-57
[1.ª. en inglés, 1992].
Woolf, V. (2003), *Al faro*, Alianza Editorial, Madrid.
Woolf, V. (2006), *La señora Daüoway*, Alianza Editorial, Madrid.
Zulaika, J.(2008), «Etnografías del deseo: bases teóricas», en M. Bullen, C. Diez Mintegui (coords.), Retos teóricos y nuevas prácticas. XI Congreso de Antropología, FAAEE / Ankulegi / Universidad del País Vasco, San Sebastián, pp.
247-284
.

MARI LUZ ESTEBAN. Licenciada en medicina (UPV/EHU, 1983) y doctora en antropología (Universitat de Barcelona, 1993). Trabajó como médica de planificación familiar desde 1984 hasta 1996. Desde 1994 imparte clases de Antropología Social, primero en la Universidad de León
(1994-1996)
, después en la Universidad Pública de Navarra
(1996-1998)
, y desde 1998 es profesora de la UPV/EHU. Ha participado en distintas iniciativas y asociaciones feministas desde 1980.

Sus áreas de investigación son: género, salud, cuerpo, emociones/amor.

Entre sus publicaciones destacan los artículos: «El estudio de la Salud y el Género: las Ventajas de un Enfoque Antropológico y Feminista». Salud Colectiva, Enero/Abril 2006, 2(1):9-20; «Identidades de género, feminismo, sexualidad y amor: los cuerpos como agentes». Política y Sociedad, 2009, 46(1-2):27-41. Y los libros: *Re-producción del cuerpo femenino. Discursos y prácticas acerca de la salud* (Donostia: Editorial Gakoa-Tercera Prensa, 2001). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio* (Barcelona: Edicions Bellaterra, 2004) y *Crítica del*

Pensamiento Amoroso (Edicions Bellaterra, 2011).

Notas

[1] Película dirigida por Danny de Vito (1989). < <

[2] Se trata de un programa de la cadena *Cuatro*, presentado por Carlos Baute, un cantante venezolano especializado en temas empalagosos para jovencitas. <<

[3] De la cadena *Tele 5*. <<

[4] También de *Tele 5*. <<

[5] Los *gaztetxes* son centros autogestionados por jóvenes, que suelen estar en edificios ocupados. <<

[6] Ana Távora es psiquiatra y psicoterapeuta y trabaja en un centro público de salud mental de la provincia de Granada. Impartió esta conferencia en Basauri (Bizkaia). < <

[7] Organizadas por Arteleku (un centro cultural y artístico alternativo situado en el barrio de Loiola de Donostia) y coordinadas por Beatriz Preciado, fueron todo un acontecimiento en algunos círculos.

La polémica suscitada en la red por Javier Sáez fue seguida y contestada por bastantes personas. <<

[8] <http://www.hartza.com/amorhetero.htm>. < <

[9] *Viva la tristeza* es el título del disco. < <

[10] Esta versión de Jimmy Scott puede escucharse en <http://www.imeem.com/people/7QlhqZ/music/G5XdOtGz/jimmy_scott_nothing_compares_2_u/>. <<

[11] Se trata de las II Jornadas de ADREI, grupo feminista de Asturias, que tuvieron lugar en Oviedo, el 13 de diciembre de 2008, y llevaron por título: «Otras Voces Feministas. Nuevos enfoques, nuevos debates». <<

[12] Por *referente polémico* me refería en mi libro de *Antropología del Cuerpo* (2004) a el/los planteamiento/s contra el/los que consciente o inconscientemente escribimos y cuya identificación es muy fructífera en un proceso de investigación/escritura.

Aquí me estoy refiriendo además a las críticas surgidas desde colegas que tienen posiciones teóricas distintas a las propias y que suelen ser muy útiles para tomar conciencia de dónde están las debilidades de tu trabajo y te fuerzan, por tanto, a profundizar mejor en tus propios argumentos, a modificarlos o a deshecharlos. <<

[13] Las jornadas llevaron por título «Emociones y sentimientos. Reflexiones interdisciplinarias». < <

[14] Conferencia organizada por el grupo de «Hombres por la Igualdad» de Vitoria-Gasteiz el día 2 de Diciembre de 2008. <<

[15] Me ha sorprendido ver en cuántos blogs de belleza y moda se puede encontrar alusiones a esta cita. < <

[16] Este título, que es también el título de uno de los apartados relativos a las entrevistas, en concreto el que se refiere a la entrevista hecha a Loli, se inspira en la novela del mismo nombre de Carmen Riera (1988) que comentaré en el capítulo de «Ficciones, identidades y contra-identidades». <<

[17] Se trataba en concreto del libro *El juego de las astucias* (1992). <<

[18] Tomo prestada esta frase de Begoña, una de las personas entrevistadas. < <

[19] Falleció el 1 de diciembre de 2008. <<

[20] Patti Smith reflexiona sobre el miedo y el azar en el documental *Dream of Life* dirigido por Steven Sebring sobre la vida de esta cantante. (Exposición *Written Portrait. Patti Smith*. Museo Artium de Vitoria-Gasteiz, diciembre de 2008). <<

[21] *El pájaro: Si le hubiera cortado las alas, no se habría ido. Pero no hubiera sido pájaro nunca más. Y yo amaba al pájaro*. <<

[22] *Queriendo decir lo que no se puede… solo el amor trasciende la muerte.* < <

[23] Letra de la canción *Inténtalo encontrar* de Mayte Martín. <<

[24] Rosa Medina Doménech —historiadora de la ciencia—, Ana Távora Rivero —psiquiatra y psicoterapeuta— y yo compartimos un proyecto de investigación desde diciembre de 2004 hasta diciembre de 2007 que llevó por título «Amor, salud y desigualdad: identidades de género y prácticas de mujeres» (I + D + I-Programa Sectorial Instituto de la Mujer, exp
102-2004)
. <<

[25] Véanse Esteban, Mari Luz. *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio* (2004); *Etnografía, itinerarios corporales y cambio social. Apuntes teóricos y metodológicos* (2008a); e *Identidades de género, feminismo, sexualidad y amor: los cuerpos como agentes* (2009a). <<

[26] Abu-Lughod, Lila. *Writing Against Culture* (1991). < <

[27] Véanse, por ejemplo. Rosaldo, Michelle. *Knowledge and Passion: Ilongot Notions of Self* (1980); y Lutz, Catherine. *Unnatural emotions. Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll. Their Challenge to Western Theory* (1988). Para una revisión del trabajo antropológico en torno a las emociones, puede consultarse Lutz, C. y G. White. «The Anthropology of Emotions» (1986). Una revisión de la aportación feminista en antropología de las emociones puede consultarse en Esteban, Mari Luz. «Algunas ideas para una antropología del amor» (2007). <<

[28] Hernández, Jone Miren. «Auto/biografía. Auto/etnografía. Auto/retrato» (1999). < <

[29] Riesman, Paul. *Freedom in Fulani Social Life*, 1977 (en Abu-Lughod, 2008, p. 2). <<

[30] Abu-Lughod, Lila. *Writing Worlds. Bedouin Stories Women's*
(2008, p. XII). Traducción propia < <

[31] Ayesta, Iban. «Pasiones corpóreas: experimentos de escritura visceral» (2009, p. 175). < <

[32] Haraway, Donna J. (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra (Feminismos), p. 209. <<

[33] Donde incluyo también a algunos amigos. <<

[34] Langford, Wendy. *Revolutions of the Heart* (1999, pp. 4-5)
. < <

[35] Lagarde, Marcela. «Claves feministas para la negociación en el amor» (2005, pp.
381-382)
. <<

[36] Tsvetáieva. Marina. Natalia Goncharova. *Retrato de una pintora* (2006, pp. 7172). < <

[37] Duras. Marguerite. *Emily L.* (1988, p. 120). < <

[38] Grimshaw, Anne. *The Eye. Ways of Seeing in Modern Anthropology*
Ethnographer's
(2001). < <

[39] *Ibídem*, pp. 7-8 . < <

[40] En muchas partes de este libro voy a utilizar el femenino (en singular y plural) incluyendo a hombres y mujeres. Cuando hable solo de mujeres o solo de hombres lo especificaré. <<

[41] Escribe Naomi Weisstbin (2002, p. 45) que las mujeres están cambiando el papel de la Otra por el de Vidente, lo que les permite ver y analizar con más claridad lo que está ocurriendo y llevar a cabo un nuevo análisis de la cultura. < <

[42] Recogido en la crítica a su libro *Las herencias* (Madrid. Visor, 2008), escrita por Javier Rodríguez Marcos, en el suplemento Babelia
(17-01-09
, p. 13). < <

[43] Las personas entrevistadas de una manera formal han sido 18, 15 mujeres y 3 hombres, de distintas edades (menores de 30, de 30 a 50, y mayores de 50), condiciones socio-económicas y experiencias amorosas y de convivencia. Todas las mujeres militan o han militado en una organización feminista. Los 3 hombres mantienen relaciones de pareja con mujeres feministas. Se ha entrevistado a mujeres feministas con el objeto de encontrar personas con un análisis crítico del amor que se aprende en nuestra sociedad, pero al mismo tiempo influidas por la cultura romántica en la que vivimos. Todas las personas, menos una, viven o han vivido en el País Vasco y comparten, por tanto, referencias políticas, ideológicas y culturales. <<

[44] *Los escritores estamos siempre usando a los demás. Un escritor es un saqueador* (Bonnett, 2008). <<

[45] Una autora que ha desarrollado y aplicado el concepto de cronotopos (articulaciones de tiempo y espacios) al estudio del género es Teresa del Valle (1999). <<

[46] Marcus, George. «Ethnography in/of the World System: The emergence of Multisited Ethnography» (1995). < <

[47] Trawick, Margaret. *Notes on Love in a Tamil Family* (1996, p. xviii). < <

[48] *Ibídem*, p. 90. <<

[49] Véase el libro *Debates acerca de la antropología del tiempo*, de Eliseu Carbonell (2004). < <

[50] Trawik (1996, pp. XVII, XVIII). < <

[51] Agradezco a Luisa Etxenike sus comentarios a este respecto. <<

[52] Plotnicov, Leonard. «Love, Lust and Found in Nigeria» (1995, p. 129). < <

[53] Frase que Gertrude Stein incluyó en su poema Sacred Emily de 1913, publicado en 1922 en su libro *Geography and Plays*.

En España esta frase se hizo popular en 1992 por la canción *Una rosa es una rosa* del grupo Mecano, aunque en este caso su significado quedó reducido a lo contradictorio de no poder vivir con alguien pero tampoco sin ese alguien. <<

[54] *El valor y el lugar de los diferentes estilos discursivos tienen que ser decididos dependiendo de la situación en la que nos encontramos y los problemas a que nos enfrentamos* (Jackson, 1989, p. 186; en Abu-Lughod, 2008, p. 7). < <

[55] El arquitecto Guillermo Vázquez Consuegra se refiere a la forma, en un artículo sobre su trabajo aparecido en el suplemento Babelia de *El País* (p. 3, 03-01-2009): «La forma no es el objetivo, es el resultado de un proceso. El edificio tiene que alcanzar un equilibrio entre todas las fuerzas que confluyen en el proyecto y a ese equilibrio es a lo que llamamos forma».

A este respecto, Inmaculada Hurtado me comenta que Beatriz Preciado, en un seminario titulado «Vida y revolución. Aproximaciones a la biopolítica desde la teoría queer», impartido el 25-29
de enero de 2010 en el Centre de Cultura Comtemporánia L'Escorxador
d'Elx
(Alacant), explicó que las preguntas recurrentes de sus alumnos de la licenciatura de arquitectura sobre qué tipo de «arquitectura» era la que subyacía a la expresión «construcción de género», le ayudaron a pensar sobre la forma, sobre la arquitectura del género.

Véase, por ejemplo, la presentación a su libro *Pornotopia: arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la Guerra Fría* (2010) en <http://www.anagrama-ed.es/titulo/A_413>.

Fue Rosa Medina la que me hizo pensar por primera vez hace unos años sobre las relaciones entre la forma y el contenido. <<

[56] Coetzee, John (2007). < <

[57] Bell Hooks. *All about Love. New Visions* (2001, p. XXV). <<

[58] Scheper-Hughes (1996). < <

[59] La blasfemia y la ironía son defendidas por Donna Haraway en su «Manifiesto para cyborgs» (1995). <<

[60] Tennov, Dorothy. *Love and Limerence: The experience of Being in Love* (1979). < <

[61] Terradas, Ignasi. «La reciprocidad superada por la equidad, el amor y la amistad» (2002a). <<

[62] Michel Onfray, en su *Teoría del cuerpo enamorado. Por una erótica solar* (2002), reivindica el amor como inmanencia frente a una idea de amor como trascendencia dominante en nuestra cultura. < <

[63] Onfray (*ibídem*). < <

[64] *Siendo consciente, como apunta Nancy Fraser, de que ninguna perspectiva analítica puede ser lo suficientemente fuerte como para superar las agudas asimetrías de poder. El modo de superarlas, o al menos alcanzarlas, si acaso, es a través de la lucha política y no a través de un pensamiento filosófico o analítico. Lo que el pensamiento filosófico y analítico puede hacer es aclarar la situación y quizá aportar una reflexión que ayude a la gente a distinguir dentro de las orientaciones políticas entre mejores y peores. Pero, por sí misma, una perspectiva analítica no cambia las cosas (…)… son las luchas y los movimientos sociales los que lo cambian. Pero creo que Marx también pensó que la reflexión política, en el espíritu de una teorización crítica, podía ayudar a clarificar e iluminar la situación dentro de la cual las luchas políticas tienen lugar. Por mi parte, propongo otra fórmula, que está presente en mis escritos, y es la de la autoclarificación de las luchas y deseos de la época. Ahora bien, aun cuando la distinción entre la reflexión analítica y la práctica política pudiera ceder, no son lo mismo; lo que uno esperaría es que ambas puedan mantener, sin embargo, una relación provechosa en medio de las tensiones que siempre existen entre ellas. Se trata de niveles distintos de compromiso* (Entrevista con Nancy Fraser: La justicia como redistribución, reconocimiento y representación. Barcelona Metrópolis. Revista de información y pensamiento urbanos). <http://www.barcelonametropolis.cat/es/page.asp?id=21 &ui=l 81>. <<

[65] Ingrid Noll. *Falsas lenguas* (2005, pp. 217-218)
. < <

[66] Langford (1999, p. 1). <<

[67] Langford (1999, p. XII). < <

[68] Rubin, Gayle. «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad» (1989, p. 113). < <

[69] Anna G. Jonásdóttir. *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la Democracia?* (1993, p. 274). <<

[70] Firestone, Shulamit. *La dialéctica del sexo* (1976, p. 159). <<

[71] Evans, Mary. «What is this thing called love?» (2003). < <

[72] Parafraseando nuevamente el planteamiento de Rubin en torno al sexo (1989, p. 130). <<

[73] Krügel, Mareike. *La hija de mi padre* (2007, p. 169). <<

[74] Bell Hooks (2001, pp. 11-12)
. < <

[75] Tennov (1979). <<

[76] Jankowiak, William. «Introduction». (1995a, p. 4). < <

[77] El
88,5
por 100 de una muestra de culturas recogida por William Jankowiak y Edward Fischer (1992). < <

[78] Que no sería más que la libido, en términos psicoanalíticos. <<

[79] De todas formas, hay que recalcar que tendríamos que hablar de distintos tipos de romanticismos dentro de esta tradición. <<

[80] *Gay le Rubín señala que en la cima de la pirámide erótica están solamente los heterosexuales reproductores casados. Justo debajo están los heterosexuales monógamos no casados y agrupados en parejas, seguidos de la mayor parte de los demás heterosexuales. El sexo solitario flota ambiguamente. El poderoso estigma que pesaba sobre la masturbación en el siglo XIX aún permanece en formas modificadas más débiles, tales como la idea de que la masturbación es una especie de sustituto inferior de los encuentros en pareja. Las parejas estables de lesbianas y gays están en el borde de la respetabilidad, pero los homosexuales y lesbianas promiscuos revolotean justo por encima de los grupos situados en el fondo mismo de la pirámide. Las castas sexuales más despreciadas incluyen normalmente a los transexuales, travestís, fetichistas, sadomasoquistas, trabajadores del sexo, tales como los prostitutos, las prostitutas y quienes trabajan como modelos en la pornografía y la más baja de todas, aquellos cuyo erotismo transgrede las fronteras generacionales (1989, p. 136).* <<

[81] Lutz y White (1986). < <

[82] Burke, Peter. «Is there a cultural history of the emotions?» (2005). < <

[83] Lutz y Abu-Lughod (1990, pp. 1-7)
. < <

[84] Rosaldo (1980). < <

[85] Elias, Norbert. *The History of Manners* (1978). < <

[86] Foucault, Michel. *La historia de la sexualidad* (1987). <<

[87] Véanse, por ejemplo, Abu-Lughod, Lila. *Veiled Sentiments* (1986); Abu-Lughod, L. y C. Lutz. *Language and the politics of emotion* (1990); Eichenbaum, L. y S. Orbach. *Qué quieren las mujeres* (1990); Lutz, C. “Engendered emotions: Gender, power, and the rhetoric of emotional control in American discourse” (1990); Comas d» Argemir. «Sobre el apoyo y el cuidado. División del trabajo, género y parentesco» (1993) y «Mujeres, familia y estado del bienestar» (2000). < <

[88] Lutz, Catherine. «Engendered emotions: Gender, power, and the rhetoric of emotional control in American discourse» (1990, p. 69).
<<

[89] *Ibídem*, p. 87. <<

[90] Lutz (1990). < <

[91] *Naomi Weisstbin escribe en la introducción al libro de Shere Hite Mujeres y Amor: ¿Qué dicen las mujeres aquí sobre el amor y qué ocurre en sus vidas? Básicamente, ya sean casadas o solteras, dicen que no se sienten satisfechas, en el plano emocional, de sus relaciones con los hombres, y que, con frecuencia, descubren se encuentran frustradas, con un sentimiento de enajenación, de lejanía e incapacidad de abrirse camino hasta el interior de un hombre, ciego con respecto a lo que les falta. Muchas mujeres renuncian a esas relaciones, en tanto que otras siguen con ellas aunque solo a nivel físico, mientras buscan su conexión emocional primaria en otra parte, a menudo con amigas. La frustración que la mujer siente en esas situaciones…; en realidad, el trágico aspecto de varias relaciones, resulta asombrosa y profundamente conmovedora (2002, pp.; en Hite, 2002). También hay algunas respuestas felices en el Informe Hite: El 19 por ciento de las mujeres describe una relación emocional auténtica, y en un plano de igualdad con el hombre al que aman*

40-41

(Hite, 2002, p. 91). <<

[92] Jonásdóttir (1993, p. 314). <<

[93] Véase su libro *El pensamiento heterosexual y otros ensayos (2006)*.
<<

[94] *La categoría de sexo es la categoría que establece como «natural» la relación que está en la base de la sociedad (heterosexual), y a través de ella la mitad de la población —las mujeres— es «heterosexualizada» (la fabricación de las mujeres es similar a la fabricación de los eunucos, y a la crianza de esclavos y de animales) y sometida a una economía heterosexual. La categoría de sexo es el producto de la sociedad heterosexual que impone a las mujeres la obligación absoluta de reproducir «la especie», es decir, reproducir la sociedad heterosexual* (Wittig, Monique. *La categoría de sexo* [ibídem, p. 26]). <<

[95] Wittig, Monique. «El pensamiento heterosexual» (2006. p. 51).
<<

[96] *Ibídem.* <<

[97] *Ibídem*, p. 49. <<

[98] «El pensamiento heterosexual» finaliza con la conocida frase de «las lesbianas no son mujeres», en el sentido de que las lesbianas son desertoras de la clase de las mujeres y, por tanto, pueden poner en cuestión la sociedad heterosexual, fundada sobre la necesidad de un Otro, diferente. <<

[99] En el sentido de que no siempre se producirán o no del todo. <<

[100] Rich, Adrienne. *Sobre mentiras, secretos y silencios* (1983, pp. 148-149)

.

Habría que subrayar la importancia que la tradición judeo-cristiana tiene también en esta idea del amor como sacrificio, como abnegación. < <

[101] Raquel Osborne. «El poder del amor (o las formas sutiles de la dominación patriarcal)» (2008, pp.
192-193)
. <<

[102] *Ibídem*, p. 185. <<

[103] Wacquant utiliza este concepto en su análisis de las transformaciones vividas por los boxeadores en su entrenamiento. Véase, por ejemplo, su artículo «Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labour Among Professional Boxers» (1995, p. 73). <<

[104] Véase el capítulo «
Men’s
Bodies» de su libro *Masculinities* (1995, pp.
45-67)
. < <

[105] Ahmed, Sarah. *The Cultural Politics of Emotions* (2004, p. 144).
<<

[106] De Beauvoir, Simone. *El Segundo Sexo* (1998, p. 474). <<

[107] Spurlock and Magistro. *New and Improved. The Transformation of American Emotional Culture*
Women's
(1998). < <

[108] Ibídem. < <

[109] Spurlock and Magistro (1998. p. 9). < <

[110] *Ibídem*, p. 15. < <

[111] En el sentido de trasvasar las barreras al uso en cuanto al género y la sexualidad. < <

[112] Spurlock and Magistro (1998). < <

[113] Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso* (2005, p. 46). <<

[114] Langford (1999, p. 52). <<

[115] Coria, Clara. *El amor no es como nos contaron… ni como lo inventamos* (2001, p. 55). <<

[116] Berger, John. *Aquí nos vemos* (2005, p. 64). < <

[117] Firestone (1976). < <

[118] Esperanza Bosch y cols. *Del mito del amor romántico a la violencia contra las mujeres en la pareja* (2007). < <

[119] En la tradición árabe, por ejemplo, se encuentran también leyendas y relatos de amores pasionales. Véanse Davis, D.; Davis, S. «Possessed by Love: Gender and Romance in Moroco» (1995) y Abu-Lughod, Lila. «Introducción. Anhelos feministas y condiciones postcoloniales» (2002). < <

[120] De Rougemont, Denis. *El amor y occidente* (1986, p. 13).

Este autor considera que este mito, que parece originarse en el siglo XII, habría cumplido una función de ordenamiento social y moral, en una época de crisis del matrimonio (ibídem, p. 23). Según la tesis oficialmente admitida, el amor cortés nació de una reacción contra la anarquía brutal de las costumbres feudales. Se sabe que el matrimonio, en el siglo XII, se había convertido para los señores en una pura y simple ocasión de enriquecerse y de anexionarse tierras dadas en dote o esperadas como herencia. Cuando el «negocio» funcionaba mal, se repudiaba a la mujer. El pretexto del incesto, curiosamente explotado, dejaba a la Iglesia sin defensas: era suficiente alegar sin demasiadas pruebas un parentesco en cuarto grado para obtener la anulación. A tales abusos, generadores de querellas interminables y de guerras, el amor cortés opone una fidelidad independiente del matrimonio legal y fundamentada solo en el amor (Ibídem, p. 34). <<

[121] *Ibídem*, pp. 40, 43. 52. 53. 54. <<

[122] Tomo prestada esta expresión del antropólogo Ignasi Terradas, que me señala que en la saga nórdica de Tristán e Isolda los enamorados hablan de su relación en términos de justicia o injusticia y el amor no tiene ese carácter de éxtasis que adquirirá después dentro de la cultura romántica. Es decir, este y otros relatos habrían sido romantizados posteriormente. <<

[123] Esteban, Mari Luz; Medina. Rosa María; Távora, Ana. «¿Por qué analizar el amor?» (2005). < <

[124] Ahmed. Sarah. *The Cultural Politics of Emotion* (2004, pp. 8-9)
. < <

[125] *Ibídem*, p. 10. <<

[126] El concepto de «emocionología», planteado por Peter y Carol Stearns (1985, p. 824), nos sirve para distinguir entre los estándares emocionales colectivos de una sociedad y la experiencia emocional individual o de un colectivo específico. (Agradezco a Rosa Medina Doménech esta referencia y otras referencias de Historia de las Emociones). <<

[127] Jankowiak, William. *Romantic passion. A universal experience?* (1995); Bestard, Joan. *Parentesco y modernidad (1998)*. <<

[128] Engels, Friedrich. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1981). < <

[129] Roca, Jordi. «Migrantes por amor. La búsqueda y formación de parejas transnacionales» (2007). < <

[130] Coontz (2006). < <

[131] Roca (2007, p. 443). < <

[132] *Ibídem*, p. 445. <<

[133] Coontz (2005, p. 1). <<

[134] Roca (2007, p. 444). < <

[135] Roca señala que en España, concretamente, el número de divorcios y separaciones se triplicó en 20 años desde la aprobación de la última ley al respecto: cerca de 39 000 divorcios-separaciones en 1982 por 115 000 en 2002. 2006 ha representado un año «explosivo» al respecto, por cuanto España ha pasado a ser el país de la UE con la tasa más alta de divorcios por cada mil habitantes (
3,16
) 141 817 este citado año, con Catalunya a la cabeza en términos absolutos y Canarias en primer lugar en términos porcentuales (Fuente: INE), consecuencia, según algunas opiniones, de la denominada ley del «divorcio-express», aprobada en 2005, que facilita los trámites (2007, p. 442, pie de página 5). < <

[136] Coontz (2006); Roca (2007). <<

[137] Coontz (2005, p. 2). <<

[138] Devi, Ananda. *Suspiro* (2004, p. 181). <<

[139] Pichardo, José Ignacio. *Entender la diversidad familiar. Relaciones homosexuales y nuevos modelos de familia* (2009). < <

[140] Véase Esteban, Mari Luz. «La maternidad como cultura» (2000). < <

[141] Estas ideologías, con otros componentes, han sido características también de otros momentos históricos (finales del siglo XIX, período entre guerras mundiales). Véase a este respecto Maquieira, Virginia. *Revisiones y críticas feministas desde la antropología social. Las contradicciones de Edward Westemiarck: un reformador de la sexualidad* (1997). <<

[142] Rebhun, Linda. «The Language of Love in Northeast Brazil» (1995, pp.
250-251)
. < <

[143] Scheper-Hughes (1996, p. 329). <<

[144] Concepto tomado de Mana Piers (*Infanticide*. 1978). < <

[145] A esta pregunta intenta responder, por ejemplo. Elixabete Imaz en su tesis doctoral «Mujeres gestantes, madres en gestación. Representaciones, modelos y experiencias en el tránsito a la maternidad de las mujeres vascas contemporáneas», defendida en 2008. Véase Imaz (2009). <<

[146] Como La Liga de la Leche o El Parto es Nuestro. < <

[147] Véase <http://www.msps.es/organizacion/sns/planCalidadSNS/atencionParto. htm>. <<

[148] Blázquez, Maribel. *Ideologías y prácticas de género en la atención al embarazo, parto y puerperio en el Area 12 de la Comunidad de Madrid* (2009). Esta tesis puede descargarse de la web: www.tesisenxarxa.net < <

[149] En referencia a un origen mítico donde las mujeres habrían parido de forma natural, que olvida que la mortalidad materna ha sido y sigue siendo una de las primeras causas de mortalidad en el mundo y que, en todo caso, hoy día no lo es solo para una minoría privilegiada de mujeres. <<

[150] Uno de los autores de referencia a este nivel es Michel Odent, fundador de un centro de investigación en salud primal, que afirma contar con un banco de datos de cientos de referencias de estudios publicados en revistas científicas y médicas. Véase por ejemplo el libro titulado *La Vida Fetal, el Nacimiento y el Futuro de la Humanidad* (2007), donde se incluyen textos escogidos de este autor. <<

[151] En Esteban, M. L.; Távora. A. «El amor romántico y la subordinación social de las mujeres. Revisiones y propuestas» (2008). < <

[152] *Ibídem*, pp. 67, 68. < <

[153] Las mujeres parejas de embarazadas son hoy por hoy prácticamente invisibles. < <

[154] Véase sobre todo el capítulo «La participación de los hombres» (Blázquez, 2009, pp.
317-341)
. <<

[155] Coria (2001, p. 72). <<

[156] Véase <http://www.nodo50.org/plataformapaternidad>.

<<

[157] *Ibídem.* <<

[158] Aunque no todas las personas mayores requieren cuidados e incluso algunos son un recurso importante para cuidar a otros, las previsiones demográficas señalan que el número de personas a cuidar aumentará mucho en los próximos años. < <

[159] Donde se da, por ejemplo, una separación radical entre espacios de residencia y trabajo que suponen una traba importante para organizar la atención a las personas que lo necesitan. (Véase a este respecto Castro, I. y otras. «No habrá igualdad sin servicios públicos y reparto del cuidado. Algunas ideas para una política feminista» [2008]. <http://www.jardunaldifemimstak.org/ejes.php>). <<

[160] *Ibídem.* <<

[161] Véase, por ejemplo, su libro: *The managed heart: Commercialization of human feeling* (1983) y su artículo «Global Care Chains and Emotional Surplus Value» (2000). <<

[162] A este respecto una autora de relevancia en el ámbito español es la economista Amaia Pérez Orozco. Véanse, por ejemplo, su libro *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados* (2006), y su artículo «Cadenas globales de cuidados, preguntas para una crisis» (2009). <<

[163] Véase a este respecto el «Debate feminista en torno al concepto de cuidados» (Diálogo: Mari Luz Esteban e Isabel Otxoa. Boletín Ecos, n.º 10, Enero-Marzo 2010), que puede consultarse en <http://www.fuhem.es/cip-ecosocial/boletin-ecos/numero.aspx?n=10>. <<

[164] Ruddick, Sarah. *Maternal Thinking. Towards a Politics of Peace</> (1989). a href="../Text/esePensamiento.xhtml#rf164»>< <*

[165] Gilligan, Carol. *In a Different Voice* (1982). <<

[166] Osborne (1998, p. 189). Una ideología amorosa que Osborne relaciona también con la separación entre amor y sexo y la división sexual del deseo entre los sexos: sexo para los chicos, amor para las chicas. <<

[167] Castro y otras (2008, p. 30). <<

[168] Castro y otras (2008). < <

[169] Langford (1999). < <

[170] Ahmed (2004). < <

[171] También en disciplinas como la antropología se percibe este desequilibrio. Una de las pocas revisiones sobre el tema de la amistad es el libro *La amistad. Perspectiva antropológica*, de Josepa Cucó (1995). < <

[172] Véase a este respecto el capítulo «Representaciones de género, relaciones afectivas y estrategias», del libro *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género* (Del Valle *et al.*, 2002, pp. 161-186)
. <<

[173] Esta forma de vida se denomina en inglés *Living Apan Together (LAT)*. Los motivos pueden ser muchos, desde el mantenimiento de la carrera profesional de los dos miembros de la pareja hasta evitar el desgaste que puede suponer la convivencia. < <

[174] Según Eustat-Instituto Vasco de Estadística, en la actualidad el 59,2
por 100 de las familias vascas no responden a la estructura clásica del matrimonio con hijos, mientras que en 1981 la familia tradicional suponía el 63 por 100.

Las ideas referidas a los cambios en la familia aquí escritas han sido tomadas de la ponencia «No habrá igualdad sin servicios públicos y reparto del cuidado. Algunas ideas para una política feminista», en la que intervino también la autora de este libro (Castro y otras. 2008). <<

[175] Beck, U.; Beck-Gernsheim, E. *El normal caos del amor* (1988; en Castro y otras, 2008). < <

[176] Idea defendida, por ejemplo, por Anthony Giddens, en su libro *La transformación de la intimidad* (1995) y Ulrick Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim (*El normal caos del amor*, 1998), y en el contexto español por Inés Alberdi. *La nueva familia española* (1999). <<

[177] Stacey, Judith. «Backward toward the Postmodern Family: Reflections on Gender, Kinship, and Class in the Silicon Valley» (1992). < <

[178] Véanse a este respecto: Thorne, Barrie. «Feminism and the Family: Two Decades of Thought» (1992) y Alberdi (1999). <<

[179] Castro y otras (2008). < <

[180] Izquierdo, María Jesús. «Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: Hacia una política democrática del cuidado» (2003). < <

[181] Comas (2000. pp. 190-191)
. < <

[182] Pichardo (2009). <<

[183] Luisa Castro. *Amor. Mi señor* (2005, p. 75). <<

[184] Una parte de los contenidos incluidos aquí fueron publicados previamente en mi artículo «El amor romántico dentro y fuera de Occidente: determinismos, paradojas y visiones alternativas» (Esteban, 2008b). <<

[185] Abu-Lughod (2002, p. 30). <<

[186] Bertilsson, M. «
Love's
Labour Lost? A sociological View» (1986; en Lindholm, 2007. p. 19). < <

[187] Lindholm, Charles. «Amor y estructura» (2007. p. 20). < <

[188] Sin embargo, a este respecto quedarían distintas cuestiones por explicar en la argumentación sociobiológica, como por ejemplo por qué precisamente la unión de amor romántico y matrimonio no garantiza que las tasas de nacimiento sean más altas de lo que lo son en las sociedades en donde no existe la posibilidad de elegir al cónyuge (Lindholm, 2007, p. 21). <<

[189] Lindholm (2007). < <

[190] Véanse distintas referencias incluidas en Jankowiak (1995) y Lindholm (2007). < <

[191] Lindholm (2007, p. 27). < <

[192] *Ibídem*, p. 32. <<

[193] *Ibídem*, pp. 34-36. <<

[194] *Ibídem*, p. 36. <<

[195] Collins, Jan C.; Gregor, «Thomas. Boundaries of love» (1995); en Jankowiak (1995, pp.
72-92)
. <<

[196] Burbank, Victoria. «Passion as Politics: Romantic Love in an Australian Aboriginal Community» (1995). < <

[197] Abu-Lughod, Lila. «Shifting politics in Bedouin love poetry» (1990a). < <

[198] Burbank (1995, p. 192). <<

[199] Plotnicov (1995). < <

[200] Jankowiak (1995b). < <

[201] Bell, Jim. «Notions of Love and Romance Among the Taita of Kenya» (1995). < <

[202] Rebhun, Linda A. «The Language of Love in Northeast Brazil» (1995). < <

[203] Regis (1995). < <

[204] Hay que tener en cuenta que todos estos estudios se han centrado en las relaciones heterosexuales. <<

[205] A partir del trabajo de autores muy diversos define Harris siete atributos que conformaría un patrón bastante universal en cuanto a la interacción con la persona amada: atracción sexual y deseo de intimidad; idealización; exclusividad y focalización de la emoción y del deseo; *intrusive thinking*; dependencia emocional; reordenamiento de las prioridades vitales; un sentido poderoso de empatía que te hace atender a sus necesidades (1995, p. 102). <<

[206] Stern y Condon (1995). <<

[207] Davis y Davis (1995). < <

[208] Rebhun (1995, p. 242). <<

[209] Gordimer, Nadine. *El encuentro* (2005, p. 115). <<

[210] Dejamos el análisis feminista del amor para el capítulo «Esbozo de una teoría a partir del amor». < <

[211] Giddens (1992). < <

[212] Giddens (1992. p. 13). <<

[213] Langford (1999). < <

[214] A esta conclusión llega la socióloga Irantzu Fernandez en la revisión que ha hecho de los estudios respecto a las/os jóvenes del País Vasco, revisión que ha formado parte de su trabajo de investigación dentro del Máster en Estudios Feministas y de Género de la UPV/EHU (véase Fernández. *Maitasuna nerabeen arteko genero sozializazio prozesuetan. Maitasunaren diskurtso eta praktikak. Jarraipen, tentsio, gatazka eta hausturen aniztasuna*, 2009). Las investigaciones del ámbito vasco analizadas por Fernández son: Amurrio, Larrinaga, Usategi y del Valle. *Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao* (2008); Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer. *E.A.E.ko nerabeak. Hurbilketa ahalduntzetik abiatufa* (2008); Cantera, Estébanez, Vázquez. *Violencia contra las mujeres jóvenes: la violencia psicológica en las relaciones de noviazgo* (2009); y Rincón, Ana. *Port aera maskulinoen eta femeninoen ereduak eta erreferenteak euskal gazterian [Modelos y referentes de comportamientos masculinos y femeninos en la juventud vasca]* (2001). < <

[215] Beck y Beck-Gemsheim (1998). < <

[216] *Bauman, Zygmunt. Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos (2009).* <<

[217] Beck y Beck-Gernsheim (1998, p. 9). <<

[218] Bauman (2009, p. 70). <<

[219] *Ibídem*, pp. 28-29 . < <

[220] *Ibídem*, p. 71. <<

[221] bell hooks (1991). < <

[222] Milena Agus. *Mal de Piedras* (2008, p. 3). < <

[223] Utilizo el concepto de mapa amoroso sonoro en tres sentidos, que son a su vez tres niveles de análisis directamente relacionados entre sí, por un lado, en el de ser una descripción/sistematización de distintas referencias musicales que ayudan a conformar las representaciones y experiencias individuales y colectivas respecto al amor, ubicándolas en contextos sociales, culturales y políticos determinados; es decir, en esta primera dimensión, daríamos cuenta de la diversidad de trayectorias/experiencias sonoras posibles que constituyen dichos contextos; en segundo lugar, en el de mostrar las interrelaciones entre experiencias amorosas, culturas musicales y transformaciones sociales. Una tercera dimensión sería la relativa a cómo se configura y moldea la identidad, la subjetividad, a partir de las melodías y canciones que han ido siendo significativas a lo largo de una vida; y viceversa. <<

[224] Susan Sontag. *Contra la interpretación* (1964; en Sontag, 2004, p. 42). < <

[225] La relación entre las mujeres y la conducción daría para muchas páginas. Ana Távora, psiquiatra/psicoterapeuta en un centro de salud mental en Santa Fe (Granada), explicaba un día en una de sus conferencias que un signo claro de mejoría en las pacientes de su consulta que saben conducir es que a medida que avanza la terapia utilizan el coche para ir más lejos. <<

[226] Escuché este concepto por primera vez a Luisa Etxenike. <<

[227] La mayoría de las canciones que voy a citar en este apartado y a lo largo del libro pueden escucharse gratuitamente en la plataforma digital Spotify. <<

[228] Ruti, Mari. «From Melancholia to Meaning: How to Live the Past in the Present» (2005). < <

[229] <http://www.filomusica.com/filo36/monteverdi.html>. <<

[230] <http://es.wikipedia.org/wiki/Die_schone_mullerin>.

Uno de estos lieder es *Flores secas*:

Todas las flores/que ella me dio/deseo que me acompañen/a la tumba ¡Qué apenadas/me contemplan/como si supieran/lo que me pasa!

¡Pobres florecidas/qué marchitas y qué pálidas!/Pobres florecillas/ ¿cómo es que estáis tan húmedas?

¡Ay, las lágrimas no os harán brotar/con el verdor de mayo/ni lograrán revivir florecido/el amor muerto!

Llegará la primavera/y pasará el invierno/la hierba se llenará/de flores.

en la tumba/me acompañarán todas/todas las florecillas/que ella me dio.

cuando pase/por allí cerca/le recordará el corazón/¡Qué fiel me fue!

Entonces, florecillas/¡surgid, brotad!/Llegó mayo/murió el invierno. <http://www.geocities.com/Vienna/Choir/7652/molinera/ texto.htm>. <<

[231] Spurlock and Magistro (1998). < <

[232] Spurlock y Magistro (1998) subrayan en su análisis de los cambios emocionales en la cultura norteamericana de comienzos del siglo XX, la dimensión de concienciación, de devolución del cuerpo que se dio en ese momento en las chicas jóvenes de clase media, a través de algunas prácticas corporales nuevas, como la generalización del dating (salir con un chico a pasear o bailar…) o el ejercicio físico y el deporte. < <

[233] Beck y Beck-Gernsheim (1998, p. 84). < <

[234] Todas las referencias bibliográficas sobre la música y la sonoridad citadas en este apartado han sido recogidas del artículo «La culpa fue del… *jazz* (aldia). O de cómo una ciudad se convierte en festival», de Carmen Diez Mintegui y Jone
M. Hernández
(2010). < <

[235] Finnegan, Ruth. «¿Por qué estudiar la música? Reflexiones de una antrópologa desde el campo» (2002, p. 20). < <

[236] Diez Luqui, Gabriella. «La canción de tu vida: del amor a la violencia en la relación de pareja. Una aproximación feminista al influjo de los medios de comunicación en la socialización romántica de la dependencia» (2009). <<

[237] Bosch y cols (2007). < <

[238] *Ibídem*, p. 29. < <

[239] Las escuelas de empoderamiento (jabekuntza o jabetze eskolak, en euskera) son una iniciativa de algunas áreas de igualdad de distintos ayuntamientos vascos (Basauri, Getxo. Hernani, Ondarroa, Tolosa…) que programan cada año actividades formativas muy diferentes dirigidas a mujeres, con el objetivo común de ser espacios de información y aprendizaje pero también de debate político.

Agradezco a Josebe Iturrioz, técnica de igualdad del Ayuntamiento de Tolosa, su información acerca de estos talleres. <<

[240] <http://www.musica.com/letras. asp?letra=1072365>. <<

[241] Véase <http://www.digmeout.org/>. < <

[242] <http://aimar-arriola.blogspot.com/2009/06/no-solo-musica.html>. < <

[243] Martí i Pérez, Josep. «Hacia una antropología de la música» (1992, p. 210). < <

[244] García López, Noel. *Los sonidos del espacio, los espacios del sonido* (2007, p. 18). < <

[245] Cohen, Sara. *Rock Culture in Liverpool. Popular Music in the Making* (1991); citado en Finnegan (2003). <<

[246] García López (2007, p. 421). <<

[247] Jankélévitch (1983); citado en García López (2007). <<

[248] Cavecchi, Daniel. *Tramps Like Us: Music and Meaning among Springsteen Fans* (1998, p. VIII); en Finnegan (2003, p. 3). <<

[249] Merriam, Alan P. «Usos y funciones» (2001). <<

[250] Feixa, Carles. «La habitación de los adolescentes» (2005, p. 101). <<

[251] Siglas referidas a lesbianas, gays, bisexuales y personas transgénero. < <

[252] Es interesante la leyenda sobre esta canción. Algunos piensan que estaba dedicada a la revolución cubana. Sin embargo, el mismo Silvio escribe en su página www.silviorodriguez.org/manoamano.cfm:

Ojalá yo la compuse a una mujer que fue, podríamos decir, mi primer amor. Fue un amor que tuve cuando estuve en el ejército, haciendo mi servicio militar. La conocí cuando tenía 18 años, fue mi primer amor importante en el sentido de que fue el primer amor que me enseñó cosas. Era una muchacha mucho más evolucionada que yo, mucho más inteligente, más culta. Me enseñó, por ejemplo, a César Vallejo. Después nos tuvimos que separar, estaba estudiando medicina y en fin, no le cuadró. No sé por qué estudió medicina, cosa loca de ella, en realidad siempre fue de letras. Después estudió letras, se fue a su pueblo Camagüey, a estudiar eso y yo me quedé solo aquí en La Habana, totalmente desolado. Pasaron los años y el recuerdo de aquel amor tan bonito, tan productivo, tan útil (ojo, no confundir con utilitario), enriquecedor, de aporte a uno… pues, estaba obsesionado yo con esa idea. Y porque fue un amor frustrado, tronchado por las circunstancias, por la vida, no fue una cosa que se agotara, pues se me quedó un poco como un fantasma y por eso compuse esta canción en un momento quizás de delirio, de arrebato, de sentimiento un poco desmesurado: ojalá esto, ojalá lo otro… <<

[253] *Bulería*. Letra y música de Manuel Alejandro. Prefiero la interpretación de Fernanda y Bernarda de Utrera que la de Rocío Jurado. < <

[254] *Taussig, Michael. Culture of Terror-Space ofDeath. Roger Putumayo. Report and its Explanation of Terror (1984, p. 492). Casement's*

<<

[255] Pajares, Eterio. «Pamela Andrews o La virtud recompensada» de Samuel Richardson, en la traducción de Ignacio García Malo (1794-1795). <http://www.cervantesvirtual.eom/servlet/SirveObras/01260529543478493018813/p0000001.htm>. <<

[256] < http://es.wikipedia.org/wiki/Pamela_o_la_virtud_recompensada >. < <

[257] Parece que los hombres que leen novelas románticas son muchos menos que las mujeres: *El perfil de la lectora de novela romántica es el de una mujer urbana que trabaja o estudia, y posee un buen nivel socio-cultural. Las edades oscilan entre los 20 y los 40 años. A lo largo de los años, las aficionadas a este género se han vuelto más exigentes respecto al contenido, pidiendo historias más consistentes, bien documentadas y coherentes a la época y valores de que trate la trama, con diálogos ágiles, personajes tridimensionales e historias inéditas. Lo que define claramente gustos y tendencias especializadas, como puede verse en diversas páginas web dedicadas al género. Se considera un público en alza que llega a consumir hasta cuatro o cinco títulos al mes*. (Véase <http://es.wikipedia.org/wiki/Novela_rom%C3%A1ntica>.) < <

[258] Hidalgo, Nieves. La sufrida lectora romántica (2008) <http://www.elrinconromantico.com/art_nieves.html>. <<

[259] No sé hasta qué punto esto es cierto. En la tienda donde yo compro el periódico en el pueblo en el que resido (Basauri, Bizkaia), situada en pleno centro urbano, las novelas rosas tienen su propio stand, en medio del local, a la vista de todos/as. En otra tienda céntrica de Bilbao (Bizkaia) que vende, entre otras cosas, periódicos y revistas, las novelas Harlequín (una de las colecciones principales de novelas rosa de bolsillo) están en un lugar visible en el escaparate. <<

[260] Esta frase recuerda a otra que repiten hasta el hartazgo las modelos de pasarela cuando las entrevistan, en relación a la compatibilidad entre belleza e inteligencia. <<

[261] http://es.wikipedia.org/wiki/Pretty_Woman>. <<

[262] La antropóloga Inma Hurtado me señala el lugar central que en esta cultura romántica de ficción ocupa también otra película que tuvo un éxito similar de público, Titanic (James Cameron, 1997), en la que un joven artista y una mujer joven de familia rica se conocen durante el primer viaje del Titanic y viven una apasionada historia de amor que acaba con el hundimiento del barco. Me comenta también que en algunos ambientes se utiliza la expresión «tener un titanic» para referirse a una aventura apasionada. <<

[263] *Pocos géneros hay tan estrictamente convencionales y retóricos como el cine americano de los primeros años del período de entreguerras. Era la época del happy end: todo debía acabar en el largo beso final con fondo de rosas o de colgaduras lujosas. Y esa figura estilística no deja de tener relaciones con el mito en el último estadio de su decadencia. Expresa con perfección la síntesis ideal de dos deseos contradictorios: deseo de que nada se arregle y deseo de que todo se arregle; deseo romántico y deseo burgués. La profunda satisfacción que produce el happy end proviene precisamente del hecho de que libera al público de sus contradicciones íntimas* (De Rougemont, 1986, p. 240).

<<

[264] Noizet, Pascale. *moderne de*
L'idée
l'amour
(1996, p. 19). < <

[265] El amor se utiliza además como subtexto o historia paralela para hacer más atractivo un producto de ficción, incluso una precondición para que una película sea comercial. < <

[266] Langford (1999, p. 55). <<

[267] *Ibídem*, p. 20. <<

[268] Este contenido erótico está también presente en series de televisión que han tenido eco a nivel internacional, como *Sexo en Nueva York* o *Mujeres Desesperadas*. <<

[269] Noizet (1996). < <

[270] *Ibídem.* <<

[271] Un breve panorama transcultural del amor puede encontrarse en el apartado «La idealización romántica: mirada histórica y transcultural» (Ese *Pensamiento Amoroso* que nos convierte en *Mujeres* [y *Hombres*]). < <

[272] Noizet (1996). < <

[273] Noizet (1996. p. 27). <<

[274] <http://es.wikipedia.org/wiki/Novela_rom%C3%A1ntica>.

<<

[275] Anta, José Luis. «Una antropología (imposible) del amor. La novela rosa. La novela rosa y los productos de la cultura de masas» (1996, p. 30). < <

[276] Véase lo que comenta Linda Rebhun sobre el amor como compañerismo en Brasil «The Language of Love in Northeast Brazil, 1995». < <

[277] Noizet (1996, p. 9). <<

[278] *La identidad fatal del enamorado no es otra más que esta: «yo soy el que espera»* (Barthes, 2005, p. 126). <<

[279] *Gran Bretaña, principios de siglo. El joven Maurice (James Willby), al ir a la Universidad, se enamora de Clive (Hugh Grant), uno de sus compañeros de clase. Juntos vivirán un romance que ambos mantendrán oculto por su propia seguridad. Sin embargo, para sentar la cabeza y evitar las habladurías, su novio decide casarse con una joven muchacha. Maurice seguirá manteniendo alguna relación secreta con otros hombres, aunque no serán lo mismo que con su primer amor <http://www.filmaffinity.com/es/film695756.html>.* <<

[280] *Película basada en una novela de John le Carré, publicada en 2000: Justin Quayle (Fiennes) es un diplomático británico destinado en Kenya cuya mujer es asesinada junto a un hombre sospechoso de ser su amante, un activista defensor de los derechos humanos de la región. Quayle decide entonces investigar los asesinatos, y comienza a descubrir mucho más de lo que esperaba <http://www.filmaffinity.com/es/film694609.html>.* <<

[281] A este respecto puede consultarse, por ejemplo, el libro *El Amor y Occidente* de Denis de Rougemont (1986). <<

[282] Dirigida por Niels Arden Oplev (2009). < <

[283] Artículo firmado por Javier Cuartas y publicado en el Suplemento del Domingo el 19 de abril de 2009 <http://www.elpais.com/articulo/cultura/Corin/jamas/dijo/amo/elpepucul/20090418elpepucul_l/Tes>. <<

[284] Le agradezco a Rosa Medina Doménech que me hiciera llegar este artículo. < <

[285] *The Asexual Visibility and Education Network (AVEN) es una red de personas que se definen como asexuales y reivindican la asexualidad como una posibilidad sexual más. Una persona asexual es alguien que no siente atracción sexual. A diferencia del celibato, que es elegido por las personas, la asexualidad es una parte intrínseca de quienes somos. La asexualidad no hace que nuestras vidas sean mejores o peores, simplemente nos hace afrontar unos retos distintos a los de la mayoría de las personas sexuales. Existe una diversidad considerable entre la comunidad asexual; cada persona asexual experimenta cuestiones como las relaciones, la atracción y la excitación de modo diferente. La asexualidad empieza ahora a ser sujeto de investigación científica (<http://www.asexuality.org/home/)>.* <<

[286] Elfriede Jelinek. *Las amantes* (2005, pp. 11-13)
. < <

[287] De Rougemont (1986, p. 178). <<

[288] Catelli; Nora; Gargatagli, Anna. «La pasión barroca como deseo de saber» (1996, p. 37). <<

[289] Pinto, Raffaele. «La figura de la falsa modestia en Gaspara Stampa» (1996). < <

[290] *Ibídem*, pp. 12-14 . < <

[291] *Ibídem*, p. 16. <<

[292] *Ibídem*, pp. 17-19 . < <

[293] *Bahodín Majruh, Sayd. El suidicio y el canto. Poesía popular de las mujeres pastún de Afganistán (2002, p. 19).* <<

[294] Bahodín (2002). < <

[295] *Ibídem*, p. 19. Recordemos que la pasión amorosa ha sido documentada en múltiples sociedades, aunque la vinculación entre pasión, enamoramiento y matrimonio es algo exclusivo de la sociedad occidental moderna. <<

[296] *Ibídem*, pp. 35-36 . < <

[297] Abu-Lughod, Lila. «The romance of resistance: Tracing Transformations of Power Through Bedouin Women» (1990). Pueden verse también su libro *Veiled Sentiments* (1986) y su artículo «Shifting politics in Bedouin love poetry» (1990). < <

[298] Abu-Lughod (1986, pp. 215-221)
. < <

[299] Victoria Burbank (1995), se basa también en esta idea de Abu-Lughod en su análisis de la oposición de los jóvenes aborígenes australianos a los matrimonios concertados, citado en el apartado «La idealización romántica: mirada histórica y transcultural». < <

[300] Foucault (1987). <<

[301] En la década de los ochenta esta forma de poesía deja poco a poco de ser recitada por las mujeres y es cada vez más practicada por hombres jóvenes, que resisten así a los hombres más viejos de sus familias, en un contexto de introducción de la economía de mercado que, al mismo tiempo que da más poder económico a los patriarcas, erosiona la ideología tribal igualitaria que legitimaba la autoridad de los mayores. Y por otra parte, mujeres mayores y niñas, pero también chicos y chicas de las generaciones más jóvenes, encuentran nuevas formas de oponerse a las restricciones que los hombres y los mayores, respectivamente, les imponen. <<

[302] Abu-Lughod (1990a, p. 53). <<

[303] Dolores Sánchez, de la Universidad de Granada, llevó a cabo en su tesis doctoral un análisis de la construcción de la categoría discursiva «la mujer» en el discurso médico del siglo XIX (ver Sánchez, 2003). Subraya esta autora la importancia de dicha categoría en la conformación de la identidad social en una cultura como la occidental que clasifica a las personas en dos entidades sexuales: «La mujer» se entiende, por tanto, como una categoría primaria de catalogación del mundo que nos rodea, es decir, como una variable demográfica *a priori*, de naturaleza ahistórica y que incluye a todas las mujeres (2003, p. 7), que va más allá de la referencia a los genitales. <<

[304] Catelli y Gargatagli (1996, p. 37). <<

[305] Un ejemplo similar sería también el retrato que ofrece de la figura de Hipatia de Alejandría el director de cine Amenábar en su película *Ágora* (2009). < <

[306] *Ibídem*, p. 43. < <

[307] Riera (1988). < <

[308] Tikkanen (1989). < <

[309] Duras (1988). <<

[310] *Ibídem*, p. 19. < <

[311] *Ibídem*, p. 21. <<

[312] *Ibídem*, p. 23. <<

[313] *Ibídem*, p. 51. <<

[314] *Ibídem*, p. 63. < <

[315] *Ibídem*, p. 64. < <

[316] *Ibídem*, p. 67. < <

[317] Tikkanen (1989, p. 108). < <

[318] *Ibídem*, p. 172. <<

[319] Duras (1988, p. 20). <<

[320] *Ibídem*, p. 49. <<

[321] *Ibídem*, p. 19. < <

[322] *Ibídem*, p. 21. <<

[323] *Ibídem*, pp. 21-23. <<

[324] *Ibídem*, p. 58. < <

[325] *Ibídem*, p. 64. < <

[326] *Ibídem*, pp. 67-68 . <<

[327] *Ibídem*, p. 72. < <

[328] *Ibídem*, p. 88. <<

[329] *Ibídem*, pp. 117-118 . <<

[330] Inma Hurtado me da a conocer el caso de Jeanne Rucar, esposa de Luis Buñuel, que tras la muerte de este publicó una autobiografía titulada *Memorias de una mujer sin piano* (1991), escrita en colaboración con la periodista Marisol Martín del Campo. En este libro cuenta aspectos inéditos del célebre director de cine, como sus celos enfermizos y el control acérrimo que ejercía sobre ella. La obsesión de Buñuel era que ella se dedicara exclusivamente a las tareas domésticas; así, y de ahí el título del libro, llegó a regalar el piano de su mujer a un amigo sin pedirle permiso. <<

[331] Duras (2000). <<

[332] Duras (2000, p. 16). <<

[333] *Ibídem*, p. 19. < <

[334] *Ibídem*, pp. 21-22 . < <

[335] *Ibídem*, p. 34. < <

[336] No se puede decir Amor, no se puede decir Belleza. / No se puede decir Solidaridad, no se puede. / Ni árbol ni eureka ni corazón. / Las leyes antiguas han sido olvidadas. / Sin embargo, confieso que siento un escalofrío / cuando oigo de tu boca «mi amor», / sea cierto o sea mentira.

Kirmen Uribe. *Bitartean heldu eskutik* (2002, p. 75).

(Traducción al castellano de Kirmen Uribe y Gerardo Markuleta: <http://www.susa-literatura.com/>.) <<

[337] Mary Wollstonecrañ. *Declaración de los Derechos de la Mujer*, 1792 (en Beck y Beck-Gemsheim, 1998, pp.
102-103)
. <<

[338] Alejandra Kollontai. *Autobiografía de una mujer emancipada* (1976, pp.
121-149)
. Este libro se publicó por primera vez en Alemania en 1927. <<

[339] <http://mujeresparapensar.wordpress.com/2009/06/28/alexandra-kollontai/>. <<

[340] Tcherkézoff, Serge. *Le mythe occidental de la sexualité polynésienne. Margaret Mead, Derek Freeman et Samoa* (2000, p. 1). <<

[341] Véase, por ejemplo. Mead, Margaret. *Adolescencia y cultura en Samoa* (2009). < <

[342] *Ibídem*, p. 98. < <

[343] Hay que citar, de todos modos, la polémica que ha rodeado esta obra, surgida a partir de las graves críticas efectuadas por Derek Freeman (1983), un antropólogo convertido posteriormente en sociobiólogo, que dio lugar a un debate científico de amplio eco social y científico que se desarrolló sobre todo una vez fallecida Mead (véase Tcherkézoff. 2000). <<

[344] De Beauvoir (1998, p. 452). <<

[345] *Ibídem.* <<

[346] *Ibídem*, p. 429. <<

[347] *Ibídem*, pp. 451-452 . <<

[348] *Ibídem*, pp. 459-460 . <<

[349] *Ibídem*, pp. 460-461 . < <

[350] *Ibídem*, p. 464. <<

[351] En los años cincuenta y sesenta, y aunque su obra haya tenido un eco mucho menor que el de Beauvoir, encontramos también autoras feministas que escriben sobre el amor, como María Laffite (Condesa de Campo Alange), que desarrolló su obra en España en plena época franquista (entre 1958 y 1964). Laffite, que ha sido estudiada por Rosa Medina Doménech en el marco del proyecto de investigación que compartimos, critica en sus escritos la concepción científica de la-mujer que sustentan el mito del amor romántico: naturalización y fijismo de mujeres y hombres; diferencialismo biológico; y dicotomía naturaleza/cultura. <<

[352] En el análisis de la influencia del análisis del amor de Beauvoir en el feminismo me estoy basando en Langford (1999). < <

[353] *Ibídem.* <<

[354] Langford (1999, p. 7). <<

[355] Millet, Kate. *Política sexual* (1975. pp. 49-50)
. < <

[356] «Kate Millet: “El amor ha sido el opio de las mujeres”». El País, 21-05-1984 <http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Kate/Millet/amor/ha/sido/opio/mujeres/elpepisoc/19840521elpepisoc_5/Tes/>. <<

[357] Firestone, Shulamit. *La dialéctica del sexo* (1976). <<

[358] *Ibídem*, p. 159. <<

[359] *Ibídem*, p. 186. <<

[360] Weisstbin, Naomi. Los «Informes Hite»: Orientando una revolución ideológica en marcha (2002, pp.
29-46)
. < <

[361] *Ibídem*, pp. 39-40 . < <

[362] Fijémonos, de todas formas, en que mientras el feminismo ha seguido hasta nuestros días, con distintos grados e intensidades, desafiando una ideología de pareja que alberga en sí la semilla de la subordinación, a finales de los 70, en disciplinas como la sociología, se comienza a defender la idea de un proceso de democratización y simetría en la pareja occidental, tesis que alcanzará su cénit con *La transformación de la intimidad*, de Giddens, como hemos visto en el apartado «Ese *Pensamiento Amoroso* que nos convierte en *Mujeres (y Hombres)*». <<

[363] Jónasdóttir (1993). < <

[364] Una dicotomización señalada y criticada, entre otras, por Janet Saltzman (1992). (Me estoy basando en la lectura de Saltzman que hace Raquel Osborne, 1998). <<

[365] En palabras de Saltzman (1992). < <

[366] Un ejemplo serían las teorías marxisto-feministas a lo Heidi Hartmann (1979). < <

[367] Saltzman (1992). < <

[368] Chodorow, Nancy. *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos* (1984) <<

[369] Para el comentario sobre la obra de Jónasdóttir he tenido en cuenta también la reseña sobre su libro escrita por Alicia Puleo (1996). < <

[370] Jónasdóttir (1993, p. 149). < <

[371] Jónasdóttir (1993, p. 53). <<

[372] *El despertar al amor es un despertar a la espiritualidad, leí no sé dónde.* <<

[373] Junto con Heléne Cixous.

Mari Ruti, profesora de Teoría Crítica en la Universidad de Toronto, hacía la siguiente clasificación de los estudiosos del amor en un curso impartido en
2002-2003
en el programa de
Women's
Studies de la Universidad de Harvard: los antiguos (Platón, Diotima…); los místicos (Santa Teresa; Bataille); los freudianos (Freud, Lacan, Kristeva…); los postmodernos (Barthes, Grosz…); los visionarios (Cixous, Irigaray, bell hooks); además de señalar a otros autores que analizan las obsesiones (Nabokov, Mann, Stendhal); las mujeres enamoradas (Austen); el riesgo de las pasiones (Winterson, Lorde) y las conclusiones (Arundhati Roy). <<

[374] Bell Hooks (2001). < <

[375] *Ibídem*, p. XXIX. < <

[376] *Ibídem*, pp. 53. 55, 56. <<

[377] Una disciplina que se ha ocupado del amor en mucha mayor proporción que las ciencias sociales es la psicología (Esteban, Medina y Távora, 2005). Una revisión de las contribuciones de la psicología feminista al estudio del deseo, el amor y la subjetividad femenina es la realizada por Ana Távora en el artículo «El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas» (Esteban y Távora, 2008), *pero las teorías psicológicas han contribuido también a esa construcción social de las mujeres como seres emocionales que impera en nuestra sociedad, un tratamiento cultural y moral con influencia directa en la socialización diferencia de la maternidad o la atención a los otros, y que ha sido considerada por el feminismo como una forma de relegar a las mujeres a posiciones subordinadas (Ibídem, p. 61).* <<

[378] Agradezco a Lourdes Tejera que me llamara la atención sobre este aspecto en el curso sobre el amor y las emociones dentro del Máster en Estudios Feministas y de Género, de la UPV/EHU (abril 2009). < <

[379] Esteban, Medina y Távora (2005). < <

[380] Stolcke, Verena. «¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?» (1992). < <

[381] Véase la referencia de este material así como el manifiesto «El amor no es ciego» en su página web: www.porlosbuenostratos.org
<<

[382] Virginia Woolf. *Al faro* (2003, p. 120). <<

[383] Fina Sanz. *Los vínculos amorosos. Amar desde la identidad en la Terapia de Reencuentro* (1995, pp.
20-21)
. <<

[384] Esteban (2008b, p. 159). <<

[385] Rosaldo (1980). < <

[386] Véase Esteban (2007). <<

[387] Lutz y White (1986). < <

[388] *Ibídem*, p. 427. <<

[389] Lutz (1990, pp.
87-88)
. Lutz alude aquí a las aportaciones de autoras como Arlie Hochschild (1983) y Alison Jagger (1987). < <

[390] *Ibídem*, p. 88. < <

[391] Lutz y White (1986, p. 412). <<

[392] Véase, por ejemplo: Ekman, Paul. *Expression and the nature of emotion* (1984). < <

[393] Fisher, Helen. *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio* (2007). < <

[394] Una revisión crítica de las teorías científicas sobre las relaciones entre hormonas femeninas y emociones puede encontrarse, por ejemplo, en Lutz (1990). < <

[395] Martínez Hernáez, Angel. «Cultura, enfermedad y determinismo médico. La antropología médica frente al determinismo biológico» (2007, p. 13). < <

[396] Lewontin, Rose y Kamin. *No está en los genes* (1990). <<

[397] Martínez Hernáez (2007, p. 15). <<

[398] Véanse a este respecto, por ejemplo, Rosaldo (1984) y Lutz y Abu-Lughod (1990). <<

[399] Véase por ejemplo el razonamiento y las referencias incluidas a este respecto en el blog de Enrique Jimeno Fernández Cardedeu: <http://buenamente.blogspot.com/2009/0 l/de-los-peligros-del-amor-romantico-y_3 0.html)>. <<

[400] Connell (1995). < <

[401] Una crítica específica al constructivismo en el estudio de las emociones puede encontrarse en Reddy, William. «Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions» (1997). <<

[402] Puntos focales de nuestra existencia, en palabras de Robert Solomon (1977). <<

[403] Rosaldo define las emociones como *embodied thoughts, pensamientos encarnados* (1984, p. 143). < <

[404] Hablar de emociones en antropología implica dos niveles de conceptualización. En un primer nivel, más concreto, y en la línea de lo definido desde la psicología y otras ciencias, entenderíamos el sentimiento como una emoción concreta y puntual que se prolonga en el tiempo. Pero en un segundo nivel, más abstracto, que es al que me refiero ahora, las emociones serían configuraciones culturales con distintas dimensiones (sentimiento, cognición, moral, ideología), articuladas entre sí. <<

[405] Lutz (1988). < <

[406] Ver Esteban, Medina y Távora (2005). <<

[407] Bourdieu, Pierre. *Post-scriptum sobre la dominación y el amor* (1999, p. 133). < <

[408] *… Abandonarse al «placer de la decepción» que evocaba Virginia Woolf (y que forma parte sin duda de las satisfacciones a veces subrepticias perseguidas por la sociología), y mantener alejado de la investigación todo el universo encantado de las relaciones amorosas (Bourdieu, ibídem).* <<

[409] Es decir, que involucran siempre el cuerpo. < <

[410] Me inspiro aquí en la revisión que Ignasi Terradas (2002) hace de las teorías en torno al don y la reciprocidad de Marcel Mauss y otros autores, donde apunta que la amistad o el amor superan la concepción clásica de la reciprocidad estricta definida por Mauss «con sus tres fases obligatorias: dar, aceptar y retornar». <<

[411] Esteban. Mari Luz. «Algunas ideas para una antropología del amor» (2007, p. 72). < <

[412] Siempre que, en algún curso o seminario, defiendo que los cuatro elementos que propone Wankowiak como distintivos del amor pasión (idealización, erotización, deseo de intimidad y de proyección en el tiempo) se podrían aplicar a mi entender a cualquier tipo de interacción amorosa, sea cual sea su intensidad y/o tipología, hay alguien que aduce que en todas las relaciones no se da el erotismo. Como he explicado en el capítulo de «Ese *Pensamiento Amoroso* que nos convierte en *Mujeres* (y *Hombres*»), creo que lo que hace que percibamos (o no) como distintas las relaciones amorosas que mantenemos o podríamos mantener, tiene más que ver con las regulaciones individuales, sociales o culturales de estos cuatro elementos que con la presencia o no de los mismos. Regulaciones que irían, por tanto, en un *continuum*, desde una potenciación total (como sucede, por ejemplo, con el erotismo y el deseo en las relaciones de pareja) hasta su no presencia.

En todo caso, estoy entendiendo aquí el erotismo, basándome en Audre Lorde (1978,1997), de una manera amplia: el erotismo como una forma de alegría, de júbilo, de lente de escrutinio y evaluación propia y ajena, una manera de sentir y conectar física, psíquica, emocional e intelectual con los otros/las otras. Que incluye, por supuesto, la posibilidad del deseo sexual. < <

[413] Onfray (2002). <<

[414] *Ibídem*, p. 154. <<

[415] Una existencia debe producir una obra exactamente igual como, a su vez, una

obra debe generar una existencia (*Ibídem*, p. 222). <<

[416] *Ibídem*, p. 26. <<

[417] *Ibídem*, p. 33 <<

[418] *Ibídem*, p. 33 <<

[419] *Ibídem*, p. 57. <<

[420] *Ibídem*, p. 60. <<

[421] *Ibídem*, p. 61. <<

[422] *Ibídem*, p. 155. <<

[423] *Ibídem*, p. 88. < <

[424] *Ibídem*, p. 93. <<

[425] *Ibídem*, p. 186. <<

[426] *Ibídem*, p. 210. <<

[427] Langford (1999). < <

[428] *Ibídem*, p. 140. <<

[429] *Ibídem*, p. 149. <<

[430] *Ibídem*, pp. 152-153 . <<

[431] Pan blanco de harina de trigo que procede de la cocina italiana. < <

[432] Zadie Smith. *Dientes blancos* (2002, p. 537). < <

[433] Feminista que trabaja en el Instituto Asturiano de la Mujer. <<

[434] En el marco de un curso en torno a la salud de las mujeres organizado por Lucía Mazarrasa y Begoña López-Dóriga, de la Escuela Nacional de Sanidad y el Instituto de la Mujer de Madrid, respectivamente, en Baeza, en septiembre de 2008. <<

[435] *Nuestro feminismo bienintencionado puede, contra todo pronóstico, apoyar el discurso alarmista sobre la desestructuración familiar que culpabiliza a las mujeres por irse, que habla del «amor materno» como una especie de remedio mágico que vuelve irrelevante la ausencia de otros recursos, y que realza la capacidad inigualable/innata de las mujeres para cuidar y amar… si se quedan donde deben, «con los suyos»* (Pérez Orozco, 2009, p. 13). <<

[436] En 1993, el lema de las Asambleas de Mujeres de Euskadi para el 8 de Marzo fue «No al servicio familiar obligatorio. Insumisión», y se organizaron charlas y mesas redondas con títulos como: «El cuidado a los demás: trabajo invisible de las mujeres», y «Cuidar a los demás: ¿obligación o elección para las mujeres?». <<

[437] Los contenidos de este subapartado han sido tomados de la ponencia titulada «Feminismo: teoría y práctica. El concepto de género», que presenté en la II Jornada de Trabajo Social (Género y Trabajo Social), celebrada el 2 de abril de 2009 (véase Esteban, 2009b). <<

[438] Maquieira, Virginia. «El IUEM entre dos siglos: Lugares de la memoria y la acción» (2005). <<

[439] Estoy radicalmente en contra de etiquetar a este tipo de planteamientos como post-feminismo/s. < <

[440] Butler entiende el género como un conjunto de actos discursivos y corporales que se repiten continuamente pero son al mismo tiempo transformados. < <

[441] Stolcke, Verena. «La mujer es puro cuento: la cultura del género» (2003). < <

[442] Connell (1995); Esteban (2004). <<

[443] Pero esto no atañiría exclusivamente al cuerpo. Escuché una vez explicar a Esther Ferrer que había sido testigo de una conversación entre feministas en Francia, en la que una mujer africana se había quejado de que en Europa se la considerara negra. «Yo en África no soy negra, es Europa la que me convierte en negra», argumentaba. <<

[444] He desarrollado y profundizado en estas cuestiones en mi libro *de Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio* (2004). Véase también mi artículo más reciente al respecto: «Cuerpos y políticas feministas: el feminismo como cuerpo» (2011). <<

[445] Ángel González (2008, pp. 22-23)
. < <

[446] Ahmed (2004, p. 148). < <

[447] bell hooks (2001, p. XXVIII). <<

[448] Foucault, Michel. *La historia de la sexualidad I. La voluntad de saber* (1987). < <

[449] *Ibídem.* <<

[450] Rubín (1989). < <

[451] *Gagnon, John y Richard Parker. Introducción. Conceiving sexuality. Approaches to Sex Research in a Postmodern World (1995, p. 8).* <<

[452] Rubin (1989, p. 114). < <

[453] Criticada por sus insuficiencias y abusos por las feministas (Osborne, Raquel. «La discriminación social de la mujer en razón del sexo», 1991, p. 168). <<

[454] Osborne (1991). < <

[455] A este nivel en castellano puede consultarse el libro editado por José Antonio Nieto, *Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género* (1998). < <

[456] Rubin, Gayle. «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad» (1989). < <

[457] Rubin (1989, p. 130). < <

[458] *Ibídem.* <<

[459] *Ibídem*, p. 132. <<

[460] Al que nos hemos referido en el apartado de «Ese *Pensamiento Amoroso* que nos convierte en *Mujeres* (y *Hombres*»). < <

[461] Rubin (*ibídem*, p. 142). < <

[462] *Ibídem*, p. 171. <<

[463] Rubin, Gayle. «El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo» (1986). < <

[464] *Ibídem*, pp. 184. 186. <<

[465] Preciado (2002). < <

[466] Técnicas que se basaron por ejemplo en la aplicación de todo tipo de instrumentos para evitar el contacto genital y la masturbación (guantes, hierros, grilletes, cinturones…), así como de vibradores que mediante la provocación del orgasmo pretendían curar la histeria. <<

[467] Pensemos por ejemplo en los artilugios y tratamientos que se han aplicado o aplican a las criaturas con alguna condición intersexual. (Sobre el tratamiento social y médico así como las actividades de las personas afectadas por las llamadas *ADS-Anomalías de la diferenciación sexual*, puede consultarse el artículo de Nuria Gregori Flor: «La experiencia intersexual en el contexto español. Tensiones, negociaciones y microrresistencias» [2009]). <<

[468] Preciado (2002, p. 91). <<

[469] *Ibídem*, pp. 88-89 . < <

[470] *Ibídem*, p. 75. <<

[471] A este respecto Jankowiak señala que cada cultura suelen poner de relieve o el amor o la sexualidad pero suele haber más problemas para integrarlos (1995, p. 3). <<

[472] Me inspiro aquí en el análisis que Preciado (2002, pp. 60-61)
hace de la crítica de Teresa de Lauretis (1994, p. 220) al heterocentrismo de autores como Lacan, a partir de la película de Sheila MacLaughlin, *She Must Be Seeing Things* (1987). La protagonista de este film. Agatha, en una crisis de celos visita un *sex-shop*
y compara la muñeca hinchable con el dildo, lo que le permite confrontarse con el imaginario heterosexual, *quitarse de encima el peso del falo y comenzar a comprender lo que es el lesbianismo «viendo» que la heterosexualidad se reduce a muy pocas «cosas»* (Preciado, *ibídem*). De Lauretis reivindica así el dildo, en tanto que lugar estratégico entre el falo y el pene, como un instrumento de confrontación crítica y ruptura epistemológica. < <

[473] En esta línea, Tamsin Wilton, en su libro *Des-orientación sexual* (2005), propone como método para mejorar la comprensión del deseo, la preferencia y la intimidad sexual, la exploración de las trayectorias de las personas desde la infancia, que incluyen en la mayoría de los casos anhelos y aproximaciones carnales al margen del sexo de las personas, se acabe de adultos en relaciones heterosexuales o lesbianas; así como de las vivencias de mujeres heterosexuales que se han implicado posteriormente en relaciones sentimentales con otras mujeres. <<

[474] Preciado (2002). < <

[475] Véase a este respecto Esteban (2009a). <<

[476] Ahmed (2004). < <

[477] *Ibídem*, pp. 144-155. <<

[478] Beck y Beck-Gemsheim (1995. p. 293). < <

[479] Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso* (2005, p. 183). <<

[480] Pérez Orozco, Amaia. *Cadenas globales de cuidados, preguntas para una crisis* (2009, p. 11). Por «cadenas globales de cuidados» entiende Pérez Orozco, *los entrelazamientos de hogares que se conforman con el objetivo de garantizar cotidianamente los procesos de sostenibilidad de la vida y a través de las cuales los hogares se transfieren cuidados de unos a otros* (*Ibídem*). <<

[481] Ahmed (2004). < <

[482] En las sociedades europeas y norteamericanas el símbolo principal del parentesco es la sangre, junto con los hechos biológicos de la reproducción. Compartir la misma sangre (además de los lazos de alianza) es lo que te convierte en pariente. Pero en otras sociedades lo que comparte pueden ser otro tipo de prácticas o elementos comunes como la alimentación, la residencia, la tierra, el patrimonio…

Véase, por ejemplo, Schneider, David M., *A Critique of the Study of Kinship* (1984). < <

[483] En el marco de un curso de verano de la UPV/EHU que llevaba por título «El cuidado, una necesidad social ¿reconocida?», organizado por Emakunde los días 20 y 21 de julio de 2007. <<

[484] Lamas, Marta. «De la Identidad a la Ciudadanía. Transformaciones en el imaginario político feminista» (2000). <<

[485] En el País Vasco esta experiencia existe, por ejemplo, en Ermua (Bizkaia) y en Eibar (Gipuzkoa). La moneda utilizada es la hora de tiempo que sirve para cualquier tipo de servicio, desde cuidados de criaturas o mayores, a reparaciones domésticas, transporte en coche, masajes o informática. (Véase auzopolis.net).

Distintas experiencias de trueque están recogidas en <http://www.acambiode.com/noticias/banco_del_tiempo_en_eibar.cfm>.

<<

[486] <http://www.acambiode.com/noticias/banco_del_tiempo_en_eibar.cfm>. <<

[487] Arenal, David. Bancos de tiempo para compartir. Experiencias de trueque: análisis de las prácticas de intercambio de conocimientos (rebelión.org) <http://www.eumed.net/cursecon/libreria/sh-trueque/8.1.htm>. <<

[488] Bauman (2009. pp. 94. 96). <<

[489] Arenal (*Ibídem*). < <

[490] Fraser, Nancy. *Escalas de la justicia* (2008). < <

[491] Fraser. Nancy. «¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era “postsocialista”» (2000). <<

[492] *Ibídem*, p. 55. < <

[493] Entrevista con Nancy Fraser: la justicia como redistribución, reconocimiento y representación. *Barcelona Metrópolis*. Revista de información y pensamiento urbanos. <http://www.barcelonametropolis.cat/es/page.asp?id=21 &ui=1 81>.

<<

[494] *Se entiende por prestigio u honor social el reconocimiento de una excelencia cuya valoración se hace mediante la aplicación de una gama amplia de referentes. El prestigio abarca distintas cualidades y se concentra con un peso diferenciado entre las personas y grupos que actúan en una sociedad. Es decir, que está directamente implicado en la reproducción y transmisión del sistema y en la organización del status o posiciones estructurales que existen en el mismo* (del Valle, 2002, p. 29). <<

[495] Mauss, Marcel (1991). < <

[496] Es decir, fenómenos sociales que sirven para explicar la cultura en su conjunto, pero que requieren para su comprensión de un análisis desde las diversas dimensiones: economía, política, religión, salud… < <

[497] La obligación continuada de dar, recibir y devolver estructuraría la sociabilidad. < <

[498] Terradas, Ignasi. «Acerca de un posible malentendido sobre la obligación de la reciprocidad» (2002b, p. 114). <<

[499] *Ibídem*, p. 130. <<

[500] Terradas (2002b, pp. 134-135)
. < <

[501] Terradas (2002a, pp. 206-208)
. < <

[502] *Ibídem*, p. 211. <<

[503] Luce Irigaray. *Amo a ti. Bosquejo de una felicidad en la historia* (1994, pp.
149-150)
. <<

[504] *Ibídem*, p. 159. <<

[505] *Ibídem*, p. 165. <<

[506] *Ibídem*, p. 166. <<

[507] *Ibídem*, p. 167. <<

[508] *Ibídem*, p. 169. <<

[509] *Ibídem*, p. 171. <<

[510] *Ibídem*, p. 176. <<

[511] Vuelvo otra vez a Ahmed (2004). < <

[512] EL AMOR: / La equidistancia, el miedo al vacío / que empareja dos soledades (Irastortza, Tere. *Derrotaren Fabulak*, 1986, p. 33). <<

[513] Las entrevistas a las mujeres se llevaron a cabo entre noviembre de 2005 y julio de 2006. Las entrevistas a los hombres entre noviembre de 2006 y enero de 2007. < <

[514] Agradezco a Ignasi Terradas sus comentarios a este respecto. <<

[515] Los *gaztetxes* son locales para jóvenes gestionados por ellos, que suelen estar en locales o edificios ocupados. < <

[516] Todos los nombres de las personas entrevistadas son ficticios.
<<

[517] Woolf, Virginia. *La señora Dalloway* (2006, p. 123). < <

[518] De ahora en adelante utilizaré la cursiva para mis comentarios sobre las personas entrevistadas y los contenidos de las entrevistas. <<

[519] En Ruti, Mari. «On Love: Gender, Sexuality, Identity». Harvard University Commitee on
Women's
Studies. Programa de curso.
2002-2003
. Algunas autoras que Ruti califica como visionarias son Helen Cixous, Luce Irigaray y bell hooks. < <

[520] Escritora nicaragüense. < <

[521] De Beauvoir, Simone. *El Segundo Sexo* (1998, p. 458). <<

[522] bellhooks, 2001, p. 140. <<

[523] Berta es otra de las entrevistadas en este estudio. < <

[524] Marión Zimmer Bradley es una escritora norteamericana de ciencia ficción ya fallecida, que a partir de la década de los setenta se hizo famosa por el éxito de más de veinte novelas de su serie *Darkover*. <<

[525] La letra de *Ojalá* se puede encontrar en el apartado «Mapas amoroso sonoros: seguimientos y resistencias». < <

[526] Fromm, Erich. *El arte de amar* (2000). < <

[527] Película de 2005, dirigida por Fernando Meirelles. < <

[528] Se refiere a la canción *La distancia*, del cantante brasileño Roberto Carlos:

Nunca más oíste tú / hablar de mí / en cambio yo seguí/ pensando en ti / en toda esta nostalgia que quedó / tanto tiempo ya pasó / y nunca te olvidé

Cuántas veces / yo pensé volver / y decirte de mi amor / nada cambió / pero mi silencio /fue mayor / y en la distancia / muero día a día / sin saberlo tú

El resto de ese / nuestro amor quedó / muy lejos olvidado para ti / viviendo en el pasado / aún estoy / aunque todo ya cambió / sé que no te olvidaré

Cuántas veces / yo pensé volver / y decirte de mi amor / nada cambió / pero mi silencio /fue mayor / y en la distancia / muero día a día / sin saberlo tú

Pensé dejar de amarte / de una vez /fue algo tan difícil /para mí / si alguna vez mi amor /piensas en mí/ ten presente al recordar / que nunca te olvidé

Cuántas veces / yo pensé volver / y decirte de mi amor / nada cambió / pero mi silencio/fue mayor / y en la distancia / muero día a día / sin saberlo tú

Cuántas veces / yo pensé volver / y decirte de mi amor / nada cambió / pero mi silencio /fue mayor / y en la distancia / muero día a día / sin saberlo tú. <<

[529] Leído en uno de los textos de la exposición del Museo de Oteiza de Alzuza (Navarra). <<

[530] Barbery, Muriel. *La elegancia del erizo* (2006, p. 310). < <

[531] *Pollyatina es una novela de Eleonor H. Porter publicada en el año 1913. La historia cuenta sobre una niña llamada Pollyanna, huérfana de padre y madre que es enviada a vivir con su estricta Tía Polly. Pollyanna, educada con optimismo por parte de su padre, usa el juego de encontrar el lado bueno de cualquier situación para alegrar la vida de todos los que la rodean, empezando por su Tía Polly, el Señor Pendleton, un hombre solitario y la señora Snow, deprimida por su enfermedad que la obliga a permanecer en cama. El libro fue un éxito en cuestión de días y añadió un nuevo término al diccionario del lenguaje inglés, pollyanna se usa para describir a una persona que es optimista de manera exagerada. En 1915, Eleonor H. Porter publicó una secuela a su novela, Pollyanna Grows Up y esta resultó igual de exitosa <http://es.wikipedia.org/wiki/Pollyanna>.* <<

[532] Película dirigida por William Nicholson, en 1997. < <

[533] Dirigida por Michael Curtiz en 1942. < <

[534] Una película musical inspirada en los años 50, y rodada en 1978 en Estados Unidos bajo la dirección de Randal Kleiser. <<

[535] Primera novela de Leopoldo Alas «Clarín», publicada en dos tomos, en 1884 y 1885. Está considerada como la obra cumbre de su autor y de la novela española del siglo XIX. <<

[536] Novela escrita por Gustave Flauvert y publicada en 1857. <<

[537] *Let it Be* (Déjalo estar) es una conocidísima canción de los Beatles compuesta por Paul McCartney que salió a la venta en 1970 en un disco con el mismo nombre. McCartney dijo que había compuesto esta canción porque había soñado con su madre, fallecida cuando él tenía 14 años, mientras grababan el disco en un ambiente de fuertes discusiones <http://es.wildpedia.org/wiki/Let_It_Be_(canci%C3%B3n)>. <<

[538] Véase Dio Bleichmar, Emilce. *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer (1998).* < <

[539] Murakami, Haruki. *Sputnik, mi amor* (2008, p. 249). < <

[540] Se refiere a José Luis Martín Vigil, escritor y sacerdote, autor de *La vida sale al encuentro o Sexta Galería*, entre otros, libros que fueron una referencia para una generación de adolescentes. <<

[541] Novela del escritor británico D.H. Lawrence, publicada en 1928. <<

[542] Sobre el tema de la transición entre relaciones heterosexuales y lesbianas, pueden consultarse: Kitzinger, C.; Wilkinson, S. «Transitions From Heterosexuality to lesbianismo: The Discursive Production of Lesbian Identities» (1995); Wilton, Tamsin. (*Desorientación sexual: género, sexo, deseo y automodelación* [2005]; y Coria. C.; Freixas, A.; Covas, S. *Los cambios en la vida de las mujeres. Temores, mitos y estrategias* [2005]). < <

[543] Veáse, por ejemplo. Coria (2001). < <

[544] Rudman LA & Phelan JE (2007). *The interpersonal power of feminism: is feminism good for romantic relationships? Sex Roles* (DOI 10.1007M1199-007-9319-9).

Véase <http://www.sciencedaily.com/releases/2007/10/071015102856.htm>. < <

[545] Jeannette Winterson. *La Pasión* (2007, pp. 210-212)
. < <

[546] Se refiere a la Asamblea de Mujeres de Bizkaia-Bizkaiko Emakumeen Asanblada. < <

[547] Se refiere al libro de Francesco Alberoni, *Enamoramiento y amor* (1988). < <

[548] Se refiere al libro de Pauline Réage (1995). < <

[549] Película dirigida en 1976 por Nagisa Oshima. < <

[550] Dirigida en 1972 por Bernardo Bertolucd. <<

[551] Del disco *Cuando digo futuro* (1977):

Le he preguntado a mi sombra/ a ver cómo ando para reírme, /mientras el llanto, con voz de templo, /rompe en la sala /regando el tiempo. /Mi sombra dice que reírse /es ver los llantos como mi llanto, / y me he callado, desesperado /y escucho entonces: / la tierra llora. / La era está pariendo un corazón, / no puede más, se muere de dolor / y hay que acudir corriendo / pues se cae el porvenir / en cualquier selva del mundo, /en cualquier calle. /Debo dejar la casa y el sillón, /la madre vive hasta que muere el sol, / y hay que quemar el cielo si es preciso / por vivir, /por cualquier hombre del mundo, /por cualquier casa. <<

[552] Desfile de Carnavales, en Bilbao, donde participan las mismas comparsas de la *Aste Nagusia* (Semana Grande) en fiestas de Bilbao. <<

[553] Una de las bibliotecas de Bilbao donde se organizan habitualmente conferencias y jornadas. < <

[554] Se refiere a las III Jornadas Feministas de Euskadi, que se celebraron en el Campus de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU) en diciembre de 1994. <<

[555] Se refiere al Teatro Arriaga, situado en el centro de Bilbao, en el Arenal, que tenía por aquel entonces una cafetería en la parte inferior del edificio. <<

[556] Película de 1999. < <

[557] El relato de Amaia y el de Begoña (el siguiente), me han servido de base para el artículo «Identidades de género, feminismo, sexualidad y amor: los cuerpos como agentes» (Esteban, 2009a). <<

[558] Riera, Carme. *Cuestión de amor propio* (1988, p. 51). < <

[559] Winterson, Jeannette. *La pasión* (2007, p. 92). < <

[560] De Rougemont, Denis. *El amor y Occidente* (1986, p. 156). <<

[561] Semanario francés de actualidad que publicó su primer número en 1964. < <

[562] «A coscorrón limpio», en euskera. < <

[563] Novela escrita por Gustave Flaubert y publicada por primera vez en 1857. <<

[564] Escrita por Sthendal y publicada en 1830. <<

[565] *Il avait de grands yeux très clairs / Où parfois passaient des éclairs / Comme au ciel passent des orages. / Il était plein de tatouages / Que jamais très bien compris. /Son cou portait: “Pas vu, pas pris.” /Sur son coeur on lisait: “Personne” /Sur son bras droit un mot: “Raisonne”. / {Refrain:} / pas son nom, je rien. / Il aimée toute la nuit, / Mon légionnaire! / Et me laissant à mon destin, /Il est parti dans le matin / Plein de lumière! /Il était mine», il était beau, /Il sentait bon le sable chaud, / Mon légionnaire! / Y avait du soleil sur son front / Qui mettait dans ses cheveux blonds / De la lumière! / Bonheur perdu, bonheur enfui, / Toujours je pense à cette nuit / Et de sa peau me ronge. / Parfois je pleure et puis je songe / Que était sur mon coeur, / dû crier mon bonheur… /Mais je n’ai rien osé lui dire. / peur de le voir sourire! /{Refrain} /On trouvé dans le désert. /Il avait ses beaux yeux ouverts. / Dans le ciel, passaient des nuages. / Il a montré ses tatouages / En souriant et il a dit, /Montrant son cou: “Pas vu, pas pris” /Montrant son cou: “Ici, personne.” / Il ne savait pas… Je lui pardonne. / pourtant que le destin / Me un beau matin /Mon légionnaire, / irait seuls tous les deux / Dans quelque pays merveilleux /Plein de lumière! / Il était mine», il était beau, / On mis sous le sable chaud /Mon légionnaire! / Y avait du soleil sur son front/Qui mettait dans ses cheveux blonds / De la lumière! <http://www.coveralia.com/letras/mon-legionnaire-edith-piaf.php>.*

j’ai
J’sais
n’sais
d’iui
m’a
l’envie
lorsqu’il
J’aurais
J’avais
l’a
J’rêvais
ramèn’rait
Qu’on
s’en

l'a

<<

[566] Cantante francesa de vida trágica y musa del existencialismo.
<<

[567] Cantante egipcia de origen italiano que desarrolló su carrera profesional en Francia. < <

[568] Opera de Giacomo Puccini, estrenada por primera vez en febrero de 1914 en Milán. <<

[569] Personaje de ficción y protagonista de la novela *Rojo y Negro* de Stendhal, publicada en 1830. <<

[570] «Honesto» en euskera. < <

[571] Obra feminista publicada en 1929. <<

[572] Comedia de Pedro Muñoz Seco, estrenada por primera vez en 1918. <<

[573] Se refiere a Stieg Larsson, escritor de la trilogía *Millenium*. <<

[574] Preciado, Beatriz. Lisbeth Salander. «¿Icono antifeminista o heroína queer?» (2009. p. 17). <<

[575] Palabra que viene del inglés *to bind*, maniatar, y que se utiliza para denominar a los juegos sexuales que incluyen la acción de atar o ser atados. < <

[576] Sobre la cultura feminista femme, véase el artículo: Dahl, Ulrika. *El baúl de los disfraces: un manifiesto femme-inista* (2005).

Dentro del lesbianismo el par *butch-femme* se refiere a una pareja de lesbianas, una «masculina» y la otra «femenina» (la femme). Los orígenes de esta identidad no están claros aunque parecen remontarse al siglo XIX. <<

[577] Película dirigida por Randal Kleiser en 1980. <<

[578] Chocha, abobada, en euskera. <<

[579] Película dirigida por Sharon Maquire en 2001. < <

[580] Este curso, titulado «Sexualidad: edades, discurso y vivencias», que duró una semana e incluyó ponencias y talleres, fue organizado por los antropólogos José Ignacio Pichardo y Maribel Blázquez. Mi intervención llevó por título «El amor y la sexualidad como ámbitos separados pero interrelacionados». <<

[581] Dumas, Alexandre. *La dama de las camelias* (2004, p. 157). <<

[582] Se refiere a la Asamblea de Mujeres de Bizkaia/Bizkaiko Emakumeen Asanblada. < <

[583] Un bar de ambiente lesbiano de Bilbao. < <

[584] Otro bar de ambiente lesbiano de Bilbao. < <

[585] Es llamativa esta alusión a la disminución del deseo con la menopausia manifestada también en alguna otra entrevista, algo que científicamente no está demostrado y que, en los casos en los que ha aparecido, da la impresión de servir más bien para hablar de ciertos cambios en las relaciones sexuales dentro de una pareja estable o para justificar la ausencia de deseo respecto a alguien. <<

[586] Denis de Rougemont (1986, p. 53). <<

[587] Luisgé Martín. *Los amores confiados* (2005, p. 35). < <

[588] Los Pecos, un dúo musical español, integrado por dos hermanos, Francisco Javier, «el rubio», y Pedro José Herrero Pozo, «el moreno», que tuvo mucho éxito en los últimos años de la década de 1970 y los primeros de la de 1980. < <

[589] *Háblame de ti, de la libertad/Si las clases te aburren, hacia donde vas /Háblame de ti, de la soledad / Si has hablado con ella, o te cae muy mal / Háblame de ti, háblame de ti / Y cuéntame si tú, has podido ver / Al silencio llorando cada atardecer / Háblame de ti, quiero conocer / Si comprendes que el amor es todo / Si me acompañas cuando yo estoy solo / Si me sonríes cuando vengo a verte / Si comprendes que eres tu mi gente / Háblame de ti, de tu ansiedad / De la eternidad, si fuera verdad/Por dejar de sentirme en soledad / Para hacerme tuyo / Yo quisiera ser, parte de tu piel / Tono de tu voz, agua de tu ser / Y dejar de sentir en soledad / Para hacerme tuyo / Háblame de ti, te hablare de mí/Romperemos el miedo que nos da el amor / Háblame de ti, quiero conocer / Si comprendes que el amor es todo / Si me acompañas cuando yo estoy solo/Si me sonríes cuando vengo a verte / Si comprendes que eres tu mi gente / Háblame de ti, de tu ansiedad / De la eternidad, si fuera verdad / Por dejar de sentirme en soledad / Para hacerme tuyo / Yo quisiera ser, parte de tu piel / Tono de tu voz, agua de tu ser / Y dejar de sentir en soledad/Para hacerme tuyo / Háblame de ti, Háblame de ti, / Háblame de ti, Háblame de ti, / Háblame de ti. Háblame de ti. <http:// www.musica.com/letras.asp?letra=700014>.* <<

[590] Connell, Robert W. *Bodies*
Men's
(1995). < <

[591] Tanto la entrevista de Jone, como la de Eider, Galder y Edurne, que vienen a continuación, fueron realizadas en euskera, pero al final he decidido poner directamente las traducciones al castellano hechas por mí. <<

[592] Beck y Beck-Gernsheim (1998, pp. 28. 119). < <

[593] Coria (2001, pp. 84-85). <<

[594] Asamblea de Jóvenes, en euskara. < <

[595] Majos, nobles, en euskara. < <

[596] Se refiere al *Informe Hite* sobre la sexualidad femenina, publicado en 1976. <<

[597] De ETA-PM (político-militar). < <

[598] La parte del País Vasco que está en el Estado francés. <<

[599] Una marca de tabaco. < <

[600] Tren de Alta Velocidad. < <

[601] Uno de los sindicatos agrarios del País Vasco. < <

[602] Rekaldeberri, un barrio de Bilbao (Bizkaia). < <

[603] Ingreso mínimo de inserción. < <

[604] *En el 47 por ciento de las relaciones, la única manera de llegar a una comunicación verbal auténtica es hacer que una pelea estalle (…) Algunas dicen que la práctica del sexo facilita, a menudo, una cierta comunicación (Hite, 2002, p. 67).* <<

[605] Me viene a la memoria lo que me decía Ainhoa, otra de las entrevistadas. Ella pensaba que nuestra generación había tenido momentos para la seducción, momentos para el trabajo, momentos para… pero que las chicas jóvenes de ahora tienen la obligación de ser sexys y estar vestidas y preparadas para la seducción a cualquier hora del día. < <

[606] *Al faro*, obra de Virginia Woolf. < <

[607] Otra obra de Virginia Woolf. < <

[608] Antonio Muñoz Molina. *El País* (Suplemento Babelia), 19-07-2008 <http://www.elpais.com/articulo/semana/Alguien/sabe/elpepuculbab/20080719elpbabese_7/Tes>. <<

[609] Szabó, Magda. *La puerta* (2006, p. 164). < <

[610] Osborne, Raquel (2008, p. 190). <<

[611] Enseñanza Secundaria Obligatoria. < <

[612] «Estudiantes abertzales», sindicato estudiantil de la izquierda abertzale. < <

[613] El euskara tiene dos modalidades verbales para el trato entre dos personas: el *hika* y el *zuka*. El primero, que no se utiliza en todos los sitios, se refiere a la relación entre iguales (hermanos, amigos…) y se diferencia cuando se habla a un chico o con una chica. En grupos mixtos supone un problema porque normalmente se utiliza la forma masculina. <<

[614] Las txosnas son tabernas improvisadas que se colocan en los recintos festivos, lo que en otros lugares se denomina casetas. <<

[615] Película dirigida por John Duigan en 1991. < <

[616] Cantautora vasca. < <

[617] Grupo vasco. < <

[618] Adiós amigo/a, en euskara. < <

[619] Un tipo de acordeón que se toca sobre todo en música popular.
<<

[620] Grupo vasco de música rock. < <

[621] Se refiere a *El lago azul*. <<

[622] Se refiere al partido Izquierda Unida/Ezker Batua. <<

[623] Se refiere a que era negra. < <

[624] Pequeña, en euskera. < <

[625] *Toda la vida buscando tu media naranja / toda la vida sin saber que tú eres una fruta completa / sigue buscando tu media naranja/pero tienes que saber que a pesar de buscar y buscar / nunca la encontrarás.* <<

[626] Releyendo las entrevistas de Eider y Galder recuerdo y busco un fragmento del libro *Una mujer en Berlín* (Anónima, 2005, pp. 220-221)
:

Mientras tanto nos pusimos a comentar el tema del alcohol. El señor Pauli había oído decir que se había dado la instrucción a las tropas alemanas combatientes de no destruir nunca las provisiones de alcohol, sino de dejárselas al enemigo perseguidor, porque la experiencia mostraba que el alcohol les hacía demorarse y mermaba además su fuerza combativa. Bah, eso son burradas de hombres, disparates maquinados por hombres para hombres. Tendrían que pararse dos minutos a reflexionar que el aguardiente excita los sentidos y potencia enormemente los sentidos. Estoy convencida de que sin tanto alcohol como el que encontraron esos muchachos por todas partes, no habría habido ni la mitad de las violaciones que se produjeron. Estos hombres no son casanovas. Tienen que creerse ellos mismos capaces de cometer todo tipo de acciones atrevidas. Pero antes deben acabar con sus inhibiciones. Ellos mismos lo saben, o lo barruntan. De lo contrario no irían tan desesperados por encontrar alcohol. En la próxima guerra que se haga estando de por medio mujeres y niños (para cuya protección supuestamente partían los hombres a la guerra en otros tiempos), antes de la partida de las tropas habría que tirar a la cloaca hasta la última gota de bebidas excitantes, habría que hacer saltar por los aires las bodegas de vino, las destilerías de cerveza. O por mí, que se organizara con ellas la víspera de la partida una noche de juerga para la gente del bando propio. Mientras haya mujeres al alcance del enemigo, fuera el alcohol.

Recuerdo también el juicio con jurado popular que se celebró en 2009 por el asesinato de Nagore Lafagge un año antes en Iruñea, durante la fiesta de los sanfermines. Uno de los motivos de escándalo alrededor de este juicio fue, precisamente, que se considerara un atenuante el hecho de que el hombre que confesó haber cometido el crimen hubiera actuado bajo los efectos del alcohol. <<

[627] Tikkanen, Marta. *La historia de amor del siglo* (1989, p. 141).
<<

[628] La parte norte del País Vasco bajo la administración francesa.
<<

[629] De Gioconda Belli, escritora nicaragüense. < <

[630] Rabieta, en euskera. < <

[631] Película interpretada por Geena Davis y Matthew Modine y dirigida por Renny Harlin en 1995. < <

[632] Langford (1999). < <

[633] Bucay, Jorge. *Déjame que te cuente* (2002). < <

[634] Referencia a la película *El último mohicano*, dirigida por Michael Mann, en 1992, y basada en la novela de aventuras del estadounidense James Fenimore Cooper. < <

[635] Langford (1999, p. 19). <<

[636] Solo tres de las quince mujeres entrevistadas eran madres, y uno de los tres hombres, padre. Además, algunas de las entrevistadas/os conocían previamente que el tema principal de la investigación era el amor sexual. Todo ello ha podido influir para que hayan dado prioridad al amor de pareja en sus discursos. <<

[637] Bell Hooks (2001, pp. 17. 133, 134). < <

[638] Como los de Hite (2002) o Langford (1999). < <

[639] Candan, Francesca. *Love in America* (1987, p. 77). < <

[640] Ian McEwan retrata magníficamente en su novela *Chesil Beach* (2008) —la historia de un hombre y una mujer que no sabe cómo afrontar su noche de bodas—, la puritana sociedad inglesa de comienzos de los años sesenta, donde las parejas no hablaban todavía sobre dificultades sexuales. Las convulsiones sociales que se generarán durante toda esa década, tanto en Inglaterra como en el resto de Europa, irán propiciando también otra manera de entender la comunicación amorosa y sexual, como queda reflejado en las experiencias de nuestras informantes; un proceso que no deja de tener sombras. <<

[641] Véanse, por ejemplo. Rincón (2001), Amurrio. Larrinaga, Usategi y del Valle (2008), y Cantera. Estébanez y Vázquez (2009). <<

[642] *Tomo este concepto de «emergente» del libro coordinado por Teresa del Valle, Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género (2002), tomado a su vez de Raymond Williams (1997, p. 145). Lo emergente abarcaría tanto los nuevos significados y valores, nuevas éticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente, como aquellos elementos que son alternativos o de oposición. Pero es extremadamente difícil en muchos casos distinguir en el análisis los elementos nuevos, pero que no serían más que parte de una nueva fase de la cultura dominante, de aquellos que son específica y claramente alternativos, es decir, que se oponen a dicho sistema* (en del Valle et al., 2002. p. 31). <<

[643] Del Valle, Teresa. «Mujer y nuevas socializaciones: su relación con el poder y el cambio» (1992/93). < <

[644] Véase, por ejemplo, el libro de Carmen Alborch. *Solas* (1999).
<<

[645] Alberoni, Francesco. *Enamoramiento y amor* (1986). <<

[646] Fromm, Erich. *El arte de amar: una investigación sobre la naturaleza del amor* (2000). < <

[647] Coria, Clara. *El amor no es como nos contaron… Ni como lo inventamos (2001).* < <

[648] Langford (1999). < <

[649] bell hooks (2001). < <

[650] *Ibídem*, p. 7. <<

[651] Entrevista realizada por Juan Cruz a John Berger, publicada en *El País Semanal*, suplemento del diario *El País* del sábado 31 de diciembre de 2005, pp.
12-18
, con motivo de la publicación de su novela *Aquí nos vemos*. < <

[652] Versiones anteriores de los contenidos de este apartado fueron presentados en el I Congreso Internacional de Cultura y Género: la Cultura en el Cuerpo (Elx, Alicante,
11-13
noviembre 2009), y en la Jornada de Ankulegi, Emozioen antropología/Antropología de las emociones (Donostia-San Sebastián.
16-17
abril 2010). < <

[653] Ver la crítica a su libro *Las herencias* (2008), escrita por Javier Rodríguez Marcos, en el suplemento Babelia de *El País* (17-01-09, p. 13). < <

[654] Lutz y White (1986, p. 405). <<

[655] Bolton, Ralph. «Tricks, friends, and lovers». Erotics encounters in the field (1995, p. 162). < <

[656] Connell (1995). < <

[657] *Para que puedan ser utilizados, nuestros sentimientos eróticos deben ser reconocidos* (Lorde, 1978; en Kulick, 1995, p. 22). *La sugerencia es que si nos centramos en ella y la ponemos a trabajar, la subjetividad erótica del/de la etnográfo/a «puede» ser epistemológicamente productiva* (Kulick. 1995, p. 23). *¿De qué tenemos miedo? ¿Asumimos que un/a antropólogo/a que se implica sensualmente o sexualmente en el campo ya no puede pensar con claridad?* (Altork, 1995;120).

El libro *Taboo. Sex. Identity, and erotic subjectivity in anthropological fieldwork* (1995), editado por Don Kulick y Margaret Willson, recoge diferentes artículos acerca de las emociones surgidas en el trabajo de campo, incluido el deseo sexual. Véase, por ejemplo, el artículo de Kate Altork. «Walking the fire line» (1995, pp.
107-139)
, donde además de describir su propia experiencia en su trabajo de campo con bomberos, reflexiona sobre la necesidad de reconocer la presencia de emociones ambivalentes durante la investigación y la pertinencia de las etnografías reflexivas y apasionadas. <<

[658] Ackerman, Diane. *A Natural History of the Senses* (1990, p. 291). Ackerman hace referencia en esta cita a la interpretación que hace Rimbaud del poder de la sinestesia. < <

[659] *En esta nueva novela, Gopegui hace que el rock no sea una música de fondo. Aquí el rock es un lugar. Un territorio esencial*, escribe J. Ernesto Ayala-Dip respecto a la novela *Deseo de ser punk*, de Belén Gopegui (Anagrama, 2009) (El País Babelia. 5 de septiembre de 2009, p. 8). <<

[660] Esta idea de la construcción de la experiencia vital la tomo de la exposición que Cristina Larrea hizo, en el marco de un Congreso sobre Universidades Saludables (Iruñea, octubre de 2009), acerca de sus clases de metodología en la Universitat de Barcelona con profesionales de la sanidad o del trabajo social que tenían que «reconvertirse» en antropólogos. <<

[661] Geurts, Kathryn Linn. «On embodied consciousness in Anlo-Ewe
words. A cultural phenomenology of the fetal position» (2003). < <

[662] Csordas, Thomas J. «Somatic modes of attention» (1993). < <

[663] Véase lo que dicen a este respecto Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock en su artículo «The mindful body. A prolegomenon to future work in medical anthropology» (1987). < <

[664] Strathern, Marilyn. *Partial Connections* (1991, p. 39). <<

[665] Haraway (1991, p. 339). <<

[666] Kulick, Don. «Introduction. The sexual life of anthropologists: erotic subjectivity and ethnographic work» (1995, p. 18). <<

[667] Spanbauer es autor de novelas como *El hombre que se enamoró de la luna* (2007) o *Ahora es el momento* (2007). Sobre su planteamiento literario puede leerse la entrevista titulada «Encuentro la verdad mintiendo sobre ella» (*El País*, suplemento Babelia, 5/5/2007). <<

[668] Sanz (1995, p. 103). <<

[669] Freud, Sigmund. *Duelo y melancolía* (1917). < <

[670] Foldényi, László. *Melancolía* (1996, p. 330). <<

[671] Ruti, Mari. «From Melancholia to Meaning: How to Live the Past in the Present» (2005). < <

[672] Sarrionandia, Joseba. *Ni ez naiz, hemengoa* (1985, p. 174). En su reflexión sobre la melancolía, el escritor Joseba Sarrionandia se basa en un ensayo de Txomin Peillen sobre la obra de Jon Mirande (publicado en el número 3 de la revista *Maiatz*), todos ellos escritores en euskera. <<

[673] *Ibídem*, p. 174. Traducción propia. <<

[674] De Marguerite Duras, una autora que hemos tomado como referencia en algunas partes de este libro, dice Julia Kristeva que es especialista en figuras femeninas melancólicas desde *una fascinación algo complaciente por la disolución y los abismos* (Véase la entrevista realizada a Kristeva por Dominique Gibault, en el número 20 de la revista *Zona Erógena*: <http://www.herreros.com.ar/melanco/kristeva.htm)>). <<

[675] Geurts (2003). < <

[676] Sartre (1999). < <

[677] El desorden que no cesa de amenazar al orden es la fuente de la melancolía que ataca la vida en sus cimientos; pero como tarde o temprano todo se confunde, el des-orden no es tanto causa de la melancolía, sino consecuencia: el propio ser humano, encallado en el orden, rompe las cadenas de este cuando topa con la melancolía (…) Más allá de cierto punto, el orden deja de ser un sistema práctico y se convierte en una prisión insoportable (*Foldényi, 1996, pp.*
328-329
). < <

[678] Weisstbin (2002, p. 45). < <

[679] El arquitecto Guillermo Vázquez Consuegra, en una entrevista concedida al diario *El País* (suplemento Babelia, p. 3. 03-01-2009). <<

[680] Wittig, Monique. *El caballo de Troya* (2006, p. 100). < <

[681] Me inspiro aquí en los comentarios escuchados a Esther Ferrer (Premio Nacional de Artes Plásticas en 2008) en el curso que impartió en Arteleku (Donostia, Gipuzkoa), en junio de 2009, con el título: «A vueltas con la performance». < <

[682] Murakami, Haruki. *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas* (2009, p. 197). <<

[683] Veronesi, Sandro. *Caos calmo* (2008, p. 191). <<

[684] Zulaika, Joseba. «Etnografías del deseo: bases teóricas» (2008).
<<

[685] Tsvietáieva, Marina. *Natalia Goncharova. Retrato de una pintora* (2006, pp. 7172). < <

[686] Duras, Marguerite. *Emily L.* (1988, p. 120). <<

[687] Susan Sontag. *El poder de la palabra* (Selección de textos a cargo de Carlos Ortega) (2004, p. 56). <<

[688] Maillard, Chantal. *Hilos* (2007, p. 163). < <

[689] Duras (1988, p. 21). <<

[690] Sontag (2004, p. 60). <<

[691] Gamoneda, Antonio. *Arden las pérdidas* (2003, p. 97). <<

[692] Lagarde, Marcela. *Para mis socias de la vida* (2005, p. 350).
<<